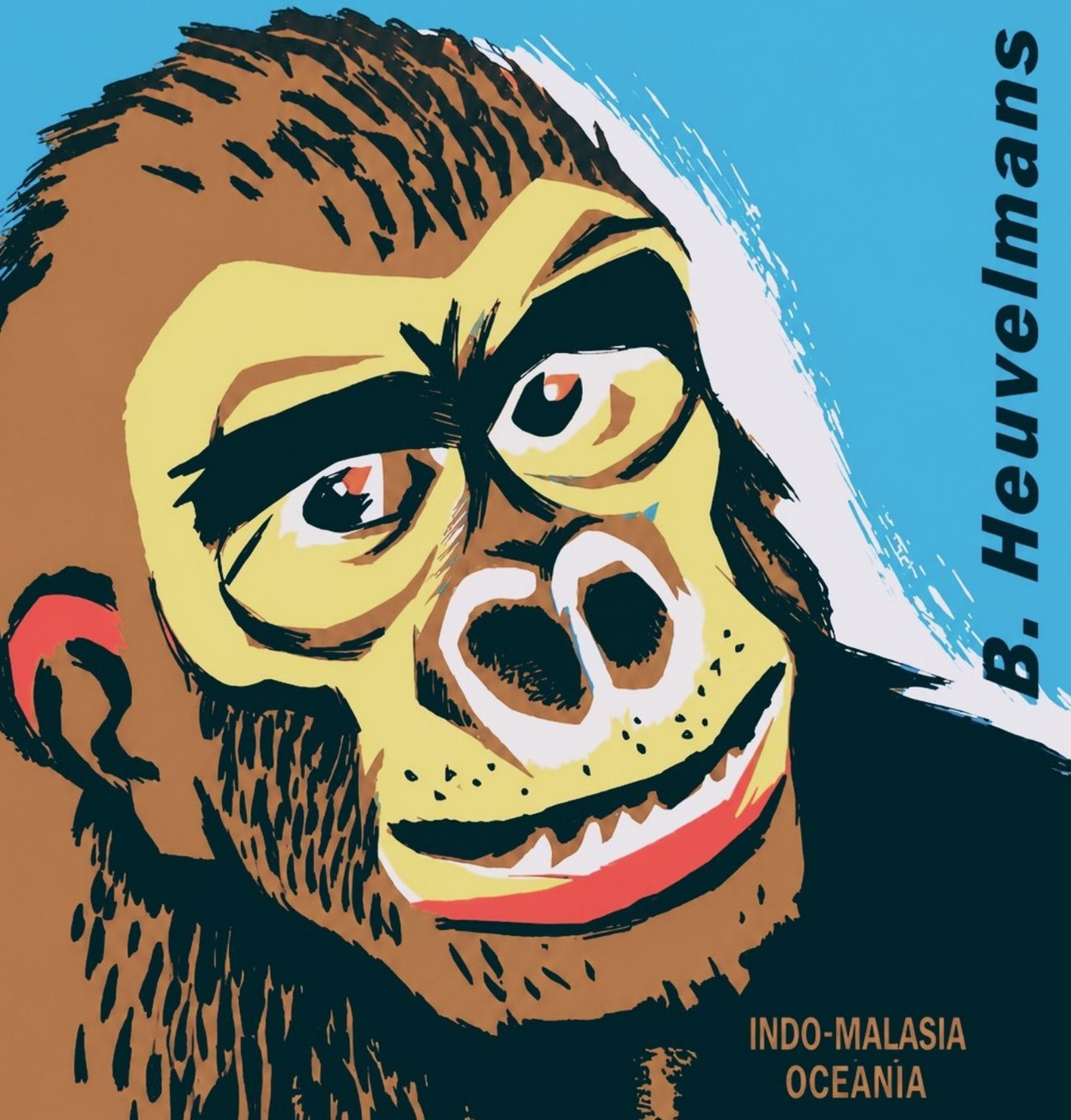
Tras la pista de

los animales desconocidos



B. Heuvelmans

INDO-MALASIA
OCEANIA

Tras la pista los Animales Desconocidos, Tomo 1

Digitalizado por: Rich (Cryptozoological Digitization Project)

Con cariño, para la comunidad hispana de criptozoología,

Mayo de 2026

BERNARD HEUVELMANS
Doctor en Ciencias Zoológicas

TRAS LA PISTA DE LOS ANIMALES DESCONOCIDOS

★

INDO-MALASIA OCEANIA

Con 48 ilustraciones fotográficas, fuera de texto, y numerosas ilustraciones dentro de él, 48 de las cuales son originales de
MONIQUE WATTEAU

3 mapas en el texto

LUIS DE CARALT
EDITOR
BARCELONA

Título de la obra original:
«SUR LA PISTE DES BÊTES IGNORÉES», I
(Librairie Plon, Paris)

Versión española
de
EDUARDO BITTINI

Primera edición: octubre 1958

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS
© LUIS DE CARALT, 1958
IMPRESO EN ESPAÑA

LINOMONOGRAPH, S. A. — Riera de San Miguel, 9 — Barcelona

AL

DOCTOR SERGE FRECHKOP,

quien antaño guiara mis primeros pasos por los terrenos escabrosos de la Mamalogía, con mi mayor gratitud y con la esperanza de que su espíritu, siempre audaz, no se enojará con estas peregrinaciones mías a las fronteras de la ciencia y de la fantasía.

B. H.

Y en realidad, ¿cómo podremos nosotros saber cuanto pasa sobre nuestra tierra? Quizá a un hombre, de entre un millón, le haya sido revelada la horrible verdad; pero los otros, ¡justo cielo!, continúan ignorantes...

Se ha hablado de monstruos marinos y de horribles criaturas de las zonas abisales, de gnomos y de titanes, de curiosidades patológicas y de nacimientos anormales... Muchos exploradores no regresaron jamás; ciertos buscadores han desaparecido. A otros de entre ellos se les tuvo por locos a causa de lo que contaron. Y algunos, más sabios, han preferido callar, guardando para sí mismos una ciencia tan horriblemente tratada...

(Robert Bloch, *The Mannikin.*)

ADVERTENCIA PREVIA DEL EDITOR

En el presente volumen —Tomo I de la obra—, el autor nos va llevando de la mano a través de los más escondidos parajes de un mundo remoto para mostrarnos, aquí y allá, toda una serie de representantes del mundo animal que escapan ampliamente, sin embargo, de las conocidas y trilladas sendas de una Zoología elemental y rutinaria.

Veremos así seres reales, pero extraños, como las monstruosas arañas y los lagartos gigantes; hallaremos también reliquias fósiles de otros seres que fueron, pero que hoy o no existen ya o logran escapar hábil y astutamente de las miradas de los investigadores. Se plantearán ante nosotros incógnitas tan fascinantes como, por ejemplo, la del Hombre-de-las-Nieves o la de los hombres con cabeza de perro.

Así, poco a poco, nos iremos adentrando en los arduos problemas de la vida animal, en las abiertas interrogaciones de las especies, de los predominios y de las aniquilaciones.

Y por ello, precisamente por ello, el Autor —en alguna ocasión— ha de tocar forzosamente el problema de los orígenes de los seres, aludiendo a teorías que no es posible relegar al olvido si bien la realidad haya venido luego a demostrar, palmariamente, su erróneo planteamiento.

Antes, pues, de comenzar esta versión castellana de la obra SUR LA PISTE DES BÊTES IGNORÉES, queremos recordar aquí, en estos momentos, lo que Su Santidad Pío XII escribió en su Encíclica *Humani generis* el 12 de agosto de 1950 a este respecto:

«29.—Por todas estas razones, el Magisterio de la Iglesia no prohibe »el que —según el estado actual de las ciencias y de la teología— en las »investigaciones y disputas entre los hombres más competentes de en- »trambos campos sea objeto de estudio la doctrina del Evolucionismo, en »cuanto busca el origen del cuerpo humano en una materia preexistente, »pero la fe católica manda defender que las almas son creadas inmedia- »tamente por Dios.»

Pues bien, es precisamente con ese amplio sentido investigador, con esa sana curiosidad de saber, como ofrecemos a nuestros lectores este interesantísimo libro de la Gran Aventura Zoológica. Pero en esto, como en todo, sin olvidar ni por un solo momento la gran Verdad fundamental y decisiva que nuestra Cabeza Visible de la Iglesia nos marca y enseña.

INTRODUCCIÓN

Ha llegado el tiempo, creo yo, de mostrar al público los archivos secretos de la zoología.

No es preciso suponer, sin embargo, que al igual que en la física nuclear ocurre, haya que tener al abrigo de miradas indiscretas determinados aspectos de una tan pacífica ciencia como es la que nos ocupa. Ni que determinados datos zoológicos estén celosamente guardados en cajas fuertes rodeados, a mayor abundamiento, de un triple cordón de policías. No. Todo el mundo tiene y ha tenido siempre libre acceso a los archivos en cuestión; pero, cosa curiosa, incluso los mismos especialistas en la materia rara vez meten sus narices entre los abultados legajos que allí se guardan. Y al igual que, para no caer en impío, nadie pretende explicarse los misterios religiosos, se diría que la mayor parte de los zoólogos prefieren no plantearse problemas sobre determinados misterios como, por ejemplo, el de algunos animales cuya existencia no ha quedado firmemente demostrada con pruebas fehacientes. Y así, optan por ignorarlos sistemáticamente; y esta ignorancia tiene un doble carácter, a la vez «pasivo» y «activo»: les desconocen como a aquello que nunca se ha visto y les ignoran en el sentido de no querer tratar con aquello que se desprecia.

Y así, por todo ello, el archivo concerniente a los animales no reconocidos aún, ignorados todavía, queda suficientemente asegurado y protegido por un triple cordón de incredulidad, de pereza intelectual y de arrogancia.

* * *

Nuestro mundo está saturado de misterio. Parece realmente como si viviésemos rodeados de signos de interrogación. Todo en nosotros mismos está sujeto a preguntas, a incógnitas, de las cuales sabemos ¡tan sólo! que no existe respuesta alguna. O, por lo menos, que no hay respuestas exactas y definitivas en ninguno de los casos.

Pero por suerte, hay misterios y misterios. No todos son inaccesibles «a priori» a nuestra razón, como aquellos del más allá, por ejemplo, o de la esencia última de todas las cosas. Algunos misterios —los misterios en el sentido original del vocablo— son objetos mantenidos en secreto, no por su naturaleza misma sino por los obstáculos que se oponen a su conocimiento. El verdadero misterio es aquel cuya solución está reservada a algunos pocos privilegiados. Y, efectivamente, ¿no procede acaso la misma palabra del griego *musterion,* que significa «iniciado»?

Así, la existencia problemática de bestias o de animales aún desconocidos por la Ciencia, constituye un misterio por excelencia. La solución de esta incógnita no está alejada de nosotros ni en el espacio, como el caso de los planetas lejanos, ni en el tiempo, como el misterio de nuestros orígenes o el de las antiguas civilizaciones reducidas ya a simple polvo. Esta incógnita está oculta, sí, escondida, pero en nuestros mismos días y en nuestro mismo planeta: de tal forma que pudiéramos decir que se halla casi, casi, al alcance de nuestra mano, lo que hace, además, que la búsqueda sea aún más apasionante.

¿Cuáles son pues los obstáculos que guardan tan celosamente el secreto de su solución? Unas veces, son verdaderas murallas vegetales que es preciso ir abatiendo, pulgada a pulgada, en un desesperado intento de abrir un camino a su través; otras, la ausencia absoluta de vegetación, que levanta un muro de sed y de sufrimientos; murallas de piedra o glaciares e, igualmente, otras fronteras invisibles, pero no por ello menos eficaces, que son trazadas por pueblos, por tribus, que defienden celosamente la inviolabilidad de sus territorios. Tan pronto nos enfrentaremos así con la actividad infatigable de los insectos, de los ácaros, como con aquella más insidiosa todavía de los seres infinitamente pequeños que hacen estallar los glóbulos de nuestra sangre; hallaremos unas veces el calor que agobia nuestro cuerpo y otras el frío intenso que lo paraliza. Saldrán a nuestro encuentro verdaderos diluvios y crecidas de ríos cuando no tengamos Arca de Noé en que salvarnos; y otras, en compensación, nos estará esperando la sequía, la sed, el polvo que llegará a invadir todo nuestro organismo. Y aquí y allá, ahora y luego, el Miedo, el verdadero Miedo, andará siempre tras nosotros en estas aventuras, en estas reales investigaciones.

Para no faltar a la verdad, será preciso decir que las más de las veces es la falta de dinero, y no la falta de valor, la que impide que alguien llegue a descubrir estos grandes misterios zoológicos: la carencia de esa suma relativamente pequeña, que es precisa para poner en marcha una expedición. No es difícil hallar, en ningún país y en ningún tiempo, el puñado de hombres valientes y decididos que gustosamente formarían parte de la aventura. Pero por contra, sí es altamente problemático encontrar el pequeño montón de oro que debería financiar la empresa.

Y esto es así, debido, solamente, a que la incredulidad juega sus cartas en tales asuntos. ¿Qué institución o qué mecenas estará dispuesto a

arriesgar su dinero en la búsqueda de un animal que es tenido, casi unánimemente por un mito? Cuando un Don Quijote pretende partir a la conquista de los gigantes, todo el mundo sabe de antemano que se arriesga a volver con molinos de viento, ¿no es verdad?

Y, sin embargo, al releer la historia de nuestra sabiduría, de nuestros conocimientos, es preciso reconocer que los hechos han dado la razón, bien frecuentemente, a los Don Quijotes y confundido, por contra, a los Santo Tomás.

El mundo entero se rió del aventurero Cristóbal Colón, que tenía la descabellada idea de llegar a las Indias por la ruta del Oeste; rió también de Heinrich Schlieman, el soñador, cuando partió a la búsqueda de Troya, la vieja ciudad de las fábulas homéricas. Y se mofó igualmente del intrépido Paul du Chaillu cuando éste pretendió haber visto en África, en el 1859, unos «enormes hombres salvajes», que describía como monos gigantes. los mismos «salvajes velludos» que, cinco siglos antes de Jesucristo, había encontrado el cartaginés Hannon en el curso de su periplo y cuyos intérpretes llamaban en aquel entonces «gorillas»...

Ha habido mofas, a menudo y no sin razón, a propósito de la insondable credulidad de las gentes. Pero ¿no será ya hora también de meterse de una vez con la viva repugnancia que siente el espíritu humano a aceptar aquellos hechos que vienen a tirar por tierra sus ideas preconcebidas?

Igualmente extraño es observar la falta de curiosidad que existe, en muchos casos, entre los mismos hombres de ciencia. Y, sin embargo, como lo ha definido en magistral fórmula el profesor Frédéric Joliot-Curie, «el investigador debe ser curioso y amar la aventura». No se puede soñar una definición más juiciosa y exacta de la verdadera ciencia.

Está hecha ésta de humildad y no de arrogancia. La incredulidad, cuando reviste el carácter de suficiencia, nos lleva a una ciencia dogmática, anquilosada. Nuestro saber no puede perder flexibilidad sin que ello represente un grave peligro: es algo así como un edificio en continuas obras de reforma, de mejora. No hay ningún valor —y esto es profundamente paradójico— más que en aquello que se sabe efímero, provisional, modificable. Cuando se llega a creer que algo es perfecto, inmejorable ya, surge inmediatamente un germen de reacción que llega a ser un verdadero freno aplicado al progreso.

Y por todo ello, el fin primordial de esta obra, su primer propósito, es el de evitar que la Zoología sufra también este estancamiento que podríamos definir como «aburguesamiento de una ciencia».

* * *

La síntesis de los conocimientos humanos, sea en la rama que sea, siempre me ha parecido una de las más importantes tareas a realizar. Y si hace cientos de años alguien hubiera tenido este mismo pensamiento y se hubiese preocupado de llevarlo a cabo, tendríamos hoy noticias exac-

tas y concretas de un gran número de animales —en esta disciplina— que hoy sólo conocemos a título de rumores o de leyendas indígenas; así, entre otros, podemos citar el okapi, el panda gigante, el gorila de las montañas, el hipopótamo enano, el dragón de Komodo y tantos otros más... Y ese mismo hecho, sin duda, hubiera favorecido en aquellos momentos todo intento encaminado a la captura de tales animales, entonces que aún era posible hallarlos vivos; no hoy que lo más que podremos tal vez encontrar son sus restos en estado fósil. Y es posible igualmente que, si no se hace de prisa, algunos de los problemas que se tratan en este libro queden sin resolver para siempre, ya que los animales a que se refieren pueden ser, muy bien, los últimos ejemplares de sus respectivas especies. Y hasta quizá sea ya demasiado tarde en algunos casos concretos... Pocas veces se ha tenido en cuenta, concienzudamente, la extensión e importancia de los destrozos que la civilización del hombre blanco ha originado en la naturaleza; de aquí a un siglo no existirán ya animales salvajes de gran tamaño, salvo en las reservas que el mismo hombre se haya dignado señalar para conservación de especies.

Y por todo esto, tengo la esperanza que este libro llamará la atención de los naturalistas sobre algunos enigmas zoológicos casi desconocidos hasta el presente y, las más de las veces, despreciados incluso. Mi mayor deseo es que alguien, llevado por este interés, fuese capaz de organizar batidas sistemáticas en determinadas regiones del globo.

Pero aunque ello no sea así, pienso —con algo de orgullo—, que mi obra servirá, al menos, para facilitar el trabajo de los historiadores de la Zoología futura. Gracias a este trabajo ellos sabrán entonces a ciencia cierta «el estado de nuestra ignorancia en materia de fauna, en la mitad aproximada del siglo xx», y podrán igualmente calibrar lo acertado o lo descabellado de nuestras hipótesis en cuanto a la identidad de monstruos conocidos tan sólo por rumores. Y a este respecto, no tengo miedo de que vayamos a quedar desacreditados, aun cuando sea a título póstumo; el gran explorador Stanley y el zoólogo Sclater no han hecho un mal papel por el solo hecho de haber tomado, en sus días, al okapi por una especie de asno o de cebra y, a mayor abundamiento, el P. Armando David no perdió ni un átomo de su prestigio por haber supuesto que el panda gigante era un oso.

* * *

Ahora, en el umbral aún de esta obra, desearía animar a mis colegas zoólogos a desembarazarse de un gran fardo de prejuicios y de ideas prefabricadas, basadas todas ellas en nuestra habitual manera de ser y de pensar. Hace diez años yo me contentaba —al igual que ellos ahora— con encogerme de hombros cuando alguien venía a hablarme de «serpientes de mar» o de los osos nandi; si encontraba en la Prensa algún artículo sobre la posibilidad de supervivencia de algún extraño monstruo prehis-

tórico, no me tomaba ni tan siquiera el trabajo de leer todos aquellos renglones. Era tal mi escepticismo en dichas cuestiones que tras haber leído, un buen día, en el *Saturday Evening Post* un artículo titulado «*There could be dinosaurs*» («Quizá aún existan dinosaurios»), no fuí capaz sino de imaginar que se trataba de uno de esos cuentos pseudo-científicos a que tan aficionados son los americanos. Y ello no obstante, el artículo en cuestión venía firmado por un naturalista bien conocido, Ivan T. Sanderson, y, entre sus renglones, quedaban evocados numerosos testimonios de peso. Pero me hallaba tan absolutamente cegado por mis conocimientos zoológicos indudables, petrificados, que tales cosas, para mí, no «podían» ser ciertas.

Hoy, tras haber profundizado durante años en tales cuestiones, me avergüenzo de mí mismo por haber tenido, en aquellos días, una mentalidad tan obtusa, tan cerrada a todo lo que no fuera realidad palpable. Sinceramente, me abochorno un poco todavía al recordar aquel artículo y mi reacción subsiguiente.

Pero este recuerdo, por otro lado, me ayuda ahora a comprender la actitud socarrona, incrédula o hasta conmiserativa que encuentro en muchas personas cuando les hablo de mi libro en preparación.

Y es entre los profanos, no puedo por menos de reconocerlo, donde mi proyecto ha suscitado mayor interés. Pero, con el corazón en la mano, donde yo más desearía encontrar esta simpatía es, lógicamente, entre mis colegas, ya que en sus manos pueden y deben estar las soluciones de todos los problemas que aquí se plantean. ¡Por favor, hacedme el obsequio de no recibirme con una indiferencia *a priori!*

A este respecto quiero decir que si mis lectores —viajeros, colonos, cazadores, naturalistas, eruditos o curiosos simplemente— pudieran ayudarme a completar con sus datos algunos de mis expedientes, sería para ellos toda mi gratitud más sincera. Y para esta ayuda, para esta colaboración, valdrán perfectamente sus testimonios personales, los rumores por ellos oídos, o la bibliografía que sobre dichos temas conozcan y que, tal vez, haya podido escapar a mi ansiosa y afanosa búsqueda. Podrían contribuir así, de manera inestimable, a ampliar futuras ediciones de esta obra. Para todos ellos, para estos colaboradores que no dudo hallar, vaya desde ahora mi gratitud por anticipado.

* * *

En el curso de mis trabajos de búsqueda de cuantos elementos sea posible hallar sobre las bestias aún ignoradas, fué inevitable —dada la escasez de testimonios, pongo por caso— que yo siguiese pistas que, anteriormente, fueron ya recorridas por otros espíritus tan curiosos como el mío. Así, pues, nadie deberá extrañarse del parecido de determinados capítulos de este libro con otras tantas páginas del de William Ley, *The lungfish, the dodo and the unicorn* o incluso con algún que otro capítulo

sobre iguales temas de la *Nature parade*, del escritor inglés Frank W. Lane —obra ésta maravillosamente bien documentada—, o con las notas del Dr. Jugo Krumbiegel, *Von Neuen und Unentdeckten Tierarten*, o, para terminar, con ciertos pasajes de los trabajos de Ivan T. Sanderson publicados en la Prensa americana.

Es bien cierto que muchos de tales trabajos no fueron leídos ni conocidos por mí hasta tener ya muy adelantada mi obra, pero no por eso quiero dejar de remachar la prioridad de esos autores a quienes yo llamo «los pioneros de la Zoología del mañana» (1).

A pesar de todo, creo que lo que he hecho, realmente, ha sido un complemento útil de tal trabajo de desbroce. Y es la primera vez, en efecto, que se dedica un libro por entero a esta importante cuestión que, hasta este momento, sólo había logrado aparecer en artículos más o menos breves o, en el mejor de los casos, en algún capítulo suelto de una obra total de zoología. Y, además, tengo la esperanza de que mi libro ofrecerá mayores garantías de crédito que sus predecesores. Digo esto por cuanto el presente trabajo está abundantemente dotado de una extensa bibliografía, cuya falta, en muchas ocasiones, hace sospechosas las fuentes de donde bebió el autor y nos permite pensar en la veracidad sólo supuesta de sus asertos. En el libro mío, como antes digo, la bibliografía es numerosa, lo cual permitirá que todos los que así lo deseen puedan comprobar cuanto digo o, si no hay tal desconfianza, puedan ampliar también sus conocimientos sobre tal o cual materia sin más que buscar y leer las obras a que aludo en ella.

La facultad de control es la condición previa de toda ciencia experimental.

En un terreno tan escabroso como el que tratamos aquí y en el cual los fanfarrones abundan tanto como los embaucadores, es más que indispensable rodearse de todas las garantías posibles.

He aquí, pues, por qué me he esforzado tanto en citar «textualmente» los informes de los testigos sabiendo de sobra la facilidad con que los comentaristas deforman, aumentan o tergiversan las cosas cuando empiezan a hablar por su propia cuenta o nos transcriben los relatos de memoria. Dada además la poca fidelidad de la mayor parte de los traductores y su habitual ignorancia en materia de zoología, he preferido referirme de manera sistemática a los textos originales. Lo cual —bien entendido— no quiere decir en manera alguna que no puedan existir, como existen de hecho, traducciones de la mejor ley y dignas de todos los respetos.

Y siguiendo con ese mismo espíritu, y aun a riesgo de engrosar extremadamente el texto, he creído preferible citar, cada vez que ello era posible, el nombre científico de los seres en estudio. Hay animales idénticos que reciben, en general, nombres diferentes en cada país o región; con

(1) En el aspecto marítimo, es al Dr. Felipe Gosse, al profesor A. C. Oudemans y al comandante Ruperto T. Gould a quienes se debería dar, sobre todo, esta misma denominación.

mi proceder trato de salvar, pues, estas diferencias, ya que poniendo así en cada caso el nombre vernáculo y el científico del animal aludido, quedarán salvados de antemano los posibles errores o malas interpretaciones. Pienso, por tanto, que los lectores extranjeros y los eventuales traductores acabarán por agradecerme esta precaución tomada.

Para evitar la creación de una gran cantidad de nuevos nombres, he conservado, en la mayoría de los casos, los nombres indígenas, aplicándoles la ortografía de los hombres blancos que habitan la correspondiente región: la inglesa, en las colonias y dominios británicos (e incluso en el Congo Belga, ya que éste es estudiado conjuntamente con sus más próximos vecinos); holandesa, en las antiguas posesiones de tal país en la Sonda; española o portuguesa, en América del Sur, etc. Y es así como, en virtud de este recurso o sistema, el nombre de «chimiset» de Kenya ha nacido de la coyuntura de la pronunciación aborígen y de la ortografía de los dominadores de la región; otro tanto ocurre, pues, con el nombre neozelandés «kaureke», el «minhocâo» de los brasileños y otros muchos más que a lo largo de este libro irán saliendo.

* * *

Pasaré ahora al agradable deber de agradecer desde aquí muy sinceramente a todos aquellos que, en el curso de estos últimos años, me han permitido con su ayuda llevar a buen fin mi tarea. En particular, al Doctor Serge Frechkop, del Instituto Real de Ciencias Naturales de Bélgica, quien me ha ayudado con sus consejos y sus luces y me ha permitido, además, consultar numerosas obras que no existían en Francia. También al Dr. Sam Thomas, de Londres, que me ha dedicado tanto de su precioso tiempo consagrado al estudio del cáncer, para buscarme libros inhallables en el continente y casi agotados en Gran Bretaña. De uno de éstos, por ejemplo, ¡sólo se habían editado 167 ejemplares! Al Dr. Walter Tamm, antiguo director del Hospital de Soerabaya, quien, impulsado por su magnífica amistad, ha enriquecido mis conocimientos sobre el mundo indonesio; D. George Sandrart, ex-Residente de Ruanda-Urundi, que me proveyó de preciosas informaciones sobre la fauna y el folklore congolés; al simpático Stany —de quien soy lector impenitente desde hace más de treinta años, que puso a mi disposición, por entero, su prodigiosa experiencia atesorada en el curso de 19 viajes alrededor del mundo; a mi amigo Cirilo de Neubourg, que tuvo la amabilidad de prestarme algunos ejemplares raros y curiosos de su biblioteca privada; a mi amigo Charles H. Dewisme, que fué capaz de trasladarse, sólo para ayudarme, a la Sierra de Santa Marta, para buscar allí datos del más alto interés, obtenidos así directamente de los propios indígenas. Y a mi padre, quien, gracias a su perfecto conocimiento de numerosas lenguas extranjeras, me ha dado acceso a las literaturas germánica y escandinava relativas a estos temas. A Monique Watteau, que me ha secundado sin descanso a lo

largo de mi trabajo, y que ha contribuído tanto a la bella presentación de mi obra con la maravillosa aportación de sus ilustraciones. Y por último, a los Directores y al personal de innumerables Bibliotecas francesas, americanas, belgas y holandesas que me dispensaron siempre una acogida cordial y me testimoniaron una simpatía y una ayuda infatigable.

¿Y cómo podré agradecer suficientemente al Sr. Walter Van den Bergh, Director de la Sociedad Real de Zoología de Amberes, quien tuvo la amabilidad de permitirme disponer, a mi entero antojo, de fotografías de animales de una extraordinaria rareza y que figuraban entre las colecciones del Parque al cual él, con su actividad, ha dado el mayor renombre y la más merecida fama?

Gracias también, de todo corazón, al Sr. Gérard Lefèbvre, Director de la Revista *Sciences et Avenir,* quien me autorizó a rebuscar a mis anchas en los suntuosos archivos fotográficos de la Revista cuyo destino él tiene en sus manos.

Y mi gratitud más sincera, ya para terminar, a todos los editores que me han autorizado a reproducir determinados párrafos de libros por ellos publicados, y entre los que figuran:

AMIOT-DUMONT, París (R. Courteville: *Avec les Indiens inconnus de l'Amazonie*; Eric Shipton: *Face à l'Everest*).

HUTCHINSON, Londres (Col. P. H. Fawcett: *Exploration Fawcett*).

LA TABLE RONDE, París (Stany: *Douze femmes*).

LES OEUVRES FRANÇAISES, París (J. Marquès-Rivière: *L'Inde secrète et sa magie*).

LONGMANS GREEN & C.°, Londres (J. G. Millais: *Far away up the Nile*).

MACMILLAN, Londres (I. T. Sanderson: *Animal Treasure*).

MUSEUM PRES LTD., Londres (Ch. Miller: *Cannibal Caravan*).

PAYOT, París (R. Decary: *La Faune malgache*; Hyatt Verrill: *Moeurs étranges des Reptiles*; Marquis de Wavrin: *Les Bêtes sauvages de l'Amazonie*).

VIKING PRESS, New-York (W. Ley: *The lungfish, the dodo and the unicorn* y *Dragons in amber*).

Así como al «Daily Mail» de Londres y «Le Figaro» de París, por la reproducción de extractos de artículos de los señores R. Downing, R. Izzard y C. Stonor relativos al «Abominable hombre de las Nieves».

B. H.

LA AVENTURA ZOOLÓGICA NO HA MUERTO

«Sin duda alguna existen, en las regiones del mundo que aún son inaccesibles, así como en las grandes profundidades del mar, seres o animales que la Ciencia aún ignorará por largo tiempo.»

(Del famoso capturador de animales
JOSEPH DELMONT, en su obra
«Veinte años alrededor del mundo»)

«Considero como una arrogancia injustificada, desde el punto de vista científico, el negar aquello que nosotros desconocemos. Yo no soy de esos sabios respetables que, desde la comodidad de su gabinete de trabajo, decretan que las sorprendentes observaciones de animales gigantes desconocidos no son más que puras fábulas. Yo afirmo, por contra, que nuestro mundo esconde aún numerosas especies de animales, gigantescas y monstruosas.»

(LORENZ HAGENBECK,
Director del Parque Zoológico
de Hamburgo, a un periodista)

«¿Quién podrá afirmar que aquí o allá, en las lejanas comarcas aún inexploradas, no puedan existir todavía algunos raros supervivientes de la terrorífica fauna prehistórica, digamos, por ejemplo, los dinosaurios?»

(El gran naturalista y viajero
HYATT VERRIL, en su obra
«Raros animales prehistóricos»)

Capítulo primero

EL MUNDO PERDIDO SIGUE OMNIPRESENTE

En la primavera del año 1948, un artefacto misterioso cayó del cielo y se estrelló en el desierto de Nuevo Méjico. De entre el aparato así destrozado fué posible aún retirar algunos restos calcinados de varios pequeños seres de apariencia humana cuya talla, según cálculos deductivos, no sobrepasaría de los 90 centímetros. Poco tiempo después, otros accidentes similares volverían a producirse, por dos veces, en el desierto de Arizona. Del tercero de estos artefactos se logró sacar, intacto, el cuerpo de uno de los pequeños gnomos que lo tripulaban.

En cada uno de estos casos, los representantes de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos se esforzaron, con toda urgencia, en acudir a los lugares de las caídas para conseguir restos de los propios aparatos y de sus correspondientes tripulaciones.

Y como siempre pasa aun en los secretos mejor guardados, hay algo que, un día u otro, acaba al fin por escapar y pasar al dominio público. De esta forma fué como, al cabo, la gente tuvo noticias —«toda la verdad», a decir de la Prensa— sobre este intrigante asunto.

Se reveló que eran «platillos volantes», venidos a nuestra tierra desde algún otro planeta, todos aquellos artefactos que acabaron estrellados en los desiertos americanos. Iban pilotados por enanos de aspecto primitivo, casi simiesco, y cuyas intenciones eran, al parecer, las de espiar nuestra Tierra.

Los dieciséis ocupantes de la primera astronave habían quedado ¡ay! reducidos a cenizas. Mas del tercer platillo fué al fin posible sacar un cadáver totalmente entero, el cual fué inmediatamente llevado a la Fundación Rosenwald, en Chicago, con el fin de estudiarlo. En los tres artefactos se habían encontrado, igualmente, diversos instrumentos en buen estado aún y, en particular, un radio-telescriptor, en el cual se seguían inscribiendo por momentos toda una serie de mensajes redactados en una

escritura ideográfica desconocida en nuestro Planeta (1). Y todas estas nuevas, ¿no serían juzgadas como demasiado sensacionales? No se sabe. El caso es que posteriores noticias vinieron a complicar más aún las cosas: ¡los dieciséis tripulantes del platillo volante número 1 no habían resultado carbonizados sino que, por contra, habían sido hechos prisioneros! Lo que ocurría, decían, era que el gobierno había querido mantener todo en secreto para no provocar el pánico colectivo...

Los espías interplanetarios no habían hablado (ni parecían físicamente capaces de hacerlo ni de saberlo hacer), mas uno de ellos había mostrado con su dedo, sobre una carta del sistema solar, el segundo planeta contado desde el Sol, o sea Venus, en otras palabras. Por ello, un terráqueo instruído, astuto y amante del juego limpio, había propuesto encerrar a los prisioneros en una cámara llena de anhídrido carbónico a fin de reconstruir así una especie de atmósfera venusiana. ¡Se trataba, como verán, de que los pequeños espías se sintieran así a gusto, un poco como en su propia casa, es claro!

Lo que mayormente se consideró como un argumento sólido en favor de la autenticidad de todos aquellos sucedidos, es que las Fuerzas Aéreas no opusieran ni el menor mentís a las informaciones publicadas en los periódicos y revistas.

Y hoy aún, un gran número de personas continúa interrogándose con respecto a tan misterioso asunto. Lo cual, por otro lado, nada tiene de extraño, si pensamos en la extraordinaria publicidad que le ha hecho la Prensa del mundo entero.

LAS SERPIENTES DE MAR Y SUS COLEGAS HAN DEJADO YA DE SER «LAS PRIMERAS FIGURAS»

Que los hombres están siempre ávidos de maravillarse es un hecho bien probado y, ¡a fe mía!, lo encuentro natural. ¿Quién no tratará, sea como sea, de escapar de un mundo que encuentra sórdido o, más simplemente, de la rutina y de la vulgaridad cotidiana? Se comprende así que las publicaciones destinadas al gran público exploten hasta las heces este gusto tan extendido. Pero, en ese caso, ¿cómo puede explicarse que la Prensa actual no consagre más que algunos pequeños entrefiletes, en cuarta o quinta página, a informaciones como las siguientes que yo he entresacado de los periódicos de los años 1952, 1953 y 1954? ¿No hay entonces aquí materia para extrañarse y maravillarse de verdad?

(1) Todos estos acontecimientos han sido ampliamente tratados en una obra americana titulada «Behind the flying saucers» traducida del inglés bajo el título «El secreto de los platillos volantes». Este libro fué publicado íntegramente por uno de los diarios de la tarde franceses, atribuyendo al autor del mismo el título de «experto en los problemas de investigaciones científicas». Pero hay que precisar que el Sr. Frank Scully parece ser que bebió hasta entonces en fuentes tan científicas como «Fun in bed» (Cómo divertirse en la cama) y «More fun in bed» (Nuevas fórmulas para divertirse en la cama), libros éstos que no son sino unas divertidas fábulas pseudocientíficas para convalecientes.

«Tokio, 11 de marzo de 1952 (A. F. P.). — Una serpiente de mar, de una quincena de metros de largo y de un metro de grosor, está siendo actualmente perseguida por los zoólogos coreanos. Dicho monstruo parece vivir en la isla de Pepson, a unos 25 kilómetros de Pusan, donde se cree devoró, el año pasado, a una muchacha de 18 años, etc...»

«Londres, 27 de agosto de 1953 (A. F. P.). — El monstruo de Loch Ness ha resucitado. Los pescadores de Girvan —en el condado de Ayrshire, Escocia— afirman, en efecto, que un monstruo marino de unos 10 metros de de largo, con cuello de jirafa, cabeza de camello, provisto de una cola de 4 metros y totalmente cubierto de crines, ha sido visto en el estuario del Clyde, etc...»

«Johannesburgo, 17 de enero de 1954 (A. F. P.). — Según el «Sunday Times», ha sido localizado un animal prehistórico en la inhóspita región de Karroo, en África del Sur. El diario en cuestión precisa que una expedición formada por paleontólogos y cazadores partirá esta misma semana de Johannesburgo para acudir a la zona en que dicha extraña criatura ha sido vista por diversos automovilistas, para tratar así de proceder a su captura. El raro animal parece medir unos 12 pies de largo (3,50 metros) y su cuerpo se halla terminado por una enorme cola que recuerda las de determinados monstruos que se suponen desaparecidos desde hace millones de años, etc...»

Con lo que se demuestra bien ampliamente que lo que determina la colocación de una noticia en tal o cual lugar de la Prensa no depende tanto de la importancia de la noticia en sí como del interés que deba suscitar, en principio, entre los lectores. Fuerza será reconocer, por tanto, que las «serpientes de mar» y toda su corte de monstruosos colegas (hombres-monos, monstruos prehistóricos, pulpos gigantes y muchos otros) están francamente menospreciados en el ánimo del público y, consecuentemente, en el de los periodistas.

Tras haber traspasado el umbral de la era atómica, parece ser que el hombre de la calle ha dejado de interesarse en absoluto por la posible existencia de animales misteriosos y desconocidos que puedan esconderse en las regiones más inaccesibles de este nuestro redondo mundo. Sus miradas se dirigen ahora hacia los espacios interplanetarios: sueña con ir de visita a casa de los selenitas; se inquieta por saber si los habitantes de Marte están entregados o no a experiencias atómicas. No hay ya, pues, sino publicar las descripciones de platillos volantes pilotados por espías venusianos o anunciar el desembarco de un comando de marcianos —¿no es así, mi querido Orson Welles?— para hacer temblar las espinas dorsales del público con el ramalazo de la garra fría de lo Ignorado.

Y se le tiene tal apego ya a ese «terror cósmico», que cuando alguien tiene la mala ocurrencia de explicarnos prosaicamente algún fenómeno tenido hasta entonces por extraterrestre, todo el mundo le vuelve la espalda sin querer hacerle el menor caso. Todos sabemos, en general, que desde hace algunos años los ingenieros militares de los Estados Unidos vienen ocupándose en estudiar la acción de las grandes altitudes sobre los organismos vivientes y que, para ello, suelen enviar hasta la estratos-

fera determinados cohetes llenos de pequeños monos. Pues bien, ¿quién ha soñado, ni por un solo momento, en relacionar tales hechos ciertos y comprensibles con las caídas sobre la tierra de extraños artefactos ocupados por «enanos semihumanos»?

POR QUÉ NO SE CREE YA EN ANIMALES FANTÁSTICOS

Cuando alguien se atreve a decir en nuestros días —y hablo por propia experiencia— que ha descubierto sobre nuestro planeta un ser extraordinario, bien sea vivo, bien sea en estado fósil, la Prensa sensacionalista no se toma la molestia de mencionar tal cosa, salvo quizá bajo la forma de una pequeñísima noticia inserta entre los «perros atropellados en el día de hoy». Los periódicos llamados «serios» optan entonces por callarse. Es igualmente significativo, a este respecto, que el «hombre de la calle» y el «hombre honesto» no haya manifestado su interés por el celacanto —ese pez extraordinario escapado de una remota edad— sino *¡quince años después de su primera captura!* ¿Quién se tomó el trabajo de comentar tan sensacional suceso, o siquiera de anunciarlo lisa y llanamente, en diciembre de 1938? Nadie, absolutamente nadie. Hizo falta primero que se descubriesen una media docena de ejemplares de tal especie, en estado fósil, y que el Museo anunciase a golpe de bombo y platillo sus proyectos de exponerlos para que entonces, y sólo entonces, los periódicos y los lectores salieran de su sopor...

Pero ciertamente no siempre ha ocurrido así.

En el 1900, el mundo entero se apasionó, con un fervor inimaginable, con el descubrimiento de otra reliquia viviente, el okapi. En todos los medios sociales se comentaba y se discutía igualmente la existencia supuesta —basada en rumores— de una raza de gorilas gigantes en las montañas del Congo. Los sabios, al mismo tiempo, estaban ya casi a punto de admitir la supervivencia en Patagonia de un gigantesco perezoso terrestre. Y el problema del Pitecántropo cuyos restos habían sido descubiertos por aquel entonces en Java, provocaba en los salones discusiones más acaloradas que las motivadas por el *affaire* Dreyfus.

¿A qué debemos atribuir, por tanto, la falta de interés que en estos nuestros días rodea el gran enigma zoológico?

¿Al hecho de que haya perdido tal vez la complacencia del público? Ciertamente no. Cuando una de estas cuestiones ofrece serias garantías de veracidad y se ha hecho previamente de ella alguna publicidad, el interés surge entonces por doquier a su alrededor. Véase sino la historia del celacanto. Y Dios sabe, sin embargo, que la personalidad de este horrible pez, que no tiene ni tan siquiera el mérito de ser uno de nuestros antediluvianos ascendientes, es bien poco novelesca.

La verdad, la pura verdad, es esta: que no se cree ya en los rumores

que corren a propósito de animales ignorados. Y para ello tiene el público diversas razones, más o menos buenas.

Para empezar, los lectores han aprendido a desconfiar, y con mucha razón, de las fábulas extravagantes que nos sirven determinadas publicaciones sensacionalistas. Se ha visto defraudado más de una vez por noticias procedentes de fuentes dudosas o por textos tergiversados y amañados por algún traductor poco escrupuloso.

No hace mucho tiempo aún, una agencia fotográfica difundió un clisé que representaba un enorme animal varado en la arena de una playa cercana a Suez: el pie de la foto decía que se trataba de «un monstruo mitad ballena, mitad mamut». La fotografía en cuestión representaba un gran cetáceo que parecía estar provisto de grandes defensas curvadas. Un observador entendido podía comprender, sin grandes trabajos, que se trataba simplemente de una ballena ordinaria cuyos huesos maxilares sobresalían, desplazados sin duda por los efectos de un grave accidente: la explosión de una mina o el tropezón desafortunado con la hélice de algún barco.

Poco antes de la guerra, un enorme número de diarios y de revistas anunciaban el descubrimiento, en África del Norte, de un hombre-mono —llamado Azzo— cuya fotografía publicaban incluso. Se trataba en realidad de un pobre idiota microcéfalo más digno de figurar en alguna barraca de feria que en las salas de un museo de Historia Natural (1).

Luego, claro está, al no ver el público confirmadas todas esas noticias por las autoridades competentes en materia de ciencias, cae en la más absoluta desconfianza hasta llegar, a grandes pasos, a la incredulidad total. El golpe de gracia lo acabaron de dar algunos desaprensivos memorables. Así veremos, en efecto, que los asuntos más serios fueron echados a pique por inoportunas salidas de tono, de dudoso buen gusto, que llegaron hasta descorazonar a los investigadores más sinceros. Mucha gente experimenta un agudo sentimiento de humillación cuando oye burlas alrededor suyo y prefiere entonces renunciar a sus esperanzas antes que arriesgarse de nuevo a semejantes chacotas. Y de ahí nace, frecuentemente, la publicación de tal o cual mentís que no viene sino a justificar más aún la desconfianza del hombre de la calle.

Los periodistas, por su parte, tienen también miedo al fracaso o a tener luego que desdecirse con relación a sus propias noticias. Y para evitarlo, han acomodado su paso al del público. Cuando se produce un hecho de este tipo, se limitan a dar la información con un acento entre socarrón y escéptico que deje siempre a cubierto su posible «credulidad». De esta suerte resulta que los hechos más auténticos y veraces nos suelen llegar

(1) Es divertido observar hasta qué punto varía, con la moda, el mismísimo origen de todos estos fenómenos teratológicos. A fines del siglo pasado se exhibía, por acá y por allá, una pareja de estos cretinos de cráneo no desarrollado, llamados Máximo y Bartolo. Se les hacía pasar, a efectos de reclamo, por «los últimos descendientes de los Incas». Podemos apostar hoy que el próximo degenerado de este tipo que surja en nuestros días nos será mostrado como un Marciano capturado en el preciso momento de salir de su platillo volante. ¡El arte de acomodar los monstruos a los más recientes gustos...!

presentados entre comentarios que a nada se comprometen pero que, por su tono, hacen una labor cierta en contra. Cuando se recibieron las primeras noticias del monstruo del Loch Ness fué tal el clima de broma, de desconfianza y de chacota que envolvió a la noticia, que ninguna comisión científica oficial se atrevió, ni por asomo, a realizar encuestas sistemáticas en el lugar de los hechos. Vemos, por tanto, que quizá debamos a la poca seriedad profesional de algunos escritores o periodistas el no contar ya hoy en nuestro haber con un buen número de descubrimientos zoológicos de los más importantes entre los habidos hasta nuestros días.

NUESTRO PLANETA ADMITE AÚN GRAN NÚMERO DE INCÓGNITAS

El resultado de todo esto es que tanto los escépticos como los cándidos meten ya en un mismo saco, en un mismo concepto, a todos los animales extraños y fantásticos que les presentan, un día y otro, los periódicos. La falta de detalles dados, en general, sobre ellas no hace sino afirmar más la incredulidad de los primeros; la poca propaganda que se presta a estos sucesos no es tampoco, por el lado inverso, suficiente para estimular como debiera el interés de los segundos.

¡Da pena ver, así, cuántos informes dignos de confianza o fundados, al menos en sus orígenes, sobre hechos auténticos, son mezclados sin discriminación con los «sucesos» más descabellados y tratados luego, todos, con idéntico rasero! Poco importa si las noticias se refieren a serpientes de mar o a serpientes de tierra. Y, por contra, casi todo el mundo está propenso a creer en los «espías venusianos». O, en todo caso, nadie estima deshonroso, humillante o infantil, discutir acaloradamente la posible y probable existencia de los platillos volantes.

La causa íntima de esta actitud es preciso buscarla en una opinión profundamente arraigada en el espíritu de las gentes: que nuestra Tierra es perfectamente conocida hasta en sus menores recovecos.

Hombres intrépidos han recorrido todas las regiones en todos sentidos; han alcanzado incluso los dos extremos del mundo, sus helados Polos. El avión permite sobrevolar sin pena ni trabajo las zonas reputadas impenetrables. No hay ya problemas geográficos. Se ha logrado pisar la cima del Everest; se ha sondado la fosa marina de Mindanao. ¿Dónde se podrá saciar la eterna sed de descubrimientos, de cosas nuevas y soñadas, sino en los nuevos mundos aún inviolados? Da la impresión que el Hombre ha arrinconado ya su Planeta, como hace un niño con un viejo juguete del que ya se ha cansado.

En realidad, fuerza es decirlo, estamos todavía bien lejos de haber agotado todas las posibilidades que el globo terráqueo nos ofrece. Sigue siendo cierto que hay aún muchas cosas en el cielo y *sobre la Tierra* en las que ni soñaba la filosofía de Horacio. ¿Desinteresarse de nuestro Planeta? ¡Pero si nuestros conocimientos sobre tal materia se reducen,

en conjunto, a un vasto trabajo de agrimensura! Sabemos, sí, la forma y las dimensiones de la Tierra, los límites y el relieve de los continentes, los caracteres de la vegetación que los cubre. Aquí y allá hemos roto la corteza de nuestro planeta para estudiar su composición. Conocemos también, a grandes rasgos, los relieves de los fondos oceánicos y las vastas corrientes que circulan sobre ellos. Pero ¿es que un biólogo que hubiese conseguido hacer un maravilloso y exacto croquis del Hombre podría, sin caer en presunción, pretender conocer con toda exactitud su anatomía y su histología?

Es significativo que, en nuestros días, florezca una cantidad enorme de libros consagrados a la exploración de países desconocidos, al descubrimiento de ciudades perdidas, a las costumbres y usos de tribus aisladas e, igualmente, a la conquista —apenas iniciada— del mundo abisal. Desde hace algunos años se está notando un giro en la opinión popular que parece acercar de nuevo el hombre de la calle a todas estas incógnitas. La borrachera de los grandes descubrimientos geográficos se ha ido disipando poco a poco. Ciertamente, no hay ya nuevos continentes por descubrir. Pero, después de todo, ¿qué sabemos nosotros de todo aquello que se oculta entre ellos o entre las inmensidades oceánicas que Pierre de Latil calificó bien exactamente como «el segundo Universo»?

El hombre ha ido teniendo conciencia, poco a poco, de su tremenda ignorancia. Maravillas insospechadas se van dejando descubrir, un día tras otro, por todos los rincones de nuestra Tierra. Y estos hallazgos vuelven a reanimar así su gusto de aventuras y de conquistas y acallan su desconfianza. Ya sabe este hombre corriente, este hombre medio, que no es sólo en el fondo de los océanos, sobre las cimas del Himalaya o en pleno corazón de los bancos de hielo polares, donde nos aguardan las últimas *terræ incognitæ*.

LOS BLANCOS DESIERTOS DE LOS POLOS

No he tenido la intención, al escribir este libro, de invitar a ustedes a visitar un platillo volante tripulado por extraños personajes procedentes de Venus. Mi proyecto es, a la vez, más modesto y más ambicioso. Lo que yo me propongo hacer vivir ante los ojos de mis lectores es una auténtica Arca llena de criaturas misteriosas, que no por tener un origen terrestre son por ello menos fantásticas. Y así, de paso, no tendrán ustedes luego la decepción de saber —como en el caso de los espías venusianos— que no son sino simples «macacos rhésus» jugando el papel de cobayas. Nos ocuparemos, pues, de seres absolutamente ignorados hasta ahora, al menos en lo que respecta a la fauna actual de nuestros días.

Para descubrirles, comenzaremos por pasar una rápida revista a aquellas regiones del globo donde esperamos hallarles, y digo sólo «esperamos» debido a los pocos conocimientos que sobre ellos tenemos.

Citaremos sólo para recordarlo —visto su carácter inhospitalario— el inmenso continente antártico. Con sus 14 millones de kilómetros cuadrados, su superficie dos veces mayor que Australia, ¡cubre un territorio tan vasto como toda la Europa occidental más los Estados Unidos juntos! Dos tercios aproximados de esta Antártida son rigurosamente desconocidos aún. Con anterioridad a la expedición del Almirante Byrd en 1947, tan sólo se conocía, en aquel entonces, una sexta parte de sus contornos y aún esos sin continuidad: unas zonas de acá y otras de allá meramente. Después de aquella gran operación de exploración sistemática —sin precedentes en la historia, puesto que tomaron parte en ella 4.000 hombres—, 400 kilómetros de las costas Leopoldo y Astrid de la Tierra de la Princesa Elisabeth continuaban aún sin contorno definido. Hoy no conocemos prácticamente de la Antártida más que una estrecha orla costera; todo lo más, algunas vagas nociones de la configuración del continente en sí, por haberlo sobrevolado unas cuantas veces y haber osado llegar hasta el mismo Polo, en trineo, por un camino siempre igual. Sin duda alguna, se trata de la tierra más hostil a la vida que pueda existir en este mundo: no se conocen allá, entre los vertebrados superiores, sino las ballenas, las marsopas y las focas por un lado, por otro, los pingüinos y algunos palmípedos marinos más, petreles y «skuas», son los únicos que podríamos contemplar.

Y con todo, ninguno de los animales terrestres allí afincados osa abandonar la estrecha faja costera. Hay pocas posibilidades, pues, de encontrar aún en el corazón de la Antártida, mamíferos o pájaros desconocidos.

Pero aunque sean pocos, como antes digo, no se puede dar por descontada tal cosa *a priori*. No olvidemos que una patrulla del Almirante Byrd, en vuelo sobre la Tierra de Wilkes, encontró —cerca de la costa de Knox, a unos 8 kilómetros en el interior de las tierras y a 180 kilómetros de la mar libre— una zona, tan grande como un Departamento francés, absolutamente libre de nieve y de hielos. Este oasis de Bunger, bautizado así con el nombre del Comandante David Bunger, que fué el primero en divisarlo, fué posteriormente visitado gracias al empleo de helicópteros; dicha zona se hallaba salpicada de numerosos y pequeños lagos de agua salada, y que presentaban un aspecto multicolor por la existencia de algas de diferentes tonalidades. Y de un continente donde es posible hacer aún descubrimientos tan inesperados, se pueden aguardar numerosas sorpresas.

Nuestros conocimientos sobre Groenlandia son, poco más o menos, del mismo tenor de los precedentes: el centro y la parte septentrional de la isla no han sido apenas hollados por el pie del hombre blanco. Ello no obstante, tales zonas han sido abundantemente vistas desde aviones volando a mínimas alturas. Se distinguen allí netamente a las focas, entregadas a sus baños de sol, o a los osos a quienes se ha llegado a hallar, a veces, internados 1.000 kilómetros en el continente. Sobre esta mortaja de nieve y de hielo nada puede escapar a la mirada atenta de los avia-

dores, salvo el caso de una pulga sobre un trapo blanco. Y esta seguridad es la que ha motivado la opinión de Paul-Émile Victor, el gran explorador francés de las tierras polares, cuando escribió: «Un día quizá, se llegarán a descubrir, en esas regiones, algunas especies de animales todavía desconocidos. Pero, en tal caso, habrán de ser forzosamente animales de muy pequeñas dimensiones, como pequeños insectos, pongamos por caso».

AFRICA NO HA ENTREGADO AÚN TODOS SUS MISTERIOS

Aun cuando África es uno de los continentes mejor explorados en todas sus direcciones, no por eso deja de ofrecernos todavía gran cantidad de posibilidades. Cierto es que tan sólo pueden considerarse como «absolutamente desconocidos» algunos sectores de la región central de Kalahari (el gran desierto de maleza del Sur); pero igualmente cierto es que hay aún otras muchas regiones que nos plantean graves incógnitas, ya que sólo han sido visitadas, hasta ahora, de una manera rápida y superficial. Y así, en las cartas y mapas que las representan, hallamos grandes «blancos» que hacen soñar con maravillosas hazañas a los aventureros en ciernes desde los mismos bancos de las escuelas. Y aquí, como en muchos casos, los puntos de vista del geógrafo y del naturalista, siguen lejos de coincidir.

Para el primero, una serie de medidas geodésicas efectuadas quizá desde lejos, desde lo alto de una montaña, el curso de un río seguido en piragua o remontado a lo largo de sus orillas, y algunas fotos tomadas desde avión, son suficientes para colmar sus deseos y llenar los «claros» de los mapas.

El trabajo de investigación del segundo, por contra, no hace más que comenzar cuando finaliza esta primera exploración topográfica. Ya que, en fin, lo que interesa realmente al naturalista es saber —entre otras muchas cosas— qué es lo que se esconde en esas zonas a veces inmensas que se designan en los mapas con nombres tan sencillos como «bosque denso», «marisma», «desierto», «meseta calcárea», etc. El frecuente empleo, en nuestros días, de la fotografía aérea no ha hecho sino reforzar, en el espíritu del público, la ilusión de que toda la tierra ha quedado perfectamente conocida y que, por consiguiente, ningún misterio ha podido quedarnos oculto. Pero a este público haría falta hacerle comprender que en esos clisés que representan selvas, bosques o estepas sólo tenemos la posibilidad de distinguir animales siempre y cuando éstos tengan, al menos, el tamaño de un elefante o de un rinoceronte. Con muchísimo más motivo nos quedaríamos *in albis*, si se tratase de animales acuáticos o de reptiles, por grandes que fuesen sus respectivos tamaños.

Entre las regiones que aún son susceptibles de guardar celosamente el secreto de animales desconocidos, es preciso citar, antes que ninguna

otra, la selva ecuatorial de las lluvias que forma como el gran cinturón del África, desde Liberia hasta el País de los Grandes Lagos. No olvidemos que a esta franja de vegetación inexpugnable le debemos seis de los más grandes descubrimientos zoológicos del presente siglo.

Pero ¿puede este hecho extrañar a alguien? Los árboles crecen allá hasta una altura de 60 metros y sus frondas se entrecruzan formando un alto techo que impide el paso incluso de los más fuertes rayos del sol. Y esta bóveda vegetal aprisiona literalmente el calor y transforma así el tenebroso bosque en ardiente estufa. El suelo está recubierto de una espesura densa, compacta, formada por grandes hierbas, por hojas enormes y por matorrales innumerables. Es preciso decir, pues, que los animales viven allí «entre» las plantas; están estrechamente amalgamados con ellas. La selva virgen africana es como un gran tapiz de vida concentrada, la «biosfera» en toda la acepción de la palabra.

«Si hay alguien que haya penetrado alguna vez en esta zona —escribe el naturalista americano Herbert Lang—, podemos asegurar que lo ha hecho «a vuelo de pájaro», y ya es sabido que hasta las aves vuelan a triple velocidad cuando sienten, bajo ellas, una región inhospitalaria. Los numerosos deportistas que han visitado casi todos los rincones del África no han encontrado nunca el menor atractivo en estas selvas. Y, en verdad, los pocos rostros lívidos y salvajes que emergían, de vez en cuando, de la mitad occidental del África ecuatorial, no eran precisamente un motivo de estímulo para los amantes de las diversiones. La inmensidad de la selva virgen tiene mucho de terrorífico: sobre cerca de 3.000 kilómetros cubre, sin solución de continuidad, más de la mitad de la longitud del continente, desde la costa de Guinea hasta Ruwenzori. Y, a despecho de la frondosidad de los trópicos, es aquélla una de las zonas más desoladas de la tierra, ya que un sol tórrido abrasa kilómetros y kilómetros cuadrados de follaje y un calor incesante de unos 100° (Fahrenheit, o sean unos 40° C.), de día y de noche, forman una atmósfera húmeda y absolutamente intolerable. Sobre toda esta zona estallan, día tras día, tormentas de una violencia típicamente tropical. En tales regiones, además, los indígenas han llegado al canibalismo y las tumbas de muchos hombres blancos no hacen sino conmemorar el lugar en que la energía, la audacia y el espíritu aventurero de la juventud encontraron su brusco final.»

Citaremos también, en el corazón del África tropical, las regiones montañosas de Kenya y Katanga y las zonas pantanosas o llenas de lagos que pueden, igualmente, ser escondite de animales desconocidos de considerable tamaño; los lagos de Rhodesia, los pantanos de Addar con sus 4.000 kilómetros cuadrados o incluso los de Bahr-el-Ghazal (afluente sudanés del Nilo Blanco), que son aún más vastos y en los cuales hay partes que no han podido ser nunca atravesadas.

LA LUZ NO VIENE NECESARIAMENTE DE ORIENTE

En Asia, el desierto árabe de Dahna que se extiende entre el Mar Rojo y el Golfo Pérsico, continúa prácticamente virgen en cuanto se

refiere a incursiones humanas, o, por lo menos, de personas occidentales. «Es el menos explorado del mundo —escribe a este propósito el geógrafo Maurette— y mucho menos conocido aún que los Polos». Es a los arqueólogos a quienes interesa sobre todo esta zona tórrida absolutamente calcinada y esterilizada por un sol de plomo, toda esta vasta extensión, tumba de civilizaciones antiguas, cual el famoso Reino de Saba.

Más apasionantes para el naturalista son las estribaciones del Himalaya y los valles del norte y del sudeste de dicho gran macizo montañoso, hecho símbolo cierto del gigantismo. En cuanto a la enorme *taiga* siberiana, rodeada celosamente por un telón de frío, encuentra su mejor cancerbero en su propia y solitaria inmensidad.

Pero es la jungla tropical, la de las regiones calificadas como bien conocidas, la que guarda un inagotable tesoro para los zoólogos: la jungla del corazón de la India, de Birmania, del país Moi en Indochina, la de Malaca, las del centro de Borneo y de Sumatra, ¡éstas sí que son regiones auténticamente ricas en posibilidades! En Nueva Guinea nada se sabe, con rigurosa certeza, de su parte montañosa central, salvo que numerosas tribus —de pigmeos, posiblemente— viven entre los riscos a la usanza auténtica de la edad de piedra. En 1938, el naturalista americano Richard Archbold descubrió, por azar, en una zona de la parte oeste de la isla un valle admirablemente regado y ¡habitado por 60.000 habitantes!...

Más cerca aún de nosotros, en junio de 1954, unos aviones patrulleros divisaron, en los valles del sudoeste, diversas tribus absolutamente desconocidas e ignoradas, cuyo número total calcularon los pilotos en unas 100.000 almas, que es tanto como decir una tercera parte del número de papúes ya sujetos a censo.

¿Y qué decir de Australia, ese continente cuyo interior está cubierto, en su mayor parte, de desiertos de arena, de sal o de malezas espinosas? Las regiones menos hostiles a la penetración son las estepas erizadas de altas hierbas y salpicadas, aquí y allá, de arbustos esmirriados. Sólo algunos buscadores, animados por la esperanza y por la fiebre de hallar hipotéticos filones, se aventuran de vez en cuando hacia el corazón mismo de esas desconocidas tierras y, a su regreso, nos cuentan relatos sobre animales alucinantes que se achacan, en general, a sus delirios alcohólicos. Pero ¿no será todo ello posible en un continente donde ciertas cadenas de montañas no han podido ser contempladas sino desde un avión?

LOS MUNDOS PERDIDOS DEL CONTINENTE VERDE

El continente-misterio por excelencia es, sin duda de ningún género, América del Sur. Allí, los «claros», las «manchas blancas», testimonian bien holgadamente nuestro desconocimiento más total. Sobre los más exactos mapas, la cuenca del Amazonas se nos aparece como una enorme

tajada de queso de Gruyère. Bertrand Flornoy, que ha pasado una buena parte de su vida explorando esta región, habla de ella como «una inmensa noche de árboles que se extiende sobre cinco millones de kilómetros cuadrados». ¿Cómo explicar que cuatro siglos de investigaciones no hayan sido capaces de despojar a esta zona del Amazonas de todos sus misterios? «Es que —según Flornoy— la selva virgen opone continuamente al avance de los hombres su irresistible potencia, capaz de transformar, en unas pocas horas, toda podredumbre en nueva y triunfante vida. Se abre un sendero, a su través, y al poco rato la brecha vuelve a quedar herméticamente cerrada. Desde un avión, por encima de ella, las ciudades como Belén y Manaos en el Brasil, Iquitos en el Perú, tienen el simple aspecto de calveros. Y en cuanto a los calveros mismos, o a los pequeños poblados indígenas, son absolutamente invisibles.»

Y las ciénagas, rodeadas de delgadas capas de tierra y recubiertas por una vegetación lujuriante, ¿no son acaso el refugio ideal para toda clase de animales y bestias?

Además del corazón del Matto Grosso hay que considerar como desconocidos, al menos prácticamente, una buena parte de Colombia, los confines de Venezuela y de las Guayanas, así como otras importantes fracciones de la Cordillera de los Andes. La parte boscosa de la Patagonia está bien lejos, también, de haber sido explorada a fondo.

Y hay, por fin, un rincón de América del Sur que merece nuestra particular atención. No solamente por la sospecha de encontrar allí a los «pequeños hombres» y a los más extraños monstruos, sino también porque representa el tipo de la reserva natural casi inaccesible. La podemos situar en la parte de Venezuela que incluye las fuentes del Orinoco.

Allá, en la Gran Sabana —jungla casi impenetrable— se alzan las «Mesas», enormes mesetas de greda, aisladas del resto del mundo por escarpados acantilados de 1.000 a 3.000 metros de altura, cortados a pico. Algunas de estas «mesas», verdaderas islas que surgen de un océano vegetal, tienen más de 30 kilómetros de longitud. De lo que guardan en sus cimas estas aisladas y casi inabordables mesetas, nada se sabe a ciencia cierta. Sobre aquellas pocas que han conseguido ser exploradas se hallaron roedores absolutamente desconocidos en tales regiones, pero que recordaban extraordinariamente la fauna de los Andes venezolanos, situados cientos de kilómetros más al oeste. Así, pues, parece ser que las «mesas» quedaron aisladas desde los tiempos más inmemoriales.

La exploración de esas «mesas» no ha sido nunca una excursión de reposo y de placer. En 1937, Jimmie Angel, aviador y explorador, intentó aterrizar sobre lo alto de la «mesa» Auyan Tepui, la Montaña del Diablo, pero su avión se estrelló en un pantano, no lejos del borde del precipicio. Ni tan siquiera pudo conseguir un éxito parcial en su aventura,

ya que no llegó más que a recorrer unos pocos cientos de metros alrededor de su punto de caída. Las «mesas», en efecto, están enteramente fisuradas por siglos y siglos de erosiones y, por consiguiente, las enormes zanjas, grietas y hendiduras forman una tupida y completa red de insalvables obstáculos.

Para dar una cumplida idea de nuestra ignorancia con respecto a la región denominada la Gran Sabana venezolana, bastará recordar que Jimmie Angel descubrió allí, en el transcurso de los últimos años, unos saltos de agua o cataratas *quince veces más importantes que las del Niágara* (1).

Las aguas de estas descomunales cataratas surgen de la muralla vertical del Auyan Tepui —cuya altura total es de 1.500 metros— y se desploman a pico desde una distancia de 980 metros sobre el suelo. Que es tanto como decir, desde una altura igual a ¡tres veces la de la Torre Eiffel! Y como quiera que la fuente de estos saltos de agua suele quedar generalmente oculta entre nubes, los indios tauperanes contaban antiguamente, a los conquistadores, que había en su región unas terribles cascadas que caían directamente desde el mismo cielo. ¡Claro está que nadie creyó nunca a los pobres...!

Pero el que las más grandes cataratas del mundo hayan podido pasar inadvertidas tantos cientos y cientos de años debe ser motivo más que suficiente para hacer reflexionar a los escépticos. Es curioso notar como, a manera de contrapartida, se reirá todo el mundo en nuestras propias narices si decimos haber descubierto, aquí o allá, un brontosaurio o cualquier otro monstruo totalmente desconocido... Y creo que no será necesario insistir sobre cual de los dos —cataratas o brontosaurio— tiene más probabilidades, por razón de tamaño, etc., etc., de pasar inadvertido a nuestros ojos. ¡Pero...!

Y volviendo sobre las «mesas», se ha dicho frecuentemente que ellas fueron las que inspiraron a Conan Doyle la idea de su célebre novela *El mundo perdido*. En dicho libro, si lo recuerdan ustedes, unos exploradores ingleses descubren, en América del Sur, una meseta de gran altura, aislada totalmente del resto del mundo, y en la que subsistía aún, entre otros vestigios del pasado, *toda* la fauna de reptiles gigantescos que dominaban nuestro planeta durante el Secundario, así como también los célebres hombres-monos (2).

Ante el escepticismo justificadísimo con que la gente acogía el relato de los viajeros, a su vuelta a la madre Patria, el jefe de la expedición hacía surgir un pterodáctilo vivo de una jaula, lo cual era un argumento totalmente definitivo, hay que reconocerlo. En la película que se filmó

(1) En honor de su descubridor fueron bautizadas con el nombre de «Cataratas de Angel» (Angel Falls) pero, a causa de una deficiente traducción se ha generalizado el nombre de «Cataratas del Angel»

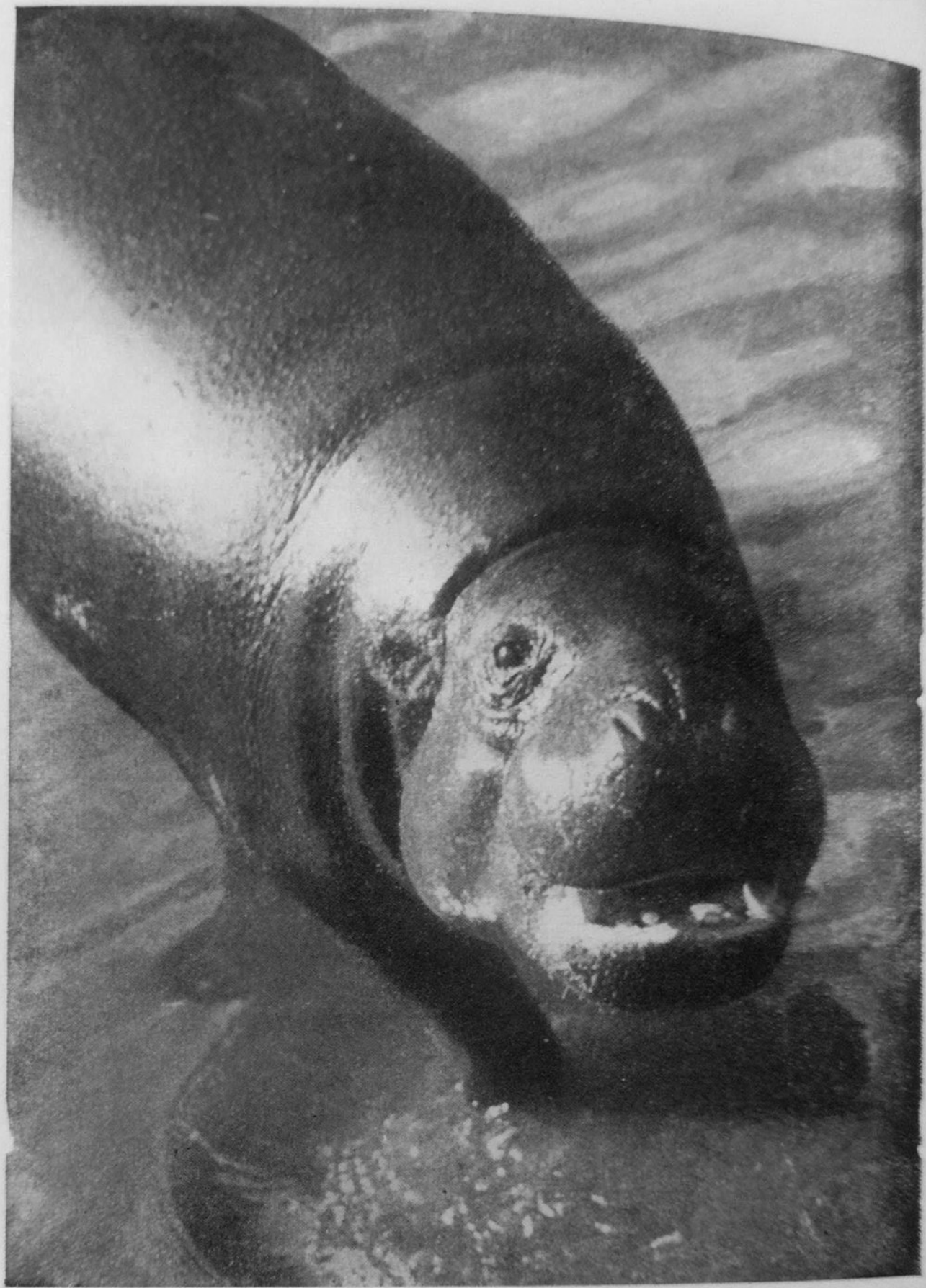
(2) «Las formas vivientes que se encuentran allí reunidas con la única preocupación del efecto dramático, existieron en realidad en lo menos tres continentes y durante cuatro períodos geológicos.» (L. Sprague de Camp y Willie Ley, *Lands Beyond*.)

El más enorme de los osos, el oso Kodiak, que no fué descubierto hasta el año 1898

(C. Sciences et Avenir)

El rinoceronte blanco de Cotton, gigante de su grupo, ignorado hasta el 1900

(C. Zoo de Amberes)



El hipopótamo enano, descrito en 1849 y cuya existencia fué discutida hasta 1912

(C. Marcel Fraass)

sobre la base de la novela ya citada, se había exagerado mucho más aún el efecto: era un diploducus vivo, de carne y hueso, lo que los intrépidos exploradores llevaban a Londres, a la vuelta de su viaje, como patente innegable de sus éxitos y de sus asombrosos encuentros. El monstruo escapaba de sus capturadores, sembraba el terror en las calles de la City hasta que al fin, felizmente para todos, caía en las aguas grises del Támesis...

En realidad, y como es bien fácil deducir por la lectura de un pasaje de las memorias del coronel Fawcett, fueron las «Ricardo Franco Hills» (Montañas de Ricardo Franco), situadas mucho más abajo, entre las dos ramas de la horquilla formada por los ríos Verde y Guaporé (casi en la coyuntura de Brasil y de la Bolivia oriental), el verdadero teatro de la cautivante ficción. El episodio se sitúa, en el tiempo, en octubre de 1908, cuando Fawcett y sus compañeros estuvieron casi a punto de morir de hambre en el sitio que el explorador británico llamaba con amargura «el infierno venenoso del río Verde».

«Por encima nuestro se elevaban los montes de Ricardo Franco, con sus cimas llanas y misteriosas y cuyos flancos están roídos por enormes quebradas. Ni el tiempo ni el pie del hombre habían logrado violar nunca aquellas crestas. Estaban erguidas en la impresionante altura, coronadas de bosques como un mundo perdido, y la imaginación podía situar allí, sin esfuerzos, los últimos vestigios de una edad acabada siglos atrás. Aislados de la batalla contra las condiciones caprichosas, los monstruos procedentes del alba de la humanidad continuaban, quizás, en aquellas elevadas zonas su reinado indiscutido, aprisionados y protegidos al mismo tiempo por aquellos despeñaderos imposibles de escalar. Esto es, en todo caso, lo que pensaba Conan Doyle cuando, hablando yo con él en Londres, le mostré fotografías de aquellos parajes. El novelista acariciaba ya el proyecto de escribir un libro cuya acción se desarrollaría en el centro de la América del Sur y me pidió, a tal objeto, toda una serie de datos que yo, muy gustosamente, le facilité. El resultado fué su "Mundo Perdido" que apareció, en folletín, en el periódico "Strand Magazine" en 1912 y luego, finalmente, bajo la forma ya de un volumen que alcanzó el mayor de los éxitos.»

¡Cuántos naturalistas románticos, cuántos jóvenes zoólogos de espíritu aventurero no habrán soñado desde entonces, y a causa de este excitante volumen, en descubrir ellos mismos tal «mundo perdido»!

Pero es ingenuo creer que por estar aislada del resto del mundo y preservada así de toda destrucción por fuerzas concurrentes, toda una fauna pueda estar aprisionada en las cimas de una «mesa» o en alguna pequeña isla olvidada. Un continente o una isla inmensa pueden entonces, igualmente, atesorar tales reliquias: Australia es el «mundo perdido» de los marsupiales; Madagascar, el de los lemúridos; Nueva Zelanda, el de los reptiles rincocéfalos. Y en los continentes mismos, un lugar particularmente insalubre para la mayor parte de los seres puede llegar a ser una guarida ideal y bien segura para las especies que consigan adaptarse al cabo. Un fragmento de bosque primario, un terreno

pantanoso, una alta montaña, una gruta subterránea, un desierto de arena, pueden ser otros tantos «mundos perdidos». Y, por consiguiente, otras tantas promesas de descubrimientos zoológicos de la más alta importancia.

LA «TIERRA IGNOTA» DE LOS ZOÓLOGOS

A fuer de verdad, para un zoólogo ávido de novedades, todo nuestro planeta, sin excepciones, puede ser calificado de «Tierra ignota».

No hablemos ya de los ictiólogos y de los demás especialistas a quienes apasiona la captura de animales marinos: la fauna de los océanos que cubren casi las tres cuartas partes del globo, es tan extremadamente rica y, en lo que respecta a las zonas abisales, tan enormemente poco conocida, que para ellos todas las esperanzas están autorizadas.

Parece incluso que ni la propia existencia de los mayores representantes de esta fauna de los mares ha podido ser oficialmente registrada todavía. Y, en efecto, la realidad de la Gran Serpiente de Mar, su representante más calumniado, no es dudosa hoy ya; sólo su identidad suscita aún vivas controversias (1).

En los mares, cada golpe de red puede proporcionarnos una nueva especie. Así, con ocasión de las pescas sistemáticamente practicadas en 1952 en las aguas tan frecuentadas del golfo de California, se obtuvieron no menos de 50 especies de peces desconocidos. Y para ello, como ahora veremos, no es preciso tan siquiera dedicarse uno mismo a la más o menos ardua tarea de la pesca. En efecto, los ictiólogos que describieron los «nuevos» peces californianos se dieron cuenta, poco tiempo después, que muchas de aquellas especies «raras» ¡se hallaban a la venta, como pescado corriente y moliente, en los mercados mejicanos!

Veremos así, más adelante, que no es solamente en las plazas públicas donde existe la posibilidad de hacer descubrimientos sensacionales. Se han hallado ejemplares de mamíferos y de pájaros, de especies y géneros totalmente desconocidos... ¡en las propias colecciones de los Museos de Historia Natural y, en una ocasión, en un Jardín Zoológico!

En lo que se refiere a la fauna terrestre o de agua dulce, se podría creer que nuestros conocimientos son mucho más perfectos y nuestras esperanzas, por tanto, mucho más menguadas Pero en este terreno todo depende, digámoslo claro, del tamaño de los animales que busquemos.

Para el entomólogo, la tierra entera es su propio campo de acción Puede él enriquecer su ciencia sin más que explorar, tal vez, su propio jardín. Un poco más allá, vienen los naturalistas especializados en el

(1) Los misterios zoológicos del mar, sin resolver todavía, serán objeto de un estudio aparte, en preparación aún: «Dans le sillage des monstres marins» (Tras la estela de los monstruos marinos). Se examinarán en este tomo, primordialmente, los problemas de la Gran Serpiente de Mar, del Monstruo del Loch Ness, del legendario Kraken y de otro gran número de extrañas criaturas acuáticas menos conocidas aún por el público.

estudio de otros invertebrados terrestres o dulceacuícolas que en conjunto, son todos de pequeñas dimensiones. Si se toman éstos el trabajo de explorar pozos profundos, grutas o lechos de corrientes subterráneas, tienen casi asegurados de antemano los más interesantes descubrimientos. Los espeleólogos sacan casi continuamente a la superficie de la tierra un gran número de organismos desconocidos, hasta tal punto que acaba de crearse una nueva rama de la zoología sólo para el estudio y clasificación de tales descubrimientos.

«Pero —escribe el doctor Mauricio Burton, del *British Museum*— si nos contentamos con pequeñas cosas, con insectos, arañas y demás, no vale la pena ir a buscar a los lugares inaccesibles: de todo ello podemos hallar formas nuevas en el propio umbral de nuestra puerta».

Así pues, a nadie causará asombro el saber que, para aquellos que literalmente «buscan animales pequeños», cada año ofrece una rica cosecha de especies y subespecies nuevas: ¡5.000 por término medio, en lo que respecta a los insectos nada más!

La descripción de especies de vertebrados terrestres de tamaño pequeño desconocidos hasta ahora, es ya más rara, pero sus aportaciones se cuentan anualmente por decenas: una treintena de mamíferos y dos o tres pájaros. Suelen ser, más a menudo, los pequeños roedores, a veces los microquirópteros, los pequeños marsupiales, los insectívoros y, más raramente, los pájaros; por excepción, los reptiles o los batracios (1).

Pero cuando la finalidad se limita más, y el objetivo pasa a ser la captura de animales desconocidos de gran tamaño, el campo de acción se estrecha de forma considerable: se nos queda reducido a las regiones más arriba señaladas. Mas es preciso decir, ello no obstante, que, si se exceptúa la Antártida, las zonas poco o mal exploradas y conocidas siguen representando *¡una décima parte de la superficie de las tierras emergidas!*

Por otra parte, cualquiera que haya viajado un poco se dará perfecta cuenta de que aun en las zonas mejor conocidas del mundo existen siempre determinados rincones o recovecos difícilmente accesibles que, por este solo hecho, pueden ser —en potencia— refugio de animales fuera de serie. Ningún ejemplo podrá ser más significativo, para los europeos, que aquel sobre el cual fué Willie Ley, en 1938, el primero en llamar la atención del público francés. Se trataba de una especie de «lagarto» de 60 a 90 centímetros de longitud, de una especie no catalogada y a pesar de haber sido visto un buen número de veces en los Alpes suizos y austríacos, nunca pudo llegar a ser capturado...

(1) En la página 98 puede verse una síntesis de los diversos escalones de la jerarquía zoológica, desde la sub-especie hasta el «phyllum». Muchas de las descripciones de las sub-especies nuevas no deberán ser tomadas muy en serio. En el mundo de los zoólogos pulula, en efecto, gran número de pseudo-naturalistas cuya sola ambición es la de dar sus nombres a especies nuevas. Es decir, que aprovechan la menor variación individual, estacional o sexual, para ejercer su dulce manía, consiguiendo así tan sólo aumentar la confusión general. Cuando un animal es poco conocido aún, o mal conocido, cada individuo que lo trata le hace objeto de un nuevo bautismo científico: y he aquí como, de esta manera, las dos clases de gorilas ordinarios llevan ¡nada menos que 18 nombres diferentes!

EL GUSANO CON PATAS DE LOS ALPES

Para decir verdad, dicho reptil —al que se suele llamar comúnmente *Tatzelwurm* (o sea «gusano con patas»)— es perfectamente conocido por toda la gente de los Alpes. Su nombre varía de un valle a otro, de una región a otra: se le llama así *Bergstutzen* en este pueblo; *Daazlwurm* en aquel otro y *Praatzelwurm* en el de más allá. Incluso hay quien le ha bautizado con el apelativo de *Stollwurm* (gusano de caverna) en un manual bávaro destinado a los cazadores y naturalistas: *Neues Taschenbuch für Natur- Forst- und Jagdfreunde auf das Jahr 1836.* En este libro o manual encontramos una descripción muy curiosa del referido «gusano de caverna»: una especie de cigarro puro con escamas,

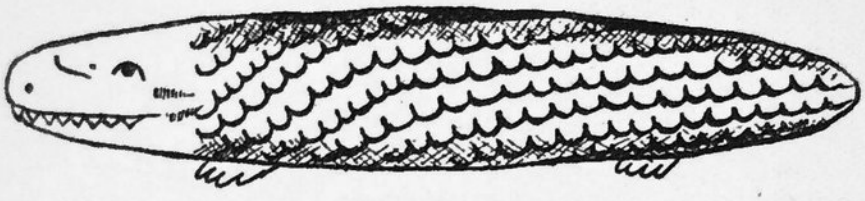


Fig. 1. — *Ingenua representación del «Tatzelwurm», según un manual bávaro de caza, editado en el año 1836*

armado de dientes formidables y provisto de miserables muñones por patas. Hagamos constar —a cada cual lo suyo— que el dibujo no fué efectuado por el propio autor del manual, sino bajo la influencia de las indicaciones y testimonios de algunos amigos suyos que decían haber matado uno de esos reptiles.

Y ese es el verdadero drama: que jamás ha podido ser examinado ni un cadáver de tal bicho, ni tan siquiera algunos despojos del mismo, que bien pudiera ser, según los indicios, *¡el mayor lagarto de Europa!*

Que existe, es algo que ya no puede ser puesto en duda. Una encuesta realizada por los años 30, entre los periódicos locales y las revistas científicas, ha permitido recoger toda una serie de testimonios de unas sesenta personas. Todos ellos están de acuerdo en manifestar que el animal mide entre 60 y 90 centímetros; que es, en cuanto a su forma, más bien cilíndrico y que la parte posterior de su cuerpo termina demasiado bruscamente. Su color es pardusco por el lomo y más claro por el vientre. Tiene la cola corta y recogida; su cuello no se halla marcado por el lógico estrechamiento; su cabeza, maciza y provista de grandes ojos en forma de globo. Las patas son tan mezquinas y pequeñas que algunos han llegado por ello hasta creer que carece de miembros posteriores. Algunos pocos le adornan con escamas, pero esto parece estar aún puesto en cuarentena. Mas, en todo caso, silba como una serpiente.

Como es natural, existen multitud de leyendas relacionadas con el *Tatzelwurm*. Se le dice capaz de dar saltos de 2 ó 3 metros; se le atribuye una agresividad totalmente ajena a un vulgar «lagarto», y se llega incluso a contar que es venenoso, tan venenoso, que su aliento sólo es bastante para matar...

Pero *todo* no está tan exagerado por las leyendas y las supersticiones. En 1908, un cazador profesional que gozaba de la confianza del Consejero Privado austríaco, Dr. A. von Drasenovitch, se encontró un buen día cara a cara con el animal, en las inmediaciones de Murau, en la Alta Estiria, a unos 1.500 metros de altitud. Tenía al parecer, todo el aspecto

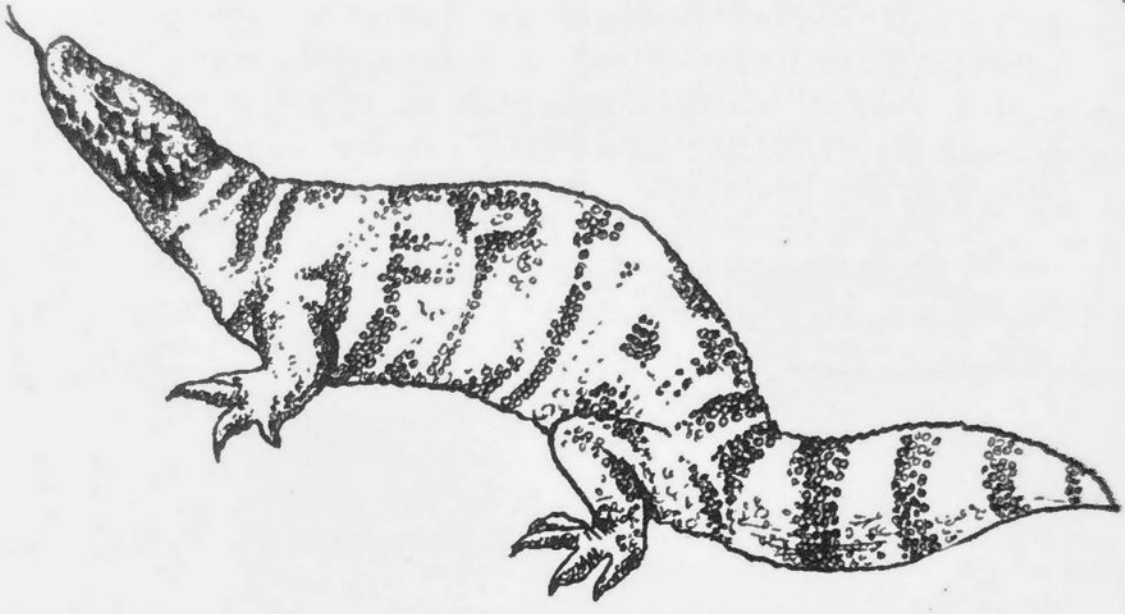


Fig. 2. — *Silueta de un helodermo*

de un gusano monstruoso de 50 centímetros de largo y 8 de grosor, pero que parecía contar con cuatro minúsculas patitas. Conociendo la reputación del reptil, el cazador desenvainó su cuchillo de monte antes de aproximarse a él. Cuando estuvo ya cerca, el animal le saltó directo a la cara. El hombre le dió con furia repetidas cuchilladas, pero la hoja casi no conseguía penetrar en aquella piel coriácea. Y así, tras una media docena de furiosos asaltos por una y otra parte, el animal, herido ya, desapareció por una estrecha grieta de las rocas. Luego, aun a pesar de los esfuerzos encoraginados del cazador, el «lagarto» no apareció más ni salió nuevamente de su escondrijo.

Este relato ha sido comunicado por el Dr. von Drasenovitch, a quien el protagonista lo refirió de viva voz.

Pues a pesar de la gran abundancia de testimonios relativos a ese *Tatzelwurm*, mucha gente pone aún en duda su existencia. Una de las versiones más extendidas es que se trata de una nutria extraviada. Y así se explicarían los saltos relatados y los «silbidos» como de serpiente, que casi debiéramos definir mejor como «maullidos» de gato, si se prefiere. A lo cual, muchos de los testigos de los hechos —gentes

habituadas a conocer la fauna local— responden ¡que tendría gracia que ellos no supieran distinguir, al cabo de los años, entre una vulgar nutria y su *Tatzelwurm*!

Otros incrédulos, menos felices aún en sus críticas, han rechazado de plano la leyenda del «gusano con patas», alegando que los lagartos no son nunca venenosos.

Y esto, que es cierto en cuanto a regla general, lleva consigo sus buenas excepciones: El helodermo sospechoso *(Heloderma suspectum)* de Méjico y el helodermo horrible *(Heloderma horridum)*, el *Gila monster* de los americanos de Tejas y de Arizona. Todos estos grandes lagartos, que llegan a menudo a los 75 centímetros de longitud, se ganan a pulso los nombres con que fueron bautizados, ya que tienen el maxilar inferior adornado de ¡toda una fila entera de colmillos venenosos! Cuando muerden, clavan bien profundamente sus agudos dientes en forma tal que es absolutamente imposible hacerles soltar la presa. Pero hay que indicar que, si bien tal mordedura es profundamente dolorosa, no llega a ser nunca fatal para el hombre.

Rechonchos, provistos de una cola corta y fuerte, parecen responder perfectamente a la descripción del *Tatzelwurm* que un naturalista austríaco, el Dr. Nicolussi, no ha dudado en bautizar con el nombre de *Heloderma europœum*.

LA LECCIÓN DEL TATZELWURM

Este bautismo científico es sin embargo prematuro, ya que la identidad de este animal alpino está lejos aún de quedar establecida sin equívoco. Según un maestro austríaco que encontró uno, en abril de 1929, y con ocasión de una exploración en la gruta de Tempelmauer, el *Tatzelwurm* no es ni tan siquiera un reptil. Dejemos que él mismo nos cuente su aventura:

«Bien equipado al efecto, tomé el camino una mañana de primavera y, tras una breve escalada, alcancé la cima del Tempelmauer. Una breve parada entre las rocas y continué luego en demanda de la entrada de la gruta. De improviso, percibí un animal serpentiforme que se hallaba tendido sobre los humus que se pudrían al sol. Su piel era casi blanca, no cubierta de escamas sino lisa. La cabeza aplastada, y se le veían dos patas, muy cortas en la parte delantera del cuerpo. No hacía movimiento alguno ni me quitaba tampoco de encima sus ojos, notoriamente grandes. Yo era capaz de reconocer, al primer golpe de vista a todos y cada uno de los animales de nuestra fauna local, y sabía así que tenía ante mí un ejemplar desconocido por la Ciencia; el auténtico *Tatzelwurm*. Excitado y alegre, como es natural, pero un poco temeroso al mismo tiempo, traté de apresar al animal, pero... ¡demasiado tarde! Con la agilidad de un lagarto había desaparecido ya por un agujero: todos los esfuerzos que dediqué luego a hacerle salir o a volver a verle, fueron vanos. Ello no obstante, tengo la certeza plena y absoluta de haber visto al animal: no se trata, ni por lo más remoto, de ilusión alguna de mi fantasía, ya que me hallaba en mi más plena lucidez.

"Mi" *Tatzelwurm* no tenía grandes garras sino, antes bien, unas patitas pequeñas, cortas y atrofiadas: su longitud total no excedía de 40 ó 45 centímetros. Es más que probable que el *Tatzelwurm* sea una variedad rara de salamandra, de esas que viven en el interior de las húmedas grutas y que no salen sino muy de tarde en tarde a la luz del sol.»

El problema del *Tatzelwurm* alcanzó su punto culminante hacia el final del año 1934, cuando un fotógrafo, llamado Balkin, afirmó haber impresionado «sin querer» una fotografía de tan misteriosa criatura. Paseándose por los alrededores de Meiringen con la sola intención de retratar algunos espléndidos paisajes, divisó de improviso algo que le pareció ser un curioso trozo de árbol pudriéndose al sol. «Vaya —se dijo—, creo que de aquí puedo sacar un original clisé.» Enfocó el objeto en cuestión y en el momento de sonar el «clic» del disparador de la máquina, el tronco —ante la sorpresa del fotógrafo— comenzó a moverse de forma inquietante, resultando ser —para su ojo no versado en tales materias— un gran lagarto animado de las peores intenciones. Nuestro reportero gráfico recordó entonces súbitamente sus piernas y el uso que de ellas podía hacer y, sin pensarlo más, comenzó a correr velozmente alejándose de aquello que había venido así, sin quererlo, a estropear sus propósitos del día. Luego, al revelar el carrete de la máquina, se dió cuenta, con un sobresalto de emoción, que había logrado captar la imagen de un ser totalmente desconocido. En el positivo del clisé podía verse, con toda nitidez, una especie de gran «pez» de aspecto malhumorado y fiero. Pero los peces, todo el mundo lo sabe, no suelen tener la costumbre de practicar el alpinismo.

El *Berliner Illustrierte Zeitung* pidió urgentemente la exclusiva de la publicación de la sensacional foto y, además, financió la empresa consistente en dar sistemáticas batidas por aquellas zonas en busca del «gusano con patas». Pero la mala estación hizo demasiado súbitamente su aparición y así tales búsquedas debieron quedar en suspenso mucho antes de que hubieran podido dar el menor resultado positivo. Cuando volvió de nuevo el buen tiempo, el interés general del público había ya pasado a ocuparse de otras cuestiones muy diferentes, y la caza del *Tatzelwurm* carecía del ambiente de emoción que hubiera podido compensar los gastos de la nueva empresa...

Las batidas quedaron, pues, aplazadas *sine die*, lo cual fué una gran lástima. Puesto que el «gusano con patas» existe con toda seguridad; esto queda ya fuera de dudas, bien se trate de una especie europea de helodermo, bien de una salamandra gigante o, para terminar, de alguna monstruosa especie. Y estos hechos ciertos debieran hacer reflexionar a aquellas personas que siguen creyendo todavía que la ciencia tiene forzosamente que conocer la fauna de los países tan al dedillo como nosotros las palmas de nuestras manos.

Por todo ello, creo yo que ya ha llegado el tiempo de que vayamos nosotros a meter las narices en estos asuntos, un poco por aquí, otro por

allá, y en resumen, por todo nuestro mundo. Con la seguridad, además, de que no pocas sorpresas van a salirnos al paso en esta curiosa búsqueda de rarezas. Y los que hayan oído rumores o noticias más o menos fundamentados, se ahorrarán grandes trabajos inútiles si vienen conmigo a través de este libro, puesto que luego ya sabrán *dónde* buscar.

Podemos, incluso, arriesgarnos a hacer un pronóstico. Lógicamente, será en las zonas más inaccesibles donde deberemos encontrar los seres más extraordinarios: aquellos que, mal adaptados para la lucha por la existencia, hayan buscado refugio en las zonas inhóspitas y hostiles a la penetración; y quizá otros «seres-vestigios», recuerdos escapados de lejanas épocas, que habrán sido acorralados allá por las nuevas y más potentes especies.

Luego la opinión que adelantamos, casi sin temor a error, es que si hay aún posibilidades de hallar sobre nuestro planeta bestias terroríficas no conocidas hoy por nosotros, las hallaremos justamente *donde aún no hemos mirado.* ¿En el Mundo perdido?... Bueno, en ese mundo, para decirlo con más justeza, donde nadie se ha tomado el trabajo de buscar a conciencia y aun por encima de los enormes riesgos, trabajos y dificultades que, sin la menor duda, tal investigación entraña.

Capítulo II

LA ESPERANZA DE DESCUBRIR AÚN ANIMALES DESCONOCIDOS

El barón Georges Cuvier estuvo bien poco inspirado el día en que declaró —en su *Discurso sobre la teoría de la Tierra* que servía de introducción a sus *Investigaciones sobre las osamentas fósiles*— que:

«Hay pocas esperanzas de descubrir nuevas especies de cuadrúpedos de gran tamaño.»

Para el señor barón, la fauna contemporánea está, en nuestros días, perfectamente conocida y estudiada. Incluso los nuevos animales de las nuevas tierras de América y de Australia han sido ya debidamente catalogados y descritos. «Hace falta pues —según su criterio— que los naturalistas concentren ahora todos sus esfuerzos en el estudio de los animales ya desaparecidos, para lo cual deberán ponerse, sin pérdida de tiempo, a desenterrar una enorme cantidad de restos fosilizados.»

Esto, claro está, era tanto como decir: «La Zoología, muchachos, está ya pasada de moda, ¡ea! ¡Hablemos ahora de la Paleontología, esa Ciencia que se lleva ahora tanto y que está haciendo verdadero furor!» Da la casualidad —así, como por azar— que en esa ciencia que el señor barón preconiza, lleva él la voz cantante, y es la auténtica *vedette*. Efectivamente, él tiene a orgullo decir que no ha dejado nunca jamás un fósil sin identificar y que teniendo un solo hueso o un solo diente de un animal determinado, es capaz de reconstruirlo partiendo sólo de esos breves indicios.

He aquí un caso particular de lo que bien podríamos llamar «snobismo» científico. No hubiera tenido la menor importancia de no ser por la circunstancia de que Cuvier se había constituído a la vez en déspota y en censor. Pero así, no podemos por menos de sonreír aún al recordar los días en que él ejerció su tiranía, por puro egocentrismo, en los terrenos de la biología. Desde hace un siglo, el coro de aduladores sigue «balando» las afirmaciones del brillante anatomista de Montbéliard, aun cuando todos, todos los hechos no hagan sino darles mentís tras mentís.

LA IMPRUDENTE AFIRMACIÓN DEL BARÓN CUVIER Y EL TAPIR INOPORTUNO

Acababa apenas Cuvier de lanzar su ya reseñado *slogan,* cuando en 1819 su discípulo Diard se lo echó por tierra, en un arranque de impertinencia, haciéndole llegar desde las Indias un dibujo del tapir de lomo blanco (figura 27), acompañado de estas palabras:

«Cuando vi por primera vez, en Barakpoore, el tapir cuyo dibujo le envío, me extrañé profundamente de que un animal tan voluminoso fuese aún desconocido, tanto más cuando yo ya había visto, en la Sociedad asiática, la cabeza de un animal parecido, que el gobernador Farquhar les había remitido el 2 de abril de 1806 diciendo, a la vez, que el tapir era tan corriente en las selvas de la India como el elefante o el rinoceronte.»

Y la verdad sea dicha, el tapir indio no era un desconocido, desde hacía ya mucho tiempo. Figuraba bajo el nombre de *Mé* en los antiguos diccionarios chinos, como el *Eul-ya* y el *Chuen-wen*; y en un tratado de Historia Natural, el *Penthsaokana-mou,* se hablaba de él en los siguientes términos:

«El *Mé* nos recuerda a un oso. Tiene la cabeza pequeña y las patas cortas; su pelo, corto y brillante, está manchado de blanco y negro, si bien algunos dicen que es amarillento; otros afirman que es blanco grisáceo. Tiene trompa como el elefante, ojos de rinoceronte, cola de vaca y patas de tigre.»

En multitud de obras chinas o japonesas se encuentran, incluso, dibujos destinados a la instrucción o a la diversión de los niños.

Pero si era tan bien conocido por los escolares chinos o japoneses, el señor Cuvier, en cambio, lo desconocía totalmente. No sabemos, en realidad, si él había hojeado alguna vez, o no, los textos asiáticos. De todas formas, su espíritu realista y positivista en extremo se enorgullecía en no creer nunca sino en las cosas más palpablemente demostradas, rechazando por sistema todos los rumores, leyendas populares y relatos de gentes simples, llenas de anhelos de maravillas.

Y como desconfiaba igualmente de las relaciones hechas por los viajeros que habían atravesado lejanos países, no debió quedar mayormente impresionado cuando, en una obra sobre Sumatra aparecida en 1772, el inglés Wahlfeldt mencionaba la existencia, en dicha isla, de un pequeño «rinoceronte» blanco y negro que tenía, a todas luces, la apariencia de un tapir. Por la misma época, Mardsen, el Secretario de la Residencia de Bencoulen, había hablado sin equívocos de dicho animal en su *Historia de Sumatra.* E incluso Sir Stamford Raffles recogió detalles sobre el curioso animal en 1805. Por último, y para mayor abundamiento, el mayor Farquhar consiguió cazar un ejemplar en los alrede-

dores de Malaca y lo describió bien prolijamente, en 1816, ante la Sociedad Asiática.

¿Un tapir en las Indias? ¿Pero quieren ustedes reirse de mí, acaso? ¡Si es un animal específicamente americano, hombre!

Por consiguiente, cuando recibió la carta y el dibujo que le remitía su discípulo Diard, pareció como si Cuvier, de golpe y porrazo, hubiese sido el blanco de una súbita inspiración. Se apresuró entonces a describir, con todo lujo de detalles y colores, al insólito tapir. Pero... ¡ya era tarde! Alguien había ganado por la mano al incrédulo barón.

EL MONO GIGANTE CON HOCICO DE PERRO Y *EL* HYOMOSCHUS RELIQUIA

Tamaña desventura no le hubiera pasado, a buen seguro, al conde Buffon, siempre atento, quien recogía con cuidado extremo los informes que de manera continua le llegaban desde los cuatro extremos del mundo. Los coleccionaba, los limpiaba de polvo y paja, los contrastaba y los discutía con fineza; en resumen, él se hallaba siempre dispuesto a recoger y a asimilar toda cuanta información pudiera llegar a enriquecer su propio saber.

Algunos autores han tratado de minimizar el daño causado por Cuvier al progreso de la Ciencia, como si *todo* en la obra de un gran hombre tuviera que ser necesariamente admirable. En verdad, nadie será nunca suficientemente severo en juzgar el escepticismo —infecundo las más de las veces— del «padre de la paleontología», aquel escepticismo que, por otra parte, le hizo combatir sin la menor amenidad ni gracia las ideas transformistas del pobre y genial Lamarck, cortando así las alas a la primera teoría coherente de la evolución.

El tapir indio no era sino el primero de una larga serie de animales de gran tamaño cuya existencia iba a demostrarse luego poco a poco. Yo, ciertamente, no puedo ni tan siquiera soñar con citar aquí todos ellos. ¿A cuáles, además, de entre ellos, convendrá pasar aquí revista? La altura, el tamaño, son factores demasiado vagos. Es evidente que un paracaná, es un animal de escasas dimensiones, pero como roedor resulta, ciertamente, de un tamaño altamente enorme. Algunos murciélagos frugívoros son verdaderos monstruos aun cuando no sobrepasen el tamaño de un zorro.

Por contra, un *Hyomoschus aquaticus* es un ungulado diminuto, pero ello no obstante sería bien difícil poder criar uno de ellos en nuestro cuarto de baño. Después de todo, un hipopótamo enano es un coloso formidable al lado de una rata gigante. La lista de las grandes adquisiciones zoológicas realizadas después de la imprudente afirmación de Cuvier, tiene un gran valor ejemplar y yo me referiré, seguidamente, a los casos más destacados y dignos de mención; es decir, a aquellos

animales verdaderamente «nuevos» y qué más difícilmente podían haber pasado inadvertidos.

Así, en 1835, el alemán Rüppel descubría en las montañas rocosas del sur de Abisinia, el mayor de todos los monos de hocico de perro, el gelada (*Theropithecus gelada*). Alzado sobre sus patas traseras, este babuíno de un tipo absolutamente inédito —no tiene las ventanas de la nariz situadas en la extremidad del hocico—, puede alcanzar bien fácilmente la talla de un hombre, aun a pesar de tener las patas más cortas que las piernas normales de un ser humano.

El *Hyomoschus aquaticus,* descrito en 1840 por Ogilby según un espe-

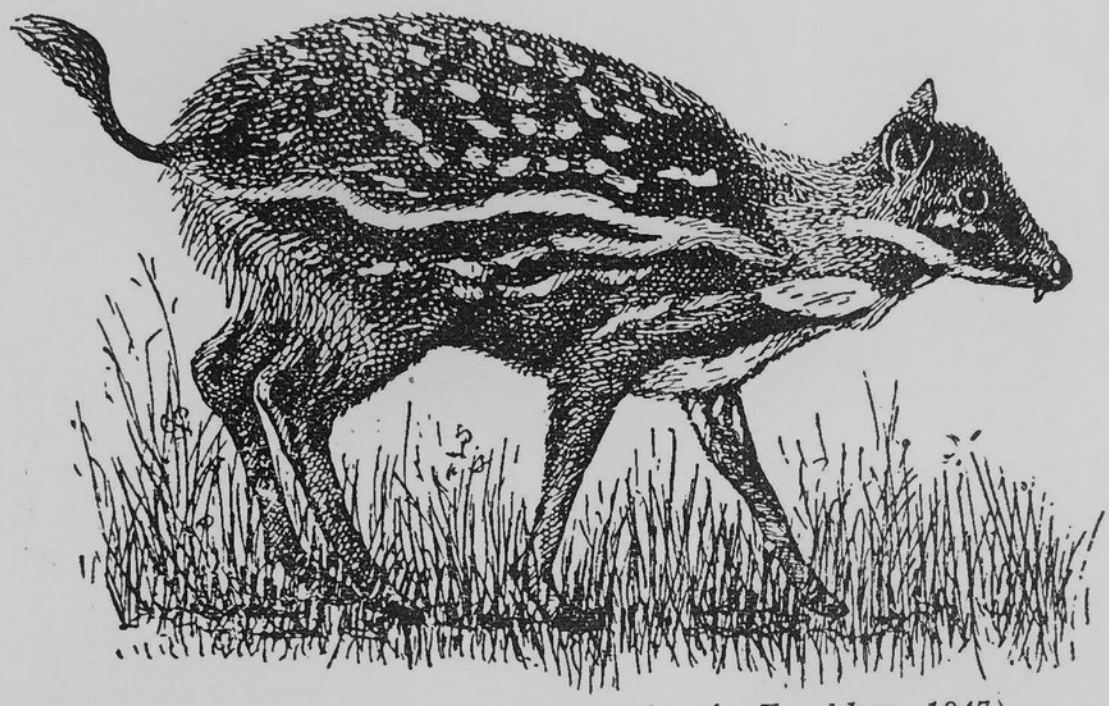


Fig. 3. — Hyomoschus aquaticus *(según Frechkop, 1947)*

cimen hallado en Sierra Leona, no resulta muy grande: alcanza sólo unos 35 centímetros desde el suelo a la cruz. Pero el descubrimiento de este pequeño ungulado en la selva virgen africana revistió una considerable importancia ya que, que sepamos, es el único representante actual de un grupo considerable que vivió en Europa la segunda mitad del Terciario. De hecho, es el primero de una pléyade de fósiles vivientes hallados en el refugio del gran bosque ecuatorial de las lluvias.

EL HIPOPÓTAMO ENANO, ENTERRADO POR LOS INCRÉDULOS

En el mismo año en que fué bautizado el *Hyomoschus aquaticus,* tuvo comienzo otro caso que no llegó a finalizar sino medio siglo más tarde.

El vicepresidente de la Academia de Ciencias de Filadelfia, Dr. Samuel Morton, había oído contar a un viajero, procedente de un largo viaje por Liberia, que existía —en las orillas de los ríos del interior del

país... un pequeño hipopótamo, apenas mayor que una becerra de tamaño mediano. Los indígenas solían darle caza para alimentarse con su carne y el viajero mismo nos sólo lo había logrado ver varias veces, sino que, incluso, había llegado también a saborearlo.

Esta historia no logró, en primer intento, romper del todo el escepticismo del Dr. Morton; pero en 1843, su amigo el Dr. Goheen le envió desde Monrovia una serie de cráneos de mamíferos entre los cuales él tuvo el asombro de encontrar uno que, a todas luces, era de un hipopótamo, pero de dimensiones suy reducidas. Pasó entonces a describir dicho animal bajo el nombre de *Hoppopotamus liberiensis*, mas su colega Jo-

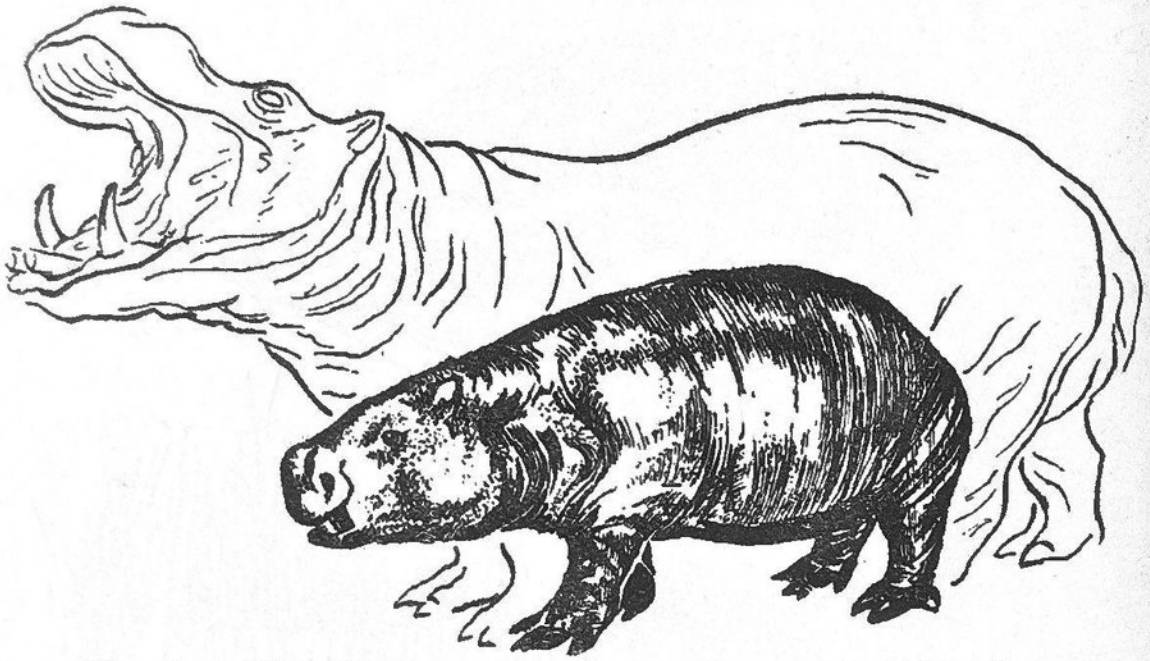


Fig. 4. — *Hipopótamo enano comparado con otro hipopótamo de la especie de tamaño grande*

seph Leily vino a demostrar seguidamente que el referino hipopótamo enano tiene tantas diferencias con respecto al de tipo normal que bien merece se cree, para él solo, un género nuevo: el llamado *Chœropsis*.

Y en efecto; cuando se llegó a conocer mejor el hipopótamo pigmeo, todos se dieron cuenta de que este animal había sido ya descrito, bastantes siglos antes, por determinados exploradores. Por ejemplo, un recopilador holandés, el Dr. Olfert Dapper, que en 1668 se había esforzado en reunir en su *Descripción del África (Naukeurige beschryvinge der Afrikœnsche gewesten van Egypten*, etc), todo aquello que por entonces se sabía del continente negro, citaba a propósito de la fauna del Reino de Quoja (la región actual de Liberia), los siguientes extremos:

«Hay dos clases de puercos: los rojos, que son llamados *Couja* y que son del tamaño de los nuestros, y los negros llamados *Couja Quinta* que son mucho más voluminosos y peligrosos, ya que tienen unos dientes tan agudos que cortan todo cuanto tocan como si fuesen otras tantas hachas.»

El puerco rojo era, evidentemente, el *Potamochœrus porcus*. En cuanto al puerco negro, parecía ser que había de tratarse de un hipopótamo enano que tanto recuerda a un suído de color negro betún y armado de potentes y cortantes dientes (1).

Pero antes que tratar de rebuscar en la antigua literatura las huellas del hipopótamo enano, se prefirió optar por negar la existencia del mismo. Pero, me dirán ustedes, ¿no estaban allí los cráneos estudiados por el Dr. Morton...? Efectivamente; mas los incrédulos estimaron que aquello no era suficiente todavía. Será mejor citar el resumen de Blainville en su *Memoria sobre los Hipopótamos:*

«Acabo de enterarme ahora mismo, por el señor R. Owen —en su último viaje a París— que el doctor Morton ha descrito y hecho figurar, en este año pasado, una especie nueva bajo el nombre de *Hippopotamus minor* (2), encuadrando a un hipopótamo de pequeño tamaño probablemente del Gabon, en África. Parece, ello no obstante y según lo ha referido el señor Owen que ha tenido ocasión de ver el cráneo en cuestión, que las diferencias específicas se basan en la diferencia de dimensiones, ya que las restantes tienen poca importancia.»

A fuer de verdad, el cráneo del *Chœropsis* tiene un poco más de la mitad del tamaño del hipopótamo ordinario, pero se distingue de él por una serie de características que saltarían inmediatamente a la vista del más profano. Veamos, además, lo que dice a este respecto Joseph Leidy, quien ha hecho de esta cuestión un estudio bien a fondo:

«En el detalle anatómico de la parte superior del cráneo, las diferencias entre el *Chœropsis* y el *Hippopotamus* son tan grandes que si alguien encontrase tal fragmento de un cráneo del primero no podría, en modo alguno y basándose en sus conocimientos sobre el segundo de ellos, suponer que el animal en estudio pudiera estar ni tan siquiera emparentado con el género *Hippopotamus*.»

Pero entonces, ¿quién es este señor Owen para mostrarse incapaz de distinguir rasgos y referencias tan notables? Es, justamente, Sir Richard Owen, el más grande paleontólogo inglés, discípulo ferviente de Cuvier, que llegó a ganar incluso el sobrenombre de «el Cuvier británico». Tan brillante anatomista como su maestro, era igualmente intolerante, igualmente abarrotado de ideas preconcebidas y tan incrédulo o más que él. Era uno de esos seres que niegan la evidencia, aun cuando la tengan bajo sus propios ojos. Y, como en el caso Cuvier, su palabra tenía que tener necesariamente, ¡no faltaría más!, la fuerza del Evangelio.

Hacia el año 1870, un joven hipopótamo enano que no pesaba aún

(1) Yo no estoy absolutamente convencido aún de que el *Couja Quinta* sea el *Chœropsis*. Mucho más tarde se ha descubierto que existe en Liberia oriental una variedad de jabalí gigante de los bosques. Este es igualmente enorme y exactamente de color negro.

(2) *Hippopotamus minor* fué el primer nombre con que el Dr. Morton bautizó a su ahijado. Pero como este nombre designaba ya a un pequeño hipopótamo fósil, bien prouto lo varió por *H. liberiensis*.

los 15 kilos, fué transportado, vía Liverpool, a Dublin, donde vivió escasas semanas en el Zoo municipal.

Veinte años más tarde, Johannes Buttikofer, conservador del Rijksmuseum de Leyde, nos trajo —de sus dos estancias en Liberia (de 1879 a 1882 y de 1886 a 1887)— valiosos detalles sobre los usos y costumbres del hipopótamo enano e incluso algunos esqueletos y despojos en bastante mal estado.

A principios del siglo xx se poseían ya, en los diversos museos del mundo, algunos restos o fragmentos de no menos de veinte ejemplares. Y, ello no obstante, un gran número de naturalistas seguían aferrados a su idea de considerar al *Chœropsis* como más o menos fabuloso. Para unos, no era sino una cría de hipopótamo; para otros, un monstruo excepcional comparable y asimilable a los hombres enanos que se exhiben en las barracas de feria. Había quien, también, se sentía más audaz y llegaba a afirmar que no era sino una variedad más pequeña del hipopótamo ordinario. Y hubo incluso un Museo de Historia Natural que negó la existencia presente del *Chœropsis* de la manera más original: habían clasificado los restos que poseían de dicho animal, con evidente mala fe, ¡entre los fósiles!

Para resumir, consideremos ahora al hipopótamo enano como enterrado provisionalmente, y continuemos mientras tanto nuestra revista a las grandes adquisiciones zoológicas, volviendo, para ello, algunos años hacia atrás.

LOS TAKINES *Y EL CIERVO INVISIBLE DE SCHOMBURGK*

En 1850, durante una exploración al Tibet, el naturalista británico Hodgson recibió —de manos de un tal Mayor Jenkins— tres pieles y algunos cráneos de una especie de carnero de lana dorada, pero que aparentaba ser ¡tan grande y macizo como un búfalo! El viajero bautizó a aquel curioso animal con el nombre de *Budorcas taxicolor*. El animal en cuestión era bien conocido por los indígenas de los montes Mishmi bajo el nombre de *takin*, y otros, los khámtis, le llamaban *kin*. Pero Hodgson nunca tuvo la suerte de conseguir ver un solo ejemplar de la especie.

El takin dorado *(B. bedfordi)*, descubierto en 1911, es todavía más intrigante que el del Assam. Para empezar, no hay casi nadie que le haya logrado ver, ya que vive en la China occidental, entre los 2.500 y los 4.200 metros. Para hacerlo más difícil aún, suele pasar el día, mientras dura la claridad, escondido entre los densos macizos de rododendros y de bambúes enanos y no sale a pastar, sobre las pendientes praderas, sino bien entrado ya el crepúsculo. No se sabe, a ciencia cierta, de qué otros animales desciende el takin: tiene algo de buey, de carnero y de antílope. Y, de hecho, después de haber descendido de los rupicabras y rebecos, hoy en día está clasificado ¡entre los bueyes amizcleros!

El primer takin que se consiguió traer vivo a Europa era un macho. Fué ofrecido el día 22 de junio de 1909 a la Sociedad Zoológica de Londres por Mr. J. C. White: es decir, ¡cincuenta y nueve años después de su descubrimiento!

El ciervo de Schomburgk *(Rucervus schomburgki)*, que fué descrito por Blyth en 1863, llama nuestra atención, no solamente por el hecho de poseer una cornamenta curiosamente bifurcada, sino también por haber

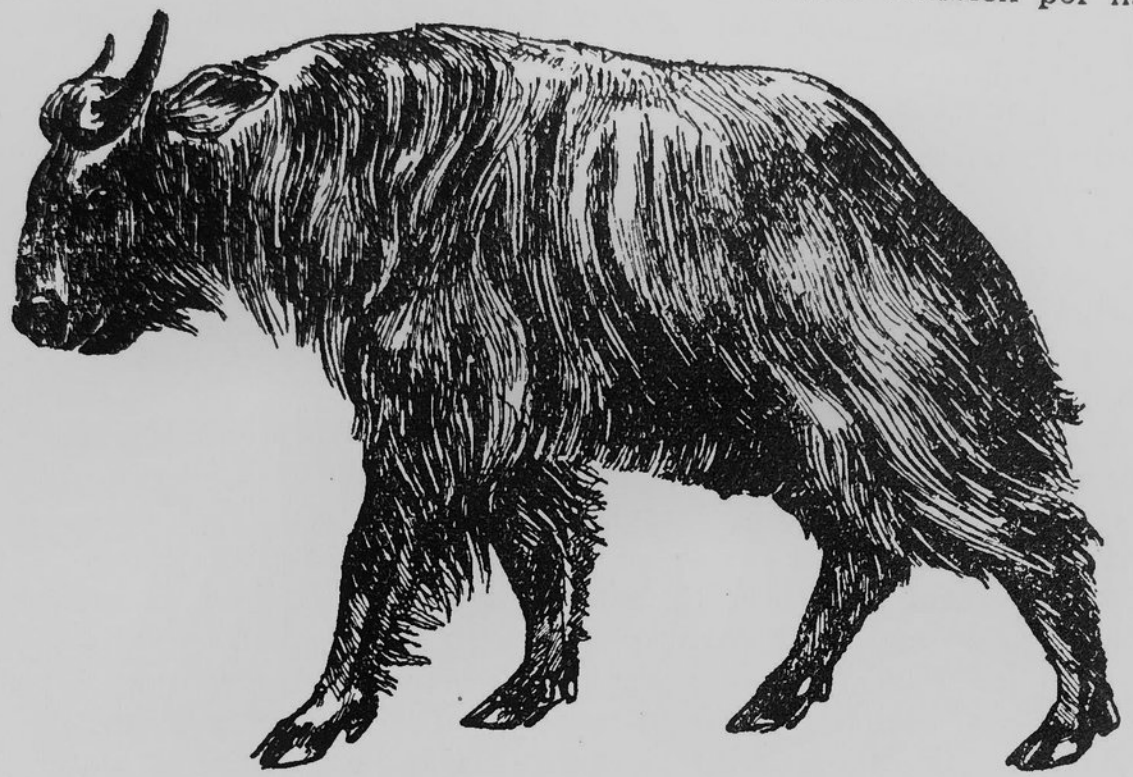
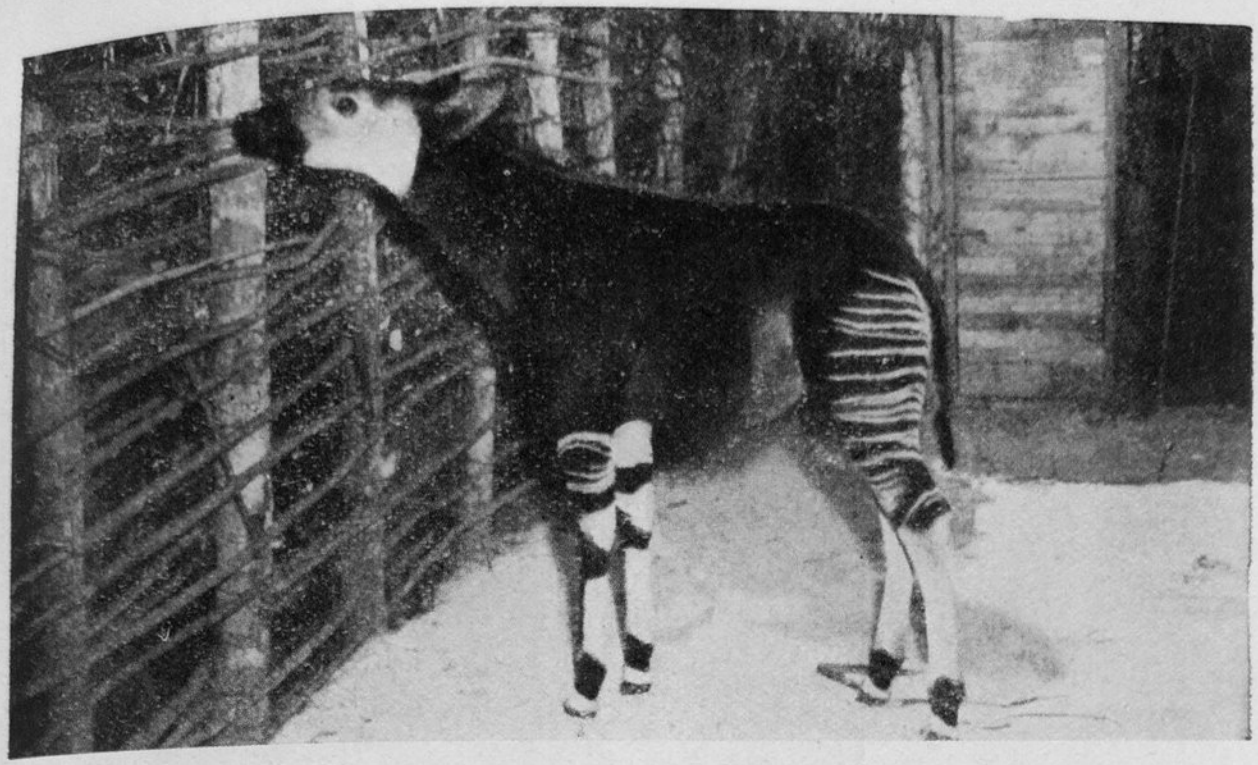


Fig. 5. — *Takín del Himalaya*

sido percibido, en su habitual región del Siam, ¡por un solo hombre blanco, exclusivamente!

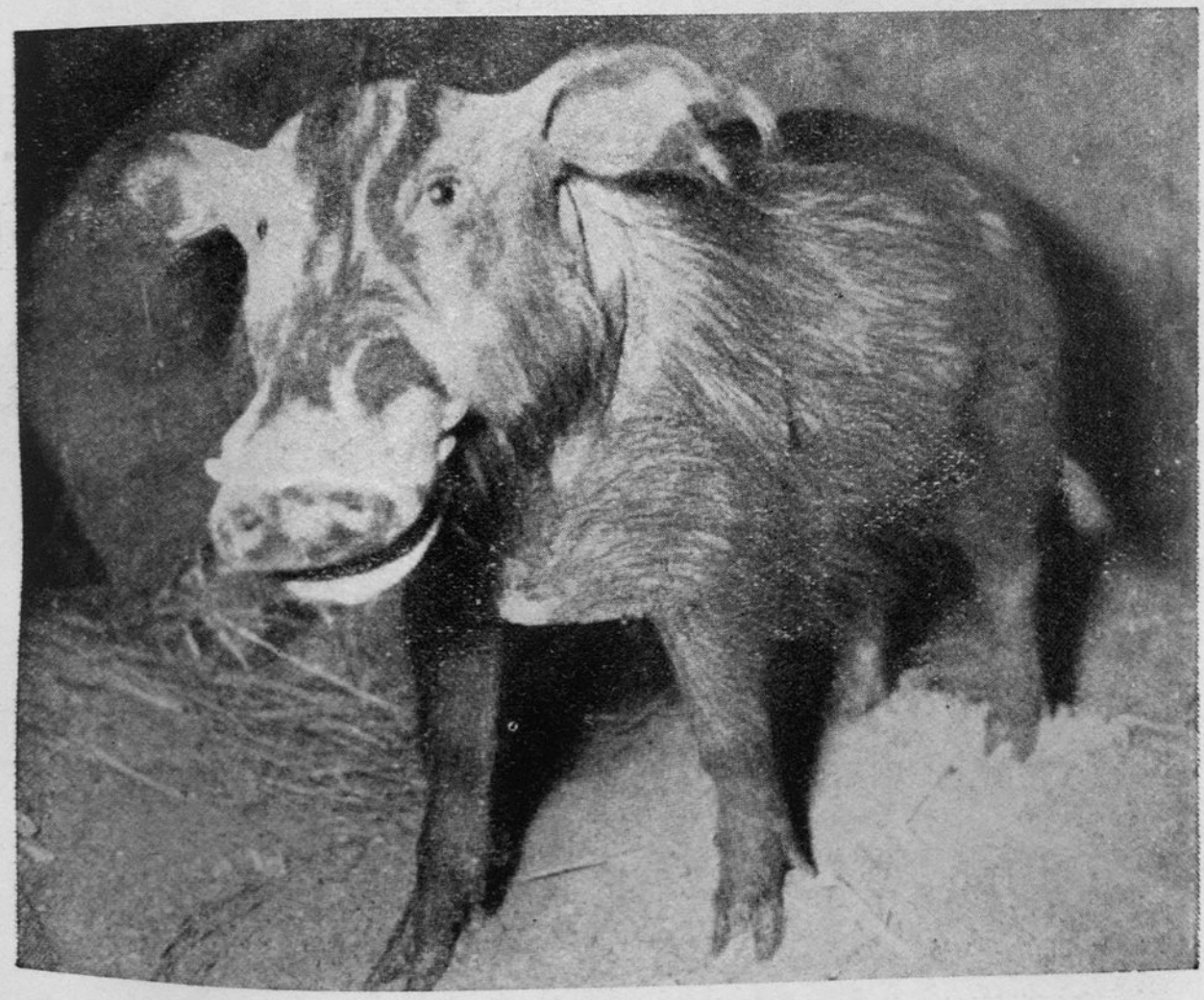
Todo lo que sabemos de él, lo hemos aprendido en los parques zoológicos, gracias a los raros especímenes capturados por los propios indígenas o nacidos ya en cautividad. Sin duda alguna, no podremos ya ver ningún ejemplar de este animal en plena libertad, ya que es más que probable que, a estas horas, hayan ya desaparecido los últimos individuos de la especie.

Cuando se piensa que una suerte parecida puede haber caído sobre animales que no conocemos aún sino a través de rumores o de leyendas, no se puede evitar un movimiento de impaciencia hacia aquellas personas que aún siguen, obstinadas y encerradas en su propia concha, negándose a escuchar *a priori* tal clase de informes o de relatos.



En el siglo pasado, el Okapi era considerado aún como un animal de fábula o de mito

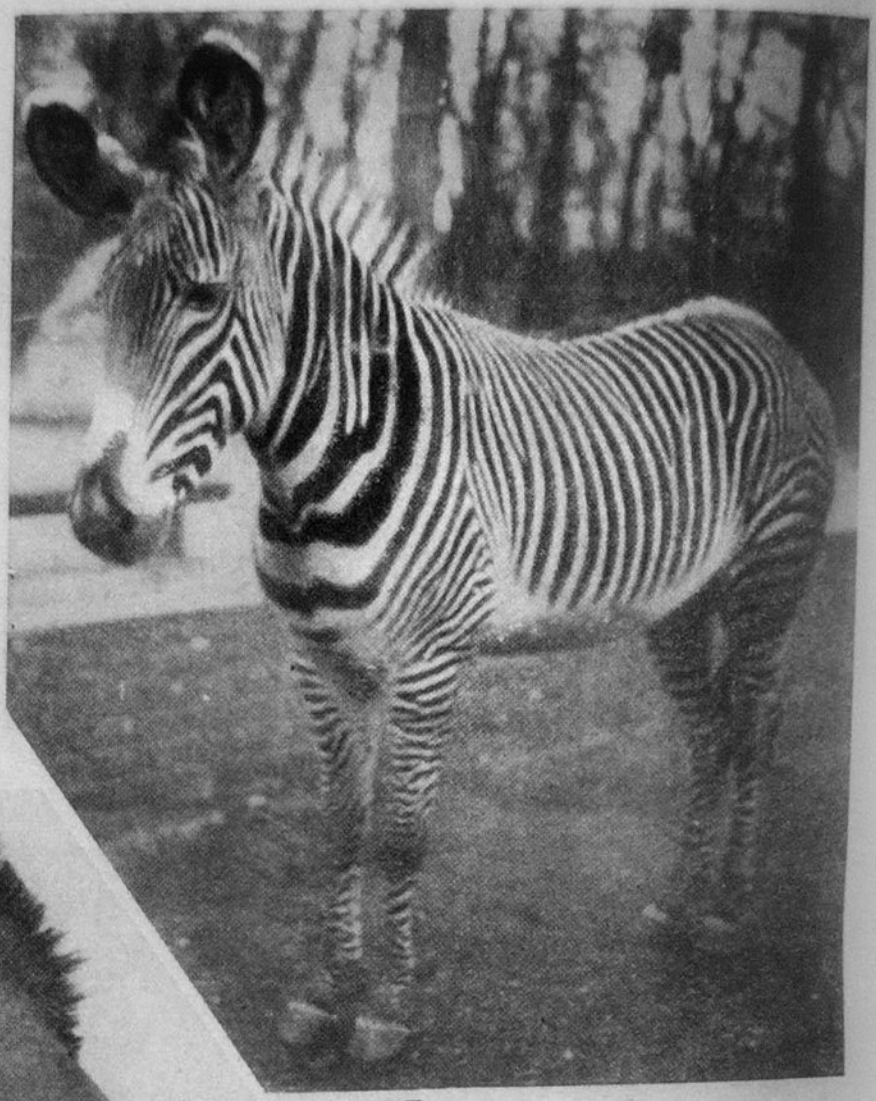
(C. Congopresse)

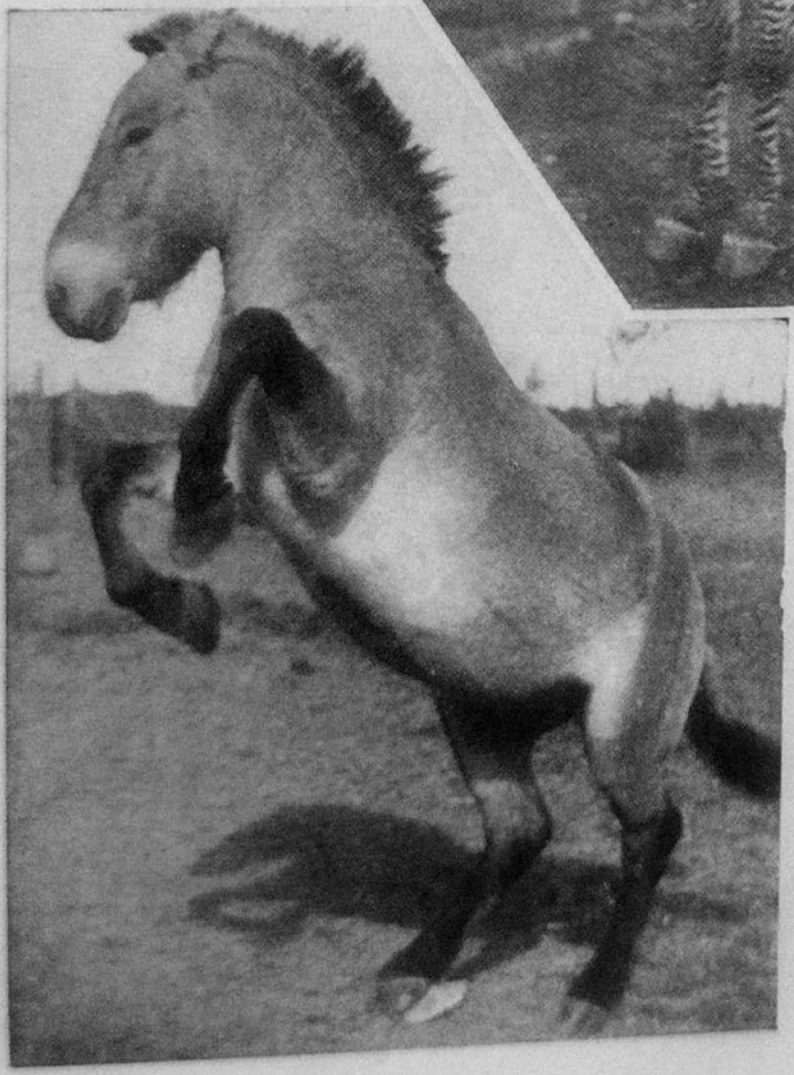


El mayor de los grandes puercos, el jabalí gigante de las selvas, poco conocido aún en 1904

(C. Goldner)

La cebra del Presidente Grévy, descubierta en el 1882 ¡en el mismísimo Jardín de Plantas!





El caballo de Przewalski, último caballo salvaje, localizado en Mogolia en el año 1881

(C. Ylla-Rapho)

SALVAMENTO IN EXTREMIS DEL MI-LOU

Ningún otro viaje ha sido tan fructífero para las Ciencias Naturales como aquel que emprendió el Padre Armand David y que le llevó a recorrer, de 1865 a 1869, el mismo corazón del Asia oriental, desconocido en aquel entonces por los occidentales. Además de un enorme número de nuevas plantas, debemos al célebre misionero francés tres géneros de mamíferos de gran tamaño absolutamente desconocidos en nuestras regiones.

Yo no sé qué clase de sujeto sería aquel inventor de máximas y refranes que un buen día decretara que «la curiosidad es la madre de todos los vicios». Lo que sí sé, en todo caso, es que en el paraíso de los zoólogos y en el de los *mi-lous* brillará en letras de fuego el nombre de un gran curioso que será eternamente reverenciado con gran fervor: el de Jean Pierre Armand David, hijo del Dr. Fructueux Dominique David, juez de paz y médico del pueblo de Espelette, en los Bajos Pirineos. Y ello es así por cuanto que sin la impenitente curiosidad del Padre Armand David no habría ya *mi-lous* sobre la tierra y, por tanto, nunca hubiéramos podido llegar a conocer la existencia de este animal excepcional.

Sucedió que nuestro misionero —cuando se encontraba en Pekin, comisionado por el gobierno, allá por el año 1865— oyó decir que los animales sagrados se hallaban celosamente guardados en el Parque Imperial Non-Hay-tzu (el Padre David lo escribía Haé-Dze), situado a algunos *li* al sur de la capital.

Aquello era más que suficiente para picar la curiosidad del viajero. Sabía, claro está, que la entrada al parque estaba rigurosamente prohibida. Así, pues, el Padre David tendría que habérselas nada menos que con la formidable guardia tártara que defendía el recinto. Pero, con la tranquilidad de los justos, optó, simplemente, por escalar el muro de ladrillo que —con una longitud de 72 kilómetros— protegía el parque de miradas indiscretas. Lo que vió al caer al otro lado de la valla hizo subir al máximo su curiosidad: además de otros muchos animales que él conocía ya, vió un gran rebaño —de unas 120 cabezas más o menos— de unos ciervos realmente extraños. Tan extraños que —como el Padre sabría bien pronto— llevaban el nombre de *sseu-pou-siang*, que significa algo así como «no como cuatro». Esto quería decir, al parecer, que aquel animal «no era como un ciervo», «no era como una vaca», «no era como un caballo» y «no era como una cabra». Pero esto daba a entender, a la vez, que el animal en cuestión tenía un poco de cada uno de los así relacionados, aun cuando no llegara a decidirse, en un todo, por ninguno de los cuatro tipos; era más o menos, como sigue: la anatomía general y los cuernos, del ciervo; una cola tan larga como la de una vaca pero con

unas largas crines como las del caballo; y, por último, las afiladas pezuñas de la cabra...

Afortunadamente para nuestras fonéticas occidentales, aquel enigmático «ciervo» era designado también con el más sencillo nombre de *mi-lou*. Mediante algunas propinas generosamente repartidas entre tal o cual guardián del recinto, el Padre David consiguió hacerse con la cornamenta de uno de esos ciervos, que fué considerada por él, bien justamente, como la pieza principal de la colección que se disponía a remi-

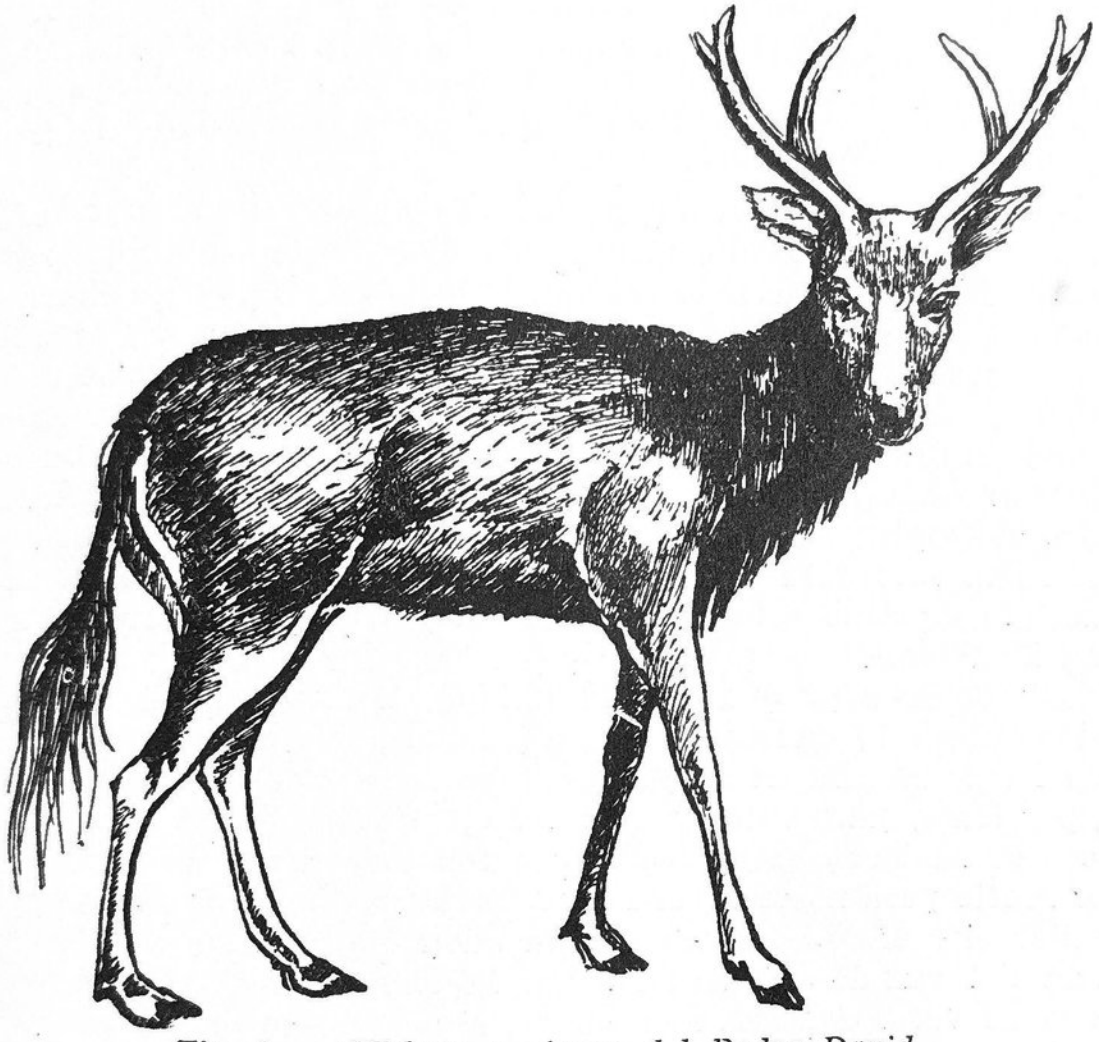


Fig. 6. — *«Mi-lou» o ciervo del Padre David*

tir al Museo de París. Al año siguiente logró obtener igualmente dos pieles enteras en bastante buen estado.

Tan pronto como fué del conocimiento público, en Europa, que una raza nueva de ciervos se hallaba celosamente guardada en el Parque Imperial de Pekin, los medios diplomáticos de numerosos países se pusieron en marcha. ¡Era totalmente necesario hacerse con ejemplares de aquel animal desconocido! Fué Francia, en justicia, quien recibió la primera oferta de tres *mi-lou* vivos, por intervención directa del Ministro imperial Hen-Tchi. Lo cierto es que los tres pobres animales no

fueron capaces de soportar tan largo viaje y así nunca llegaron a ver su nuevo país de destino. Pero sus cadáveres sirvieron holgadamente para que M. Alphonse Milne-Edwards pudiese describir al animal, en 1866, y catalogarlo bajo el nombre de *Elaphurus davidianus*. Es un ciervo gracioso, con el pelaje rojo claro y adornado en su testuz con una mancha de un blanco brillante. Tiene la rara facultad de mudar la cuerna dos veces por año.

Seguidamente, otros especímenes serían enviados a distintos países de Europa como resultado de las apremiantes gestiones de sus respectivos embajadores. Pero el final, en todos los casos, fué idénticamente desalentador, ya que, como se vería más tarde, los *mi-lous* no están hechos para vivir en la cautividad ni para soportar las fatigas de los largos traslados.

Nadie supo comprender tampoco la dramática situación cuando las inundaciones del año 1895 destruyeron una parte del muro que rodeaba el Parque Imperial, haciendo así que la mayor parte de los *mi-lou* escaparan de su confinamiento por aquella brecha. El pueblo, hambriento a más no poder, vió en ellos un auténtico regalo y se apresuró a darles caza y a comerlos seguidamente sin mayores preocupaciones. El golpe de gracia les fué dado a los *mi-lou* en 1900, con ocasión de la revuelta de los boxers: éstos hicieron irrupción en los dominios del Emperador y, llevados del espíritu de rabia y de destrucción de las hordas desatadas, hicieron una verdadera carnicería con todos aquellos ciervos, de un valor inestimable. Uno solo de ellos sobrevivió a aquella estúpida noche de San Bartolomé.

Más tarde se supo que aquellos *mi-lou*, tan celosamente guardados, eran los últimos ejemplares de una raza que había sido, siglos antes, totalmente exterminada en las planicies pantanosas del norte de la China. Eran, por tanto, ¡auténticas reliquias vivientes que los Emperadores chinos, con su sabiduría, conservaban así con toda devoción y cariño!

Por suerte para nosotros, el Padre David había tenido la indiscreción de «saltar el muro» del santuario, un buen día, consiguiendo llamar la atención del mundo occidental sobre la existencia del extraño ciervo con cola de vaca. Gracias a su acción, algunos pocos ejemplares pudieron ser conservados en Europa, con cuidados infinitos. El duque de Bedford, por ejemplo, se esforzaba, en aquel entonces, por salvar la especie de la extinción total conservándoles, como entre algodones, en los enormes jardines de la Abadía de Woburn, en Inglaterra.

Hoy, y partiendo de los 15 ejemplares que lograron sobrevivir y que eran aptos para procrear, el rebaño ha prosperado tanto que, en el curso de medio siglo, se pueden contar ya unos 250 individuos. Y así ya se ha podido pensar —hace aún realmente muy poco tiempo— en enviar algunos de estos ciervos a los más importantes parques zoológicos de otros países.

EL MONO CON NARIZ DE PARISINA Y EL OSO BLANCO Y NEGRO DEL PADRE DAVID

Sobre los jarrones o sobre los tapices que a menudo nos llegan de la China, suele verse dibujado una especie de demonio gesticulante, de rostro azul turquesa. Como todo demonio que se respete, está convenientemente provisto de una cola; la parte delantera de su cuerpo es de color fuego, lo que es bien natural, claro está, en una criatura infernal. Pero su pequeña nariz respingona, lejos de hacerle aterrador, le confiere la gracia picaresca de una parisina.

Este demonio singular, al que ningún naturalista europeo hubiera soñado en prestar una existencia real, constituye la segunda gran revelación zoológica del Padre Armand David. Señalemos además que el hecho de que los artistas chinos representasen esta especie de mono estilizado danzando sobre las alturas nevadas del Tibet, no hizo sino acrecentar la incredulidad de los sesudos varones: ¡Los monos no están a gusto más que en los climas cálidos! ¿Cómo se les habrá podido pasar por las mientes a los artistas orientales tamaño disparate, verdad?

Pues a pesar de todo esto, ¡lo que son las cosas!, este curioso ejemplar —aun sin contar con el previo permiso de los científicos referidos— tiene la mala costumbre de habitar en tan inhóspitos parajes por lo cual se ha ganado el sobrenombre de «mono de las nieves» ya que ha hecho su habitación preferida en zonas que no suelen bajar de los 3.000 metros de altitud (fig. 38).

En 1870, Milne-Edwards, después de haber estudiado los restos de un especimen, le bautizó con el nombre científico de *Rhinopithecus roxellanae,* o sea el *Rhinopithecus* de Roxellana. Ello es una discreta y agradable alusión a la nariz respingona y graciosa de la esclava gentil que, al casarse con Solimán II, vino a demostrarnos que los cuentos de hadas ocurren en realidad, algunas veces. No se pudo haber soñado con una madrina más adecuada para aquel mono a quien el mundo tomaba por un demonio de fábula.

Un buen día, mientras tomaba té y pastelillos en casa de un tal Li, rico terrateniente de la provincia de Seu-Tch'uan, hizo el Padre David su tercer descubrimiento zoológico de carácter sensacional. Era, justamente, el 11 de marzo de 1869. En la casa de su huésped encontró, en efecto, una piel curiosamente manchada y en la cual él reconoció al instante la «del famoso oso blanco y negro» del cual se habían tenido ya diversas noticias.

Es un hecho que en la provincia de Yunnan se llama *bei-shug* (o *pai hswung*), que quiere decir oso blanco, a un animal que vive —se dice— en los bosques de bambú que crecen en los flancos de las montañas.

Según mis datos, el *bei-shug* fué mencionado por vez primera en

una memoria escrita en tiempos de la gloriosa dinastía de los T'ang, quienes establecieron la capital en Tch'ang-nyan (Si-gnan-fou). Para ser más precisos el manuscrito en cuestión data del año 621 de nuestra Era, que corresponde aún al reinado del primer Emperador T'ang.

Convencido de la realidad del animal tenido hasta entonces por legendario, el Padre David trató de animar a los cazadores indígenas para que le procurasen uno de esos osos bicolores. Doce días más tarde, el 23 de marzo, sus deseos quedaron cumplidos. Los chinos habían capturado

Fig. 7. — *El más cercano pariente del panda gigante, el pequeño panda brillante*

un pequeño *bei-shung* vivo, pero, ¡oh!, le habían matado luego para hacer más fácil su transporte.

Y así fué como, por primera vez, un occidental adquirió la piel tan característica del animal que hoy llamamos panda gigante. Esta piel es blanca por todo el cuerpo, salvo las patas, la parte alta del pecho, los hombros, las orejas, la punta del hocico —lo que da al animal un aspecto tan divertido— y las cuencas de los ojos, que tienen tan sólo un color levemente oscuro. Detalle curioso: la planta de sus pies está totalmente cubierta de pelo, ¡cosa ésta nunca vista entre los osos!

El día 1.° de abril, los cazadores proporcionaron al padre David una «perita en dulce» con la cual todos los zoólogos del mundo venían soñando: el cuerpo de un especimen adulto del «oso» desconocido.

Seis días más tarde, nuestro feliz misionero consiguió hacerse con un pequeño animal de pelaje de fuego que había sido clasificado ya por la Ciencia bajo la denominación de panda brillante *(Ailurus fulgens)*. Su nombre de panda viene, al parecer, de una corrupción de la denominación indígena *nyala-ponga*, que significa «comedor de bambú». De hecho, los chinos suelen llamarle más a menudo —y a causa de su aspecto— *Hun-ho*, que quiere decir «zorro de fuego». Pero como además tienen la cola anillada, los ingleses le llaman también *Himalaya raccoon* (ratón del Himalaya), lo cual es bastante más juicioso, ya que dicho animal está efectivamente emparentado con los ratones de América.

Una cosa es bien cierta, y es que el padre David no soñó, ni por un solo momento, en relacionar aquella pequeña criatura tornasolada y felina con el gran oso blanco y negro del que él había recogido, con tanta ilusión, la piel y el esqueleto.

Durante mucho tiempo todavía, y ello no obstante, se seguiría hablando de este último como «el oso blanco de los bambúes» o, más corrientemente, «el oso del padre David». Pero una vez que se hubieron estudiado a conciencia la dentadura y el esqueleto, Milne-Edwards le relacionó, en un rasgo de genio, con los Procyónidos, es decir, con los ratones, e incluso llegó a darle el nombre de *Ailuropoda melanoleucus* (1), es decir, «el animal blanco y negro con pies de panda» Pero llegaría un día, algo después, en que ya no se le llamaría sino panda gigante y su pequeño «primo» de cola anillada pasaría a ser, por idéntica razón, «el pequeño panda».

Mas si quisiéramos conciliar el rigor científico con el sentimiento de justicia, ¿no sería preciso llamar «panda gigante del padre David» al falso oso blanco y negro de la provincia de Sseu-Tch'uan?

Y dicho esto, no quedaba —para dejar todo listo por completo— sino encontrar en su propio ambiente a aquel ratón que se había hecho tan grande como un oso y, claro está, capturarle a renglón seguido. Pero eso era más fácil de decir que de lograr.

Una tras otra, todas las expediciones organizadas para la captura del panda gigante, hubieron de confesar su derrota. El general británico Pereira, que atravesó el Tibet de una punta a otra, no encontró ni la menor traza, ni tan sólo el menor comentario al respecto en las conversaciones o rumores de los aborígenes del país.

Nada más descubierto para el Occidente, parecía ya que el gigante hubiese desaparecido sin dejar la menor huella. Y ya no se volvería a oír hablar de él hasta casi medio siglo más tarde...

(1) El término «Ailuropoda» había sido empleado anteriormente por Gray en una acepción diferente. Por lo tanto, el propio Milne-Edwards, lo substituyó por «Ailuropus» que tiene idéntico sentido.

¡Y LA SERIE CONTINÚA!

La rata con cresta *(Lophiomys imhausi)* es, sin duda alguna, el menos discreto de todos los roedores. Puede llegar a medir hasta 40 centímetros de largo; tiene el cuerpo revestido de una hopalanda de largos pelos blancos y negros que, al erizarse, forman sobre su lomo una impresionante cresta. Mas he aquí que este animal que suele frecuentar las grietas rocosas de las montañas del África oriental, no ha sido descubierto hasta el año 1867, ciendo descrito a continuación por Alfonso Milne-Edwards que, decididamente, continuaba en vena. Pues bien, para clasificar debidamente a este roedor ¡hizo falta determinar previamente toda una familia!

Seis años más tarde se dejó conocer otro animalito no menos extraordinario y que reclamó, él también, la formación expresa de una nueva familia dentro del orden de los Roedores. Era el *Dinomys branickii,* conocido también, aunque poco, por el nombre indígena de «paracaná». Su aspecto de marmota es probablemente menos llamativo que el de la rata con cresta; pero el animal se hace destacar debidamente gracias a su tamaño: mide unos 60 centímetros de largo, aproximadamente como un fox-terrier.

Y a pesar de ser, como se ve, uno de los mayores roedores del mundo, no ha sido conocido hasta 1873, y aún al decir esto quizá me pase de largo. Escuchemos sino, lo que dijo a este respecto el profesor Walter-Hendricks Hodge, de la Universidad de Massachusetts, una de las personas que mejor le han estudiado:

«Este roedor gigante tiene su morada en las selvas lluviosas de los Andes, desde el Perú al centro de Colombia. Durante largos años sólo se conoció al *Paracaná* a través de un ejemplar único que fué capturado en 1873 cuando se hallaba errante por los alrededores de una hacienda en Vitoc, en Perú, cerca de las fuentes del río Perené, al otro lado de los Andes y al Este de Lima. Hasta el 1904 los medios científicos no tuvieron ocasión de dedicar su interés a este animal, pero en aquel mismo año consiguieron verse dos ejemplares no lejos del río Purus, en Brasil. En 1922, se capturó un cierto número de ellos en la zona de las montañas boscosas situadas al Este de Lima y, al fin, en el 1924 fué aumentada la colección con otros dos nuevos especímenes y, sobre esta misma época, la especie fué al fin exhibida por vez primera en los parques zoológicos de Hamburgo y de Londres. Todo cuanto nosotros sabemos sobre este animal está basado, desde luego, en menos de 50 ejemplares. Nuestros datos concernientes a este gran roedor han estado siempre hasta tal punto incompletos que en 1942 figuraba aún en una lista de mamíferos de la América del Sur, ya desaparecidos o en vías de desaparición. Y efectivamente, este animal es encontrado raramente, lo que parece indicar que su número de individuos no debe ser demasiado elevado pero lo que no autoriza, en modo alguno, a suponerle ya en vías de total extinción. El territorio habitado por el *Paracaná* incluye una de las zonas boscosas más abruptas, más inaccesibles y menos conocidas, por tanto, del mundo entero.

Tan sólo algunos escasos senderos penetran en tales zonas y así, y en tanto que esta «terra incognita» no sea mejor conocida por los naturalistas, pocas ideas ciertas y suficientemente basadas podremos hacernos sobre los efectivos de esta raza de *paracanás* que tal vez sea allí mucho más común y abundante de lo que hemos podido suponer hasta ahora por los raros ejemplares vistos o capturados.»

Por otra parte, entre los años 1869 y 1882, el orden de los Ungulados, que comprende los más grandes animales terrestres de la actualidad, se

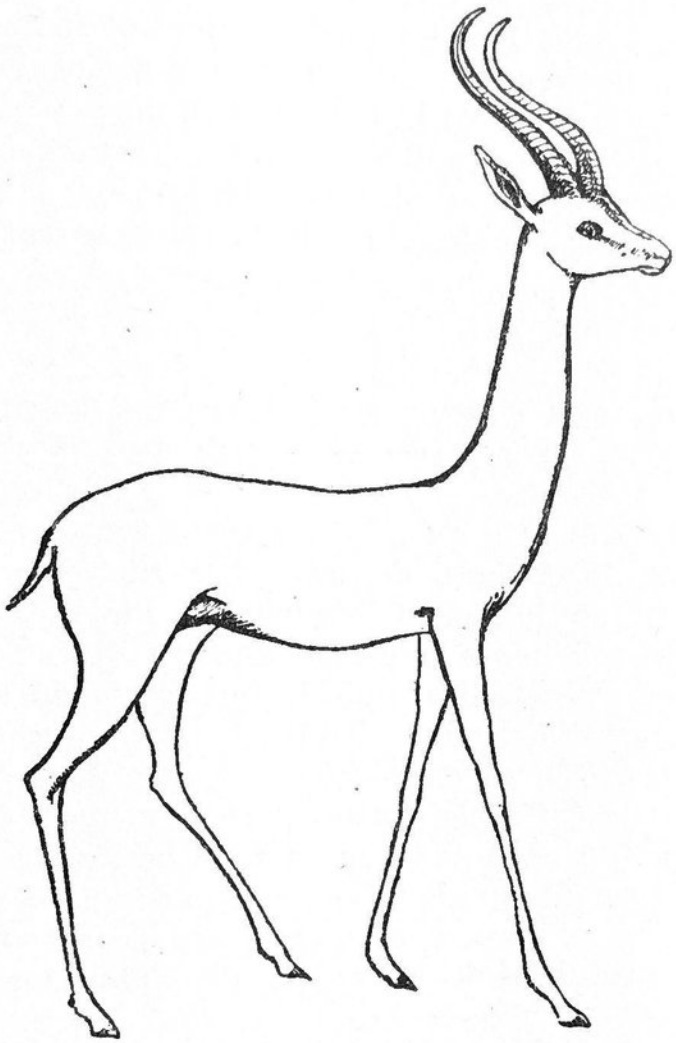


Fig. 8. — *La gacela de Waller o gerenuk, de cuello desmesurado*

enriqueció con una buena media docena de tipos desconocidos hasta aquellas fechas.

En 1869, fué el inglés Blyth quien describió una nueva especie de antílope africano con cuernos en forma de sacacorchos, llamado *Kudu* enano *(Strepsiceros imberbis)*. En 1870 fué a Swinhoe a quien tocó la vez de hacer conocer un género inédito de ciervo de las zonas pantanosas de China, totalmente desprovisto de cuernos *(Hydropotes inermis)*. Al año siguiente, Milne-Edwards prosiguió su brillante marcha de des-

cubrimientos con la de otro ciervo de China, con cuernos cortos, mas presentando la particularidad de que los animales machos están armados de largos caninos *(Elaphodus cephalophus)*.

En 1872 y en 1878, respectivamente, Sir V. Brooke confirió el bautismo científico a dos gacelas africanas. La primera, la de Grant *(Gazella granti)*, no es sino una especie nueva del género *Gazella*, pero la segunda, la de Waller *(Lithocranius walleri)*, por contra, debe ser considerada como un género aparte. Su aspecto resulta totalmente insólito: su cuello, totalmente desmesurado y desproporcionado (tiene tanta altura como la del cuerpo del animal) le ha hecho ganar el calificativo de «gacela-jirafa». Habita en la Somalia y en el África oriental inglesa, siendo conocida allí, por los indígenas, con el nombre de *gerenuk* desde los tiempos más inmemoriales. Y, sin lugar a dudas, esta gacela graciosamente estirada, que parece salir con vida del estudio de Jean-Gabriel Domergue, se hallaba ya representada en los bajorrelieves egipcios, seis mil años antes de Jesucristo.

LA PÍCARA CEBRA DEL PRESIDENTE GRÉVY Y EL CABALLO DEL CORONEL PRZEWALSKI

El arte antiguo y el arte exótico son otros tantos campos de investigación para los zoólogos que, desgraciadamente, los han subestimado frecuentemente. Si se hubieran tomado la molestia de estudiar los frescos egipcios, no solamente hubieran encontrado en ellos la representación de la extraña gacela-jirafa sino también la de una cebra con la piel profusamente rayada de finas listas.

Allá por el año 1860, el explorador escocés James-Augustus Grant pretendió haber visto en Abisinia unas cebras marcadas de tal guisa, pero su afirmación fué aceptada con la más hermética de las reservas. Dado el inveterado cariño que los escoceses parecen sentir por el *whisky* —según la *vox populi*—, parece ser que se achacó a sus efectos sobre la vista toda aquella profusión de rayas que el explorador pretendía haber visto en una pacífica y vulgar cebra.

Pero años después, el Negus de Abisinia, Menelik I, tuvo la amabilidad de ofrecer al Presidente Jules Grévy, una cebra que respondía con absoluta justeza a la descripción dada anteriormente por Grant. Cuando el animal fué conducido a Francia por el señor Brémond, y llevado finalmente a la Casa de Fieras del Jardín de Plantas, no hubo ya otro remedio sino reconocer que se trataba de una especie totalmente distinta de las cebras, no sólo por el dibujo de su piel sino también por su superior alzada. La pobre bestia, extenuada por el largo y agotador viaje, dejó este mundo a consecuencia de un ataque de apoplejía, algunos días después de su llegada. Pero tan corto espacio de tiempo fué suficiente para que el Sr. Oustalet aportara a la fauna mundial la descripción de un

nuevo representante de los animales de gran tamaño *(Dolichohippus grevyi)*.

Casi simultáneamente había llegado a Europa el anuncio de un descubrimiento efectuado por el explorador ruso coronel Nicolai Mikhailovitch Przewalski: era una especie de caballo salvaje, hallado en el mismísimo corazón del Asia. Digamos, ya de paso, que aunque Przewalski fuese todo un Coronel de Caballería precisamente, había tomado aquel

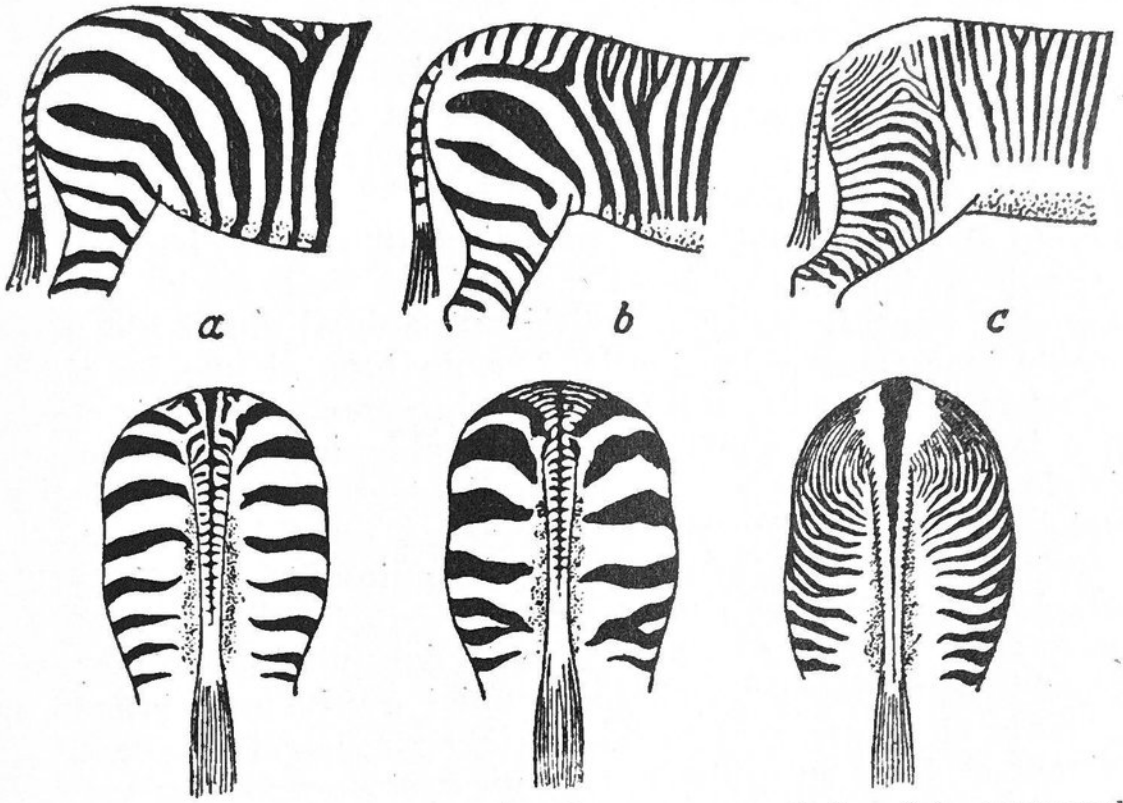


Fig. 9. — *Dibujo original del pelaje de la cebra de Grévy (c), comparado con el de la cebra de Burchell (a) y con el de la cebra de las montañas (b), (según Frechkop, 1947)*

animal de gran cabeza y de patas relativamente cortas, por un asno. Hizo falta toda la paciencia del zoólogo Poliakoff —que describió a este animal en 1881— para convencerle al fin de que se trataba de un caballo, y de un caballo que iba a inmortalizar el nombre, tan difícil de pronunciar, al parecer, del coronel Przewalski *(Equus przeœalskii)* (1).

Este animal es, en nuestros días, el único caballo verdaderamente salvaje, y no «vuelto a la libertad» como los caballos americanos. Efectivamente, el último caballo agreste de la otra especie salvaje que existía, el tarpan *(Equus gmelini)*, murió allá por la Navidad del año 1879, en Ucrania. Por todo ello, y como se ve a simple vista, el descubrimiento del coronel Przewalski tuvo una importancia extraordinaria.

(1) Un nombre con mucho ruido y pocas nueces, ya que luego se pronuncia simplemente «Pchevalski».

UN LOTE DE CARACTER SENSACIONAL

Los animales desconocidos descubiertos entre 1885 y 1898 son, en general, de dimensiones menos impresionantes (en lo absoluto); pero algunos de entre ellos, no obstante, tuvieron un interés mucho más considerable desde el punto de vista zoológico.

En 1885, cuando aún se creía que los murciélagos de lengua gorda se hallaban estrictamente confinados en la región oriental del este del Himalaya, el alemán Pagenstecher descubría en el Gabón un género desconocido de estos grandes murciélagos frugívoros, al que dió el nombre de *Megaloglossus wœrmanni.*

Durante el 1888, el inglés E. G. Stirling, que partió hacia el corazón de Australia en busca de algunos marsupiales fósiles a los que él creía aún con vida, nos trajo de su expedición un animal minúsculo, pero completamente ignorado por la ciencia. Era un topo al que los aborígenes denominaban *ur-quamata,* un topo asombrosamente parecido a los de nuestros jardines, pero que en realidad había logrado tal aspecto por un simple fenómeno de convergencia. Se trataba, en realidad de un marsupial, de un auténtico animal con bolsa como los restantes mamíferos australianos. El pequeño y prodigioso animalito recibió de Stirling, en 1891, el nombre de *Notoryctes typhlops.*

Cuatro años después, y en la otra parte del mundo —en las montañas de Colombia—, se descubría otro marsupial mucho más interesante todavía. Tenía el vulgar aspecto de una gran musaraña, pero era ¡nada menos! que el único superviviente de un vasto grupo desaparecido, que vivió en América del Sur desde el Oligoceno hasta el Mioceno. Por sus caracteres dentarios marca la transición entre los marsupiales polyprotodontes —de los que aún se encuentran algunos representantes en América (las zarigüeyas u *opossum*)— y los marsupiales diprotodontes, exclusivamente confinados en las regiones australianas. Se pretende, generalmente, que este animal de vida nocturna es tan poco conocido que no tiene, ni tan siquiera, nombre vulgar; pero esto no es exacto, ya que los indígenas le llaman *cantón-runcho.* Pero no por ello deja de merecerse, cumplidamente, el nombre científico de *Caenolestes obscurus* con que le obsequió, en 1895, el célebre zoólogo británico Oldfield Thomas, ya que, a fuer de sinceros, es casi nada lo que conocemos con respecto a sus costumbres y usos. Veintidós años después, este mismo sabio habría de describir otro género vecino, el *Orolestes,* que vive en el Perú, por los 4.000 metros de altitud. Y en 1924, el americano Wilfred Osgood descubrió aún en Chile un tercer género *Ryhmcholestes* de esta familia tan poco conocida.

Corramos ahora un tupido y discreto velo sobre el pretendido descubrimiento, en 1891, de un pangolín velludo de Sumatra (*Trichomanis*

hoeveni), por el holandés A. A. W. Hubrecht. Las únicas piezas anatómicas halladas de este animal, se perdieron desgraciadamente, pero pudo llegar a probarse que se trataba de una nueva variedad del *Arctonyx* acollarado o *Balisaur*, ¡una especie de tejón asiático!

En aquel mismísimo año, Oldfield Thomas bautizó a un nuevo cuadrúpedo de gran tamaño, el antílope dibatag *(Ammodorcas clarkei)*, llama-

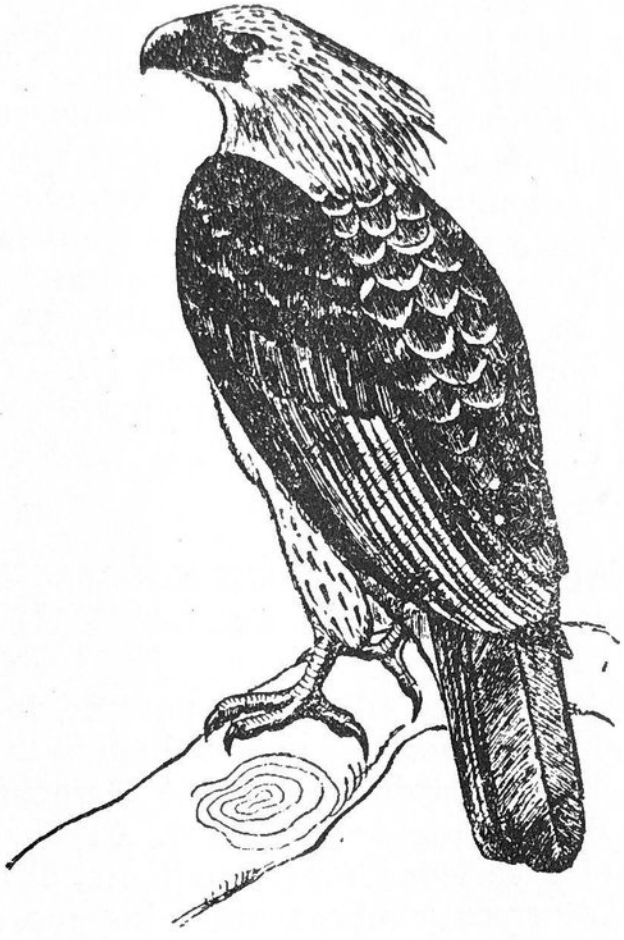


Fig. 10. — *El águila devoradora de monos, de las islas Filipinas*

do más vulgarmente gacela de Clarke, ya que fué descubierta en la Somalia por el deportista y naturalista V. H. Clarke.

Mucho menos impresionantes fueron los hallazgos de un nuevo género de conejo del Popocatepetl *(Romerolagus nelsoni)*, en 1896, por el americano C. C. Merriam y la descripción simultánea, por el alemán P. Matschie y el inglés W. E. De Winton, de un nuevo género de ardillas voladoras africanas *(Zenkerella insignis)*. Y esta irrupción de un mamífero planeador va a servirnos para introducir aquí, algo insidiosamente, el caso de un ser mucho más decididamente aéreo.

La gente detallista me objetará, sin duda alguna, que un pájaro, por muy enorme que sea, nunca puede ser «un gran cuadrúpedo» y, además, que Cuvier no pretendió jamás que hubiera pocas esperanzas de descubrir nuevas especies de grandes pájaros. Todo ello es exacto, claro está.

pero no hace al caso, sin embargo, ya que lo que él mantenía concretamente es que no había *ni la menor posibilidad* de este tipo que alimentar al respecto. No existen seres menos discretos que los pájaros: la facultad que tienen éstos de levantar el vuelo a la primera alarma no les obliga a esconderse tanto como en el caso de los mamíferos. Por tal razón pueden permitirse, sin mayores inconvenientes, estar adornados de plumajes multicolores y llamativos. A ello se debe también, puede ser, que se descubra tan raramente un gran pájaro desconocido.

Esto es lo que ocurrió al P. Jeffery Whitehead; logró cazar, en las Islas Filipinas —isla de Samar— un águila moñuda de tamaño impresionante, una arpía más concretamente, que poseía numerosos caracteres bien particulares. La longitud de su pico era desmesurada, hasta tal punto que uno llegaba a sentir pena por los pequeños monitos filipinos, al saber que el águila en cuestión se servía de tan aterrador instrumento para despedazarlos. En 1896, el inglés R. Ogilvie Grant describió a este ave rapaz bajo el nombre de *Pithecophaga jefferyi,* «la comedora de monos de Jeffery», lo cual tiene tanto de juicioso como de gentilmente familiar para el R. P. Whitehead.

TRES DISCRETOS GIGANTES: EL OSO KODIAK, EL RINOCERONTE BLANCO Y EL GORILA DE LAS MONTAÑAS

Por muy extraordinario que ello pueda parecer, lo cierto es que hasta el año 1898 los hombres blancos no oyeron hablar nunca del mayor carnívoro del mundo, el oso pardo gigante de Kamchatka, de Manchuria y de las islas Sajalin *(Ursus beringianus).* Al otro lado del estrecho de Behring, existe otra variedad muy semejante, el oso *kodiak* de Alaska, que ha recibido diversos nombres, entre los que destaca el de *Ursus mittendorfi.* Lo que es cierto también es que la sistemática de los osos del extremo norte de América y del nordeste de Asia está endemoniadamente embrollada. Pero lo que trato de demostrar aquí es que nos ha sido preciso esperar hasta finales del siglo pasado para enterarnos de la existencia de ese oso pardo monstruoso, de hasta 3 metros de alto y más de 700 kilogramos de peso. Hasta tal época se creía que el mayor de los osos era el oso gris o *grizzly (Ursus horribilis),* que ahora ha resultado ser notoriamente más pequeño: su altura no sobrepasa apenas de los 2 metros y su peso no remonta nunca la media tonelada.

Tampoco supimos, hasta el año 1900, que existía una variedad del mayor animal terrestre —después del elefante de África— y en una región en que era hasta entonces completamente desconocido. Se trata del rinoceronte blanco *(Ceratotherium simum),* al que se creía confinado en África del Sur, por debajo del Zambeze. Con su longitud de cerca de 5 metros, su altura de más de dos, es éste el más impresionante de todos los rinocerontes. Su peso puede sobrepasar, holgadamente, las dos tone-

ladas. Su cuerno mayor puede llegar a tener la medida de un hombre no muy alto: ¡un metro con cincuenta y siete!

En verdad, el rinoceronte blanco tiene el mismo tinte grisáceo que el rinoceronte negro; parece ser, pues, que debe tal nombre a su costumbre de revolcarse en las charcas y en el polvo de la gran sabana donde habita, a fin de formarse así una espesa costra de cieno seco que le preserve de las picaduras de los insectos.

El llamado rinoceronte negro suele habitar en la floresta y conserva su color natural. En realidad, el calificativo de rinoceronte «blanco» viene

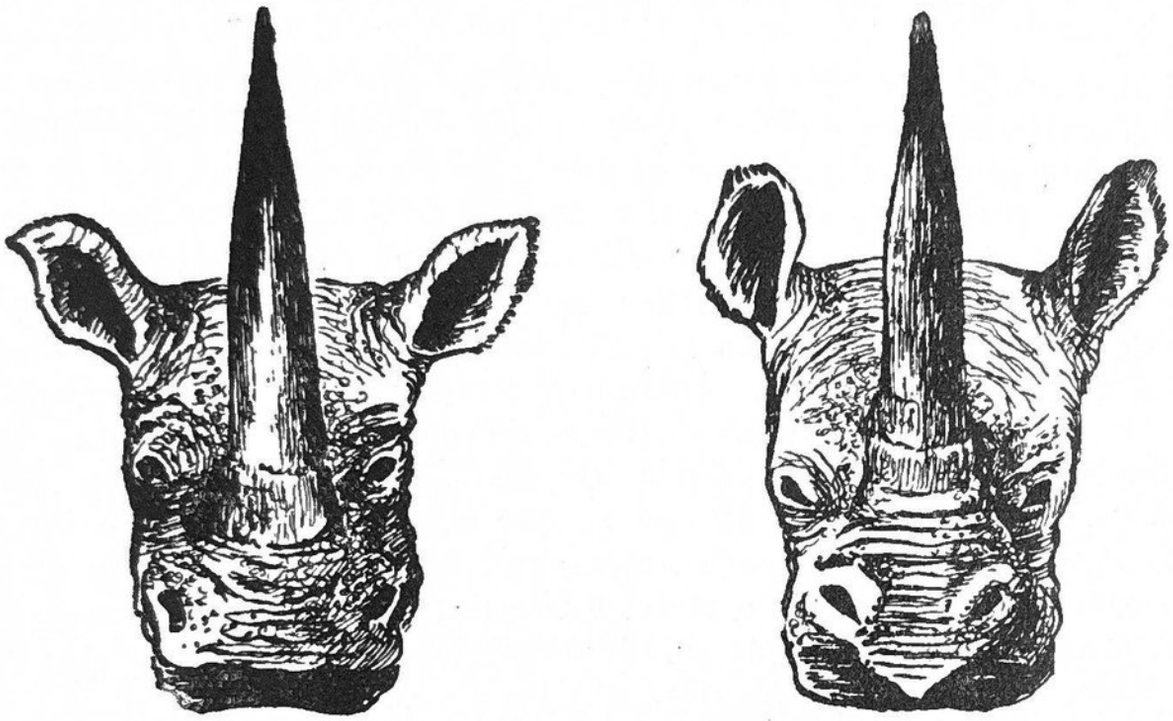


Fig. 11. — *El rinoceronte blanco (a la izquierda) se distingue del rinoceronte negro (a la derecha) por la forma truncada de su belfo superior*

de una traducción incorrecta del nombre boer del animal, que es *weid* rinoceronte.

Este apelativo viene del holandés *wijd*, que corresponde a la palabra inglesa *wide* (ancho) y no a *withe* (blanco); hace alusión al morro cuadrado de este animal. El rinoceronte blanco se distingue esencialmente, en efecto, del apodado negro, por la forma truncada de su belfo superior y por la mayor separación de sus fosas nasales.

Así, los nombres de rinoceronte chato o rinoceronte de belfo truncado que le han sido aplicados algunas veces viene a caracterizarle, en realidad, con mucha más exactitud y justeza que el apelativo referente al supuesto color de la piel.

En 1900, el capitán A. St.-H. Gibbons logró sacar del enclave de Lado, en el Nilo superior, un cráneo de rinoceronte blanco que era desconocido en tal latitud, ya que se le hacía en una región situada a 3.000 kilómetros más allá, o sea al sur de Bechuanalandia, en la Mashonalandia y en la tierra de Matabele.

Otros ejemplares fueron recogidos poco después en la misma zona por el Mayor Powell-Cotton, todo lo cual permitió ya al gran mamalogista Lydekker describir con detalle esta variedad, constituyendo con ella una nueva subespecie, habida cuenta de las ligeras diferencias existentes *(Ceratotherium simum cottoni)*. El área de distribución de esta raza comprende el Nordeste de Uelé (Congo belga) y se extiende luego hasta el Sudán anglo-egipcio (1).

Díganme ustedes ahora si no tiene todo el aire de una broma el que un animal tan impresionante y voluminoso haya podido pasar inadvertido en una región que, oficialmente, se daba por «bien explorada y conocida...»

El hallazgo del mayor de los rinocerontes en un paraje en que se le desconocía, fué seguido de cerca por el del mayor también de todos los monos de que se tenían noticias: el gorila de las montañas (fig. 23, T. II). Su existencia real no quedó establecida hasta 1901. Su nombre científico *(Gorila beringei)* le fué puesto dos años más tarde por el alemán Matschie en honor del capitán von Beringe, que fué quien aportó —procedentes de Kivu— los primeros restos mortales del cuadrumano gigante.

Hasta tales fechas sólo se conocía una especie de gorilas: el que habitaba en las costas, llamado gorila occidental *(Gorilla gorilla)*, cuyas zonas de residencia se extendían desde el Gabón al Camerún y al Congo francés. Pero en 1860, Speke oyó hablar a los indígenas de Rumanika, en el territorio de Ruanda, de un monstruo que «abrazaba a las mujeres con tal fuerza que las hacía morir». Fué ésta, al parecer, la primera vez que un europeo tuvo noticias de la existencia de un mono gigantesco que poblaba las montañas boscosas del lado este del Congo belga.

De hecho, los negros de tal región han solido propalar un buen número de historias sobre un ser que ellos llamaban *ngagi* en kiniaruanda y *ngila* en kiswahéli y en kingwana. Pero los blancos —aún a pesar de que conocían ya sobradamente al gorila del Gabón desde hacía más de cuarenta años— se negaban con obstinación a creer tan «absurdas leyendas» hasta que, claro está, von Beringe logró cazar el primer especimen.

El gorila de Kivu es realmente un animal formidable. Su altura, que puede alcanzar los dos metros, es algo superior a la del gorila de las costas, que nunca suele sobrepasar los 1,80. La envergadura de un viejo macho llega a ser, a veces, hasta de 2,70 metros; su perímetro torácico, de 1,70 y sus bíceps ¡65 centímetros! Su peso oscila entre los 200 y los 250 kilos.

Con todo esto, hemos de reconocer la discreción de este coloso, cuando ha logrado pasar inadvertido hasta principios de nuestro siglo.

(1) Hasta el año 1950, el rinoceronte blanco era uno de los raros mamíferos gigantes que no habían podido llegar a ser observados en cautividad. Hoy en día se encuentran dos jóvenes especímenes en el Parque Zoológico de Amberes.

EL INCREÍBLE OKAPI

El año 1900 no fué solamente la época del café cantante, del *can-can* francés o de la tarjeta postal iluminada Fué también el período de los descubrimientos zoológicos de gran estilo. Y así, al mismo tiempo que el oso kodiak, el rinoceronte blanco de Cotton y el gorila gigante, este año vino a traernos el conocimiento de un animal raro por excelencia, huído de una época acabada hacía decenas de millones de años: el okapi.

Hoy en día, no es posible hacerse una idea exacta —según el Dr. Maurice Burton— «del ambiente de romanticismo que rodeó el hallazgo del okapi ni la emoción que se apoderó de los medios profesionales tan pronto como empezaron a circular algunos vagos rumores sobre la existencia de este animal y, como magnífico colofón, sobre su propia captura».

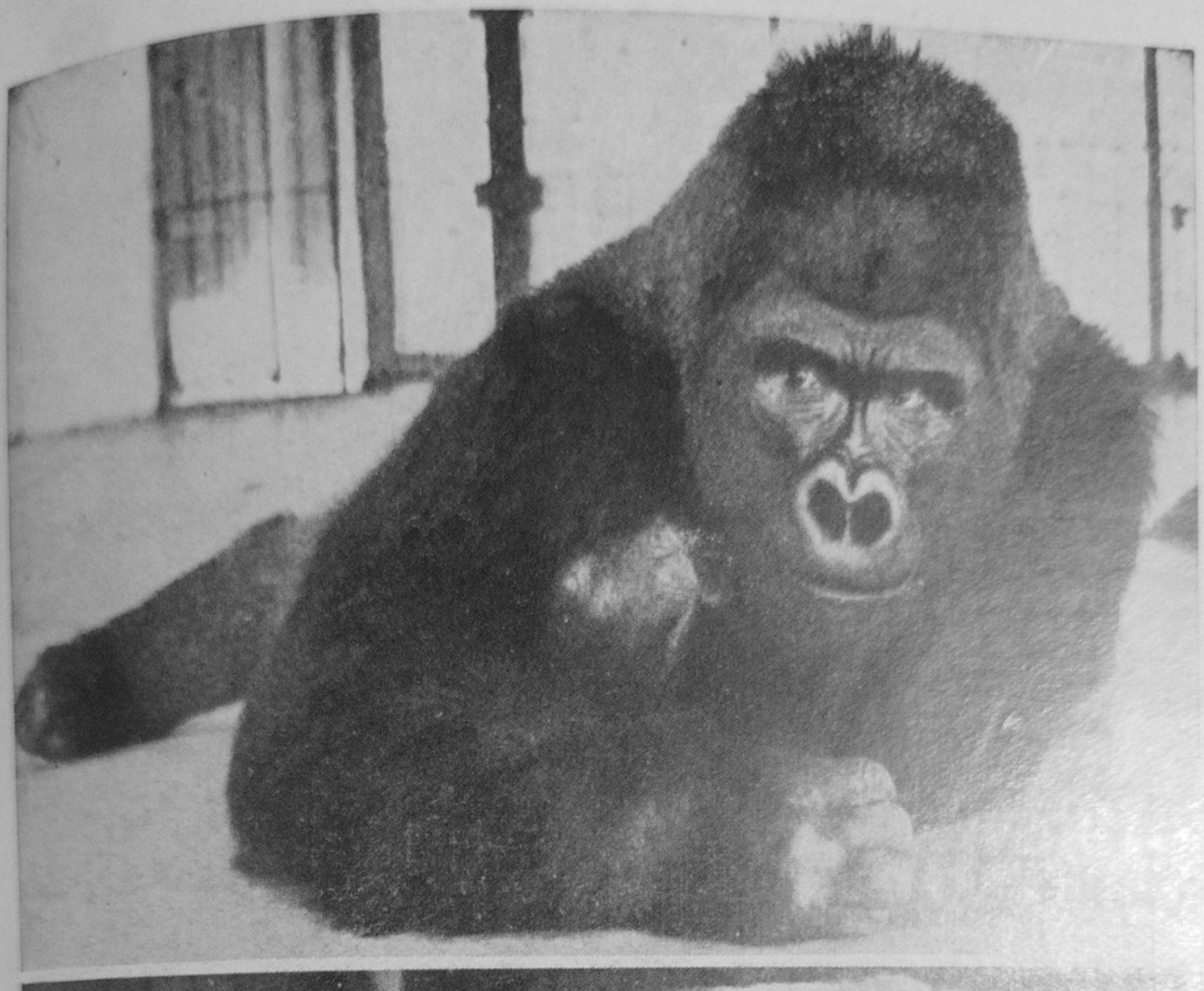
El primer indicio que nos llegó con respecto a la existencia del okapi era francamento vago: era, ni más ni menos, tres breves líneas dentro del libro que Stanley nos había legado como experiencia de sus casi ininterrumpidos viajes a través del continente negro, en todos los sentidos imaginables. En las notas lingüísticas de su obra *En las tinieblas de África (In Darkest Africa)* se encuentra, entre otros, el siguiente párrafo que hace relación a los pigmeos wambutti que habitan la selva congolesa del Ituri:

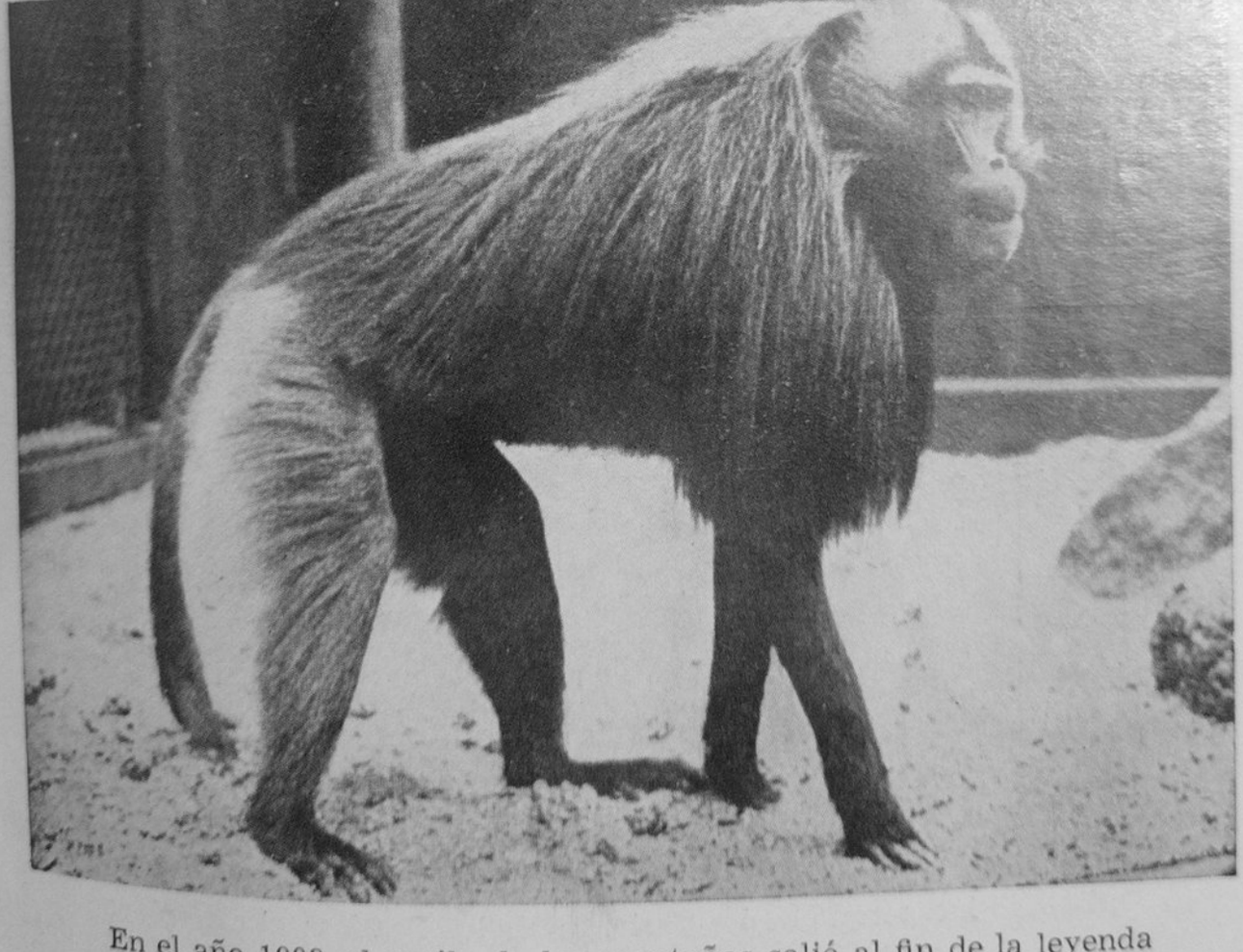
«Los wambutti tienen conocimiento de un asno al que ellos llaman *atti*. Dicen igualmente que logran, a veces, cazarlo en sus trampas o zanjas. Lo extraño es lo que afirman que comen tales asnos: simplemente, hojas.»

No había la menor razón para poner en duda las afirmaciones de Stanley, dignas en general del mayor crédito, aun a pesar de que, como era sabido, solían ir sazonadas con algo de «pimienta periodística».

Por otra parte, nadie soñó en contradecirle, ya que aquella noticia no tenía el menor interés a los ojos del público; no era, para los profanos, nada sensacional. Mas no era ésta, ni por aproximación, la opinión de los expertos en la fauna congolesa, quienes jamás habían oído hablar de asnos salvajes en aquellas regiones. Así, pues, se mostraron más bien reticentes a este respecto. Los únicos équidos conocidos en el Congo eran, hasta entonces, las cebras, pero tales animales, verdaderos especialistas de la carrera de velocidad, no frecuentan *nunca* las selvas y mucho menos cuando éstas son tan densas que pueden impedir su veloz huída y, para colmo de males, están habitadas por los feroces pigmeos. El escepticismo, pues, se imponía.

A pesar de todo, el Gobernador de Uganda, Sir Harry H. Johnston, seducido por los informes de Stanley, quiso aprovechar su viaje por el Congo —en función un poco de explorador y otro poco de naturalista— para recoger más amplios informes sobre el llamado *atti*.





En el año 1903, el gorila de las montañas salió al fin de la leyenda
(C. Black Star-Rapho)

El mayor de los babuinos, el Gelada, ha sido el último en dejarse descubrir
(C. Rapho)

Un primo americano de los Pandas: el Kinkajou
(C. Suschitzky-Rapho)

El más inesperado de los parientes de los Pandas: el ratón lavador
(C. Sciences et Avenir)

Una ocasión excepcional había de presentársele ya a finales de 1899 cuando hubo de arrancar, de entre las manos de un empresario alemán, toda una *troupe* de pigmeos que éste había capturado al sólo objeto de exhibirlos como bestias feroces en la Exposición de París del 1900. Se marcó entonces nuestro hombre el propósito firme de conducir, él mismo, a todos los pequeños hombrecillos hasta sus selvas natales, tras haberles tenido como huéspedes en Uganda, gracias a lo cual logró el buen gobernador hacer verdadera amistad con ellos. Tan pronto como Sir Henry pudo hacerse entender por ellos y con ellos, gracias a un intérprete, pasó, sin pérdida de tiempo, a hacerles preguntas sobre el intrigante animal, parecido a un caballo, y que vivía en sus selvas.

«Comprendieron «ipso-facto» lo que yo quería decirles —nos cuenta el explorador británico— y, señalando a una piel de cebra y a una mula que por allí pasaba, me informaron que la criatura en cuestión se llamaba okapi, se parecía enormemente a una mula que hubiese sido cubierta con piel de cebra.»

Okapi u *o-api* era, evidentemente, el nombre que Stanley había tomado por *atti*.

Llegado al fin a Fuerte Mbeni, en el Estado Libre del Congo, Sir Henry Johnston prosiguió su encuesta interrogando a los oficiales belgas de aquella guarnición. Éstos no habían logrado ver nunca a tal animal, pero sabían, sin embargo, que sus soldados salían muy frecuentemente a cazarlo en los bosques, acostumbrando a matarle a simples lanzazos. La carne de estas piezas era aprovechada para los ranchos y la piel empleada en hacer cinturones o cartucheras. Uno de los oficiales declaró, incluso, que por algún rincón del fuerte debería andar, todavía, una piel entera de uno de los últimos ejemplares capturados, lo cual excitó grandemente la curiosidad de nuestro investigador. Pero, ¡oh dolor!, resultó luego que había sido ya partida en pedazos, por lo cual Sir Harry no logró sino hacerse con algunos de ellos.

En una carta memorable, fechada el 21 de agosto de 1900 y dirigida al Dr. Sclater, de la Sociedad Zoológica de Londres, Sir Harry Johnston dió conocimiento de sus éxitos, si bien fueran éstos, hasta tal entonces, solamente parciales. Anunciaba el inmediato envío de un cuerpo fragmentado del okapi, así como de una piel totalmente entera, ya que los complacientes oficiales belgas le habían prometido organizar una cacería por Uganda al único objeto de facilitarle así su búsqueda:

«Durante todo aquel tiempo —sigue relatando sir Harry— yo vivía convencido de hallarme tras la pista de una especie o variedad de caballo. Por ello, nó quería dar crédito a nuestros guías indígenas cuando éstos, señalando unas huellas netamente marcadas en el suelo, me hicieron saber que pertenecían a nuestro okapi. Tales marcas o huellas eran, indiscutiblemente, de un animal de pezuña hendida como, por ejemplo, el antílope Eland, del género *Taurotragus*. Por ello, y aun a pesar de que los guías insistían, seguí yo pensando que se trataba, sin la menor equivocación, de un alce o de un antílope de los bosques.»

El naturalista inglés hizo mal en no creer a los negros; si hubiese indicado que el okapi tenía las pezuñas hendidas hubiera evitado al Dr. Sclater un buen «patinazo». En efecto, cuando éste último recibió los primeros trozos de piel recogidos por Sir Johnston, bautizó precipitadamente a aquel desconocido animal con el nombre de *Equus johnstoni*. Pero en honor a la verdad debemos decir que el referido doctor tuvo buen cuidado en poner un signo de interrogación tras la palabra *Equus*, con la cual, como luego veremos, pudo evitar aún su rápido bautizo científico.

Y entre tanto, Karl Eriksson, un oficial sueco al servicio de Bélgica, había conseguido entregar a Sir Harry Johnston una piel completamente entera y dos cráneos de okapi. La referida piel y uno de los cráneos correspondían a un joven macho de la especie.

Poco a poco, basándose sobre las descripciones facilitadas por los pigmeos y sobre el examen de las piezas anatómicas, se llegó casi a reconstituir el aspecto de este animal que traía ya intrigado al mundo entero. Era un sujeto extraño. Hacía pensar en aquellos monstruos mitológicos que parecían estar hechos con toda una serie de piezas de otros y muy diferentes animales. Del tamaño de un caballo, hacía recordar vagamente a un antílope gigante, mas sin tener cuernos visibles; por contra, estaba dotado de una larga lengua prensil de oso hormiguero y de unas orejas tan largas o más aún que las de un asno; los cuartos traseros estaban nítidamente dibujados como la piel de una cebra. ¡No había faltado más que este último detalle para que se tomase a nuestro animal por una especie nueva de cebra! Pero en realidad...

«Cuando recibí el envío del señor Eriksson —nos cuenta sir Harry Johnston— me di cuenta inmediata de lo que era el okapi y, en particular, de su íntima relación o emparentamiento con la girafa.»

La forma del cráneo, la estructura de sus dientes, la pezuña hendida de rumiante y todo en general, venía a testimoniarlo. Sí, era una especie de jirafa de cuello corto, una especie de ser cercano a los animales antediluvianos desaparecidos ya desde hace largos siglos, y, hasta quizá, quizá un primo lejano del *Helladotherium* cuyos restos exhumó Albert Gaudry de entre unas capas del Mioceno en Grecia.

Sir Johnston, enviando ahora sus nuevos trofeos al profesor Ray Lankester, en Londres, le propuso bautizar al okapi con el nombre científico de *Helladotherium tigrinum*. Sin embargo, el especialista inglés, más versado en anatomía comparada, concluyó afirmando que el okapi se hallaba a igual distancia de la jirafa que del *Helladotherium*, a mitad de camino entre los dos, al decir de dicho técnico del British Museum, por lo cual propuso éste fundar —en honor del animal en cuestión y de su descubridor— el nombre de *Okapia johnstoni*.

Pronto, además, irían a darse cuenta de que, a diferencia del *Helladotherium*, absolutamente desprovisto de cuernos, el okapi macho posee,

al igual que la jirafa, unos pequeños y reducidos cuernos, escondidos bajo la piel y formando unos salientes sobre su testuz. Lo que es cierto, por consiguiente, es que el okapi pertenece al vasto grupo de los *Giráfidos* de caracteres primitivos que tanto abundaban en África y en Asia en el período Mioceno y más aún en el Plioceno. Entre ellos, podemos citar el *Helladotherium*, el *Samotherium*, el *Palæotragus*, el *Sivatherium*, etc.

Tan pronto como la existencia del okapi quedó establecida sobre bases ciertas e incontrovertibles, derribándose así las dudas existentes entre buen número de personas, se produjo de rebote una fuerte corriente en sentido inverso. Todos y cada uno hicieron cuestión de gabinete demos-

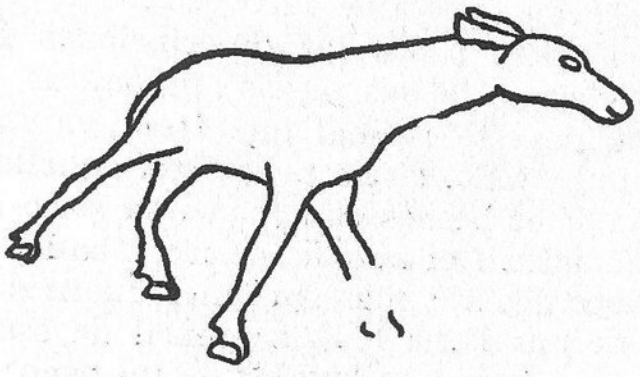


Fig. 12. — *Este grabado rupestre de «oued el Djerat» (Sahara Central) nos revela que en el tercer milenio antes de Jesucristo los egipcios conocían ya un animal muy parecido o muy cercano al okapi*

trar que, en efecto, el okapi era ya conocido desde hacía millones de años. Una pléyade de africanistas y de egiptólogos pretendieron encontrar los rasgos del okapi en los grabados rupestres de la época del Neolítico sahariano, en los vasos pintados del Egipto predinástico o bien en los bajorrelieves faraónicos. En algunos casos, hay que decir que el parecido es bien asombroso. En 1935, sobre todo, el geógrafo R. Perret ha subrayado las curiosas analogías existentes entre el okapi y tres apuntes de animales representados en unos dibujos rupestres hallados en las paredes de un cañón de Tassili de Azdjera, conocido por el nombre de *oued el Djerat*, situado entre Fort-Polignac y Djanet. No hay duda de que si el animal que reproducimos aquí (fig. 12) no es el mismísimo okapi, debe ser, en todo caso, un animal muy estrechamente emparentado con él.

El profesor Léonce Joleaud ha creído ver en él al *Libytherium*, del cual sabemos que ha sobrevivido hasta una época aún bien reciente.

Podríamos así, pues, resumir diciendo que mientras que en la sabana (hoy desaparecida) del Sahara y de Egipto se extinguía —hace algunos millares de años— el *Libytherium*, el okapi, mejor protegido en su resi-

dencia inviolada de las selvas de Semliki y del Ituri, seguía reproduciéndose pacíficamente hasta llegar así a nuestros días.

Como en el caso del *Hyomoschus aquaticus*, he aquí otra prueba suplementaria de que la gran selva africana de las lluvias es el medio ideal para la conservación de reliquias vivientes de una edad ya desaparecida (1).

El descubrimiento de «fósiles resucitados» no había terminado, además, ni con mucho menos, en el caso que queda así relatado.

EL JABALÍ GIGANTE DE LOS BOSQUES

Cuando Sir Harry Johnston regresó de Uganda, se encontró en Inglaterra con el propio Stanley y, como era natural, comenzaron en seguida

Fig. 13. — *Cabeza de* Hylochœrus *o jabalí de los bosques*

ambos hombres a charlar muy animadamente sobre la reciente aportación zoológica a que tanto habían ellos contribuido.

Stanley declaró a su interlocutor, sobre tal tema, que consideraba al okapi como «un nuevo animal entre las criaturas nuevas y extrañas que quedan aún por descubrir en aquellas interesantes selvas y bosques». Añadió, incluso, que él mismo había percibido «una especie de gigantesco puerco de cerca de 2 metros de largo, así como determinados antílopes de un tipo totalmente desconocido hasta ahora».

El clima general era francamente optimista tras la abundante cosecha

(1) Algunos años después del descubrimiento del okapi, fué posible —por fin— capturar algunos ejemplares vivos. Al principio, la cautividad fué fatal para ellos: morían invariablemente al cabo de dos o tres meses. Hoy en día, y gracias a los más celosos cuidados, es posible verles, en perfecta salud, en muchos parques zoológicos entre los cuales citaremos el de Amberes donde prospera una magnífica pareja de dichos animales

de nuevas especies zoológicas recogida a lo largo de las últimas décadas. El reciente hallazgo del okapi había valido también para conceder un nuevo crédito a las diferentes historias narradas por los negros. Y así fué como se empezó entonces a considerar, con un interés apasionado, los rumores de la existencia de una especie de jabalí monstruoso en los bosques del Ituri.

Y este *senge* era, al decir de los indígenas, una bestia feroz, negra como la noche, enorme como un rinoceronte... bueno, ¡como un rinoceronte pequeñito!

El testimonio de Stanley vino a aportar a esta leyenda el peso de su propio crédito.

En 1904, un oficial de los *British East Africa Rifles*, el capitán R. Meinertzhagen, puso la mano —por azar— sobre los restos de uno de estos seres que, desgraciadamente, se hallaban ya en bastante mal estado. Provenían éstos de la región de los bosques del monte Kenya. Poco después, el mismo oficial tuvo la suerte de hacerse con el cráneo de un ejemplar que había sido cazado en los bosques que bordean el lago Victoria.

Por tanto, era ya casi posible establecer las características del famoso *senge* gigante. Fué descrito por el zoólogo británico Oldfiel Thomas, quien le llamó así *Hylochœrus meinertzhageni*, es decir, «el puerco de los bosques» de Meinertzhagen.

En realidad, el animal está lejos de alcanzar las dimensiones de un rinoceronte, aun cuando éste sea pequeño; sin embargo, nunca se había encontrado, en ningún país del mundo, un jabalí tan enorme: ¡el *Hylochœrus* puede llegar hasta los 1,20 metros por la cruz y a los 2,50 de largo! Jamás se había visto, tampoco, un jabalí de un negro azabache tan intenso. Sus defensas son largas y macizas. Posee, por añadidura, determinadas características craneales de los suidos arcaicos: morfológicamente viene a ser algo así como un eslabón entre otros dos jabalíes africanos, el *Potamocherus* y el *Phacocherus*.

LA RESURRECCIÓN DEL HIPOPÓTAMO ENANO

Cuando aun ni siquiera había podido el mundo de los sabios asimilar las anteriores novedades, empezó a resonar el eco de otra de no menor importancia. Se recogieron rumores casi continuos que parecían afirmar que otro animal, de aspecto más o menos parecido, recorría el extremo opuesto de la selva ecuatorial. Los indígenas del interior de Liberia pretendían, concretamente, que «un gran puerco negro», al que llamaban *nigve*, vivía en los bosques de su región. Todo el mundo pareció recordar entonces el famoso *Couja quinta*, el puerco negro fuerte y peligroso que el Dr. Olfert Dapper situara, allá por 1668, en la Greyn Kust —la Costa de la Pimienta—, o sea, en las regiones de la Liberia actual.

Algunos espíritus aventureros llegaron hasta sugerir que debía tratarse no de un jabalí gigante de los bosques, sino de un hipopótamo enano, igual quizá al que fué anteriormente descrito por el Dr. Samuel Morton, bautizado con el nombre de *Chœropsis* por Joseph Leidy, y cuyos despojos y esqueleto fueron hallados por Büttikofer.

Pero los incrédulos, ¡cómo no!, se encogieron de hombros alegando, con sonrisa socarrona, que el *nigbve* tenía la costumbre inveterada, según se afirmaba, de vivir entre los bosques, mientras que los hipopótamos eran, por definición bestias acuáticas. Y para machacar más aún y afianzar otro tanto su incrédula postura, seguían diciendo también que el hipopótamo enano, en tanto que especie distinta, nunca había podido ser cosa demostrada.

Y así fué como, a fuerza de oír hablar en un sentido y en otro sobre este tema, el famoso capturador alemán de animales Karl Hagenbeck, se decidió un día a saber por sí mismo cuanto de verdad pudiera haber en aquellas leyendas o rumores. Y pasando del dicho al hecho, comisionó a su hombre de confianza, Hans Schomburgk, en 1909, para que se ocupase de este interesante asunto.

Cuando éste llegó al fin a las zonas de donde procedían los rumores, la expedición pareció caer bajo los peores auspicios. Los aborígenes tenían un mal concepto del referido *nigbve*. Decían de él que era una bestia feroz con unos dientes tan acerados que podían, sin gran esfuerzo, partir a un hombre en dos trozos sin mayor esfuerzo. Por consiguiente, rehusaron de plano ayudar a Schomburgk en su arriesgada empresa. ¡Hacía falta estar bien loco para intentar la caza de un monstruo parecido!

Nuestro hombre logró al fin convencer a los negros y, tras largas búsquedas e investigaciones, el 13 de junio de 1911 tuvo la ocasión, en medio de los bosques, de percibir —a diez pasos de distancia— uno de estos ejemplares. El enigmático animal recordaba, en efecto, a un gran cerdo, negro y lustroso, pero a pesar de ello se podía ver que, a todas luces, aquel bicho extraño había de estar necesariamente emparentado con el hipopótamo. ¡El cazador alemán era, pues, el primer hombre blanco que conseguía ver a tan extraña criatura en plena libertad y en sus habituales regiones!

Pero, por mala suerte, las circunstancias eran adversas a emprender en aquellos momentos la captura del animal vivo. Y el cazador tuvo escrúpulos de matarlo. Todo el mundo tenía aquella especie por desaparecida: o, en todo caso, era casi seguro que debían quedar bien pocos ejemplares. Así, pues, ¿no se exponía él, matando a aquella pieza, a acabar tal vez con uno de los escasísimos supervivientes?

Cuando Schomburgk regresó a Monrovia, tuvo que soportar que su relato fuese acogido con chacota y con el mayor de los descréditos. ¡El pobre hombre debía padecer alucinaciones! Los turistas blancos y los funcionarios negros —de origen americano— se pusieron de acuerdo

para decir que el *nigbve* no es sino una invención de los aborígenes supersticiosos, ya que tal animal desapareció hace largos siglos de sobre la superficie del globo y no existe ya, claro está, sino en las leyendas.

En resumen, que Schomburgk tuvo que contentarse con morderse los puños, ya que aquella era mala época para volver otra vez a las selvas en busca de una respuesta más definitiva y concluyente: la estación de las lluvias acababa de comenzar. Regresó así malhumorado a Hamburgo, mas sabiendo, a ciencia cierta, que lo que él perseguía no era un mito sino una realidad evidente a todas luces. Por consiguiente, se hizo el firme propósito de regresar a Liberia para las Navidades del 1912.

Y aquella segunda vez tuvo más suerte. El 28 de febrero de 1913, tras haberse dado cuenta de que la especie en cuestión no era tan rara ni escasa como creyera durante su anterior intento, abatió su primer *Chœropsis*. Al día siguiente a esta caza, su éxito fué mayor aún, ya que consiguió, ¡al fin!, capturar un ejemplar vivo. Pudo cerciorarse así, igualmente, de que si bien el animal apresado tenía unos dientes de aspecto nada tranquilizador, era sin embargo mucho más fácil de amansar que el hipopótamo ordinario. Se diferenciaba de este último, por otro lado, en que su silueta era mucho menos pesada; su hocico menos alargado y, además, por el color negro betún de su piel (fig. 4). Sus costumbres estaban más cercanas a las del jabalí que a las del hipopótamo. Es un animal esencialmente selvático que no entra en el agua sino cuando va a abrevar o a refrescarse un poco para combatir la temperatura reinante. Leidy tenía, pues, razón al crear con él un género nuevo, el *Chœropsis*, puesto que el nombre *Hippopotamus*, que significa literalmente «caballo de río» no queda justificado en el caso que nos ocupa ni desde el punto de vista anatómico ni tan siquiera desde el de sus propias costumbres. La expresión «hipopótamo enano», por muy sugestiva que sea, no tiene más que un valor de comparación, ya que, en realidad, no se refiere sino a un parentesco muy remoto. Y por idénticas razones podríamos llamar entonces al okapi «la jirafa enana».

Algunos meses después de su primer éxito, Hans Schomburgk llevaba a Hamburgo, en pleno triunfo, cinco hipopótamos enanos, en carne y hueso, confundiendo así a los incrédulos con esta respuesta sin discusión, ante la que no valían ya retruécanos ni circunloquios. Los pequeños animales —que al decir del vulgo eran originarios de Liliput— pesaban ¡diez veces menos que el hipopótamo propiamente dicho! Un macho adulto no sobrepasaba los 75 centímetros de alzada, medido por la cruz, ni los 1,80 de largo. Así, pues, el hipopótamo enano era incluso de un tamaño inferior al del jabalí gigante de los bosques.

Y si hoy en día quedase aún algún incrédulo con respecto a esta materia, podríamos convencerle fácilmente, sin más que hacerle ir al Zoo de Vincennes, donde podrá ver con sus propios ojos la real existencia de esta especie tan calumniada.

EL TERCER ELEFANTE

Si nadie debe ya dudar, de buena fe, de la existencia del hipopótamo enano, hay aún numerosos naturalistas que, por contra, no quieren admitir todavía la del elefante enano. ¿Qué ocurre pues, exactamente?

Digamos, para empezar, que a finales del siglo pasado el alemán Paul Matschie había hecho una observación del mayor interés: existían, según él, en África ¡dos razas bien distintas de elefantes! Una de ellas, con las orejas de contorno más bien triangular *(Loxodonta africana oxyotis);* la otra, con las orejas de contorno claramente redondeado *(Loxodonta africana cyclotis)* (fig. 25, tomo II). Matschie era de la opinión que la primera de estas especies caracterizaba al Este africano mientras que la segunda lo hacía al Oeste. Poco a poco iría dándose cuenta de que en realidad, ambos tipos estaban indistintamente extendidos por toda el África, si bien es cierto también que el elefante de orejas puntiagudas tiene una mayor preferencia por la zona de la sabana que su congénere de orejas redondas, que se inclina mayormente por las selvas. Por otra parte, el primero es más voluminoso que el segundo; un macho de elefante de la sabana mide unos 3,50 metros hasta la cruz, llegando en algunos casos contados hasta los 3,90, en tanto que el macho del elefante de selva no sobrepasa jamás de los 3 metros, soliendo tener, como norma general, unos 2,50 también por la cruz. El Mayor Offerman, director del servicio de doma de elefantes en Gangala-na-Bodio, ha precisado más aún, afirmando que los citados en primer lugar tienen la piel de un color gris claro y muy rugosa de aspecto, mientras que los otros la tienen de color gris oscuro y de aspecto liso. Y por último, las defensas o colmillos de los elefantes de la gran sabana tienen una marcada tendencia a divergir, mientras que las del elefante selvático, de tamaño mediocre también, son francamente convergentes.

En resumen, que todos estos detalles permitieron ya, según Glover M. Allen, considerar a los referidos elefantes no como pertenecientes a dos subespecies, sino a dos especies bien distintas que será preciso llamar, en virtud del principio de prioridad, *Loxodonta africana* (elefante de la sábana) y *Loxodonta cyclotis* (elefante de la selva).

Mas parece ser, según se desprende de observaciones hechas, que ninguno de estos dos animales observa demasiado rigurosamente esta discriminación de lugares de residencia. El Dr. Serge Frechkop, con ocasión de su exploración al Parque Nacional Albert, en el Congo belga, tuvo la oportunidad de ver —el 19 de mayo de 1938—, algo al norte del lago Edouard, dos pequeñas manadas de elefantes pastando, la una junto a la otra, a un centenar de metros no más del campamento que por allá había instalado el referido explorador.

«Uno de los rebaños —cuenta éste— se hallaba formado por elefantes

de dimensiones mayores, cuyas pieles eran de color grisáceo; el otro, estaba integrado por ejemplares de un tamaño inferior al de los primeros —unas dos terceras partes de sus dimensiones aproximadamente—, y de un color gris negruzco bastante oscuro. Las dos manadas se desplazaban lentamente, la una junto a la otra, mas sin entremezclarse en ningún momento.»

Y aun a pesar de que el Dr. Frechkop no pudiera aproximarse lo suficiente a dichos animales para observar con detalle la forma de sus orejas, está firmemente convencido de que unos pertenecían a la especie *L. africana* y los otros a la *L. oxyotis*.

Y dicho esto, creo ha llegado el momento de hacer la presentación del elefante enano, quien según algunos, constituirá la tercera especie de elefantes africanos, siendo más pequeño aún que el de las selvas, ya que no suele llegar más que a medir unos dos metros, por la cruz, y esto en el caso de animales machos y adultos.

Que tales elefantes existen es ya un hecho totalmente fuera de dudas; algunos ejemplares han vivido incluso en parques zoológicos tales como los de Amberes y Nueva York.

Pero, según ciertos zoólogos, no ha quedado todavía debidamente probado que estos elefantes enanos provengan de una especie particular como, por ejemplo, la que poblaba en otros tiempos las islas del Mediterráneo, Malta entre otras. Puede tratarse tal vez de monstruos de naturaleza patológica, engendrados por individuos normales, cosa que acaece también de vez en cuando en nuestra propia especie humana. Y no es cosa fácil, en efecto, distinguir entre las razas pigmeas y los casos de enanismo patológico. Para poder dirimir de una vez esta discusión, haría falta poder asistir a la reprodución de elefantes enanos. O mejor aún, sería preciso poder establecer, sin dudas, si existen verdaderos rebaños de elefantes de pequeño tamaño.

El alemán T. Noack fué el primero en describir, en el año 1906, el elefante enano bajo el nombre de *Loxodonta pumilio*, a la vista de un especimen procedente de Ndjolé, en el Gabón.

En esa misma región, y en el año 1923, Hornaday señalaría la existencia de estos colosales «enanos» en los alrededores del lago N'Gobi, 80 millas al sudeste de Fernan-Vaz; Phole, en 1926, los situaba, en Fernan-Vaz mismo. El profesor Bourdelle —que es uno de los que mejor conocen los mamíferos del mundo— y el señor F. Petter, del *Museum*, publicaron hace poco tiempo un estudio digno de las mayores loas sobre un elefante enano, cazado el día 11 de marzo de 1948 en Aloombé, en la costa del Gabón, entre Libreville y Port-Gentil. Era un macho solitario, ya crecido y considerado por ello como viejo. Venía a medir apenas los 1,95 metros, desde el suelo a la cruz.

Según L. Blancou, que ha dedicado las más minuciosas notas a los mamíferos del África Ecuatorial Francesa, el elefante enano del Gabón es perfectamente distinguido por los negros del otro ejemplar de mayor

altura. En lengua pahuina se llama a este último *Angonzorgho*, mientras que el pigmeo recibe el nombre de *Assala* o *Essala*, *Essamassas* o *Essa-gabon* (el padre que es pequeño). En lengua bateké los elefantes son designados por el nombre genérico de *Nzo*, pero luego aplican el término específico de *mpani* al grande y *mbamâba* o *ibalamba* al pequeño pigmeo.

Según los datos del Sr. Blancou, el elefante enano ha de ser más velludo que el de tamaño ordinario. Y dicho señor concluye el trabajo que publicó a tal respecto con estas palabras:

«Por mi parte, creo a ojos ciegos en la certeza de la existencia de los elefantes enanos, absolutamente distintos de los otros, cuyos rebaños si bien no se mezclan en sus marchas, llegan a cruzarse, sin embargo.»

EL ELEFANTE ENANO DE LOS PANTANOS

Cuando los rumores a este respecto nos llegan desde el Congo, vienen impregnados de un aspecto muy particular. Se habla, por aquellas regiones, de unos pequeños elefantes acuáticos. En 1911, el profesor Troussart señaló que un tal señor Le Petit había divisado un grupo de 5 de tales elefantes en el agua, en Tomba-Mayi, en la orilla norte del lago Leopoldo III, en la región de Loukéni (Congo belga). Según la descripción de dicho testigo, la trompa y las orejas de estos animales eran extremadamente cortas, el cuello, por contra, era más largo que el de los elefantes corrientes y no parecían pasar de los dos metros de altura. Los pequeños elefantes al darse cuenta de la presencia de los hombres, se lanzaron bruscamente al agua y, con buen cuidado de que ésta no sobrepasase la parte alta de su cabeza ni el extremo de la trompa, emprendieron la huída por esta húmeda vía...

El Dr. Henri Schouteden, director del Museo del Congo en Tervueren (Bélgica), no estaba lejos de creer, en aquel momento y según sus propias confesiones, que el buen señor Le Petit «había sido objeto de una completa alucinación y que, por otro lado, los indígenas habían dado suelta a su imaginación, como tan a menudo suele ocurrir entre ellos». Pero bien pronto se vería forzado a cambiar radicalmente de opinión.

Un oficial belga, el teniente Franssen, se había hecho el firme propósito de buscar sistemáticamente al misterioso animal y de enviar un ejemplar al propio Museo de Tervueren.

«Si el animal existe —declaraba— volveré con él o, por contra, no regresaré ya nunca más.»

El teniente Franssen volvió. Y, tal como lo había prometido, trajo los restos de un elefante acuático, capturado «tras una espera ininterrumpida de treinta y seis horas, chapoteando en el lodo y en el agua».

Aquel fué el único comentario de este hombre intrépido sobre lo que, sin duda alguna, debió de ser una caza larga, angustiosa y llena a

más no poder de dificultades sin cuento. Y que ello fué así, que tuvo que ser así necesariamente, lo demuestra el hecho —el triste hecho— de que destrozado por las fatigas soportadas a lo largo de su obligada estancia entre aquellas zonas pantanosas, fué atacado por unos violentas fiebres y, con su resistencia muy mermada, sucumbió poco después de su regreso.

Para honrar la memoria de este hombre, cuyo nombre quedó así inscrito en el martirologio de la caza de animales desconocidos, el Dr. Schouteden, en el año 1924, dió el nombre de *Loxodonta fransseni* al elefante acuático que los indígenas denominaban *waka-waka*.

Y aún a pesar de que el ejemplar que se logró capturar fuese uno de los mayores de su especie, daba sólo una altura de un metro con sesenta y seis hasta la cruz. Sus defensas medían 65 centímetros de largo y venían a pesar unas 43 libras. «Son, por tanto, considerablemente más largas que las que tendría un elefante corriente de este mismo tamaño y peso», concluyó por declarar así el eminente zoólogo belga.

Mas, según él, lo que acaba de justificar plenamente la creación de una especie distinta de elefante enano es la forma totalmente diferente de las orejas y la presencia de dos apéndices digitiformes en el extremo de su trompa (en su lugar, de uno solo, como ocurre en los casos del *L. pumilio* y del elefante de Asia). Por cuanto a mí respecta, debo declarar que no he notado tan notable diferencia de orejas en las fotografías vistas por mí y que se refieren al *L. pumilio* y al *L. fransseni*, y me cuesta trabajo creer, por otra parte, que existan elefantes en África que no poseen más que un solo dedo en la extremidad de su trompa situado en línea con su belfo superior. Es más probable que el *L. fransseni* no sea sino un sinónimo del *L. pumilio*, lo cual sería, por un lado, una verdadera pena por lo que se refiere entonces a la memoria de aquel valiente muchacho que dió su vida por depararnos esta ocasión magnífica.

En otras regiones del Congo belga se ha señalado también la existencia de elefantes enanos, mas sin hablar de ellos como de animales específicamente anfibios. En 1932, el Mayor Offermann, citado ya anteriormente, señaló la captura —en la región de Api (Uelé)— de dos elefantes enanos que medían 1,30 y 1,45 respectivamente (siempre por la cruz), «armados de unas fuertes y largas defensas que llegaban casi hasta el suelo». Los indígenas de tales zonas les daban los nombres de *abelé*, reservando así el de *tembo* para los elefantes de tamaño superior.

Podemos citar también al Teniente cazador honorario en el Congo belga A. J. Jobaert, quien divisó, en distintas ocasiones, elefantes enanos en la provincia de Lusambo; según éste, tal especie de animales suele frecuentar «todas las grandes selvas y bosques del territorio del norte de la provincia». La altura de estos pequeños elefantes no sobrepasa nunca los dos metros y tienen la costumbre de viajar «siempre en rebaños bastante numerosos».

EL ELEFANTE PIGMEO NO ES UNA MERA INVENCIÓN DE LOS TRAFICANTES DE MARFIL

En la opinión del mamalogista americano Glover M. Allen, los términos *Loxodonta pumilio* y *Loxodonta fransseni* no son más que sinónimos del *Loxodonta cyclotis*. En otras palabras, que los elefantes enanos no deben ser, a su juicio, sino elefantes de bosque que no han llegado a alcanzar su pleno desarrollo. Esta opinión, expuesta en 1936, no puede ya ser defendida ni mantenida hoy, si recordamos todo el conjunto de observaciones que más arriba quedaron expuestas.

Hay que señalar que si bien es extremadamente fácil distinguir entre un elefante de sabana y un congénere de selva, sin más que prestar atención a la forma de sus orejas, es muchísimo más difícil establecer esta diferenciación entre un elefante enano y uno selvático, ya que ambos tienen redondeado el contorno de las mismas. Sólo se les puede distinguir, pues, por el tamaño, ya que el de un elefante adulto —en la raza de los pigmeos— alcanza díficilmente los dos metros, mientras que el de un macho de las selvas anda rondando los tres, reduciéndose tal medida a 2,50 para las hembras igualmente adultas. Es decir, que dentro de esta última especie, aquellos ejemplares que aún no hayan acabado de cumplir su crecimiento vendrán a tener, más o menos, las dimensiones de un elefante pigmeo en plena madurez.

Mas no obstante todo ello, es absolutamente irrefutable la existencia de elefantes adultos que no llegan a alcanzar los dos metros referidos. El ejemplar enviado al Zoo de Nueva York —y cuyo crecimiento fué estudiado y controlado día a día— logró alcanzar, ya de mayor, los 1,95 metros por la cruz y un peso total de unos 1.200 kilos, más bien escasos. Un adulto de la especie de tamaño grande ¡pesa muy holgadamente unas cinco o siete toneladas!

Por si ello fuera poco, las observaciones del señor Le Petit, del teniente Jobaert y de los indígenas en general —a los que M. Blancou parece conceder amplio crédito— vienen todas a confirmar la existencia de pequeños grupos y de manadas numerosas incluso, de estos elefantes enanos.

En fin: si estudiamos por último los lugares de procedencia de los elefantes de tamaño reducido, nos veremos arrastrados a sospechar que se distinguen, además, de sus otros congéneres por los lugares tan típicos que escogen para fijar su residencia.

«Hasta el presente —hacen constar Bourdelle y Petter— el elefante pigmeo suele aparecer como un huésped de la selva higrófila de África y, en particular, de aquellas zonas netamente pantanosas, lo cual es bastante ya para justificar el nombre de «elefante de agua» que le dan a menudo los indígenas y que han empleado ya determinados autores.»

En suma, que según se ve, hemos de habérnoslas en África con tres especies distintas de elefantes que corresponden a otros tres bien diferentes medios o lugares de vida. Un elefante de sabana que, consecuentemente, ha de tener mayor tamaño y orejas más desarrolladas, como corresponde, en general, a todas las especies de animales que viven en espacios abiertos y más desabrigados; un elefante de selva, de dimensiones más reducidas, de tinte más oscuro y de orejas más pequeñas y redondeadas; por último, un elefante de las zonas pantanosas, más pequeño aún y mucho más velludo. (Esta misma diferencia es la que parece notarse entre determinadas razas de pigmeos y de negros africanos; quizá las condiciones reinantes en lugares selváticos de gran humedad sean la causa de estos caracteres raciales tan netamente definidos.)

En las tres formas más arriba apuntadas, el tamaño de los adultos parece oscilar, a *grosso modo*, entre 1,50 y 2 metros para los pigmeos; 2 y 3 metros para los elefantes selváticos, y 3 y 4 metros para los que moran en la sabana. No hay, por tanto, ni la menor solución de continuidad entre las dimensiones de los individuos de estas tres especies, lo cual hace, como fácilmente se comprende, que su diferenciación sea mucho más difícil.

Pero el negar ahora la existencia del elefante enano siquiera sea como una subespecie del *Loxodonta cyclotis*, es ya, simplemente, querer aferrarse contra viento y marea a una idea preconcebida.

Un cazador británico, W. R. Foran —que también solía echar su cuarto a espadas en Historia Natural—, ha llegado hasta pretender que el elefante enano no es más que una invención de los traficantes de marfil. Como es sabido, quizá, está rigurosamente prohibido cazar a aquellos elefantes que aún no han llegado a la plena madurez. Luego, cuando estos comerciantes cazaban, por una u otra causa, un elefantito joven, buscaban su salvación alegando desaforadamente ¡que se trataba de un macho adulto, pero de una raza pigmea!

Lo que no es admisible es que muchos zoólogos hayan podido comulgar con estas ideas del viejo truco de los traficantes. Sobre todo, cuando estamos hartos de saber con qué desenvoltura se afanan esos mismos sabios en crear nuevas subespecies o nuevas especies, sin pararse en barras, cuando así lo creen ellos conveniente y sin más base ni razón que pequeñas variaciones de color, un par de centímetros más o menos en longitud o ¡el número de pelos de un bigote!

EL DRAGÓN DE KOMODO Y EL «BANDERA BLANCA» DEL LAGO TOUNG-TING

Y fué así, tan sólo hace medio siglo, cuando se tuvieron noticias de la existencia del *mayor* de los osos, del *mayor* de los monos, del *mayor* de los rinocerontes —y en un país donde se le creía desconocido— y cuando

aprendimos que, al menos, hay dos especies diferentes del *mayor* animal terrestre, o sea del elefante de África. Nos ha llevado más tiempo, pues, el trabar conocimiento con uno de los gigantes del mundo de los reptiles: el dragón de Komodo, el *mayor* de todos los lagartos.

En 1912, un aviador se vió obligado, que quieras que no, a hacer un aterrizaje forzoso en Komodo, una isla de 30 kilómetros de largo por 20 de ancho, situada entre Sumbawa y Flores, en el archipiélago de la Sonda. Está erizada de abruptas montañas y cubierta casi totalmente de una espesa vegetación tropical Los únicos hombres que allí habitan son súbditos del Rajá de Sumbawa que, por una u otra causa, se ven deportados allá bajo palabra. De su estancia en aquel pequeño mundo de novela de aventuras, el aviador nos trajo un relato alucinante. Había encontrado —según sus palabras— varias clases de dragones monstruosos y feroces, de más de 4 metros de largo, y que, al decir de los indígenas, devoraban puercos, cabras y ciervos y, si llegaba el caso, hasta caballos. Parece inútil decir que nadie creyó una sola palabra de toda esta historia.

Mas, poco después, la existencia de estos reptiles gigantes vino a ser confirmada por el Mayor P. A. Ouwens, director del Jardín Botánico de Buitenzorg. Dicho naturalista se había puesto en relación por carta, y con respecto a tales monstruos, con el Administrador Civil de la isla de Flores, señor J. K. H. van Steyn van Hensbroek. Era entonces el año 1910. Los isleños habían contado a dicho funcionario que, en los alrededores de Laboean Badjo, dentro de su propio territorio, así como en la isla de Komodo, vivía un *boeaja darat*, que equivale a decir ¡un cocodrilo terrestre!

El señor van Steyn, intrigado por tales nuevas, se prometió hacer mayores averiguaciones sobre tan extraño animal e incluso, si ello era posible, capturar un ejemplar de la especie en la primera ocasión. Cuando los deberes de su cargo le hicieron ir, un buen día, a Komodo, pudo recoger allí sobre el terreno, muchos más informes, facilitados esta vez por dos de los componentes de la flotilla pesquera de perlas que tenía su base en la isla, señores Kock y Aldegon. Estos pretendían, entre otras cosas, que dichos lagartos gigantes llegaban a medir incluso seis o siete metros de largo; el segundo de ellos, para mayor abundamiento, presumía de haber cazado varios ejemplares de dicho tamaño.

Durante su estancia en la isla, el señor van Steyn fué menos afortunado que aquel nemrod que, dicho sea de paso, parecía presumir demasiado. Llegó, sin embargo, a hacerse con un ejemplar de 2,20 metros de longitud y del cual envió la piel y una fotografía al Mayor Ouwens. Se disponía entonces, le decía por carta, a capturar uno mayor, si bien no ocultaba que la empresa parecía presentar, desde sus comienzos mismos, serias dificultades: los indígenas tenían un miedo mortal a las mordeduras de tales monstruos y a los terribles golpes de sus impresionantes colas...

Un especialista malayo en la captura de fieras fué comisionado entonces por el Museo Zoológico de Buitenzorg para ayudar al señor van Steyn en su empresa. Mas este último, por razones de trabajo, hubo de desplazarse a Timor y no pudo así, ¡con gran pena por su parte!, participar en aquella emocionante batida que fué, al cabo, coronada por el éxito. El Rajá Ritara había puesto a disposición de los exploradores sus mejores cazadores y sus más hábiles perros. El especialista logró así capturar vivos cuatro ejemplares de tales «cocodrilos terrestres», dos de los cuales medían, respectivamente, 2,35 y 2,90 metros de largo. Según las noticias que obtuvo van Steyn, un ejemplar de 4 metros fué cazado poco después por un tal sargento Beker.

Y en aquellos monstruosos lagartos, escapados sin duda de la noche de los tiempos, el mayor Ouwens pudo reconocer, sin gran trabajo, a una especie gigante de Varano. La describió bajo el nombre de *Varanus komodoensis* en el Boletín del Jardín Botánico de Buitenzorg.

Cuando llegó a conocerse mejor a este lagarto gigantesco, se avisó debidamente que no era, en absoluto, peligroso para el hombre y que había bien pocas probabilidades de que comiese— como decía el vulgo—

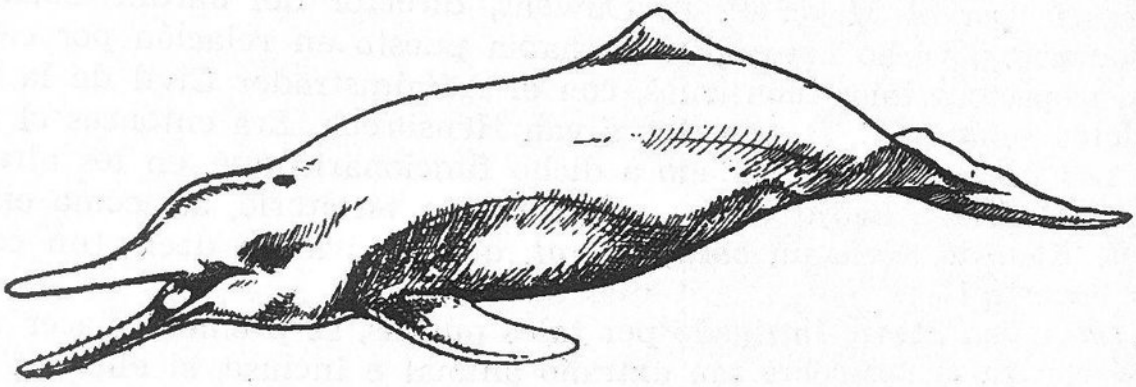


Fig. 14. — Lipotes vexillifer, *el delfín de agua dulce del lago Toung-Ting*

caballos, búfalos u otros animales parecidos. No obstante, hay que reconocer que era un animal de aspecto fuertemente impresionante y que no dudaba ni en lo más mínimo, en tomar un buen bocado de los cerdos, carneros o pequeños gamos que cayeran a su alcance. Como quiera que hoy ya podemos encontrar ejemplares de tales «lagartos» en diversos jardines zoológicos del mundo, es bien fácil comprobar —sin más que observarles durante la hora de su comida— la glotonería y voracidad de estos seres, que dudo tengan un fácil parangón. Para darnos una pequeña idea, podemos pensar que si bien el nombre de *komodo* quiere decir «isla de ratas», la verdad es que, hoy en día, no existe *ni una sola* rata en toda la isla, lo cual bien pudiera ser debido a cuanto mencionamos en el anterior párrafo,

Algún tiempo más tarde se supo que este animal no era exclusivo de la referida isla, sino que vive también en las pequeñas islitas de Ritja y Padar e incluso en el extremo occidental de Flores.

Como último descubrimiento, quizá algo chusco, se llegó a la conclusión de que los archivos de Bima mencionaban ya expresamente la existencia de este animal ¡nada menos que desde el año 1840!

Y puesto que ya andamos de correría por el Oriente, podremos aprovechar para decir que en 1918 se descubrió en la China Central, y en el lago Toung-Ting más exactamente (a unos 1.000 kilómetros de la desembocadura del Yang-tsé-Kiang) un delfín de agua dulce de un género absolutamente desconocido. Es un cetáceo totalmente blanco, de 2,50 metros de largo, y de hocico prolongado como un afilado pico de cigüeña. Su aleta dorsal le ha valido el nombre, dado por los indígenas, de *Peï-Ch'i* que significa «bandera blanca». El zoólogo americano Gerrit S. Miller lo ha bautizado a su vez con el nombre científico de *Lipotes vexillifer*.

LOS GRANDES MONOS TIENEN TAMBIÉN SUS PROPIOS PIGMEOS

Nadie deberá creer —digámoslo desde ahora— que la gran serie de descubrimientos zoológicos en África se hubiese cerrado con el del elefante enano. Aristóteles tenía razón cuando afirmaba que la vasta y enigmática Libia producía cada día un nuevo monstruo.

En 1908, Lydekker acababa de descubrir una nueva especie de antílopes con cuernos espirales en las montañas de Abisinia: era el *nyala* (*Tragelaphus buxtoni*).

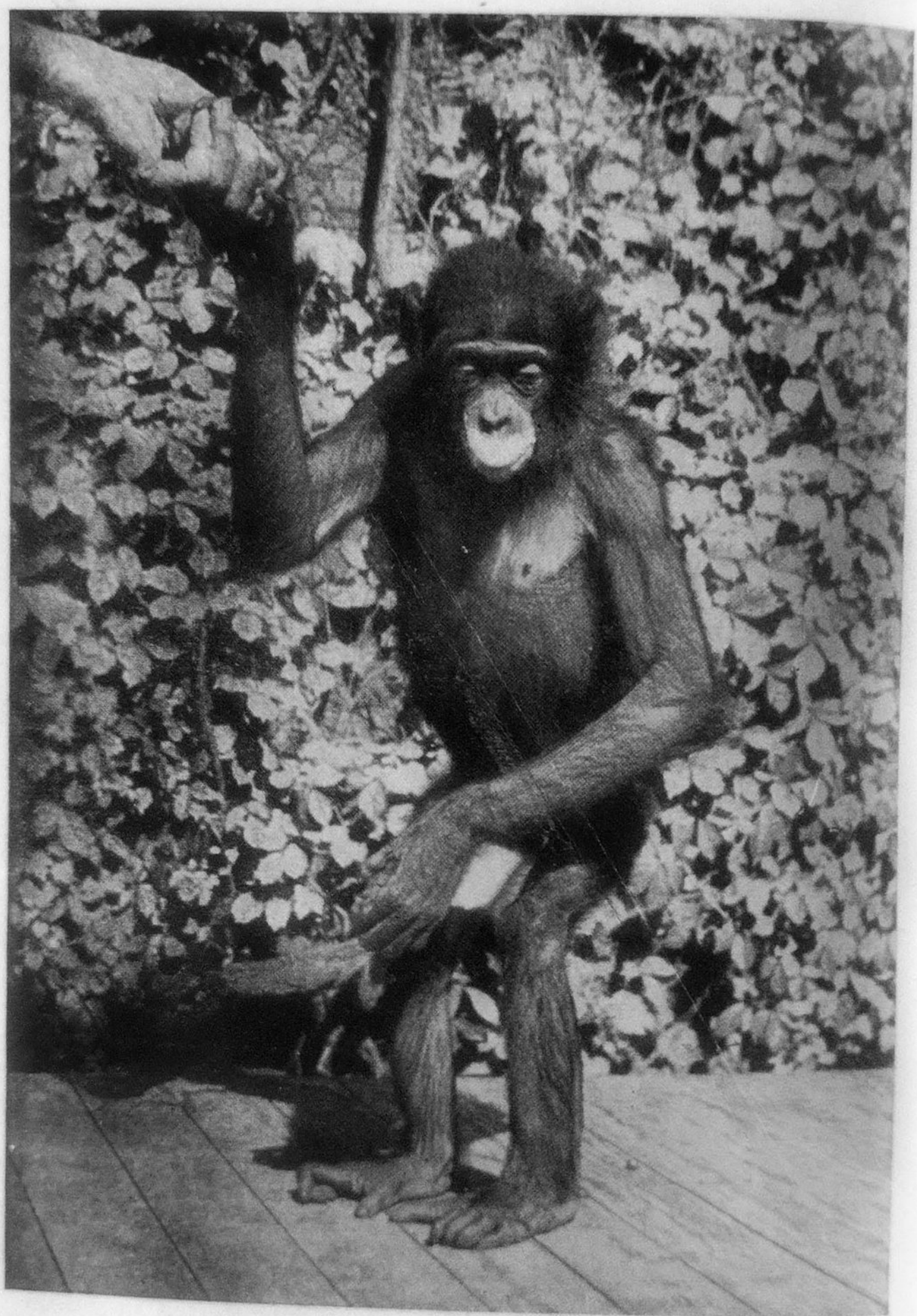
Luego será preciso señalar —también en el curso del primer cuarto de este siglo— dos «felices acontecimientos» ocurridos en las dos familias más cercanas a la nuestra: en la de los gorilas y en la de los chimpancés. En cada una de ellas hemos visto nacer así una forma enana.

En 1913, y en su monumental monografía —en tres volúmenes— sobre los primates, el americano Daniel Giraud Elliot, nos hizo conocer la primera de ellas: el gorila pigmeo. Su descripción, bajo el nombre de *Pseudogorilla mayema* se basa por entero en algunos pocos esqueletos y despojos hallados en el Gabón, en la región de la desembocadura del Ogoué o, con más exactitud, en el delta de Rembo Knomi, al sur de Fernán Vaz. Las características de este animal son todavía poco conocidas. Su pelaje debe ser gris oscuro, salvo en la cabeza y en los hombros donde puede tomar un tinte castaño, ligeramente rojizo. La altura del macho no parece sobrepasar apenas de los 1,40 metros, lo que viene a corresponder a la de una hembra de chimpancé: en las otras dos subespecies de gorilas de gran tamaño —tanto en el de las costas (*Gorilla gorilla gorilla*) como en el de las montañas (*Gorilla gorilla beringei*)— las dimensiones de los machos adultos son, respectivamente, de 1,80 y de unos 2 metros (1).

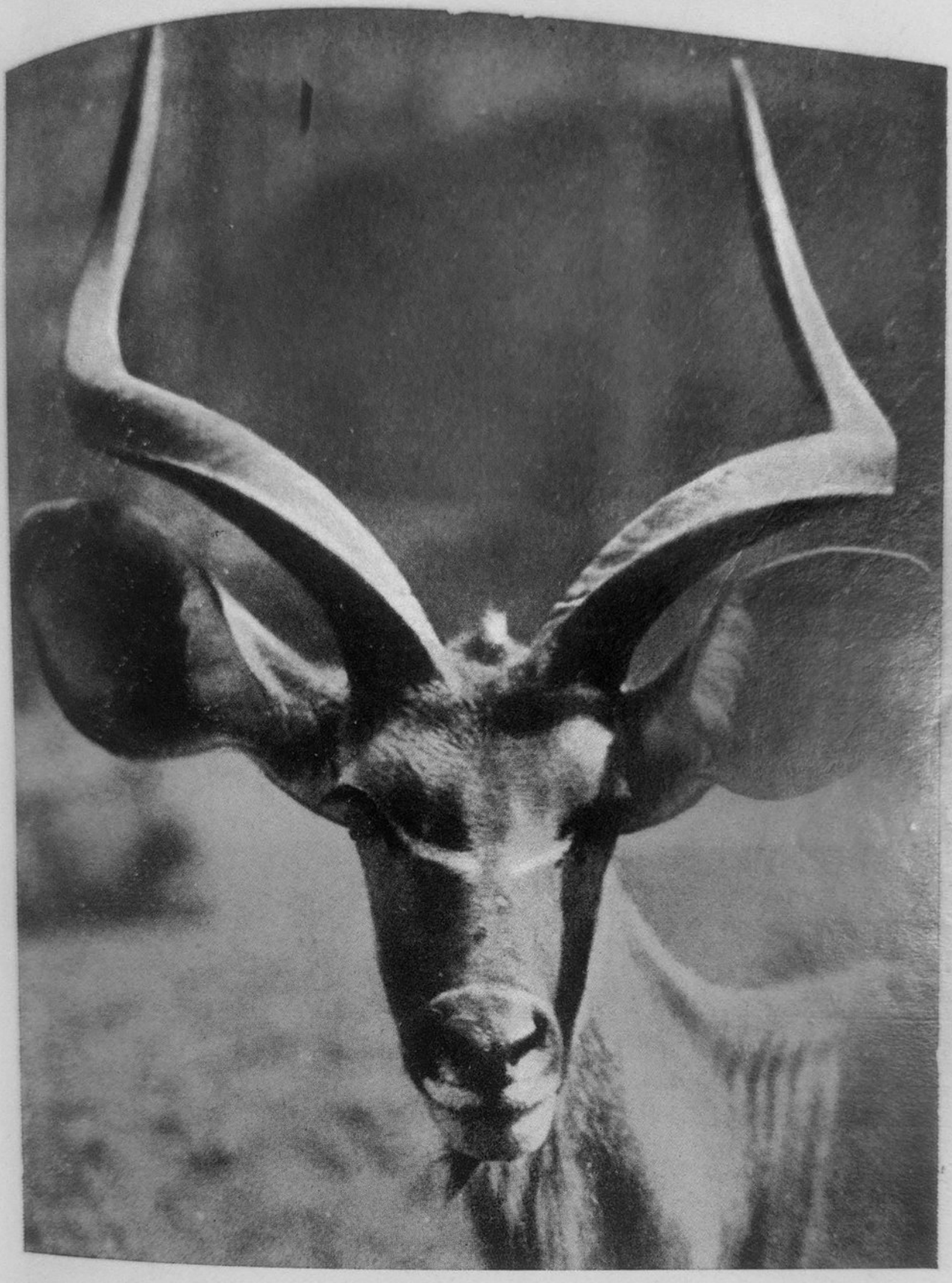
(1) Actualmente se consideran las dos formas de gorilas como dos razas geográficas, es decir, como dos sub-especies de la misma especie. Por razones que serían largas de explicar, el Dr. Frechkop propuso, en 1934, reemplazar el nombre de gorila pigmeo —*Pseudogorilla mayema*— basado parcialmente en una descripción que no concierne a este último, por el de *Gorilla (Pseudogorilla) ellioti* que tendrá así el valor de un sub-género distinto.

Emparentado con los ratones, el Panda gigante no merecía su antiguo nombre de Oso del Padre David

(C. Suschitzky-Rapho)



El chimpancé enano, descubierto por vez primera ¡en un Museo! en 1928
(C. Zoo de Amberes)



El «nyala» de las montañas, desconocido hasta 1908

(C. Popper-Atlas Foto)

La existencia del pavo del Congo sólo fué conocida, durante 20 años, por dos plumas halladas; luego, en el año 1936, fué descubierto disecado ¡en un Museo! Y al fin, más tarde, este animal pudo ser capturado

(C. Congopresse)

Desde hace cuarenta años se espera ansiosamente, con impaciencia y curiosidad, que nos lleguen noticias frescas y substanciosas sobre ese «pequeño gran mono» que nadie ha logrado ver vivo, al parecer, salvo los cazadores que nos trajeron sus pieles y que se diría tenían prisa por matarlos, sin más preámbulos ni consideraciones. Y esto nos lleva a hacer una reflexión, bien curiosa por cierto: Mientras que todo el mundo se ha puesto «a priori» en contra de la existencia de un elefante enano, lo cual es cosa relativamente bien conocida, casi nadie —por no decir nadie— se ha permitido dudar ni por un solo momento de la del gorila enano, aun a pesar de que sobre tal asunto lo que se sabe y nada viene a ser lo mismo. Este es, pues, uno de los «verdaderos misterios» de la zoología.

El chimpancé enano fué descubierto... ¡en un Museo! Efectivamente; la cosa ocurrió así: Cuando procedía al examen de las pieles y de los esqueletos enviados al Museo del Congo —en Tervueren (Bélgica)— desde la orilla izquierda del río Congo (entre éste y su afluente el Kasaï), fué cuando Ernst Schwartz se dió cuenta —en 1925— de la existencia de una variedad de chimpancé completamente distinta y diferente. El chimpancé enano es más delgado que los otros; sus miembros son más enjutos; toda su estructura ósea es más delicada (hasta el punto de que el esqueleto de uno de estos sujetos viene a pesar tan sólo la mitad del de un chimpancé ordinario) y su altura es inferior en un 15 % a la corriente *(Pan troglodytes)*. Lo que más llama la atención, dentro de su aspecto general, es que la cara y las orejas son de un color negro muy intenso desde el mismo momento de su nacimiento; los otros chimpancés, por contra, nacen con una piel clara que no se va oscureciendo sino con el paso de los años.

Tras el fortuito hallazgo de Schwartz, el chimpancé pigmeo *(Pan paniscus)* no sólo ha sido observado en su país de origen, sino que el profesor Urbain —director del Museo y del Zoo de Vincennes— logró llevar a París un ejemplar vivo desde el Congo francés, para mayor exactitud, desde la orilla izquierda del río de igual nombre. A pesar de sus celosos cuidados el cuadrumano no vivió, en el Zoo de Vincennes, más que los años de 1939 y 1940. También fué posible ver otro ejemplar vivo —e igualmente durante demasiado poco tiempo— en el Zoo de Amberes.

HISTORIA DE LAS PLUMAS ENIGMÁTICAS

No fué esta la única ocasión en que un animal desconocido se «capturó» de tal forma en las mismísimas salas de un Museo. Uno de los hallazgos más sensacionales de este siglo fué también llevado a cabo sin salir de entre las cuatro paredes de uno de tales centros docentes. No se trataba esta vez, es cierto, de uno de esos animales de enorme tamaño que tan empeñados estamos en descubrir; pero sí de un ave, tan grande o

más que un faisán, lo cual ya es tamaño suficiente para que no sea demasiado fácil que pase inadvertida. Y como quiera que este ave es igualmente originaria de la selva ecuatorial africana —verdadero granero de sorpresas—, y que el descubrimiento de pájaros nuevos es casi imposible, al decir de algunos, creo que tal historia merece dedicarle aquí un poco de atención y otro poco de espacio.

En el año 1909, y en tanto que Schomburgk daba batidas por Liberia,

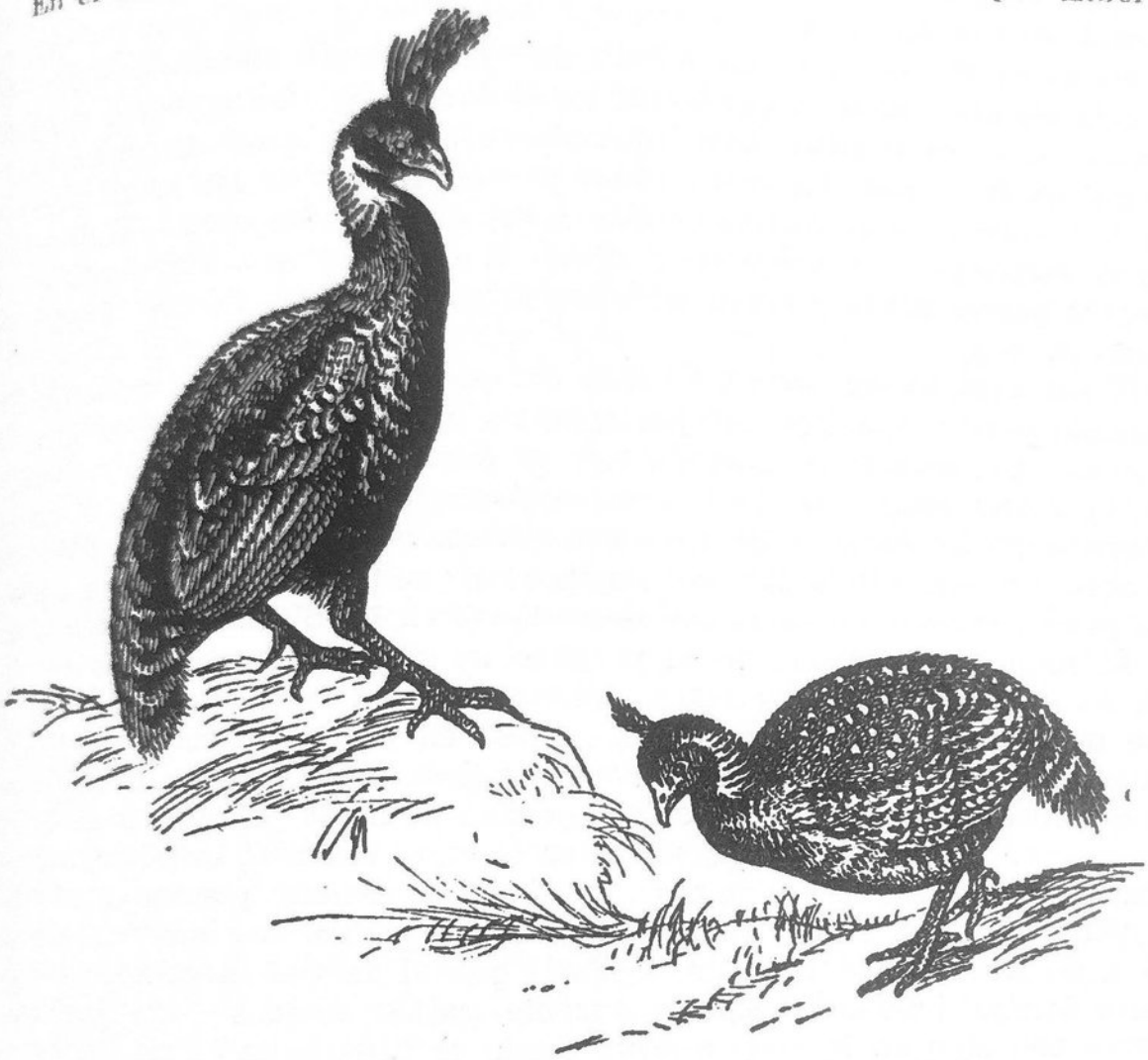


Fig. 15. — *Pavón del Congo (según Frechkop, 1947)*

a la búsqueda del hipopótamo enano, se había organizado una expedición —por cuenta de la *New York Zoological Society*— cuya finalidad era conseguir un ejemplar vivo del okapi con destino al *Bronx Park*. Herbert Lang y su joven discípulo el Dr. James P. Chapin formaban parte integrante de la aventura.

La empresa fracasó, a pesar de lo cual nuestros dos sabios no volvieron a sus bases con las manos vacías. Si bien era cierto que regresaban sin el ejemplar vivo del animal buscado, lo es también que traían unas plumas de un animal absolutamente desconocido. Mas ni ellos mismos

se dieron cuenta de tal hecho hasta un buen día en que se ocupaban en examinar unos «bellos modelos de alta sombrerería indígena» que se habían traído a título de curiosidad y de recuerdo de su estancia en las tierras de Avakubi. Por más que consultaron luego con los mejores especialistas en la materia, nadie fué capaz de dar el nombre del ave a que podían pertenecer las plumas de referencia, que eran de un color rojizo, y atigradas en negro. El misterio continuó insoluble durante sus buenos veinte años.

Hasta el día en que, en agosto de 1936, Chapin reconoció —por casualidad— unas plumas parecidas en el Museo del Congo belga en Tervueren, que adornaban unos ejemplares de aves disecadas, mezcladas de cualquier forma con otros cuantos especímenes de las razas más diversas. Chapin no quiso dar crédito a sus propios ojos cuando leyó sobre las correspondientes etiquetas: «*Pavo cristatus*, joven, importado.»

¿Un pavo vulgar y corriente? Sin la menor duda, allí había un craso error.

Y sin pararse en barras, Chapin demostró seguidamente que aquello era equivocado. Aquel cuerpo pertenecía a un género de pavón del Congo, desconocido hasta aquel momento, y al cual él dió el nombre científico de *Afropavo congensis*. La correspondiente descripción apareció en la «Revista de Zoología y de Botánica africanas», en noviembre de 1936. El acontecimiento tuvo carácter sensacional; se trataba, sin lugar a dudas, del primer género nuevo de ave descubierto en los últimos cuarenta años.

El naturalista americano se propuso no cejar hasta conseguir capturar uno de aquellos animales, y precisamente en la misma región de la que procedía el ejemplar que se exhibía en el Museo belga. El 19 de junio de 1937 tomaba el avión para Stanleyville. La nueva de la existencia en el Congo de un ave desconocida se había ya propagado como un reguero de pólvora y así, al llegar Chapin, encontró que le aguardaban nada menos que 8 ejemplares recientes obtenidos por los cazadores.

¡Cuál no sería su estupefacción al enterarse por los indígenas de la selva de Ituri (¡otra vez esta región!) que el animal en cuestión —que tanta intriga había despertado durante varias décadas— era perfectamente conocido en la zona que va desde el Ituri hasta el río Sankuru, en la cual, al parecer, este pavo real tiene fijado su domicilio!

Los negros bakumu le llaman *itundu* en su lengua y los wabali *ngowé* en la suya.

Tras el okapi, el *Hylocherus*, el hipopótamo enano, el gorila y el chimpancé pigmeos, la gran faja de las selvas ecuatoriales africanas venía a enriquecer ahora su aportación a la fauna mundial con un sexto animal de gran tamaño. Y esta media docena de ejemplares fundamentales nos habían sido entregados por la misteriosa región ¡en sólo medio siglo escaso!

EL ANIMAL SIN NOMBRE, EL LEOPARDO-HIENA Y EL CHACAL VOLADOR

Mas todavía no hemos terminado con África (¿acabaremos de extraer sus misterios alguna vez en la vida?) ya que las historias del chimpancé y del pavón del Congo nos han hecho dar un desmesurado salto en el tiempo. Así pues, aún no hemos acabado, ni tan siquiera remotamente, con las posibilidades que se hallan guardadas en la sola región del Ituri.

Efectivamente; en 1919, Glover Allen ha descubierto, cerca de una corriente de agua que cruza su parte más recóndita, una gineta de costumbres acuáticas y que se alimenta de peces. Viene a tener el tamaño de un gato doméstico; está recubierta de espléndida piel color castaño, salpicada de manchas blancas por la cara y terminada por espesa cola negra en forma de penacho. Esto es, estrictamente, cuanto se sabe sobre ella. Los mismos indígenas la desconocen, por cuya razón no tiene, ni tan siquiera, un nombre vulgar en la lengua aborigen. Si es cierto, si existe realmente, no tendremos más remedio que cargarla con su denominación científica —bien poco graciosa por cierto— de *Osbornictis piscivora.*

La historia del *nsui-fisi* es mucho más pintoresca y más edificante, dentro de nuestros proyectos.

Desde hacía ya largos años los indígenas relataban —en los *kraals* de Rhodesia— historias terroríficas sobre este animal cuyo nombre indígena viene a querer decir «leopardo-hiena». Le consideraban como un producto híbrido de dichos dos carnívoros, con una mezcla, por tanto, de sus caracteres físicos y morales. Si bien tenía —al decir de ellos— el aspecto general del leopardo, estaba, por contra, estriado de blanco y negro como la hiena rayada, teniendo también las patas armadas con garras no retráctiles. Era increíblemente rápido, astuto y feroz, lo cual no es de extrañar en un bastardo de hiena y de pantera. Atacaba siempre de noche sabía abrirse un camino por las puertas de los rediles del ganado; los techos bajitos no le impedían tampoco introducirse en los establos que, tras su visita, quedaban convertidos en verdaderas carnicerías de las que, indefectiblemente, el monstruo se llevaba como recuerdo una de las más gruesas y bien cebadas piezas.

¡Bah! ¡Simples supersticiones!, decían entre tanto los blancos. ¡Otra tonta historia de los negros, que parecen necesitar siempre de la existencia de alguien o algo a quien temer!

Pues bien, un buen día del año 1926, el mayor A. L. Cooper percibió, cerca de Salisbury —en la Rhodesia del Sur— un felino de aspecto insólito, al que no titubeó en cazar. Era una bestia extraordinaria. Se parecía mucho a la onza pero estaba recubierta de una piel tan gruesa como

la del leopardo de las nieves, y tan bien grabada con manchas que, al confluir unas con otras, daban un aspecto cierto de piel rayada.

Profundamente intrigado por el aspecto del animal que acababa de descubrir, el mayor Cooper habló de él en la revista de cazadores *The Field* (octubre de 1926), dejando suponer que podía tratarse de un híbrido de leopardo y de onza.

Cuando se lograron conseguir otros especímenes y se vió así sobradamente que todos ellos carecían de garras retráctiles —característica ésta que diferencia a la onza de todos los demás felinos— no hubo más remedio que rendirse a la evidencia; se trataba, por consiguiente, de una forma nueva de *cheetah,* como se dice en las Indias y distinta incluso de la única especie común del África y del Asia *(Acinonyx jubatus).*

Y así fué como el célebre zoólogo británico Reginald Innes Pocock afirmó que esta bestia no era sino el *nsui-fisi* de los indígenas y debía corresponder consecuentemente al nombre de *Acinonyx rex* o, en términos vulgares ingleses *king cheetah,* que para nosotros sería «onza real». A su descripción añadió este hombre de ciencia un comentario realmente divertido: «Es ciertamente inexplicable y extraordinario el hecho de que una una especie tan grande y tan diferenciada haya podido permanecer tanto tiempo en el incógnito.»

¿Extraordinario? No; al contrario: vulgar, corriente, lo de cada día...

Y así seguirá pasando, pueden tenerlo por cierto, mientras que los blancos sigan conservando su funesta costumbre de considerar a los negros como idiotas, imbéciles o mentirosos natos y de no dar jamás crédito a lo que ellos nos cuentan. Todo, a mi modo de ver, porque un blanco civilizado... ¿cómo va a creer ni a considerar lo que cuenta un pobre y despreciado «salvaje»?...

Veamos, a manera de ejemplo, cómo nos relata el capitán William Hichens —antiguo agregado al Servicio de Información y Administración de Kenya— que vino a confirmarse —una vez más— la base cierta de una «fábula» indígena. En el solo plazo de un año, esta leyenda pasó a ser también realidad bien cierta:

«Los africanos —nos relata él— hablaban a menudo del *Mlularuka* o chacal-volador que, según los aborígenes, es igual que un chacal pero provisto de alas para *ruka kama popo* (volar como un murciélago). A menudo, dicen, vuela sobre sus plantaciones y, durante el crepúsculo, la emprende con los mangos y los granados mientras da agudos gritos. Nadie les creyó, claro.

Pero Loveridge descubrió dos especies de *Mlularuka* cuando en 1927, se hallaba dedicado a recoger especímenes en Tanganyka para el Harward Museum. Eran dos especies de ardillas voladoras, una de las cuales media más de dos pies y medio (75 centímetros).»

Yo dudo, sin embargo, que la identificación del capitán Hichens sea legítima. Los negros son demasiado buenos observadores para llamar «chacal-volador» a unos vulgares roedores cuyo aspecto no se parece en

nada, ni tan siquiera al de los cánidos. La leyenda del *Mlularuka* parece referirse más ciertamente a una u otra clase de murciélagos como la *Roussette* o el *Hypsignathus;* una cualquiera de éstas serviría mejor para justificar el nombre de «chacal-volador», si no por su régimen alimenticio sí, al menos, por su apariencia. Algunos de los quirópteros gigantes, además, no han sido conocidos por nosotros hasta hace bien poco tiempo, luego podría ser, perfectamente, que el *Mlularuka* designase a otra nueva especie todavía desconocida.

LA ROMÁNTICA AVENTURA DE LA DAMA Y EL PANDA GIGANTE

El año 1929 haría desplazarse nuestro interés hacia el corazón de la China donde, desde 1870, seguían los viajeros y los naturalistas empeñados en la búsqueda (desesperada búsqueda) del famoso *bei-shung* del padre David. Los años pasaban así por decenas, sin que tales empresas lograran alcanzar el deseado éxito. Y ello no obstante, un blanco, el doctor Weigold, que formaba parte de la primera expedición alemana al suroeste del Tibet, logró conservar durante algunos días un joven ejemplar que le regalaron los indígenas pero que, a las pocas fechas de su cautividad, murió por falta de una alimentación adecuada. Se estaba así ya muy cerca de dar el título de «especie desaparecida» a este deseado «oso» blanco y negro, cuando dos inveterados cazadores, el coronel Teodoro Roosevelt y su hermano Kermit —hijos ambos del difunto presidente «Teddy» Roosevelt— percibieron un ejemplar que se hallaba plácidamente durmiendo en lo alto de un abeto hueco.

El pobre animal fué así sacado bruscamente de su agradable sueño por una salva cerrada de disparos que le hirieron mortalmente. Su cuerpo disecado fué, poco tiempo después, motivo de admiración para el público que llenaba a diario las salas del *Field Museum* de Chicago.

Este asesinato no fué, a todas luces, necesario en modo alguno y mucho menos, por tanto, su fastidiosa repetición en el curso de los siguientes años; el 31 de mayo de 1931, por el zoólogo alemán Dr. Ernst Schaefer, de la expedición americana Brooke Dolan; en 1934, por Dean Sage y W. G. Sheldon, del Museo de Historia de Nueva York; en 1935, por el capitán Brocklehurst; en 1936, por Quentin Young.

Pero, de todas formas, una cosa quedaba ya absolutamente fuera de dudas; que el «oso» del padre David no era un oso. El estudio de su anatomía interna confirmó lo que Alfonso Milne-Edwards había comprendido desde el principio; o sea, que estaba estrechamente emparentado con el pequeño panda brillante, cuyo aspecto es mucho más felino. Quedó también ampliamente demostrado que éste, al igual que el otro, se alimentaba de bambú, lo cual venía a estrechar más aún los lazos que ya unían a ambos especímenes. Y esta vez la suerte quedaba ya

echada; el gran oso blanco y negro no se llamaría, en el futuro, más que «panda gigante».

Este nombre, nuevo para el público en general, vendría a dar origen, años más tarde, a un incidente bien pintoresco. En el 1936, Floyd T. Smith consiguió capturar el primer ejemplar de panda gigante *(a giant panda)*, el telegrafista entendió que se trataba de una «pantera gigante» *(a giant panther)*. Así, al día siguiente los periódicos publicaban, tranquilamente, la noticia de que Harkness tenía el firme propósito de capturar «una pantera gigante» cuya presencia había sido señalada en la China.

La historia bien vale la pena de ser contada aquí, ya que de esta forma hemos podido asistir al «nacimiento» de un nuevo animal que tal vez será buscado bien inútilmente por los más infatigables hombres de ciencia, viajeros y exploradores...

El pobre Harkness no pudo llevar a cabo su empeño, ya que fué la muerte lo que halló en sus expediciones por la China, antes de tener aún posibilidades de poner en marcha lo prometido... Mas entonces ocurrió lo imprevisto; Ruth, su viuda, no quiso consentir que la ilusión de su marido —aquel objetivo que le hizo emprender el viaje— quedase truncado por la muerte. Consecuentemente, se decidió a partir, ella misma, en 1937, a la búsqueda del inaprensible panda gigante. A fuer de sinceros, Ruth no sabía nada, absolutamente nada, con respecto a China, aquel inmenso dédalo en que ella, animosa y valiente, iba a meterse por su voluntad. A pesar de todo, esta decidida mujer, dió batidas por la jungla durante meses y meses, sin interrupción. Y de esta forma fué como la fortuna acabó por sonreír a aquella dama tan enamorada aún de la memoria de su marido. Un buen día, descubrió Ruth un pequeño «bebé» de panda, llorando a lágrima tendida en la cavidad de un viejo árbol. Tiernamente, como si de un niño se tratase, cogió en sus brazos al «pequeño-enorme» llorón a quien ella ya consideraba como el hijo de los sueños de su difunto esposo.

Con todo este sabor romántico, es fácil comprender el verdadero delirio con que fué acogida Ruth al regresar a los Estados Unidos en compañía de su pequeño «hijo adoptivo». Trasladado éste al Zoo de Brookfield, en Chicago, fué el blanco de una enorme multitud que día tras día, iba a contemplarle, guiada por los encomiásticos comentarios de la Prensa. Pero *Su-lin* —pues fué bautizado con tal nombre—, moriría pronto; concretamente, en marzo de 1938, como consecuencia de haber devorado glotonamente toda una rama de árbol.

Pero la suerte —contra lo que suele creerse— nunca llama una sola vez a nuestra puerta sino que, cual si hiciese eco, siempre repite la oportunidad que nos brinda. Mistress Harkness, de este parecer también, volvió a China de donde regresó, poco después, acompañada esta vez de un segundo panda gigante, una hembra apodada *Mei-Mei*, que fué alojada con toda clase de cuidados y precauciones en la Ciudad de los Vientos.

Con rapidez de vértigo, todos los fabricantes de juguetes comenzaron a exponer en el mercado pequeñas reproducciones del panda que, claro está, hicieron furor entre los pequeñuelos; hasta tal punto que, bajo el nombre de *Andy panda*, llegó también seguidamente a ser el héroe de todas las aventuras que día tras día publican los *comics*, o sea, los suplementos infantiles dominicales de los periódicos *yankis*. Tuvo también su puesto de honor en las películas de dibujos animados, con lo cual ha llegado a ser casi tan popular como el ratón Mickey o el pato Donald.

Para los zoólogos, por contra, el problema estaba tan sólo planteado. Hacía falta despejar las incógnitas y tratar de llegar a la solución final. Parecían estar todos de acuerdo, en principio, en relacionar al *bei-shung* con el pequeño panda brillante, pero la verdad es que no sabían, en definitiva, en qué sitio justo clasificar a ambos pandas. La obligación de incluirlos entre el gran grupo de carnívoros, parecía estar fuera de duda, por más que fuesen exclusivamente vegetarianos; los propios osos ¿no lo son también en gran parte? Los anglosajones, por su parte, se habían empeñado en aplicar a los pandas el nombre vulgar de *cat-bears*, o sea «osos-gatos», en lo cual no andaban demasiado desencaminados.

Por fin, y como resultado de los trabajos del gran especialista americano William King Gregory, se acabó por incluir a los pandas en la gran familia de los Prociónidos, en la cual se hallaban ya clasificados el ratón lavador, el ratón cangrejo, los *coatís*, el *kinkajou*, los *cacamizli (Bassaricus)* y el misterioso *Cuataguil (Bassaricyon)* de América Central. Pero quizás fuera preciso, según preconizaba el Dr. Frechkop en 1943, hacer una separación entre estos dos pandas, asiáticos ambos, y los otros Prociónidos, todos de origen americano, creando así incluso la familia de los Ailúridos. El *kinkajou*, a pesar de su carta de ciudadanía americana, no logró salvarse y fué igualmente incluído entre los Ailúridos; todo este grupo vendría a constituir así una especie de nexo o de eslabón entre los osos y los gatos. Otros autores, ello no obstante, persistieron en sus opiniones de clasificar al panda gigante en la gran familia de los Ursidos.

Mas sólo los estudios genéticos o serológicos permitirían, en resumen, resolver sin temor a equívocos el problema de las afinidades reales entre estos intrigantes animales.

EL ESPINOSO CASO DEL BUEY GRIS DE CAMBOYA

El último gran descubrimiento zoológico verificado en Asia, ha sido objeto de las más vivas polémicas. Desde hacía mucho tiempo, los naturales de Camboya hablaban de la existencia —en determinadas zonas boscosas del norte del país— de un buey salvaje, tan diferente del *gaur (Bos (Bibos) gaurus)* como del *banteng (Bos (Bibos) banteng)*. Le solían llamar *kouprey* o buey gris. Su presencia había sido confirmada

igualmente por varios autores franceses, especialmente por el Dr Dufossé, en 1930 y por R. Vittoz, en 1933.

Cuando el profesor Achille Urbain, director del Parque Zoológico de Vincennes, se trasladó a Indochina, en el año 1937, tuvo ocasión de ver unos magníficos trofeos de tales animales en el domicilio de un veterinario de Camboya septentrional, gran cazador si los hay, el Dr. R. Sauvel. Y viendo éste el interés que al respecto sentía el director del Zoo, acometió la empresa, logrando capturar un joven macho de dicha especie que fué enviado, sin perder un solo minuto, al Zoo de Vincennes. Pero además, hizo que el profesor Urbain examinase un ejemplar de macho adulto que acababa él de cazar en las inmediaciones del pueblo de Tchep.

Tras todo esto, el director del Zoológico, pudo ya proceder al bautismo científico del buey salvaje de Camboya, llamándole *Bos (Bibos) sauveli.*

«El buey gris —escribiría luego— es un animal que difiere del banteng por su gran estatura, puesto que algunos ejemplares pueden llegar a medir hasta 1,90 metros. Por otra parte, su pelaje —totalmente gris, en las crías y en las hembras— tiene un bello tinte negro mate, con motas blancas por los brazuelos y la grupa, en el caso de los viejos y grandes toros machos. Estos animales poseen una papada muy acusada y están además calzados en blanco (es decir, tienen unas manchas blancas encima de los cascos que se prolongan hacia arriba de las patas). Los cuernos son cilíndricos, ampliamente separados y recurvados hacia adelante —en el caso de los machos— y en forma de lira, en el de las hembras.»

El *kou-prey,* al contrario de lo que suele ocurrir entre los otros bovinos de la región, no tiene casi acusada la cresta dorsal.

Subrayemos que el *gaur,* si bien logra alcanzar gran tamaño, está por contra desprovisto de papada. En cuanto al *gayal,* el tercer buey asiático del subgénero *Bibos,* parece ser que hay que considerarle como la forma doméstica o semidoméstica del *gaur,* al cual se parece extraordinariamente; sin embargo, en su caso está presente la papada, aunque sea sólo bajo una forma bien discreta.

Y fué tras la descripción científica del *Bibos sauveli,* cuando las dificultades comenzaron a surgir. Las investigaciones realizadas en Camboya dieron como resultado que los indígenas distinguen, de hecho, dos bueyes desconocidos, en la región norte de Camboya; llaman a uno de ellos *kou-prey* y al otro *kou-proh.* Los cuernos del primero son blanquecinos, precisan los indígenas; los del segundo, gris-verdoso y recurvados hacia el interior. Mas finalmente pareció resultar que el *kou-prey* no es sino el choto del *kou-proch.*

Pero lo que era más grave, se rumoreaba, con aire de certeza, que los *kou-prey* (o *kou-proh*) han sido vistos, repetidas veces, mezclados entre los rebaños de *banteng.* Comenzó, por tanto, a germinar una duda en las mentes de determinados naturalistas: ¿no sería el famoso «buey-

gris» un simple producto híbrido de *banteng* y de cualquier otro bovino? Ha habido quien, efectivamente, ha mantenido la teoría de que el *kou-prey* es un híbrido de *gaur* semidoméstico y una u otra especie de bovino salvaje.

¡Qué no se inventaría para poder probar el descubrimiento de un nuevo animal de gran tamaño! En realidad, todas estas críticas no tienen fundamento. El profesor Urbain vió un rebaño de bueyes grises cerca de la frontera de Laos y de Camboya. Y el estudio anatómico y minucioso que el americano Harold Jefferson Coolidge, hizo en 1945, del *kou-prey* muestra que éste difiere sobre este punto de los otros bovinos asiáticos, lo cual justificaría la creación de un género nuevo: *Novibos*.

NUESTRA ÚLTIMA ADQUISICIÓN: UNA PIEL DE LOBO DE LOS ANDES

Entre los descubrimientos zoológicos más importantes de estos últimos años, no hay demasiados en los que fijar nuestra atención de forma excepcional.

Podemos citar, de memoria, una nueva especie de hocco de Bolivia, descrita en 1939 por J. Bond y R. M. Schauensee, bajo el nombre de *Pauxi unicornis*. Esta especie de gallinácea de la familia de las Crácidas (que comprende igualmente las Penélopes o los Guans) se distingue por la presencia sobre su cabeza de una protuberancia ósea que recuerda vagamente el cuerno del rinoceronte.

En África, las novedades últimas han ocurrido en el gran sector de los monos. En 1942, Zukowski ha descrito con lujo de detalles una nueva especie de babuino *(Papio ruhei)*; Krumbiegel, por su parte, una novedad de coobo de la isla de Fernando Póo donde, a pesar de las grandes exploraciones hechas hasta tal fecha, nunca se habían encontrado monos de esta especie. Fué bautizada *Colobus metternichi* y sus representantes se distinguen de sus congéneres continentales por la blancura de la piel de sus miembros e incluso de sus uñas.

A propósito de los colobos, será bueno recordar —como decía el doctor Mauricio Burton— que «el colobo de Ruwenzori, que vive entre los 1.800 y los 3.000 metros de altitud, en las vertientes occidentales del Ruwenzori, en el límite entre el Congo y Uganda, no es conocido más que a través de unas pieles que de allá nos trajeron los indígenas».

Y este, exactamente este, era el caso de nuestra más moderna adquisición zoológica, el lobo de los Andes. Al igual de lo que ocurría a fines del pasado siglo con el gorila de las costas, el hipopótamo enano y el panda gigante, este animal había salido también del reino de los mitos gracias a unos restos recogidos por algunos aborígenes. Sin embargo, su identidad concreta seguía siendo la causa de las más vivas controversias.

En 1926, el célebre capturador de animales Lorenz Hagenbeck, hijo y sucesor de Karl, tuvo ocasión de adquirir en Buenos Aires la piel de un gran cánido, de aspecto totalmente original, y que provenía —según decían— de los Andes. Tales restos fueron enviados a Alemania, circulando de Museo en Museo, hasta que fueron a parar, por fin, al de Munich. Cayeron así en manos del Dr. Ingo Krumbiegel quien convino con el profesor Krieg en atribuirlos a una especie montañera de lobo con crines. Mas a pesar de ello, el zoólogo alemán no osó emprender la descripción del animal con tan poca base como era aquella única piel por él estudiada. Máxime, teniendo en cuenta que, en el mundo de los cánidos, un mero cruce de animales puede darnos un resultado aparentemente incongruente. Y, claro está, el que un zoólogo diese la descripción de un nuevo espécimen con el resultado final de que sólo se tratase de un bastardo chucho callejero, sería, sin lugar a dudas, el tremendo final de una reputación científica, y de muchos años de trabajo.

Con mucha cautela y sabiduría, el Dr. Krumbiegel optó por quedar a la espectativa. En el año 1947 se enteró, por el mismo Lorenz Hagenbeck, que en la época en que él adquirió dicha piel, se habían visto otras tres de un aspecto absolutamente idéntico. En tal caso, todo parecía indicar que no debería tratarse del caso aislado de un híbrido circunstancial. Y, a mayor abundamiento, las muchas y características particularidades de aquella piel parecían refutar también tan fácil solución.

El referido doctor, cotejó entonces aquella piel con un cráneo que provenía de una colección recogida muy anteriormente en la zona de los Andes. Procediendo por eliminación llegó a creer, en tales momentos, que debería ser el cráneo de un lobo con crines o lobo de las Pampas *(Chrysocyon jubatus)* al que los indios llaman *aquara quazu* que equivale a «gran zorro» (1).

Pero aquel cráneo era mayor (31 centímetros) que el de los habituales lobos con crines (24 centímetros como promedio entre un lote de unos veinte ejemplares). Parecía así provenir de un animal también familiar en la región de los Andes y cuya piel quizás, tenía en aquel entonces el zoólogo alemán bajo sus ojos.

Basándose pues en aquella pieza, se atrevió ya a publicar una sumaria descripción del nuevo cánido andino. Y en honor de aquel hombre que consiguiera la piel, le bautizó con el nombre de *Oreocyon hagenbecki*, el «perro de las montañas» de Hagenbeck. Pero como el nombre genérico de *Oreocyon*, servía ya para designar un fósil, se le reemplazó en seguida por el de *Desicyon* que significa «lobo de piel gruesa».

(1) El lobo con crines suele tener el aspecto de un zorro de altas patas y, por tanto, yo he mantenido siempre el criterio de que había sido clasificado por error entre los perros y los lobos (Thooideos) cuando se parecen mucho más a los zorros (Alopecoideos). El Dr. Frechkop me dijo haber examinado un espécimen recientemente fallecido en el Zoo de Amberes, encontrándole la pupila ligeramente ovalada, lo que confirmaría mis sospechas y la legitimidad de su nombre indígena.

Después tras numerosísimos ensayos de reconstitución, basados sobre la sola base de la piel que él poseía, el Dr. Krumbiegel llegó por fin a hacer dibujar unos excelentes esbozos del cánido desconocido, bocetos estos que reproducimos aquí, seguidamente, en una lámina fuera de texto. Creemos que ellos podrán ser objeto de amplios comentarios. Se puede ver así, fácilmente, el gran número de caracteres que diferencian al lobo de los Andes del lobo de las Pampas. Su pelaje (castaño negruzco) es no sólo más oscuro, sino también más abundante, más tupido; sobre su lomo los pelos llegan a tener ¡unos 20 centímetros de largo! Las patas son más cortas, más macizas y también menos picudas; en cuanto al hocico es un poco más grueso y fuerte. Incluso sin saber nada de sus costumbres respectivas se adivina, al primer golpe de vista, que el primero es un animal que habita en zonas de clima más extremado y el segundo, por contra, en el corazón de las planicies.

Tan notables diferencias hicieron decidirse al Dr. Krumbiegel a crear, provisionalmente, un nuevo género para el lobo de los Andes. Y decimos provisionalmente, ya que el ulterior estudio de la anatomía ósea y de almohadillado de las patas, etc... podrán, tal vez, demostrar un día que no se trata más que de una simple *nueva* especie de *Chrysocyon*. Sólo un material más completo y más abundante nos podrá permitir resolver de forma inequívoca la incógnita que así queda planteada.

Pero la fauna de los Andes es, realmente, tan poco conocida que pasarán a buen seguro muchos años antes de que el misterio de este lobo montañero deje de serlo.

* * *

Después de haber pasado así revista a los animales más impresionantes que fueron descubiertos con posterioridad a la solemne declaración de Georges Cuvier, no tendré yo la crueldad de ir a remover sus cenizas, en su tumba. La ronda alucinante que danzan en los parques zoológicos del mundo el tapir indio, el rinoceronte blanco de Cotton, la cebra de Grévy, el caballo de Przewalski, el ciervo del padre David y el de Schomburgk, el okapi y el *Hyomoschus aquaticus*, el elefante enano y el hipopótamo en miniatura, el takin dorado, el gerenuk, el dibatag y toda la pléyade de nuevos antílopes y ciervos, el gélade, el gorila gigante de las montañas y el chimpancé enano, los murciélagos monstruosos y el dragón de Komodo, la presencia en nuestros Museos de los cuerpos disecados del *Rhinopithecus* y del gorila enano, del oso kodiak y del lobo de los Andes, de la onza real y del osbornictis, del delfín blanco del lago Toung-Ting, del águila devoradora de monos y del pavo real del Congo, ¿no constituyen, quizá, ya de por sí el mayor pliego de cargo contra el recuerdo del gran paleontólogo de Montbéliard?

Por todo ello, yo quisiera poner en la picota a algunos de mis contemporáneos, a aquellos que no han sabido comprender aún —ni com-

prenderán jamás— la lección que todos estos descubrimientos encierran; a aquellos que siguen aferrados a sus ideas preconcebidas sin querer bajar de su nube; a aquellos que aún persisten en escribir —como el Dr. C. Anderson, del *Australian Museum*, lo hacía todavía en 1934, tras un siglo de evidencias— en un sentido tan cerrado y poco real como el párrafo que sigue:

«Si quedan aún numerosas especies de animales terrestres por descubrir todas ellas habrán de ser de pequeño tamaño. Se puede asegurar, sin temor a error, que ya no quedan mamíferos, aves o reptiles de grandes dimensiones y de estructura insólita que nos sean totalmente desconocidos y que no tengan su plaza en uno u otro de los grupos con los que estamos ya familiarizados.»

A todos ellos les recomiendo a la benévola atención del colega que, dentro de cincuenta años, ponga al día la lista de las grandes adquisiciones zoológicas de la segunda mitad del siglo xx. Simplemente, esto es todo.

PEQUEÑO RECORDATORIO DE LOS PERÍODOS GEOLÓGICOS

ERA	PERÍODO	MILLONES DE AÑOS que nos separan del comienzo de los períodos *(a grosso modo)*	VIDA DE LAS DIVERSAS FAUNAS
CUATERNARIA ...	*Holoceno*	—	—
	Pleistoceno	1	Aparición del hombre.
TERCIARIA	*Plioceno*	15	Multiplicación y expansión de los mamíferos.
	Mioceno	35	
	Oligoceno	45	
	Eoceno	60	Desarrollo de los mamíferos.
	Paleoceno	75	
SECUNDARIA ...	*Cretáceo*	140	Derrumbamiento del imperio de los reptiles.
	Jurásico	170	Primeros pájaros. Apogeo del imperio reptil.
	Triásico	195	Primeros mamíferos. Ocaso de los anfibios.
PRIMARIA	*Pérmico*	220	Imperio anfibio.
	Carbonífero	275	Primeros reptiles e insectos.
	Devónico	320	Primeros anfibios.
	Silúrico	350	Multiplicación de los peces.
	Ordoviciense	420	Primeros peces.
	Cámbrico	520	Reinado de los invertebrados marinos.
ARCAICA	*Precámbrico*	2.500	Unicelulares y esponjas.

Capítulo III

LOS EVADIDOS DEL PASADO

La expresión «fósil viviente» no es, como pudiera parecer a simple vista, despectiva ni mucho menos injuriosa. Es un grito de asombro, de maravilla, ante aquello que parece ser absolutamente insólito. Un anacronismo en carne y hueso. Pero es también una expresión de la que se ha usado y abusado más de lo debido.

Convendría, por tanto, definirla con pleno rigor, ya que a lo largo de estas páginas habremos de usarla en muchas ocasiones. Bueño será pues saber, de antemano y sin lugar a dudas ni a torcidas interpretaciones, qué es, cuánto abarca y cuánto significa esta expresión de «fósil viviente». Y será preciso usarla, como antes digo, ya que vamos a encararnos con la posible supervivencia de animales dados —con gran unanimidad— por desaparecidos. ¿Y quién merecerá, pues, mejor tal designación de «fósil viviente» que un ser que surja de nuevo de la larga y lejana noche de los tiempos?

Es un hecho cierto y comprobado que muchos animales totalmente desconocidos por los zoólogos son, sin embargo, grandes amigos de los paleontólogos, si bien en su forma o aspecto de restos petrificados. Mas tanto los unos como los otros se niegan, con gran energía, a admitir tales especímenes en las listas de nuestra fauna reciente. Las razones de su veto resultan mucho más oscuras e ignoradas por cuanto —fuerza es decirlo— hay una gran abundancia de estos «fósiles vivientes» en nuestro planeta.

¿QUÉ ES UN FÓSIL VIVIENTE?

Todo el mundo parece comprender, a las primeras de cambio, lo que es un «fósil viviente»; pero esta yuxtaposición de dos términos tan contradictorios hace, bien ciertamente, que su definición no sea una empresa fácil ni capaz de ser hecha a la ligera.

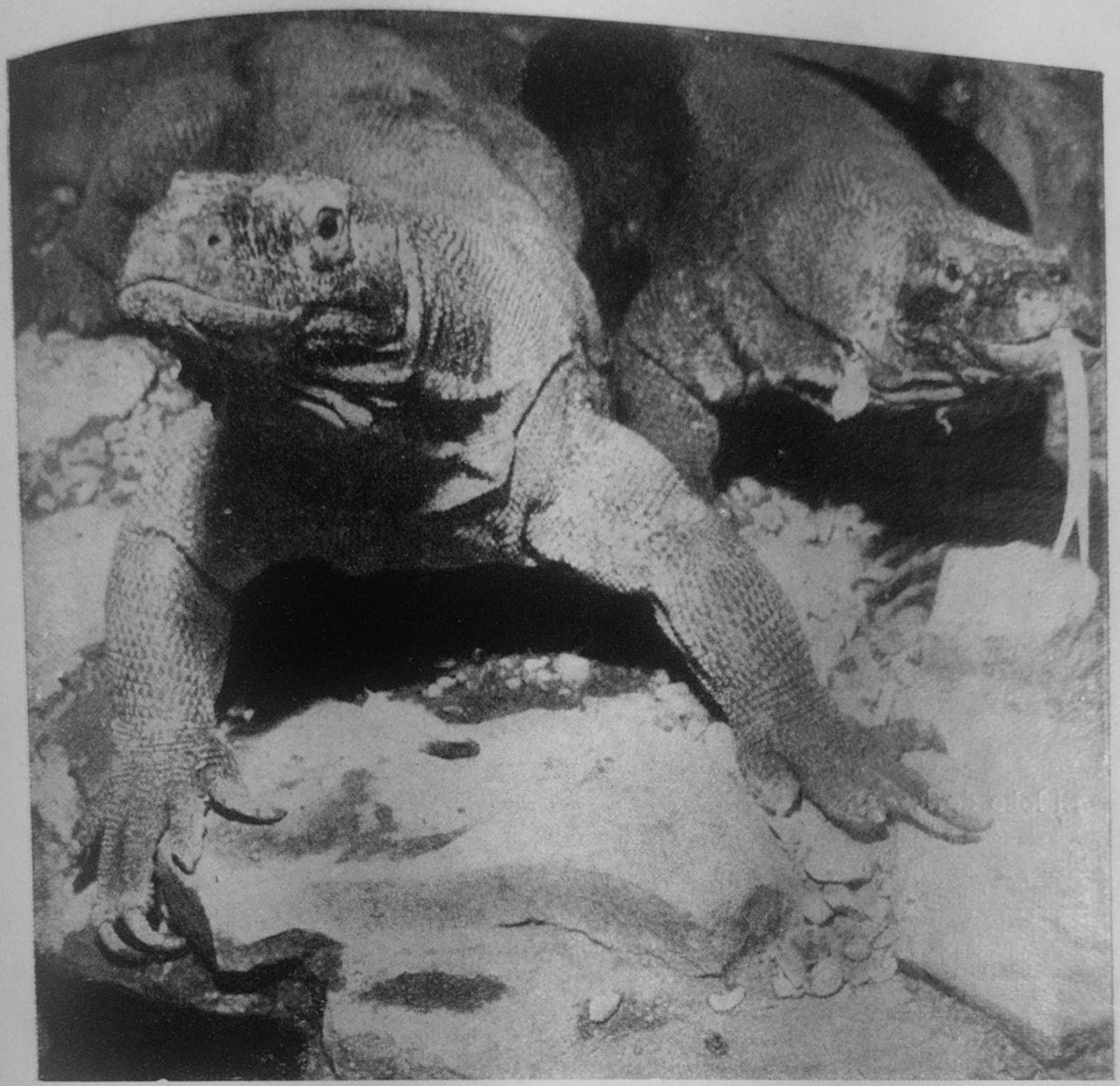
Pretender hallar la solución diciendo que tal expresión es aplicable a aquellos seres que aun existiendo todavía deberían *lógicamente* haber desaparecido ya del todo, puede ser tal vez legítima, mas no nos resuelve el problema en modo alguno. ¿Qué clase de condena o de maldición sería esa que, al caer sobre una especie, pareciera obligarla, quieras que no, a la fosilización?

Para el hombre de la calle, los «fósiles vivientes» son unos seres extraordinarios, de aspecto rarísimo, que viven confinados en regiones estrechamente limitadas y que parecen proceder de tiempos muy remotos.

¿Aspecto extraordinario? Cientos de miles de personas se lavan, día tras día, con el esqueleto de espongina de un «fósil viviente» con muchos millones de años sobre sus «costillas» y al que nunca hemos encontrado nada de raro sino, a lo más, de vulgar. Pero el hecho concreto y exacto es que los Espongiarios son animales absolutamente arcaicos y que no han evolucionado de manera sensible desde los tiempos más lejanos: Al principio de la Era Primaria, en el período Cámbrico, existían ya esponjas totalmente parecidas y equiparables a las que hallamos en nuestras adelantadas y cultas épocas.

Todos nosotros, y durante los meses que tienen «r», comemos con fruición —a la marinera o a la provenzal, según los gustos— buenos «fósiles vivientes» cuyo origen se remonta a más de 190 millones de años, sin que por ello les hayamos hecho nunca dengues. El mejillón, el modesto mejillón, data nada menos que del Triásico. La venera es menos antigua puesto que «sólo» procede del Jurásico antiguo y la aristocrática ostra, del Jurásico más reciente. En cuanto a los erizos de mar existen algunos tan antiguos como los citados moluscos. ¡He aquí, por tanto, unos vulgares «fósiles vivientes» que constituyen —nadie lo negará— otros tantos excelentes entremeses!

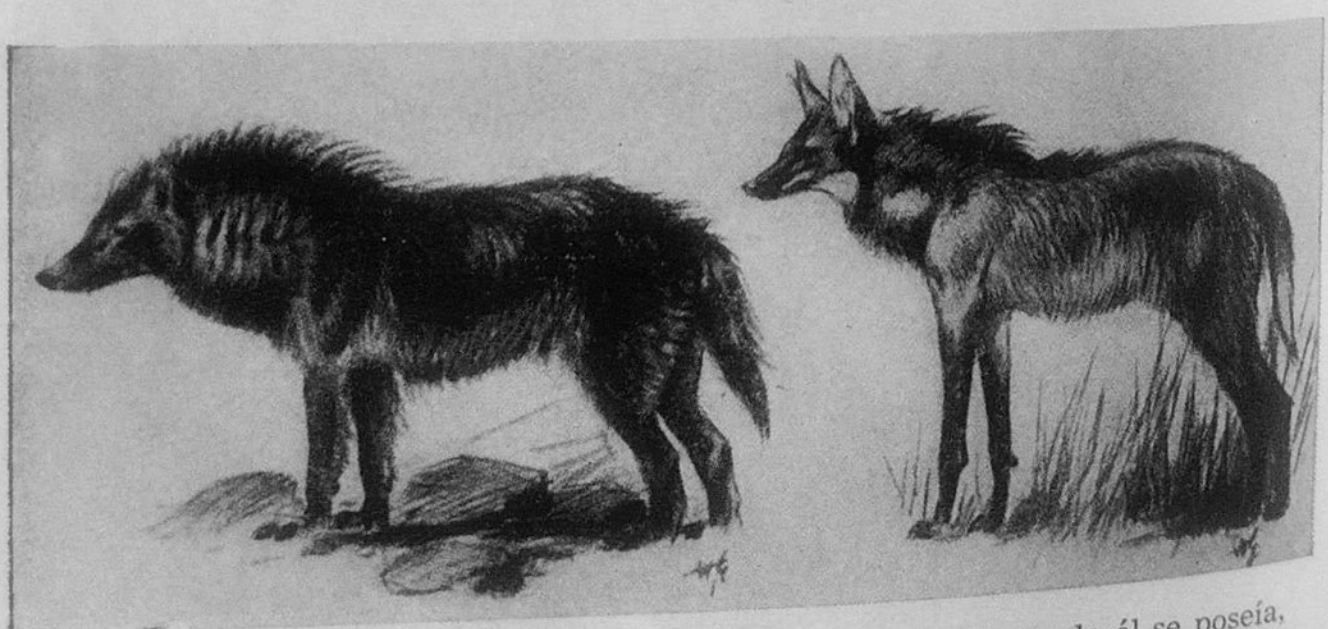
¿Son rarísimos los fósiles vivientes? Uno de entre ellos y quizá el que concuerda mejor con tal denominación es el «límulo», o cangrejo de las Molucas. Con su lanza de caballero feudal y su coraza abovedada, bajo la cual esconde unas patas de araña monstruosa, este animal parece escapado del «Infierno», de Jerónimo Bosch. Y puesto que habita en el agua los americanos le llaman *horsehoe-crab*, cangrejo de herradura; mas lo que parece evidente es que tiene más de escorpión que de crustáceo. En el curso de su desarrollo pasa por un estado *trilobites*, traicionando así sus afinidades con un grupo que conoció una eflorescencia sun-



El mayor de todos los lagartos, el dragón de Komodo, fué tenido por una fábula hasta el año 1912

(C. Suschitzky-Rapho)

El lobo de los Andes parece estar emparentado con el lobo de las Pampas
(C. «Die Vmschau»)



Descrito en el año 1949, sobre la sola base de una piel que de él se poseía, he aquí una reconstitución del lobo de los Andes al lado de un dibujo de su «pariente»
(C. «Die Vmschau»)

tuosa en el curso de la Era Primaria. El género *Limulus* existía ya en los principios de la Era Secundaria, en el Triásico. Hoy se encuentran cuatro especies de esta familia en las costas del Japón y en las islas de la Sonda; una quinta en las de América del Norte, desde el Maine al Yucatán. El límulo, con 200 millones de años a cuestas, por tanto, es allá tan abundante que sus caparazones pulverizados hacen el papel de abonos (1).

Mas no hace falta creer por ello que sea preciso desplazarse a los más recónditos lugares del globo, ni bajar a los más tenebrosos abismos del fondo marino para encontrar fósiles vivientes tan antiguos como el famoso celacanto, a propósito del cual tanto ha hablado la Prensa en estos últimos tiempos. En los sótanos de nuestras mismas casas —bien cerca están— centenares de fósiles vivientes del Devónico y del Carbonífero tejen sus telas con paciencia constituyendo la desesperación del personal de la limpieza. Las migalas de las viejas tierras rojas del condado de Aberdeen se parecen extraordinariamente a nuestras arañas actuales; y en los yacimientos carboníferos de Inglaterra, de Bohemia, de Silesia o de Illinois, se han encontrado arácnidos de tipo reciente.

¿Y estarán, quizás, los «fósiles vivientes» confinados en una pequeña zona muy limitada? Hay un continente, por lo menos, que está casi exclusivamente habitado por fósiles vivientes: es Australia, el reino de los monotremas y de los marsupiales. Todas las demás criaturas terrestres que allí existen hoy en día, han sido importadas por el hombre.

¿Proceden, entonces, de épocas totalmente remotas? Sí, y es ésta sin discusión una de las particularidades que más típicamente caracterizan a nuestros «fósiles vivientes».

Mas, si reflexionamos sobre ello, se nos planteará en seguida una duda: ¿No proceden, acaso, *todos* los grupos actuales de las eras geológicas lejanas? Después de todo los más recientes de entre ellos —los mamíferos o las aves— iniciaron su marcha durante el lejano Secundario. El mundo de la vida es ya ciertamente viejo y parece, incluso, estar realmente agotado: ¡Toda la Era Terciaria no fué capaz de crear un solo gran grupo de factura original y distinta!

ALGUNAS RELIQUIAS INESTIMABLES

Podemos ya precisar, por consiguiente, que el término de «fósil viviente» deberá reservarse, como es lógico, para los *supervivientes* de grupos *desaparecidos* o, más exactamente, en vías de desaparición. ¡He aquí pues la razón por la que más arriba se decía que ellos deberían, «en buena lógica» no estar ya entre nosotros en este mundo! Pero, aten-

(1) A título de ejemplo, podemos decir que en 1927 se recogió un medio millón de especímenes, a tal objeto, en Bowers, Delaware.

diendo a tales razones, ¿no será preciso considerar como «fósiles vivientes» a *todos* los anfibios y a *todos* los reptiles actuales? Son éstos, sin lugar a dudas, dos grupos de los más florecientes antaño y de los cuales quedan (relativamente) pocos representantes en nuestros actuales días. Tomemos los anfibios, por ejemplo, que dominaban la Tierra entera en las épocas del Carbonífero y del Pérmico. Tales potentados de la antigüe-

Fig. 16. — *La Língula, un braquiópodo con más de 400 millones de años de historia*

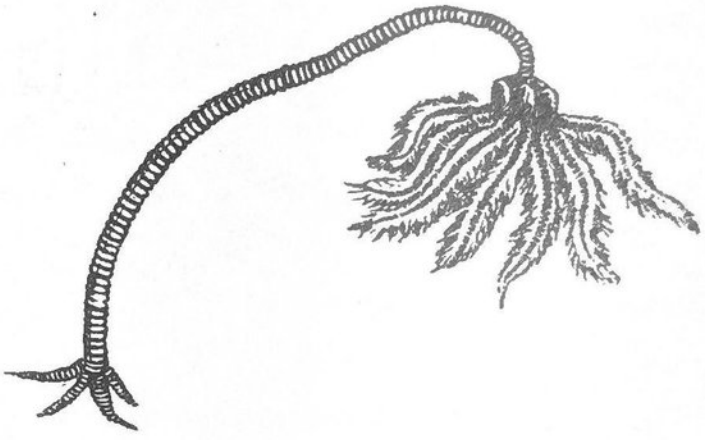


Fig. 17. — *Los Crinoides se remontan también a una lejanía de 300 millones de años*

dad han quedado reducidos, hoy en día, a las salamandras y a los tritones, las ranas y los sapos —todos ellos bien discretos— y a las oscuras cecilias desprovistas de patas.

En realidad, se ha acordado no considerar como «fósiles vivientes» más que a los miembros más retardados de las más restringidas comunidades, haciendo destacar de manera bien clara que en el seno de los

grupos más vastos se han producido, en el curso de los siglos, subversiones fundamentales, viéndose aparecer, en ellos, tipos completamente nuevos (1).

De todo ello se desprende ya cuanto de relativo tiene el concepto de fósil viviente. ¿Por qué habremos de negar a los representantes de una clase (la de los anfibios por ejemplo) el título que se concede a menudo a los de un orden (el de los quelonios o tortugas, el de los loricates o cocodrilos, quienes no han variado casi nada realmente desde los comienzos del Secundario)?

Algunos autores se muestran, en realidad, mucho más estrictos; no tienen por fósiles vivientes más que a los supervivientes aislados, únicos,

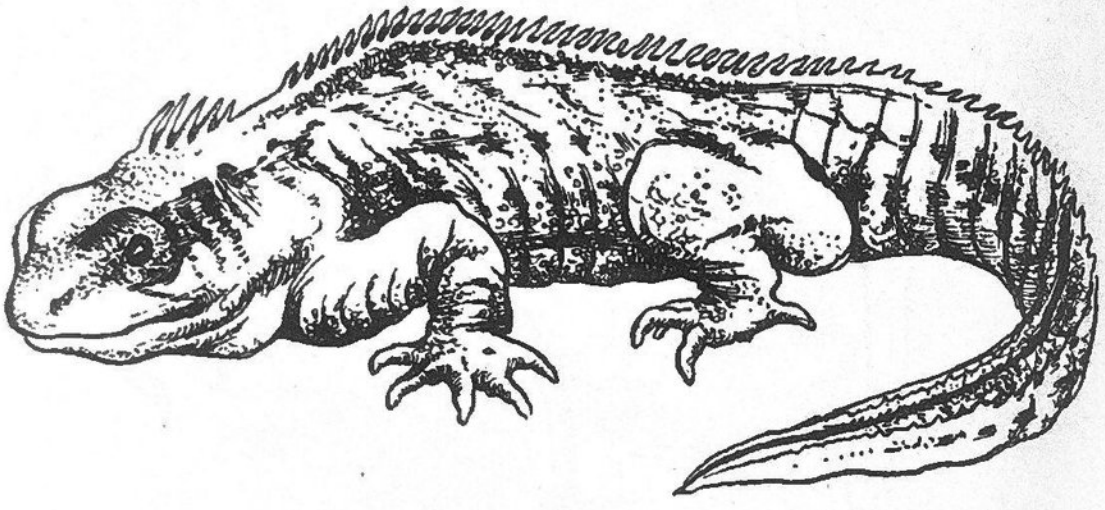


Fig. 18. — *La «tuatera» de Nueva Zelanda es más antigua que los grandes dinosaurios*

de grupos otrora importantes como el nautilus, ese curioso cefalópodo con concha que vive a 50 metros de profundidad, en el Pacífico y en el océano Índico, y que llega hasta nosotros desde el Silúrico, en pleno corazón de la Era Primaria; como el límulo ya citado, como el *Latimeria* y el *Malania*, popularizados bajo el nombre de *Coelacantes*, peces crosopterigios surgidos directamente del Devónico; o, en fin, como la hateria *(Sphenodon punctatus)*, la *tuatera* de los maories de Nueva Zelanda, sola y única superviviente del grupo de los rinocéfalos que data del

(1) Recordemos, siquiera sea sumariamente, las grandes líneas de la jerarquía zoológica: el profano se hará así una mejor idea de cuanto venimos exponiendo.. El reino animal se subdivide en tipos, cada tipo en varias clases, cada clase en órdenes, cada orden en familias, cada familia en géneros y cada género, en fin, en una serie de especies. Para fijar mejor las ideas tomemos el primer ejemplo que acuda a nuestra mente: nosotros mismos ¿por qué no?, y tratemos así de completar la ficha o filiación entera del Hombre. Tipo de los Vertebrados, Clase de los Mamíferos. Orden de los Primates, Familia de los Homínidos, Género *Homo*, especie *sapiens*.

Se distinguen a menudo una multitud de subdivisiones más complejas, tales como el sub-orden, la super-familia, la infra-clase, etc., pero estas distinciones —cuando son llevadas al extremo— acaban por crear una extraordinaria confusión. Mas todo esto, dicho sea sin olvidar ni por un momento que en la naturaleza no existen más que individuos, recordando pues que nuestras categorías o catalogaciones, puramente arbitrarias, no tienen otra finalidad ni otro objetivo que el de hacer posible un estudio racional, una ordenación de nuestros conocimientos, pero nunca, claro está el de crear —como puede pasar a veces— un auténtico estado de confusionismo.

final de la Era Primaria y que precedió a la expansión de los famosos dinosaurios gigantes. La hateria es un gran lagarto de color aceitunado, de unos 70 centímetros de largo y que posee un tercer ojo, llamado ojo pineal, situado en la parte alta del cráneo; suele también encontrarse éste entre los vertebrados superiores bajo la forma de una glándula, la epífisis.

Y una vez más, los puritanos del «fósil viviente» se guardan muy bien de precisar la importancia exacta de los grupos cuyos supervivientes podrían tener derecho al tan codiciado «título». Hay muchas familias animales que no comprenden más que un solo género y nadie soñaría hacer figurar éste entre los «fósiles vivientes».

El no admitir estrictamente más que a las reliquias solitarias, obligaría por cierto a eliminar de esta interesante categoría a los más auténticos de entre ellos, los braquiópodos, imitadores de los moluscos bivalvos, y de los que existen hoy en día unos 59 géneros; igual ocurriría, con dicho criterio rigorista, con los maravillosos crinoideos o lirios de mar, esos simpáticos equinodermos fijados, como auténticas plantas, en el fondo de los mares y que cuentan con no menos de 12 géneros actuales. Todos estos no son ciertamente únicos, pero no por ello dejan tampoco de ser los raros supervivientes de dos grandes grupos, extendidos abundantemente por toda la Tierra en épocas pretéritas, y que se han conservado iguales a sí mismos desde hace más de 500 y 300 millones de años respectivamente.

LOS SERES APARENTEMENTE ESTACIONARIOS

Y creo hemos llegado así, poco a poco, a tener que definir al «fósil viviente» por un concepto original: el de «especie estacionaria». Es fácil de comprobar, efectivamente, que existe en el mundo un gran número de tipos cuya estructura parece no haber cambiado apreciablemente con el correr de los tiempos. Se diría que, entre ellos, el reloj de la evolución se paró en las eras lejanas. «La Eternidad parece estar entre ellos, y así siguen eternamente iguales», iguales, sin variar, hasta nuestros días.

Pero es preciso darse cuenta de lo arriesgado que resulta el hecho de afirmar, con aplomo y conocimiento de causa, que un organismo, sea cual fuere, no ha cambiado en esos millones de años, puesto que, en realidad, ¿qué sabemos nosotros de los seres de aquellas épocas? No poseemos de ellos sino pequeños restos: una concha, un esqueleto, o hasta tal vez una mera huella. ¿Seremos, pues, capaces de afirmar, a la sola luz de tan pequeños antecedentes, que el ser a quien pertenecieron no ha sufrido ni la menor variación, bien sea íntima, celular y fisiológica, desde aquel lejanísimo ayer hasta el espécimen que hoy podemos ya contemplar con nuestros propios ojos? La instalación de un organis-

mo de regulación térmica, el desarrollo de las glándulas que segregan veneno, los pulmones, la construcción de un corazón de mecanismo exacto y perfecto, los avatares del riñón, la delicada puesta a punto de un equilibrio endocrino, la complejidad asombrosa de los órganos sensoriales o motores, la coordinación rigurosa de las conexiones nerviosas, todo ello, y muchos otros que no citamos, pues sería interminable, son otros tantos progresos indiscutibles, pero que no dejan, evidentemente, huella alguna sobre las partes duras del organismo. Y esto, creo yo, debería incitarnos a obrar y a hablar con la mayor prudencia.

En suma, que será preciso definir a los «fósiles vivientes» como seres

Fig. 19. — *El «bebé» hoatzin posee aún garras en sus alas*

pertenecientes a un tipo de organización pretérita pero que se perpetúa hasta la época actual sin sufrir grandes modificaciones anatómicas. También se podría conceder tal nombre a determinadas criaturas que han sabido conservar toda una serie de rasgos arcaicos de gran importancia. Puesto que, en definitiva, es absolutamente imposible probar que un ser se haya ido reproduciendo desde las más antiguas épocas hasta nuestros días sin sufrir ni tan siquiera la más pequeña modificación o alteración, este ser podrá considerarse «fósil viviente» en virtud de un cierto número de sus caracteres conservados y transmitidos.

Y a tal respecto, una de las aves más interesantes sin duda alguna es el *hoatzin (Opisthocomus hoatzin)* del Amazonas. Se presenta, a primera vista, bajo el aspecto vulgar de una especie de faisán de penacho amarillento, color verdoso por la parte superior de su cuerpo y tono rojizo, en cambio, sobre el vientre. Mas el aspecto de las crías es francamente asombroso: sus alas están provistas, en los dos primeros dedos, de garras bien desarrolladas que son un magnífico vestigio de su remoto pasado. Y así cuando los pequeños «polluelos» de hoatzin se sirven de

sus alas ganchudas para trepar por entre las ramas de los árboles, para arrastrarse por el suelo o para nadar en persecución de un renacuajo, se diría entonces que tienen toda la apariencia de verdaderos y pequeños reptiles. No podemos por menos, delante de ellos, de dedicar un recuerdo al prestigioso *arqueopterix*, el pájaro-reptil del período Jurásico,

Fig. 20. — *Reconstitución del Arqueoptérix*

¡de aquellos tiempos «en que las gallinas *tenían* dientes»! El *hoatzin* ha conservado además otras características arcaicas muy significativas: no chilla como un ave sino que croa como una rana, despidiendo también un fuerte olor almizclado, al igual que los cocodrilos y que determinadas tortugas. Por todo ello hemos de ver que negarle el título de «fósil viviente» constituiría un total contrasentido.

Sería preciso también considerar, tal vez, que existen «fósiles vivientes» de todas las edades o de todas las eras, si es que es posible aventurarse a ello. Los más remotos, según tal concepto, serían los radiolarios,

esos unicelulares revestidos de un cascarón silíceo cincelado como una auténtica joya de Toledo, y de los cuales se han hallado restos en las zonas que datan del Precámbrico. Pero los más recientes no son por ello los menos extraordinarios: ahí están para demostrarlo las zarigüeyas u *opossums* cuyas pieles adornan a nuestras elegantes; el rarísimo almiqui *(Solenodon)* de las Antillas, los armadillos acorazados, los diabólicos tarsipes y los tapires, que se remontan al Eoceno, o sea, a una antigüedad de unos 70 millones de años. Las musarañas, los pangolines y muchos monos del Antiguo Mundo no son sino otras tantas reliquias del Oligoceno. Los erizos, el okapi y los orictéropos nos vienen, a su vez, del Mioceno, etc.

Y si no queremos incurrir en arbitrariedades, será preciso admitir que no solamente existen *géneros* de «fósiles vivientes» como el *nautilus*, el límulo o la tuatera, sino también *familias* de fósiles vivientes, tales como los kiwis o las zarigüellas, *órdenes* de fósiles vivientes como tales fósiles como los holotúridos, los lirios del mar, los chitones o quitones esos moluscos todavía segmentados, y los peces con patas o con pulmones; los celacantos y los dipnóos (1) e incluso *tipos* enteros de fósiles vivientes cual es el caso de los braquiópodos.

Lo que no me cansaré nunca de repetir es que el concepto de «fósil viviente», si bien es realmente interesante no tiene, sin embargo, más que un valor relativo. Mas la lección que podemos sacar de la existencia de tales paradojas vivientes es la siguiente: No hay ningún ser, por «primitivo» que sea, que no pueda haberse mantenido hasta nuestro tiempo; de hecho se encuentran representantes «trasnochados» de casi todos los grupos antaño florecientes. Parece, en realidad, como si éstos fuesen los embajadores de aquéllos, nombrados y acreditados entre nosotros para atestiguar toda su pasada gloria y esplendor.

IMPOTENCIA DE LA PALEONTOLOGÍA

¿Por qué, pregunto yo, un gran número de sabios «se ponen de punta» ante la sola idea de la posible supervivencia de un dinosaurio, de un reptil volador o de un hombre-mono? Porque —dicen ellos— tales grupos quedaron totalmente extinguidos hace ya muchos milenios. Pero para afirmar tal cosa, se basan sólo en el hecho de no haberles hallado más que en estado fósil en estratos geológicos más o menos antiguos.

Y ello es dar una importancia desmedida a ese fenómeno excepcional que es la fosilización. Mas comprendemos que ciertos paleontólogos —hu-

(1) Todavía es posible encontrar hoy algunas especies de peces provistos de pulmones, del grupo de los dipnóos, suyos representantes pululaban en la Era Primaria, concretamente en el Devónico, o sea hace unos 300 millones de años. El más célebre de entre ellos, el «barramunda» o Cerátodus de Foster *(Neoceratodus forsteri)*, es un largo pez de cuerpo cilíndrico que puede llegar hasta alcanzar los 1,50 metros de largo y que no fué descubierto hasta el año 1869 en las aguas de un río de Queensland, en Australia.

manos, demasiado humanos—, cuya ciencia entera está basada únicamente en la circunstancia de tal fenómeno fortuito, hayan acabado por hacer de ello una especie de *deus ex machina*, siempre preocupados de defender sus propios conocimientos.

En realidad, es preciso meterse bien en la cabeza que las condiciones propicias para asegurar la fosilización de un cadáver —conservación al abrigo de los embates de toda clase de agentes destructores tales como el aire y el agua— no se producen, de cierto, sino una sola vez entre un millar de millones. En la mayoría de los casos, no se da tal reunión de factores sino bajo la acción de un accidente excepcional: caída en un lago salado o en un pantano helado que no haya de conocer posteriores deshielos, hundimiento en una turbera, en una charca de asfalto o de resina, recubrimiento brutal por una avalancha, una riada de lava, una tempestad de arena, etc.

Por consiguiente hay, según el juego de las posibilidades, infinitas probabilidades de que los fósiles característicos de un terreno geológico pertenezcan, en buena lógica, a los grupos más comunes, a los más extendidos en la época correspondiente y, aun entre dichos grupos, a las especies menos capaces de guardarse de los peligros, que es tanto como decir, a las menos inteligentes o, tal vez, a las menos rápidas. Esto explicaría bien la pobreza de piezas documentales que poseemos sobre el pasado de los monos y de los hombres.

La ausencia de fósiles de un cierto tipo en una familia geológica puede así significar que el tipo en cuestión no era muy abundante en dicha época, que supo evitar con prudencia o con agilidad los accidentes favorables a su propia fosilización o bien, más simplemente, que tuvo la suerte de escapar de tal clase de accidentes.

Y es quizá la primera posibilidad apuntada la que debe llamar más fuertemente nuestra atención. Cae por su propio peso que si no estamos, en verdad, demasiado bien informados de la fauna *actual* de nuestro globo (lo cual se demuestra hasta la saciedad por el descubrimiento, año tras año, de nuevas especies desconocidas que habitan en las más recónditas zonas de este Planeta), mucho menos podremos estarlo —por el solo milagro del estudio de algunos fósiles— de los animales más difundidos en aquellos pasados tiempos. Nuestro saber, a tal respecto, debe hallarse peligrosamente cerca del concepto *nada*.

Para dar una más clara idea de lo que yo llamo aquí especie abundante y especie poco extendida, diré que se puede considerar como abundantes —entre las criaturas terrestres— al hombre y a sus animales domésticos, a muchos roedores y murciélagos, pájaros e insectos, así como pequeños moluscos. Todos los otros animales —la mayor parte de los mamíferos, en suma— pueden ser tenidos por raros o escasos y en vías de desaparición.

Remacharé más aún diciendo —con el profesor Caullery— que «incluso no todos los organismos fosilizados llegan hasta nosotros. Muchos de

entre ellos desaparecen ulteriormente por accidentes múltiples: plegamientos de las fajas, metamorfismo, disolución, erosión, etc.»

«En fin —continúa el eminente biólogo— si consideramos los fósiles que han perdurado hasta nuestra época, no hay que olvidar nunca que nosotros sólo podemos alcanzar una pequeña parte de entre ellos. Un gran número de formaciones sedimentarias están aún sumergidas bajo los mares, siéndonos así totalmente inaccesibles. Y de los sedimentos emergidos sobre nuestros continentes, tampoco podemos llegar sino a una pequeña parte: a la superficie o a las zonas que, por una y otra causa, son accesibles; es decir, que hemos tomado en realidad contacto con una parte infinitesimal.»

El profesor Léon Bertin —del Museum— a quien su gran cultura confiere una amplísima visión del mundo animal, tanto en el pasado como en el presente, es formal y decisivo sobre tal punto:

«Un hecho negativo, en paleontología, no significa absolutamente nada.» ¿Cuántos grupos, por tanto, no habrán existido en el pasado sin que nos haya llegado hasta nosotros el menor vestigio? Si es cierto que algunos fósiles se nos han presentado «según preveía el cálculo» —como se ha llegado a decir en una frase más bien presuntuosa— no es menos cierto que otros nos «han dado chasco» en la forma más clara y terminante.

Y por si fuera preciso aportar una prueba de ello, ahí está la *Latimeria chalumnae* capturada el 22 de diciembre de 1938, frente a la costa del África del Sur por un pescador llamado Goosen, y que dió tal «broma» de una forma inequívoca. El grupo de los crosopterigios —del cual ese gran pez con aletas lobuladas procede al igual que el conjunto de los vertebrados terrestres— se había extinguido en los finales de la era Primaria, hace unos 200 millones de años. A decir verdad, se encontraron restos de algunos miembros de la familia de los celacantos en las zonas del Jurásico, luego tan sólo uno, *Macropoma*, en terrenos de la era Secundaria. Mas después, desde hace 70 millones de años, absolutamente nada (1). ¿Cómo quedan, pues, los bellos cálculos y afirmaciones de la paleontología? A mi entender ésta es una simple prueba, pero concluyente, de la impotencia de dicha ciencia.

AYER: LAS FAUNAS SE SUCEDEN

La repugnancia que muchos zoólogos manifiestan ante el hecho de tener que considerar la supervivencia de determinados fósiles revela —se diría— más bien una actitud tradicional que un legítimo escepti-

(1) La «tartuera», a buen seguro, tampoco habrá surgido de la nada. Y sin embargo, jamás se encontró ni la menor traza de un reptil rincocéfalo en los yacimientos que tuvieran menos de 135 millones de años...

cismo. La cosa es tanto más inusitada cuanto que se funda sobre concepciones anticuadas y pacatas, ya totalmente rechazadas y en desuso.

Antiguamente, cuando ya todo el mundo se hubo convencido de que los fósiles no eran «simples caprichos» de la naturaleza, sino los auténticos restos de animales desaparecidos, se pasó al empeño nada despreciable de cuadrar tales vestigios con los datos sacrosantos del Génesis. Por consiguiente, esto nos llevó de la mano a atribuir la extinción de las antiguas faunas a cataclismos universales entre los cuales el Diluvio bíblico hubo de ser el último.

Y se diga lo que se diga, fué simplemente porque no podía admitir un transformismo en desacuerdo con la letra de las Escrituras, por lo que Cuvier, espíritu dogmático, imaginó su famosa teoría de las Revoluciones del Globo. Los periódicos cataclismos invocados por él debían estar seguidos, forzosamente, por una nueva creación, para poder así, al menos, explicarnos las apariciones de nuevas formas de vida. Esta es la conclusión heredada de él por su discípulo Alcide d'Orbigny, quien hizo subir hasta 27 el número de creaciones sucesivas, capaces así de explicar la totalidad de los fósiles conocidos hasta aquella fecha.

Todavía no se han apagado los comentarios sobre la ingénua buena fe del naturalista bretón que, sin embargo, supo ser siempre perfectamente lógico consigo mismo y con sus propias teorías.

Cuvier, por su parte, acababa diciendo con hipocresía:

«Yo no pretendo decir que hiciese falta una nueva creación para producir las especies existentes: yo digo solamente que ellas no existían en los lugares donde las vemos en los momentos actuales, y que, sin embargo, han debido llegar hasta nosotros desde aquel remoto entonces.»

Para mí será siempre un misterio que un solo hombre sensato se haya dejado cautivar por esta artificiosa teoría. Puesto que, se quiera o no, lleva implícita la afirmación de que la fauna, en sus orígenes, era rica y diversa hasta tal punto que debía comprender TODAS las especies que hayan existido por siempre jamás. Tras cada cataclismo casi universal, la Tierra se habría ido repoblando gracias a las especies que lograron escapar de la catástrofe, lo cual es tanto como decir que la fauna del globo ha ido así, progresivamente, empobreciéndose poco a poco.

Y esta hipótesis está, de una parte, en completo desacuerdo con los datos paleontológicos que el «padre» de esta ciencia estaba tan pagado de poseer. Cuanto más profundamente nos vamos introduciendo en las diversas capas geológicas, tanto menos diversas son las formas que vamos encontrando: más allá del Jurásico no hay ya aves; pasado el Triásico, se acaban los mamíferos; tras el Carbonífero, ningún reptil; tras el Devónico, ni rastro de Anfibios; antes del Ordoviciense, no hallaremos ni un solo pez y en el Precámbrico sólo podremos encontrar trazas de los seres más primitivos unicelulares y espongiarios. Luego, como creo queda así suficientemente demostrado, la Fauna va en-

riqueciéndose en su deambular por los tiempos en lugar de ir empobreciéndose sucesivamente como él afirmaba.

Tenemos, por otra parte, que la explicación de Cuvier contradice formalmente... sus propias teorías. ¿Acaso no pretendía él, en efecto, que «el hombre no podía haber sido contemporáneo de los animales llamados antediluvianos?

Entonces, si nuestra especie no se encontraba sobre la tierra desde los orígenes de los tiempos, y si tampoco procede de otras formas animales, ¿de dónde diablos ha salido entonces?

—«De otro lado» —responde Cuvier, sin tener tan siquiera el valor de las opiniones religiosas y filosóficas. Y todo el mundo le dice: Amén.

La influencia nefasta de este doctrinario cerrado e intransigente se hizo sentir largo tiempo en nuestro mundo y dió incluso lugar a los mayores abusos. En 1854 una comunicación dirigida a la «Torquay Natural History Society», dando cuenta de ciertos descubrimientos paleontológicos confirmados por tres observadores concienzudos y debidamente preparados, fué juzgada como impublicable «a causa de su falta de apariencia de verdad». Se trataba, simplemente, de unos útiles de piedra tallada descubiertos conjuntamente con restos de animales ya desaparecidos.

En 1860 la Academia de Ciencias de París rechazó, por idéntica razón. la inserción de una magnífica nota de Edouard Lartet «Sobre la ancianidad geológica de la especie humana en la Europa occidental». Ello fué origen de que su autor la hiciese publicar seguidamente en Suiza y en Inglaterra donde, digámoslo, fué acogida con interés y con entusiasmo.

Poco después de la muerte del gran Boucher de Perthes, su familia, horrorizada por sus heréticas opiniones —él creía también en la coexistencia del hombre con los extinguidos animales— hizo retirar sus obras de las librerías y las hizo destruir.

Pero todos estos incidentes, aun a pesar de su aire pseudocómico, no deben hacernos ni tan siquiera sonreír. Hoy mismo —y por las mismísimas razones que han llegado ya a ser más o menos inconscientes— gran número de revistas científicas se negarían a publicar una comunicación, por más seria que fuese, que tratase sobre la posible supervivencia de determinados animales a los que se les achaca la fama de extinguidos.

Y es que uno no puede librarse fácilmente de las teorías preconcebidas que, durante tiempo y tiempo, nos han ido inculcando, quieras que no.

Cuando la teoría de la evolución pareció triunfar en aquellos años, fué interpretada en primer lugar de una forma ingenua para que así no chocase demasiado bruscamente con las ideas anteriormente existentes. A la idea de una sucesión «discontinua» de las faunas, sucedió naturalmente la de un encadenamiento «continuo», lo que llevaba apa-

rejado el siguiente corolario: toda forma antigua debe ser considerada como ascendiente directo de las formas actuales con las que se halle emparentada. ¡Y tal principio nos obliga así a considerar a los lagartos como los descendientes inequívocos de los dinosauros de la era Secundaria! Y caerá, por tanto, por su peso, que un animal representativo de una cierta época no podrá ya ser nunca vuelto a hallar —siglos o períodos adelante— puesto que, según tal teoría, este espécimen se habrá ido modificando y evolucionando sin cesar.

De donde resulta que ésta sería quizá la razón que les hace excluir «a priori», la sola idea de la supervivencia de formas arcaicas.

HOY: LAS FAUNAS SE SUPERPONEN Y SE EXTERMINAN

Luego, poco a poco, se han ido familiarizando con la noción de «fósiles vivientes» y se han ido también dando cuenta de que la evolución no se produce por etapas sucesivas, sino por superposiciones y ramificaciones.

Un tipo de adaptación verdaderamente original no es jamás el resultado de una alta especialización. No surge nunca del extremo de una de las ramas del matojo o árbol que puede representar la floración del grupo precedente desde el punto de vista cronológico. En realidad, es siempre engendrado a partir de un grupo sintético, indiferenciado, maleable, «apto para todo uso», que se encuentra, como si dijéramos en la base o raíz de ese matorral.

Tras haber seguido una evolución sin historia —en la discreta penumbra que le asegura su tamaño generalmente menudo, su aspecto vulgar y sus hábitos aun no especializados—, el tipo «que busca su propio camino» acaba por hallar un día las condiciones ideales para su esplendor y, en tal momento, da nacimiento a toda una floración casi explosiva de las formas más variadas. Y en la base de este matorral, y mientras que se diferencian los tipos cada vez más extravagantes, podrá irse destacando un nuevo tipo, modesto y discreto, pero que asegurará el florecimiento— en un día más o menos lejano, de un nuevo grupo original. Y así la serie continuará indefinidamente.

En resumen, que la evolución de una nueva forma se hace siempre paralelamente a la de las formas primitivas, mas con un cierto retraso. En el árbol genealógico completo de los animales, los diferentes grupos no se encadenan entre sí sino por la base. Los imperios inhumanos no se suceden relevándose, sino que se invaden, se echan los unos sobre los otros, se destruyen y luchan por la ocupación de una misma región o zona. Los «fósiles vivientes» son los seres que lograron escapar de estas matanzas, sea porque tuvieron la suerte de no encontrar enemigos de sus dimensiones, sea porque nadie les discutió su territorio o porque, quizá, tal conquista no esté aún sino levemente iniciada.

Por ello, precisamente, es por lo que tenemos esperanzas de hallarlos en los lugares más inaccesibles de nuestro Globo: islas, elevadas montañas, cavernas subterráneas, selvas vírgenes, pantanos, desiertos y, en lo que respecta a las zonas marítimas, en las grandes profundidades de las zonas abisales o en los mares poco frecuentados.

En el curso de los dos capítulos precedentes hemos establecido «*a priori*», que la tierra puede albergar aún un buen número de animales desconocidos de gran tamaño y demostrado «a posteriori» que nuestros catálogos de faunística no cesan, efectivamente, de enriquecerse año tras año.

Y, al presente, sabemos ya que entre las adquisiciones futuras de la Zoología podrán encontrarse, perfectamente, animales «conocidos», pero reputados como fósiles. ¡Henos, pues, ya preparados!

No nos queda, pues, sino partir ya «tras la pista de los animales desconocidos», tratando de sacar, en nuestro provecho, una buena lección de las experiencias del pasado.

VIGENCIA DEL PROCESO DE DESCUBRIMIENTO DE ANIMALES IGNORADOS

Es bien significativo que la historia del descubrimiento de un animal desconocido se haya desarrollado siempre en escenarios casi idénticos.

En primer lugar, el animal en cuestión es absolutamente desconocido por los blancos. Luego, los exploradores, cazadores o comerciantes, empiezan a oír hablar a los indígenas, les interrogan y tienen así la primera idea de la existencia de tal animal. Sería inútil buscar el caso de un ser de gran tamaño que haya pasado absolutamente inadvertido para los indígenas de la región correspondiente. Las descripciones locales de dicho ser son, a menudo, tan sólo aproximadas, exageradas y más o menos deformadas. Se les suele achacar, muy frecuentemente, cualidades o poderes sobrenaturales y terroríficos. Pero al fin, la concordancia entre los datos suministrados por individuos de tribus quizá bien alejadas entre sí, acaban por indicar al naturalista que, entre todo aquel fárrago de detalles, algo debe haber de cierto cuando sin ponerse de acuerdo están conformes en las líneas bases del asunto. Y un día, después, nos llegan también los testimonios de hombres blancos, sean éstos cazadores, simples turistas o mercaderes habituales. Esto, sin embargo, no llega ni con mucho a vencer todavía la falta de fe de los incrédulos. Tal fenómeno no suele ocurrir —como no ocurre de hecho— hasta que no se logra capturar el primer ejemplar —vivo o muerto— del animal cuya existencia se discute.

Los actos de esta obra son siempre los mismos. En su escenario, una sola variante: en algunos casos, el animal descrito por los aborígenes es conocido ya por el mundo occidental, si bien lo sea en concepto de

«fósil»; o, quizá, su cuerpo «momificado» figure ya en las colecciones paleontológicas.

Así, pues, si queremos hacernos una idea general de los animales desconocidos que podrían ser aun descubiertos en el futuro, deberemos adoptar el comportamiento que nos dicta la vigencia del proceso ya descrito:

Ante todo, tener el oído siempre atento a los relatos de los indígenas, tratando de buscar, en todo caso, la repetición de éstos entre individuos de tribus diferentes. Luego, tratar de descubrir si los datos facilitados no se aplican a una u otra especie de las que forman parte de la fauna local fósil o subfósil, es decir, de extinción más reciente.

A decir verdad, cuando las descripciones indígenas parecen poderse aplicar a animales «muy recientemente» desaparecidos, es, entonces, cuando hay que manifestar la mayor de las prudencias. Y ello es así por cuanto puede darse el caso de que tales informaciones no sean absolutamente actuales en la fecha, sino que les hayan llegado transmitidas por otras generaciones anteriores, con lo cual dedicarse a tales búsquedas sería una simple pérdida de tiempo.

Hagamos notar, ello no obstante, que Van Gennep —que estudió con minuciosidad el proceso de la formación de las leyendas— considera que «el recuerdo de un hecho histórico no se mantiene, entre las colectividades que NO UTILIZAN LA ESCRITURA, más que durante un período equivalente a unas cinco o seis generaciones, o sea unos ciento cincuenta años como término medio o unos doscientos como máximo...» Así, pues, parecerán suficientes dos siglos para acabar con los relatos ya inactuales de existencia de animales extraños, puesto que los indígenas que nos suelen relatar tales hechos no utilizan sino las tradiciones orales. Y esta indicación, a mi juicio, puede sernos preciosa.

Alguien se extrañará, tal vez, de la confianza que suele concederse a los testimonios prestados por esos a quienes solemos llamar «primitivos». Mas pregunto yo: ¿Acaso porque su concepción del mundo es tan diferente de la nuestra podemos tenerles así, a primera vista, por simples mentirosos?

«En el curso de una larga experiencia adquirida entre las tribus primitivas —escribe el gran viajero y naturalista americano A. Hyatt Verrill— he comprobado siempre que incluso las más fantásticas y más increíbles tradiciones tienen como punto de partida un hecho real, ya que el hombre primitivo es absolutamente incapaz de inventar tales historias y de amañar a su gusto todas las piezas de tales monstruos.»

Es curioso observar, por otra parte, el rigor que los comentaristas occidentales dedican a los relatos e historias de tales pueblos primitivos, rigor que, en verdad, jamás se atreven a aplicar a los relatos de sus propios congéneres. Admiten sin esfuerzo alguno, por ejemplo, que uno de ellos pretenda haber cruzado una niebla «que se podía cortar con

un cuchillo» y ver luego un animal de «interminable» cola y que escapó «como un relámpago». Mas si un aborigen australiano les habla de un «gusano demoníaco» que «escupe fuego» y al que «no se le puede mirar sin morir», se alzan de hombros y renuncian a seguir oyendo hablar de tal tema.

¿Y por qué no pensar, simplemente, que todo esto significa que el australiano en cuestión ha visto tal vez un animal vermiforme (o serpentiforme, que para el caso es lo mismo) cuya lengua bífida de reptil puede parecerse a una llama y al cual es mejor evitar siempre que se pueda, puesto que su mordedura es a menudo fatal?

NUESTRO ITINERARIO

Como quiera que este nuestro camino ha de estar jalonado de diferentes animales —ya que es precisamente su búsqueda el móvil y el objetivo del viaje— habremos de seguir por tanto un itinerario eminentemente zoológico: o dicho de otra forma, recorreremos, una a una, las grandes zonas zoogeográficas naturales. Comenzaremos nuestro periplo por la REGIÓN ORIENTAL O INDIANA, es decir, por la Indo-Malasia: proseguiremos luego la ruta hacia el Este atravesando la REGIÓN AUSTRALIANA, que comprende, además de Australia, Nueva Zelanda y las islas adyacentes. Más tarde, en el segundo tomo ya de esta obra, y tras haber explorado así todo el Pacífico, pasaremos a la REGIÓN NEOTROPICAL, esto es, América del Sur y del Centro: remontaremos más tarde hasta el norte del Nuevo Mundo, donde acamparemos el menor tiempo posible, habida cuenta del clima poco agradable que habremos de «disfrutar» en aquellas zonas frías de la REGIÓN HOLÁRTICA, descendiendo después, sin perder un solo minuto, a los más cálidos climas de la REGIÓN ETIÓPICA, que es, en sí, el África propiamente dicha. Y terminaremos el crucero con una escala en Madagascar, que constituye la REGIÓN MALGACHE.

Así, pues, y antes de partir, inmediatamente antes, sólo quiero desearles, de todo corazón, ¡un agradable viaje y una buena y fructuosa caza!

LAS BESTIAS DE ROSTRO HUMANO DE INDO-MALASIA

«Y existen formas mestizas y ambiguas entre la naturaleza del hombre y la de la bestia.»

(MONTAIGNE, «Apología de Reimond Sebond»)

CACHEMIR
Srinagar
Indus
Gartok
TIBET
0 400 Km.
Nanda Devi
Satledj
Delhi
Chigatsé
Lhassa
Salouen
Annapurna
Gurkha
Karta
Pic Everest
Khatmandu
BHUTAN
Darjeeling
Brahmaputre
Gandak
Kabul
CACHEMIR
Srinagar
PAKISTAN
TIBET
Yang-tse-Kiang
Satledj
Delhi
Lhassa
Salouen
CHINA
Pic Everest
BHUTAN
Khatmandu
Benares
Sikkim
Brahmaputre
Jumna
Si-Kiang
Gange
BENGALA
Fl. Rojo
INDIA
Narbada
Calcutta
Mandalay
BIRMANIA
Hanoi
Bombay
Godawari
Meseta
Haïdarabad
GOLFO
Rangun
INDOCHINA
Goa
Kistna
de Deccan
DE BENGALA
Bangkok
Madras
Islas
Andaman
Costa de Malabar
Mt. Nilgiri
Mt. Anaimalaï
Saïgon
Trincomalia
Tammankaduwa
Islas
Nicobar
Peninsula de Malacca
Colombo
CEYLAN
Rio Kumbukkan
Kedah
Kelantan
Perak
Selangor
Kuala Lumpur
Singapur
BORNEO
ATJEH
Medan
Kuala Lumpur
Boekit Batoe
Singapur
TAPANULI
ROKAN
SIAK
SUMATRA
Montes Barissan
Palembang
OCEANO
INDICO
Mt. Balang Hari
Indrapura
Kerintji
Jambi
Rimau
JAVA
Muara Bliti
Palembang
Lais
Benculen
Boek Kabat
LAMPONG
SUMATRA
0 200 Km.
INDO-MALASIA
0 500 1000 Km.

Capítulo IV

NITTAEWO, EL PUEBLO DESAPARECIDO DE CEILÁN

Sin duda podrá objetarse —como tal vez alguien lo haga— que no es demasiado ortodoxo esto de dedicar nuestras primeras investigaciones «tras la pista de los animales desconocidos» a una especie de caza *del hombre*. Pero para tal objeción hay una sola respuesta: ¿Son real y ciertamente hombres los nittaewo? Nada hay, por cierto, menos seguro ni menos demostrado.

Sobre la extensa región de Indo-Malasia, y durante el curso de todas estas nuestras investigaciones, nos encontraremos muy a menudo con una serie de criaturas misteriosas que nos plantearán siempre el mismo problema: ¿hombres o animales? Mas quizá la respuesta se halle a mitad de camino entre dichas dos eventualidades: mitad hombre, mitad bruto. Hombre que no ha llegado aún a despojarse de toda su animalidad o por contra, bruto privilegiado que, en su evolución, ha logrado izarse hasta un nivel bien cercano al humano, especie de bosquejo aun imperfecto, anteproyecto de Adán (y esto dado por sentado que el Hombre constituye desde todos los puntos de vista, el ideal envidiable). El problema interesa así tanto al antropólogo como al zoólogo. Y, después de todo, ¿no ha de tener forzosamente tal cuestión un extraordinario interés aun hasta para los más profanos, para los más legos, puesto que se refiere nada menos que a una de las cuestiones más vitalmente importantes para nosotros, como es la de nuestros propios orígenes?

A LA PARADÓJICA CAZA DE NUESTROS ANTECESORES

¿Guardará quizá el Oriente algunas especies de monos, desconocidos aún por nosotros, y cuyo desarrollo intelectual sea superior al de los antropoides contemporáneos, hasta tal punto que éste se halle ya cer-

cano al nuestro? O, por contra, ¿existirán aún hombres menos evolucionados desde el punto de vista psíquico que los más primitivos de nuestros hermanos, sean los australianos del «bush», vedas, bosquimanos, negritos o papúes, que hayan quedado, en suma, a la altura del famoso hombre de Neandertal? O mejor aún: ¿subsistirán todavía, y no lejos de los lugares en que se hallaron sus ocamentas, algunos supervivientes de esa raza enigmática de hombres-monos a la que debemos el pitecántropo de Java y el sinántropo de Pekín? Este es, pues, relatado sin la menor huella de romanticismo, el primer problema que ha de ocuparnos en esta etapa del viaje. Deberemos, por tanto, liberarnos de prejuicios y partir «a la caza de nuestros antecesores» sin dar más importancia a tal frase que la que se merece una seductora figura de estilo.

La pesca aún reciente de dos géneros de peces de la familia de los celacantos —en las costas del África del Sur y de Madagascar— familia ésta que se creía desaparecida desde hacía unos setenta millones de años, dió pie para que muchos espíritus aventureros comenzasen de nuevo a soñar. Es un hecho bien cierto que el grupo al cual pertenecen ambos peces está siempre representado en la galería de los antecesores del hombre. Efectivamente, la *Latimeria chalumnae* y la *Malania anjouanae* forman parte del orden de los crosopterigios o peces con aletas lobuladas, del cual descienden, sin duda alguna, los primeros vertebrados parcialmente terrestres, los anfibios, que serían a su vez el origen de todos los animales superiores: reptiles, pájaros y mamíferos. Y puesto que se encuentran así en nuestros propios días, ejemplares, desplazados en el tiempo, de nuestros más antiguos antecesores, ¿no habrá más razones aún, más posibilidades, de encontrar hoy especímenes de nuestros ascendientes más cercanos?

Este razonamiento sería absolutamente irreprochable si el tipo celacante figurase en nuestra ascendencia directa: en realidad, está situado en una rama bastante divergente de nuestro árbol genealógico. Y tal sería también el caso de los «hombres-monos» o de otros homúnculos que hayan podido, por tal o cual causa, llegar hasta nuestros días. Yo apostaría fuerte, y sin miedo alguno, a que si cualquiera de nuestros más afamados paleontólogos pudiera hacer, por arte de birlibirloque, un viaje por el pasado y encontrase frente a sus propias narices uno de sus directos antecesores de la Época Terciaria, no sería capaz de reconocerle, ni tan siquiera lograría captar tan interesante circunstancia.

Y es que, en efecto, y aun en contra de lo que algunos pretenden, los orígenes del hombre están bien lejos todavía de haber quedado definitivamente resueltos.

Así, pues, las menores indicaciones sobre la anatomía interna, la fisiología, la genética, las afinidades sanguíneas, las costumbres o la psicología de las criaturas con quienes pudiéramos estar más estrechamente emparentados, por vía colateral, que con los antropoides, tendrían para nosotros un valor inestimable. Que se trate luego de «infra-hombres» o

de «super-bestias» ello no haría disminuir el interés que supondrían para nosotros. ¡Qué edificante sería trabar conocimiento, aunque fuera de lejos, con aquellos que nosotros mismos fuimos en la noche de los tiempos, o con los descendientes de nuestros rivales directos, de aquellos que estuvieron bien cerca de suplantarnos y que, a buen seguro, tan difícilmente se dejaron vencer por nuestra raza!

LOS HOMBRES-BESTIAS DE PLINIO EL VIEJO

El primer lugar donde se hallaron vestigios —en la época histórica— de los «hombres-brutos» fué la India fabulosa, y más precisamente, la isla de Ceilán.

«En la isla de Taprobane —escribía ya en los comienzos de la Era cristiana Plinio el Viejo, utilizando el antiguo nombre de tal isla— hay indios que se emparejan con animales salvajes de cuya unión resultan luego seres mixtos, mitad hombre, mitad bruto, pero velludos como estos últimos.»

Pasaremos por alto todo comentario sobre la sabrosa explicación de tan bestiales amores para ceñirnos sólo al producto de ellos, a esos seres extraños de aspecto y figura compuesta por tan rara mezcolanza. Y, por supuesto, sin soñar con recurrir a la hipótesis de una hibridación. Plinio situaba también sobre las orillas del Ganges un pueblo entero de «bestias humanas», llamados «calinges», cuyos individuos todos nacían, según él, provistos de cola.

Pero ¿podemos fiarnos plenamente de las afirmaciones del naturalista romano, que acogía con igual cariño las observaciones más ciertas y serias que las fábulas más raras y extravagantes? Para decir verdad, los historiadores de las ciencias se muestran en general injustos con Plinio cuando se burlan cruelmente de su credulidad; y sin embargo él, recogiendo con una infinita paciencia todos los conocimientos habidos en el terreno de la historia natural, nos dejó una obra de compilación y de síntesis ante la cual es preciso inclinarse y descubrirse. Contrariamente a lo que se afirma, Plinio el naturalista, no carecía de espíritu crítico cuando se trataba de sopesar el valor de las observaciones realizadas en el ámbito del mundo mediterráneo.

Él estigmatizó con dureza, entre otras cosas, la imaginación desbordante de los griegos y deshizo más de un mito farragosamente inventado también por ellos. Pero hemos de comprender que no tenía medios, las más de las veces, para verificar por sí mismo *todo* cuanto le contaban, y sobre todo en aquellos casos en que se hacía referencia a regiones lejanas y difícilmente abordables. Es necesario por tanto no desorbitar el problema y comprender su trabajo en relación con la época en que se

desarrollaba. Es muy fácil hoy reírse y mofarse de los errores de nuestros antepasados cuando poseemos ya instrumentos y ciencias con los cuales ellos ni aun tan siquiera soñaban. Si mañana se inaugurase la era de los viajes interplanetarios y la época heroica de la exploración del sistema solar, forzosamente sería preciso, para hacer un balance de los descubrimientos de tales aguerridos viajeros, basarnos pura y exclusivamente en sus propias afirmaciones y asertos. ¿No habría entre ellos, a buen seguro, testigos exaltados o miopes que mezclasen, tal vez de buena fe, las mejores fábulas con los hechos vividos, sentidos y tocados? ¿No variaría notablemente el relato de dos testigos de un mismísimo hecho? Pues para Plinio y para sus contemporáneos, el país de más allá de los mares y de las montañas venía a ser un mundo tan extraño, tan lejano, misterioso e impresionante como puedan serlo hoy para nosotros los planetas Marte o Venus. Y tampoco hay que olvidar que más de una vez Plinio se salió con la suya: que algunas fábulas de las por él relatadas han resultado ser ciertas, aun contra la opinión de los que se rieron a su costa largos años, tachándole de incrédulo o de fantasioso. Y en todo caso, no podemos negar que sería un método bien sencillo, pero bien poco científico, el de rechazar un testimonio cualquiera *por el simple pretexto de que tiene poco aire de verídico y mucho de fantástico.*

Podríamos citar infinidad de aspectos del mundo animal o del vegetal que, a primera vista, son auténticamente increíbles y que atacan, incluso —y siempre de primer intento—, a nuestro más elemental sentido común. Estos son, justamente, los que mantienen toda una serie enorme de obras consagradas precisamente a las «curiosidades» y «maravillas» de la Naturaleza. El sentido común, reconozcámoslo, no siempre tiene razón ni siempre es infalible.

Y en lo que respecta a Plinio, la prudencia nos incita a buscar en sus propias fuentes, a compulsar los testimonios originales en los que él se inspiró: entre otros los de Ctesias y los de Megasthenes, que datan respectivamente de los siglos IV y III antes de Cristo.

DE LOS PIGMEOS DE CTESIAS A LOS NEGRITOS DEL MONTE

El griego Ctesias había ejercido el cargo de médico particular junto a la real persona de Artajerjes II, rey de Persia. Y al regreso de su estancia en Oriente, escribió un libro sobre la propia Persia; luego, otro sobre las Indias, aun a pesar de que realmente nunca llegó a estar en ellas. Mas para esta última tarea se había basado exclusivamente en los rumores y noticias que corrían por Persia con respecto a tan remotas tierras, y en los relatos de los viajeros que de allá regresaban. Su obra principal se perdió, mas, por suerte, muchos extractos de ella fueron

reproducidos en el *Myrobiblion* («Libro de las Maravillas») de Focio, Patriarca de Constantinopla, en el siglo IX.

Encontramos en ellos las primeras noticias conocidas de la existencia de pigmeos en Oriente, revelación ésta ante la cual la ciencia occidental hubo al fin de inclinarse, en el año 1887, como resultado de los trabajos del gran antropólogo francés Quatrefages de Bréau (1).

Y ya que estos pequeños «hombrecillos» están tan estrechamente mezclados en los asuntos que nos ocupan, veamos en qué términos los describía Ctesias:

«Hay en el corazón de la India unos hombres negros a quienes llaman «pigmeos». Hablan el mismo idioma que los indios pero son mucho más pequeños. Los mayores de entre ellos no miden más de dos codos: la mayor parte, codo y medio tan sólo. Su cabellera es larga y suele llegarles hasta las rodillas o más abajo aún. Usan una barba mucho mayor que la de los restantes mortales. Hasta tal punto que cuando ésta ha alcanzado ya toda su longitud, dejan entonces de usar vestidos, por innecesarios. Su larga cabellera y su no menos larga barba, hacen tal papel bien cumplidamente. Estos pigmeos son chatos y verdaderamente feos.»

Esta descripción, si bien está lejos de ser rigurosamente cierta en los detalles, no provoca en nosotros —hoy en día— ni la sorpresa ni la incredulidad; la realidad de los pigmeos orientales o negritos ha quedado sólidamente establecida desde hace algún tiempo. Digamos, sin embargo, que la talla de tales negritos es bastante superior a la que Ctesias concedía a sus pigmeos indios. ¿De un codo y medio a dos codos de estatura? Esto hace, traducido a nuestro sistema, de 75 centímetros a 1 metro. En realidad, entre los hombres más pequeños que se conocen en el Oriente, entre los tapiros de Nueva Guinea descubiertos en 1910, el tamaño oscila entre 1,32 metros y 1,52, siendo la media de 1,44 metros.

Toda una serie de indicios bien fundamentados nos inducen a pensar que los negritos ocupaban antiguamente todo el sudeste del continente asiático, posiblemente la Indochina y Birmania. En la última época glacial, en el instante en que un ligero descenso del nivel del mar hizo reunirse a las islas Filipinas y a las Andamán con la gran masa continental, algunos de entre ellos pudieron llegar hasta estos territorios, simplemente a pie, sin precisar ya, consecuentemente, de ninguna expedición náutica para ganar tal objetivo. Esto hubiera sido absolutamente imposible, claro está, ya que ni tan siquiera hoy, en nuestros actuales

(1) «En este ensayo —escribía aún en 1699 el médico inglés Tyson en su famosa *Anatomía del pigmeo*, consagrada al chimpancé— intentaré probar que los pigmeos de la antigüedad eran una especie de monos y que no pertenecían, ni por asomo, a la raza humana.»

Más lejos, precisaba: «La fuente de todas las dificultades está en que ellos llamaban «Hombres» a todas esas pequeñas criaturas, obsequiándolas luego con los correspondientes epítetos apropiados —los «Hombres salvajes», los «pequeños Hombrecitos», los «Hombres pigmeos», los «Hombres negros», los «Hombres con cara de perro»— mientras que, ello no obstante, los presentaban como «animales salvajes».

A pesar de tan categóricas afirmaciones, nosotros sabemos hoy que eran los antiguos quienes, en esta polémica, llevaban toda la razón

días, han logrado aprender a construir canoas, sino que siguen sirviéndose de las más rústicas y elementales balsas cuando precisan, por ejemplo, atravesar algún ancho río. La ulterior elevación del nivel de las aguas salvó tal vez a los pigmeos andamaneses y a sus hermanos los aëtas de Filipinas de la total exterminación, por el simple procedimiento de dejarlos recluídos, pero a salvo, en las referidas islas. En el continente, mientras tanto, había surgido una raza de hombres de tamaño mucho mayor y, ante ellos, los pequeños homúnculos que todavía quedaban en tales zonas huían sin cesar, acobardados por el exterminio despiadado que éstos hacían entre la pequeña raza y es así como hoy

Fig. 21. — *Tipo de negrito*
(Aëta de las islas Filipinas)

no existen ya sino pequeños y escasos grupos, aislados en una de las puntas extremas del continente, en la península de Malaca. Tales supervivientes continentales son los *semang*. Su número total no alcanza la cifra de 2.000 individuos.

Podemos, pues, resumir diciendo que ya no se encuentran negritos más que en la península malaya, en las islas Andamán y en las Filipinas (1).

Y a pesar de la larga duración de su aislamiento, estos tres pueblos forman todavía una raza bastante homogénea. Sir Hugh Clifford, que a finales del siglo pasado vivió un cierto tiempo entre los semang, los había descrito como «unos negros africanos mirados con unos gemelos puestos al revés». Y es precisamente a este aspecto un poco de miniatura a lo que deben su nombre de «negritos» que les fué puesto por los españoles cuando desembarcaron en las Filipinas, allá por el año 1521. Vieron éstos, durante su estancia en las islas, unos «pequeños negros» en las montañas de Luzón, por lo cual, a su regreso a España hablaban a sus

(1) Los pigmeos de Nueva Guinea se distinguen de todos ellos por abundantes diferencias y características raciales. Es preferible considerar a estos últimos como papúes enanos.

maravillados e incrédulos compatriotas de la existencia de tales «negritos del monte», cosa ésta cuya certeza fué discutida durante muchos siglos.

El color de la piel de los negritos está situado entre el chocolate oscuro y el negro hollín. Sus cabellos son cortos y lanosos, intensamente ondulados en pequeños y apretados rizos que dan así a la cabellera un aspecto que recuerda al astrakán. El resto del cuerpo está prácticamente desprovisto de vello.

El cráneo es ligeramente braquicéfalo; la cara, redonda; la frente, estrecha y abombada; el perfil, débilmente prognato. Sus labios son de una anchura moderada. Lo más característico es la acusada convexidad de la parte carnosa del labio superior. La nariz es ancha, mas no aplastada.

Las proporciones de los miembros son armoniosas. Una de las características del negrito de pura sangre —y que ha sido puesta de manifiesto por J. Montano— es su pie, grande y torcido, vuelto ligeramente hacia el interior. Entre los aëtas, esta particularidad se halla más acentuada aún por una divergencia excesiva del dedo gordo.

Los negritos, prácticamente, viven desnudos. Refugiados en las espesas selvas, viven, agrupados por familias, del producto de la caza, no practicando la agricultura más que a título excepcional. Se alimentan también de ñames y de otros frutos silvestres, de pescado, de monos desecados al sol y de animales de toda clase y especie. No suelen tener, generalmente, domicilio fijo, sino que acampan por cualquier lado, donde les viene a mano, buscando en sus continuas peregrinaciones una caza más abundante. Se abrigan en refugios provisionales construídos de cualquier forma, con hojas de palma cruzadas sobre unos palos puestos al desgaire.

Las costumbres de los negritos siguen siendo totalmente primitivas. Los andamaneses no han logrado aprender aún a hacer fuego; deben así conservar celosamente los que hay encendidos en sus tribus, obtenidos sin duda alguna de las materias ígneas desprendidas del volcán siempre en actividad de la isla vecina de Barren.

Los semang de Malaca han vivido perpetuamente atemorizados por las actividades de los mercaderes malayos de esclavos, y no han conocido nunca la seguridad que el aislamiento proporcionó a sus congéneres de las islas. Y por eso, sin duda, son también los más bravíos de todos ellos. Sus agudizados sentidos les avisan, en general, de la llegada del peligro y pueden así hurtar el cuerpo antes de que sea tarde; mas si la ocasión es ya desesperada y el camino está cerrado, no dudan en escapar por los árboles, trepando por ellos con agilidad realmente sorprendente. Pasan de una rama a otra con toda la familia, valiéndose de cuerdas de bejuco hábilmente tendidas. Por sus costumbres, los semang son, bien ciertamente, extraordinariamente parecidos a los monos. Añadamos a esto que los malayos les llaman *orang-utan*, o sea «hombres de la selva» —nombre éste que reservamos nosotros a los grandes antropoi-

des— y habremos así encontrado, sin la menor duda, el origen de una serie inagotable de equívocos y de confusiones (1).

Mas, volvamos a Ctesias. ¿Se refieren sus textos sin duda alguna a los negritos? No lo parece, en realidad. Por un lado, no existen enanos de esta raza en las Indias, y, por otro, sus cabellos cortos y ensortijados no parecen concordar con las largas cabelleras que Ctesias señalaba en «sus» pigmeos.

LOS HOMBRES CON CABEZA DE PERRO

El médico de Artajerjes II no se conformó con hablarnos de pueblos más o menos extraños de la India, ni con sus relatos sobre enanos; llegó mucho más allá. Citó también, en aquellas memorias, a unos hombres de aspecto mucho más bestial y que se acercan ya mucho más a lo que nosotros andamos buscando:

«En aquellas montañas —escribía— hay una serie de hombres con cabeza de perro y cuyos únicos vestidos son las pieles de los animales salvajes. No tienen el menor lenguaje, por rudimentario que éste pudiera ser; solamente ladran, pero así logran entenderse entre ellos. Sus dientes son más largos y agudos aún que los de los canes. Sus uñas son notoriamente semejantes a las de estos animales, en cuanto a forma, pero más largas y afiladas. Tales seres son negruzcos y enjutos, parecidos pues en esto al resto de los indios con quienes habitualmente comercian. Entienden, por tanto, la lengua india mas no pueden responder si no es con ladridos y con signos de sus dedos y manos, o sea, como los mudos. Los indios les llaman, en su idioma, *Calystriens* lo que significa cinocéfalos. Se alimentan de carne cruda. Y esta nación puede muy bien estar formada por unos 120.000 individuos.»

Y tras haber precisado que estos hombres con cabeza de perro viven en las grutas y duermen sobre lechos de hojas, que usan como armas arcos y jabalinas y que se visten con pieles curtidas y muy delgadas, añade Ctesias un detalle mucho más extraordinario:

«Todos ellos tienen, tanto hombres como mujeres, una cola idéntica a la de los perros, pero más larga y más velluda.»

Dejaremos de momento a un lado esta particularidad, a la que volveremos a referirnos más tarde. Contentémonos por ahora con observar que, muchos siglos más tarde, Marco Polo vendría a señalar, él también,

(1) Parece ser que el holandés Nikolas Tulp fué el primer occidental que utilizó el nombre de «orangután» para designar a un antropoide... ¡con ocasión de la captura de un chimpancé en Angola! Como resultado de tal malentendido, dicho autor se sirvió así de un nombre malayo para designar a un mono africano al que él bautizó con el nombre científico de *Satyrus indicus* (Sátiro de la India), cosa ésta que jamás llegó a ponerse debidamente en claro. Sólo bastantes años más tarde fué cuando su compatriota Jacob Bontius aplicó —mucho más juiciosamente— tal nombre a un gran antropoide rojizo, originario de la Sonda.

la existencia de un pueblo de hombres con cabeza de perro en la isla de Angaman (sin la menor duda, una de las islas Andamán), ¿Se refería tal vez a los negritos que ocupaban tal isla? Tememos, sin embargo, que el prognatismo atenuado de tales negritos no justifica la conceptuación de «cabeza de perro», ni la comparación con el hocico de los canes.

¿Estaría tal vez influído Marco Polo por las historias relatadas por Plinio y por Ctesias, a las que tanto crédito se concedía en aquellas lejanas épocas?

Si el testimonio de Ctesias (que no conocía la India propiamente dicha) y el de Plinio (que hizo una recopilación de las obras de Ctesias: sus «Calinges» son evidentemente los *Calystriens* en cuestión) nos resultan sospechosos, prestemos, pues, oídos al del jónico Megasthene quien, en persona, debería trasladarse hasta las mismas orillas del Ganges como embajador de Seleuco Nicator en la corte del rey Tchandragupta. Y así podremos ver, no sin asombro, como éste vuelve a citar a Ctesias y a referirse a él para tratar de tales cuestiones. Pero esto, en rigor de verdad, no es totalmente cierto. La obra de Megasthene no es conocida más que a través de fragmentos que fueron citados luego por otros autores. Y cuando Plinio, por ejemplo, nos cuenta lo que a su vez contaban Ctesias y Megasthene sobre las maravillas de la India, hay veces en que llega a ser difícil discriminar ya lo que corresponde ciertamente a uno o al otro.

LOS VEDAS, PROTOTIPOS VERDADEROS DE LOS PIGMEOS CTESIAS

Desde el año 400 pareció, a primera vista, haber quedado resuelto definitivamente el misterio de los «hombres-animales» de Ceilán, cuando Palladio señaló allí la existencia de una raza de enanos misteriosos, la de los *vedas*, uno de los pueblos más primitivos que existen.

Los *vedas*, que se hallan refugiados desde hace infinitos años en las montañas y bosques de la parte oriental de esta gran isla, no son específicamente pigmeos, puesto que este término se reserva, con más propiedad, a aquellos hombres que no exceden de un tamaño de 1,50 metros. Mas en todo caso estos *vedas* son también una raza pequeña, puesto que en general no suelen sobrepasar de los 1,53 metros.

Se distinguen además de los negritos por otras muchas razones. Su cráneo es típicamente dolicocéfalo, sus cabellos no son cortos ni ensortijados, sino largos y sumamente rizados. Su piel es a menudo menos oscura que la de los negritos, aun a pesar de estar fuertemente curtida. Pero, todo esto no obstante, no tienen nada de tipo negroide. Su perfil es decididamente ortognato; los labios, finos; las fosas nasales, bien separadas, en una nariz delgada aunque aplastada por su base. Lo que más llama la atención de ellos es la frente deprimida y los arcos superciliares

muy salientes, bajo los cuales los ojos aparecen así hundidos. Su barba es poco cerrada y no suelen tener casi vello por el resto del cuerpo.

Al igual que los negritos, son seres tímidos que huyen delante de los extraños. Suelen vivir, por familias aisladas, en cavernas o simples cho-

Fig. 22. — *Tipo de Veda de Ceilán*

zas de ramas. Antes de la llegada de los cingaleses (naturales de Ceilán) no habían logrado sobrepasar la edad de la piedra tallada, pero posteriormente se servían ya, como armas, de flechas con puntas de hierro. El culto del espíritu de los muertos hace el papel, entre ellos, de religión.

Todo hace, pues, pensar que este pueblo, del que no quedan hoy sino unos cientos de individuos de pura raza, se extendía antiguamente sobre

todo un vasto territorio. Y así, en efecto, encontramos en la India misma algunas tribus de tipo «védico», es decir, cuyos caracteres raciales han llegado hasta ellas gracias a un mayor o menor número de cruces y de mestizajes. Entre tales tipos tenemos las *jungle tribes* y las *hill tribes* de los británicos, o sea, las tribus de la jungla y las tribus de las montañas situadas al oeste de la meseta de Deccán; en particular, los *kadir* de los Montes Anaïmalaï, y los *paniyan*, los *irula* y los *kurumba* de los montes Nilgiri. Hagamos constar que, geológicamente hablando, las montañas de Ceilán no son sino una prolongación de la cadena montañosa occidental de la India. Quedaron aisladas por un brazo de mar tras el período glacial, y como continuación de la misma elevación del nivel de los mares que separó del continente a las islas Andamán y Filipinas.

Esta vez, pues, hemos hallado, sin lugar a dudas, los pigmeos indios de larga cabellera de que nos hablara Ctesias. Hay sólo alguna diferencia en cuanto se refiere a la longitud de la barba y a lo exiguo del tamaño. Pero esto bien podrá ser, como dice la *vox populi*, que siempre se exagera algo. Ello no obstante, reconozcamos de buena gana haber dado con esto un firme paso adelante y haber conseguido un primer triunfo cierto.

LOS MONOS CIVILIZADOS DE IBN BATOUTAH

En la península de Malaca viven también tribus védicas, los *sakaï* o *senoi*, es decir, los hombres de la jungla, que son seres eminentemente nómadas. Llevan por toda vestidura un simple taparrabos de corteza y un cinturón de flecos hechos de fibras vegetales. Como armas, utilizan las cerbatanas, y su útil de trabajo más perfeccionado es un sencillo bastón de punta aguzada.

Sin embargo, y en determinados aspectos, están algo más adelantados que los *vedas* de Ceilán; para vivir se reúnen en pequeños pueblos y construyen unos chozos rectangulares o cónicos; además, sienten miedo ante determinados demonios y hacen sacrificios a sus dioses, en particular a Peng o Tuan, el ser supremo, y a la «Gran madre de amplios pechos», la mujer gigante que lava con agua hirviente las almas ennegrecidas por los pecados.

También se han señalado otras poblaciones o colectividades, sensiblemente emparentadas con los *sakaï*, en la parte central de Sumatra así como en la Célebes (los toala más concretamente). Es bien posible, según Moszkowski, que determinadas tribus védicas ocupasen, antiguamente, la bahía de Geelvink, en la Nueva Guinea holandesa.

Todas estas tribus de tipo veda más o menos puro han sido agrupadas, por determinados autores —siguiendo las huellas de Louis Lapicque, bajo el nombre de «padradivianos», ya que ellas ocupaban todo el territorio de las Indias, en la época glaciar, antes de la invasión de las mismas por los negros de lengua dravídica, y a quienes por tal motivo

se dió en llamar «drávidas». Esta invasión debería ser seguida luego, 1.500 años antes de nuestra Era, por la conquista del país por los blancos de lengua aria o arios, y más tarde, mucho más cerca ya de nuestros días, por la invasión de las hordas amarillas del mongol Genghis Khan, ya en el siglo XIII de nuestra Era, y, sobre todo, de su descendiente Tamerlán, en el siglo XIV, de Baber y por último de su nieto Akbar, en el siglo XVI ya. Todas estas mareas sucesivas produjeron, a la larga, la

Fig. 23. — *«Uanderu» o mono con cola de león*

coexistencia, sobre el territorio de la India de las razas más diversas, lo que ha justificado, en resumen, la creación del famoso sistema de castas.

Barridos por las olas de todas estas sucesivas invasiones, replegados y recluídos en las montañas de su perdido imperio o aislados en el refugio de la gran isla, los *vedas* hubieron forzosamente de hacer así el papel de parientes pobres en aquel mundo donde sólo la fuerza y el número prevalecían. ¿Era quizá a ellos a quienes Plinio hacía alusión al señalar la existencia en Ceilán de unos hombres que tanto tenían, al mismo tiempo, de hombres como de animales?

¿Es posible también que fuesen tal vez los *vedas*, los monos civili-

zados de los que hablaba el célebre viajero Ibn Batoutah, tras su desembarco en la isla de Ceilán, allá por el siglo XIV?

Juzguen ustedes mismos. Al hablar de los monos de Ceilán, dicho apóstol musulmán dice que «tales animales son muy numerosos en las montañas; tienen un color negruzco y se hallan provistos de largas colas. Los ejemplares del género masculino tienen una barba idéntica a la de los hombres».

Pero habrá que advertir que tal descripción puede corresponder también a un representante característico de la fauna de Ceilán: el *uanderu* o mono con cola de león *(Vetulus silenus)*, macaco de tinte negruzco, cuya abundante crin grisácea le da un aspecto de viejo profeta.

Mas, ¿puede guardar relación el resto del relato de Ibn Batoutah con este mismo mono?

«El Jeque Othman, su hijo y otras personas más, me han contado que esos monos tienen un jefe al que obedecen como si fuese un auténtico soberano. Lleva éste sobre su cabeza una especie de corona de hojas de árbol y se apoya en su marcha, en un largo bastón. Cuatro monos, llevando también sendos bastones, marchan a su derecha y a su izquierda y cuando el jefe se sienta quedan ellos de pie, tras él. Su mujer y sus pequeñuelos vienen a sentarse enfrente suyo cada día. Los otros monos llegan después y toman asiento en grupo, a cierta distancia: luego, uno de los cuatro anteriormente mencionados le dirige la palabra y todos se retiran; tras esto, cada uno aporta una banana o un limón o cualquier otra fruta parecida. El rey de los monos, sus hijos y los cuatro principales pasan entonces a comerlas. Cierto *djoghi* me ha contado que él vió en una ocasión cómo esos cuatro jefecillos se hallaban —ante su soberano— ocupados en dar una gran paliza con sus bastones a un miembro de la tribu, tras lo cual comenzaron a arrancarle, con furiosos tirones todos los pelos de su cuerpo.»

Esta parte del relato de Ibn Batoutah no puede referirse ya, evidentemente, a los *uanderus*. Y, suponiendo que no sea todo una simple fantasía, habría de referirse forzosamente a seres humanos. ¿Quizá a los *vedas*? Sinceramente, no lo creemos así. ¿No será tal vez a algún otro tipo de criaturas mucho más cercanas a la animalidad, más de acuerdo así con la descripción de Plinio?

RETRATO DE LOS NITTAEWO

A finales del siglo XIX, la cuestión alcanzó su punto crítico. Un testimonio original venía a dar un nuevo aire de verosimilitud a las fábulas de la Antigüedad. Se probaba, de manera indiscutible, que los *vedas* no podían ser parangonados con los monstruos mitad hombres mitad animales citados por los antiguos autores o que, en todo caso, otras criaturas de Ceilán merecerían mucho mejor el derecho a tal nombre.

En 1887, efectivamente, el viajero británico Hugh Nevill recogió de un cazador cingalés la extraña historia del pueblo de los *nittaewo*, cuya

descripción respondía plenamente a los relatos de Plinio. Este cazador, a su vez, había obtenido tales informaciones de uno de sus más íntimos amigos, uno de los últimos *vedas* de la región de Leanama, en la parte sudeste de Ceilán. El viejo aborigen en cuestión había aprendido de uno de sus parientes, llamado Koraleya, todos aquellos detalles relativos a los *nittaewos* y a su final exterminio.

Los *nittaewos*, supo así Nevill, eran una raza de enanos que poblaban la región montañosa y casi inaccesible del sector de Leanama, en la parte meridional del país de los *vedas*, que se extiende desde Bagura, en la misma costa, hasta los confines de los montes Kattaragama, en el interior de las tierras. Según determinadas tradiciones, parece ser que hubo también *nittaewos* en Tammankaduwa.

Cuando se piensa que los *nittaewos* estaban considerados por los *vedas* como enanos extremadamente salvajes, y se considera que los mismos *vedas* eran realmente pequeños y de costumbres suficientemente primitivas, podemos hacernos ya una clara idea de lo que deberían ser esos singulares *nittaewos*...

Según los dichos, eran exactamente unos seres humanos en miniatura: su tamaño era incluso inferior al de los pigmeos. Solían medir de 90 centímetros a 1,20, siendo las hembras más pequeñas aún, como es lógico. Eran, pues, considerados como «pigmeos» por los pigmeos mismos.

Estos liliputienses estaban habitualmente de pie y no tenían cola. Sobre el aspecto de su piel había, ¡cómo no!, bastantes divergencias. Según la mayor parte de las versiones, sus piernas, al menos, eran muy velludas, si bien algunos llegan a atribuirles una pelambrera abundante e hirsuta de color rojizo que recubría la mayor parte del cuerpo. Otros, por contra, les describen desnudos y sin pelos, con piel de tinte oscuro; pero esta clase de versiones suele ser la más rara y escasa.

Todos, sin embargo, parecen estar de acuerdo sobre la poca longitud y la mucha fuerza de sus brazos; sus manos, pequeñas también, estaban armadas de largas uñas.

No hablaban una lengua articulada, soliendo expresarse mediante una especie de ronquidos guturales que nadie, salvo los *vedas*, podía entender.

Si creemos en la tradición, los *nittaewos* vivían reunidos en pequeñas tribus; dormían en las cavernas o en pequeñas plataformas de ramas construídas en las copas de los árboles y recubiertas por un techado de hojas.

Se alimentaban del producto de la caza: ardillas, cervatos, tortugas e incluso lagartos y cocodrilos. Con sus largas y potentes uñas rasgaban los cuerpos de sus presas y devoraban luego glotonamente sus intestinos, costumbre ésta que les hacía blanco del desprecio de los *vedas*. Y lo que les daba una peor reputación aún, era su falta de escrúpulos para robar la carne que éstos habían puesto a secar al sol.

En resumen: los *vedas* y los *nittaewos* vivían los unos junto a los

otros, mas en un perpetuo estado de hostilidad. Contra los arcos y las flechas de los primeros se hallaban sin defensa los segundos; se defendían, por tanto, mediante rasgos de astucia y emboscadas. Cuando, por ejemplo, encontraban a un *veda* dormido o indefenso, le mataban, sin mayores preocupaciones, a base de patadas en el vientre, propinadas con el talón.

Pero, lógicamente, los más fuertes y mejor armados habrían de acabar por vencer. Hacia el final del siglo XVIII parece ser que los últimos *nittaewos* fueron cercados por los *vedas* de Leanama y encerrados en una caverna. Luego, los referidos *vedas* taparon la entrada de ésta con una abundante tapia de hojarasca y, sin mayores escrúpulos tampoco, le prendieron fuego. Encerrados así en aquella cámara ardiente, los infortunados *nittaewos* acabaron sus días, bien por las llamas, bien asfixiados por el humo.

Pero, ¡ah!, la situación exacta de la caverna fatal continúa desconocida ya que, algunas generaciones más tarde, los mismos *vedas* que podrían informar se extinguieron también. Fué justamente el último de ellos quien relató tales cosas al informador de Hugh Nevill. Sabemos, como antes decíamos, que tales detalles los había él obtenido de su pariente Koralaya y que, al decir de éste, tal matanza ocurrió mientras él andaba en su más tierna juventud. Luego dado que el viejo Koralaya murió sobre 1870, podemos situar tales acontecimientos allá por el 1800.

No es preciso decir que no hay que conceder a todos estos relatos una fe inquebrantable, máxime cuando la historia nos llega de cuarta mano. Y, ¿no es de temer que uno de los cuatro eslabones de esta cadena hubiese inventado toda la historia desde el principio hasta el fin?

Se demostró que no, de forma perentoria, en los principios de este siglo cuando Frederick Lewis exploró la Uva oriental y la región de Panama Pattu, donde se encuentra justamente el sector de Leanama. Según las informaciones que dicho explorador recogió, la destrucción de *nittaewos* no databa más que de cinco generaciones atrás, lo que concordaba perfectamente con la versión de Nevill. En cuanto a los detalles relativos al aspecto físico y a las costumbres de los *nittaewos* estaban también totalmente acordes con lo referido por el viajero británico.

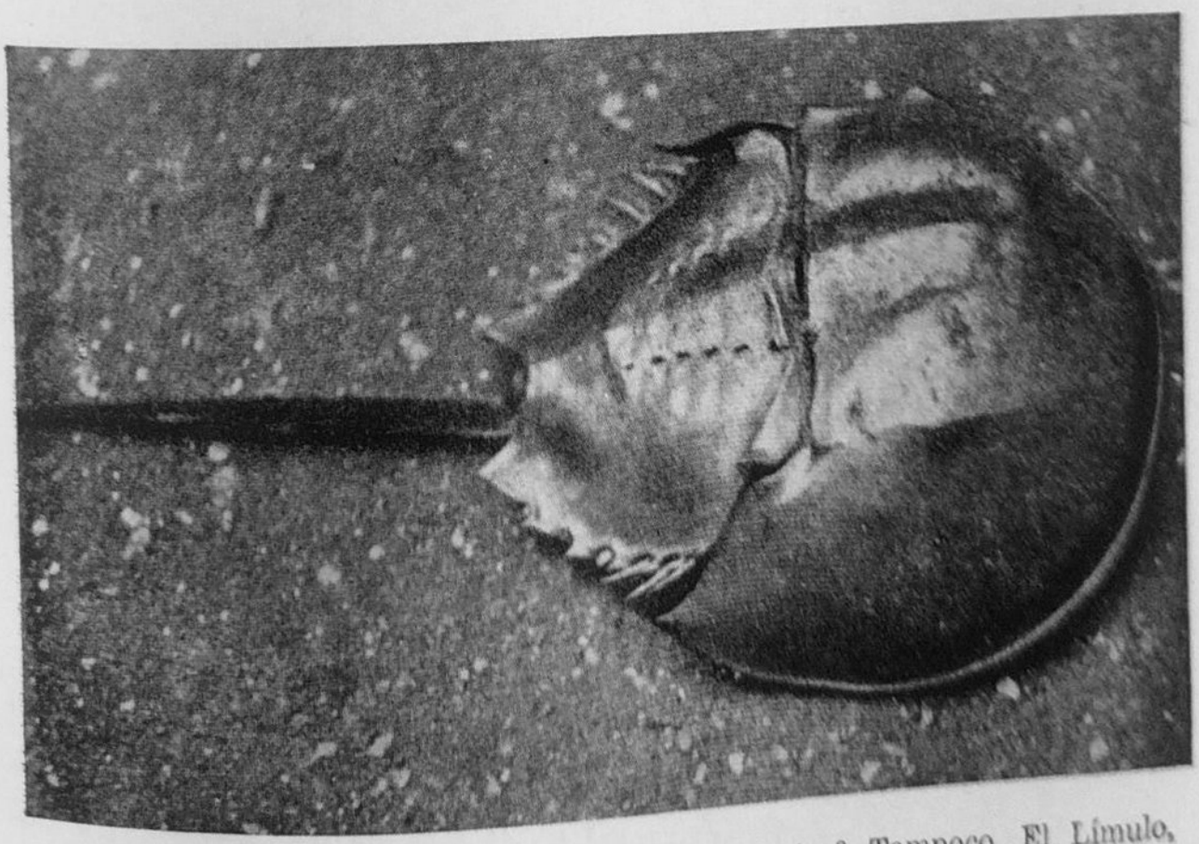
Por los tradicionales relatos de los *vedas* han llegado también hasta nuestros días noticias sobre los *nittaewos*. Y así fué como, bien recientemente, Wilfred Mendis oyó hablar de ellos a través de un guía cingalés de origen *veda*, llamado Disan Hamy.

Y fué, sin duda, en las descripciones de los *nittaewos*, hechas por los cingaleses y aun por los *vedas* mismos, donde se basaron las leyendas de la antigüedad que referían la existencia en Ceilán de unos seres mitad-hombres, mitad-animales.

Frederick Lewis consiguió probar que determinados parajes de la

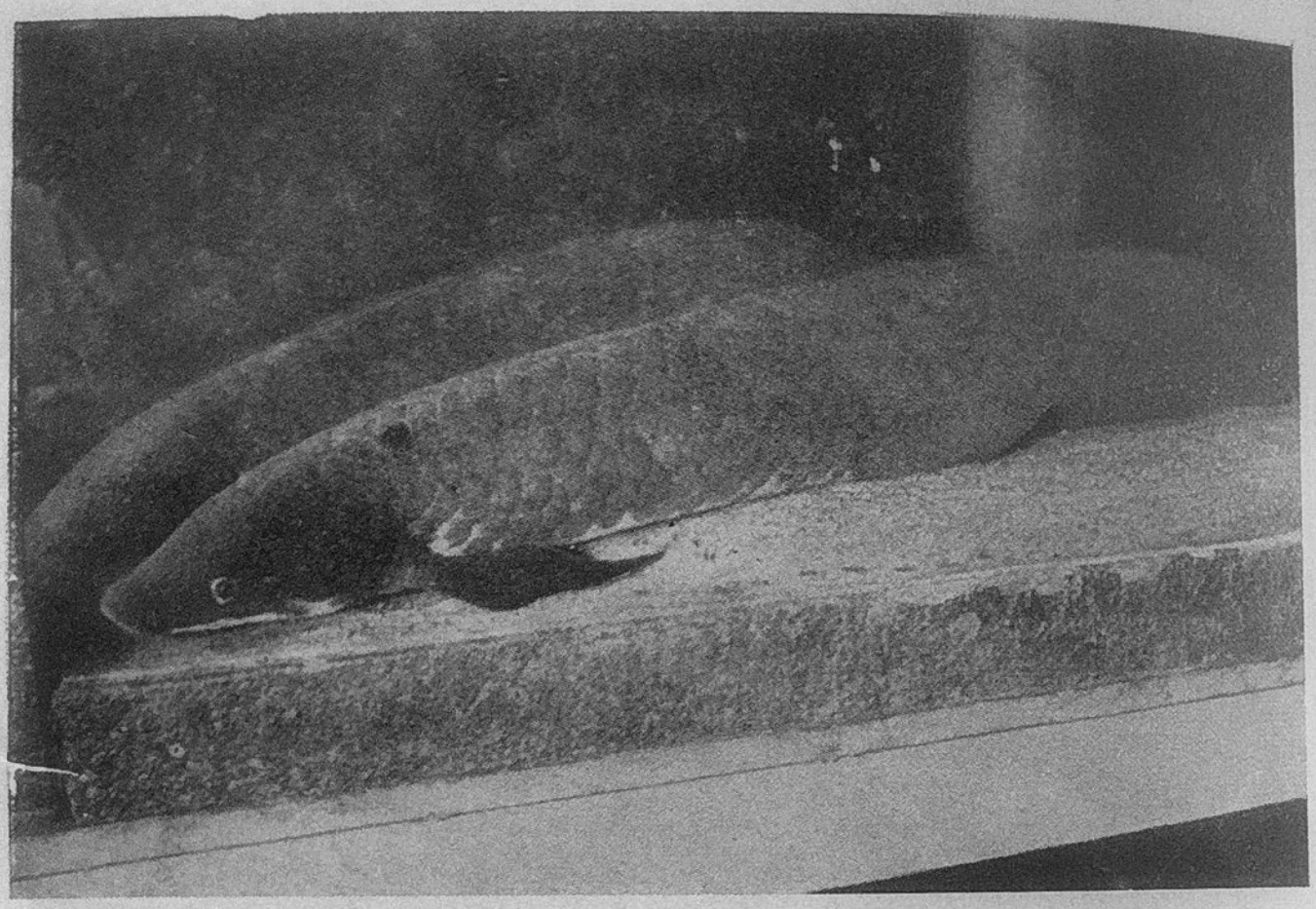
¿Es quizás un marciano o una visión terrorífica de un mundo futuro?... No. Una araña saltadora, procedente de un viejísimo grupo cuyos orígenes se remontan a unos 300 millones de años

(C. Sciences et Avenir)



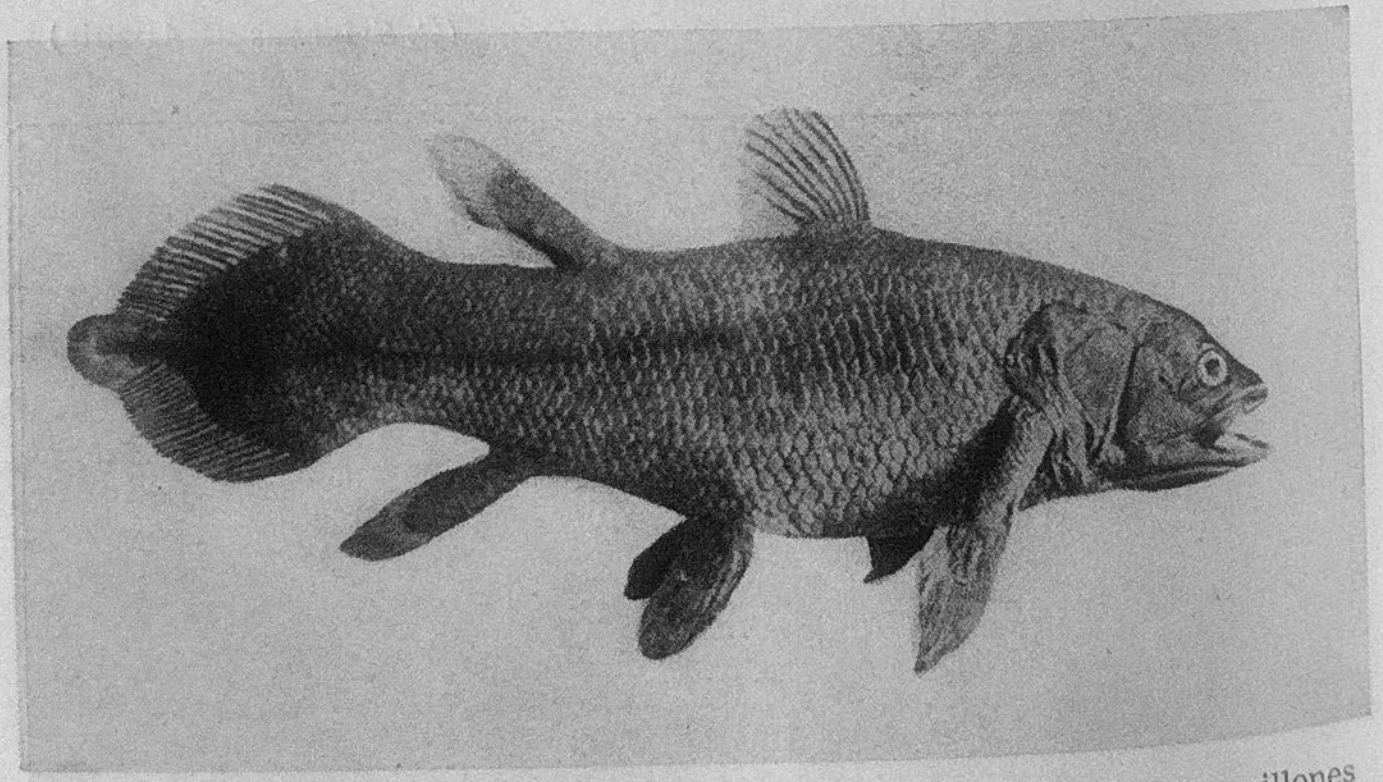
¿Un platillo volante? ¿Un super-tanque atómico? Tampoco. El Límulo, llegado hasta nuestros días, sin cambios ni alteraciones, desde las épocas de los dinosaurios gigantes

(C. Popper-Atlas Foto)



El Ceratodus de Forster o Barramunda, es un pez provisto de pulmones, originario del período Triásico y pescado en 1869 en un río australiano

(C. Sciences et Avenir)



La «Latimeria», Coelacanthe dado por desaparecido desde 70 millones de años atrás y que, ello no obstante, fué pescado en 1938 en las costas de Africa del Sur

(C. Sciences et Avenir)

costa sudeste, frente a la zona en que la tradición sitúa a los *nittaewos*, servían de puntos de escala a los navegantes occidentales, varios siglos antes de Jesucristo. Efectivamente, el río Kumbukkan, que atraviesa tal zona, era ya perfectamente conocido en aquellas remotas edades como una fuente de abastecimiento perpetuo de agua dulce.

LOS NITTAEWOS NO SON NEGRITOS

La existencia de los *nittaewos* pareció quedar demostrada sin la menor sombra de duda: faltaba, por tanto, descubrir su identidad. Y a tan delicada tarea se consagró, entre otros, con verdadero alarde de paciencia y de penetración, un eminente primatólogo, el doctor W. C. Osman Hill, de la Universidad de Edimburgo.

La primera cuestión planteada era: ¿Qué significa el nombre de «Nittaewo», escrito otras veces como «Niṭtavo»?

Hugh Nevill lo suponía derivado de «Nishâda», nombre dado por los invasores arios a las más primitivas tribus que hallaron en las Indias, es decir, a la casta de los «parias». Pretendía éste que «Niyâdi» es una forma local de «Nishâda» y que su versión cingalesa sería «Nishadiwa», de donde bien hubiera podido partir la modificación védica de «Nittaewa» o «Nittaewo».

«Este mismo hecho parece sugerir, escribe el doctor Osman Hill, a parte de cualquier otra prueba, que los propios vedas no son los *nittaewos* aun a despecho del hecho cierto de que sus parientes continentales se hallen incluídos en la categoría de *Nishâda*, cosa ésta que también les hubiera ocurrido a ellos si los invasores hubiesen logrado llegar hasta Ceilán.»

Mas, ¿no podrán quizá ser los *nittaewos* los ya conocidos negritos? Éstos, en efecto, son de una talla sólo ligeramente inferior a la de los *vedas* (5 centímetros tan sólo de diferencia, como término medio): mas en algunos aspectos, suelen haber quedado reducidos a un estado más primitivo aún que el de los *vedas*, sobre todo en lo que respecta a su ignorancia total en el arte de encender el fuego.

R. L. Spittel, en el año 1933, se ajustó, ello no obstante, a la tesis anteriormente señalada, poniendo de manifiesto, ante todo, que aún existen determinadas tribus primitivas del tipo negrito en la India meridional —entre otras las Kadars, de los montes Nilgiri— y que negritos de raza pura viven también en las islas de Andamán. Podría ser, pues —sigue diciendo éste— que las Indias y Ceilán hubiesen sido primitivamente ocupadas por los negritos y que, por consecuencia, los *nittaewos* no sean otra cosa sino los más recientes descendientes de ellos.

Será forzoso señalar que Spittel se equivocaba al asimilar a los Kadars (que son manifiestamente iguales a los Kadir) con los negritos: es indiscutible que son de raza védica. Pero no es menos cierto también

que se han hallado rastros de mestizaje con negritos en algunas tribus de las montañas de la India e incluso de Ceilán, entre los *vedas* y en particular en Tammankaduwa.

Y ello es señalado por el Dr. Osman Hill como una prueba decisiva de la ilegitimidad de una identificación de los *nittaewos* con los negritos. Efectivamente, visto el estado de tensión y de hostilidad permanente que existía entre los *vedas* y los *nittaewos*, no es fácil creer que se pudieran producir matrimonios entre ellos. Mas, a pesar de todo, tales mezclas se llevaban a cabo en todas aquellas zonas en que los *vedas* y los negritos coexistían, tanto en las islas del Pacífico, como en la península de Malaca, donde los semang (negritos), se cruzaban frecuentemente con los sakai (de raza *veda*).

En resumen, el Dr. Osman Hill consideraba muy juiciosamente que el aspecto físico de los negritos no corresponde en absoluto a los tradicionales retratos y descripciones de los *nittaewos*.

¿SERÍAN ACASO MONOS LOS NITTAEWOS?

Mas si llegamos a la conclusión de que los nittaewos no son los hombres más primitivos, nos vemos abocados a la pregunta siguiente: ¿Serán tal vez monos antropoides, quizá los más «civilizados» de entre los simios? Recordemos que cuando Jacob Bontius describió por vez primera al orangután de Borneo y de Sumatra, dió —con respecto a tales grandes monos rojos— un interesante detalle de aspecto folklórico. Según él «los javaneses afirmaban que tales orangutanes nacen de madres indias que los engendran de padre mono bajo el imperio de una detestable y viciosa sensualidad». Esto nos prueba, con toda evidencia, que los rumores transmitidos por Plinio podrían muy bien referirse a dichos grandes antropoides.

Pero, ¿será también a estos monos a quienes se alude en las precisas informaciones recogidas sobre los nittaewos por los más cercanos descendientes de sus propios contemporáneos?

Según Nevill, un informe, al menos, establece una comparación entre los nittaewos y los orangutanes de las islas de Malasia. Pero, al decir del Dr. Osman Hill, queda suficientemente claro que un término de comparación establece ya de por sí una «no identificación».

Convengamos, además, en que el orangután es demasiado grande y demasiado pesado, demasiado exclusivamente vegetariano, específicamente arborícola y de costumbres demasiado solitarias, para que pudiera concordar con la descripción del nittaewo (1).

Realmente el gibón responde mejor, en ciertos aspectos, a la descrip-

(1) Existe una leyenda entre los cingaleses relativa a unos seres primitivos llamados «vanara» o sea hombres de los bosques, equivalentes a los «orangutanes» de los malayos. Como sabemos que en Malaca aplican tal nombre a los negritos semang, el término «vanara» pudiera valer tanto para los vedas como para los nittaewos.

ción de éste. Tiene poca altura: el mayor de entre ellos, el siamang, de Sumatra *(Symphalangus syndactylus)*, mide 90 centímetros cuando está de pie, lo que viene a corresponder al tamaño achacado a los nittaewo. Suele estar, habitualmente, en posición erecta y marcha sobre el

Fig. 24. — *Gibón en marcha bípeda*

suelo apoyado sólo en sus dos patas traseras, ¡moda ésta que guarda en exclusiva entre el resto de los monos! Además, es de costumbres gregarias. Y para colmo, no es completamente vegetariano: a veces llega a comer insectos, pájaros y cuando ello se tercia, ingiere con gran contento los huevos de las aves.

No hemos llegado aún, cierto es, a encontrar entre ellos las costum-

bres carnívoras ni la ferocidad de los nittaewos, pero habida cuenta de la posible charlatanería de los vedas —quienes tenían una cierta propensión natural a adornar a sus enemigos con las más fieras y terribles virtudes—, casi podríamos decir que un gibón gigante podría desempeñar cumplidamente —según el Dr. Osman Hill— el papel de un nittaewo corriente. Pero dentro de los gibones, sería preciso entonces que hubiese una especie no descrita aún, ya que los que conocemos son todos negros, negruzcos o grises oscuros: no tenemos noticias hasta ahora de ninguno que se halle cubierto de pelos rojos e hirsutos que es precisamente lo que necesitaríamos para concordar su descripción con la de los nittaewos.

Señalemos, no obstante, que tal identificación estaría en franca contraposición con la distribución geográfica de los gibones. Se encuentran tales monos al este del Ganges y al sur de Brahmaputra, es decir, en Assam, en Birmania, en toda Indochina y en Malaca: luego, en la isla de Hainan, en las islas de Sumatra, Java y Borneo. La presencia de gibones en Ceilán sería sorprendente, pero todo hay que decirlo, esto no deberá ser, por sí solo, un argumento decisivo.

La hipótesis levemente apuntada de que un nittaewo no sería un antropoide sino un mono vulgar, pero sin cola, no puede ser, realmente, tenida en cuenta. Es cierto que existe en las regiones malayas un mono que responde casi a tal definición: es el langur de cola de cerdo *(Simias concolor)*, descrito en 1903 por Miller y luego por Chasen y Klos en 1917. Pero esta especie no ha sido señalada más que en algunas de las islas Mentaveï, frente a la costa oeste de Sumatra, justamente donde se descubrió un siamang enano *(Simphalangus (Brachytainites) klossi)*, que pudiera servir mejor a tal propósito, si bien fuera de la reducción de su apéndice caudal no tiene absolutamente nada que pueda darle alguna semejanza con los difíciles nittaewos.

¿SERÁN OSOS, TAL VEZ, LOS NITTAEWOS?

Se ha tratado también de hallar relación o similitud entre los nittaewos y los osos. El oso, sabido es, se mantiene a veces sobre sus dos patas posteriores, erguido como el hombre. Sus almohadilladas patas pueden dejar, en determinadas circunstancias, huellas semejantes a las del pie humano. Por otra parte, se ha comparado también la cubierta vellosa que se adjudica a los nittaewos con la del único oso que se conoce en Ceilán, el oso bezudo o «Prochilus lippu» *(Melursus labiatus)*. Pero al llegar a tal punto la comparación debe detenerse, ya que este oso no acostumbra a mantenerse en dos patas, su pelo es negro —tan sólo rara vez toma un tono rojizo sobre su lomo—, no es gregario, y no come carne sino muy raramente: suele alimentarse, por contra, de frutas, de miel, de insectos y de raíces. El animal en cuestión, además, era

perfectamente conocido por los vedas bajo el nombre de «aswaïl» e incluso le temían mucho por los estragos que habitualmente hacía entre las colmenas.

Unos rumores persistentes corrieron por el este de la isla de Ceilán relativos a un pequeño oso de pelaje castaño rojizo, llamado «Rahu Walaha». En 1855, Pucheran vino también a describir un oso capturado en las cercanías de Trincomalia bajo el nombre de *Ursus inornatus*, lo que equivale a decir «oso no adornado», debiéndose tal nombre a que el espécimen en cuestión carece del cheurrón blanco sobre el pecho, como el «Prochilus». Pocock, más adelante, definió una nueva especie o mejor dicho, una subespecie del oso bezudo, pero según otros autores, entre los que se halla Neville, se trataría más propiamente de una subespecie del oso malayo (*Helarctos malayanus*). Precisemos que este último, conocido también bajo el nombre de oso de los cocoteros, sí posee tal cheurrón sobre el pecho. Y como quiera que habitualmente suele estar sobre dos patas solamente y su pelo es más bien corto, hay más posibilidades, en este caso, de que visto desde lejos pueda ser tomado por un hombre con más facilidad que el referido «Prochilus». Ello no obstante, este animal es también de un color castaño oscuro casi negro.

En todo caso, ¡lo único cierto es que nuestros conocimientos sobre los osos de Ceilán están bien lejos de poder ser considerados como perfectos!

A juicio del Dr. Osman Hill, es muy posible que el murmullo y las aspiraciones que parecen caracterizar el lenguaje de los nittaewos sean originariamente procedentes de tales osos que, como todo el mundo sabe, tienen la costumbre de hacer grandes ruidos al coger el alimento con su lengua y que acostumbran luego a chupetearse también ruidosamente sus propias manos: los nittaewos, según los informes, entonan extrañas melopeas guturales cosa que también suelen hacer los osos en determinadas circunstancias.

Pero continuando con las opiniones del Dr. Osman Hill, la hipótesis más probable, en cuanto a la identidad de los nittaewos, sigue siendo la que los asimila a auténticos hombres-monos.

El descubrimiento de huesos de pitecantropos en Java y de sinantropos muy parecidos en China, viene a probarnos, dice el referido primatólogo, que tales hombres-monos (que vienen a llenar perfectamente el papel de intermediarios «morfológicos» ideales entre el antropoide y el hombre) poblaban antiguamente una gran parte de Asia y que, sin la menor duda, fueron expulsados hacia Malasia bajo el empuje de los invasores netamente «humanos». Podrían, por tanto, haber llegado hasta Ceilán cuando esta isla se hallaba aún unida al Continente, y así no sería difícil de creer que hubiesen subsistido, en aquel aislamiento, hasta casi nuestros días.

Es evidente para determinados autores que los auténticos hombres-

monos no eran sino gibones gigantes que renunciaron a su vida arborícola, lo cual cuadraría ya con las descripciones que los vedas nos han transmitido sobre los nittaewos.

Por todo ello yo no acabo de comprender que el Dr. Osman Hill considerase la exigüidad del tamaño como una característica que les hace acercarse a los pitecantropos, ya que éstos eran, a buen seguro, unos seres de un tamaño parecido al nuestro, lo que ha quedado suficientemente probado por las dimensiones de sus cráneos y de algunos fémures hallados. Pero, bien entendido es igualmente posible que si los pitecantropos se hubiesen quedado aislados en Ceilán hubiesen

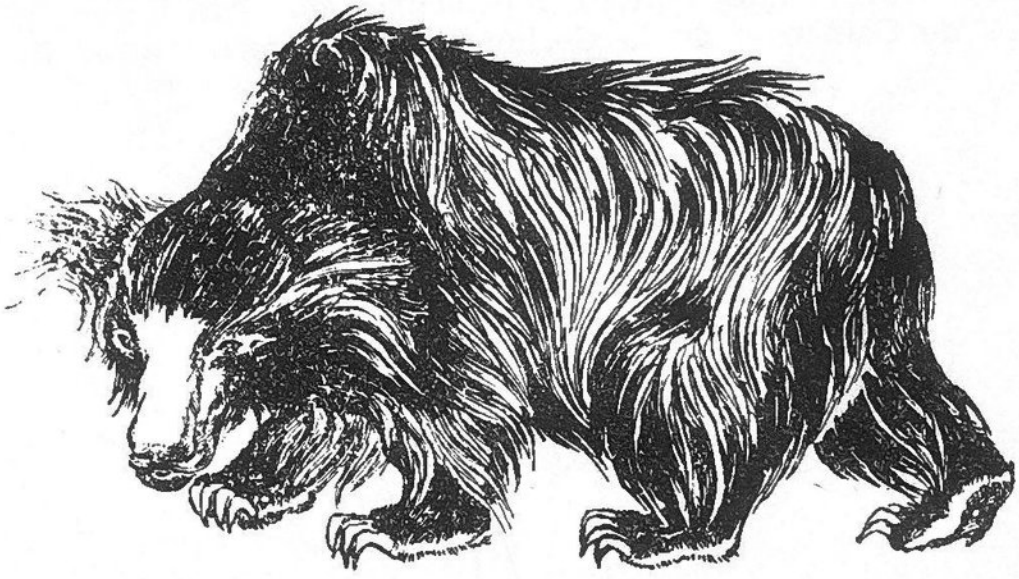


Fig. 25. — *Oso bezudo o «Prochilus lippu»*

degenerado en una raza enana, cosa ésta que suele acaecer frecuentemente entre las formas insulares.

Quizá ustedes en estos momentos estén pensando sobre la futilidad de tales argumentos, diciéndose para sus adentros que si los nittaewos, en resumen, no existen ya en nuestros días, no tendremos nunca ocasión de verificar si tales opiniones del Dr. Osman Hill son legítimas y acertadas o no.

Y a tal pensamiento, respondería yo que no se han perdido aún las esperanzas. Las búsquedas sistemáticas en todo el sector de Leamana podrán tener éxito cualquier día, con lo que nos hallaríamos así con uno o varios esqueletos nittaewos entre nuestras manos, siéndonos posible, de una vez por todas, acabar con conjeturas y misterios, pasando a las más certeras realidades.

—Bien, sí —me responderán ustedes—; pero de lo que no hay duda es que no tenemos ya esperanzas de poder encontrar, en carne y hueso, a uno de esos hombres-monos que tantas y tantas cosas podrían seguramente contarnos sobre nuestros propios orígenes...

—Tampoco eso es cierto, ¡y perdónenme ustedes!, puesto que si en Ceilán se habla de los nittaewos como de un pueblo ya desaparecido y extinguido, siguen existiendo aún muchos otros recovecos en la vasta región de indomalasia donde aun se cree en la existencia *actual* de determinados enanos peludos y de una serie de tipos similares, muy cercanos todos ellos a la más pura y absoluta animalidad.

LOS HOMBRES CON COLA DE INDOCHINA

Henry Maître, que exploró a principios de siglo los recónditos territorios de Camboya, de la Cochinchina, de Annam y del Bajo Laos,

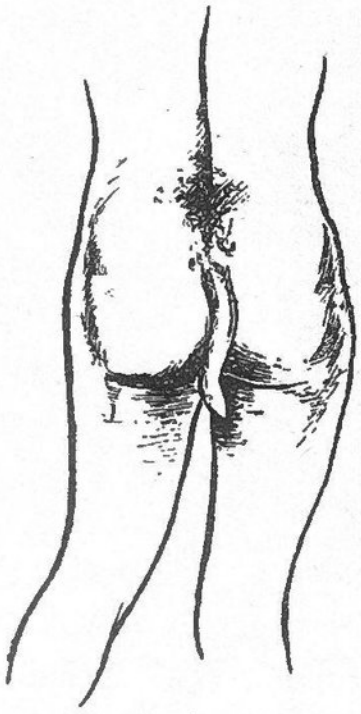


Fig. 26 — *Hombre dotado de cola, resultado de un fenómeno excepcional de atavismo*

nos ha confirmado así la extraordinaria difusión que tales rumores alcanzan en la Indochina:

«Además del rinoceronte bicorne que, a buen seguro, debe encontrarse por aquellos parajes, el Nam-Nung parece ocultar, al decir de los aborígenes, una fauna mucho más especial si bien, quizá, mucho más legendaria; me refiero con ello a los «hombres salvajes». No es esta la primera vez que llega hasta mis oídos tal leyenda o rumor, relativa a seres humanos nómadas, huéspedes habituales de las montañas boscosas, y provistos, al decir de los Moï, de una cola totalmente similar a la de los monos.

Tales sujetos parecen despreciar, con sus buenas razones, toda la vasta región de la meseta ya que ésta, con sus suaves ondulaciones, su baja vegetación y su carencia de parajes abruptos en que refugiarse, suele dejar a sus moradores de gran tamaño casi al descubierto. Los localizan, pues, en la región montañosa y abrupta de la gran cordillera annamita. Según los dichos

de tales aborígenes, los «hombres salvajes» de Nam-Nung son de talla más bien pequeña, achacándoseles una medida en general, de unos 1,50 metros; una espesa cubierta de pelos rojos esconde sus cuerpos y se caracterizan por la curiosa y extraña circunstancia de que ni sus brazos ni sus piernas tienen articulaciones, lo que hace que tales extremidades sean absolutamente rígidas. La parte anterior del antebrazo parece ser que se halla provista de una membrana ósea, cortante y afilada como un cuchillo, de la que se sirven estos hombres para ir cortando cuantos árboles, arbustos, etc., encuentran a su paso. Al no poderse subir a los árboles, puesto que el trepar les estaría vedado por tal falta de articulaciones, duermen recostados contra sus troncos simplemente. Siguen diciendo los rumores que se alimentan de raíces y de palmitos; que no saben construir ninguna clase de habitación, por lo cual su vida es tan nómada como la de muchos animales de la selva. Antiguamente —prosiguen las historias— los aborígenes del país los perseguían corriendo, haciéndoles agotarse en la marcha; cuando tal cosa ocurría caían sobre estas extrañas criaturas y, tras de matarlas, las devoraban. Así, los «hombres salvajes» han ido siendo cada vez más raros y escasos hasta el punto que hoy en día es casi imposible hallarles. Mas de vez en cuando, se pueden encontrar sus huellas, lo cual significa que la extinción no fué completa. Tales señales de pisadas son análogas a las del hombre, si bien de un tamaño menor.

Esta descripción de los «hombres salvajes» es casi totalmente idéntica en todas las pequeñas aldeas de la región, tanto en la parte de Nam-Nung como en las del mismo corazón de la cordillera annamita. En cambio, y como ya he dicho más arriba, los radé de la parte del Darlac central los ignoran casi totalmente. Pero un pueblo de esa meseta, en cambio, se tiene por descendiente de uno de ellos, llamado Kjhât.»

Dos detalles saltan inmediatamente a la vista en tal descripción de los «hombres salvajes» del Nam-Nung: son, de una parte, la mención de una cola parecida a aquella que Ctesias atribuía a sus montañeros de cabeza de perro: por otra, la extraña anatomía de sus antebrazos. Y exceptuando tales brazos, estos enanos rojos podrían concordar perfectamente bien con nuestros nittaewos.

En lo que se refiere a la cola, es bien significativo —a mi juicio al menos— que los annamitas se la atribuyeran también, antiguamente, a los propios moï. Moï es el nombre colectivo bajo el cual se encuadra a todas las tribus salvajes que pueblan las montañas y las mesetas del Annam y del Laos. Tales moïs forman una raza con afinidades misteriosas: su talla media es más bien mediocre (1'57 metros por término medio), tienen la piel morena ligeramente rojiza, parecida a la de los europeos cuando comienzan a tostarse al sol en las playas de moda. sus ojos son escasamente oblicuos, sus pómulos no muy salientes; la nariz es bastante recta y, a veces, llegan a ser rubios e incluso algo pelirrojos. Por todo ello, algunos autores han tratado de emparentarlos con la raza mediterránea con la cual, en todo caso, parecen haber estado en contacto puesto que según sus propias tradiciones, ellos son los descendientes de una antigua raza procedente de un lejanísimo país del Occidente.

Cuando se llegó a conocer perfectamente bien a los moï se pudo comprobar por fin que tales sujetos no tienen más apéndice caudal que

cualquier otra raza humana (1). Circula entre ellos la leyenda, sin embargo, de que existe determinado pueblo salvaje, por sus contornos, que realmente sí está provisto de la referida cola.

EL SIGNO DE LA ANIMALIDAD

¿Será cierto realmente que los «hombres salvajes» de Nam-Nung tengan cola? Es poco probable que así sea. A mi juicio, la tal cola representa simplemente a los ojos de muchos hombres, el símbolo mismo de la bestialidad. Y la prueba de ello es que en nuestros mismos países se suele representar al diablo adornado con uno de estos largos apéndices dorsales. La cola es, por excelencia, el signo del animal.

Pero —se me objetará— ¿no es curioso que tales historias de hombres con cola circulen precisamente por la región de Indo-Malasia donde se da la coincidencia de existir dos clases de antropoides, que no son sino monos, precisamente, sin rabo? Y las pruebas vivientes son el gibón y el orangután. Su presencia, pues, ¿no vendrá a refutar la creencia de que la falta de cola en un bípedo es el raro privilegio de los hombres?

Yo creo que es justamente la presencia en dicha región del orangután y, sobre todo, del gibón. más auténticamente bípedo, lo que ha reforzado, por una especie de reciprocidad, la leyenda que mantiene que los «hombres salvajes» poseen todos cola. Puesto que existen monos sin rabo, que son casi hombres (se sospecha incluso que hablan), ¿no será lógico pensar, dicen, que los seres humanos *verdaderamente inferiores* tengan, por contra, una cola? Quede bien entendido, que todo esto es una simple hipótesis y que como tal la presento yo aquí. Pero, a pesar de todo ello, creo que tal suposición está confirmada por numerosos hechos.

Así, según los comentarios modernos, los cinocéfalos de Ctesias no serían otros que los lho-pa, los habitantes de Bhutan (al pie del Himalaya), a quienes los hindúes llaman en efecto «calystisi», o sea «hombres con cara de perro». Hay que señalar que tal pueblo, que incluso parece que tiene en sus venas una cierta dosis de sangre «europea», no tiene nada de excepcionalmente primitivo, pero el solo hecho

(1) A la edad de cinco semanas, el embrión humano tiene, normalmente, un apéndice caudal netamente formado. Mientras que el adulto posee un total de 34 vértebras, el embrión —a tal edad— posee 38 : las cuatro o cinco últimas están destinadas a fusionarse para formar el coxis. Sin embargo, ocurre excepcionalmente que, por un fenómeno de atavismo, tales vértebras del coxis continúan perfectamente diferenciadas, llegando a multiplicarse incluso y dando lugar por consiguiente a una verdadera cola o rabo que puede llegar a alcanzar hasta una decena de centímetros de longitud. Otras veces, se reduce a un apéndice carnoso, desprovisto de hueso, pero que al estar perfectamente dotado de músculos, de vasos y de nervios llega a ser totalmente móvil. Ordinariamente está pelado, mas a veces se halla cubierta de un vello más o menos abundante.

Mas lo que está casi demostrado es que tal deformación no es hereditaria, ni más frecuente en determinadas razas ni, sobre todo, que pueda ser la característica de una raza o de una población entera.

de que habiten en las inaccesibles montañas ha sido ya suficiente para que los moradores de los llanos y de las mesetas les hayan colgado el sambenito de «muy salvajes». Y de esto a achacarles también un rabo, no hay sino un paso.

Henri Maître recuerda igualmente que «cuando los miembros del Estado Mayor de la expedición Cambridge se embarcaron en Klang (en su viaje a Bangkok, en 1899), sus amigos malayos les advirtieron que tuviesen cuidado, al llegar a su punto de destino, no fuesen a ser comidos por los bataks con cola («Batak berekor»)». (1)

Esparcir el rumor de que los siameses, tan refinados, son unos seres salvajes y provistos de rabo, me parece una afrenta y una calumnia. Todo ello creo que no es sino una costumbre arcaica de «adornar» al propio enemigo con estigmas bestiales, quizá para resaltar así de paso las propias virtudes y condiciones. Los griegos utilizaban ya tal sistema cuando englobaban a todos los pueblos ajenos al suyo como «bárbaros», chapurreadores o seres que no hablan una lengua perfectamente articulada.

Casi todos los antiguos viajeros solían «poner» una cola a cuantos aborígenes encontraban en islas remotas o desconocidas.

Y como veremos en el capítulo siguiente, Marco Polo, en el siglo XIII, señalaba también la existencia de hombres con rabo en la isla de Sumatra.

En el siglo XVIII tal género de rumores pareció llegar a su máximo. Gemelli Carreri cuenta que «los habitantes de la isla de Luzón y otros determinados negros, tenían en la mitad de la espalda, sendas colas de cuatro o cinco pulgadas». Jean Struys oyó hablar de una población de hombres con cola en el sur de la isla de Formosa y los misioneros jesuítas situaban una de ellas, la de los «manghiens», en la isla de Mindoro, bien cerca de Manila. El sueco Köping, a su vez, pretendía que «el archipiélago Nicobar en el océano Índico, sirve de refugio a unos insulares que nacen provistos de cola». Finalmente, cuando Turner visitó el Tibet, se le hablaba de una especie de hombres con rabo que vivían en las montañas. «Tales colas —precisaba él— son extraordinariamente molestas para sus poseedores, ya que, al no poder doblarlas, les impiden sentarse como no sea en la tierra y haciendo previamente un agujero en ella donde poder introducirla.»

Tales calumnias no recaían tan sólo sobre los habitantes de islas perdidas o de montes inaccesibles, sino también sobre algunos habitantes de los propios continentes y no sólo de los continentes remotos.

En 1752, el misionero José Ribeiro situaba en América a todo un pueblo de pieles rojas, llamados «mesayas», a quienes definía como brutos salvajes «provistos de una cola del grosor de un dedo pulgar, de un palmo de larga, y recubierta de una piel lisa y desprovista total-

(1) Estos *batak* (en singular *bata*, en plural *batak*) no deben ser confundidos con los *batak o battak* de Sumatra. Esta palabra, que viene sin duda del sánscrito «b'hata», significa simplemente «salvaje», en malayo.

mente de pelo». En 1802 un médico francés, Louis Franck, nos trajo desde África la historia que decía que, en las caravanas de esclavos, «se reconocía a los antropófagos por la existencia de una pequeña cola que los «ghellabis», o mercaderes de esclavos, les extirpaban para poderlos luego vender con más facilidad». Los tratantes musulmanes atribuían también esta misma particularidad a los niam-niams del África Central. En Asia, por su parte, los chinos «ponían» idénticas colas a los Miao-Tsaë, o sea a los «Pan-hu» o «Ngao», que ocupaban antes que ellos el centro de tal país.

Vemos, pues, que por todas partes se achacaba a los «bárbaros», a los «extranjeros», tales apéndices caudales. Incluso en Europa, allá por el siglo XVII, los españoles mismos mantenían que el pueblo judío tenía tan raro adorno: los ingleses del Devonshire decían idéntica cosa de las gentes de Cornualles; en Francia, los habitantes del Bearne, de los cagots, que tenían su vivienda al pie de los Pirineos.

La cola ha sido, por tanto, y según vemos, un símbolo de inferioridad en todos los tiempos y en todas las latitudes. Esto nos explicará también por qué en las pinturas del antiguo Egipto se representaba a los esclavos con una piel de animal enrollada a su cintura, en forma tal que la cola del bicho ocupase el lugar en que el propio esclavo podría tenerla.

Conviene señalar, sin embargo, que la leyenda de los hombres con cola ha debido ser reforzada, sin duda, por el hecho de que en las tribus totémicas —que tienen a gloria su supuesta ascendencia animal—, los indígenas suelen llevar muy a menudo una cola postiza como adorno o como señal de rango. Así lo hacen, por ejemplo, los niam-niams, ciñéndose una piel de colobo a sus riñones y dejando que la cola flote libremente tras ellos. Los murut de Borneo hacen lo mismo con pieles de semnopitheco. Y los australianos del «bush» (región selvática e inaccesible), llegan a idéntico resultado con pieles de diversos animales, según el clan totémico a que pertenezcan.

En resumen, que si el hecho de llevar una cola ha sido tenido siempre, en general, por un signo o síntoma de salvajismo, de estado primitivo o incluso ancestral, esto no significa que tal atributo tenga necesariamente un carácter denigrante para todo el mundo.

LOS DEMONIOS DE ANTEBRAZOS TAJANTES

Todo ser, por muy salvaje que sea, encontrará siempre otro mucho más salvaje que él. Y por esta humana razón subsiste la creencia de los «hombres con cola» entre las tribus más atrasadas de Malasia y, sobre todo, entre los sakaï, que, como sabemos, están emparentados con los vedas de Ceilán, raza primitiva por excelencia.

En su obra clásica sobre las «razas paganas» de la península malaya, Skeat y Blagden relatan la siguiente leyenda «sakaï»:

«Los *orang-ekor* o «hombres con cola» tenidos en todo el archipiélago malayo por seres humanos realmente existentes, suelen aparecer de vez en cuando por los más diversos lugares de la península malaya. Se dice que tienen toda la apariencia de hombres y no son considerados como peligrosos; mas, a pesar de ello, parece ser que éstos no desean tener el menor trato con nuestra raza y así, tan pronto como divisan a un hombre se ocultan y desaparecen por entre las selvas o bosques. No llevan, por todo traje, más que un ceñidor a la cintura, hecho de cortezas, de tal suerte que, bajo tan exigua vestimenta, muestran en el fin de su espalda una corta cola o rabo. Este apéndice lo poseen no sólo los hombres sino también las mujeres; en cambio, se ignora si lo tienen los niños de tan exiguo pueblo.»

¿Qué podemos deducir de todo ello? ¿Que existen tal vez en la jungla malaya otros seres más primitivos aún que los sakaï? No, necesariamente. Sabemos ya demasiado del carácter subjetivo de tales leyendas para prestarles una fe sin límites y excesivamente crédula.

Más interesante parece, desde nuestro punto de vista, otra leyenda sakaï, recogida igualmente por Skeat y Blagden que hace alusión a una raza fabulosa de enanos peludos, los «hantu-sakaï» (demonios sakaï), confinados en la soledad y espesura de las selvas donde tan sólo se les logra ver muy raramente. Hay que señalar que tales seres parecen ser extremadamente tímidos y que, dotados de un finísimo sentido del olfato, huelen al hombre a mucha distancia, logrando escapar así de su vista antes de que éstos tengan siquiera la menor noticia de su proximidad. Y todos estos caracteres, tanto los físicos como los morales, nos hacen recordar otra vez a los nittaewos de Ceilán.

«Estos demonios-sakaï —continúan diciendo nuestros antropólogos británicos— tienen en su antebrazo derecho un hueso cortante, en forma de hoja de sable, del cual se sirven para cortar árboles. Para coger los frutos de las más altas ramas, trepan por los troncos de los árboles hasta casi su copa; se sientan luego en la horquilla de una rama, y, valiéndose de tal hueso cortante, talan así la rama que porta los frutos haciendo, por tanto, que éstos caigan al suelo. En tales operaciones, caen ellos también muchas veces, en compañía de rama y frutos, mas a pesar de tal cosa nunca salen heridos de esos accidentes.»

Henos aquí, por tanto, cara a cara de nuevo ante el segundo detalle característico de los «hombres salvajes» de Nam-Nung, que es, como recordarán ustedes, el que se refería también a tan extraña particularidad de la anatomía del antebrazo.

Dos explicaciones nos llegan súbitamente. O bien tales hojas cortantes hacen alusión a los brazos desmesurados de los antropoides locales, los gibones, que son ciertamente tan largos que podría tomárseles por brazos normales acabados luego en una especie de hoz, o bien tales «sables» son auténticos machetes, de los que determinados pueblos de las

selvas no se separan jamás, habida cuenta de que en sus continuos desplazamientos por ellas necesitan siempre irse abriendo camino a puro golpe cortante, en forma tal que ya casi estos machetes llegan a constituir como una parte integrante de ellos mismos.

En lo que respecta a los «hombres salvajes» de Nam-Nung, la primera explicación parece escasamente defendible, puesto que se insiste una y otra vez en la característica de que tales hombres «no pueden trepar a los árboles». Los gibones, como es sabido, son precisamente, de entre todos los monos, los mejor adaptados a la vida arborícola: éstos vuelan realmente de rama en rama, casi sin tocarlas con sus dedos, pasando así de un árbol a otro, durante centenares y centenares de metros, con una ligereza y velocidad tales que se les podría tomar por pájaros. No suelen descender a tierra si no es para beber. Sin embargo, la conformación rígida y no articulada que los moï atribuyen a las extremidades de estos seres, milita en favor de esta primera hipótesis: es evidente que si se considera el antebrazo y la mano del gibón como una especie de hoz, su brazo restante (que sería considerado así como «brazo total»), no poseería, claro está, ninguna otra articulación.

En realidad parece que una cierta confusión entre antropoides y seres humanos altera la identificación entre los «hombres salvajes» de Nam-Nung y los «hantu-sakaï», los cuales, recordémoslo, no tenían tal hueso cortante más que en su antebrazo derecho. Esta particularidad es la que más destaca de los siguientes comentarios que Skeat y Blagden dedican a la leyenda de los demonios sakaï con antebrazo en forma de cuchillo:

«Todo ello concuerda, escriben ellos, con las tradiciones malayas sobre los *urang-utang (sic)* o *mawas*, llamados también a veces *hantu-mawas*. Begbie habla, sin embargo, de los *mawas* como de una tribu salvaje de hombres que habitan en la jungla y cuyo machete ha sido confundido a veces con la mano que lo maneja.

Fué también Anderson quien dijo que, según las leyendas malayas, existía una raza salvaje en el interior de Bernam («Burnam», límite entre los Estados de Perak y de Selangor, en Malaca) llamados *tuah-benuah (sic hantu-benua)* por las gentes de Selangor y conocidos en todo el Kedah bajo el nombre de *mawas*. Se les suele representar como muy parecidos al *mawah* o gibón de largos brazos, salvo que en lugar de tener un hueso en la parte inferior del brazo tienen allí un trozo cortante de hierro que les sirve, a la vez, de brazo y de machete con que cortar los árboles.»

Esta vez sí que nos hallamos metidos en el centro mismo de la niebla. En efecto, «mawa, mawas o mawé» es el nombre propio que se da en Sumatra al gran antropoide rojo que nosotros conocemos por orangután. Este término «orangután» (literalmente «hombre del bosque»), es empleado por los malayos tanto para designar a hombres como los negritos, en Malaca, como a monos poco conocidos, tales como nuestro orangután. Y que el nombre de «mawa» sea aplicado a seres humanos re-

sulta más singular, ya que tradicionalmente se utilizaba para designar a los grandes monos. ¿Será éste tal vez el origen de la confusión que hizo así que fuera también válido para los hombres? Pero ¿es posible o probable tal equívoco entre los habitantes de la península de Malaca, donde no existen orangutanes en la más exacta acepción de la palabra? ¿Se referirá exactamente al gibón «mawah» de dicha región? En este caso, sí podríamos ya comprender perfectamente la confusión entre «mawah» y «mawa» o «mawas». Y como quiera que en Malaca encontramos al gibón de manos blancas (*Hylobates lar*), pudiera explicarse así mejor la leyenda, dado que las plateadas manos de estos monos pudieran muy bien haber sido tomadas por hojas metálicas.

Precisemos además que «benua» es el término malayo que significa «tierra, suelo»: «orang-benua» representaría así «hombre de la tierra», que es tanto casi como decir los verdaderos aborígenes. Los «hantu-benua» designarían en resumen a los seres, más o menos fabulosos, que ocuparon en primer lugar la península. ¿Será ésta una alusión a los sakaï o a los semang? ¿No se tratará quizá de seres aún más primitivos que ellos, puesto que fueron precisamente dichos dos pueblos quienes hicieron circular estas leyendas o rumores?

LOS TIRANOS SE SUCEDEN Y, A MENUDO, SE PARECEN

Para poner un poco de orden en todo este maremagnum, es preciso, ante todo, asimilar una verdad fundamental: los calificativos tales como «orang-utan» (hombre de los bosques), «orang-benua» (hombre de la tierra), «hantu» (demonio)..., etcétera, no tienen nunca sino un valor relativo, sin llegar a tener el carácter de nombres propios. Así podríamos decir que cada hombre, o cada pueblo, tiene este carácter demoníaco para otro hombre o para otro pueblo y que, repetimos, cada raza salvaje siempre acaba por hallar, a su criterio otra más salvaje y más atrasada aún.

Imaginemos por un momento que un hipotético explorador marciano viniese a fisgar nuestro mundo y a clasificar a sus habitantes bajo unos términos tan generales o tan vagos como «salvajes», «occidentales», «montañeses», «paganos», «pueblos libres», «aliados», etc., y que para tal trabajo de ordenación fuese preguntando, por sobre la superficie de nuestro planeta, a las gentes que hallase a su paso. El galimatías final sería inenarrable. Quienes fueran salvajes para unos, serían quizá supercivilizados para otros. Quienes paganos para éstos, creyentes para aquéllos y así hasta ciento.

Y de hecho, nuestros etnólogos no han procedido de manera diferente ni incluso han podido seguir, muy a menudo, más camino que éste. Para designar a un pueblo, a una raza, no existen sino dos métodos: o bien le damos el nombre que ellos se dan a sí mismos o bien el que le

dan sus vecinos. En el primer caso tal nombre significa —casi invariablemente— «hombre», en el dialecto propio del pueblo en cuestión. En la segunda eventualidad, tal designación fluctúa según la propia clase de los vecinos consultados. De donde se deduce, pues, que siguiendo un camino o el otro, la confusión no tardará en presentarse.

Para ver esto más claramente aún, será forzoso no olvidar que no todos los pueblos tienen el mismo concepto de la «dignidad humana» que el cristianismo del siglo xx. Ni todos, tampoco, cavan la misma zanja entre la humanidad y la bestialidad, ni tan siquiera la sitúan en el mismo lugar: unos se enorgullecen de su origen animal y se encuentran en estrecha comunión con determinados monos; otros, por el contrario, tienen una marcadísima tendencia a asimilar a los animales a todos aquellos hombres que consideran inferiores a sí mismos.

Esto puede ser lo que explique la enorme confusión que reina, desde el punto de vista antropológico, en toda esta región de Indo-Malasia, sobre la cual, además, han caído sucesivas olas de invasiones, tanto de animales como humanas. De todas estas ocupaciones han subsistido reliquias, aquí y allá, en las islas, en las montañas y en las zonas boscosas de difícil acceso.

En el Mioceno había gibones hasta en Europa (*Pliopithecus*), luego en el Plioceno, ya en Egipto solamente (*Prohylobates*). En nuestros días ya sólo los hay en Asia, y dentro de ella, al lado este del Ganges, y en las islas de más allá.

Hasta el Pleistoceno existían orangutanes en la mismísima China: hoy se hallan confinados en Borneo y en Sumatra. La suerte de los pitecantropos, que les continuaron bien de cerca, parece haber sido totalmente similar, mas el hecho es que todos ellos aparentan haber ya desaparecido de nuestra Tierra

Más tarde llegaron los pigmeos negritos que ocuparon en los principios toda Birmania e Indochina, para acabar encontrando su único refugio en las islas Andamán, en Malaca, y en el archipiélago filipino. Hubo también el pueblo veda cuyo inmenso imperio se extendía más al oeste, sobre toda la amplia India, en la que ya no quedan sino unas pocas tribus en las montañas de la costa de Malabar: emigrados luego a las islas, fueron apagándose poco a poco en sus selváticos retiros de Ceilán, de Sumatra, de Célebes y de Malaca, donde encontraron finalmente a sus hermanos de infortunio, los negritos. Todos estos enanos han sido —hoy unos, mañana otros— derrotados, vencidos y exterminados por nuevos invasores, más altos que ellos, más robustos y, sobre todo, mejor armados.

En resumen: que los seres más astutos o mejor organizados socialmente, o provistos de las más perfeccionadas máquinas de matar, se han ido sucediendo, los unos a los otros, sobre unos mismos territorios, sobre aquellos precisamente que a todos más convenían por sus condiciones especiales. Y puesto que, según vemos, todos ellos tenían las

mismas ambiciones, los mismos deseos de poseer idénticos terrenos, sería forzosamente, porque todos ellos eran, en un algo o en un todo, realmente parecidos. La lucha por la vida es, esencialmente, una batalla fratricida: no encontraremos jamás peores enemigos que aquellos, precisamente, que más se parecen a nosotros.

Poco a poco, por oleadas, se ha ido pasando así del imperio de los monos al de los hombres actuales. Mas en esta sucesión de ocupantes, de vencedores, no será preciso ver, forzosamente, un fiel reflejo del pasado de nuestra raza. Unas veces los vencedores diferían muy notablemente de los vencidos, como —en mayor escala— cuando los mamíferos vinieron a tirar por tierra la hegemonía de los reptiles en el Secundario. Otras, estaban ambos estrechamente emparentados, como cuando los placentarios suplantaron a los marsupiales en América. Sucesión, aquí, no quiere decir continuación en el linaje, como en las monarquías hereditarias.

Tampoco será preciso creer que estemos asistiendo, en el curso de la historia de la vida, a una «humanización» progresiva de los tiranos, cada una de cuyas nuevas formas representaría así un cierto adelanto o progreso psíquico. Sin duda alguna ha habido, a tal respecto, sus buenos altos y bajos. La razón del más fuerte ha sido siempre la mejor. Y el más fuerte no es, necesariamente, el más inteligente ni muchísimo menos. Puede ser, sí, el ser más grande, el más brutal, el mejor preparado o el mejor organizado en el aspecto de vida social. Así podríamos comprender, a manera de ejemplo, que un pueblo de monos de costumbres gregarias, como los babuínos, fuese capaz de conquistar un territorio ocupado por hombres agrupados en escasas familias aisladas: no olvidemos tampoco que, en nuestros propios días, los insectos nos están disputando —y con éxito frecuente— la posesión de regiones enteras.

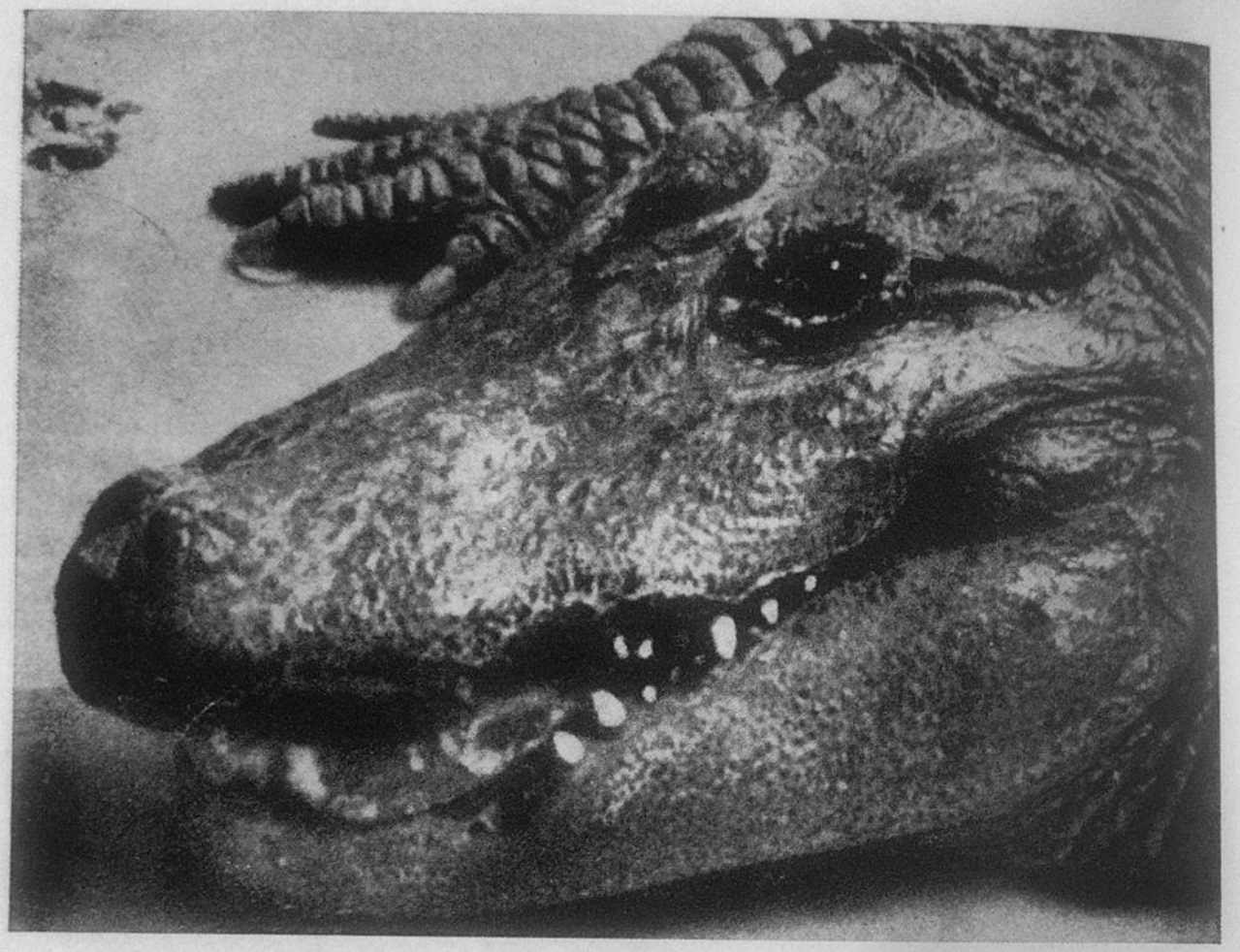
Mas a la larga parece resultar que, en conjunto, la victoria suele ponerse, al fin, de parte de aquellos seres más favorecidos desde el punto de vista cerebral: de aquellos en los que la inteligencia suple a la potencia bruta, a la ferocidad o a la fuerza numérica.

LOS GNOMOS MELENUDOS, ¿SON LOS PITECANTROPOS *ENANOS?*

Para resumir, podremos acabar diciendo que el problema que nos ocupa se puede concretar de la siguiente forma: Entre las diversas dominaciones de que tenemos noticias, ¿dónde tendrá su plaza o su puesto la de los nittaewos de Ceilán, la de los «hombres salvajes» de Indochina, o la de los «demonios aborígenes» de Malaca? Todos estos enanos peludos parecen haber precedido a los negritos y a los vedas, quienes fueron, a su vez, seguidos —en todas partes— por hombres de tamaño ya normal. Mas estos homúnculos primeramente citados llevaban ya en sí una serie de caracteres físicos y morales que impedían, en absoluto,

Un «fósil viviente» que lleva muy bien sus años: la tortuga gigante de las Islas Galápagos, casi inmutable desde hace 190 millones de años

(C. Ylla-Rapho)



Los cocodrilos tampoco han variado apenas desde los comienzos de la Era Secundaria

(C. Lucien Rollet)

La Tuatera de Nueva Zelanda —que se remonta a los finales de la Era Primaria— suele compartir a menudo su madriguera con el petrel

(C. Breckon-Elseviev)

que se les asimilase a los monos; incluso a los más elevados o avanzados de entre ellos. ¿Será, pues, preciso asimilarles a los pitecantropos que, sin la menor duda ocupaban toda la Indo-Malasia en las épocas del final del Plioceno?

Presentan, en efecto, como ellos, numerosos rasgos que les sitúan a igual camino de los hombres que de los antropoides, pero su exiguo tamaño nos impide que les parangonemos al *Pithecanthropus erectus* de Java o al *Sinanthropus pekinensis* de China, cuya estatura se acercaba sensiblemente a la nuestra. A mayor abundamiento, el holandés von Königswald descubrió, en Java, en 1939 y en 1941, unos restos craneanos de hombres-monos de un tamaño superior, bautizados luego con los nombres de *Pithecanthropus robustus* y *Meganthropus palaeojavanicus*. Si suponemos, un poco gratuitamente, que tales seres estaban formados como nosotros, llegaremos a la conclusión de que el primero de ellos, el *Pithecanthropus robustus*, tendría la apariencia de un hombre cuya elevada estatura no bajaría de los dos metros. En cuanto al segundo, el Gigante de Java, era, en efecto, un coloso indiscutible: según las medidas deducidas de sus restos, ¡su altura oscilaría entre los 2'50 y los 3 metros! Y como más adelante veremos, en un capítulo ulterior, existieron realmente hombres-monos de tamaño aún más exagerado.

Todo ello quiere decir, por tanto, que los descubrimientos paleontológicos más recientes han venido a demostrarnos considerables variaciones de tamaño dentro mismo del grupo de los pitecantropos. Sería, por tanto, poco de extrañar que, entre ellos mismos, hubiese habido también ejemplares enanos: sería así la contrapartida asiática, si se quiere, de los pequeños australopitecos africanos.

Si los nittaewo y sus hermanos de Indochina y de Malaca son realmente seres intermedios, anatómicamente hablando, entre el hombre y el antropoide, sería entonces forzoso identificarles ya con los pitecantropos enanos. Mas reconozcamos de antemano que toda esta teoría está basada sobre una hipótesis en extremo frágil. Felizmente, el doctor Osmân Hill, que defiende el origen «pitecantropoide» (si podemos decirlo así) de los nittaewo, hace constar que en Sumatra circula una leyenda casi totalmente análoga a la del pueblo desaparecido de Ceilán, en relación con los «orang pendek». Y esta vez no se trata de fantásticos rumores sin base alguna, como los que suelen circular entre las tribus primitivas de Indochina y de Malaca sobre demonios de la selva con brazos cortantes: el «orang pendek», que tanto ha dado que hablar desde los más inmemoriales tiempos ha sido percibido por malayos cultos, por colonos, siendo su descripción más bien prosaica cuando ésta no corre a cargo de los indígenas primitivos.

Pasaremos, pues, a examinar todos estos casos, con el más exquisito cuidado y celo, en el próximo capítulo.

LOS HOMBRES-MONOS BIGOTUDOS DE PERAK

Pero antes de cerrar del todo esta encuesta y de poner proa hacia Sumatra, no podemos dejar de relatar los incidentes que se han producido, hace muy poco aún, en el corazón de la península malaya y que se refieren también a los hipotéticos hombres-monos.

Era la víspera de Navidad del año 1953, en la plantación de árboles de caucho de Trollak, al sur de la provincia de Perak. Una pequeña chinita de unos 16 años, se hallaba sangrando uno de estos árboles, algo separada de los restantes braceros. Y se hallaba la muchacha ocupada en su trabajo, completamente embebida en tal tarea, cuando sintió que una mano se apoyaba suavemente sobre su hombro desnudo.

Con un estremecimiento de sorpresa volvió rápidamente la cabeza: lo que vió nuestra chinita la dejó materialmente paralizada de terror. Una mujer se alzaba inmediatamente detrás de ella, si es que se podía llamar mujer a aquella hembra velluda y de horrible fealdad. ¿Una mujer...? Más bien una tarasca, o una simiesca criatura... Una larga cabellera negra y enmarañada caía hasta sus riñones, contrastando fuertemente con la blancura de su piel. Tenía, además, abundantísimo vello por los brazos y por el pecho: las cejas eran enormes y fruncidas e incluso, para que ningún adorno faltase, ¡lucía un bigote que bien lo hubiera deseado un antiguo mosquetero! Por todo vestido llevaba tan sólo un faldellín de corteza de árbol. En fin, despedía «un fuerte olor de animal».

A decir verdad, y según se deducía de sus gestos, la tal hembra había llegado en son de paz. Incluso se hubiera dicho que no era sino una delegada o embajadora de los dos grandes machos que habían quedado inmóviles, unos pasos más lejos, sin duda para no asustar con su inmediata presencia a la pequeña china. La «mujer» en cuestión, comenzó entonces a tratar de sonreír, luciendo —en tal intento— unos impresionantes dientes afilados de auténtico animal. Luego pasó a emitir una serie de gorjeos que no podían identificarse con los de ningún animal.

Todo aquello fué demasiado ya para nuestra joven heroína, quien, sin poder soportarlo más, dió un agudísimo grito y salió corriendo con toda la velocidad que sus piernas le permitían.

No, no se trataba, ni por lo más remoto, de un sueño o de una pesadilla. Al día siguiente una muchacha vió a los tres seres nadando en el río.

Otro «sangrador» tamil, que había presenciado desde algo más lejos la escena, confirmó punto por punto las descripciones que diera la muchacha, añadiendo además que los tres seres en cuestión eran de enorme talla y que los machos llevaban unos desmesurados bigotes que les caían hasta casi la cintura.

Estos rumores corrieron como la pólvora, claro está, entre todos los trabajadores de la plantación, llegando finalmente hasta oídos del propio director, quien, sin pérdida de tiempo, avisó a la policía de Kuala-Lumpur. Sus obreros, dijo, estaban aterrorizados y nadie se atrevía a volver al trabajo (1). Dos patrullas de fuerzas malayas fueron enviadas prestamente para que recorriesen, en rondas, toda aquella zona tratando de dar caza, si era posible, a los tales engendros.

En el curso de tales batidas, el cabo Washile, de la *Malayan Home Guard,* tuvo ocasión de divisar a los tres intrusos en la orilla de un riachuelo, pero se abstuvo de disparar sobre ellos, pensando que pudieran ser hombres, tales como los sakaï. Las extrañas criaturas, al darse cuenta de que eran observadas se lanzaron al agua, cruzaron el río y desaparecieron en la jungla que se abría en la otra orilla.

En los días siguientes los tales «hombres-monos» —como se dió en llamarles— fueron divisados por una media docena de personas, todas las cuales coincidieron en su descripción: todas se hallaban de acuerdo en señalar que eran de elevada estatura —sobre 1'80 metros—, bien formados y con el cuerpo casi totalmente recubierto de pelo.

En verdad, eran parecidos a los monos, mas como quiera que habían demostrado, en determinados aspectos, algunas reacciones o facetas humanas, la policía, en la duda sobre su exacta naturaleza, dió la orden de: «¡Prendedlos vivos!»

Incluso los medios científicos de aquellas localidades se sintieron emocionados y vivamente interesados en tan intrigante misterio, hasta el punto que el señor G. T. Seiveking, director de los Museos de Malasia, comenzó a organizar una vasta expedición, al solo objeto de descubrir y capturar a las enigmáticas criaturas.

El sabio inglés hizo notar, también, que tales individuos llevaban una especie de faldellín o de taparrabos en su cintura, de piel de animal o de corteza de árbol, y que corrían en la misma forma en que lo hacen los hombres, sin servirse jamás de sus brazos en tales carreras, como lo hubieran hecho, sin duda, en caso de tratarse de antropoides. Mirando el problema a la luz de estos dos solos detalles, parece deducirse holgadamente que tales seres son absolutamente humanos. Sus frentes deprimidas, sus arcos superciliares salientes y sus cejas gruesas parecen caracterizarles incontrastablemente como seres primitivos. Tales rasgos, unidos al hecho de que sus largos colmillos sobresalen de sus bocas, estando éstas cerradas, indican claramente también —en la opinión del señor Seiveking— que «tales criaturas deben ser supervivientes de una de las primeras tribus errantes que llegaron a la Malasia».

Hagamos notar, pues es preciso, que ni los sakaï, de raza védica, ni los semang de raza negrito, y que representan a las tribus nómadas

(1) Tal terror puede explicarse, sin duda, por el hecho de que los indígenas conocen sobradamente la reputación de tales seres desde hace mucho tiempo. Es sin duda alguna a ellos a quienes se refiere la leyenda —relatada por Anderson— de los «hantu-benua», los demonios aborígenes de la región situada entre los Estados de Perak y Selangor.

más primitivas que se conocen sobre la península malaya, tienen el cuerpo velludo. Si los sakaï tienen largas cabelleras, lo cual es bien cierto, no suelen tener vello alguno sobre su cuerpo, el cual es, además, de color moreno y no blanco. Y existe también el hecho ya bien conocido por nosotros, de que los tales sakaï son de una talla mediocre, que oscila entre los 1'50 y los 1'55 metros.

Entonces, ¿a qué tribus errantes se refería el señor Seiveking? ¿Se hallaría pensando realmente, al decir tal cosa, en los pitecantropos?

Lo que es realmente cierto es que ningún ser humano tiene unos caninos de tamaño tan extraordinario como el que más arriba hemos citado. Entre los pitecantropos, ocurre relativamente lo mismo, ya que sus caninos no suelen nunca sobresalir gran cosa del nivel de los restantes dientes.

Esta particularidad tan señalada es, precisamente, la que diferencia —entre otras cosas— a los hombres de los monos. Pero tan extraña circunstancia —que es perfectamente lógico que llamase notablemente la atención de los testigos presenciales—, podría deberse tal vez a una causa no natural: recordemos, al efecto, que los semang, entre otros, tienen la curiosa costumbre de limarse los dientes en punta, lo cual les da, efectivamente, un aspecto de mayor longitud que el que realmente tienen.

Seiveking suponía que dichos hombres peludos habían tenido ya algún contacto con la civilización —antes del encuentro que hemos relatado— ya que de hecho conocían el fusil y su empleo, a juzgar por el pánico que su sola vista despertó entre ellos.

Resultó luego que otros ejemplares de tan extrañas criaturas habían sido vistos también en 1937 en los Estados de Kelantan y de Perak. Y como quiera que todos ellos parecían espiar cuidadosamente a sus «cazadores», volvemos a deducir así que tal hecho estaría basado en su conocimiento exacto de las armas de fuego y del peligro gravísimo que para ellos representaban.

Tales son, en esencia, las informaciones que han llegado hasta nosotros a través de las agencias de Prensa. Me he hecho eco de ellas, ya que la persona del señor Seiveking —quien se interesó hasta el máximo en tal incógnita— me ofrece las mayores garantías.

Pero habrá que esperar hasta tener más y más exactos datos antes de arriesgar un pronóstico. Mas lo menos que podemos decir de esta historia es que es apasionante e intrigante al mismo tiempo, sin que por ello hayamos de dejarnos llevar por tal o cual teoría. En todo momento será necesario guardar la claridad de juicio y el espíritu tranquilo, para que no puedan influirnos los posibles precedentes. Cuando Stanley logró ver, por vez primera —en las selvas del Ituri— uno de los pigmeos wambutti, se lanzó a escribir rápidamente: «Éste es el eslabón que tanto hemos buscado y que viene a unir al hombre moderno con sus antecesores darwinianos...»

Capítulo V

ORANG PENDEK, EL INCONGRUENTE HOMBRE-MONO DE SUMATRA

Puesto que, como hemos visto anteriormente, existen aún en nuestros propios días representantes —desplazados en el tiempo— de las épocas geológicas más remotas, nada tendría de raro en buena lógica, que un día cualquiera hallásemos, ante nuestras propias narices, un auténtico pitecantropo en carne y hueso o, por decirlo de otra forma, auténticamente vivito y coleando. En todo caso, mucho menos extraordinario sería encontrarse con un ser tan poco «viejo» (filogenéticamente hablando) —puesto que tales seres sólo contarían así con una «antigüedad» de un millón de años apenas—, que morir del picotazo de un escorpión, cuyos orígenes datan de 400 millones de años atrás o que coger, en una playa, una língula no menos arcaica o pescar un auténtico celacanto que llega a nosotros desde una enorme distancia de unos 300 millones de años.

Claro está que tales encuentros no los tendremos precisamente en el bosque de Boulogne, ni en el huertecito de nuestra casa. Pero no por ello vamos a decir que tales hechos sean imposibles. Hay otras muchas regiones, como ya dijimos al principio del libro, donde tan extraordinarios encuentros tienen grandes probabilidades de producirse. Así, pues, el «encontronazo» con el referido pithecanthropus bien podría tener lugar un día cualquiera, en los inexplorados rincones de la Indo-Malasia, pongamos por ejemplo, patria también de los hombres-monos. Efectivamente, si la isla de Java, donde se exhumaron diversos restos del famoso pitecantropos está hoy ya casi total y perfectamente conocida, no pasa lo mismo con las islas cercanas de Sumatra y de Borneo, donde muchas regiones —boscosas o pantanosas— siguen siendo aún prácticamente inaccesibles. Por otro lado, sabemos que, antiguamente, también existieron en China pitecantropos muy parecidos a los de Java, y a los que en este vasto país se les dió el nombre de sinantropos. Todo

nos lleva a creer que fué justamente desde China desde donde los hombres-monos y sus congéneres emigraron hacia las islas de la Sonda. Y para tal viaje emigratorio, los pitecantropos tuvieron necesariamente que pasar por la península malaya y por la isla de Sumatra, en las cuales, quizá, hicieran alguna escala de duración más o menos larga. El problema es, pues, si podrían haberse mantenido luego en tales zonas hasta llegar así a nuestros mismos días

Yo me inclino a creer, sinceramente, que sí: que ello ha debido ser totalmente posible. ¿Quieren ustedes, incluso, una prueba? Hela aquí: Hasta hace muy pocas fechas aun, se ha venido discutiendo la problemática existencia, en Sumatra, de una nueva y determinada especie de rinoceronte. Y hay que reconocer conmigo que un paquidermo de tonelada y media de peso no es algo que pueda esconderse fácilmente tras cualquier delgado árbol o tras la más insignificante matita...

BADAK TANGGILING, NUESTRO EXTRAÑO RINOCERONTE

En una obra donde se pasa revista a determinados animales cuya existencia no ha sido aún oficialmente reconocida por la ciencia, un brillante especialista en la historia de la Zoología, el vulgarizador germano-americano Willie Ley, nos cuenta que, según los indígenas de Sumatra, en tal isla existe, además de la especie familiar del pequeño rinoceronte de dos cuernos (*Dicerorhinus sumatrensis*), otra clase de un solo cuerno nada más.

Tal animal parece ser bien conocido en la isla con el nombre de «badak tanggiling». Un cazador profesional holandés, G. C. Hazewinkel, presume incluso de haber matado ocho de tales bichos, lo cual nos hace realmente montar en cólera, pensando en que la referida especie es —caso de ser realmente cierta— francamente escasa y hasta quizá en vías de su extinción. Mas sea como sea, este «nemrod» moderno enseñó sus fotos y sus trofeos al Dr. Vageler, un naturalista holandés que habita en Java, y con el que discutió, en cierta ocasión, la posibilidad de capturar vivo uno de tales especímenes.

El Dr. Vageler ignoraba, hasta aquel momento, la existencia de dichos animales: publicó, en 1927, un informe sobre la materia, basado todo él en el examen de las fotografías que el cazador en cuestión le entregara. Precisaba en su trabajo que no se trataba de una especie de tamaño pequeño, como el rinoceronte bicorne de Sumatra, sino de un animal que medía los tres metros de largo muy holgadamente. Los machos no cuentan sino con un cuerno único: las hembras están totalmente desprovistas de tales defensas.

El médico holandés se hallaba encargado, en tal ocasión, de abastecer de animales a determinados jardines zoológicos: con este motivo se lanzó a prometerles, pues, algunos ejemplares vivos de dicho rino-

ceronte unicorne de Sumatra. «Pero esos ejemplares no llegaron jamás y el «badak tanggiling» sigue siendo una mera sombra —aunque algo substanciosa ya, sin embargo— en nuestras enciclopedias zoológicas. Mas estamos seguros que, un día u otro, acabaremos al fin por volver a descubrirle de nuevo.» Esto fué lo que escribió Willie Ley, allá en 1948.

Al leer tales relatos no puedo por menos de extrañarme de la extrañeza (valga la redundancia) que demostraban el Dr. Vageler y su comentarista, puesto que, en resumen: ¿no podría ser este rinoceronte unicorne de Sumatra un simple ejemplar del rinoceronte de la Sonda (*Rhinoceros sondaicus*), llamado también rinoceronte de Java y cuya distribución geográfica comprende toda una extensa zona o área situada al este de Bengala? Al comienzo de nuestro siglo, el naturalista británico F. C. Selous, escribía sobre tal materia: «Se le ha encontrado en Sikkim y en Assam, y nuestro animal va, a través de Birmania y de la península malaya, hasta Sumatra, Java y Borneo.»

Por mi parte, la existencia en Sumatra de rinocerontes unicornes de la Sonda me parece haber quedado firmemente establecida sobre bases bien sólidas desde hace largos años, puesto que, incluso, tuve yo la oportunidad de contemplar un ejemplar de tal especie —debidamente disecado— en el Museo Real de Ciencias Naturales de Bélgica: era un joven macho, traído de la ya citada isla. Y aquella piel que, debidamente rellena, sirvió para el montaje del animal exótico, había sido donada al Museo por un tal señor Suyckerbuyk, ¡nada menos que el día 2 de febrero de 1875!

Mas por un exceso de conciencia, me dediqué a la búsqueda del auténtico informe del Dr. Vageler, y tras buenos trabajos, logré hallarlo al fin en la revista alemana «Die Umschau».

El médico holandés afirmaba allí que la «rhimba», o sea la jungla de Sumatra que cubre, sobre una extensión extraordinaria, toda la parte del sur y del oeste de la isla, «es aún prácticamente desconocida, ya que nadie ha llegado todavía hasta su recóndito interior». He aquí, pues, un escenario capaz de ocultarnos toda una serie de cosas o de animales ignorados. Mas a pesar de ello, sigue él diciendo luego que «los rumores extendidos por los indígenas del sur de Sumatra, a propósito de un «badak tanggiling», o rinoceronte con escamas, han sido siempre relegados al terreno de la fábula o, en el mejor de los casos, torcidamente interpretados.»

El mismo Dr. Vageler reconoce que, al principio, no sospechaba tan siquiera la posibilidad de hacer un sensacional descubrimiento zoológico interesándose por el referido «badak tanggiling».

«Es cierto, nos cuenta él, que yo había hablado muy a menudo con G. C. Hazewinkel sobre el rinoceronte gigante, cuya captura habíamos proyectado juntos incluso. Pero la cuestión del número de cuernos no se había puesto jamás sobre el tapete, ya que él en su fuero interno, se hallaba firmemente convencido de que no tenía sino uno y yo, por mi parte, tampoco suponía, en mi

interior, que nadie pensase que tuviese sino dos... Hasta que un día, y por azar, salió a relucir tal punto en nuestra conversación.

A la luz de mis conocimientos teóricos traté de hacer ver a mi interlocutor que se hallaba equivocado. ¡Los rinocerontes de Sumatra han de tener, forzosamente, dos cuernos! Afortunadamente, mis razones no hicieron mella, ya que sobre la teoría se alzaba en él la razón cierta de que los 8 especímenes que derribara anteriormente no tenían sino un solo cuerno cada uno. Y esto, como colofón, me lo demostró mediante la firme prueba de otras tantas fotografías. Para acabar de echar por tierra mis asertos, pasó a demostrarme también que las hembras de tales animales ¡no tenían ninguno!

La longitud de las bestias capturadas pasaba ampliamente de los tres metros, lo cual equivalía a vez y media la largura normal del rinoceronte corriente de Sumatra. Su piel, además, se hallaba curiosamente plegada y desprovista en absoluto de pelo. A juzgar por las fotos citadas se hubiera podido pensar que se trataba de rinocerontes de Java. Mas luego, estudiando con mayor detenimiento las piezas allí representadas, se sacaban inmediatamente otras nuevas e interesantes deducciones. La piel, efectivamente, parecía estar recubierta no ya de pliegues sino de un gran número de pequeñas escamas fácilmente separables (de las cuales carece en absoluto el rinoceronte javanés), cualidad esta que justificaría así el sobrenombre de *tanggiling* —que quiere decir «animal con escamas»— con que le apodan los indígenas. Se veía también en aquellas copias, un desarrollo extraordinario de los incisivos inferiores, lo cual venía a darle un cierto parecido con los hipopótamos.»

LA IDENTIDAD DEL RINOCERONTE CON ESCAMAS

Del artículo del Dr. Vageler podemos sacar unas interesantes conclusiones. En primer lugar, la descripción que él nos da de la escamosa piel del «badak tanggiling» se parece extraordinariamente a la del rinoceronte de la Sonda: la de tales animales, en efecto, está recubierta de pequeñas escamas, a menudo hexagonales, que recuerdan grandemente el aspecto de la superficie de una piña de pino aun cerrada. M. Neuville ha hecho notar que algunas de estas escamas pueden, «en el caso de pieles ya secas, ser fácilmente desprendidas del substratum, o sea, de la dermis».

No puedo comprender, por tanto, que el Dr. Vageler pudiese decir del rinoceronte de la Sonda (o de Java) «que no posee tales pequeñas escamas fácilmente desprendibles y que su piel, casi sin pelo y muy plegada, hace recordar la de los rinocerontes africanos». Que no tiene pelo está fuera de dudas, lo que viene a diferenciarla así de la del pequeño rinoceronte bicorne de Sumatra, cubierto de pelos lanosos, de color oscuro y de longitud considerable ¿Muy plegada? Sí, sin duda, pero no en la forma en que lo está la de los rinocerontes africanos cuya piel, seca y con pliegues se acerca bastante a la de los elefantes; como decía yo más arriba, la piel del rinoceronte javanés está adornada de pequeñas escamas o, mejor aún, de pequeños tubérculos córneos. Vista de lejos puede, efectivamente, ser considerada como lisa, contrariamente a lo que ocurre con el tercer rinoceronte asiático, el gran rinoceronte uni-

corne de la India *(Rhinoceros unicornis)*, cuya piel, profundamente surcada de grandes pliegues, está cubierta, a mayor abundamiento, por unos grandes tubérculos córneos extremadamente salientes.

Es posible, quizá, que el Dr. Vageler, aun a pesar de haber vivido en Java, no hubiera visto nunca mas que de lejos —o ni esto quizá— ejemplares de la especie llamada «javanesa». Es preciso señalar que se trata de un animal más escaso cada vez, cualidad ésta que se debe a las auténticas matanzas que han llevado a cabo toda una serie de traficantes sin escrúpulos.

El cuerno de estos animales tiene la reputación de que, una vez transformado por talla en copa o vaso en que beber, sirve para neutralizar el efecto de los venenos; reducidos a polvo, se venden también en todas las farmacias chinas, bajo el nombre de *obat*, como un magnífico remedio contra la impotencia sexual.

Los despojos de estos desafortunados paquidermos son comprados, pues, a precio de oro, todo lo cual viene a justificar cuanto antes decía sobre las matanzas a que los traficantes han sometido a esta raza.

Los rinocerontes de la Sonda serán, sin duda, las primeras víctimas de tales hecatombes, ya que en la actualidad parecen haber desaparecido en absoluto de Borneo y, según los datos del censo de animales, no quedaban en toda Malasia sino unos 70 individuos en el año 1937. La guerra, la ocupación japonesa y la revolución indonesia habrán también contribuído, sin duda, a aminorar más aún tan exigua cantidad.

Hoy no hay, a mi juicio, sino una circunstancia que puede asegurar tal vez la multiplicación y existencia de dichas razas: es el miedo que los indígenas sienten por el tigre, señor casi absoluto de las mismas zonas en que tales rinocerontes habitan.

El Dr. Vageler, en todo caso, parece estar pésimamente informado acerca de los rinocerontes de la Sonda, ya que, entre tales animales, la hembra está siempre desprovista de cuerno, lo que les acerca así al famoso *badak tanggiling*.

Nos queda, por fin, la famosa cuestión de los formidables incisivos inferiores de tal clase de rinoceronte, y cuyo carácter extraordinario se refleja fielmente en las fotografías obtenidas por M. Hazewinkel. Yo, personalmente, he examinado cuatro cráneos de *Rhinoceros sondaicus*, procedentes de Java y de Borneo, y debo reconocer que ninguno de ellos tenía unos incisivos así de desarrollados. Pero esto, creo, puede explicarse también sin mayores misterios: en los ejemplares muy jóvenes tales incisivos no han crecido aún del todo; en los adultos, se hallan ya desgastados por el uso; en los «viejos», ya se han caído. Sin embargo, del estudio de sus restos, o de sus alveolos, más concretamente, podemos deducir, sin temor a error, que estos huesos deben pasar por un momento en que alcanzarán, bien seguro, un tamaño impresionante. Un tamaño que corresponderá, pues, a un crítico momento entre la «infancia» y la madurez total, entre el momento de acabar su desarrollo y

el de comenzar, luego, su disminución o su desgaste por el uso. Sin duda, pues, la foto obtenida por Hazewinkel fué tomada de un ejemplar que se hallaba en tal momento.

Además, la foto que acompañaba al informe del Dr. Vageler sobre el animal referido, parece ser la de un rinoceronte de Java. Y éste, ello es incontestable, merece mejor el nombre —menos restrictivo— de rinoceronte de la Sonda e incluso aquel otro que se le da a veces de rinoceronte malayo (ya que su área de dispersión se extiende casi hasta Malaca e incluso Indochina). En cuanto a la variedad de Birmania es posible que deba ser considerada como una especie o tal vez como una subespecie distinta *(Rhinoceros sondaicus lasiotis)*, caracterizada por el fleco de pelos que bordea sus orejas.

UN ROMPECABEZAS PARA ZOÓLOGOS

La ignorancia del médico holandés en cuanto a la existencia del rinoceronte de la Sonda en Sumatra, no debe sorprendernos mucho ya que, en 1927, el mundo de los zoólogos no parecía tampoco estar demasiado seguro sobre tales extremos.

«Hasta ese día —escribía en 1928 L. F. Beaufort, del Museo Zoológico de Amsterdam— la distribución del *Rhinoceros sondaicus* Desmarest ha sido un auténtico rompecabezas para los zoólogos. Se sabía que se hallaba en Java, así como en Malaca e incluso más al oeste, pero nunca se le encontró ni en Sumatra ni en Borneo [...] En los últimos años se ha llegado a sospechar que el rinoceronte javanés vivió antiguamente en Sumatra pero que, al presente, se había extinguido en tal zona por alguna razón desconocida.

Es cierto que el *Rhinoceros sondaicus* fué señalado en diversas ocasiones como habitante de Sumatra, mas también es cierto que ninguna de tales menciones nos ofrecían una certeza absoluta. Gray, entre otros *(Catalog. Carnivorous, Puchydermatous,* etc., Mammalia, 1869) hace constar que un esqueleto de esta especie figura en el *British Museum,* ofrecido por el Museo de Leyde a M. Frank, y titulado como *R. sumatranus* procedente de Sumatra; mas el autor estaba tan absolutamente convencido de que esta especie no habitaba allí que llegó a suponer «que algún error debía haber en todo aquello, bien fuera en el nombre o bien en el lugar de origen». En el mismo catálogo describe también al *R. flowery* (que resultó después ser un simple sinónimo del *R. sondaicus)* según un espécimen donado por sir Stamford Raffles y que, por tal única razón, se suponía fuese originario de Sumatra.»

Sir Thomas Stamford Raffles (1781-1826) fué el famoso Administrador inglés que fundó Singapur. Durante cinco años, de 1818 a 1823, fué gobernador adjunto del Fuerte Marlborough en Sumatra y, en el curso de esta larga estancia, tuvo ocasión de recoger numerosos especímenes de la flora y de la fauna locales, que ofreció luego a la Sociedad Zoológica de Londres, en cuya fundación él también tomó parte. Mas como también intervino en la conquista de Java —ocupada en aquel

entonces por los franceses— e incluso participó en persona en tal expedición, es posible pensar que incluyera en su colección algunos ejemplares javaneses. En todo caso, parece demostrado que el origen del espécimen en cuestión no estaba demasiado claro ni que la deducción hecha tuviese una firme y bien cimentada base.

Mas de todos modos, en las memorias de sir Raffles, publicadas por su viuda, podemos leer las siguientes líneas:

«Existe en las selvas de Sumatra otro animal que nunca ha sido localizado; por su tamaño y por su aspecto recuerda mucho al rinoceronte, pero no tiene

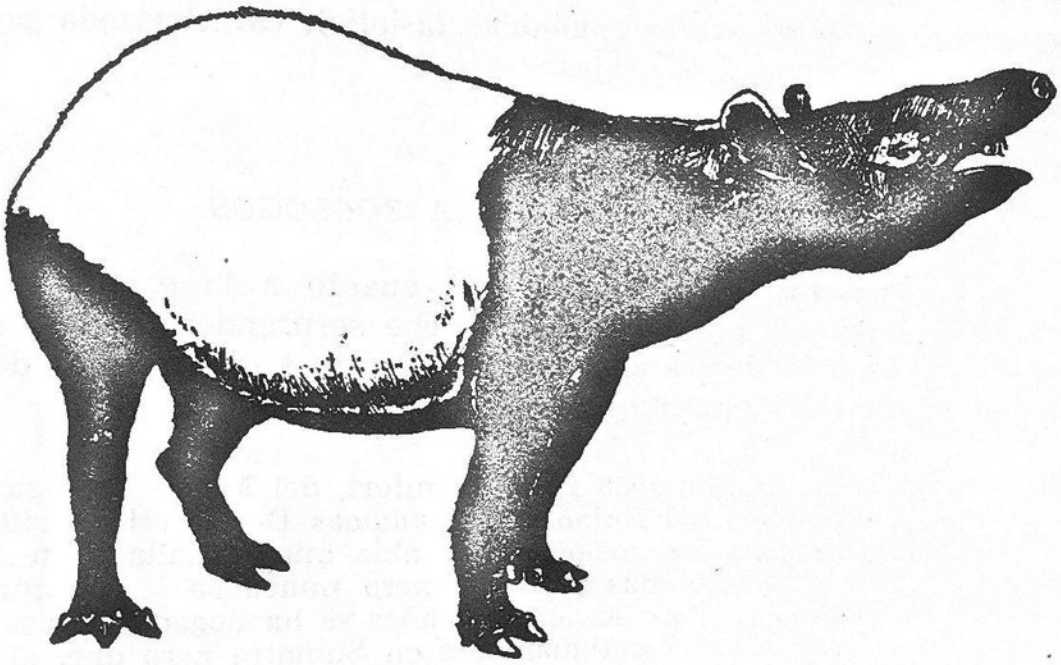


Fig. 27. — *Tapir de lomo blanco de las Indias*

más que un cuerno. El animal se distingue por la presencia de un estrecho cinturón blanquecino que rodea su cuerpo.»

Precisa, más adelante, que tal animal es designado por los indígenas con el nombre de *teuxon*.

«No hay la menor duda —escribe a este respecto el señor de Beaufort— que es el *Tapirus indicus* a quien se refiere Raffles, pero el «cuerno único» nos deja pensar que los rumores relativos al rinoceronte javanés no se hubieran extinguido aún en aquel entonces y que, por tanto, llegasen hasta Raffles, quien pudo creer, de buena fe, que se referían todos aquellos datos a un solo y único animal.»

Y para completar ahora este pequeño sucedido de la historia de la Zoología, precisemos que, medio siglo antes, el inglés Wahlfeldt incurrió en idéntica confusión al mencionar un rinoceronte «bicolor» en su obra relativa a Sumatra. Llegó incluso a publicar un dibujo en el cual hoy en día, hasta los más profanos pueden reconocer al tapir de lomo blanco,

que —digámoslo— era desconocido aún en tales épocas. Y considerando sin duda que un animal tan específicamente americano como el tapir *no podía existir en Oriente*, los primeros viajeros que oyeron hablar, en aquellas remotas zonas, de la existencia de este animal, o que incluso llegaron a divisarle en la jungla, no sintieron el menor reparo en definirle como un pequeño rinoceronte para no dar así a torcer su brazo en cuanto a esta diferencia de zona de residencia.

«Recientemente —prosigue diciendo el señor de Beaufort— Dammerman dijo que había buenas razones para creer que el *R. sondaicus* existiese en Sumatra. Robinson y Kloss han incluído también esta especie en su «Lista de los mamíferos de Sumatra» mas sin decirnos el por qué. Kloss, incluso llega a mencionar dos especímenes de esta especie de Perak (Malaca) añadiendo luego a tal respecto: "Existen en Sumatra pero, sin duda alguna, en número muy limitado".»

Tras ello, de Beaufort cita el informe del Dr. Vageler, comentándolo luego de la forma siguiente:

«Las reproduciones fotográficas que acompañan a su texto nos muestran un animal que no parece diferir del *R. sondaicus* y un cráneo del que podemos afirmar exactamente lo mismo.»

Concluye luego el autor y dice que, actualmente, no pueden ya caber dudas respecto a la presencia en Sumatra del rinoceronte de la Sonda:

«En la actualidad, M. Ruhe ha donado al Museo Zoológico de Amsterdam un esqueleto completo de un ejemplar hembra de *R. sondaicus*, espécimen que fué cazado por Kreth a 250 kilómetros al sudoeste de Palembang, en Sumatra. Tras su estudio debo reconocer que no he podido hallar en él ni el menor detalle que pudiera diferenciarle de los especímenes javaneses. Los incisivos de la mandíbula inferior no son tampoco más grandes.»

Luego, a título documental, añadía su autor toda una serie de datos y medidas concretas.

De hecho, pues, si se había tenido ya conocimiento, con anterioridad, de su existencia a través del espécimen donado al Museo de Historia Natural de Bruselas en 1875, y dado que tal ejemplar provenía, sin el menor equívoco posible, de Sumatra, creo yo poder decir que el misterioso asunto debiera haber quedado esclarecido sin la menor dificultad y desde sus mismos orígenes.

Lo que viene a probarnos de nuevo que la exploración de los Museos, sobre ser muchísimo menos peligrosa y harto más cómoda, suele tener a veces unos resultados tan fructíferos como la mejor de las cacerías a través de las impenetrables junglas.

INVENCIÓN Y DESCUBRIMIENTO DEL HOMBRE-MONO

Todo el mundo reconocerá que una isla capaz de esconder durante largos años un animal tan voluminoso como un rinoceronte, podrá también servir, a las mil maravillas, de refugio a un gran mono desconocido. Luego, ¿por qué no a un hombre-mono?

Y esto es justamente lo que pretenden los indígenas de Sumatra. Lo más extraño de todo es que incluso ya lo pretendían antes de los descubrimientos paleontológicos del Dr. Eugène Dubois, en 1891, y con anterioridad también al momento en que en el espíritu de Ernst Haeckel —allá por el 1865— llegase a germinar la idea del hombre-mono, cosa ésta que ocurrió tras la publicación del famoso libro de Darwin *Los orígenes de las especies.*

Y si bien este último no llegó a deducir de su propia teoría algunas conclusiones relativas a la ascendencia humana, quizá por miedo a herir los sentimientos religiosos de sus compatriotas y a hacerse blanco de la reprobación pública, su colega alemán, por contra, llegó incluso a pecar por el extremo opuesto. Propuso, ante la mirada atónita de un mundo escandalizado, la realización de un árbol genealógico completo del hombre que mostrase, en su encadenamiento histórico, toda la serie de estados ancestrales por los cuales nuestra raza ha ido pasando para separarse, lentamente, del reino animal. Igualmente artista que erudito, llegó incluso a llenar las lagunas que se presentaban en nuestra «galería de antepasados», mediante la creación de toda una serie de seres intermedios, absolutamente hipotéticos. Así, el antecesor más directo del hombre que él nos propuso, era el *Dryopithecus,* un antropoide caracterizado del Mioceno, lo cual —reconozcámoslo— decía bastante de la propia modestia de este sabio que formaba parte de una familia que contaba con tan preclaros varones como Lucas Cranach y Goethe nada menos... Pero él consideraba también que el paso entre el gran mono y el hombre del Pleistoceno era demasiado importante para hacerlo así, sin más ni más, sin transiciones. Por consiguiente, volvió a inventarse un nuevo ser que, por su anatomía, estuviese a mitad de camino entre ambos, y que debería necesariamente haber vivido en el Plioceno que es, también, la época intermedia. Y una vez inventado, pasó a darle el nombre de *Pithecanthropus,* que quiere decir, hombre-mono.

La existencia de esta fabulosa criatura llegó a estar tan firmemente introducida en los espíritus de los darwinistas y de los «haeckelistas» que, con ocasión del sexagésimo aniversario de Haeckel, no dudaron en ofrecerle, como regalo, un cuadro representando a la familia del hombre-mono, debido al pincel de Gabriel Max. En esta hábil pintura figuraba un macho, acompañado de su hembra quien, dicho sea de paso, se hallaba en tal momento ocupada amamantando a su bebé; los tres tipos

así pintados eran unos seres más bien raros, en cuyos rasgos se mezclaban, al 50 por ciento, los trazos humanos con los simiescos. Eran humanos por su piel desnuda, por su larga cabellera flotante y por su posición erecta; simiescos, por su frente deprimida, sus arcos superciliares sa-

Fig. 28. — *Reconstitución del «Pithecanthropus» de Java, presentado en la Exposición Universal de 1900 (Pabellón de las Indias neerlandesas). La hoja de parra es una concesión al puritanismo de aquella época*

lientes, su mandíbula prognata y por sus grandes dedos de los pies, bastante divergentes.

En el momento en que esta obra fué ofrecida a Haeckel, en 1894, el mundo occidental ignoraba aún que uno de los discípulos predilectos del zoólogo alemán acababa de descubrir, en Java, los restos auténticos de un hombre-mono. Demasiado bello para ser verdad, pero verdad, sin embargo.

Entusiasmado por las ideas de Haeckel, un joven médico holandés, llamado Eugène Dubois, se inscribió en el Servicio de Sanidad del ejército colonial de su país, con la sola esperanza de ser enviado a las Indias neerlandesas. Creía él firmemente que era en las islas de la Sonda, patria del gibón, donde más probabilidades había de encontrar esqueletos del hombre-mono. ¿No había acaso proclamado su maestro que el gibón era, justamente, el más cercano pariente del hombre?

El hecho es que nuestro animoso médico desenterró en Java, más exactamente en Trinil, sobre un ribazo del río Solo, en una toba volcánica de probable origen pliocénico, un fragmento de casquete craneano con arcos superciliares muy salientes, de frente deprimida y cuya capacidad parecía ser de un valor intermedio entre la de los actuales antropoides y la del hombre. Halló, también, a la vez, dos molares, un premolar y un fémur de apariencia humana, lo que permitía deducir la habitual posición erecta de su propietario.

Basándose sobre tales restos —escasos, mas inapreciables—, el doctor Dubois anunció, en 1894, que había exhumado los restos del *missing link*, del eslabón que faltaba justamente en la teoría darwiniana. Tal declaración despertó el entusiasmo que es de suponer entre los medios evolucionistas. En la Exposición Universal de 1900, el público fué invitado, incluso, a admirar —en el pabellón de las Indias neerlandesas— una reconstitución, hecha en cartón piedra, del ya célebre *Pithecanthropus erectus*.

Los hallazgos de Eugène Dubois fueron luego criticados con la mayor severidad, y no sin razón, pero llegaron a ser confirmados, al fin y al cabo, por el resultado de las sistemáticas exploraciones organizadas entre los años 1936 y 1939 por el paleontólogo holandés Ralph von Koenigswald. Así lograron exhumar en Java otros tres cráneos fragmentados de otros tantos pitecantropos. El descubrimiento en Pekín de restos ya más completos de un hombre-mono muy parecido (y al que se bautizó con el nombre de *Sinanthropus*, aun cuando en rigor el nombre que le correspondía era el de *Pithecanthropus pekinensis*), vino a enriquecer nuestros conocimientos sobre tan extraños seres. ¿Eran, realmente, los antepasados del hombre? Tal punto de vista no es casi defendible; la mayor parte de los antropólogos hacen, de los pitecantropos, una rama que se separó de la raza humana desde el final de la era Terciaria; mas otros, entre los cuales acabó incluso por encuadrarse el propio Dubois, llegan a considerarles como gibones gigantes que renunciaron a la vida arborícola.

Poco importa, en realidad. Lo único que nos interesa en este trabajo es que tales seres, anatómicamente intermedios entre el hombre y el mono, hayan existido y que —si creemos a los indígenas de Sumatra—, siguen existiendo aún.

HAY ORANGS Y ORANGS. SIEMPRE HA HABIDO CLASES

Se cuenta con insistencia en Sumatra que, desde los tiempos más inmemoriales, viven en la parte sur de la isla unos bípedos de aspecto humano pero que presentan numerosos caracteres simiescos. Marco Polo fué el primero en traer tales rumores al Occidente:

«Sepan aún que en este reino de Lambry (parece tratarse en realidad de la provincia de Jambi) existen hombres que tienen una larga cola, casi de un palmo, y que no son peludos. Tales hombres viven en las montañas y se portan como salvajes; y dicha cola es tan gruesa como la de un perro (1).»

Marsden, secretario de la residencia de Benculen y comentarista de la edición inglesa de Marco Polo (1818), pensaba que lo que dió origen a tal fábula fué la existencia *real,* en el interior de Sumatra, de dos especies de indígenas, habitantes de los bosques, que evitan a propio intento toda relación o contacto con los demás moradores de la zona; estas dos especies son conocidas bajo los nombres de *orang kubu* y *orang gugu* respectivamente. Los primeros —sigue él opinando— parecen ser bastante numerosos, sobre todo en la parte del país situada entre Palembang y Jambi. Tienen un lenguaje muy particular y comen cuanto cae a su alcance, bien sean ciervos, elefantes, rinocerontes, perros, serpientes o monos. Los *gugu* son menos abundantes y se hallan cubiertos casi totalmente de pelo, por lo cual se asemejan muchísimo —salvo en lo que se refiere, claro está, al uso de la palabra— a esos grandes antropoides rojos a los que llamamos «orangutanes».

Y para no complicar más aún este ya de por sí retorcido asunto, diremos seguidamente que los *orang kubu* de Marsden son bien conocidos en nuestros días (bajo la influencia de la ortografía holandesa, se suele escribir el nombre de tales seres en la forma *koeboe*); es una tribu de indígenas que pueblan las selvas montañosas del sudeste de la isla, justamente donde Marsden les situaba en sus días. En cuanto a los *orang gugu* se podrá creer, a primera vista, que no son otros sino los propios orangutanes ya que, como hace notar Bontius, «los javaneses pretenden que tales animales saben hablar, pero que se niegan a hacerlo por temor a verse entonces obligados a trabajar».

Una cosa es cierta: ni los primeros ni los segundos tienen cola. Pero ya sabemos nosotros también que en tal apéndice sólo hay que ver el símbolo de un salvajismo real o achacado, más o menos inmerecidamente.

(1) Este párrafo se halla escrito, en la versión original del libro, en francés antiguo. El autor hace, a tal respecto, una llamada para indicar que, en contra de diversas opiniones, este relato del veneciano Marco Polo fué escrito directamente en francés. No hemos creído necesario verter tales renglones a nuestro castellano antiguo, que vendría a ser así, más o menos, su equivalente. — (N. del T.)

El Tarsero —«Tarsier spectrum»— último superviviente de un grupo que floreció al principio de la Era Terciaria, fotografiado en pleno salto
(C. Ernest Walker, Smithson. Ins. Washington D. C.)

El Opossum, cuya piel es tan codiciada por nuestras elegantes damas, existía ya 70 millones de años antes que ellas

Huella fósil del Arqueoptérix, pájaro-reptil del Jurásico, provisto de garras en las alas y de dientes

(C. Sciences et Avenir)

El Hoatzin del Amazonas, cuyas crías tienen aún sus alas armadas de garras

(C. Popper-Atlas Foto)

Marco Polo, por su parte, tampoco había visto, «con sus propios ojos», tales apéndices sino que, simplemente, se hacía eco de los rumores que por allá circulaban.

Las historias más recientes —e incluso las que se cuentan en nuestra época— no mencionan ya para nada la existencia de hombres con cola en Sumatra; se refieren en cambio a pequeños seres salvajes, parecidos al hombre por su postura bípeda y al mono por su pilosidad. Estos nos vuelven a hacer soñar con los misteriosos *nittaewos* o *pandek* (hombres bajos o pequeños) o incluso con los *orang letjo* (hombres chapurreadores). Pero éstos no son sino unos pocos nombres entre todos aquellos que les dan en tal región. De hecho, es tan sólo en el norte de la provincia de Benculen y en el sur de la de Palembang donde se les llama *orang pendek*. En Rawas se les designa *atoe pandak* o *atoe rimbo*; en el norte de Palembang, *sedapa*; en las orillas del pequeño río Batang Hari que con el Tambesi forman el ancho Jambi, *ijaoe*; en el sur de Benculen, *sedabo* o *goegoeh*. Estos *goegoeh*, como lo escriben los holandeses, son —con casi absoluta seguridad— los *gugu* de los que hablaba ya el inglés Marsden a principios del siglo pasado; en francés, es lógico pensar que pasaran a ser los *gougou*.

Mas, ¿quiénes son estos seres misteriosos? Comencemos, para deducirlo, por precisar lo que ellos no son, al menos al decir de los indígenas. Insisten éstos en remachar el hecho de que los *orang pendek* no son ejemplares de ninguna de las tres especies diferentes de gibones que existen en Sumatra, a saber: el gibón de manos blancas *(Hylobates lar albimanus)*, el gibón ágil o *ungko (Hylobates agilis)* y el gran gibón o *siamang (Symphalangus syndactylus)*. Ni tampoco son, siguen diciendo, los orangutanes, tan comunes en Sumatra y en Borneo.

A causa de la similitud de la primera parte de su nombre, aquel que no domine bien la lengua malaya estará inmediatamente tentado de establecer una relación o un parentesco entre el *orang pendek* y el *orang outan* (fig. 44) y de considerar quizá al primero como una simple variedad del segundo. Leemos muy frecuentemente, en obras de Historia Natural incluso, que los indígenas de Sumatra creen en la existencia de diversas especies de orangutanes. De hecho, *orang* significa simplemente «hombre» y se aplica a todo ser de apariencia más o menos humana. Y así como *orang malayu* debe ser traducido por «hombre malayo», y *orang pendek* por «hombre pequeño», la traducción correcta de *orang outan* no es otra sino «hombre de los bosques». (Los autores occidentales escriben a menudo *orang-outang*, lo cual es totalmente ridículo ya que, con tal ortografía viene a significar entonces «¡hombre comido de deudas!») Los malayos dan igualmente el nombre de *orang* a los monos no antropoides; así, por ejemplo, en Borneo llaman *orang-blanda* al famoso mono narigudo *(Nasalis larvatus)*, el Cyrano del mundo de los simios, cuyo macho posee una enorme y colgante nariz que puede llegar a medir hasta 7 centímetros de largo. Este nombre significa literalmente «hombre holandés».

adivinándose así, sin gran trabajo, el espíritu que anima a los malayos —más bien chatos— a dedicar el nombre a esta especie de monos.

Recordaremos, por último, como ya lo apuntamos en el capítulo anterior, que era a los negritos de Malaca a quienes, precisamente, daban los malayos el nombre de *orang outan* y no al gran simio rojo que nosotros conocemos bajo igual nombre, si bien por razón de vulgarización acabó éste en «orangután» simplemente. Es posible que tal vez los malayos de las costas llamen a tal antropoide, de vez en cuando, «hombre de los bosques», pero desde luego no es éste el nombre que recibe en aquellas zonas donde tiene habitualmente su residencia, que son, justamente, las partes

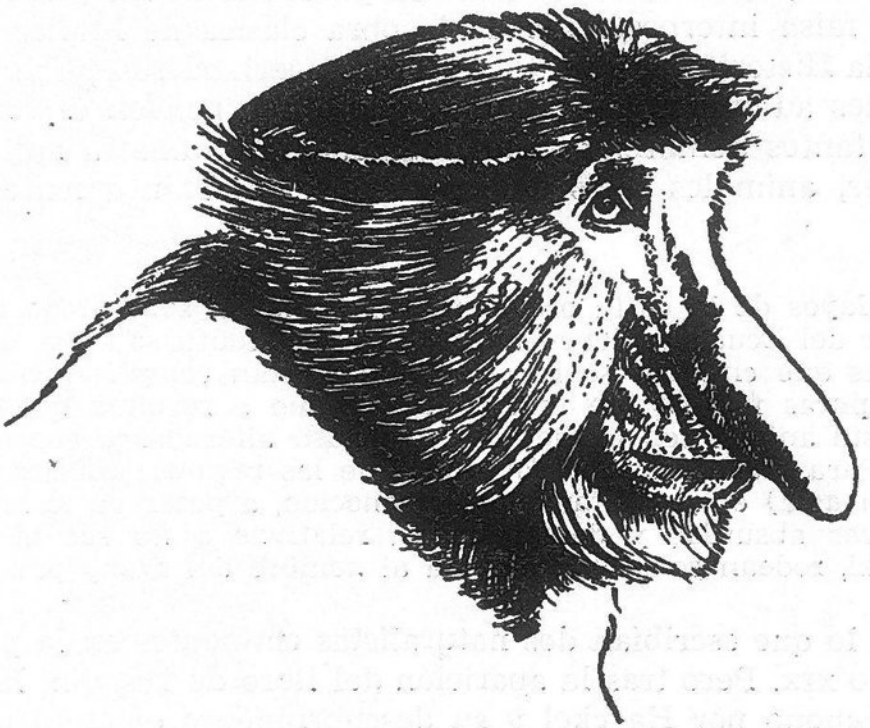


Fig. 29. — *Mono narigudo de Borneo, llamado «Orang blanda» (hombre holandés) por los indígenas*

más selváticas, boscosas e intrincadas del país. En Borneo se le llama —entre otros nombres—, *mya* o *mias* y en Sumatra *mawa* o *mawé*.

El Dr. Chenu, en su *Enciclopedia de Historia Natural* (1885) cayó en un grave error al escribir que «los malayos de la costa occidental (1) de Sumatra dan a tal simio el nombre de *mawé*, mientras que en Indrapura y en Benculen se le conoce bajo el de *orang panda* o *pandekh*».

El autor sigue afirmando luego que los orangutanes sólo se encuentran «allí donde se extienden las inmensas tierras bajas, húmedas y sombrías —con vastas selvas—, sumergidas a menudo por los ríos que las recorren y que salen de sus cauces; pero nunca viven en los montes boscosos. En

(1) Suponemos que, sin lugar a dudas, quiso decir «oriental» en lugar de «occidental», ya que la villa de Benculen y el Monte Indrapura (Pico Kerintji) se hallan ciertamente en la costa oeste.

Sumatra, donde tan vastas selvas no existen más que en su parte oriental y septentrional, el orangután se halla relegado a los reinos de Siak y de Atjeh; algunos individuos aislados tratan, a veces, de emigrar hacia los valles del interior del país, pero tales casos son raros, poco frecuentes y aislados».

Habrá que señalar, tras todo esto, que Benculen, por un lado, está situado sobre la vertiente occidental de los montes Barissan, donde no se conoce, de manera directa al menos, al orangután; por otro, que es precisamente en los montes boscosos, *no habitados nunca por los orangutanes*, donde se ha situado y señalado precisamente al *orang pendek*.

En realidad, el texto del Dr. Chenu parece estar íntegramente basado sobre una falsa interpretación de la obra clásica de Muller y Schlegel, relativa a la Historia Natural de las Indias neerlandesas, publicada en 1839 a 1844. Tales autores creían también que *orang pendek* o *panda* no eran sino otros tantos nombres que los indígenas de Sumatra aplicaban a los orangutanes, animales éstos que, por ende, son francamente escasos en dicha isla:

«Los malayos de la costa occidental de Sumatra, sobre todo aquellos que viven al sur del Ecuador, tienen unas ideas muy confusas sobre el orangután. Las historias que circulan sobre este animal están completamente entremezcladas con puras fábulas, de todo lo cual viene a resultar que las descripciones de este animal son exageradas e incluso alteradas a capricho del que las relata. Para muchos de los habitantes de las regiones costeras, el nombre de *majew (mawé)* es absolutamente desconocido, a pesar de lo cual toda una serie de ideas absurdas y descabelladas, relativas a un ser medio-hombre, medio-animal, rodean como una aureola al nombre del *orang panda*.»

He aquí lo que escribían dos naturalistas eminentes en la primera mitad del siglo XIX. Pero tras la aparición del libro de Darwin, la invención del hombre-mono por Haeckel y su descubrimiento efectivo por Eugène Dubois, algunos empezaron ya a pensar que el *orang pendek* no era un ser ni tan absurdo ni tan mítico como hasta entonces se le venía presentando.

RETRATO DEL «HOMBRECILLO CHAPURREADOR»

Al decir de los testigos, el *orang pendek* sería un bípedo de aspecto bravío, que habla o mejor dicho «chapurrea» en una lengua ininteligible. Vendría a medir entre 80 centímetros y 1,50 de alto. Su piel parece ser de un tinte moreno rosado y cubierta, casi totalmente, según la mayoría de las versiones, de un pelo corto cuyo color oscila entre el castaño oscuro y el negro. Posee además una larga cabellera francamente negra que cae por su espalda como una cascada de ébano. No tiene —digámoslo desde ahora mismo— cola visible.

Sus brazos no son tan largos como los de los antropoides; no suele tam-

poco brincar, sino muy raramente, por los árboles, sino que se desplaza sobre el suelo. La característica más rara que se le achaca es que anda con los pies al revés, o sea, ¡con los talones apuntando hacia delante!

Tras de oír todo esto, sus costumbres no pueden ya resultarnos raras en demasía; se alimenta de tiernos retoños, de frutas, de moluscos de agua dulce, de serpientes, de gusanos que busca removiendo las piedras o agujereando los troncos de los árboles derribados, operación ésta que lleva a cabo con una fuerza verdaderamente hercúlea. Pero su manjar favorito suele ser, al parecer, el fruto del «durión». En otras ocasiones cuando el apetito le ayuda a ello, hace buenas redadas en las plantaciones de plátanos, en las de caña de azúcar y hasta en los jardines indígenas.

Este monstruo de rostro humano es conocido en todo el Sur de Sumatra, por debajo del ecuador, y sobre todo en los Estados de Palembang y de Benculen; dicen también que se esconde en las altas matas de *similan* en determinadas zonas de los montes Barissan o en la región del *boekit* (volcán) Kaba.

Como nos lo prueba la nota de Marsden, la leyenda del *orang gugu*, alias *pendek*, había llegado ya a oídos de los viajeros occidentales en los primeros años del siglo XIX. Pero hasta casi cien años después, los colonos holandeses no comenzaron a interesarse seriamente por la existencia de tal criatura.

En 1917, ésta hizo su «presentación en sociedad» al aparecer, por primera vez, en una revista holandesa dedicada a la vida en los trópicos. En un artículo relativo a la jungla de Sumatra, un colono naturalista —el Dr. Edward Jacobson— contaba que dos indígenas que se dedicaban a capturar especímenes para él mismo, habían tenido un encuentro con el misterioso animal, al que llamaban, en lengua aborigen, *orang pendek*. El Dr. Jacobson vivaqueaba en plena selva, al pie del *boekit* Kaba, cerca de la plantación de Soban Ajam, cuando el 10 de julio de 1916 sus cazadores vinieron a contarle que habían visto, a una distancia de 20 metros, un *orang pendek* que se ocupaba entonces en capturar algunas larvas de insectos que extraía de la oquedad de un árbol podrido. El animal en cuestión era de color negro y respondía en un todo a la tradicional descripción de la extraña criatura. Al sentirse observada, siguieron diciendo, se levantó del suelo y se alejó corriendo sobre sus patas traseras.

El naturalista holandés dedujo *ipso facto* que no podía tratarse de un orangután, ya que éste, en tales circunstancias, hubiese escapado por la vía más rápida que para él sería la de los árboles. Por otra parte, en las inmediaciones del pico Kerintji, algo más al norte, Jacobson había tenido también ocasión de examinar una huella que el guía de la expedición afirmó ser de un *orang pendek* y la pisada en cuestión no se parecía en absoluto a la de los referidos grandes monos; venía a ser como la marca de un pie humano, aunque sensiblemente más pequeña que la de un hombre adulto, pero sin embargo, bastante ancha.

Nuestro hombre concluyó, pues, por pensar que debería existir en

Sumatra algún antropoide desconocido aún por los occidentales, lo cual no tendría nada de extraño ni de sorprendente toda vez que esta isla, casi virtualmente inexplorada, ha venido siendo continuamente una fuente de sorpresas en tal aspecto.

¿PODRÍA TRATARSE, QUIZÁS, DE UN VIEJO GIBÓN PELADO Y SARNOSO?

Un año después, otro colono, el Sr. L. C. Westenek, vino a darnos a su vez otros nuevos e interesantes testimonios sobre la enigmática criatura. Este —al igual que casi todo el mundo— no había hecho el menor caso de la leyenda que circulaba sobre el *orang pendek;* se había contentado con oírla, con esa especie de humor con que escuchamos a veces los más absurdos y divertidos cuentos la había clasificado entre aquellas otras leyendas o fábulas que hacen referencia a los *orang boenian* —los fantasmas que habitan en las grutas—, a los niños acuáticos de los grandes ríos, o a la de los *si-bigau,* los gnomos de pies retrovertidos que guardan a los cerdos salvajes. Por la noche, alrededor del fuego, solían oír hablar también de que en las selvas de los montes Barissan, entre la costa de Païnan y las alturas, viven unos pequeños hombrecillos con los cuales, al parecer, valía más estar en buenos términos de amistad. Cuando uno se arriesgaba a entrar en la selva era de buena política ir provisto de tabaco o, en su defecto, de musgo seco, que pudiera valer de ofrenda de paz en caso de tener un casual encuentro con ellos. Si no se tomaba la precaución de poner ante el umbral del campamento un buen puñado de tabaco, destinado a tan curiosos personajes, podía despedirse uno de dormir en toda la noche, ya que ellos se vengarían entonces, sin la menor duda, armando una algarabía ininterrumpida de mil demonios, o, si su enfado llegaba a más, vendrían a sacaros a tirón limpio de vuestro lugar de reposo.

L. C. Westenek apreciaba enormemente tales leyendas por lo que tenían de ingenuas y hasta de poéticas si se quiere. Pero un día del año 1910 su opinión cambió bruscamente como resultado de los acontecimientos que él mismo va a relatarnos ahora:

«Un muchacho de Padang, al servicio del señor van H..., tenía que desbrozar un terreno objeto de un arrendamiento enfitéutico; ocupado en tal tarea, penetró un buen día, acompañado de algunos coolies en el interior de la selva virgen de los montes Barissan, en las cercanías de Loeboek Salasik. De repente, pudo distinguir —a una distancia de unos 15 metros— una enorme criatura que corría sobre sus pies en idéntica forma que los hombres y que, dado su camino, parecía ir a cortar la ruta que seguían los coolies y el muchacho; la figura en cuestión era muy velluda pero, desde luego, no era un orangután. Mas su rostro no era ni siquiera parecido al de los hombres normales. El monstruo aquel paró de golpe su carrera y, volviendo la cabeza, divisó a los hombres; volvió la espalda y se alejó correteando calmosamente,

Los coolies por su parte, volvieron también sus espaldas y se alejaron de aquel paraje pero no tranquilamente, sino a toda la velocidad que sus asustadas piernas lo permitían. El muchacho quedó clavado sobre sus pies; al darse cuenta de que estaba ya solo, tomó también a buena velocidad el camino de la plantación, a la que llegó, finalmente, desfallecido. Ya en ella, escribió minuciosamente un relato de cuanto había pasado y de cuanto él viera. Esta nota autógrafa está ahora en mi poder.»

El señor Westenek nos transmitió igualmente todos los testimonios que recogió de boca de su amigo el Dr. Edward Jacobson —citado anteriormente—, y acaba relatando la aventura de la que fué protagonista el señor Oostingh, administrador de la plantación de café de Dataran.

A finales de junio del 1917, se hallaba éste en plena selva virgen, durante una excursión a los contrafuertes orientales del volcán Kaba, entre los ríos Aier Kembang y Aier Roeso. Después de haber dado vueltas y más vueltas, durante muchas horas, en plena densidad de la majestuosa selva, pudo de pronto divisar, a eso de las dos de la tarde y a una distancia no mayor de 10 metros, un ser sentado en el suelo en una posición tal que parecía estuviese tratando de encender fuego. El señor Oosting se alegró sobremanera al encontrar a alguien que pudiese, a buen seguro, indicarle el camino que él estaba tratando en vano de encontrar, y que habría de llevarle a Dataran. Pero antes de dirigirle la palabra vió algo que le chocó en extremo. Mas dejemos que sea el propio protagonista quien nos lo relate a su manera, y exactamente igual que, apenas un mes más tarde del incidente, se lo contó al propio Westenek:

«Vi a la primera mirada, que tenía los cabellos cortos —excesivamente pelado, pensé yo de primer intento— pero me chocó inmediatamente el hecho de que su cuello presentaba un notable aspecto; era como de cuero sucio, como de pergamino cargado de roña. Me dije para mis adentros: «¡Vaya un cogote más sucio y más apergaminado que tiene ese tipo!»

Era ancho de cuerpo y, al igual que los nativos, tenía anchos hombros, aunque muy caídos, y las espaldas fuertes; el color de su piel no es que fuera moreno, no; es que llegaba a tener el tono de una tierra negra, algo así como de un negro polvoriento, mezcla de gris y de negra suciedad.

Sin lugar a dudas, se dió inmediata cuenta de mi presencia, mas no por ello volvió hacia mí su cabeza. Se puso en pie, pudiendo yo así apreciar que su talla era muy parecida a la mía, aproximadamente pues de 1 metro 75 centímetros.

Al mismo tiempo, me di cuenta perfecta de que no era un hombre lo que tenía ante mis ojos y, consecuentemente, reculé ya que me encontraba totalmente desarmado en aquellos momentos. La criatura dió, con la mayor calma algunos pasos; luego, con un brazo ridículamente largo, se asió a un pequeño arbolillo para tomar impulso y saltar después, en un prodigioso brinco, a un árbol de gran tamaño, por entre cuyas frondosas ramas fué tomando altura, asiéndose a ellas, en su veloz marcha casi volante, alternativamente con el brazo derecho y con el izquierdo.

Mi impresión principal era, y aún sigue siendo, ésta: ¡Qué extraño animal de grandeza extravagante! Pero no era un orangután; sobre esto no

tengo ni la menor duda, ya que acababa de ver, bien recientemente, uno de estos grandes monos en Artis (Zoo de Amsterdam).

Era más bien un siamang monstruosamente grande; pero el siamang tiene siempre largos pelos y éste, por contra, los tenía muy cortos. No logré ver su cara ya que él no volvió la cabeza para mirarme; me despreció olímpicamente.»

A falta de una explicación mejor, Westenek se preguntaba si el señor Oostingh no habría visto, a pesar de todo, un auténtico *siamang,* o sea un gran gibón negro, de respetable edad:

«¿No serían los *orang pendek,* entre los gibones, lo que los «solitarios» entre los elefantes? Quizás, seres solitarios y abandonados, tatarabuelos tal vez, abominados y repudiados ya por todas las hembras del clan, y que posiblemente han perdido todo su antiguo pelaje por la acción de los años o por la de la sarna.»

Esta es, a mi modo de ver, una de las más sensatas y probables explicaciones sobre la naturaleza de la misteriosa criatura de los montes Barissan. No olvidemos que, en efecto, los gorilas cuando envejecen renuncian a la vida arborícola a causa de su peso y de su merma de facultades. ¿No ocurrirá lo mismo, pues, entre los gibones, con la única diferencia de que tal renuncia no obedezca a un aumento de peso sino, pongamos por caso, a la presentación del reumatismo senil, cosa ésta bien probable?

Salvo, claro está, que el *orang pendek* sea una especie muy particular de gibón; un gibón que hubiese optado, desde muy lejanas fechas, por la marcha bípeda, mientras que sus restantes «parientes» seguían especializándose en ese difícil «vuelo de trapecistas» que tan maravillosamente ejecutan por entre los árboles; un gibón que, por tal causa, hubiese evolucionado así en el sentido del gigantismo o bien que, a causa de tal gigantismo, hubiese tenido que renunciar a trepar por las ramas, lo cual no es sino poner la oración por pasiva.

Y mediante tal raciocinio, nos encontramos ahora frente a un nuevo dilema: ¿Es que un gibón de este tipo, un gran gibón terrestre, seguiría mereciendo su propio nombre de gibón? ¿No sería más apropiado reservar para él la denominación de pitecantropo? He aquí que, como en el caso de los *nittaewos,* todos los caminos parecen llevarnos a esta misma conclusión.

Y ella, en todo caso, es menos ridícula que la mantenida por el doctor Dammerman, director del Museo de Buitenzorg, a propósito del extraño ser hallado por el señor Oostingh.

Según él, las diversas descripciones del *orang pendek* hacen pensar en los orangutanes, «sobre todo, aquella parte del relato del señor Oostingh en que dice que tal animal es de color negro y que tiene el pelo corto». Esta apreciación tan poco sutil, nos hace recordar aquella célebre y divertida adivinanza que dice así:

—¿Qué diferencia existe entre Moisés y Napoleón?
—¿...?
—Ninguna. Los dos tenían barba, salvo Napoleón.

LOS TESTIMONIOS SE SUCEDEN

En todo caso, el relato de Westenek había sembrado un auténtico desconcierto entre todos los colonos del Landerneau de Sumatra. Invitado a dar más amplios detalles sobre sus experiencias personales y, entre otras, sobre el descubrimiento de huellas del enigmático animal, el Dr. Edward Jacobson trajo a colación, a este respecto, el testimonio de Coomans, jefe de explotación de los Ferrocarriles del Estado, en Padang:

«Cuando me hallaba efectuando ciertas investigaciones mineras en Benculen, hace ya tiempo, uno de mis capataces europeos —persona merecedora de la mayor confianza— descubrió unas huellas de enanos en el valle de Oeloe Seblat, entre el Redjang del Norte y la costa, o sea en la parte de los montes Barissan. Eran unas huellas como de pies de niños, sólo que más anchas. Posteriormente, mi propio informador descubriría otras huellas similares cerca de Soungei Klomboek entre Laïs y Aïr Dingin. Es curioso señalar que todo a lo largo del camino que tales huellas marcaban, las piedras del terreno habían sido removidas como si alguien hubiese estado buscando su alimento bajo ellas.»

El Dr. Jacobson pasa luego a hablarnos de sus propias experiencias. En 1915, en Sioelak Deras, unos cuantos indígenas le relataron que habían visto, por una o dos veces, un *orang pendek*. Precisaron que no se trataba en absoluto de un *siamang;* e incluso, que no se trasladaba por la vía de los árboles, sino sobre el suelo. Añadían a esto que, antiguamente, en el tiempo en que abundaban los rinocerontes en la región de Kerintji, era mucho más frecuente esto de encontrarse de manos a boca con los *orang pendek*. Los tales rinocerontes solían ser cazados gracias a unos estrechos fosos, camuflados con hojarasca, donde estos pesados animales caían, al no sospechar su presencia, y quedaban inmovilizados en ellos con las patas en alto. Cuando los cazadores recorrían las trampas, era frecuente que encontrasen allí a un *orang pendek* sentado sobre la panza del indefenso rinoceronte que, dicho sea de paso, había ya dejado esta vida gracias a la actuación del referido *orang pendek*, que pensaba nutrirse a costa de su carne.

El autor sacaba de todo esto la conclusión de que no podía, por tanto, tratarse de un antropoide, lo cual es bastante juicioso si se mira, al menos, bajo la luz de los conocimientos que, hasta nuestras fechas, tenemos sobre dichos grandes monos. Mas a pesar de todo, algunos de ellos no desprecian, en ciertas ocasiones, la carne y comen —si la cosa se pone a tiro— algún que otro pájaro o pequeños mamíferos e incluso —al decir

de algunos testigos— pequeños ungulados. Vemos, pues, que la existencia de un antropoide decididamente carnívoro no deberá ser rechazada *a priori*.

M. Jacobson pasó seguidamente desde Sioelak Deras al borde de Danau Bento, marisma gigante, situada en el sudeste del pico Kerintji y rodeada de una selva virgen que se extiende, sin solución de continuidad, hasta el río Jambi. El día 21 de agosto de 1915, en el curso de una excursión por tan inhabitadas regiones, donde sólo algunos cazadores se arriesgan a entrar a veces para capturar ciervos, su guía, Mat Getoep, llamó su atención con respecto a unas huellas de curiosos pasos, impre-

Fig. 30. — *Huella atribuída al «orang pendek», descubierta el 21 de agosto de 1915 por el Dr. Jacobson en las inmediaciones de la marisma de Danau Bento*

sas en las dos orillas de un arroyo (fig. 30). Era totalmente imposible confundirlas con las del orangután tan características, ya que éste marcha sobre los cantos exteriores de los pies (fig. 31). El guía afirmó que tales huellas, cuya longitud no pasaba de los doce centímetros, habían sido hechas por un *orang pendek*.

Un año más tarde, el mismo Jacobson viajaba por la provincia de Benculen, y había establecido su campamento cerca de la gran ruta que lleva desde Tjoeroep a Moeara Aman. En el curso de su paseo encontró casualmente a un indígena, quien le contó haber visto, un buen día, un *orang pendek*, en aquella misma ruta ocupado en comer frutas frescas al pie de un árbol durión.

El animal —seguía diciendo el aborigen— se hallaba totalmente recubierto de un pelaje marrón-rojizo (!!) y venía a tener el tamaño de un hombre bajo. Al ver al indígena, el ser en cuestión le hizo una extraña mueca, por lo cual éste juzgó prudente poner tierra de por medio. Pero a pesar de tan rápida visión, aseguraba formalmente que no se trataba de un *siamang*, cuyo color es negruzco.

Y finalmente, el Dr. Jacobson repitió lo que nosotros ya sabemos:

que el 10 de julio de 1916 sus cazadores indígenas encontraron un *orang pendek* ocupado en buscar larvas en la oquedad de un árbol. Pero parece ser que debió tener que soportar buenas chanzas de sus compañeros a costa de tal historia, desde que la dió a conocer, ya que manifestaba

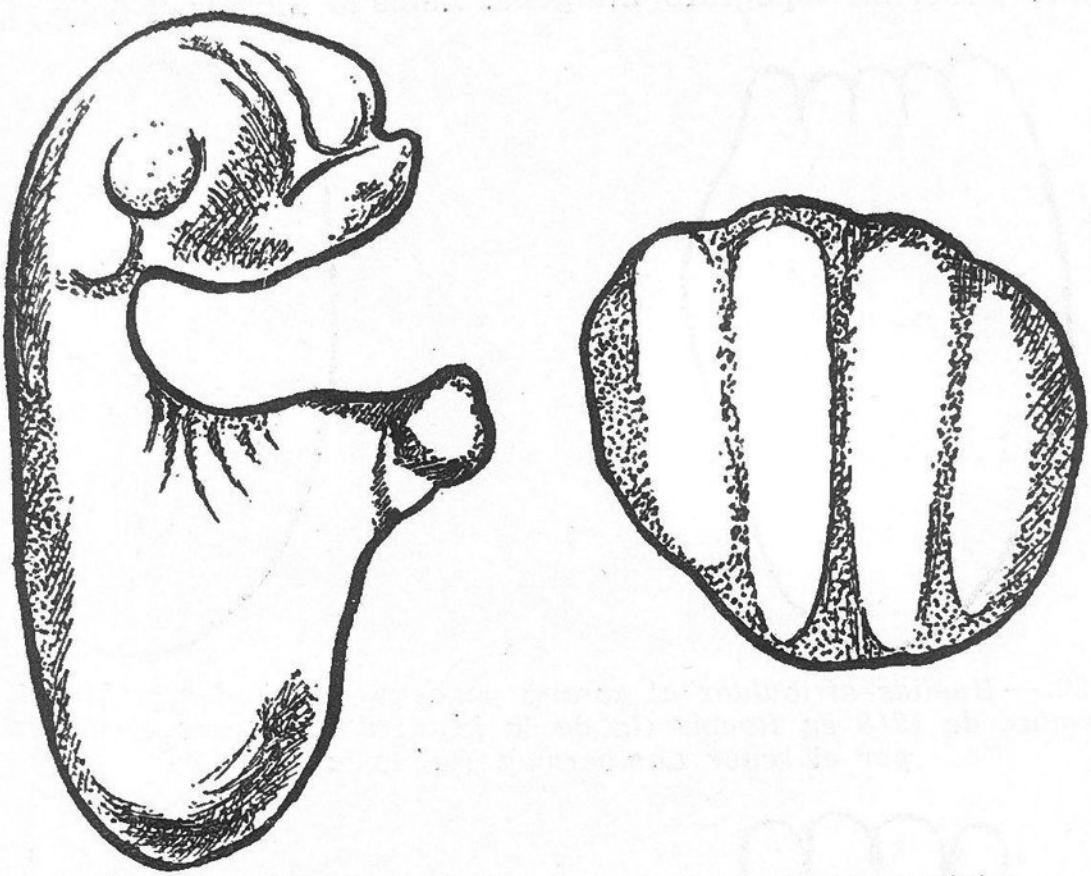


Fig. 31. — *Huellas dejadas por el pie (a la izquierda) y por las segundas falanges de las manos (a la derecha) de un orangután en plena marcha*

entonces, como curándose en salud, el más claro escepticismo frente a la posible existencia de tal animal, en tanto y cuanto que especie desconocida.

UNA COLECCIÓN DE INTRIGANTES HUELLAS

Vemos así que los descubrimientos de huellas dejadas al parecer por enanos, iban a repetirse en diversas ocasiones. El capitán R. Maier, del Servicio Topográfico, llegó a reunir, incluso, toda una colección de calcos de dicho género de pisadas. Cuando se hallaba de jefe de brigada en Benculen, allá por el 1920, las circunstnacias le habían llevado, efectivamente, a interesarse por este apasionante problema del *orang pendek* y, en el curso de sus numerosos viajes por el interior del país, se preocupó siempre de recoger cuanto material hallase sobre el mismo.

Y así fué como, para empezar, recibió del señor Lambermon —admi-

nistrador de la plantación de café de Kaba Wetan—, un dibujo de huellas de pequeños pies desnudos, encontradas o descubiertas durante el mismo día del mes de septiembre de 1918 en Roepit y en el flanco del volcán Kaba respectivamente. (Fig. 32.)

Más tarde, un topógrafo indígena, llamado Mohamad Saleh, adjunto

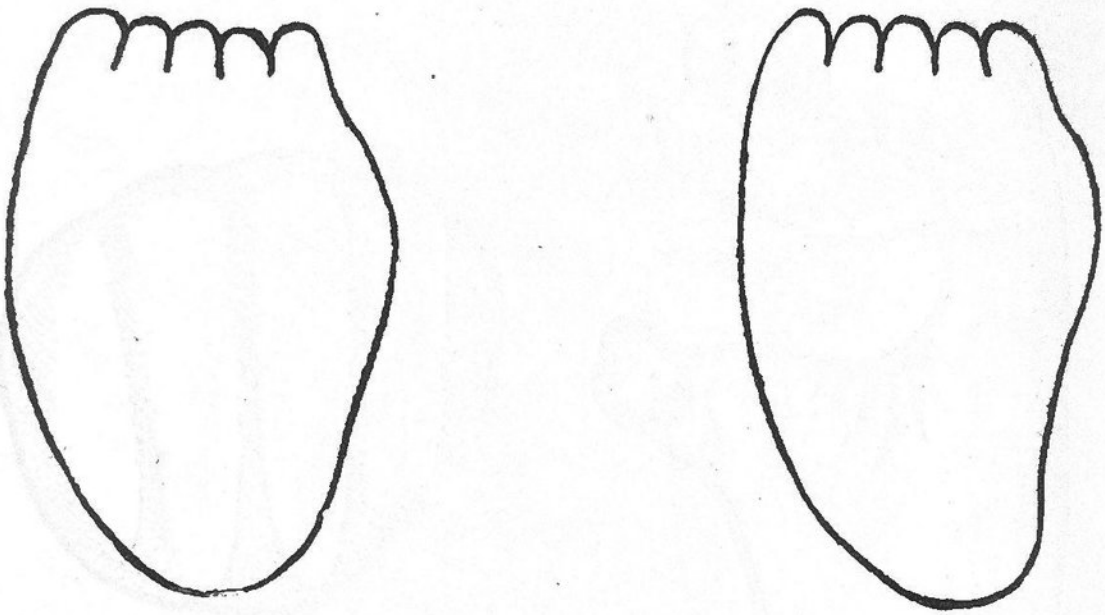


Fig. 32. — *Huellas atribuídas al «orang pendek» y halladas ambas el 21 de septiembre de 1918 en Roepit (la de la izquierda) y sobre el volcán Kaba por el señor Lambermon (la de la derecha)*

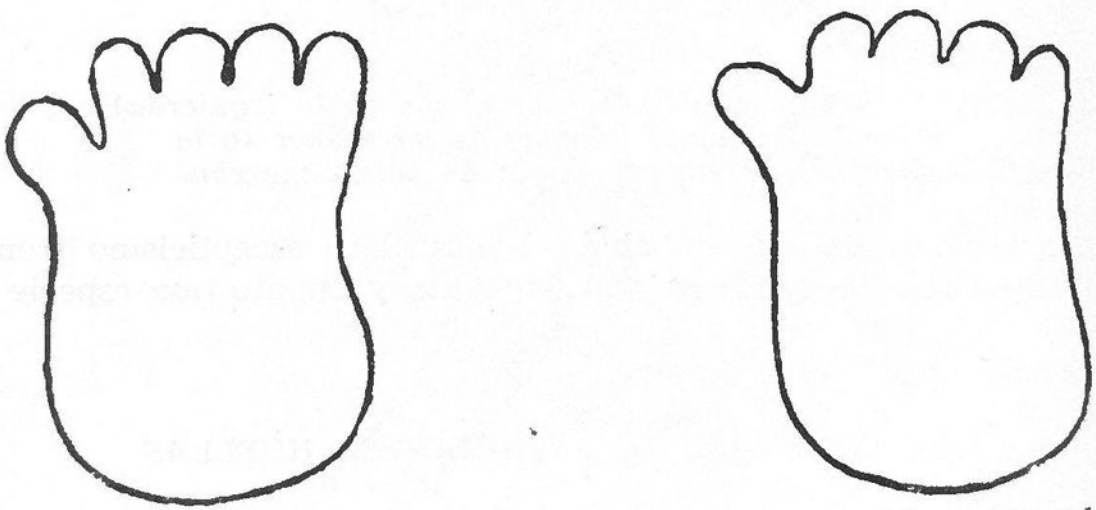


Fig. 33. — *Huellas igualmente atribuídas al «orang pendek» y descubiertas por Mohamad Saleh: una, la de la izquierda, en el bosque de S. Aro, el 25 de enero de 1920: la otra, la de la derecha, por tanto, cerca de Aïr Roepit, en enero de 1921*

al servicio del señor Maier, entregó a éste el calco de una huella encontrada en la selva de S. Aro en Marga Ambatjung, el 25 de enero de 1920. Un año después volvió a descubrir otra, muy parecida a la primera, cerca de Aïr Roepit, en el Soeroelangoen. (Fig. 33.)

Hubo también otro topógrafo, nativo igualmente de Sumatra, el Raden Kasanredjo, que facilitó a dicho señor Maier el dibujo de una doble pista de huellas halladas cerca de Aïr Masoedje y hechas, según podía deducirse, por una criatura de tamaño normal, acompañada de otra mucho más pequeña, su cría sin duda alguna. (Fig. 34.)

Un examen siquiera superficial, nos revela toda una serie de diferencias entre esas diversas huellas. Si bien las de contorno ligeramente triangular —halladas por Lambermon y por el Raden Kasanredjo— se parecen entre sí, las otras, más cuadrangulares —obtenidas por Mohamad Saleh— parecen haber sido hechas por una criatura bien distinta

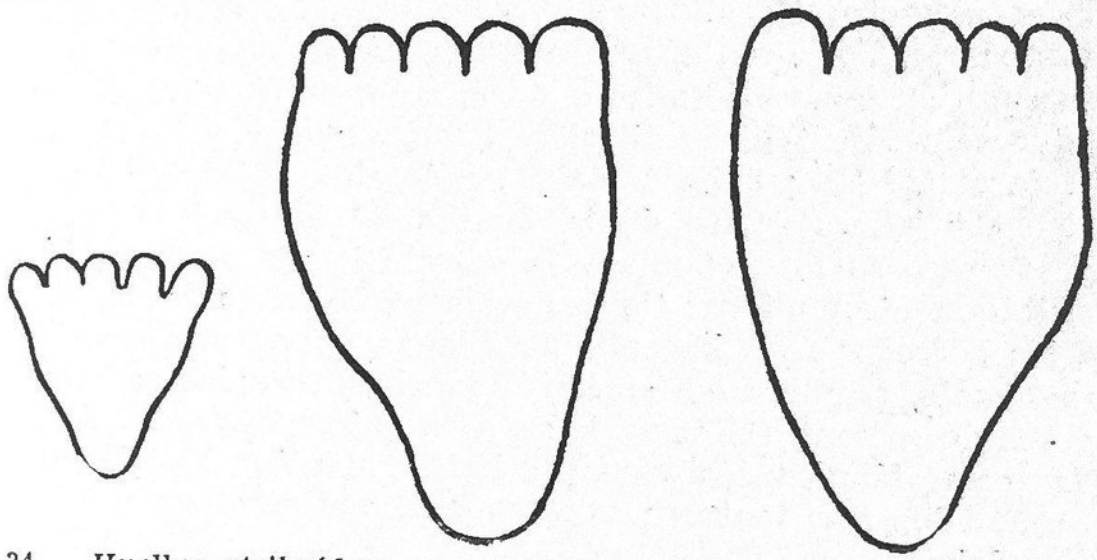


Fig. 34. *Huellas atribuídas a un «orang pendek» y a su cría, halladas en las inmediaciones de Aïr Masoedje por el Raden Kasanredjo*

de la anterior o, en todo caso, por otras extremidades del mismo ser. Las huellas que marcan las patas traseras y las delanteras de un mismo cuadrúpedo pueden ser, en efecto, muy distintas unas de otras.

Y es preciso reconocer también que ninguna de estas huellas puede parangonarse con la dibujada por el señor Jacobson; mas tal diferencia podría ser motivada por la mala calidad del dibujo o por su inexactitud en reproducir la huella por él vista.

Pero otras nuevas pisadas habrían de hallarse después. Y éstas, reproducidas con toda exactitud y fidelidad, volverán a traernos de nuevo a nuestro actual problema.

EL INAPREHENSIBLE SEDAPA

El testimonio más cierto que poseemos sobre el aspecto físico del *orang pendek* es, sin la menor duda, el debido a un colono holandés llamado Van Herwaarden.

En el año 1916, se hallaba éste efectuando ciertas exploraciones por el Estado de Palembang encaminadas a la búsqueda de nuevos bosques

explotables. Fué por esta época justamente cuando él oyó hablar, por vez primera, de un ser extraño y misterioso llamado *sedapa*. Pero las descripciones que de él le hicieron eran tan contradictorias y tan fantásticas que nunca pudo llegar a pensar que se refiriesen a un desconocido hombre de los bosques. Ello no obstante, su curiosidad se despertó con tales relatos y se dedicó a obtener, sobre tal tema, un mayor número de informes y de opiniones.

En 1917 y habiendo llegado a la ciudad de Palembang, comenzó a interrogar a los traficantes malayos que solían penetrar a menudo en la región del «Oeloe»: y así fué como trabó su primer conocimiento con el «*orang pendek*». Decididamente, ¡era imposible conceder crédito a tales rumores! ¿No le contaban acaso, unas veces, que el animal o monstruo en cuestión tenía sólo un ojo, en mitad de la frente? ¿No le decían otras, que tenía los talones dirigidos hacia adelante y los dedos de los pies hacia atrás? Para unos, trepaba por lo alto de los árboles como un auténtico «tjitjak» (lagarto de la familia de los geckos): para otros, si este ser raro se lo proponía y la ocasión lo aconsejaba, se transformaba súbitamente en feroz tigre. Por la noche, el ser aquel robaba la lana a los borregos para hacerse una blanda cama: mas como no todo iba a ser malo, también decían de él que había ayudado a veces a los buscadores de «rotan» (1) extraviados a encontrar su camino de regreso.

Todas estas fábulas acabaron por hartar al señor Van Herwaarden, quien renunció, por tanto, a proseguir su encuesta sobre *sedapas* y *orang pendeks*.

Pero al principio del siguiente año y en el curso de una exploración por el Semangoes (distrito del Moesi Oeloe), tuvo la sorpresa de hallar, en las orillas de un riachuelo, una serie de huellas de pies desnudos, muy parecidas a las que dejaría un hombre. Había dos series de ellas: unas mayores y, a su lado, otras pequeñitas. Llegó así a la conclusión de que debieron ser marcadas por una madre y por su hijito. Ejecutó un croquis, exacto y acabado, de las huellas en cuestión, pero —desgraciadamente— su dibujo se perdió como resultado de un súbito e inesperado chapuzón en las aguas del río.

Días después, el señor Van Herwaarden tuvo un encuentro con un tal Breikers, que había encontrado también otras huellas parecidas. Con esto volvió a pensar de nuevo que, después de todo, los rumores fantásticos que corrían sobre el *sedapa* podían tener como origen una criatura perfectamente real. Podía pasar muy bien, como a menudo ocurre, que tales rumores, al irse propagando y transmitiendo, sufran las transformaciones más extrañas, variadas y divertidas. En consecuencia, dedicóse de nuevo a la labor de obtener informaciones, buscándolas, en particular, entre los koeboes, habitantes de la región de las selvas. Y éstos, según resultó, ¡jamás habían visto un *orang pendek*! Tales se-

(1) Palmera de donde se obtiene la rota.

res —al decir de los interrogados— tienen tan extraordinariamente desarrollados los sentidos del oído, de la vista y del olfato, que no dejan nunca que el hombre se les aproxime, ni jamás, por tal razón, es posible pillarles desprevenidos.

Mas buscando y buscando acabó por hallar a tres koeboes que, cada uno por su parte, decían haber visto en determinadas ocasiones un *sedapa*. Las descripciones facilitadas por cada uno de ellos coincidían en un todo: hablaban los tres de un ser que andaba sobre dos patas, que medía de 1'50 a 1'60 metros, que tenía el cuerpo velludo, una larga cabellera y unos caninos de longitud insólita.

Los años pasaron luego sin que el señor Van Herwaarden volviese a oír hablar de tan misteriosa criatura. Un día, no obstante, tuvo noticias, en el «doesoen» (pueblo) de Pangkalan Balaï (distrito de Banjoeasin), de que un malayo del lugar acababa de encontrar en la selva los cuerpos de dos *sedapas*, una madre y su hijo. Trató el indígena de llevar los restos al pueblo, pero el estado de descomposición de los cadáveres era tal que, forzosamente, hubo de renunciar a su empresa. El pobre malayo murió poco después de su descubrimiento y, claro está, todos los nativos atribuyeron su fallecimiento al hecho de haber osado tocar los cuerpos de los *sedapas*.

Este hecho en sí no es tan absurdo como pudiera parecer a simple vista, aunque, claro está, no por los mismos supersticiosos motivos: el trabajo de transportar dos cadáveres putrefactos a través de la selva debe ser, sin la menor duda, un trabajo no solamente desagradable, sino incluso peligroso, desde el punto de vista de la propia salud. En la selva, las heridas y arañazos son el pan nuestro de cada día: luego el posterior contacto con unos cuerpos pútridos, viene a ser algo así como la más segura opción a la septicemia fulminante.

Otra noticia más esperaba aún a nuestro intrigado investigador. Parecía ser que en otro punto del «doesoen» de Sebalik —pero dentro aun del mismo distrito— un grupo de malayos había cercado, con sus pequeñas piraguas, a un *sedapa* que se bañaba en las aguas del río. Pero ¡ah!, el ser en cuestión logró escapar buceando y no reapareció en la superficie sino muchos metros más allá, aguas abajo de donde le tendieran tal trampa.

UN ENCUENTRO CON EL HOMBRE-MONO

«En octubre de 1923 —nos cuenta ahora el propio señor van Herwaarden—, viajaba yo por esa misma región y me hallaba en la isla de Poeloe Rimau (1),

(1) Esta isla del Estado de Palembang no se encuentra frente a las costas, sino que forma parte integrante del mismo territorio de Sumatra; se le da el nombre de «isla» por el simple hecho de estar más o menos separada de éste por un pequeño curso de agua.

que en su mayor parte, se hallaba arrendada al señor G. Fischer. Desde hacía varios días, y tanto por las mañanas temprano como por las tardes, me esforzaba yo en dar caza a una piara de jabalíes en la parte desbrozada de la isla. He de reconocer que todos mis esfuerzos y mis madrugones resultaban baldíos, por más numerosas que fueran las huellas que de ellos hallaba por todas partes.

Decidí, ya por fin, hacer una última intentona, para lo cual me instalé en un buen puesto preparado al efecto, cargado de mis aperos de caza y... de paciencia. Durante una larga hora, no pasó nada. En determinado momento, y por azar, volví la cabeza hacia mi izquierda y sorprendí un extraño movimiento de ramas de un árbol no demasiado grande. Entre tanto, había llegado la hora prudente de regresar a mi base, ya que el camino no era aconsejable para hacerlo después de la puesta del sol. Pero la curiosidad me movió a ver, antes de retirarme, qué era lo que había producido aquel extraño movimiento de las ramas del citado árbol. ¿Qué animal sería el que pudiera esconderse entre ellas?

Un primer y rapido examen no me dijo nada. Mas tras una nueva vuelta en torno del copudo espécimen, pude descubrir a un ser oscuro y velludo, montado sobre una rama en forma tal que la parte superior de su tronco se abrazaba estrechamente contra el del árbol. Por su postura se deducía que dicho ser parecía estar así completamente convencido de que habría necesariamente de pasar inadvertido para todo el mundo.

¡Caramba, debería tratarse de un auténtico *sedapa!* Los cazadores comprenderán, sin duda, la emoción que se apoderó de todo mi ser. En un principio me contenté con examinar a mi futura presa que continuaba, entre tanto, absolutamente inmóvil y estrechamente apretada contra el árbol. Preparé mi fusil a todo evento, listo para disparar si llegaba el caso; luego, traté de llamar la atención del extraño ser por el simple procedimiento de comenzar a chillar y a dirigirme a él a grandes voces. Pero ni un solo movimiento, ni el menor síntoma de haber oído, respondieron a mi intento. ¿Qué hacer? Buscar la ayuda de alguien para tratar así de capturarle, estaba fuera de mis posibilidades; no podía, ni quería, separarme del pie del árbol. Mas el tiempo se echaba encima y había que resolver la situación lo antes posible. Comencé a dar puntapiés al tronco del árbol, seguro de que, aunque aquel extraño animal fuera sordo, no dejaría de sentir el temblor del árbol que le soportaba. Ni el menor resultado tampoco. Dejé, pues, mi fusil en el suelo y comencé a trepar por el tronco, dispuesto ya a todo, mejor que a continuar aquella inútil e infructuosa espera. Y apenas había subido un metro y medio sobre el suelo cuando el cuerpo de aquel ser comenzó a removerse. Se separó del tronco y se inclinó de lado en forma tal que pude ya ver su cabellera, su frente y un par de ojos que me miraban fijamente. Sus movimientos, en un principio, fueron lentos y prudentes, pero tan pronto como me vió comenzó el *sedapa* a ponerse nervioso y a temblar como un azogado. Para poderle ver mejor y más a mis anchas, me dejé caer nuevamente al suelo.

El *sedapa* era velludo hasta por la parte delantera del cuerpo; el color de este vello era, sin embargo, algo más claro que el del dorso. Su oscura cabellera caía hasta más abajo de los omóplatos, o sea, casi hasta medio cuerpo. Era un pelo muy abundante y particularmente hirsuto. La parte baja de la cara, la barbilla, acababa más en punta que la del hombre; y este rostro era muy poco peludo, casi nada más bien; la frente más debía ser considerada como alta que como baja. Las cejas tenían el mismo color que la cabellera y eran espesas y abundantes Los ojos, por su parte, eran francamente emocionantes; de color oscuro, dotados de mucha movilidad y extraordinariamente parecidos a los del ser humano. La nariz, ancha, con grandes fosas nasales, mas no por ello fea. Recordaba ligeramente la típica nariz de los cafres. Los

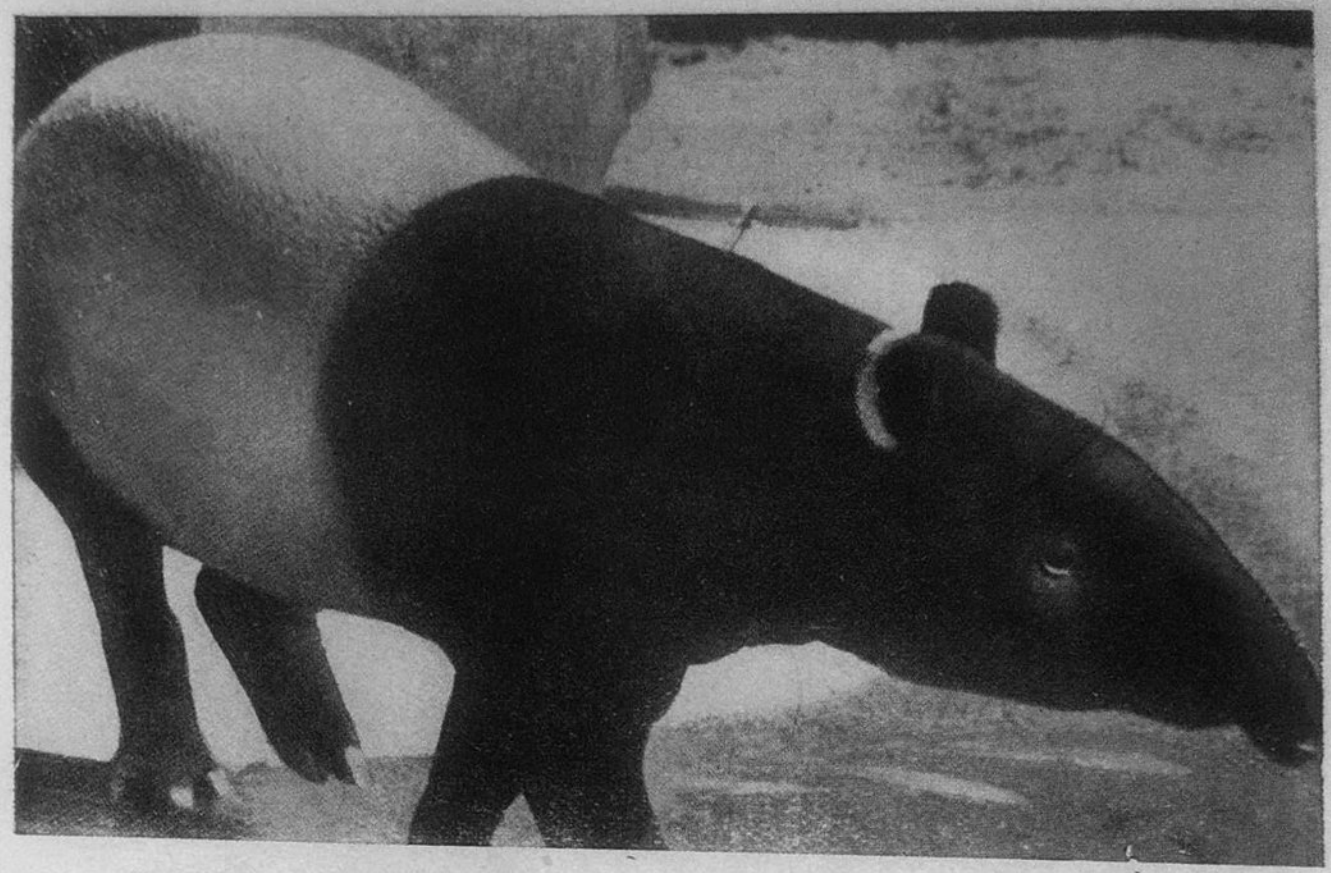
labios eran normales, pero la anchura de la boca impresionaba, una vez que ésta se abría por completo. Los caninos se dejaban ver, de vez en cuando, por efecto de los gestos nerviosos que hacía; me parecieron bastante grandes y, en todo caso, más desarrollados que los normales del hombre. Los incisivos, completamente regulares. El color de la dentadura, era el blanco amarillento. La barbilla venía a ser decididamente hundida. Por un instante pude ver, si bien fugazmente, su oreja derecha, que era absolutamente similar a una humana de tamaño pequeño. Sus manos, peludas por la cara exterior. Puesto de pie, sus brazos llegaban hasta algo más abajo de las rodillas; eran, pues, largos, pero también hay que tener en cuenta que sus piernas me parecieron francamente cortas. No pude verle muy bien los pies; solamente sus dedos que se hallaban formados de manera normal. El espécimen en cuestión era una hembra. Vendría a medir algo así como 1,50 metros.

El rostro no tenía nada de feo o de repugnante; nada tampoco de simiesco aun a pesar de que los nerviosos movimientos de sus ojos y de su boca hicieran pensar en las gesticulaciones de un mono angustiado. Me dirigí por fin, calmosa y tranquilamente, hacia el *sedapa*, hablándole con ese tono que empleamos para los perros o los caballos asustadizos; pero debo reconocer que mi método no obtuvo buenos resultados. Cuando alcé mi fusil hacia la pequeña hembra, oí un «hu-hu» temeroso y asustado, grito éste al que respondieron inmediatamente otros semejantes, procedentes de la selva que nos circundaba. Volví a dejar mi fusil en el suelo y trepé nuevamente al árbol. Casi estaba ya alcanzando la rama inferior cuando el *sedapa* corrió vivamente por la que le servía de sostén hasta llegar a su extremidad; una vez allí, se agarró a la punta y, sin dudarlo un solo momento, saltó a tierra desde una altura, por tanto, superior a los tres metros. Me deslicé raudo por el tronco hacia abajo una vez más, pero antes de que pudiese echar mano a mi fusil el animal se había ya alejado casi unos 30 metros; seguía corriendo sin mirar hacia atrás, emitiendo al mismo tiempo una especie de silbido. Mucha gente me juzgará pueril al decir yo que, cuando vi por la mira de mi arma su melena flotando al viento, no tuve valor para apretar el gatillo. En realidad, sentí en aquellos momentos la sensación de que me disponía a cometer un homicidio. Intenté apuntar de nuevo pero me faltó coraje para seguir la acción. Pude ver, durante su huída, que su pie era ancho pero corto. Lo que sí puedo testificar es que la historia que dice que corren con los talones hacia adelante es total y absolutamente falsa.»

Durante todo un año, el señor Van Herwaarden guardó silencio sobre este emocionante encuentro ya que pretendía —antes de dar a conocer su historia— capturar vivo uno de estos ejemplares para no tener que exponerse así a la incredulidad de las gentes.

Únicamente cuando las circunstancias le obligaron a regresar a Europa, y se vió obligado a abandonar, por tanto, su esperanza, se decidió a relatar su historia para que así pudiese servir, al menos, de experiencia para otros hombres que tuviesen ocasión, tal vez, de continuar su iniciada búsqueda.

A principios del año 1925 fué enviada especialmente una expedición a Poeloe Rimau, al exclusivo objeto de capturar ejemplares del hombre-mono o del enano descubierto por Van Herwaarden. Los periódicos de Indonesia anunciaron bien pronto la captura de una extraña y misteriosa criatura pero, desgraciadamente, tal noticia apareció ¡con fecha



En el siglo XVIII se tomaba aún al Tapir indio de lomo blanco por un simple rinoceronte

(C. Lucien Rollet)

El «Badak Tanggiling» abatido por M. Hazewinkel, ¿será quizás un rinoceronte desconocido?

(C. Die Vmschau)

El Gibón, el único mono naturalmente bípedo

(C. Suschitzky-Rapho)

1.° de abril! (1). Muchas gentes, sin embargo, no sospecharon que se trataba de tal «inocentada»; pero, pasándose por el lado opuesto, se presentaron ya en el Museo de Buitenzorg tratando de obtener un permiso para visitar el anunciado «Hombre-mono». Y de esta forma, el más intrigante episodio de la historia del *orang pendek* vino a quedar reducido, por razón de fecha, también, a simples aguas de abril. Y nosotros creemos que, en resumen, esto es lo mejor que pudo ocurrir, mirado desde el punto de vista de esta inofensiva y tierna criatura.

Los más sorprendentes comentarios salieron al encuentro del relato del señor Van Herwaarden. El Dr. Osman Hill —biógrafo de los nittaewos y convencido de la existencia de un auténtico hombre-mono en la región de Malasia— consideraba, sin embargo— así de sencillamente— que «debió ser un gibón lo que Van Herwaarden tomó por un *orang pendek* en Poeloe Rimau». Lo menos que se puede responder a esto es que, dejando a un lado lo referente a la diferencia de estatura, un gibón que posea una cabellera que llegue hasta su cintura ¡es un gibón bastante raro y enormemente extraño...! Un gibón, además, escogería para huir el camino de las ramas de los árboles y nunca jamás el del suelo.

La opinión del Dr. Dammerman, director del Museo de Buitenzorg es todavía mucho más sorprendente. Tras señalar que ningún blanco ha visto todavía al animal en cuestión —salvo el señor Herwaarden (¿acaso no habría que incluir también al señor Oostingh?), acaba diciendo estas palabras: «Mas este comentarista me parece a mí demasiado preciso incluso en sus descripciones del animal: algo así como si el incidente en cuestión hubiera surgido de su imaginación o, al menos, lo hubiese relatado bajo la fuerte impresión de las historias traídas y llevadas por los indígenas con respecto al *orang pendek*.

Yo me permitiría rogar al lector que volviese a repasar, bien atentamente, el relato de Van Herwaarden, a fin de que pueda estimar así el mayor o menor grado de crédito que éste merece. Por mi parte, he de reconocer que lo encuentro de una sobriedad suficiente para darme las garantías precisas.

Y el Dr. Dammerman nos deja ver, además, el partido que preconcebidamente tomó, al decirnos más adelante:

«Pero, incluso admitiendo la veracidad de tal historia, ¿no es muy probable que el animal en cuestión no fuese sino un simple orangután?»

¿Muy probable? Un orangután negro y con larga melena, con la cara no simiesca, con las cejas marcadas y hasta abundantemente pobladas, con los brazos que tan sólo llegan hasta sus rodillas y que para colmo, anda tranquilamente sobre sus dos patas traseras... Creo yo que,

(1) En Francia, celebran en dicha fecha, 1.° de abril, una fiesta totalmente semejante a nuestro «Día de los Inocentes», en que se gastan toda clase de bromas. Estas, tienen el nombre allí de «poisson d'Avril» que bien podemos equiparar, por tanto, a nuestro concepto de «inocentadas». — (N. del T.)

en realidad, no se puede enjuiciar calmosamente esta afirmación, sin caer en la dureza. En verdad lo que más llama la atención en todo el relato de Van Herwaarden es casi el carácter «extremadamente humano» de la criatura por él observada: por contraposición nos extraña que aún a pesar de esto, siga él hablando continuamente del «animal». Los dos únicos detalles de su descripción que no concuerdan con tal carácter humano son, por una parte, la longitud relativa de los caninos que, entre los hombres, no sobrepasan nunca del nivel de los restantes dientes y, por otra, el alargamiento excesivo de los brazos. En el ser humano suelen llegar éstos hasta la mitad del muslo: hasta la rodilla sólo alcanzan en el caso de los chimpancés y los gorilas. Entre los gibones y los orangutanes son más largos aún puesto que caen hasta bien cerca de los tobillos.

Con excepción hecha de tales dos detalles, el resto de la descripción puede valer perfectamente para un ser humano. La larga cabellera trae a nuestra memoria, de manera irresistible, a la raza *vedda* que, como ya sabemos, está representada en el Estado de Sumatra Oriental por unas tribus salvajes emparentadas con los *sakaï* de Malaca. Pero esta identificación no puede ser hecha ya que los *veddas* y sus «variantes» tienen la piel desnuda, en tanto que el *sedapa* del señor Van Herwaarden era extremadamente velludo.

La identidad de este ser sigue siendo, pues, un problema irresoluto.

NUEVAS HUELLAS DE PASOS EN LAS TIERRAS DE LABOR

En el mes de agosto de 1924 el Dr. A. Steinman llevó desde Sumatra a Buitenzorg (Java), la fotografía de una huella de pie desnudo, aparentemente humano, que se atribuía también a un *orang pendek*. Esta vez se trataba de un documento irrefutable y no de un vago vestigio, de trazo más o menos fiel. ¿Estaría allí la clave del enigma? En todo caso, parecía que, por vez primera, se tenía ya un indicio concreto y fuera de discusión.

Gracias a la amabilidad del residente de Palembang, el Museo de Buitenzorg acabó por entrar en posesión de la huella original: había sido encontrada ésta en el dominio de Aer Teman cerca de Moeara Bliti, en el alto Palembang. La huella en cuestión fué rellenada con parafina líquida para que ésta aglomerase las partículas de tierra superficial y luego, una vez endurecida y sacada de esta especie de molde, diese la imagen cierta de la huella allí marcada.

Pero, ¿en qué circunstancias había dejado, quien fuese, aquella marca sobre la tierra? Esta pregunta quedó contestada gracias a una carta dirigida al residente de Palembang, por el administrador del dominio de Aer Teman, señor P. Van Kan:

«En marzo último quedé vivamente sorprendido al reparar en el armamento insólito que llevaban mis coolies de la sección de aceite de palma en Taba-Pingin. Algunos de éstos, entre los que se hallaba también el *mandoer* (contramaestre, capataz), llevaban lanzas cuando iban al trabajo. Al preguntarles la razón de tan extraño comportamiento, el propio *mandoer* me contó que un animal desconocido había cruzado, en diversas ocasiones recientes, aquella región. Pasé entonces a examinar personalmente las huellas dejadas por el animal en cuestión y descubrí así una marca verdaderamente curiosa y que, hasta aquel entonces, me era totalmente desconocida. Le remitiré a usted seguidamente un vaciado de la misma...»

Según los informes obtenidos seguidamente, los indígenas parecían opinar que tales marcas sólo podían haber sido hechas por un *orang pendek,* a quien, dicho sea de paso, ellos temen como al mismísimo demonio. Uno de los trabajadores pretendía, incluso, haberles visto, con sus propios ojos, a la luz de un rayo de luna. Había dos especímenes, en un calvero, andando sobre sus patas posteriores. Vendrían a medir, decía, entre 1'35 y 1'50 metros y se hallaban totalmente recubiertos de pelo, salvo la cara, que era mucho menos velluda. Tenían el pecho muy ancho y las piernas cortas. Uno de sus rasgos más chocantes eran sus cuatro grandes caninos. Al ver al hombre emprendieron la huída, emitiendo una especie de silbidos.

¿SERÁ EL OSO MALAYO EL ORIGEN DE TODAS ESTAS LEYENDAS?

Tras inspeccionar tales huellas con todo cuidado, el Dr. Dammerman, del Museo de Buitenzorg, no tuvo casi trabajo en llegar a dictaminar que correspondían a las de un oso malayo *(Ursus (Helarctos) malayanus),* el pequeño oso de los cocoteros, llamado *bruan* en Sumatra. Además, se encontraban huellas de dos tipos distintos que eran, por tanto, atribuíbles a las patas traseras y a las delanteras, prueba irrefutable de la postura cuadrúpeda del animal en cuestión. Sin embargo, la confusión quedaba perfectamente explicada, ya que las patas posteriores, netamente plantígradas, del oso —«el animal que camina como un hombre», según decía Kipling— dejan unas marcas muy parecidas a las de los pies humanos. Las uñas no siempre se señalan, ya que suelen quedar recogidas durante la marcha.

Unos moldes en plomo de tales marcas fueron luego enviados al Instituto de Ciencias Naturales de Bruselas por iniciativa del señor Rookmaker, administrador en jefe del distrito de Rokan. Yo, personalmente, fuí allí a examinarlas y debo declarar que hube de ajustarme en un todo a las conclusiones del ya citado Dr. Dammerman:

«La extraña creencia según la cual ese misterioso hombre-mono marcha con los talones hacia adelante, pudiera estar basada, en su origen, en las

huellas de los pasos del oso —escribía el director del Museo de Buitenzorg—. El oso malayo acostumbra a volver sus pies hacia adentro, es decir, con los dedos dirigidos hacia el interior y los talones, por tanto, hacia el exterior.»

Personalmente yo sigo sin creer que ésta pueda ser la explicación de tal leyenda, ya que dicha torsión de los pies o patas no es, en realidad, sino muy ligera. Por contra, tenemos que la característica de las huellas dejadas por el oso es que su aplastado dedo, ligeramente separado de los otros y que parece corresponder a nuestro dedo gordo, es *en realidad el quinto dedo,* es decir, el dedo situado más al exterior. Es cierto que, en determinado sentido, si se examina una pista dejada por

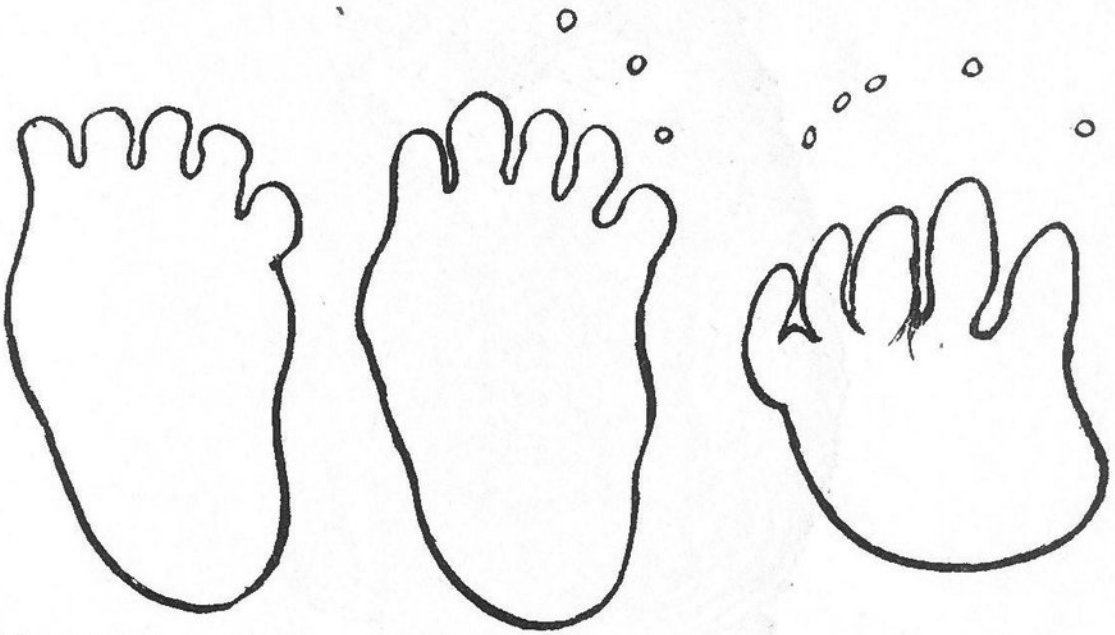


Fig. 35. — *Huella atribuída a un «orang pendek» (la de la izquierda) encontrada en el dominio de Aer Teman. Es manifiestamente idéntica a la de una pata posterior de oso malayo (en el centro), de cuyo animal vemos también (a la derecha) la huella de una de sus patas anteriores*

las patas posteriores de un oso, parece como si hubiese sido trazada por un hombre que tuviese «los pies al revés». Esta observación tiene muchas más probabilidades de haber sido el origen de la leyenda según la cual se dice que el *orang pendek* marcha «con los pies al contrario». Una confusión ha podido nacer, en efecto, en los espíritus, en cuanto *al sentido* de esta inversión.

«Otros detalles de los que circulan sobre el *orang pendek* podrían ser atribuídos, bien ciertamente, al oso —sigue opinando el doctor Dammerman— como, por ejemplo, la costumbre de escarbar en los troncos de los árboles y de remover las piedras, así como su manifiesta predilección por los frutos del durión.»

Estos argumentos son menos convincentes aún: en efecto, los osos no son los únicos que buscan larvas o insectos en las oquedades de los

árboles, o bajo las piedras; el fruto suculento del durión es, también, el manjar favorito de los orangutanes. ¡Entonces...!

Fig. 36. — *Oso malayo, en la postura bípeda que le es familiar*

Una cosa es cierta: el oso malayo es, entre todos los osos, el que mayor costumbre tiene de mantenerse erguido sobre sus patas trase-

ras; esta posición pudiéramos decir que es familiar en él. Pero precisemos, no obstante, que lo que no hace nunca, aun a pesar de lo anteriormente expuesto, es *desplazarse* sobre dos patas solamente. ¿Podremos, pues, en justicia, relacionar a este tipo de oso con todas las huellas que se atribuían en un principio al *orang pendek*? Con muchísima buena voluntad, quizá: parangonando las marcas triangulares —dibujadas por los señores Jacobson, Lambermon y el Raden Kasanredjo— con las patas anteriores: y las señales más cuadrangulares, cuyos calcos obtuvo Mohamad Saleh, con las extremidades posteriores. Si esta última identificación es incontestable, la primera tiene, por contra, muchas menos probabilidades de triunfar; cada uno podrá juzgar por sí mismo sin más que comparar la huella de una pata anterior de oso con las diversas pisadas triangulares halladas aquí y allá. Pero, por otro lado, forzoso será señalar que un oso, al andar, pone casi siempre las patas traseras sobre las huellas de las delanteras con lo cual resulta que en lugar de cuatro, sólo deja dos huellas, si bien éstas tan compuestas y lógicamente de contorno borroso y desdibujado.

En resumen, parece manifiesto que alguno de los informes relativos al *orang pendek* fueron motivados por el descubrimiento de huellas de un oso malayo e incluso por encuentros con este pequeño plantígrado que, cuando está alzado, viene a medir alrededor de un metro con cincuenta. Su pelo negruzco, extremadamente corto, su hocico de color más claro, sus caninos bien salientes, podrían responder perfectamente a determinadas descripciones que, como ya hemos visto, se han hecho con respecto al misterioso hombre-mono.

Un ingeniero llamado Nash a quien su trabajo obligaba a visitar, de tiempo en tiempo, el distrito de Rokan, tuvo sobre tal cuestión una desalentadora experiencia. Un día, en plena marcha, su guía le paró súbitamente, diciéndole que acababa de entrever un *orang pendek*. Levantó nuestro hombre su fusil, hizo fuego y mató... un oso (1).

Mas sigue siendo dudoso que la leyenda entera del *orang pendek* esté total y absolutamente basada en este plantígrado que, además, es perfectamente conocido de todos los habitantes de Sumatra bajo el nombre de *bruan*.

Un gran número de supersticiones rodean a la legendaria criatura: no es de extrañar así que los indígenas atribuyan a ésta cuantas huellas extrañas o poco frecuentes aparezcan, por una u otra razón, en sus tierras de labor o en sus caminos; bajo esta especie de temor, «los dedos se les antojan huéspedes» y la menor silueta entrevista a través del boscaje toma ya para ellos el cuerpo del mítico y extraño ser.

(1) En su libro titulado *Caza en Java*, H. de Wals relata como a él mismo le ocurrió este chasco. Lo que habían tomado por un «orang pendek» era un viejo oso cuyo cuello y espalda estaban totalmente pelados.

HUELLAS DE SANGRE... Y ALGUNOS PELOS MISTERIOSOS

El expediente del *orang pendek* tuvo que ser abierto nuevamente algunos años más tarde. En 1927 nuevos rumores comenzaron a circular a su respecto por la parte sur de Sumatra.

Allí donde las pistas y las huellas aparecían con más frecuencia se instaló toda una red de trampas para tigres. Y un día uno de estos grandes cepos se disparó; pero antes de que nadie pudiese llegar hasta él, el animal que, lógicamente, debió quedar prisionero en su boca, había ya desaparecido. A juzgar por las huellas marcadas a su alrededor, la presa debió ser un auténtico *orang pendek*.

«Pero en el cepo —nos cuenta el doctor Dammerman— se descubrieron algunos pelos y manchas de sangre; descubrimiento éste que no fué hecho inmediatamente sino algunos días después de la evasión. Se examinaron cuidadosamente ambos hallazgos; fué imposible conseguir el menor resultado positivo en lo que respecta a los pelos; la sangre indicaba vagamente un origen humano. Pero no por esto debemos dar por demostrado que dicha sangre procediese del fugitivo animal; es muy posible que proviniese de algún indígena que se hubiera herido al maniobrar con el mencionado cepo.»

Los comentarios del Dr. Dammerman llegan a sumirme, para decir toda la verdad, en la mayor perplejidad. ¿Cómo es que no se pudo llegar a ningún resultado positivo en lo que respecta a los pelos? El análisis de pelos es una ciencia bien exacta y que da las indicaciones más precisas sobre la naturaleza del animal a quien pertenecen: podría haber deducido, por lo menos, *a qué tipos de animales no pertenecían tales pilosidades*. Saber, por ejemplo, que *no* se trataba de un oso, que *no* se trataba de un mono..., etc. Y este simple reconocimiento hubiera sido realmente precioso para nosotros.

Pido también al lector que aprecie toda la sutilidad de la frase mencionada: «la sangre indicaba vagamente un origen humano». El análisis de la sangre no se anda nunca con vaguedades: o indica origen animal o indica origen humano. Pero eso de que *indique vagamente* un origen humano sobrepasa nuestro entendimiento. ¿Significa acaso tal veredicto que parecía proceder de un ser *casi* humano? ¿De *casi* un hombre? ¿Querrá decir llanamente que el Dr. Dammerman no se atrevió a reconocer con toda franqueza la naturaleza humana del *orang pendek* en cuestión? Esto, al menos, es lo que parece deducirse de la última frase relativa a la procedencia «extraña» de la sangre recogida.

En suma: que los investigadores no parecen haber relacionado, a fin de cuentas, la sangre y los pelos recogidos con ninguno de los seres conocidos hasta el momento.

El incidente, pues, no hizo sino complicar más aún el problema y añadir nuevas sombras al ya poco claro clima reinante.

¡UN ORANG PENDEK *HA SIDO CAZADO!*

Un día, sin embargo, llegó a creerse que el misterio había quedado totalmente esclarecido. El 22 de mayo de 1932, el «Deli Courant», publicación del Estado de Sumatra Occidental, anunció la recepción de un despacho procedente de Pasir-Pengojaran, en la parte sur de la isla. El señor O. J. Rookmaker (ya citado), hacía saber así al mundo que el rajá de Rokan había sorprendido a dos *orang pendek*, disparando sobre ellos y recogido los restos mortales del más pequeño que era, justamente una cría, un pequeño mamoncete.

A fuer de sinceros tal noticia no era del todo exacta. No era el rajá en persona quien había obtenido este triunfo.

En 1912 este potentado, llamado Teungkoe Ibrahim, había divisado, en compañía de un amigo, y como a cosa de quince metros, cuatro *orang pendek* ocupados en buscar algo por entre los tallos de bambú. Los tales especímenes respondían plenamente a la descripción clásica y tenían el tamaño de uno de nuestros muchachos de 12 ó 13 años. Los colonos holandeses no se enteraron de tal incidente hasta el año 1931, época en que éstos y otros muchos relatos parecidos fueron divulgados por los buscadores de «rotan» y de «atap» (caucho). Y fué entonces también cuando ellos mismos pidieron al rajá que intentase la captura de uno de esos seres misteriosos.

Por encargo del rajá, cuatro indígenas de Rokan decidieron, en mayo de 1932, organizar una pequeña expedición a fin de traer, muerto o vivo, uno de estos pequeños «hombres chapurreadores».

Partiendo de Tibawang llegaron, tras dos días de viaje, a Sei Pahau Gadis, región montañosa situada entre dos volcanes, el «Boekit Batoe boelan» y el «Boekit Loent joeng», en los montes Barissan. Y fué junto al río «Rokan kiri» donde, según se dice, vieron repentinamente, a unos 60 metros de distancia, un *orang letjo* ocupado en recoger pequeños moluscos sobre un tronco de árbol casi sumergido. El ser en cuestión era —según parece— muy humano y, por consiguiente, casi nada simiesco.

Este hecho, sin embargo, no pesó demasiado en el espíritu de los cazadores quienes, sin mayores preocupaciones, dispararon sus fusiles contra él. Herida en el brazo, la criatura dejó caer un objeto de color claro que llevaba con él sujeto: era un bebé *letjo* que había sido también herido por la misma bala que traspasara el brazo de su madre. Ésta gritó entonces algo así como ¡*tjanggoa*! a su retoño, quien, antes de expirar tuvo aún fuerzas para responder: «*tjena*». Luego, la atribulada madre emprendió la huída, valiéndose de sus extremidades inferiores, dirigiéndose hacia unas cavernas cercanas, sin detenerse, salvo para ir arrojando piedras contra sus atacantes, queriendo así, sin duda, proteger su propia retirada.

Poco después de la primera noticia, el «Deli Courant» publicó un reportaje más extenso, según el cual el recién nacido *letjo* medía 42 centímetros y su anatomía era parecidísima a la humana. Su piel estaba desprovista de pelo, su cabellera era de color uniformemente gris. El espécimen fué enviado, a fines de análisis, al Museo Zoológico de Buitenzorg.

El día 9 de junio salieron a la luz nuevos detalles, publicados igualmente por el «Deli Courant», entre los que se incluía también una foto tomada por un colono holandés llamado Scholten. Todo el mundo quedó impresionado, ante ella, por la poca longitud de los brazos del pequeño animal que no parecía ser, por tanto, un mono antropoide. Pero también se dieron cuenta que no debería tratarse de un recién nacido puesto que tenía los dientes ya perfectamente constituídos.

Con todo esto podemos comprender fácilmente cómo aparecieron en todo el mundo, numerosos artículos transcribiendo estas novedades. ¡Se poseía así, al parecer, la prueba tangible de la supervivencia —en nuestros propios días— de un ser intermedio entre el hombre y el mono!

UN ENGAÑO HUMILLANTE

Algún tiempo después fué preciso dar marcha atrás a toda prisa, al aparecer en la Prensa los resultados de los análisis que sobre el joven «hombre-mono» realizara el Dr. Dammerman. Todo aquel asunto ¡era «una enorme broma o estafa» que los indígenas habían preparado para burlarse de los colonos holandeses!

El pretendido recién nacido no era sino un vulgar *lotong*, es decir, un semnopiteco, a quien habían afeitado todo el cuerpo, salvo la parte alta del cráneo y al que, para mayor escarnio, habían cortado la cola.

Para darle un aspecto más extraño aun, le habían abultado la nariz metiendo por sus fosas nasales unos trozos de madera: luego, le partieron los pómulos, al mismo objeto, y le limaron finalmente las puntas de los caninos.

Desgraciadamente, este género de «humor» no era nuevo en Sumatra. Siete siglos antes ¡ya había denunciado Marco Polo este tipo de «bromas»! En aquellas épocas, efectivamente, algunos mercaderes de curiosidades del Extremo Oriente solían vender, a los viajeros occidentales, y a precio de oro, los cadáveres momificados de unos «pequeños hombrecitos» que decían proceder de la India.

«Es una gran mentira —declara Marco Polo— ya que no son tales hombrecillos sino monos a los que ellos transforman en la forma en que voy a contaros:

Hay en esta isla una especie de monos que son muy pequeños y que tienen la cara como la de un hombre. Los cogen y los pelan por entero, salvo la barba y el pubis. Luego los ponen a secar y los tiñen con azafrán y con otras

muchas cosas hasta que llegan a parecer hombres. Pero esto no es verdad. Ya que ni en toda la India, ni en otros países más salvajes aún, han sido vistos hombres de tal clase (1).»

Para los representantes de la sabiduría actual debió ser un rudo golpe éste de haberse dejado engañar por los indígenas, en la misma forma en que lo fueron, siglos atrás, los más ingenuos viajeros que arribaban a sus costas. Quizá por ello, guardaron —a partir de aquel momento— un obstinado silencio sobre el *orang pendek*. Y este extraño ser quedó, desde entonces, olvidado y clasificado, hasta nueva orden, en el capítulo de los mitos.

Yo me permitiré ahora apuntar un sencillo razonamiento. Por ejemplo: El hecho de que un falsario de gran genio haya hecho dudar, más de una vez, y equivocarse incluso a los expertos más afamados sobre la naturaleza de determinados «Vermeers», confeccionados por él en su propio estudio, ¿significa acaso que el gran pintor holandés no existiera nunca?

(1) El presente párrafo, de Marco Polo, se halla escrito, en la obra original, en francés antiguo. — (N. del T.)

Capítulo VI

EL ABOMINABLE HOMBRE-DE-LAS-NIEVES

El 6 de diciembre de 1951, la noticia estalló en la Prensa británica tan súbita y estruendosamente como una tormenta de verano: ¡se había logrado fotografiar, al fin, las huellas de los pasos del Abominable Hombre-de-las-Nieves!

Tras la sexta tentativa de ascensión al Everest, en el curso de un viaje de exploración de las regiones que circundan a este coloso, y más concretamente, de la cordillera del Gaurisankar, el célebre alpinista inglés Eric Shipton, su compañero Miguel Ward y el «sherpa» (porteador nepalés) Sen Tensing, habían descubierto sobre la nieve —en la vertiente sudoeste del Menlung-tsé— unas clarísimas huellas de enormes pies desnudos, de apariencia humana. Tal hecho ocurrió el día 8 de noviembre, a las cuatro de la tarde.

Los tres escaladores siguieron la extraña pista durante unos 1.600 metros hasta el momento en que, llegados ante una muralla de hielo, desaparecieron ya totalmente las intrigantes huellas. Y no pudiendo así ver saciado su deseo de descubrir a la extraña criatura que las marcara, se conformaron, de momento, con obtener unas buenas fotografías de la pista seguida y de algunas huellas más netamente señaladas sobre la blanca superficie.

Éstas, de forma oval, parecían efectivamente proceder de pies humanos, pero de unos pies que vendrían a medir ¡unos 33 centímetros de largo!

«Eran mayores aún —precisaba Shipton— que las que dejan sobre la nieve nuestras pesadas botas de montaña.» Si eran las huellas de un hombre, éste debía medir —por un ligero cálculo— ¡alrededor de los 2'40 metros!

Se distinguía en ellas un grueso dedo, ligeramente separado de los restantes que —detalle extraño— no eran más que tres. Pero claro está, no se excluye la posibilidad de que, sobre la nieve, dos dedos muy pe-

gados el uno al otro no hubiesen marcado sino una sola huella, produciendo así esta aparente anomalía.

«Y allí donde el ser que dejaba tales huellas se había visto forzado a saltar una grieta —sigue observando Shipton— se podía ver, con claridad absoluta, cómo se había servido de sus *dedos* para asirse en la nieve del otro lado, tras de haber dado ya el valiente salto sobre el vacío.»

Esto parece demostrarnos que, a juicio del explorador británico, se trataba de un bípedo, de un bípedo gigante, cuyas huellas daba a conocer con aire de triunfo.

La leyenda que circulaba desde los tiempos más remotos entre los indígenas del macizo del Himalaya y sobre la cual muchos viajeros habían publicado comentarios en el curso del último medio siglo, ¿iba a quedar por fin debidamente aclarada?

RETRATO DEL OGRO

Desde 1899, en aquella época en que era necesario aún que los exploradores se disfrazasen de peregrinos o de mercaderes ambulantes para poder adentrarse en el corazón del Tibet, había ido llegando ya a Occidente una serie de inquietantes rumores relativos a unos gigantes que vivían entre los altos glaciares del Himalaya. En su libro «Among the Himalayas» (Entre los himalayas), el mayor L. A. Waddell contaba que, en 1889, había hallado sobre la nieve, al nordeste del Sikkim, unas huellas de pasos desmesuradamente grandes que se dirigían hacia las altas cumbres. «Ésta era —dice—, la pista pretendida de los salvajes peludos que, según se cree, acechan en las nieves eternas, igual que los míticos leones blancos cuyos rugidos se escuchan durante las tempestades. La creencia en estas criaturas es común entre los tibetanos.»

Con ocasión de la primera tentativa de ascensión al pico Everest por su lado norte, allá en el año 1921, los rumores se precisaron más aún. Mientras se trasladaban desde Kharta al puerto de Lhapka-La, el coronel Howard-Bury y sus acompañantes, pudieron ver, desde lejos, unas extrañas sombras o siluetas que se desplazaban por lo más alto de las nieves: unos seres humanos circulaban, pues, por aquellas alturas casi inaccesibles... Más tarde, el 22 de septiembre de 1921, cuando ellos lograron alcanzar el paraje donde les habían entrevisto, los exploradores hallaron, en aquellas alturas de unos 7.000 metros, unas huellas de pasos dejadas por alguien de talla descomunal: eran unas marcas tres veces mayores que las que dejaría el pie de un hombre normal.

¿Quién podría haber dejado tales señales? El jefe de la expedición británica las atribuía a un gran oso gris extraviado, pero los porteadores tibetanos no compartían en modo alguno tal opinión. Para ellos la cosa

estaba fuera de dudas: eran las huellas auténticas del «Metoh Kangmi», es decir, del «Abominable Hombre-de-las-Nieves».

Y comenzaron entonces, balbuciendo a causa del terror, a dar sobre éste algunos informes bien poco tranquilizadores.

Del conjunto de estas opiniones, a menudo concordantes entre sí, ex-

Fig. 37. — *Representación del aspecto y de la talla del abominable Hombre-de-las-Nieves, basada en los más exactos testimonios que sobre él se tienen*

presadas por los indígenas con respecto al monstruo en cuestión, fué posible obtener, en líneas generales, la descripción siguiente: Los Hombres-de-las-Nieves son unos seres gigantescos, mitad hombres, mitad animales: viven en las cavernas situadas en las más inaccesibles alturas. La piel de su cara es blanca; tienen el cuerpo recubierto de un espeso

vello oscuro. Los brazos les llegan hasta las rodillas, como ocurre en el caso de los monos antropoides; pero, por contra, su cara tiene un aspecto humano y no simiesco. Sus gruesas piernas están arqueadas: los dedos de sus pies, vueltos hacia dentro. Dotados de una potente musculatura, son capaces de arrancar los árboles de raíz y arrojar a buena distancia grandes rocas de tamaño impresionante. A la hembra se la reconoce fácilmente por sus grandes senos colgantes, que ella se echa por sobre los hombros cuando tiene que correr.

Una representación de tales monstruos figura en un monasterio budista enclavado en uno de los flancos del Everest.

Según cuentan las tradiciones, estos curiosos seres parecen alimentarse, en general, de la carne del yack, ese grueso buey tibetano recubierto de una amplia hopalanda lanosa, así como de gusanos de la nieve. Pero a veces, cuando se hallan hambrientos, bajan hasta los valles para capturar a los hombres que caen a su alcance, y a quienes luego devoran con verdadera glotonería. Su ferocidad es tal que, en tiempos de penuria, las hembras llegan hasta comerse a sus propios maridos.

Quede bien entendido que no se posee sino muy pocos detalles sobre las costumbres de estos gigantes, puesto que aquellos que logran divisarles de cerca tienen muy pocas probabilidades de salir con vida de tan arriesgada aventura. Pero sin embargo existe —según se dice— una manera o método para salir incólumes y lograr escapar del abominable Hombre-de-las-Nieves. Basta para ello bajar, a toda velocidad, por las más pinas pendientes nevadas. Si él os persigue, sus cabellos caerán sobre sus ojos, cegándole momentáneamente...

Según otros, los Hombres-de-las-Nieves no son sino los espíritus errantes de las mujeres que murieron de muerte violenta, y no son peligrosos si no se les provoca, claro está.

Las leyendas de tal tipo se extienden, de hecho, sobre millares de kilómetros cuadrados a través de todo el macizo del Himalaya. Se las oye en el Tibet, en el Nepal, en las comarcas de Sikkim y de Bhutan. Conviene señalar, a este respecto, qu los misteriosos seres reciben diferentes nombres en cada una de las zonas donde, más o menos, se les conoce y se les teme. Mientras que Howard-Bury cita el nombre tibetano de *Metoh-Kangmi,* los pastores indios que habitan en las altiplanicies los designan bajo el nombre, según Frank Lane, de *Bhanjakris*; lor porteadores del Nepal les llaman *Yeti*; según Ernst Schæfer, se les da el nombre de *Migu* en la región de Green Lake, al pie de la cadena del Kangchenjunga; y, por último, F. C. Smythe cita el apelativo de *Mirka* o *Ui-go.*

LA LÚGUBRE ASAMBLEA DE LOS GIGANTES PELUDOS

Como seguramente ustedes ya habrán supuesto, los naturalistas, en general, se encogen de hombros al escuchar todos estos curiosos detalles que matizan extrañas leyendas sobre el Hombre-de-las-Nieves. Mas, con todo, no son sólo los incultos tibetanos quienes nos han hablado de tales historias.

Hace algunas décadas, y en el curso de un viaje al Tibet, un inglés llamado Hugh Knight se encontró —según dijo— cara a cara con una extraña criatura cuya descripción concuerda con la del monstruo de la leyenda. A fin de dejar que su cabalgadura respirase tranquila un poco, el viajero se había detenido en un circo rodeado por todas partes de altas montañas coronadas por la nieve. De improviso, el estrépito de piedras rodando por una pendiente le hizo volver bruscamente la cabeza. A unos 30 metros de donde él estaba, una especie de gorila, de tamaño formidable, se alzaba sobre sus torcidas piernas. Al sentirse así observado por el hombre, el extraño ser comenzó a huir precipitadamente, haciéndolo bien sobre dos patas, bien sobre cuatro...

Pero el detalle más chocante de entre todos los que nos facilitó así Knight es, sin duda alguna, el siguiente: al extremo de su musculoso brazo, *¡la criatura en cuestión llevaba un arco y una flecha!*

Sea lo que fuere, el caso es que Knight no es el único europeo que parece haber tenido un encuentro tan sorprendente. En 1925, tocóle el turno al explorador italiano A. N. Tombazi, quien nos trajo, desde la región nordeste del Himalaya, un relato no menos intrigante. Juzguen ustedes mismos:

«Tenía la forma indiscutible de un ser humano. Caminaba erguido, deteniéndose a menudo para arrancar raíces. Aparecía negro y desnudo totalmente sobre el fondo de nieve. Al cabo de un minuto o dos se hundió en una espesura montuosa, desapareciendo de la vista. Examiné las huellas de sus pasos semejantes por la forma a las de un hombre, aunque sólo tenían 6 ó 7 pulgadas de ancho (15 a 17 centímetros) por 9 pulgadas de largo (23 centímetros) como máximo. La mancha de los cinco dedos y el antepié se mantenía intacta, pero la del talón casi borrada. Conté cinco huellas a intervalos regulares de un pie a un pie y medio (30 a 45 centímetros). Pertenecían, sin duda alguna, a un bípedo.»

El más curioso testimonio entre todos los que nos han llegado con relación al Hombre-de-las-Nieves es, sin discusión, el que relató Jean Marquès-Rivière en su libro *La India secreta y su magia*. Y como quiera que el testimonio que aporta procede de un peregrino indio, es decir, de un ser culto, conocedor de diversas lenguas y generalmente instruído, tanto con respecto a la ciencia occidental como sobre la filosofía de su país, el relato en cuestión merece ser reproducido al pie de la letra,

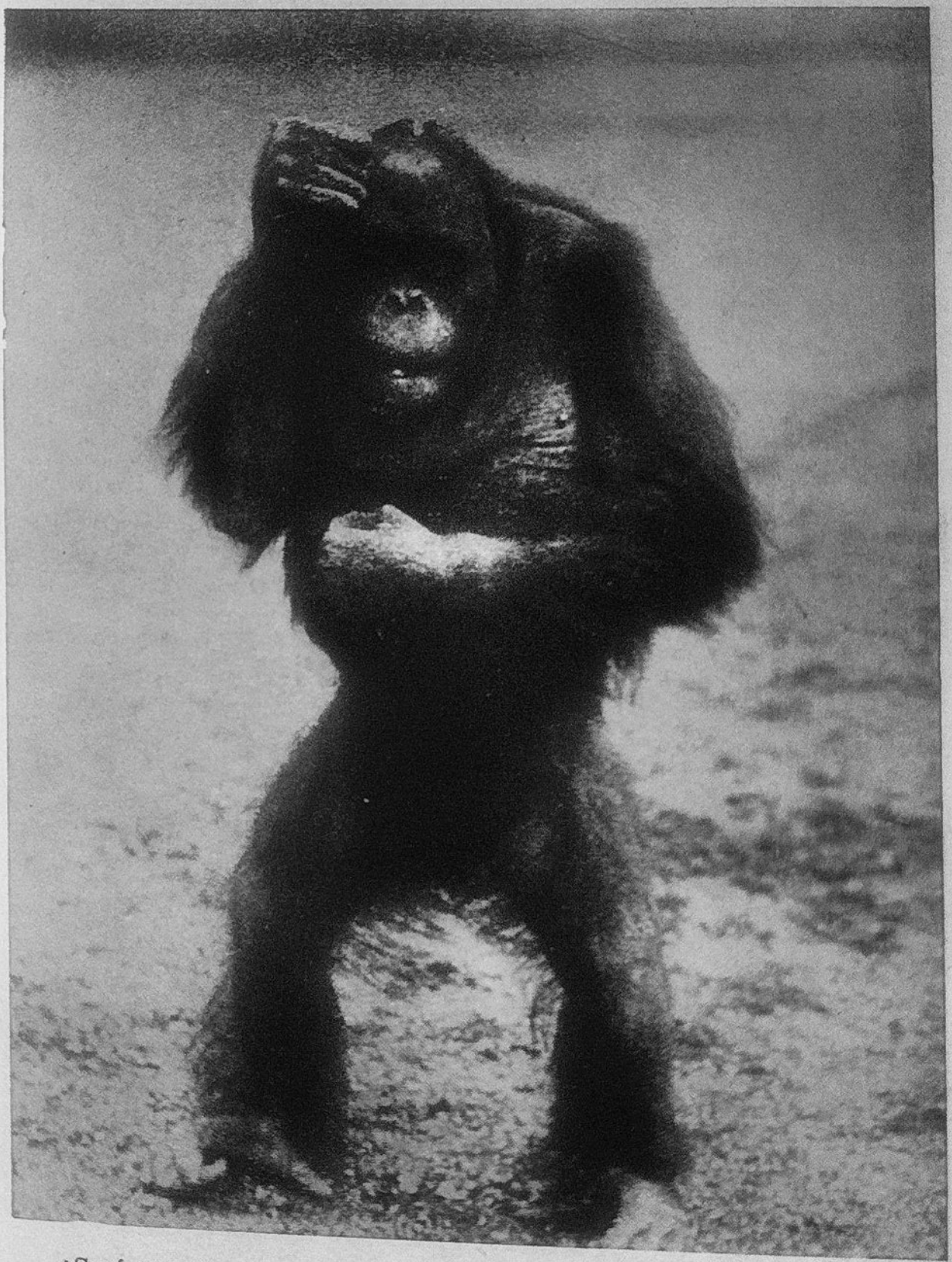
aunque pueda resultar algo extenso, y por más extraño que nos parezca:

«Sí —afirma el peregrino— existe una raza de hombres gigantes que no son ni monos ni osos y que viven en determinados bosques del Nepal. Yo he encontrado testigos que los han visto y que les han oído hablar en una lengua desconocida; incluso yo, en persona, los he divisado una vez... Cuando me trasladaba a determinados monasterios tibetanos de la frontera norte del Nepal, unos amigos nepaleses me dijeron un día que habían descubierto algunas huellas de hombres-de-las-nieves y que, por consiguiente, una pequeña expedición armada iba a salir en su busca. Naturalmente, me uní a ellos; durante ocho días marchamos por entre una jungla de tres metros de altura (...) Al fin, un buen día, pudimos escuchar, en el silencio del mediodía, un gruñido continuo; el lugar en que nos hallábamos en aquel preciso momento era salvaje y desolado. Las nieves rebrillaban por encima nuestro y las rocas enhiestas, los inmensos árboles y las grandiosas caídas de agua formaban un admirable paisaje. Creímos, en un principio, que se trataba de una avalancha lejana; mas el gruñido continuo tenía, para un oído atento, una cierta cadencia. Pensamos entonces que nos hallábamos en las inmediaciones de alguna tribu de aborígenes y decidimos, pues, salir a su encuentro...

Súbitamente, y cuando nos estábamos ya aproximando al lugar en que calculábamos se deberían hallar acampados, uno de los nuestros nos hizo observar unas huellas de pies sobre la húmeda y arcillosa tierra por la que marchábamos; delante nuestro, las marcas de pies descalzos, enormes, de unos 60 centímetros de largo, se perdían en filas irregulares. Un escalofrío de aprensión sacudió nuestra pequeña tropa; ¡los hombres-de-las-nieves! gritaron seguidamente y escaparon como aterrorizados chiquillos, olvidando que, justamente, era su descubrimiento el móvil y el fin de nuestra expedición armada. Quedamos solamente tres, dispuestos a llegar hasta el fin de la aventura; nos dijimos, para infundirnos valor, que tales seres no serían más feroces, probablemente, que los tigres o los elefantes salvajes; luego si habíamos logrado evitar, hasta aquel momento, a éstos también deberíamos ser igualmente capaces de evitar a los otros.

En consecuencia, avanzamos con toda clase de precauciones; el ruido aumentaba. De pronto, uno de nosotros nos hizo señal de detenernos y de mirar. Delante nuestro, en un circo natural formado por altas rocas, un espectáculo extraordinario se ofreció a nuestros ojos; una docena de hombres-monos gigantes, de tres o cuatro metros de alto, se hallaban agrupados en círculo. Uno de ellos batía un tam-tam primitivo, hecho de un árbol ahuecado. La fuerza del hombre debía ser extraordinaria a juzgar por el ruido que sus golpes producían. Debía tratarse de alguna fiesta religiosa; a juzgar por su aire grave, y por su actitud, parecían estar celebrando en aquellos momentos un rito mágico. Sus cuerpos estaban cubiertos de pelo y sus caras a mitad de camino entre las de los gorilas y las de los hombres. Mas, sin embargo, su actitud no mostraba nada bestial; el que tocaba el tam-tam estaba erguido, de pie, absolutamente igual que un ser humano. Todos iban desnudos aun a pesar de la rigurosa temperatura de tan desoladas regiones y un singular dolor se leía en sus horrendos semblantes...

Durante largo tiempo, continuamos observando a aquellos representantes de la desconocida raza que huye ante los hombres. ¿De dónde venían? ¿Quiénes eran? En aquellos inhóspitos parajes no habita ninguna tribu y los extraños seres sólo nos eran conocidos, hasta entonces, a través de las gigantescas huellas que, aquí y allá, se solían encontrar a veces sobre la tierra húmeda, o en los lugares arcillosos. ¿Cómo vivían? ¿De qué se alimentaban? Los hombres y las mujeres a quienes ellos capturaron a veces, jamás regresaron a sus casas para poder así revelar tales misterios.»



¿Será un orangután gigante el «Abominable Hombre-de-las-Nieves? El propio orangután parece quedar perplejo ante tal pregunta

(C. Popper-Atlas Foto)

Pista del Hombre-de-las-Nieves. Nótese cómo las huellas van separándose alternativamente del eje central hacia la izquierda y hacia la derecha. *Arriba:* Detalle de una de las huellas comparada con la dimensión de un piolet o pico de montañero. (Eric Shipton, 1951)

(C. The Times)

Que este relato haya sido convenientemente «adornado» o, con otras palabras, «poetizado», es bien probable, ya que esto suele ocurrir a menudo con las narraciones o leyendas orientales; pero que haya sido inventado desde el principio al fin, es ya mucho más difícil y, por tanto, menos probable.

La mayor parte de las descripciones del Hombre-de-las-Nieves nos han llegado, habitualmente, a través de hombres simples y sencillos, pastores o porteadores, quienes manifiestan, con respecto a tales seres, un terror invencible. Los guías que acompañan a los viajeros están siempre dispuestos, nos guste o no, a dar una rápida media vuelta tan pronto como vislumbran la menor huella de los pies de estos gigantes. Con ocasión de la expedición al Kangchenjunga, en 1930, Frank Smythe cuenta que el ruido producido por la irrupción inesperada de un yack fué origen de un verdadero pánico entre sus porteadores: creían, simplemente, que se trataba de un ataque de los Hombres-de-las-Nieves. Cuando se llegó a saber por fin la causa cierta del tumulto, uno de los *sherpas*, Nému, declaró al alpinista británico que él había visto en diversas ocasiones, y al igual que sus otros compañeros, a los «malos hombres», los *bad manshi* como ellos les llamaban en su mezcolanza anglotibetana. Eran, al decir de sus montañeros, unos gigantescos hombres blancos, recubiertos de una espesa pelambrera.

Luego, miss Mac Donald, de Kalimpong, contó a Frank Smythe que, durante un viaje al Tibet, ella había oído, al pasar por un desfiladero situado a gran altura, un terrorífico rugido, un grito como ella jamás oyese en su vida a animal alguno. Sus asustados porteadores dejaron caer al suelo sus respectivas cargas y, a todo correr, la dejaron allí plantada.

EL GIGANTE DE LOS PIES RETROVERTIDOS

En general, la existencia del Hombre-de-las-Nieves no ha podido ser controlada por los exploradores occidentales más que a través del examen de extrañas huellas de grandes pies desnudos, marcadas sobre las nieves en lugares situados a elevadas alturas.

Durante el verano de 1931, fué un piloto de la R. A. F., el Comandante E. B. Beauman, quien localizó una de ellas sobre un glaciar a más de 4.200 metros de altitud, no lejos de las fuentes del Ganges.

En 1936, el célebre montañero Eric Shipton hizo, a su vez, una observación similar a una altura de 4.800 metros, con ocasión de su regreso del Everest. «Se diría —nos cuenta él— que aquello era una pista de elefantes, salvo que la longitud del paso hacía pensar automáticamente en un bípedo.» A la vista de tales huellas, los porteadores se negaron a continuar más adelante bajo el indiscutible pretexto de que varios de sus amigos y compañeros habían acabado sus días víctimas de la fero-

cidad del ogro himalayo y que ellos, por consiguiente, no sentían ni el menor deseo de correr una suerte parecida.

Poco tiempo después, el bien conocido etnógrafo Ronald Kaulback encontró también «una especie de huellas de pies desnudos» a unos 4.800 metros de altura, en la parte sudeste del Tibet, y más exactamente sobre la ruta principal que une los valles de Gya-Chu y del alto Saluen, el famoso Río Negro de los tibetanos. Como no existen, según su criterio, osos en aquellas regiones, Kaulback supone que tales marcas han sido hechas por una pantera de las nieves u onza *(Panthera uncia)*. Pero, bien entendido, sus porteadores las achacaron inmediatamente al Hombre-de-las-Montañas. Y uno de ellos, que tuvo ocasión de divisar poco después uno de estos problemáticos seres, le describe en la siguiente forma: «Es parecido al hombre y su piel es blanca; desnudo, con largos cabellos en su cabeza, en sus hombros y en sus brazos». Kaulback considera que la sola ausencia de alimentos en aquellas altitudes es suficiente para tirar por tierra toda esta leyenda, pero reconoce también que su teoría de la «pantera de las nieves» no acaba de satisfacerle del todo.

En 1937, Frank Smythe tuvo ocasión de descubrir, en el valle de Bhyundar, a 6.000 metros de elevación, las huellas del extraño ser de quien él había oído hablar hacía ya bastante tiempo. Fué siguiendo así la pista trazada, hasta llegar a la entrada de una caverna. De tales huellas nos da Smythe un descripción sumamente curiosa. Además de los cinco dedos normalmente dispuestos, se notan en ellas —nos dice— dos dedos más, en la parte del talón. Esta monstruosa conformación del pie permite hacer a esta enigmática criatura una presa singularmente fuerte; gracias a sus siete dedos podrá también desplazarse con suma agilidad a lo largo de las pendientes nevadas, de las rocas escarpadas y, en general, trepar por todos los lugares difícilmente accesibles al hombre...

Los detalles facilitados por Smythe suscitaron, sin duda alguna, los más irónicos comentarios, y hasta de escaso gusto, por parte de los periodistas británicos siempre dispuestos a salvaguardar su sentido del humor. Contaron así que el explorador había convencido a sus porteadores para que éstos, perdiendo su miedo, siguiesen las huellas del Hombre-de-las-Nieves en la dirección que apuntaban sus dedos. Los tibetanos, aun a pesar de que minutos antes temblaban de puro pánico, se prestaron voluntarios a esta empresa, hasta con sonrisas en sus bocas. Sabían ellos, en efecto, que siguiendo tal camino no hacían sino alejarse del monstruo aquel «¡puesto que el ser en cuestión tenía los dedos situados en la parte trasera de los pies!» Se habló también, en ciertos periódicos, del Hombre-de-las-Nieves «de pies retrovertidos». Esto concordaba con aquella leyenda tan extendida por el Oriente, incluída Sumatra, sobre el *orang pendek;* tal fábula nos llega desde los más lejanos días, puesto que se halla ya consignada en los *Indica* de Megasthenes, en el IV siglo antes de nuestra era: «En la montaña llamada Nulo existen unos hombres de pies retrovertidos y que tienen ocho dedos en sus extremidades.»

El examen de las fotos de las huellas reveladas por Smythe debía demostrar que éstas provenían sin duda, de un oso. Los trazos de los dedos suplementarios marcados a cada lado del talón, eran en realidad los de los dedos laterales de los miembros posteriores. En efecto, cuando un oso camina, tiene la costumbre de poner sus patas traseras sobre las huellas marcadas por las delanteras. De esta forma quedan explicadas las viejas leyendas.

A los ojos de muchos zoólogos, el problema del Hombre-de-las-Nieves apareció desde entonces resuelto. Pero tal actitud era prematura: los auténticos rastros del Hombre-de-las-Nieves no presentan jamás el aspecto que caracteriza a las huellas de los osos.

La idea de una retroversión de pies parecía, sin embargo, sólidamente ligada con las tradiciones locales. Podrá juzgarse por la curiosa carta que un oficial forestal de la División de Darjeeling, llamado J. R. P. Gent dirigió en 1915 al célebre botánico y explorador del Himalaya, Henry J. Elwes, miembro de la Sociedad Zoológica de Londres. Esta misiva, cuyo texto fué leído a los zoólogos británicos en la sesión del 27 de abril del mismo año, creo debe ser incluída en el *dossier* del Hombre-de-las-Nieves. Pero dejemos la palabra al señor Gent, cuyas informaciones procedían, sin duda alguna, del elemento indígena de las citadas regiones:

«He descubierto —nos dice— la existencia de otro animal, mas no llego a determinar cuál será exactamente; un gran mono o quizá un antropoide, si es que existen antropoides en la India. Es un ser que habita en las grandes altitudes y que no desciende hacia Phalut más que en tiempo frío. Está cubierto de largos pelos; su rostro es igualmente velludo. Su color es el castaño amarillento acostumbrado en el mono de Bengala. Erguido mide unos 4 pies (1,20 metros) de alto y marcha así sobre el suelo, por lo que yo creo que también será capaz de trepar.

Lo más chocante es que la marca de su pie viene a medir de 18 pulgadas (45 centímetros) a 2 pies (60 centímetros) de largo y que sus dedos se hallan dirigidos en sentido opuesto al del avance del animal. La anchura de tales huellas es de unas 6 pulgadas (15 centímetros). Mi idea es que el animal en cuestión camina sobre las rodillas y las tibias en lugar de hacerlo sobre la planta de los pies. Se le conoce bajo el nombre de *jungli admi* o *sogpa*. En el pasado mes de diciembre, la presencia de uno de estos animales traía conturbados a un cierto número de coolies que trabajaban en el bosque, algo más arriba de Phalut. Tan pronto como me fué posible, partí en su búsqueda dispuesto a capturar a dicho animal; pero antes de que pudiese tener yo alguna esperanza de conseguirlo, el guarda forestal que me acompañaba disparó su fusil haciéndole huir, en forma tal que ni tan siquiera logré divisarle. Un viejo *choukidar* de Phalut me dijo haber visto con bastante frecuencia, y en aquel lugar, varios de tales seres por sobre la nieve, y me confirmó incluso la descripción de las huellas de sus pasos.

Es pues, un ser del que ningún inglés ha oído hablar nunca, prácticamente, pero que, sin embargo, todos los indígenas de las alturas conocen perfectamente. Todo lo que yo puedo decir, por el momento, es que *no se trata del langur del Nepal*; he insistido cerca de todos estos hombres para que me den más detalles en la primera ocasión en que vuelvan a hallar uno de ellos en estas proximidades.»

La explicación del señor Gent es, sin duda alguna, muy ingeniosa, pero ningún mono se desplaza de tan insólita forma. Por otro lado, si existiera un ser capaz de andar sobre sus rodillas, es claro que no dejaría huellas discontinuas *sino surcos ininterrumpidos.*

Y como quiera que un bípedo de 1,20 metros de alto no puede dejar, evidentemente, unas huellas de pasos tan enormes, parece casi demostrado que éstas no sean debidas al mono que describe el señor Gent y que no parece ser otro, evidentemente, que el langur del Himalaya, al que más tarde nos referiremos. A menos, claro está, que tales huellas no hayan sido hechas por las cuatro patas del animal. Pero no nos anticipemos: acumulemos simplemente todos los hechos y noticias recogidos antes de intentar interpretarlos.

Según Smythe, muchos otros exploradores del Himalaya han encontrado también, en la nieve, curiosas huellas de pasos, a alturas anormalmente elevadas. Entre ellos, bueno será citar a J. W. Tilman, que intentó escalar el Everest en compañía de Shipton en 1935, luego otra vez en 1938 como jefe de expedición y que logró vencer al Nanda Devi en 1936.

En 1937, cuando estaba efectuando descubrimientos topográficos en el macizo de Karakorum, al norte del Himalaya, quedó sorprendido ante una perfecta alineación de grandes huellas digitales, más o menos circulares, de cerca de 30 centímetros de diámetro. Estaban hundidas unos 23 centímetros en la nieve y la distancia entre ellas era aproximadamente de 45 centímetros. «No había la menor señal de superposición, aclara Tilman, como si se hubiese tratado de las de un cuadrúpedo.» Los *sherpas* que identificaron estas huellas como pertenecientes al Hombre-de-las-Nieves, reconocieron días después, sin género de dudas, pistas de osos que surcaban un valle. No hubo equivocación alguna por su parte.

Este mismo año, el coronel John Hunt señaló el descubrimiento de las famosas huellas en el puerto de Zemu-La. Y, finalmente, Eric Shipton tuvo la buena fortuna —lo sabemos ya— de poder fotografiar en noviembre de 1951, las huellas de unos enormes pies que encontró sobre los 6.000 metros de altitud.

«Hacia el final de la tarde —nos cuenta éste— divisamos en la nieve las huellas sobre las que tanto y tanto habíamos hablado. Nos contentamos con seguirlas, a medida de lo posible, y en tanto que su dirección coincidiera con la nuestra; es decir, fuímos tras ellas como cosa de unos 1.500 metros solamente, ya que íbamos tremendamente cargados y nos hallábamos además absortos en la exploración de una hondonada que en aquellos momentos tenía para nosotros una importancia capital. Ya me había ocurrido, anteriormente, descubrir huellas sumamente parecidas a aquellas; en tales ocasiones traté más de una vez de seguirlas, pero las perdía siempre por entre las morenas de los glaciares. Las que encontramos aquel día eran bien recientes, en apariencia, y no parecían haber sido hechas más allá de las 24 últimas horas. Cuando algunos días después Bourdillon y Murray tomaron aquel mismo camino, pudieron apreciar que la licuefacción de las nieves había hecho casi desaparecer tales rastros.

«Sen Tensing —para quien no existía ni la menor duda de que las criaturas

(pues se trataba por lo menos de un par de ellas) que habían dejado aquellas huellas eran los *Yetis*, es decir, los hombres salvajes— me contó que, dos años antes, un grupo de *sherpas* entre los que figuraba él mismo, habían visto uno de estos *Yetis* en Thyangbotchi, a una veintena de metros, tan sólo, de distancia. La criatura aquella, que él describía como medio animal, medio hombre, se tenía de pie. Su talla era de 1,80 metros. Su gran cabeza era puntiaguda, su cuerpo recubierto de pelos castaño-rojizos y su cara, por contra, imberbe. A nuestro regreso a Khatmandu, hice interrogar una vez más a Sen Tensing en nepalí (hasta entonces habíamos hablado en lengua indostana). Su sinceridad no me dejó lugar a dudas. Fuese cual fuese el ser que él había divisado, afirmaba que no se trataba ni de un oso ni de un mono, animales estos que eran perfectamente familiares, en aspecto, para él.»

Todos estos incidentes provocaron en el mundo la reacción natural y que ya conocemos.

El príncipe Pedro de Grecia, que proseguía las investigaciones antropológicas en las Indias y en el Tibet, dirigió a este propósito una larga carta al periódico indio *Statesman,* ya que él también había recogido —con ocasión de un reciente viaje— un cierto número de detalles precisos sobre el enigmático monstruo, de cuya raza se había capturado, recientemente, un espécimen en la frontera nordeste de la India.

Desde hacía algún tiempo, uno de estos Hombres-de-las-Nieves —que serían en realidad unos enormes monos— había tomado la costumbre de ir a abrevar por la noche en una cisterna que había a la entrada de una especie de callejón en Jelap, en la región de Sikkim. Aterrorizados por la sola idea de esta inquietante promiscuidad, los aldeanos colocaron en tal lugar un ancho recipiente lleno de determinada bebida fermentada, dedicando así esta inesperada sorpresa a su desagradable visitante. El gigante fué a beber, como de costumbre, y se echó al coleto el contenido del recipiente, quedando allí postrado, mitad borracho mitad muerto. Cuando los hombres le hallaron en tal estado, al amanecer del día siguiente, le amarraron sólidamente a un poste por vía de apremio. Pero ¡ah!, cuando el gigante recobró su lucidez, tras la espantosa y forzada borrachera, recobró también sus descomunales fuerzas y, en un abrir y cerrar de ojos, rompió sus ligaduras; sin perder momento, huyó luego de aquellos poco hospitalarios lugares.

Cuando en el año 1952 la expedición suiza que dirigía el Dr. Wyss-Dunant se lanzó, a su vez, al asalto del Everest, sus componentes tuvieron también ocasión de descubrir huellas de pies totalmente semejantes a aquellas que logró fotografiar en el año precedente Eric Shipton El 18 de abril, René Dittert, André Roch y el futuro vencedor del Everest, el célebre *sherpa* Sirdar Tensing Norkey, abandonaron su campamento para ir a reconocer la cresta de determinado glaciar.

Hacía una niebla tan densa que bien podría cortarse a golpe de machete.

Al regreso de su exploración, pudieron comprobar los montañeros que, a cosa de los 5.800 metros de altura, su propia pista se cruzaba con

la de un grupo de *yetis*, con el cual, sin duda alguna, debían haber marchado emparejados un buen rato, no viéndose los unos a los otros a causa de aquella niebla tan espesa y cerrada.

En una de las huellas más netamente marcadas, se podía apreciar la señal de un dedo gordo bastante separado de los otros tres. En una declaración a la prensa, el Dr. Wyss-Dunant manifestó que tales pisadas deberían haber sido hechas no por un bípedo sino por un cuadrúpedo, posiblemente emparentado con los osos y cuyo peso no excedería de los 40 a 60 kilos.

Y en el año 1953, cuando el pico Everest fué por fin vencido por la expedición de Sir John Hunt, éste aprovechó para hacer una encuesta sobre los *yetis* entre los lamas del monasterio de Thyang-botchi, situado algunos kilómetros al sur del famoso pico y a una altitud de 4.300 metros. Supo así, por el vice-deán del monasterio, que los monjes solían percibir, de vez en cuando y sobre las alturas que rodeaban a dicho falansterio, algún que otro Hombre-de-las-Nieves que, a sus ojos, no tenía nada de misterioso. El último de estos seres que habían divisado hasta aquellas fechas no pudo haber tenido un comportamiento más inocente: salió de entre un macizo de rododendros y se dedicó a jugar, durante un largo rato, sobre la nieve. Era un animal grande que bien mediría los dos metros de alto, cubierto totalemnte de pelo de color gris oscuro. Casi todo el tiempo se mantuvo de pie, pero de vez en cuando se colocaba sobre sus cuatro extremidades. De rato en rato se rascaba el cuerpo a la manera típica de los monos. Y al oír éste los sonidos de trompetas y los redobles de tambores, salió huyendo despavorido a esconderse por aquellos vericuetos.

Señalaremos ahora que los *yetis* no son precisamente «el ojito derecho» de los montañeros, los cuales parece ser que tienen buenas razones para sentir esta tan escasa simpatía hacia estos misteriosos seres. Por ejemplo: según las noticias locales, una banda de Hombres-de-las-Nieves se hizo particularmente odiosa —en la vertiente septentrional de esta cadena de montañas, en el Tibet—, ya que se dedicaban a destruir sistemáticamente todos los cultivos que estas buenas gentes cuidaban, deshacían sus pequeñas edificaciones, rasgaban la ropa puesta a secar y agujereaban, con alarde de mala intención, los techos de las chozas. Hasta que un día —y al igual que ocurrió en la historia relatada por el príncipe Pedro de Grecia— los aldeanos acabaron su paciencia y dispusieron, en venganza, unos grandes recipientes llenos de *chang* (especie de cerveza) en las inmediaciones de sus cabañas. Cuando a la mañana siguiente descubrieron así a los extraños animales durmiendo su insospechada «mona», los montañeros los exterminaron sin piedad, vengando así todos los agravios recibidos y cobrándose en sus vidas los daños que venían soportando.

Esta matanza suena, verdaderamente, a irreal en un país donde la admirable religión budista inclina al respeto a la vida de todos los seres,

cualesquiera que éstos sean. Pero la historia sigue diciendo luego que las autoridades de aquellos contornos, al tener noticias de tal matanza, tomaron las medidas pertinentes para evitar que, en el futuro, se volviese a maltratar a tales brutos salvajes que, en el fondo —se reconocía—, eran absolutamente ingenuos.

A finales del año 1953, otro lama tibetano —llamado Chemed Rigdzin Dorji Lopen— vino a trazar un nuevo retrato del Hombre-de-las-Nieves, pero mucho más simpático que el que nos ha llegado a través de la leyenda. A su juicio, este gran mono inofensivo no tiene nada de «abominable» y no se mete nunca con los seres humanos más que cuando éstos le atacan o él se cree amenazado por ellos. Y a manera de ejemplo cita el caso de su maestro, el lama Tsultung Zangbu, uno de los más grandes eruditos del Tibet, que se encontró un día cara a cara, cuando iba a orar a los montes Tchasi en Assam, con uno de estos *yetis*. El Hombre-de-las-Nieves en cuestión, que transportaba en sus fuertes brazos dos grandes trozos de roca, continuó su camino, sin molestar para nada al santo hombre.

El *yeti*, como todas las restantes criaturas, es sagrado para estos hombres y así se rinde también culto a sus restos mortales en las lamaserías o conventos de los lamas. Y fué así, gracias a este hecho, como Chemed Rigdzin pretende haber tenido ocasión de examinar los cuerpos momificados de dos de tales seres, uno en el monasterio de Rhibotchi, en el Tibet oriental, y otro en el monasterio de Sakya (provincia de Chigatse), en el Tibet occidental.

Es —nos dice éste— un enorme mono que viene a medir unos 2,30 metros de alto. Su cráneo es muy aplastado (más adelante veremos cómo hay que interpretar esta descripción) y su cuerpo está recubierto de pelos de color moreno oscuro, de una longitud de 3 ó 4 centímetros. Su cola parecía ser excesivamente corta.

PRIMERA HIPÓTESIS: PUEDE TRATARSE DE UN PEQUEÑO MONO

Tales eran, en los finales de 1953, las piezas que componían el expediente del Hombre-de-las-Nieves. Sabemos, hoy en día, cómo y con qué diversas variantes describen a esta criatura los habitantes de las regiones del Himalaya y cómo también su simple mención despierta entre todas ellas los más profundos escalofríos de terror y de aprensión. Y sin duda alguna, podemos afirmar también que ya conocemos con qué clase de incredulidad se habrán acogido por todas partes esta serie de noticias y de rumores. Uno de mis colegas —y sirva esto de ejemplo—, con quien yo hablaba con la mayor seriedad de todas estas cuestiones, acabó por mirarme con ojos socarrones, preguntándome luego si yo creía también en los Reyes Magos.

Pero, entonces, ¿cómo interpreta la Ciencia toda esa serie de extrañas huellas halladas en la nieve, en forma fuera de dudas, y que por consiguiente no pueden ya ser atribuídas a simples excesos de imaginación.

Conocemos también cómo el coronel Howard-Bury atribuyó tal género de marcas a un lobo gris y cómo Ronald Kaulback las achacaba, por contra, a una pantera de las nieves. Mas en realidad vemos que, tras un estudio detenido de dichas huellas, tales dos teorías caen por tierra sin

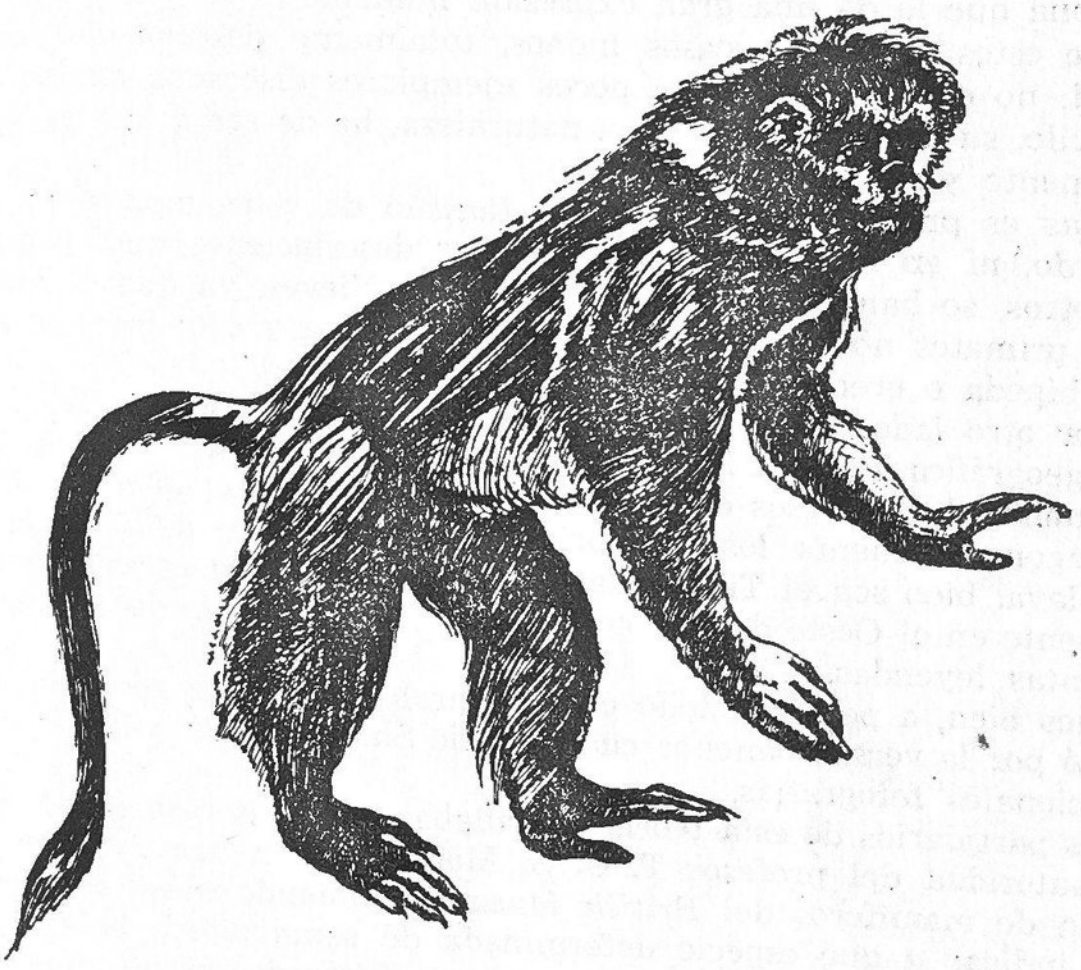


Fig. 38. — *Rhinopiteco de Roxellane, o mono de las nieves*

la menor defensa posible. En el año 1937, se apuntaron otras hipótesis mejor basadas, que vinieron así a dar origen a toda una serie de discusiones que publicó el *Times* de Londres, periódico éste que es considerado como el mejor informado del mundo.

Basándose, sobre todo, en las descripciones facilitadas por los indígenas, el Dr. Guy Dollman, del *British Museum*, hizo notar que en la cadena del Himalaya existen dos razas de monos de tamaño apreciable. El primero de estos monos es el semnopiteco o langur del Himalaya (*Semnopithecus schistaceus*), un esbelto cuadrumano muy directamente emparentado con la variedad llamada *entelle*, el mono sagrado de la

India o *hanuman (Semnopithecus entellus)*. Con respecto a esta variedad, se ha señalado su existencia en el Tibet hasta en altitudes de unos 4.000 metros. Se diferencia de la especie común por su constitución más robusta y por su pelaje largo y en vedijas. El otro mono es el rhinopiteco de Roxellane *(Rhinopithecus roxellanae)*, al que los chinos llaman «mono de las nieves». Es un primate de estructura más sólida y maciza aún que la del precedente, con pelaje espeso y nariz cómicamente respingona que le da una gran expresión humana.

De estos raros y escasos monos, totalmente desconocidos en cautividad, no existen sino unos pocos ejemplares disecados en los Museos. Por ello, su encuentro en plena naturaleza, ha de ser a la fuerza, verdaderamente sorprendente.

Mas es preciso recalcar que el tamaño de estos monos no está de acuerdo, ni en lo más mínimo, con las descripciones que, por unos o por otros, se han hecho del Hombre-de-las-Nieves, ya que el mayor de estos primates no sobrepasa del metro cuarenta y esto medido en posición bípeda o erecta.

Por otro lado, y en lo que atañe al rinopiteco, su área de distribución geográfica no llega hasta aquellos lugares en los que suelen hallarse las huellas de los pasos de los Hombres-de-las-Nieves; el mono de nariz respingona frecuenta los territorios situados al este de la cadena del Himalaya, bien sea el Tibet o la China occidental, mientras que es precisamente en el Oeste de esta cordillera donde el «abominable» es origen de tantas leyendas.

Pues bien, a pesar de todo ello, un gran número de zoólogos se pronunció por la versión «mono» cuando Eric Shipton llevó a Inglaterra sus sensacionales fotografías.

Los partidarios de esta teoría se hallaban, además, respaldados por la alta autoridad del profesor T. C. S. Morrison-Scott, conservador de la sección de mamíferos del *British Museum*. Afinando más aún, llegaron hasta indicar a qué especie determinada de semnopiteco habría forzosamente de pertenecer el pseudo-monstruo objeto de sus estudios. Tenía que tratarse, según ellos, de un *Presbytis* (alias *Semnopithecus) entellus achilles,* o sea el langur, cuyo tamaño alcanza, como mucho, 1,50 metros puesto en pie; el espécimen-tipo de esta subespecie de *entelle* proviene de una localidad situada a 3.600 metros de altitud, a unos 80 kilómetros al noroeste de Khatamandu, en el Nepal. Es un gracioso cuadrumano de color leonado y con la cara negra, mientras que el pecho y la cabeza pasan a ser plateados. Su descripción parece concordar bastante bien con la facilitada por Sen Tensing, el guía de Shipton.

Se replicó muy juiciosamente a los defensores de tal teoría, que las huellas de un semnopiteco de largos dedos no se asemejan ni por asomo a las que se ven en las fotos obtenidas por Shipton, puesto que éstas parecen haber sido hechas, a todas luces, por unos pies o patas macizas y de cortos dedos. También se adujo que un animal cuyos pies miden,

como máximo, 22 ó 23 centímetros ¡no puede dejar nunca huellas de 33 centímetros de longitud!

Ante tal objeción, presentaron ellos una explicación que fué acogida

Fig. 39. — *Semnopiteco (o langur) del Himalaya*

con toda diligencia por la Prensa y que un periódico inglés resumía de esta guisa:

«Las colosales dimensiones de las huellas se explican, sin duda, por el hecho de que habiendo sido marcadas durante la noche y en la nieve fresca, ocurre luego que, al llegar el deshielo de la mañana, tal licuefacción no hace

sino ampliar un poco sus medidas reales. Al caer de nuevo la noche, vuelven a helarse las huellas y a tomar, por tanto, sus dimensiones ciertas, pero ya se ha producido, en el ínterin, la causa por las cuales han podido ser atribuídas a una raza de gigantes.»

Pero, ¡caramba!, una línea más arriba el mismo y referido periódico reconoce, imprudentemente, que las «huellas de pasos están tan separadas unas de otras que es imposible que hubieran sido dejadas por una criatura humana».

Si el autor del artículo, y los seguidores de su tesis, se hubieran tomado la molestia de reflexionar un momento previamente, estoy seguro de que hubieran optado por el silencio.

Puesto que si unas huellas dejadas sobre la nieve por un ser de tamaño pequeño ganasen luego en longitud por efecto del deshielo, ¡tales marcas no tendrían tendencia a separarse unas de otras, sino a acercarse, a confluir por tanto! ¿No es esto absolutamente cierto?

El señor Oliver Jones, conservador de los mamíferos en el Zoo de Londres, emitió una astuta hipótesis para tratar de explicar cómo un pequeño semnopiteco podría haber dejado huellas de pies gigantes. A su juicio, cada una de las huellas fotografiadas por Shipton fueron marcadas *¡por las cuatro patas a la vez y no por una sola!* Al andar a base de saltos sobre la nieve, el langur apoyaría primero, delante de sí mismo, las dos manos juntamente; luego, obtenida ya esta base, haría saltar sus cuartos traseros que vendrían a apoyarse así también junto a las referidas manos. Y de esta forma, nos dice, las cuatro patas del langur habrían caído en un mismo sitio, lo cual justificaría cada una de esas huellas amplias y de descomunales dimensiones.

Y al seguir su marcha por igual método, se produciría esa hilera de huellas que hemos visto ya retratada.

Tal explicación pareció confirmarse por el testimonio de un colono sudafricano, W. W. Wood, quien pasó una época en Cachemira; tuvo así ocasión, en 1944, de ver un mono, en las montañas, al que él tomó por el abominable Hombre-de-las-Nieves.

El 31 de mayo de dicho año, había dejado a su mujer y a sus criados en una cabaña forestal situada en Liddarwat (a 5.600 metros de altitud), cerca de Srinagar, partiendo él de excursión por las montañas, decidido a pasar el día en compañía de dos oficiales en vacaciones, el mayor Kirkland y el capitán John B. Maggs. Tras haber seguido el brazo oriental del Liddar occidental, nuestros excursionistas llegaron hasta los lindes inferiores de las nieves:

«Nos hallábamos en un lugar cerca ya de los límites de los bosques, a unos 2.500 metros —nos cuenta el propio señor Wood— cuando divisamos un gran animal que avanzaba a saltos hacia nosotros, a lo largo del *khud* cubierto de nieve y por la orilla opuesta de un regato. Su marcha me pareció similar a la de un mono de esos que se desplazan dando saltos con las cuatro patas a la vez. Según los recuerdos de Maggs, sus patas traseras eran de mayor longitud

que las delanteras y su manera de andar no se diferenciaba casi de la del conejo (...).

El animal escaló el flanco de la montaña, cruzó nuestra pista y luego se sentó, a la manera de los monos, sobre unas altas rocas a fin de observarnos más a sus anchas. Era evidente que nos encontraba extraños, tan extraños posiblemente como nosotros a él (...). Era de color leonado, con una franja alrededor de su cara; venía a medir, más o menos lo que un hombre, pero tenía una larga cola terminada en un brochón como ocurre entre los leones. Maggs opinaba luego que su cola era más peluda que la del león y que su piel, recubierta de pelos rojizos, hacía recordar la de los osos. Los kashmiris nos dijeron que se trataba de un *bandar* (mono).

Tan extraña criatura no era, bien ciertamente, ni un langur ni un oso. Aquel ser que erraba solitario por las alturas ¿no sería quizás el abominable hombre-de-las-nieves?»

A tal respecto, el redactor del *Country Life*, a quien el señor Wood facilitara toda esta información, respondió simplemente:

«Creo que esa es una buena descripción del *Semnopithecus entellus ajax*, especie que vive en las elevadas altitudes, entre las fuentes del Indo, y a los que encontramos también a veces por encima de la línea de las nieves. Se admite que este langur no mide sino unos 75 centímetros, pero también es sabido lo difícil que resulta apreciar con exactitud una altura determinada en este escenario de las montañas (1).»

De todas formas, de la descripción facilitada por el señor Wood destaca inmediatamente el curioso modo de propulsión a saltos que utilizaba el mono por él observado y que venía a reforzar la ingeniosa explicación apuntada por el señor Oliver Jones. El único fallo que ésta presenta es que algunas de las huellas fotografiadas por Shipton son demasiado claras, demasiado netas, para haber sido marcadas por cuatro patas yuxtapuestas, quizá montadas unas sobre otras, más o menos parcialmente. Se distingue en ellas demasiado bien el contorno del pie y el detalle de casi todos los dedos. Por ende, del examen general de todas las huellas así reproducidas se saca una clarísima deducción: en aquella hilera o fila de marcas se distingue, regular y sucesivamente, una tendencia a desviarse las huellas hacia la derecha y hacia la izquierda, un paso cada vez, lo cual no es sino una demostración de que se trata de *pasos*. ¿Por qué, sino, iba el animal en cuestión a saltar primero un poco hacia la derecha, luego otro poco hacia la izquierda y así sucesivamente? ¿No sería más normal y lógico que sus saltos marcasen una línea más bien recta?

Y para mayor abundamiento, un ser como el semnopiteco hubiera dejado también en la nieve algunas huellas de su cola.

No. Las huellas gigantes halladas tan frecuentemente en la nieve no pueden haber sido marcadas por un mono, por lo menos por un mono

(1) Lo que es cierto en un sentido, debe serlo también en el otro. Así el «yeti» podría ser en realidad, más alto de lo que afirman los testigos que le dan, como talla, 1,80 ó 2 metros; el gran tamaño de sus huellas, parece además probárnoslo.

con cola, y que mida tan sólo 1,40 metros en posición bípeda. Mas esto no impide, a buen seguro, que cualquiera que tuviese la «suerte» de hallarse cara a cara, de sopetón, y en aquellos inhóspitos parajes con un cuadrumano tan raro como un «gran» langur, o mejor aún, como un rinopiteco pensase inmediatamente que aquel monstruo no podía ser sino el «abominable Hombre-de-las-Nieves» del que tanto hablan las leyendas. Para mí no hay duda de que esto fué justamente lo que pasó en el caso del señor Wood y quizá en el de Sen-Tensing, por más que nos sea difícil admitir que un montañero tan endurecido y experimentado como éste no sea capaz de reconocer un mono cuya presencia debía serle absolutamente familiar.

SEGUNDA HIPÓTESIS: PODRÍA TRATARSE DE UN OSO

La posición de los seguidores de esta hipótesis es, en verdad, bastante más firme: fué defendida, sobre todo, por Reginald I. Pocock. Según el célebre naturalista inglés, el responsable de las huellas gigantes no puede ser otro que ese ser a quien los cazadores designan con el nombre de «oso rojo» y los zoólogos bajo el de oso Isabel *(Ursus arctos isabellinus)*. Tal oso no es sino una raza local tibetana del oso pardo de nuestras regiones. Uno de estos animales, cuyo tamaño excepcionalmente sobrepasa de los dos metros, puede marcar perfectamente unas huellas de 33 centímetros de largo y si éstas están hechas por sus patas traseras habremos de ver que podrán recordarnos muy ciertamente las pisadas de un hombre.

Hay que considerar igualmente que como él suele andar a veces en posición bípeda, bien pudiera ser ésta una gran explicación para ese gigante velludo del que nos habla la leyenda. Y si ha ocurrido —lo que no tendría nada de raro— que un viejo macho, de gustos carniceros, hubiese atacado una que otra vez a los moradores de la comarca y llegado incluso a devorarlos (no sería esto demasiado chocante, máxime teniendo en cuenta la pobreza de alimentos que reina en aquellos agrestes parajes), hallaríamos ya así una firme base que justificase todos los rumores sobre el ogro velludo y gigante que devora carne humana.

Y esta interpretación fué, justamente, la que sostuvo C. S. Cansdale, director del Zoo de Londres, al conocerse en su país las fotografías obtenidas por Shipton. Un gran número de argumentos del más puro sentido común, militaban también en favor de su tesis.

Efectivamente, era lícito preguntarse si un mono exclusivamente vegetariano, como el semnopiteco, hallaría algo que comer en las elevadas zonas de los 6.000 ó 7.000 metros. Por otro lado, jamás se ha conseguido ver a tales monos en alturas sueriores a los 4.000 metros, lo que

representa así una considerable diferencia, muy digna de ser tenida en cuenta.

El Mayor R. W. C. Hingston, del Servicio Médico Indio, que participó en la trágica tentativa de ascensión al monte Everest en 1924, nos ha dado un gran número de informes sobre la fauna y la flora de las grandes altitudes del Himalaya. Nos ha enseñado así que a 5.000 metros pueden hallarse —si bien no siempre— algunas plantas de la especie *parnasiuss*, pero que por encima de tal altura la vida vegetal parece haber ya desaparecido en absoluto. La expedición suiza del año 1952 llegó, sin embargo, a descubrir alguna leve traza de vida vegetal allá por los 6.400 metros. Los herbívoros que habitan aquellos montes no suelen llegar casi nunca hasta tales altas zonas, como no sea en casos extremos, como, por ejemplo, cuando huyen o tratan de esconderse de alguna clase de enemigos. Este es el caso de determinados roedores como el *pika* o *lagomys* del Everest *(Ochotona wollastoni)*, una gran rata sin cola, estrechamente emparentada con las liebres y de cuya familia se han hallado algunos especímenes en zonas situadas a unos 5.300 metros. Más allá de los límites de los vegetales se hallan también jabalíes, antílopes-gamuzas como el *serow* y el goral *(Nemorhaedus)*, un curioso buey que se relaciona con los anteriores, el takin *(Budorcas)* y algunas cabras como las *kemas thar (Hemitragus)* o el rebeco *markhor (Capra falconeri)*. Algunas especies de lagartos de los géneros *Phrynocephalus* y *Leiolepis* suelen habitar frecuentemente en las zonas del Everest situadas más arriba de los 5.000 metros. Por encima de los 6.000 metros no se encuentran ya sino pájaros, pero éstos en una gran variedad. Según los alpinistas, las chovas sobrepasan los 8.000 metros de altura y serán por tanto capaces de alcanzar, casi seguramente, los más altos picachos.

Vemos, pues, que si un animal carnívoro puede vivir a cinco o seis mil metros —y ésto tomándose el trabajo de bajar cada día o cosa así a una altitud mucho menor, a fin de hallar qué llevarse a la boca—, la vida, a tales alturas, es absolutamente imposible para los herbívoros, ya que éstos no pueden subsistir dándose un atracón hoy y ayunando el resto de la semana, sino que, como es bien sabido, deben comer cada día, dedicando incluso muchas horas de cada jornada a la tarea de ir sacando un poquito de aquí y otro poquito de allá.

En el caso de los osos, el problema de la alimentación no tiene tan marcados caracteres. Durante la mala época, durante la estación inhóspita los osos cesan de alimentarse y llevan una vida vegetativa, al *ralenti*, en un estado de letargo. Por tanto, nada se opone, en principio, a que una determinada especie de úrsido pase los meses fríos del año en las más abruptas alturas que, a cambio de la incomodidad reinante, pueden proporcionarle una seguridad absoluta (1).

Sería, por tanto, al principio y al final de este período de sueño in-

(1) En nuestros países, ciertamente, ocurre lo contrario: los osos abandonan las altas crestas en el otoño y bajan a los valles para aletargarse durante el invierno.

vernal cuando se hallaran huellas de sus pasos en tales desacostumbradas alturas. En todo caso, el Hombre-de-las-Nieves deja, en general, sus huellas sobre las nieves del otoño.

En resumen, vemos que, al parecer, la versión «oso» es la que más satisfacción puede dar a los más exigentes examinadores. Personalmente yo también me sentí inclinado hacia esta teoría tras una detenida comparación de las huellas fotografiadas por Shipton y las de diversas clases de osos.

Algunos «especialistas» adujeron inmediatamente que si el Hombre-de-las-Nieves fuese un oso no habría podido por menos de dejar marcadas en la nieve las señales de sus fuertes garras. Lo cual no puede ser ya más inexacto; como su nombre nos lo indica, los plantígrados se apoyan mayormente sobre la parte más carnosa de la planta de sus pies, en forma tal que sus dedos —y sus garras por ende— no siempre tocan el suelo.

Y suponiendo que efectivamente se tratase de un oso, podríamos incluso llegar a precisar cual de sus extremidades es la que marcó la más clara de las huellas halladas y reproducidas por Shipton.

Primer punto: se trataría, sin lugar a dudas, de una pata *posterior*, ya que las anteriores o delanteras del oso tienen un contorno mucho más redondeado y terminan en un pequeño «talón» estrecho y saliente, lo cual da a sus huellas una forma muy parecida a la de una pera. (Véase fig. 35.) Sobre este extremo no hay confusión posible, digan lo que digan algunos incompetentes comentaristas.

Segundo punto: Si dicha huella ha sido dejada por un oso —repetimos la hipótesis— fué su pata posterior *derecha* la que dejó tal marca. Esto sorprenderá, sin duda, al profano, quien se hubiera decidido probablemente, y en caso de tener él que decidir, por la pata izquierda a la vista del gran dedo gordo que allí parece verse. Mas en realidad —y como ya dijimos en el capítulo precedente—, *lo que en una huella de pata de oso tiene todo el aspecto de ser su dedo gordo, ligeramente separado de los otros, no es sino su quinto dedo.* Pero todos los que se ocuparon de este asunto, olvidaron, al parecer, tan elemental verdad (1).

En suma, que un experto en mamalogía no hubiera tenido más que echar una simple mirada sobre las huellas en cuestión para decir, inmediatamente, si pertenecían a un oso, o por contra, a un primate cualquiera. Le hubiera bastado para ello verificar si el «dedo gordo» tenía una posición externa o interna en la pista así trazada.

(1) Esta inversión aparente de las huellas de los osos daría buena cuenta también de la fábula de los «pies retrovertidos», según lo explicamos en los capítulos que tratan del «oraus pendek».

UNA CASI CERTEZA: SE TRATA DE UN BÍPEDO

Fué una verdadera lástima, a este propósito, que Shipton no tomase en aquellos momentos un gran plano fotográfico de una «sucesión» de huellas, sino que se contentase con publicar la imagen de una huella aislada y algunas vistas del conjunto de la pista trazada, pero tomadas desde un ángulo oblicuo que deforma completamente el aspecto de las pisadas que la integran.

Sin embargo, un atento examen de las últimas fotos, por más que éstas sean poco explícitas, vino por fin a probarme que yo había hecho mal —lo mismo que los restantes seguidores de esta teoría— en aceptar la versión «oso» bajo la sola fe de una huella, por más neta y clara que fuese.

En efecto, si el detalle de las huellas escapa totalmente en estas vistas generales o de conjunto, ¡la disposición «recíproca» de las marcas se distingue en éstas sin la menor ambigüedad! Y como ya lo apunté más arriba, se observa sobre esta pista, formada a primera vista por una serie de marcas perfectamente alineadas, una alternación de huellas ligeramente forzadas respectivamente hacia la izquierda y hacia la derecha. Esta alternación es tan regular como la de los pasos de un soldado de infantería en pleno desfile: izquierda, derecha, izquierda, derecha... (Véase lámina de grabados fuera de texto.)

Y esto, precisamente esto, debe darnos las más preciosas indicaciones sobre el ser que dejara unas huellas así dispuestas.

La primera explicación que se presenta a nuestro espíritu es la de que *esa pista de huellas fué trazada o marcada por un bípedo;* las pisadas menos hundidas por su lado izquierdo, fueron hechas por el pie izquierdo; las menos marcadas por su lado derecho, por el pie derecho recíprocamente. Y esta sucesión de pie izquierdo y pie derecho se ajusta también a la separación de lo que pudiésemos llamar la línea eje de la pista. Representando al pie izquierdo por PI y al derecho por PD, tendríamos:

PI PI

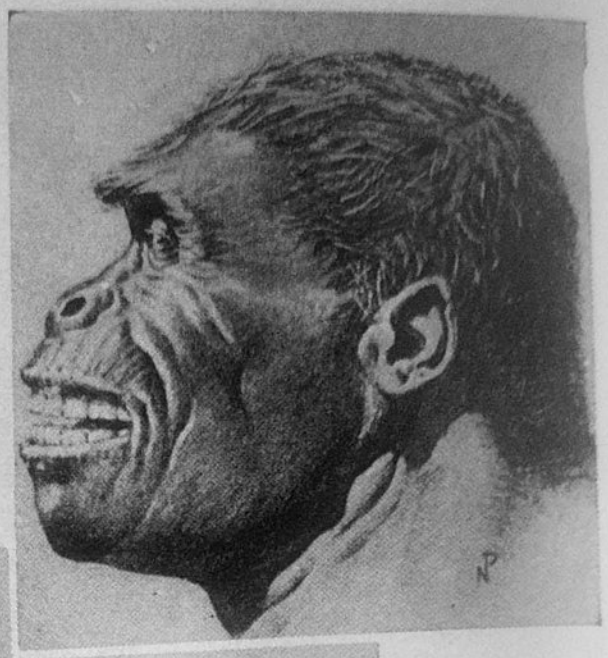
PD PD

Pero alguien, quizá, me preguntará: ¿no podría haber sido dejada una pista similar por algún cuadrúpedo?

Un primer punto es, en todo caso, indudable, y es que unas huellas así de juntas y dispuestas con una alternación «regular» de pasos de un valor constante, no pueden provenir en modo alguno de un galope. Por si ello fuera poco, puedo añadir que me suena a excesivamente extraño el hecho supuesto de que un ser de tan gran tamaño —o alzada en ese

Vista del interior del «scalp» de Pangbotchi. — Vista lateral del mismo. Otro segundo «scalp», visto de frente, entre las manos del jefe de los Lamas del poblado de Khumjung

(C. Keystone)



Reconstitución del gigante de Swartkrans, realizado bajo la directiva de expertos antropólogos. (Según Neave Parker) *(C. Illustrated London News)*

Reconstitución del Hombre-de-las-Nieves efectuada por un excelente dibujante, basándose en los relatos de los diferentes testigos. (Según «Radar»)

caso— utilizase tales rápidos métodos para desplazarse por unas pinas, abruptas y peligrosísimas pendientes cubiertas de resbaladiza nieve.

Y dado que, aunque fuese un cuadrúpedo, nadie creerá que iba a utilizar de toda su velocidad para circular por aquellos poco cómodos parajes, podemos renunciar, si les parece, y por reducción al absurdo, al estudio de cómo posan éstos sus patas cuando marchan al trote o al galope.

Ahora bien, la pista que marca un cuadrúpedo cuando va al paso o a un trotecillo suave, todo lo más, puede ser equiparada a la que dejarían dos bípedos que marchasen uno tras otro, relativamente muy juntos, y a la mismísima velocidad. La sincronización de esas dos marchas no debe detenernos por ahora. Que un animal ande de frente y ambiando, o que tome, por el contrario, la marcha algo diagonal habitual, no alterará tampoco esto la disposición de sus huellas: según que utilice

Fig. 40. — *Huellas de ratón*

uno u otro modo de andar, pondrá sus pies sobre el suelo en momentos diferentes pero no en lugares distintos.

La pista del Hombre-de-las-Nieves nos revela, para empezar, que no ha podido ser marcada por un cuadrúpedo, cuyas patas delanteras estarían menos separadas que las patas traseras. En estos casos, las huellas de los miembros anteriores no se encuentran en la misma alineación que las dejadas por las patas traseras. La pista de un ratón es bien característica a este respecto: en ella se ven netamente marcadas las cuatro alineaciones diferentes de las cuatro patas.

Si la pista que nos interesa hubiera sido hecha por un cuadrúpedo, sería indiscutible que habría de tratarse de un animal cuyos miembros anteriores y posteriores se hallasen separados por distancias iguales, puesto que en la fotografía de la pista en cuestión no se ven sino dos alineaciones de pasos.

El aspecto de la pista de un cuadrúpedo depende esencialmente del lugar donde éste pone sus patas traseras en relación con las huellas de las delanteras.

1.° Puede ponerlas exactamente a mitad de camino entre dos huellas sucesivas de patas anteriores, lo cual nos dará la pista siguiente:

Clave:

(AI = Anterior izquierda. — PI = Posterior izquierda.
AD = Anterior derecha. — PD = Posterior derecha.)

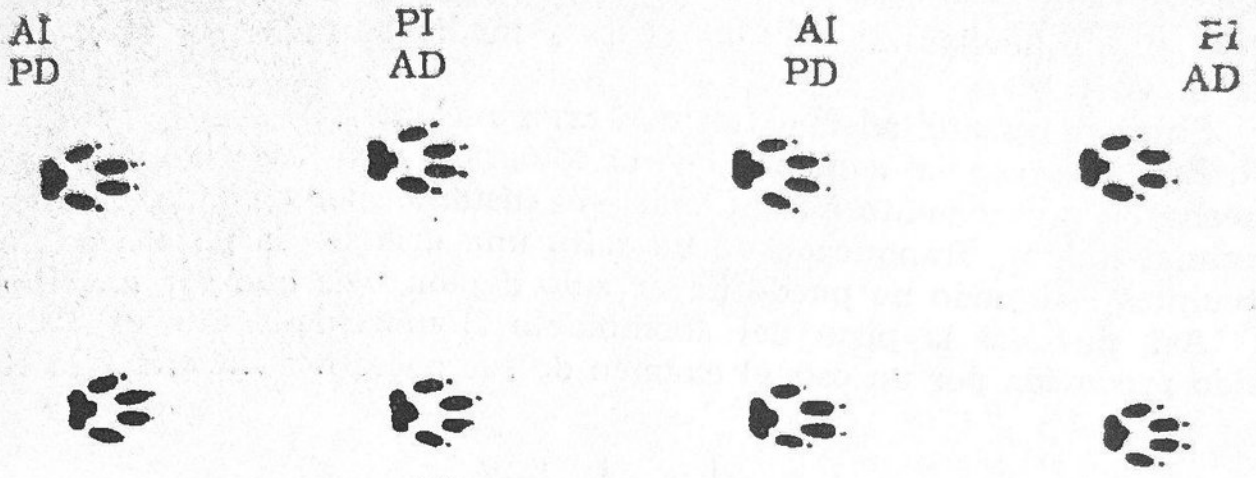


Fig. 41. — *Pista de lobo*

2.° Puede también posar sus patas traseras más cerca de las huellas dejadas por las delanteras, lo que nos daría:

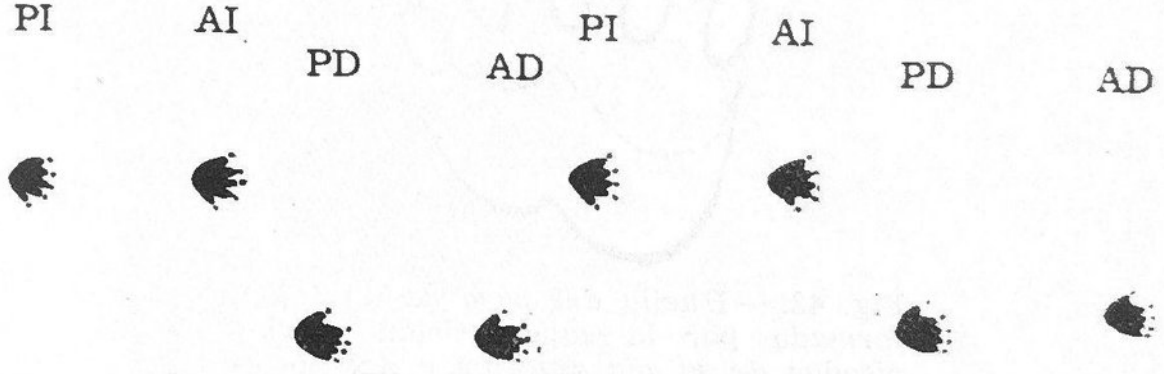


Fig. 42. — *Pista de nutria*

3.° Finalmente, pudo colocar las patas posteriores descaradamente *encima* de las huellas de las patas anteriores, de donde resulta:

(PI + AI) (PD + AD) (PI + AI) (PD + AD) (PI + AI)

Si consideramos ahora estas tres clases de pistas, veremos sin gran esfuerzo que sólo la tercera de ellas presenta una disposición parecida a la del Hombre-de-las-Nieves. Pero en un tal tipo de pista es preciso observar también que *todas las marcas de pasos están producidas por la superposición de dos huellas*, o sea, por las dos patas del mismo lado. Y, como deducción irrebatible, estará formada la pista en total por huellas embrolladas, no claras, y *solamente*, por tanto, por huellas embrolladas.

Mas, ¡ah!: las marcas fotografiadas por Shipton no parecen en absoluto el resultado de una superposición que nunca será perfecta y nítida. Estas pisadas se recortan limpiamente en la nieve, con contornos claros, precisos y muy regulares. No se trata, pues, como algunos pre-

tendían, de huellas «apenas marcadas y medio borradas por el viento y la nieve.».

Shipton insistió, además, en que eran recientes.

En consecuencia, a menos que el fotógrafo haya escogido una huella hecha en un momento excepcional —el instante, por ejemplo, en que el animal hubiese franqueado de un salto una grieta— la pista a que nos venimos refiriendo no puede haber sido dejada *más que por un bípedo.*

Así, pues, si la pista del abominable Hombre-de-las-Nieves hubiese sido producida por un oso, el examen de sus pasos nos llevaría a la con-

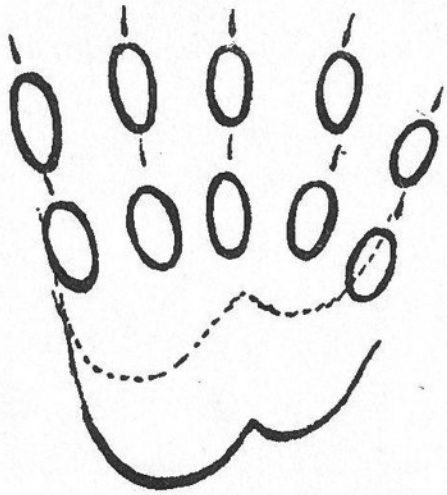


Fig. 43. — *Huella del paso de un tejón, formada por la superposición de las pisadas de su pie anterior y del posterior correspondiente*

vicción de que éste marchaba de pie, es decir sobre sus patas posteriores. Es bien cierto que los osos toman a veces esta postura bípeda cuando están intrigados, por ejemplo, o cuando adquieren aires amenazadores; pero no creo que nadie sueñe con que un oso se desplace centenares de metros andando sobre sus patas de atrás. Entre otras razones porque no creo sea capaz de hacerlo, máxime si se trata, como en nuestro caso, de peligrosos terrenos en declive. Y no olvidemos, ¡caramba!, que la tan mencionada pista fué seguida nada menos que durante unos 1.600 metros.

¿No será mucho más honesto, por tanto, declararse conforme con el parecer de sir John Graham Kerr, antiguo profesor de Zoología de la Universidad de Glasgow, quien alzó su voz en contra de las diversas y falsas identificaciones, hechas a todo correr para tratar de disimular así una ceguedad producto de la ignorancia? Este gran profesor dijo, lisa y llanamente:

«En tanto que yo puedo juzgar, tales huellas no pertenecen a ningún animal de los que conocemos los zoólogos.»

TAL VEZ PUEDA TRATARSE DE UN MONO GIGANTE

Una vez dicho esto, ya sí podemos arriesgarnos a dar un pronóstico. Y aunque es imposible atribuir las huellas del *yeti* a las especies debidamente clasificadas por la ciencia, sí será posible tratar, sin embargo, de determinar —o de preguntarse al menos— a cuál de los grandes grupos zoológicos pertenecerá el ser en cuestión.

En rigor de verdad, como bípedos plantígrados no se conoce más que al hombre, el gibón, también, y el *indri* (género de los lemúridos típico de Madagascar), pero estos dos son esencialmente arborícolas. En todo caso, los primates.

¿Podría ser, pues, el *yeti* un gran mono antropoide, desconocido aún para nosotros?

Reconozcamos que dos puntos militan en contra de esta hipótesis. Para empezar, en el caso de los antropoides referidos, el dedo gordo del pie ha llegado a ser oponible: está marcadamente separado de los otros dedos, y, cuando su pie se posa sobre el suelo, queda éste casi perpendicular con relación a los otros cuatro. En la marca del Hombre-de-las-Nieves, el dedo grueso queda, por contra, estrechamente pegado a los restantes, o sea exactamente igual a lo que ocurre en el caso del hombre.

En segundo lugar, los antropoides son, en general, cuadrúpedos: choca el caso del gorila al que su enorme peso le impide bien pronto continuar su vida arborícola. Si el orangután parece adoptar en tierra una postura más erecta, no por ello deja de ser cuadrúpedo, pero la longitud desmesurada de sus brazos —de los cuales se sirve como si fueran muletas— le permite mantener su cuerpo erguido aun cuando tenga, al mismo tiempo, las cuatro extremidades apoyadas en tierra. El gibón resuelve el problema de la locomoción terrestre de una forma muy original: mejor que utilizar sus brazos como muletas —según antes hemos visto— las emplea como balancines, lo que le permite así asegurarse el equilibrio cuando marcha sobre sus patas posteriores, de manera parecida a la que usan los funámbulos cuando cruzan sobre una delgada cuerda o cable.

Salta bien a la vista que, para progresar por sobre el suelo, el antropoide debe resolverse a caminar con el cuerpo horizontal como los otros cuadrúpedos y cuando esto se le hace imposible por la excesiva longitud de sus brazos, logra entonces mantenerse erguido gracias a un «truco» que salva así esta dificultad que se le presenta. Lo que nos demuestra que no ha sido creado, como el hombre, para el bipedismo. En efecto, su cráneo no reposa con estabilidad por el centro de su base sobre la columna vertebral, y como ésta no está enderezada —como en el caso del hombre— por una curvatura cóncava formada a la altura de los ri-

ñones, el antropoide tiene siempre una tendencia a caer hacia adelante. Solamente sus «muletas» o sus «balancines» pueden evitarle tal caída: sus brazos desmesurados le vienen así que ni pintados para asegurarle estas funciones.

Mas, sin embargo, no hay que creer por ello que una marcha bípeda sea absolutamente imposible para los antropoides, si bien efectivamente les resulta penosa. Amaestrado con paciencia, un chimpancé puede llegar perfectamente a recorrer una determinada distancia sobre sus patas traseras exclusivamente. Incluso se ha llegado a pensar que algunos factores climatológicos pueden favorecer tal medio de locomoción. Esto es lo que parece desprenderse, al menos, de una larga observación llevada a cabo —hace muy poco tiempo aún— por el Dr. Sidney Britton, profesor de antropología de la Universidad de Virginia.

La nieve había caído copiosamente: y entonces tuvo él la curiosidad de ver qué reacciones despertaría este fenómeno meteorológico en un chimpancé que, por haber sido traído directamente de Africa debería desconocerlo en absoluto.

«No tenía ni la menor idea de que este animal caminaría sólo con dos patas sobre la nieve —declaró el doctor Britton— pero tras sus primeros pasos se alzó, efectivamente, y prosiguió luego deambulando en la misma postura.»

El antropólogo americano vió en este fenómeno una buena prueba de cómo la nieve jugó un papel primordial en la evolución del hombre y en su adquisición de la marcha bípeda. Sea lo que sea, sus observaciones pudieran tal vez aportarnos buenas luces sobre el problema del Hombre-de-las-Nieves: parece quedar así sentado que, en las nevadas soledades del Himalaya, un mono podría perfectamente haber adquirido una locomoción bípeda para tratar de reducir al mínimo, de esta guisa, el penoso contacto con la superficie helada.

La estructura y la disposición «humana» del dedo grueso de un mono de tal tipo podrían también ser explicadas de la misma manera. El zoólogo francés Albert Gaudry, había hecho ya notar, en el siglo pasado, que el hombre ha conservado los pies plantígrados de un mamífero primitivo, que no pueden proceder de los pies prensiles de los monos, especializados con vistas a la vida arborícola. Es justamente al contrario. O sea, que es mucho más lógico hacer derivar estos últimos de unos pies muy parecidos, a todas luces, a los del hombre. Con toda certeza, si un pie de «cuadrumano» fuese realmente primitivo, sería totalmente idéntico a una mano, puesto que habría sufrido idénticas evoluciones que esta última, a partir de la aleta oval de los peces: en realidad, el pie de un mono sigue siendo un auténtico pie, con su talón bien formado, con sus dedos alargados y recurvados, entre los cuales destaca el dedo gordo que, poco a poco, se fué separando de los otros para acabar siendo así oponible. En 1936 y en 1937, el Dr. Serge Frechkop, del Insti-

tuto Real de Ciencias Naturales de Bélgica, llegó a la misma conclusión que Gaudry, pero siguiendo otras rutas diferentes y sin haber tenido relación ninguna con él.

Fig. 44. — *Orangután en posición erguida, mas sin embargo cuadrúpeda, en plena marcha*

Un primate que, a semejanza del hombre, no se hubiese especializado en la vida arborícola, habría conservado, como éste, el pie estrictamente plantígrado. Podemos imaginarnos, a manera de ejemplo, que

una evolución rápida en el sentido del gigantismo llevase a toda una serie de monos a renunciar súbitamente a vivir en los árboles. Pero el gigantismo no suele acomodarse casi nunca a los lugares selváticos (y esto es lo que marca, además, para el gorila, según Urbain y Dekeyser, «el término próximo, o más probablemente, fracasado, de su evolución»). Un mono gigante hubiera tenido más probabilidades de subsistir en una zona «con puerta de escape». Puesto que, en las llanuras, un animal tan mal armado (relativamente) para la lucha por la existencia, estaría demasiado expuesto a los ataques de sus enemigos, la montaña reúne, en apariencia, las mejores condiciones para que tales seres subsistan en ella. Finalmente, la presencia de la nieve favorecería el bipedismo. Por tanto, llegamos a la conclusión de que, en teoría al menos, podría muy bien haberse desarrollado en las alturas nevadas de las montañas toda una raza de monos gigantes, de pies primitivamente plantígrados, y teniendo una marcada propensión al bipedismo (1).

Estamos abocados así a preguntarnos si, después de todo, no habremos de acabar por inclinarnos con humildad ante los testimonios de aquellos que describen al Hombre-de-las-Nieves como un mono gigantesco, como una especie de ogro hirsuto. A esto, la mayor parte de las gentes responderán, sin duda —mientras se encogen de hombros—, que los gigantes y demás titanes no han existido nunca: que tan sólo han sido producto de imaginaciones calenturientas y que la Ciencia nunca ha tenido el menor indicio veraz de su existencia ni tan siquiera en los más remotos tiempos, etcétera.

En verdad que si esta posición del vulgo era defendible hace una decena de años, ha dejado de serlo hoy, en la forma más absoluta. Para convencernos de ello, habremos de dar un pequeño salto hacia atrás, lo que nos permitirá asistir al descubrimiento paleontológico más original de entre todos los realizados.

KING-KONG NO ES UN MITO

Ocurrió la cosa en el año 1934. El joven paleontólogo holandés Ralph von Koenigswald deambulaba un buen día por las calles de Hong-Kong a la búsqueda de curiosidades. Y puesto que tal aventura se desarrollaba por las latitudes de los «celestes imperios», nada hubiera tenido de extraño que nuestro hombre hubiese hallado en su búsqueda uno o mil «hijos del Cielo». Pero cuando se paró delante de una pequeña tiendecilla o farmacia indígena, es bien seguro que el joven sabio no esperaba, ni

(1) Se puede verificar la corrección de nuestro razonamiento no ya aplicándolo a un primate hipotético sino también a un no menos hipotético carnívoro. Llegaríamos así a la conclusión de que podría haberse hipotéticamente desarrollado en las montañas nevadas una raza de carnívoros gigantes, de pies plantígrados y primitivos, y con idéntica propensión al bipedismo. Y estos seres existen: ¡son los osos!

por lo más mínimo, hallar en ella los restos de un auténtico «hijo de los dioses»...

Y él, precisamente, que tanto debía contribuir al conocimiento del *Pithecanthropus* (el famoso hombre-mono de Java), no podía sospechar siquiera que, justamente, iba a hacer el descubrimiento más sensacional de toda su carrera. Era una de esas pequeñas farmacias a la vieja moda china, que más que laboratorio vienen a ser un conjunto abigarrado de las más heterogéneas cosas. Y como quiera que en ellas confeccionan drogas de mágicas virtudes con los más raros ingredientes, tales como cuernos de rinocerontes y tripas de lagartos voladores, Koenigswald tenía la casi certeza de hallar, en medio de todo aquel batiburrillo, algo pintoresco o incluso interesante. Se hallaba en China a fin de estudiar su fauna y, como sabía por propia experiencia, en aquellos maremagnums de cosas siempre había bastantes posibilidades de encontrarse con algún animal raro disecado, con insectos extraños, conchas, o fragmentos de fósiles: claro es que todas estas variedades no tenían para sus vendedores sino dos denominaciones que, al parecer, eran las más «comerciales»: o bien eran «lung tchih» (huesos de dragón) o bien «lung kou» (dientes de dragón). Sobre el mostrador de la botica divisó un amplio jarro que contenía un enorme surtido de dientes de todas las clases y variedades. Curioseando, dejó caer un puñado de éstos en su mano. Era un juego de niños para nuestro sabio el ir dictaminando, inmediatamente, a qué animal pertenecía cada uno de ellos: dientes de osos, de tapir, de orangután, de los pandas, etc... Los dientes son, para un buen especialista, como una especie de tarjeta de identidad: y más aún los de los mamíferos. Mas de improviso nuestro hombre quedó mudo de asombro, estupefacto, y sintió que los pelos de su nuca se erizaban súbitamente.

Tenía entre sus dedos una muela de apariencia humana —hubiera incluso llegado a jurar que se trataba de un tercer molar inferior— pero de un tamaño tan enorme que resultaba varias veces superior a la más grande —de hombre o de mono— que él hubiera visto o soñado en toda su vida. Concretando más, aquella muela era cinco o seis veces mayor que la que pudiera ser «campeona» entre las de los hombres.

Era, pues, ¡una muela de gigante!

—¿De dónde ha sacado usted esto? —preguntó con voz casi inaudible al boticario.

El chino en cuestión no pudo arrojar demasiada luz sobre el asunto. Hacía ya muchos años que aquellos dientes se hallaban allí. Sin duda fué su padre, o su abuelo incluso, o hasta tal vez el padre del padre de su abuelo quien lo comprara a algún campesino de los contornos.

—Éstos —siguió explicando el mercader— suelen encontrarlos muy a menudo en sus campos o plantaciones. Son «dientes de dragón».

Von Koenigswald comenzó entonces una larga peregrinación por todas las farmacias y almacenes de la ciudad, dedicado así a la búsqueda

de nuevos ejemplares. Dos años más tarde, en Cantón, al otro lado de las aguas, volvió a hallar otra muela parecida a la primera: se trataba, esta vez, de un molar inferior. Y en 1939, volvió a enriquecer su colección, siempre en idénticas condiciones, con otro tercer molar inferior de gigante, pero mucho mejor conservado que los anteriores, puesto que conservaba aún una raíz y la corona perfectamente intactas.

Todas aquellas muelas provenían sin duda alguna de un primate, pero eran dos veces mayores que las de un gorila macho adulto. *Sacando por tanto las oportunas conclusiones de las medidas comparativas, resultaba así que el propietario de tales molares debería haber sido un ser de una talla comprendida entre los 3'50 y los 4 metros de alto.*

La leyenda de King-Kong, el gorila de las películas de Hollywood, venía a tomar así unos insospechados visos de verosimilitud.

¿Se trataría de un hombre? ¿Se trataría de un mono? A ciencia

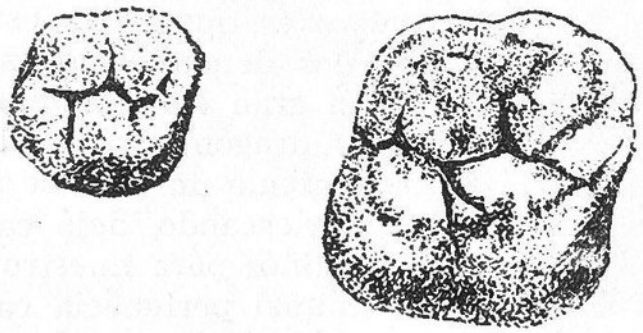


Fig. 45. — *Primer molar superior del «Gigantopithecus» (a la derecha), comparado con la muela correspondiente de un hombre (a la izquierda)*

cierta, es muy delicado esto de pronunciarse en uno u otro sentido, ya que las muelas del hombre y las de los grandes antropoides tienen muchísimos puntos de semejanza.

Al hallar la primera de estas muelas, von Koenigswald bautizó a su desconocido «propietario» con el nombre de *Gigantopithecus*, es decir, «mono gigante». Pero el sabio alemán Franz Weidenreich que hizo un cuidadosísimo estudio de las tres piezas dentarias, por encargo del propio von Koenigswald, advirtió que sus coronas estaban menos finamente plegadas que las de los antropoides, aproximándose más, por tanto, a las de los hombres. Así, y a su criterio, mejor hubiera sido bautizarle con el nombre de *Gigantanthropus* u hombre gigante, que convenía más propiamente al ser que hubiera gozado de tales muelas.

Una diferencia considerable de tamaño entraña en general numerosas variaciones en lo que respecta a la anatomía, incluso cuando se trata de seres que pertenecen a un mismo orden zoológico: tal distinción nos parece por ello prematura: hasta incluso es posible que carezca en absoluto de sentido. Recordemos también que en el caso del pitecantropo —del que se poseen muchos más restos y fragmentos anatómicos que

una simple pareja de muelas— los sabios no han acabado aún de decidirse sobre si su naturaleza era humana o simiesca. Será, pues, una cuestión de la más elemental prudencia definir al tal *Gigantopithecus* con la más amplia fórmula de «hombre-mono gigante».

Mas hay un punto en el que yo creo que todos estaremos conformes con Weindereich: es, concretamente, cuando escribe: «Este animal humano debería llenar de terror a todo el que le viera. Su estatura y su corpulencia serían como dos veces las del gorila actual.»

LOS GIGANTES DE CHINA, DE JAVA Y DE ÁFRICA

¿Lograremos saber dónde vivían aquellos monstruos?

Von Koenigswald estableció, para empezar, que los dientes fosilizados que se encontraban, en general, asociados a los del *Gigantopithecus* en las colecciones de los boticarios chinos eran los del tapir, del orangután y del «Stegodon», un elefante de los principios del Cuaternario cuyos restos se encontraron en el suelo limoso de determinadas grutas de la China meridional al sur del Yang-Tsé. ¿Provendrían, pues, de los mismos yacimientos las muelas de estos colosos? De hecho, de entre las cavidades de tales muelas se extrajeron algunos restos de tierra amarilla, que, según los análisis hechos por el padre Teilhard du Chardin y otros paleontólogos, es característica de los depósitos sedimentarios en cuestión. Éstos datan del Pleistoceno medio, o quizá del Pleistoceno inferior, según algunos.

Basándose sobre esta última apreciación, se ha podido afirmar que el gigante existía, hará unos 500.000 años en las grutas de la provincia china de Kwangsi. En realidad podría ser «geológicamente» más joven y tener así tan sólo unos 100.000 años apenas.

Los descubrimientos de Von Koenigswald no pararon allí, en lo que respecta a los gigantes. Tras los sensacionales descubrimientos de nuevos restos de pitecántropos en Java, debería él —como continuación de sus sistemáticas búsquedas montadas ya con la ayuda del Gobierno holandés— exhumar, en 1941, en dicha isla, un fragmento de una enorme mandíbula en la cual se hallaban aún fijados tres dientes. El ser a quien la mandíbula aquella había pertenecido, debía medir, según las más doctas estimaciones, de 2'50 a 3 metros. Y así fué bautizado con el nombre de *Meganthropus paloeojavanicus*, el hombre gigante de la vieja Java.

Un posterior descubrimiento paleontológico vino a probar luego que el imperio de estos gigantes estaba mucho más extendido, en realidad, de lo que en principio se supuso.

En abril de 1948, J. T. Robinson, ayudante del Dr. Robert Broom, del «Transvaal Museum», desenterró, en una caverna de Swartkrans, en África del Sur, la mayor parte de una enorme mandíbula que contaba aún

con tres premolares y cuatro molares. Cerca de ella, halló una muela del juicio, superior, dos incisivos y un canino, superiores también.

Esta mandíbula es ligeramente inferior, en sus medidas, a la del megántropo. Los premolares y los molares son vez y media mayores que los del hombre, pero —detalle muy interesante— los incisivos y los colmillos tienen igual tamaño que los nuestros correspondientes.

Este primo africano del megántropo, estrechamente emparentado con los pequeños australopitecos de idéntica región, fué bautizado por el doctor Broom con el nombre de *Paranthropus crassidens*.

Y de hecho, ha llegado a ser el mejor conocido de todos los primates gigantes. Broom y Robinson tendrían luego la suerte de exhumar, entre 1949 y 1950, más de una docena de huesos fragmentarios, incluídos

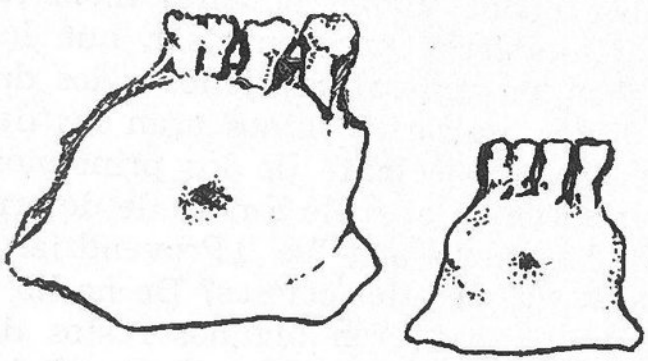


Fig. 46. — *Fragmento de mandíbula del megántropo (a la izquierda), comparado con el correspondiente fragmento de una mandíbula humana (a la derecha)*

dos cráneos casi completos, y una pelvis que venía a denunciarnos la postura más o menos erecta de este animal.

Pero, por desgracia, todos aquellos huesos se hallaban encerrados en unas grandes masas de greda roja, tan enormemente dura, que fué preciso volarla con cartuchos de dinamita, con lo cual las piezas anatómicas que contenían sufrieron graves quebrantos. La mayor parte de ellas resultaron rotas y estropeadas.

Ello no obstante, la estructura general de la cara del parántropo se fué vislumbrando poco a poco mediante el estudio de todos aquellos fragmentos. Este ser no parecía haber tenido el hocico tan saliente como los antropoides, sino un rostro ancho y muy plano, privado, al parecer, de nariz. Lo más extraño de todo este boceto o esbozo, son sus enormes mandíbulas cuyo tamaño contrasta hasta más no poder con la pequeñez de la caja craneana.

Así no es de extrañar que en estos seres de quijadas desmesuradas, se hallase luego, en lo más alto de su cráneo, una cresta sagital idéntica a la que constituye la «cimera» de los viejos gorilas machos.

Parece, en efecto, que la formación de dicha cresta ósea esté estrechamente ligada a la potencia del aparato masticatorio: es decir, de los

músculos de las mandíbulas cuyos tendones terminales se unen sobre los huesos parietales, en lo más alto del cráneo.

Según las dimensiones de la mandíbula y de la parte conservada de la cara, Broom estima la capacidad cerebral del *Paranthropus crassidens* en más de 900 cc. «Es muy posible —escribía éste— que el cerebro de un gran macho de hombre-mono de Swarkrans haya llegado a sobrepasar los 1.000 c. c. y que llegase a ser así, por tanto, tan grande como el de Leibniz o el de Anatole France.» Y sacaba luego la conclusión de haber descubierto, por consiguiente, el verdadero «eslabón que faltaba» entre el mono y el hombre.

Pero —se dirá— el que un gigante tenga un cerebro tan voluminoso como el de un hombre ¡no significa nada! La ballena o el elefante tienen una mollera más grande que la nuestra, sin que por ello su inteligencia pueda competir con la humana.

Y es, sin duda, para prevenir esta objeción por lo que el Dr. Broom niega hoy la calidad de gigante de su parántropo y, por extensión, la de sus primos de China y de Malasia... Según éste, los seres de los que hemos hallado restos de sus muelas o de sus mandíbulas gigantescas *tenían una talla similar a la del hombre, todo lo más a la de los gorilas,* y se distinguían de ellos solamente por el anormal desarrollo de sus quijadas.

El examen de la parte facial de los cráneos de parántropo nos muestra, en efecto, que estas criaturas no tenían la parte alta de la cara más grande que la de un hombre. Pero, como ya lo ha advertido Weidenreich en su último libro publicado antes de fallecer, «Apes, Giants and Man» (Los antropoides, los gigantes y el hombre)... «En la mayor parte de los casos, y sobre todo entre los primates, unos grandes dientes requieren unas grandes mandíbulas y unas grandes mandíbulas precisan a su vez de cuerpos grandes también, como lo hemos visto bien claramente en el estudio de los fósiles de los lemúridos gigantes de Madagascar.»

Así, pues, y hasta que alguien nos demuestre lo contrario, también se puede creer que el parántropo de Swartkrans era *un hombre-mono de enorme talla; de potentísimas quijadas pero dotado de un cerebro* (relativamente) *minúsculo.* En cuanto a los gigantes de Java y de la China, no se ha logrado demostrar aún que estuviesen dotados de mandíbulas desproporcionadas, puesto que nada sabemos aún, hasta el presente, de la estructura de sus caras. E incluso si el gigantopiteco hubiese estado incluído en ese caso, debería haber medido, sin embargo —y según el propio Broom— entre 2'50 y 3 metros. ¿No se habría ganado a pulso, consecuentemente, su apelativo de «gigante»?

Para completar la serie de investigaciones paleontológicas en el vasto imperio de los gigantes, Weinert señaló, en 1950, un nuevo descubrimiento realizado en 1939 en Tanganyka, por el Dr. Kohl-Larsen, pero cuyo estudio había quedado naturalmente retrasado con motivo de la

guerra. A 40 kilómetros al norte del lago Nyarasa (Eyassi), el médico alemán encontró, en un terreno del Cuaternario antiguo, restos del paladar, de los huesos nasales y de las mandíbulas de un primate gigante. Y como sus piezas dentarias eran de un volumen equiparable al de los molares del megántropo, Weinert vió en él un primo africano del gigante de Java: le llamó consecuentemente, *Meganthropus africanus*. Se podría apostar, sin embargo, a que este ser debía estar más estrechamente emparentado con el parántropo —africano también—, que con el megántropo de la Malasia.

LOS GIGANTES DEL GÉNESIS: HIJOS DE LOS DIOSES Y DE LAS MUJERES

El hallazgo de estos restos de auténticos gigantes prehistóricos dan un aire de actualidad a uno de los más antiguos problemas. Nos referimos al siguiente pasaje del Génesis, que ha intrigado siempre sobremanera a los eruditos de todo el mundo:

«Cuando los hombres hubieron comenzado a multiplicarse sobre la tierra y cuando ellos engendraron hijas, los hijos de Dios, viendo que las hijas de los hombres eran bellas, tomaron por esposas —de entre ellas— a aquellas que quisieron elegir.

Y el Eterno dijo: "Mi espíritu no seguirá ni un solo momento más entre los hombres, puesto que ellos no son sino carne. Sus vidas serán de ciento veinte años."

En aquellas épocas, había gigantes sobre la tierra, y esto fué después de que los hijos de Dios se hubieron unido con las hijas de los hombres y de que éstas les dieran hijos: esos son aquellos potentes hombres que, en todo tiempo, han tenido tan gran renombre.»

En verdad, no hay mucho de qué extrañarse en el hecho de que los antiguos hebreos atribuyesen la existencia de gigantes —los «nefilim» como ellos les llamaban— a la unión de mujeres con los enigmáticos «hijos de Dios», cuya presencia parece totalmente incongruente en los libros de una religión monoteísta. Para un ser primitivo resulta de la más elemental lógica el relacionar íntimamente la superioridad de tamaño con la superioridad de esencia. Esta transformación forma parte de las interpretaciones deformantes que sufren los acontecimientos históricos en el curso de los largos milenios.

El interés del texto de Moisés reside en el hecho de que las más antiguas crónicas señalan así la coexistencia, sobre la tierra, de una raza de gigantes de aspecto humano y de hombres propiamente dichos.

El Pentateuco no es tampoco la única obra de la Antigüedad que menciona la existencia de gigantes. Según la mitología brahamánica, una verdadera hegemonía de gigantes precedió al advenimiento de la raza roja y primitiva que fué fundadora, en el continente austral, de la ac-

tual civilización humana. Esta versión está muy extendida por las cuatro esquinas del mundo, desde los tiempos más inmemoriales.

En todo caso, se encuentran leyendas relativas a los gigantes (generalmente caníbales) en el folklore de todos los pueblos de la tierra. Y considerados en todas partes como los peores enemigos del género humano, estos monstruos han llegado a ser algo así como los enemigos públicos número uno.

Los mejores héroes de las leyendas han tenido siempre impresionantes victorias sobre los gigantes. La historia de Ulises saltando el ojo del cíclope Polifemo; la del navegante árabe Simbad, la guerra insidiosa que libra el héroe escandinavo Odin contra el enorme Ymer, la lucha de los guerreros hotentotes contra el formidable «Haitsi-Aibad», «el que desnuca contra el suelo», las historias de los cocos o fantasmones gigantescos que circulan por América desde el Perú hasta las tierras esquimales, el temor a los «Asurikés» entre las gentes del Siam, a los «Assuras», entre las de la India y a los «Aessuri» en los mogoles: los gigantones de los desfiles y fiestas que forman parte del folklore de tantas y tantas ciudades de Europa (Gog, en Londres; Druon Antigon, en Amberes; Gayant, en Douai, etc...), todas estas fábulas, repito, ¿no se han cristalizado, acaso, alrededor de los recuerdos de los combates que nuestros antecesores libraron efectivamente contra unos gigantes de talla dos veces superior a la suya?

EL HOMBRE-DE-LAS-NIEVES ¿SERÁ ACASO UN GIGANTOPITECO DESPLAZADO EN EL TIEMPO?

Los espíritus positivistas no han dejado nunca de objetar que en todas estas leyendas hay una falta absoluta de vestigios palpables. ¿Dónde se hallan, pues, las osamentas de tan renombrados gigantes?

A falta de pruebas nace la improvisación. Así Empedocles, al hallar en Sicilia huesos fosilizados de elefantes, creyó de buena fe —y a causa de las juntas fosas nasales que hacían pensar lejanamente en una órbita única— que se trataba de cíclopes. En la Edad Media, el cirujano Mazurier paseó por toda Francia un esqueleto de mastodonte descubierto en el Delfinado y que él decía corresponder a Teutobochus, Rey de los Monos. Con el progreso de la anatomía comparada y el nacimiento de la paleontología, los sabios no tuvieron que hacer grandes esfuerzos para ir aclarando, sucesivamente, toda aquella sarta de errores.

Los defensores de las tradiciones esotéricas, que tenían grandes ocasiones de blandir los más antiguos y los más concordantes textos, chocaban siempre con el silencio obstinado de los paleontólogos que no parecían estar dispuestos a exhumar ni tan siquiera el más pobre esqueleto de algún auténtico gigante. ¡Y he aquí que, de improviso, se produjo

¡qué teatral golpe de efecto! Esta vez la Ciencia oficial venía, ella misma, a proporcionar argumentos a los discípulos de las doctrinas antropogénicas ocultistas y a los de los textos bíblicos.

Es fácil de comprender, por tanto, que los gigantes de von Koenigswald y de Broom hayan dejado un recuerdo imborrable en la memoria de los hombres de aquel ayer. Esos enormes brutos, recién salidos de la bestialidad, debieron organizar un auténtico revuelo en las ideas y en los pensamientos de nuestros antecesores.

Weidenreich y von Koenigswald quisieron ver en ellos a nuestros más directos ascendientes; pero esta idea está tan traída por los pelos como la de pretender por ejemplo, que el *Diplodocus* sea el tatarabuelo de los actuales lagartos.

Dejando a un lado la cuestión del tamaño, nos hallamos ante el hecho de que nada nos autoriza, ni en lo más mínimo, a pensar que tales gigantes tuviesen una inteligencia humana ¿No serían acaso, casi sin la menor duda, unos groseros y monstruosos bocetos de humanidad, que fueron barridos de nuestro mundo precisamente a causa de su propia inadaptación? Si los antropoides, como el gorila y el orangután, no han conocido aún la desgracia de su exterminación total y definitiva, quizá lo deban, sobre todo, a su propia astucia, superior o igual al menos a la de los primates gigantes. Los «hijos de los dioses y de las mujeres» debieron ser bastante estúpidos e ineptos para dejarse derrotar así por unos pequeños y débiles hombrecillos...

Y probablemente, esos grandes e inocentes gigantones demasiado pacíficos, hartos ya de ser vencidos siempre por el hombre, fueron optando por replegarse, poco a poco, a aquellas inhóspitas y poco accesibles regiones no frecuentadas, en general, por su temido enemigo humano. Para unos monos gigantes, ágiles sin duda, pero no aptos para la vida arborícola, las montañas han debido constituir siempre el refugio apreciado, el más seguro de todos. Para los gigantopitecos que poblaron antiguamente China, las alturas desconocidas del Himalaya serían su salvaguardia ideal, su escondite más abrigado contra toda clase de ataques. Y allí, sin el temor ya de verse acosados y exterminados, han podido quizá subsistir hasta nuestros días, al igual que lo han sabido hacer los orangutanes —sus contemporáneos— buscando éstos, a tal fin, la seguridad en las selvas pantanosas de Borneo y de Sumatra...

¿Y si esto fuera así...? En tal caso esta hipótesis, seguramente fantástica, nos ofrecería en todo caso la única explicación aceptable del abominable «Hombre-de-las-Nieves».

E incluso si suponemos que los megántropos de las islas de la Sonda se refugiaron igualmente en las montañas —y en particular en las de Sumatra—, habríamos hallado también una explicación bastante convincente para la incógnita de los gigantes de que hablan las leyendas de dichas islas.

Puesto que, como sabemos, en tales lugares han circulado rumores

totalmente similares a los que corren por los macizos del Himalaya e incluso se hallaron también en aquellas zonas huellas de apariencia humana en las que la señal del dedo gordo tiene unas extraordinarias dimensiones. Tales marcas o pisadas medían —al decir de los testigos— unos 65 centímetros de largo por unos 20 de ancho, lo cual es realmente monstruoso. Un indígena llegó a pretender haber encontrado uno de estos *orang-adang* (hombre grande), al cual le daba él un tamaño aproximado de ¡unos tres metros de alto! Según su descripción, el tal gigante estaba formado exactamente igual que un hombre, poseía una larga cabellera, pero tenía la piel del cuerpo sin pelo. Lo que es bien cierto es que el Rajá de Rokan examinó él mismo, en persona, las huellas de los pasos de tan formidable criatura.

SOLO, SOBRE LA PISTA DEL HOMBRE-DE-LAS-NIEVES

Desde hacía ya algún tiempo, había yo intentado establecer una relación o aproximamiento entre la leyenda de los ogros del Himalaya y los hallazgos paleontológicos de von Koenigswald, cuando ¡he aquí que aparecieron a la luz —en diciembre de 1951— las fotos de las primeras huellas perfectamente claras de los pasos del enigmático Hombre-de-las-Nieves! Aproveché así la ocasión para hacer insertar, en la revista *Sciences et Avenir* una serie de artículos relativos al problema de los animales aún desconocidos, trabajos éstos que aparecieron en los números de enero, marzo, mayo y agosto de 1952. Quiero advertir que en aquella época la opinión científica rechazaba, casi con absoluta unanimidad, la idea de que el «abominable hombre-de-las-nieves» pudiera ser un animal aún desconocido; los pareceres se hallaban divididos, tan sólo, sobre la hipotética identidad (¿semnopiteco u oso?) del ya casi familiar animal, al que era forzoso atribuir las huellas de todos aquellos pasos hallados e incluso retratados. La sola idea de que pudiera tratarse en realidad, como lo decía la leyenda, de un primate gigantesco no halló eco en nadie. Era yo el único que mantenía tal posibilidad. Los reporteros más sensacionalistas no se atrevían tampoco, al parecer, a hablar de tal animal si no era amparándose en un cómodo acento de ironía; todo lo más, algunos de entre ellos se permitieron evocar la posibilidad de una «supervivencia de hombres prehistóricos» mas sin hacer alusión alguna sobre su supuesto tamaño extraordinario.

Pero poco a poco la opinión comenzó a evolucionar como resultado, sin duda, de los persistentes rumores que sobre tales asuntos nos traían los conquistadores del Everest, de los testimonios ciertos de los *sherpas*, las declaraciones de algunos lamas que —como antes vimos— afirmaban incluso haber visto los restos momificados de uno de tales seres, y finalmente, por la autorizada opinión del propio Sir John Hunt, quien, tras su entrevista con el vicedeán de la lamasería de Thyangbotchi, proclamó

en público que en todo ello «hay un apasionante problema por resolver aún».

Tras la exposición de mis hipótesis relativas a la identidad zoológica del Hombre-de-las-Nieves, en la revista *Sciences et Avenir* (mayo 1952), fuí objeto de numerosas entrevistas a tal respecto; por ende, mis declaraciones fueron reproducidas luego en otras revistas o periódicos, entre los que puedo citar, en Francia, *La Marche du Monde;* en Bruselas, el *Soir illustré,* suplemento hebdomadario del periódico más importante de Bélgica. La idea de que el famoso *yeti* pudiera ser un primate gigante, desplazado en el tiempo, se iba abriendo poquito a poco su camino por entre el público. Así no me extrañé nada cuando tal teoría fué apareciendo de nuevo, proclamada por otros ciertos autores y tomada ya, esta vez, absolutamente por su lado serio. Lo que sí me dolió, claro está, es que tales repetidores se olvidasen de asociarme en estos «sus» descubrimientos o ideas.

Mientras que aun era yo el único defensor de tal hipótesis, en 1952, y me esforzaba por tanto en hacer oír y comprender mis razonamientos, nadie vino a ayudarme, cosa ésta que suele pasar con harta frecuencia. Pero podría apostar, sin temor a quiebra, a que el día en que la identidad del famoso animal quede establecida de forma indiscutible, todo el mundo entonces se llamará precursor o pionero de esa idea y tendremos que oír a cientos y cientos de personas el consabido «¡Si ya lo decía yo...!»

Pero, en realidad, y se exceptúa a Sir John Graham Kerr, que concedió al *yeti* el beneficio de la duda, todos los zoólogos que en el curso de estos años han hablado sobre el misterioso ser, lo han hecho tratando de identificarle con alguno de los animales que nos son bien conocidos, y no han regateado nunca, además, sus buenos sarcasmos a quienes prestaban alguna fe a las leyendas del Himalaya.

Y dado que, como ustedes han visto, he sido yo quien se ha quemado los dedos «al querer sacar las castañas del fuego», forzoso será que sienta luego un verdadero disgusto si, a la hora de la verdad, veo a otros comiéndoselas sin trabajo alguno (1).

UNA PAREJA DE YETIS *OBSERVADA DURANTE DOS HORAS*

Si hasta el 1953 fuí yo el único zoólogo que suponía que el Hombre-de-las-Nieves había de ser algún primate gigante refugiado en las inhospitalarias soledades del Himalaya, otros hombres blancos, sin embargo, creían con no menos firmeza en la existencia de un gigantesco mono bípedo, e incluso pensaban esto por razones mucho menos sutiles: lo creían ¡porque lo habían visto con sus propios ojos!

(1) Algún tiempo después de la publicación del original de la presente obra, en febrero de 1955, precisamente en Inglaterra, apareció *The abominable Snowman adventure,* de Raph Izzard. Este libro contiene en el apéndice un estudio de un zoologista ruso, M. Wladimir Eschernezhay, en el cual expone una teoría idéntica a la mía hasta en la argumentación.

Ya no hablo, en estos momentos, del inglés Knight ni del italiano Tombazi, cuyos testimonios, por ser demasiado vagos, podrían ser objeto de discusiones, sino de unos hombres que tuvieron ocasión de observar, durante dos horas, a una pareja de *yetis*. Su experiencia, de un valor excepcional, se remonta a 1942, si bien no fué publicada hasta el año 1954 por el *Daily Mail*, por iniciativa del periodista Ronald Downing, quien recogió este relato de uno de los propios testigos, llamado Slavomir Rawicz.

A principios de 1941, este último había sido llevado, como prisionero político, al campo de trabajo soviético número 402, en Siberia, a unos 300 kilómetros aproximadamente al noroeste de Irkutsk y del lago Baikal.

Un buen día, siete de los prisioneros pudieron burlar la vigilancia de sus guardianes y evadirse del campo. Comenzó entonces para ellos la más prodigiosa de las aventuras que fué, al mismo tiempo, un interminable calvario. Recorrieron a pie más de 3.000 kilómetros por una región cuya naturaleza se les iba mostrando cada vez más inhóspita; atravesaron sucesivamente la Mongolia, la provincia china de Sin-Kiang y el Tibet para llegar así, en junio de 1942, al Sikkim, donde los cuatro supervivientes —dos polacos, un americano y un báltico— fueron recogidos al fin, en un estado de agotamiento casi total y de delgadez indescriptible, por unos soldados indios.

Uno de dichos dos polacos, llamado Rawicz, pudo después refugiarse en la Gran Bretaña, donde tomó seguidamente esposa, estableciéndose el nuevo matrimonio en los Midlands.

Y toda aquella aventura fué la que relató —hace aún poco tiempo— a Ronald Downing, y en la cual incluyó el apasionante episodio de su observación de una pareja de *yetis*.

Esto ocurrió en mayo de 1942, cerca de la frontera de Sikkim y de Bhutan, en el desfiladero de Churubi, que va desde el Tibet a las llanuras de la India. Habiendo visto dos puntos negros desplazarse a lo lejos sobre el fondo de nieve, los cinco evadidos caminaron en su dirección esperando poder refugiarse en algún escondrijo. Pero al llegar a una roca medio suspendida, situada a un centenar de metros de los dos extraños seres, comprobaron que el terreno era peligroso y comprendieron la futilidad de su proyecto.

«Según vimos —dijo Rawicz—, estas criaturas medían más de 8 pies de altura (2 metros y 43 centímetros) y al andar patinaban sobre las plataformas heladas, por las que no teníamos más remedio que pasar para continuar nuestro descenso. A pesar de ir armados nosotros cinco, de un cuchillo y de un hacha, no podíamos soñar ni remotamente en librar un combate con ellos. Tal vez hubiesen huído de habernos acercado más. Evidentemente, la pareja nos había descubierto, y nos observaban, aunque con una total indiferencia y sin la menor muestra de espanto.

Me habría gustado descender de la roca y acercarme a ellos, pero mis compañeros se negaron a seguirme. Entonces, nos sentamos sobre el mismo

borde y emprendimos la tarea de vigilarles. Transcurrieron dos horas. Uno de nosotros dijo que de esperar más tiempo, acabaríamos viendo a las extrañas criaturas ponerse de cuatro patas. Pero no acabaron así. Andaban siempre con aire plácido sobre sus patas posteriores, imprimiendo a su andar un balanceo un tanto cómico.

Como oficial del Ejército polaco en 1939, yo estaba particularmente entrenado en evaluar distancias y alturas en el tiro. Y estoy seguro que estos seres medían por lo menos 7 pies de altura (2 metros y 13 centímetros) y muy bien llegaban a los 8 pies (2 metros y 43 centímetros). Uno de ellos era más pequeño que el otro. Nosotros sacamos la conclusión de que se trataba de macho y hembra.

No logré distinguir sus caras con todo detalle, pero eran de cabeza cuadrada y sus orejas parecían estar pegadas contra el cráneo, pues no se veía su silueta sobre la nieve. Tenían las espaldas caídas, un tórax vigoroso y abombado y largos brazos, cuyos puños llegaban a la altura de las rodillas. De perfil, el contorno posterior de su cráneo formaba una línea recta desde lo alto de la cabeza a la espalda: «una auténtica nuca prusiana», hizo notar alguien.

Me esforcé en determinar su identidad, pero no hallé nada más parecido que la idea de un cruce entre un gran oso y un antropoide del género orangután.

No sabría describir su color más que evocando..., tenían el pelo largo y que a la luz parecía poseer un reflejo grisáceo; pero su cuerpo semejaba cubierto de otro más corto de color rojo oscuro.

Caminaban y volvían a su posición inicial mirando a su alrededor a intervalos, como gente que admira el paisaje. "Es por eso por lo que nosotros debíamos elegir otra pista menos peligrosa."

Durante el curso del descenso, nuestro pequeño equipo, descubrió las huellas medio borradas de los extraños seres. Eran de forma más o menos ovalada y medían alrededor de 20 pulgadas de largo (50 centímetros), y sobre 8 la parte más ancha.

Como aquellos dos seres no parecían dispuestos a dejarnos el paso libre, tuvimos que hacer un cambio de itinerario, el cual fué fatal para uno de los evadidos, también polaco como yo. Situado sobre una estrecha cornisa rocosa, dió un paso en falso y se precipitó en el abismo.»

POR QUÉ LOS HOMBRES-DE-LAS-NIEVES TIENEN NUCA DE OFICIALES PRUSIANOS

Lo que primero se desprende de este relato es que aquellos dos seres no eran osos en absoluto. Los animales de esta especie no se tienen sobre dos patas durante tan largo rato, e incluso cuando lo hacen, sus patas anteriores, muy cortas, no pueden llegarles hasta las rodillas por más que se empeñen. Por otro lado, sus orejas apuntan hacia lo alto de la cabeza y a nadie, viendo un oso se le ocurriría decir que tiene las orejas pegadas al cráneo. Finalmente, tampoco tienen los osos el tórax particularmente potente y abombado. Todas estas características nos llevan de la mano a pensar, de manera irresistible, en algún antropoide. Lo único que parece relacionar a estos seres con los osos, es su pelo corto y —yo me permito creerlo así— espeso, si bien esto podría darse

también en un mono como resultado de su adaptación a las bajas temperaturas allí reinantes.

La mención de la «nuca prusiana» no deja de tener algún interés. Se puede notar en efecto, que los viejos gorilas tienen —ellos también— la nuca aplastada, totalmente similar a la de un prototipo militar de cuello tieso y potente. Es evidente que esta disposición debe acentuarse más aún en un antropoide que hubiese logrado alcanzar la condición de bipedismo en forma permanente al objeto, claro está, de evitar a sus manos el contacto con la fría nieve y con los no menos gélidos hielos.

En la mayoría de los monos, la nuca está curvada como resultado de su forma de alzar la cabeza cuando se hallan en posición cuadrúpeda, lo cual viene a darles, además, un aire como de jorobados. La chocante línea recta de la nuca del *yeti* estará relacionada, sin duda, con un bipedismo muy antiguo. Esto viene a confirmarnos lo que ya habíamos deducido del estudio de sus pisadas y de su pie, por tanto, de una estructura plantígrada primitiva en la que no se nota ninguna deformación sensible del hecho de una adaptación anterior a la vida en los árboles. Y en contra de los otros primates no humanos, específicamente cuadrumanos, ¿no habrá pasado el Hombre-de-las-Nieves por un estado arborícola?

Si concedemos crédito a los testigos, la largura desmesurada de sus brazos parece denunciar, por tanto, el recuerdo de un modo de locomoción en el que tales extremidades superiores jugasen un papel preeminente, lo cual habría sido en él un punto de contacto con los grandes antropoides. ¿No será quizá —nos preguntamos— que el exceso de su peso le obligase a renunciar a este género de vida antes aún de que su ambiente arborícola le marcase con su sello indeleble?

El alargamiento de las extremidades superiores del *yeti* podría ser no sólo el recuerdo o la secuela de su vida de «volatinero» por los árboles, sino también una adquisición resultante de su actual posición erecta. Entre los hombres, en efecto, el cráneo reposa por el centro de su base sobre una columna vertebral enderezada, gracias a una curvatura cóncava que se halla a la altura de los riñones; las piernas, bien derechas, completan esta estructura creada para un perfecto equilibrio. El mono, por contra, está en equilibrio inestable cuando se alza sobre sus patas traseras solamente. Se ve entonces echado hacia adelante por el peso de su cabeza —sostenida por su parte trasera— así como por la convexidad de su columna vertebral; todo esto le obliga —para mantener su cuerpo vertical— a servirse de sus brazos a manera de balancines (caso de los gibones) o de muletas (en el del orangután). Mas quizá el *yeti* no llegó al bipedismo sino gradualmente y sus antecesores se verían todavía obligados a emplear como muletas sus brazos, cada vez menos, hasta ir llegando así a alcanzar la posición erecta tan deseada.

LAS CONSECUENCIAS DE UN REMOTO BIPEDISMO

Esta verticalidad precoz ha debido tener, para el gigante del Himalaya, unas consecuencias mucho más apreciables que la adquisición de una nuca de sargento prusiano.

En la evolución de los mamíferos, como en el curso del crecimiento individual de cada uno de ellos, se observa un antagonismo bien definido entre el desarrollo de la parte occipital del cráneo, que contiene el cerebro, y la de la parte facial que incluye por tanto las mandíbulas. La posición erecta favorece el libre desarrollo del cerebro que, en esas condiciones, se engrandece a sus anchas al extremo de la médula espinal, algo así como una flor que se abre en la punta de su tallo, mientras que el crecimiento de las mandíbulas o quijadas queda inhibido por esta dilatación. La horizontalidad del cuerpo, común en la mayor parte de los cuadrúpedos, provoca contrariamente una compresión del cerebro que queda así limitado entre la parte facial del cráneo y la propia columna vertebral; y al revés de lo que pasaba en el caso anterior, las mandíbulas se alargan y el prognatismo se va intensificando.

En suma, que no es posible tener, a un mismo tiempo, el cerebro globuloso de la inteligencia superior y los rasgos faciales típicos de la bestialidad; y la preponderancia de uno de estos caracteres sobre el otro está íntimamente relacionada con la mayor o menor verticalidad del eje del cuerpo. A este respecto, los monos —a quienes la vida arborícola y el uso de sus manos prensiles obligan a una posición semierecta— ocupan una posición intermedia entre la del hombre, bípedo integral, y la de los cuadrúpedos terrestres, absolutamente «horizontales». Es de notar también que los monos que han renunciado a vivir en los árboles —los babuínos y su parentela— tienen el hocico mucho más alargado que los otros, razón esta por la cual se han ganado el nombre de Cinocéfalos o monos «con cabeza de perro».

La situación de los antropoides asiáticos —el gibón y el orangután— es muy particular a tal respecto. Mientras que sus primos del África se desplazan a menudo sobre el suelo, éstos son arborícolas de forma exclusiva. Expertos trapecistas, han llegado a tener unos brazos extraordinariamente desarrollados, de forma tal que cuando llega el caso de «descender al suelo» su cuerpo sigue conservando la misma verticalidad que tiene cuando tales monos se balancean de rama en rama. Esta posición erguida debería, en buena lógica, haber favorecido el desarrollo de sus cerebros, limitando consecuentemente el de sus mandíbulas. Y efectivamente, esto es lo que apreciamos en ellos, si bien sea de una manera no demasiado llamativa. Y tal hecho se debe a que estos monos han conservado de su cuadrupedismo anterior, una posición muy atrasada de sus cóndilos occipitales, por los que el cráneo se articula sobre la columna

vertebral. Y por ello, precisamente, la verticalidad de su cuerpo no les proporciona las mismas ventajas que al hombre; su cabeza no reposa en equilibrio sobre la extremidad de la espina dorsal, sino que está como enganchada, como colgada, en la parte delantera superior de su cuerpo. En suma, que ellos tomaron ya mal la salida en esta carrera hacia la meta de la posición erecta.

Pero la verticalidad secundaria y tardía de los antropoides de Asia no ha dejado de tener por eso una repercusión sobre el armonioso desarrollo de las diversas partes de sus cabezas. El orangután y el gibón tienen la frente más alta, más abombada, que sus primos africanos y, entre estos ejemplares asiáticos, el crecimiento de las mandíbulas —que comenzó dirigiéndose hacia adelante— cambió pronto su curso y siguió haciéndolo hacia abajo como resultado del cambio de inclinación de sus cuerpos. Esto es mucho más chocante aún en el caso del orangután —el más diferenciado de los dos— que, una vez adulto, posee una mandíbula gruesa y pesada, desarrollada tanto en altura y en longitud como en anchura.

Y esto vuelve a traernos a lo que sabemos ya sobre el único primate gigante del que se poseen cráneos más o menos completos, a saber: del parántropo de Swanrtkrans (véase su reconstitución en un grabado fuera de texto). Su rostro es más bien aplanado; el desarrollo de sus mandíbulas, si bien es importante, se efectuó sobre todo en altura y en grosor, de ahí el tamaño impresionante de sus molares. Si el Hombre-de-las-Nieves está muy cercanamente emparentado con el gigantopiteco, como yo lo creo, el profesor Broom habría tenido razón, por tanto, al pensar que los primates gigantes de Asia no son, no más que el parántropo, de un tamaño proporcionado al de sus dientes o muelas. Recordemos que según las estimaciones del antropólogo sudafricano, el gigantopiteco debería medir entre los 2,50 y los 3 metros, lo que viene a ser también el tamaño aproximado del *yeti*, al decir de los testigos, y que parece corresponder también a las proporciones de las huellas dejadas sobre la nieve por sus pies. He aquí, pues, lo que viene a confirmarnos una vez más la legitimidad de la teoría que establece un nexo entre ambos seres.

Si el Hombre-de-las-Nieves se caracteriza, por tanto, y al igual que su primo africano el parántropo, por un desarrollo desmesurado de su aparato masticatorio, mas sin manifestar por tal causa un marcado prognatismo, deberá haber tenido consecuentemente un crecimiento notable de sus músculos temporales, de potencia excepcional, y poseer igualmente, como el primero, una fuerte cresta sagital en lo alto de su cráneo, comparable así a la famosa «cimera» de los viejos gorilas machos.

Esta conclusión, a la que yo llegué por simple razonamiento y por pura deducción, debería serme confirmada luego, de la manera más concluyente, por el descubrimiento y el consiguiente estudio de un *scalp* (cuero cabelludo entero, en una pieza) de *yeti*, que se hallaba conservado

en un monasterio tibetano. Y esta es, sin controversia, la pieza de convicción más importante de todo el expediente del Abominable Hombre-de-las-Nieves. Y aunque tal hallago fué el único resultado real y positivo de la expedición británica que partió en el año 1954 a la búsqueda del monstruo enigmático, hemos de reconocer que este tanto bastó ampliamente para darles así a aquellos buscadores un éxito considerable como colofón de sus trabajos y andanzas.

LA CABEZA DEL YETI *ES PUESTA A PRECIO*

Los finales del año 1953 no eran ya tiempos apropiados para el escepticismo integral. Desde aquellas épocas era ya innegable, en todo caso, que la mayor parte de los hombres de ciencia de todo el mundo, si bien no estaban aún plenamente convencidos de la realidad del gigante del Himalaya en tanto que nueva especie zoológica, al menos la consideraban ya como bien posible.

En efecto: bajo la feliz iniciativa del periódico inglés *Daily Mail* y con la previa autorización del gobierno del Nepal, una expedición integrada por unos 300 hombres partió, en enero de 1954, de Khatmandu, capital del Nepal, con la consigna única de traer, vivo o muerto, uno de los misteriosos monstruos de las nieves. La dirección de esta expedición estaba formada por hombres de gran talla y renombre: figuraban así, un alpinista bien curtido, John A. Jackson; el gran reportero Ralph Izzard; Tom Stobart, del mundo cinematográfico y autor del film sobre la conquista del Everest; así como un plantel de sabios entre los que citaremos al antropólogo Charles Stonor, director adjunto del Zoo de Londres; el joven zoólogo indio Dr. Biswarmoy Biswas, de la «Zoological Survey of India», especializado en el estudio de los mamíferos y de las aves; al naturalista americano Gerald Russell, que había ya tomado parte en las expediciones del infortunado William Harkness en el Asia Central en 1930 y que participó también en la captura del primer panda gigante, en 1936. El público francés tendría también oportunidad de ir siguiendo paso a paso a esta expedición desde las columnas del *Figaro*.

En diciembre de 1953, Charles Stonor partió como explorador, como avanzadilla, para ir estudiando las dificultades del camino que habría de llevar al grueso de la expedición hasta Namche-Bazaar, capital de los *sherpas*. Cuando se hallaba dedicado a tal tarea, encontró a uno de estos porteadores —un hombre de una treintena de años—, quien tres meses antes había tenido un encuentro con un Hombre-de-las-Nieves con ocasión de una ceremonia religiosa celebrada en una de las más perdidas regiones de todos aquellos contornos.

Al saber en tal ocasión el *sherpa* aquel que por las zonas por las que andaba se había logrado divisar a uno de tales seres, partió en compañía de algunos otros camaradas en su búsqueda, acabando por divisarle,

a una distancia de unos 200 ó 300 metros, en un terreno salpicado de matorrales. Según él, el animal tenía el tamaño de un ser humano, y se hallaba formado de manera también similar (sin duda alguna se trataría de una hembra o de un animal muy joven). Su cabeza, su cuerpo y sus muslos estaban recubiertos de largos pelos; su cara y su pecho, contrariamente, carecían de vellosidad, al igual que la parte inferior de las piernas, esto es, de rodillas para abajo. Su pelambrera era a la vez oscura y brillante; su pecho, de color leonado. Marchaba siempre erguido sobre sus piernas, con el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante.

En un instante dado, se agachó para arrancar algunas raíces. Cuando se dió cuenta, entonces, de que era observado, corrió veloz a esconderse en un bosque cercano, profiriendo a la vez un grito largo y agudo. Pero ni por un solo instante, ni durante esta carrera tan siquiera, estuvo el extraño ser a cuatro patas.

Y aunque todos los habitantes del pequeño pueblo garantizaban la veracidad habitual del *sherpa* Pasang Nima, Stonor, a vía de ensayo, le planteó la siguiente e insidiosa pregunta:

—El *yeti*, ¿es un animal de carne y hueso o un espíritu?

A lo cual el *sherpa* respondió con una lógica aplastante:

—¿Cómo podría ser un espíritu si nosotros hemos visto sus huellas en el suelo, después que él se dió a la fuga?

El antropólogo británico no estaba nada convencido aún respecto a la naturaleza concreta del *yeti*. En un despacho llegado el 4 de enero a Namche-Bazaar, él apuntaba aún dos hipótesis en cuanto a la personalidad del misterioso ser. Podría tratarse, por una parte —y según él— de un oso Isabel, animal tan raro en la región que su sola presencia bien podría haber hecho volar las más firmes imaginaciones. (Por mi parte, no logro comprender que nadie haya soñado con defender tal explicación, por cuanto existen testimonios y más testimonios sobre el marcado bipedismo del animal, lo que se deduce también —como ya estudiamos antes— de la simple consideración de sus huellas.) Por otra parte, el *yeti* podría ser, según Charles Stonor, una especie de gran mono, pero nuestro antropólogo tuvo la más absoluta reserva en cuanto a la legitimidad de tal hipótesis.

«En este último caso —escribía— las descripciones de los testigos oculares parecen no encajar bien, aun a pesar de que todas ellas concuerdan entre sí.»

Mas lo cierto es que el expedicionario aconsejó entonces a todos sus compañeros de aventuras abandonar todos los trabajos científicos secundarios y dedicarse, de pleno, al objetivo número 1 de la empresa. Por su parte iba él a aprender, bien pronto, muchas más cosas sobre el origen del nombre *yeti* e iba a encontrar, incluso, buenas sorpresas en sus trabajos de investigación.

SIEMPRE HAY CLASES DE «DESCONOCIDOS»

Yeti es el resultado de la unión de dos palabras tibetanas: *yeh* (animal desconocido) y *teh* (región rocosa y abrupta). Interrogados luego a este respecto, los *sherpas* acabaron por confesar que existen dos clases de *yetis*.

Para empezar, hay el *dzu-teh*, el más grande, que se parece mucho al oso del Himalaya. *Dzu* significa «ganado»; de donde deduce Stonor que el nombre completo significaría así «un *teh* peligroso para el ganado». Mas, ¿no podríamos también traducir simplemente *dzu-teh* por «buey de los roquedales»? ¿Y no llegaríamos así a hallar una especie de takín o de yack o incluso una especie quizás indeterminada?

Luego está el *mih-teh* que parece tener el tamaño y la corpulencia de un muchacho de unos catorce años. Como *mih* significa hombre, el antropólogo inglés creyó en principio que se le daba tal nombre «porque era peligroso para los humanos» o «porque era parecido a los humanos». La primera interpretación me parece difícilmente defendible, puesto que el mismo Stonor decía más adelante:

«Según algunos, se alimenta de ratas de roquedal *(pikas)* y de otros pequeños animales de los que abundan en la zona límite de la vegetación y de las nieves. No se atrevería con el hombre y parece ser más bien miedoso, pero bastante inteligente.»

Mih-teh debe ser pues traducido por «hombre del roquedal», lo que confirma entonces mi interpretación paralela del nombre *dzu-teh*.

En resumen resulta, a mi juicio, que los *sherpas* creen firmemente en la existencia de dos seres o animales desconocidos casi, o enigmáticos, y que viven ambos por entre las altas rocas o roquedales *(yeh-teh)*; el uno, con aire o aspecto de bóvido *(dzu-teh)*; el otro con aspecto de hombre *(mih-teh)*. Que este segundo pueda tener el tamaño y la presencia de un chico de 14 años me hace inclinarme, cada vez más, a pensar que no tiene nada que ver con el «abominable hombre-de-las-nieves» *(metoh Kangmi)* el cual, sin duda alguna, y sea lo que sea, tiene tamaño de gigante.

Estoy convencido que, en todo este asunto, hay una enorme confusión, resultado quizás de las dificultades que encuentran los interrogadores y los interrogados para conversar entre sí, ya que unos hablan sólo lenguas occidentales y responden los otros en la multitud de dialectos locales, todos ellos diferentes y complicados. La intervención de los intérpretes (¿de qué fidelidad?), puede ser incluso una nueva fuente de confusiones y de malentendidos.

Supongamos por un instante que un inglés descubre la pista de uno de estos animales e interroga a un *sherpa* sobre la identidad del animal que pudo marcarla. El nepalí, que está a su vez intrigado con tal proble-

ma como el inglés mismo, le responde en su lengua: «Un animal desconocido.» El británico anota en su block las palabras en cuestión, escribiendo así el equivalente a nuestro «animal desconocido» pero entendiendo que es el nombre del animal que dejó las huellas. En la próxima etapa interroga éste a los habitantes de la zona respectiva sobre el «animal desconocido» que frecuenta los parajes. Tales indígenas describirán, muy probablemente, al mismo u a otro animal completamente diferente, con lo cual el *maremagnum* va ganando nuevas y mayores proporciones.

Y esto es, sin duda, lo que han querido decir los *sherpas* al hablar de dos clases de *yetis* o sea, de dos clases de «desconocidos animales de los roquedales».

Charles Stonor, prosiguiendo su encuesta, halló al fin las huellas del misterioso animal, a unos 4.300 metros de altura, en la desolada región de Namche-Bazaar, a 20 kilómetros al sudoeste del pico Everest. Eran las típicas señales de pies desnudos, de apariencia humana, de las que ya nos habían hablado muchos otros viajeros. Pero éstas eran algo más pequeñas que las anteriormente descubiertas: medían 25 centímetros de largo, 12 de ancho por la mayor amplitud del pie y 7,5 por la parte del talón.

No cabe la menor duda que si un experto antropólogo como el doctor Charles Stonor hubiera deducido inmediatamente que tales huellas correspondían a un animal ya conocido y catalogado por la Ciencia, hubiera mandado, sin pérdida de tiempo, anular aquella costosísima expedición que así, de golpe, hubiera carecido ya de justificación y de objeto. Pero por el contrario se mostró súbitamente categórico:

«Estoy persuadido —afirmaba— que aquel día hallamos las huellas de un animal desconocido y, por tanto, del mayor interés para nosotros.»

EL «SCALP» DEL TEMPLO DE PANGBOTCHI

El hallazgo más sensacional hecho por Stonor en el curso de su misión de reconocimiento, es —sin duda alguna— el del *scalp* de Pangbotchi.

Recordarán ustedes que el lama Chemed Rigdzin Dorji Lopu declaró que en algunos monasterios se rendía culto a los restos mortales de «hombres-de-las-nieves», y que él mismo los había visto en dos de estas lamaserías del Tibet. Dada la situación política internacional reinante en aquel entonces, era de temer que los sabios occidentales no pudieran tener ocasión de verificar tales asertos. Pero en otoño de 1953 Navuia Parekh de *Bombay Natural History Society* tuvo la oportunidad de contemplar el *scalp* de un *yeti* entre las reliquias del *gonpa* de Pangbotchi, pequeño templo situado en territorio del Nepal, a 8 kilómetros de Thyangbotchi. Él mismo, subrepticiamente, arrancó algunos pelos del

scalp y se los envió al más grande experto en la materia, el doctor León Hausman, de New-Brunswick (Nueva Jersey). Según él los pelos no pertenecen a un mono, ni a un oso, ni a ningún otro animal conocido; por lo menos aparentemente. Pero prueba, que provienen de un auténtico *scalp*.

Charles Stonor, lógicamente, se marcó, como más urgente objetivo, el estudio de aquella pieza de un valor fundamental. Y cuando pudo tenerla por fin entre sus propias manos supo también que aquella reliquia del *yeti* databa de la quincuagésima reencarnación de San-Dorji, el venerado lama en cuyo honor se construyó el *gonpa* aquel. El lama actual era el quincuagesimoséptimo de aquellos en los que el espíritu del santo varón había reencarnado. Se podía atribuir así a la referida pieza anatómica una antigüedad de trescientos cincuenta años, más o menos, dado que cada lama ejerce su cargo durante unos cincuenta años como término medio.

Nuestro antropólogo no fué, naturalmente, autorizado a sacar de allí el *scalp* del *yeti*. Todo lo más que pudo hacer fué arrancar de él algunos pelos que envió luego a Londres a fines de análisis. Mas, sin embargo, nadie se opuso a que sacase las excelentes fotos que reproducimos aquí en láminas fuera de texto. Hizo también una minuciosísima descripción de aquella pieza que él consideraba como una cabellera auténtica:

«...El cuero cabelludo había sido arrancado al animal a quien perteneciera, tras de haber dado los cortes precisos por encima de las orejas, ya que no se halla ni el menor rastro de éstas en el espécimen en cuestión. La parte interna del «scalp» es perfectamente lisa y toda de una pieza.»

¿De qué animal podrá provenir este *scalp* que toma la extraña forma de un casco puntiagudo? Stonor se declaró totalmente incapaz de identificarle como correspondiente a ninguno de los animales que se conocen hoy en día. Tenía 19 centímetros de alto (7 ½ pulgadas), 24,8 centímetros de largo (9 ¾ pulgadas) y 17,1 centímetros de ancho (6 ¾ pulgadas). Desde la frente a la nuca, siguiendo la arista media, mide 43,8 centímetros (17 ¼ pulgadas). El contorno del cráneo del animal es de 66,6 centímetros (26 ¼ pulgadas). Todas estas medidas exceden a las del hombre. A título de indicación, digamos que el contorno de la cabeza de un ser humano adulto del sexo masculino es, como término medio, de 55 centímetros y que la línea media del cráneo no suele pasar nunca de una longitud de 35 centímetros.

Lo que es también chocante en el *scalp* de Pangbotchi es su grosor —3,17 milímetros (1/8 de pulgada)—, medida ésta muy considerable para un cuero cabelludo.

«La contextura del «scalp» —escribía Charles Stonor— evoca el cuero reseco y la piel es francamente negruzca. Por su base es de forma sensiblemente oval: la parte externa está casi totalmente pelada y la piel bas-

tante blanda. Los cabellos que aún perduran son rojizos, castaño oscuro, a veces, y erizados, y miden unos cuantos centímetros. Un rasgo característico de este «scalp» es que tiene una especie de arista o protuberancia de 0,6 milímetros (0,025 de pulgada) de espesor, que parte del nacimiento de la frente hasta lo más alto del cráneo y continúa luego descendiendo ya hasta llegar a la misma base de éste. Esta arista está cubierta de pelos erizados, de igual color que los restantes, y de alrededor de 1 centímetro de largos (2/5 de pulgada).»

El célebre anatomista, profesor F. Wood-Jones, que examinó en Londres algunos de estos pelos se declaró impotente para determinar a qué animal pertenecían. Está convencido de que no son de un antropoide ni de un oso; quizá provengan de la piel de la espalda de algún ungulado, pero de ningún modo pueden pertenecer a la cabeza. El examen de los pelos y la foto, indican que no se trata de un *scalp*. No se conoce, dice dicho profesor, ningún animal en el cual la zona sagital comience en la base de la frente.

El grupo de Izzard ha considerado esta opinión como descorazonadora. Y cabe al fin considerar lo examinado como perteneciente a un enorme antropoide bípedo de una estructura original.

Lo que verdaderamente hace maravillar a todo el mundo es el haber hallado unos cabellos en tierras tan inhóspitas.

BAUTISMO CIENTÍFICO DEL HOMBRE-DE-LAS-NIEVES

Esta característica viene a demostrar, de manera manifiesta, lo que yo había intuído del bipedismo del Hombre-de-las-Nieves, tenido por un primate gigante, emparentado sin duda con el *gigantopiteco*. Efectivamente, este plegamiento del cuero cabelludo a lo largo de la línea media del cráneo, demuestra, con toda evidencia, la presencia subyacente de una cresta ósea sagital.

El «yeti» debe ser, por tanto, como el *parántropo*, un primate de mandíbulas pesadas y potentes, pero poco prominentes. Su cara muy aplastada, y su frente elevada, deben darle, sin duda, una expresión muy humana. Además, la referida cresta de su cráneo, con largos pelos, valdrá a darle la cabellera que haga más completo el parecido. Su posición bípeda acabaría así la semejanza, con lo cual tendremos ya debidamente justificado el remoquete de «Hombre-de-las-Nieves».

Los paleontólogos —lo sabemos ya— no conocen hoy en día más que cuatro hombres-monos gigantes: el *gigantopiteco* de China, del que no se poseen más que algunos molares; el *megántropo*, de Java, representado por un fragmento de mandíbula que incluye algunas piezas dentarias aún unidas a ella; el *megántropo*, de Tanganyka, del que conocemos su hocico, y el *parántropo* de África del Sur, del que se

han hallado diversos cráneos y una pelvis que demuestra la posición bípeda de este ser.

Si yo trato de establecer una relación entre el Hombre-de-las-Nieves y el *gigantopiteco* es, sobre todo, por razones geográficas y porque el tamaño que le achaca la mayor parte de los testigos concuerda con la estimación hecha por el Dr. Broom, relativa a la altura de los gigantes chinos.

Por todo lo cual, y deseando yo dar a mi hipótesis un carácter oficial, mas sin olvidar la pobreza de nuestros conocimientos paleontológicos sobre los primates gigantes, es por lo que propongo dar a ese ser, conocido en la leyenda bajo el nombre de «Abominable Hombre-de-las-Nieves», el más científico de *Dinanthropoïdes nivalis* (1), es decir, «el terrible antropoide de las nieves». Si el examen de su dentadura viniese a revelarnos un día su perfecta identidad con la del *gigantopiteco*, sería forzoso entonces reemplazar tal denominación, en virtud de la ley de prioridad, por la de *Gigantopithecus nivalis*, puesto que en todo caso esta especie actual será, sin duda, distinta de aquella del Pleistoceno de Kwangsi.

El profano se extrañará, seguramente, de que se pueda bautizar así tan sencillamente a un ser sobre la sola fe de las huellas por él dejadas sobre la nieve y por la descripción de un mero «scalp».

Pues bien, en verdad tal manera de proceder es, no solamente universal en los ámbitos de la paleontología, sino que se practica igualmente en los de la zoología. Recordemos, a título de ejemplo, al panda gigante y al lobo de los Andes, descritos y catalogados a la sola luz de algunos restos o pieles hallados: al «takahe» conocido en principio solamente por un esqueleto: al hipopótamo enano cuya descripción original se basó íntegramente en un cráneo. Y no dudemos tampoco en traer a colación el primer (y desafortunado) bautismo del okapi, hecho sobre los únicos testimonios de algunos girones de su piel, dato éste que hizo confundirle, en un principio, con una cebra.

Sin duda, la presente consagración del nombre de *Dinanthropoïdes* corre el riesgo de poder estar dedicada también a alguna especie parecida, aun cuando yo estoy íntimamente convencido de lo contrario. Es inadmisible, a mi juicio, que la Zoología persista en ignorar a un animal sobre el cual sabemos muchas más cosas, en el fondo, que sobre muchos de los fósiles.

Tenemos ya, pues, fundamentos para creer que se trata de un gran mono antropoide, de andar bípedo, y que mide —como término medio— unos 2'40 metros de alto: que frecuenta la región rocosa situada en los límites de la vegetación en la vertiente oriental de todo el gran macizo del Himalaya. Tiene los pies plantígrados y el dedo grueso, muy

(1) En la edición original de esta obra propuse el nombre genérico de *Dinopithecus*, pero como Broom lo había utilizado en 1936 para designar un mono fósil sudafricano, no he podido continuar nombrándolo de dicha forma.

aplastado, no está separado de los demas como ocurre en general en el caso de los restantes monos. Al andar, va con el cuerpo un poco inclinado hacia adelante: sus brazos, bastante largos, le llegan hasta la altura de las rodillas. Tiene la cara chata, la frente alta y la parte superior de la cabeza en forma de obús; su prognatismo es débil, pero sus mandíbulas están considerablemente desarrolladas en altura, de donde se deduce el volumen desproporcionado de sus piezas dentarias. A este aparato masticatorio tan exagerado se hallan ligados los potentes músculos temporales. En los machos adultos, al menos, se presenta una cresta sagital que se traduce —en su aspecto exterior— por un plegamiento del cuero cabelludo muy poblado de largos pelos, de mayor espesor que los del resto del cráneo. Este gran mono está cubierto de una capa de pelo abundante, de color leonado o castaño oscuro, según las partes, salvo por la cara, el pecho y la parte inferior de las piernas, zonas éstas que son mucho menos velludas. La pseudocabellera de la «cimera» es más rojiza que el resto del vello del cuerpo.

El régimen de alimentación del llamado Hombre-de-las-Nieves es, evidentemente, omnívoro; raíces, frutas, lagartos, pájaros, pequeños roedores y, si llega el caso, piezas de mayor tamaño ya que todo bocado ha de ser forzosamente bueno para quien vive en unas regiones cuya despensa está tan poco provista como esta del Himalaya.

La capacidad cerebral del gran Mono-de-las-Nieves debe ser sensiblemente igual, o incluso superior, a la del hombre. Sin embargo, el particular desarrollo que su cerebro ha sufrido —lo que se demuestra por la forma extraña de su cráneo— debió llevar aparejada la preponderancia de caracteres psíquicos muy distintos de aquellos que aseguran al hombre su superioridad.

La posición sistemática de nuestro *dinantropoide* continúa siendo aún incierta, como igualmente la de otros primates gigantes que, en mi opinión, no forman un grupo homogéneo, sino que son los representantes, por así decirlo, de la más alta evolución de las diferentes familias de primates: el *parántropo* sería el resultado de la evolución de los *australopitecos* en el sentido del gigantismo; el *megántropo*, un *pitecántropo* gigante. Y lo mismo que los *pitecántropos*, en general, pueden no ser sino una forma bípeda de gran tamaño salida de la rama de los gibones, es posible también que el *dinantropoide* haya evolucionado de manera similar, pero paralelamente al orangután.

Solamente el examen de un espécimen del fabuloso Hombre-de-las-Nieves nos permitiría verificar, con toda seguridad y certeza, la pertinencia de mis deducciones y de mis teorías, y al mismo tiempo, completar la descripción de este dinantropoide. Esta ocasión no nos la pudo ofrecer, desgraciadamente, la expedición británica de que antes hablábamos, aún a pesar de los estratégicos despliegues que por tan vasta región realizaron las cuatro columnas en que se dividió, a este objeto, toda la fuerza.

El 23 de marzo de 1954, Ralph Izzard hizo saber que, en compañía de Gérald Russell, había seguido la pista de por lo menos dos yetis durante una distancia no menor de trece kilómetros. Del estudio de aquella pista pudo deducir que el extraño ser era muy aficionado a dejarse resbalar sentado por las más pinas pendientes nevadas. Hay que reconocer que este inocente y divertido juego no parece hacer mucho honor al título de «abominable» que le conceden los nativos.

Y aquél fué el último signo de vida que dieron los misteriosos hombres-monos. Al notar la persecución de que eran objeto, comenzarían, sin duda, su huída a través de aquel terreno que ellos han de conocer como la palma de su mano: además, hallándose perfectamente adaptados —como a la fuerza han de estarlo— al enrarecimiento del aire en aquellas altitudes, sería un juego de niños tal escapatoria para ellos, mientras que sus seguidores debían pararse cada pocos metros para tomar nuevos alientos. Los hombres, se mire por donde se mire, estaban en franca inferioridad física con respecto a los *yetis* para poder tener la menor posibilidad de capturarles en aquel juego del escondite. En tal país, por ende —y como decía el propio Ralph Izzard— «un grupo de hombres es tan visible como diez moscas en un plato de natillas.»

Así, pues, la lección que el célebre reportero-alpinista sacó de esta expedición es francamente desilusionante, por más llena de sabiduría que esté:

«...Es mucho más posible hallar un *yeti* de una forma casual, al trasponer una cresta o al bordear una gran roca, que como resultado de una expedición puesta en pie a este único objeto.

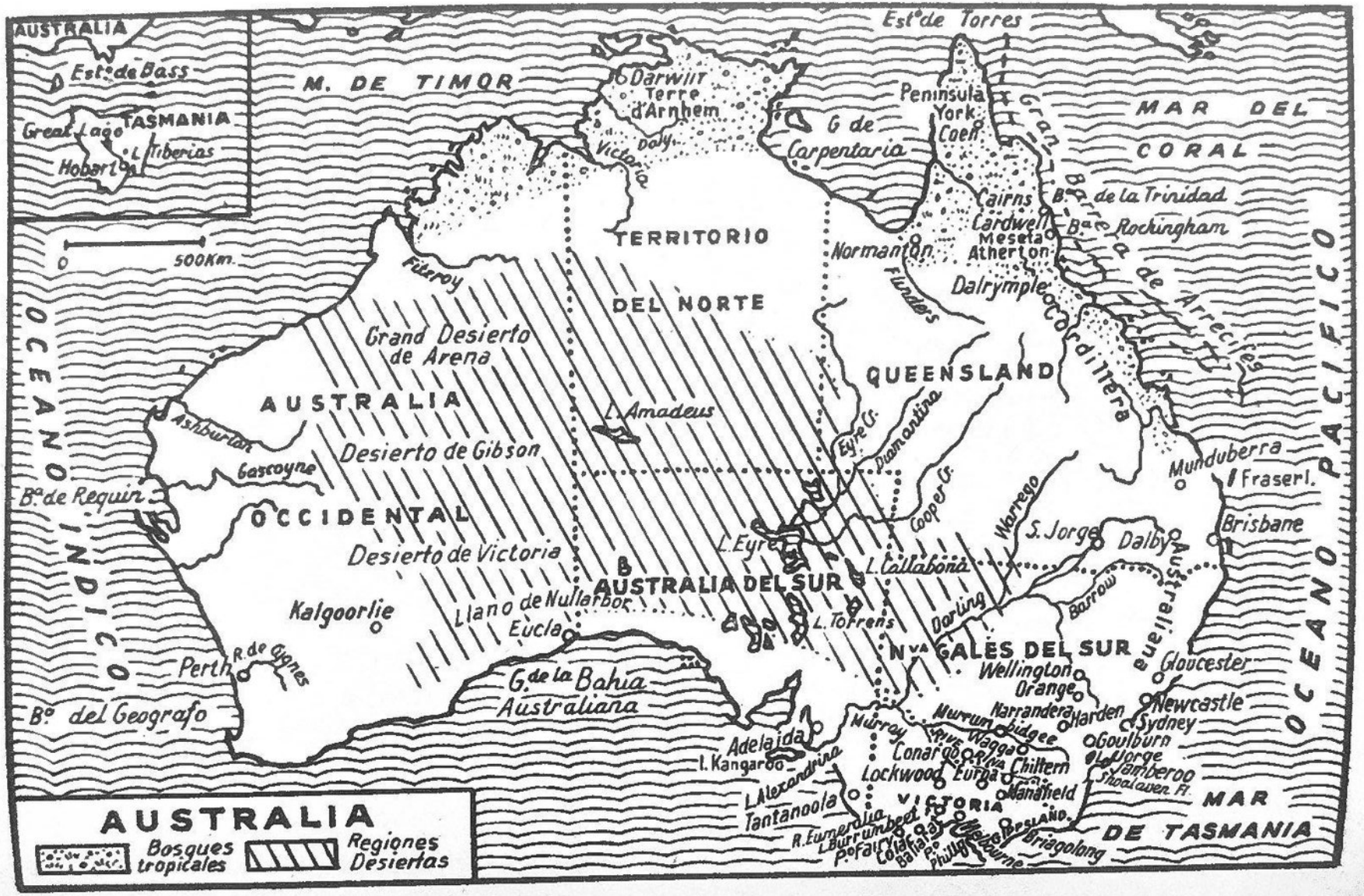
Un grupo de reconocimiento de dos o tres *sahibs* exige treinta porteadores *sherpas* para que puedan subsistir durante un período de tres semanas. Un gran conjunto de hombres no puede penetrar en el enorme «espacio vacío» del Himalaya sin espantar inmediatamente a cuantos seres vivos habiten allí en estado salvaje.»

Y esta misma situación, esta misma dificultad, volveremos a hallarla en la mayor parte de los casos de animales desconocidos que aquí señalamos; y es, justamente, ésta una de las causas que hacen que la solución de tales problemas sea así más difícil aún. ¿Qué investigador no acabaría por perder la paciencia en un asunto en el que la sola llegada de los expertos es ya bastante y suficiente para poner en fuga a las propias piezas de convicción?

LOS FÓSILES VIVIENTES DE OCEANÍA

«He aquí que, de entre las cenizas de los muertos, los huesos, entrechocando, vuelven a unirse; temblorosa, con convulsiones, la arcilla respira; la carne se alza desnuda...»

(WILLIAM BLAKE. *El canto de Los*)


AUSTRALIA
Est.º de Bass
TASMANIA
Great Lago
L. Tiberias
Hobart
M. DE TIMOR
Est.º de Torres
Darwin
Terre d'Arnhem
Daly
Victoria
G. de Carpentaria
Peninsula York
Coen
Gran Barrera de Arrecifes
MAR DEL CORAL
Cairns
B.ª de la Trinidad
Cardwell
B.ª Rockingham
Meseta
Atherton
Normanton
Flinders
Dalrymple
Cordillera
TERRITORIO DEL NORTE
Fitzroy
0
500Km.
OCEANO INDICO
Grand Desierto de Arena
AUSTRALIA
Ashburton
Gascoyne
Desierto de Gibson
B.ª de Requin
OCCIDENTAL
Desierto de Victoria
L. Amadeus
QUEENSLAND
Eyre Cr.
Diamantina
Cooper Cr.
Warrego
Munduberra
Fraserl.
Brisbane
S. Jorge
Dalby
Australiana
L. Eyre
L. Callabona
AUSTRALIA DEL SUR
Kalgoorlie
Llano de Nullarbor
Eucla
L. Torrens
Darling
Barrow
N.va GALES DEL SUR
Wellington
Orange
Gloucester
Newcastle
Sydney
Perth
R. de Cygnes
G. de la Bahia Australiana
B.º del Geografo
Murray
Murrumbidgee
Narrandera
Harden
Goulburn
Jorge
Jamberoo
Shoalaven Fl.
Adelaida
I. Kangaroo
Wagga
Conargo
Chiltern
Lockwood
Eurna
Manafield
L. Alexandrina
Tantanoola
VICTORIA
R. Eumeralia
L. Burrumbeet
P.º Fairy
Colac
Ballarat
P.º Phillip
Melbourne
GIPPSLAND
Briagolong
MAR DE TASMANIA
OCEANO PACIFICO
AUSTRALIA
Bosques tropicales
Regiones Desiertas

Capítulo VII

EL DINOSAURIO SURREALISTA DE NUEVA GUINEA

Pocas parejas podrán presumir, a buen seguro, de haberse encontrado con un dinosaurio durante su luna de miel. Pues esto, justamente, es lo que les ocurrió al señor Charles Miller y a su esposa: hasta podríamos decir sin temor a error, que éstos son los únicos a quienes tal cosa ha pasado. Encontrando muy vulgar eso de ir en viaje de novios a Venecia o a las cataratas del Niágara «como todo el mundo», el audaz viajero holandés y su joven esposa, recién salida de la «Society» americana, optaron por una excursión a Nueva Guinea, paraíso de los caníbales. Como dice el vulgo, «sobre gustos no hay nada escrito».

Y así, durante su periplo fueron hallando, ya desde sus principios, toda una serie de «atracciones» tales como las ofrendas de cabezas momificadas, los bebés cocidos, a la chita callando, para servir de alimento a las futuras mamás, y otras varias «finezas» del mismo estilo. El colmo habría de ser ya su encuentro con un monstruo prehistórico escapado por las buenas de la Era secundaria.

UNA INTRIGANTE «DEFENSA»

Tras alcanzar los montes Sterren, remontando el río Merauke hasta sus fuentes, nuestra animosa pareja —siempre en compañía del puñado de cortadores de cabezas javaneses que formaban su escolta— descubrieron, entre la selva virgen y la zona de las nieves, una tribu que hasta aquel entonces era absolutamente desconocida, los Kirrirri. Y fué justamente en aquel pequeño poblado donde un buen día la señora Leona Miller contempló cómo una mujer partía un coco con ayuda de un extraño instrumento que recordaba la punta de un colmillo de elefante o, en todo caso, el cuerno de un rinoceronte. Intrigada ante aquello, fué a contárselo a Charles su esposo, quien tras una pequeña visita de inspección quedó convencido de que en el poblado en cuestión existían diversos útiles semejantes.

«Aquellos colmillos, si es que lo eran —nos cuenta éste en su libro *Cannibal Caravan*— estaban compuestos de una substancia parecida a la que forma los cuernos, y constituídos por una serie de capas cónicas, algo así como una pila de vasitos de papel, de tamaños menguantes, hasta acabar así en una simple punta acerada. Los extraños instrumentos medían unos 45 centímetros de largo y tenían, por su base, un diámetro de alrededor de 15 centímetros. En la parte posterior había una pequeña cavidad cónica, pero aun ahuecados así no pesaban menos de diez kilos cada pieza.»

Intrigados sobre los orígenes de tales colmillos, preguntaron a tal respecto a Wroo, uno de los notables del lugar, y éste, dibujando sobre la arena una especie de lagarto, les respondió: «Tenía un largo cuello y un cuerpo enorme, encorvado y ventripotente, acabado en una no menos larga cola. Tal como os lo indica Wroo, el cuerno se hallaba en la extremidad de la cola.»

Miller pensó que no le había comprendido bien y le rogó que volviese a dibujar el extraño animal. Esta vez la bestia fué representada con mayor abundamiento de detalles: su cabeza estaba adornada con una especie de gorguera y una gran serie de escamas triangulares se erizaban sobre su espinazo. «Exactamente igual que en las reconstituciones de los dinosaurios que todos hemos visto en los Museos», acabó por decir el viajero.

Para hacer comprender las dimensiones del animal, Wroo trazó con un dedo de su pie dos líneas en la arena, separadas entre sí por una distancia de nueve metros aproximadamente. Luego volvió a mirar pensativamente tal dimensión, caviló, tachó una de las marcas y la trasladó tres metros mas allá. Así, pues, y según él, ¡debía tratarse de un animal de doce metros de largo!

Miller no pudo contener una sonrisa escéptica que le valió la más severa de las miradas del indígena. Vuelto a la seriedad, inquirió dónde vivían tales monstruos. A dos o tres días de viaje, en dirección de las colinas del noroeste, les hizo comprender el jefecillo a base de buena mímica.

El explorador holandés, que era además un gran cineasta y que suspiraba por conseguir un reportaje sensacional, logró convencer a unos cuantos Kirrirri para que les acompañasen a la guarida de los lagartos gigantes. Esto fué toda una victoria ya que los indígenas sentían verdadero pavor ante la sola mención de tales bichos a los que llaman *raú* (1), imitando así su grito, que viene a ser, al parecer, una mezcla de rugido y de silbido de serpiente. La expedición pudo ser fijada, al fin, para el día siguiente.

(1) En la versión francesa del libro se da este nombre onomatopéyico la ortografía «raoo», correspondiente por tanto a nuestro «raú». — (N. del T.)

CARA A CARA CON EL RAÚ

La primera noche, tras haber caminado toda la jornada por cuestas bien pinas, nuestros recién casados llegaron a una gran altiplanicie cubierta de hierbas, donde proyectaron acampar en compañía de sus guías y porteadores. Al alba comenzaron de nuevo la marcha hacia el oeste, justamente por el borde de aquella gran meseta que, poco a poco, se iba haciendo más y más abrupto hasta llegar a convertirse en un auténtico corte vertical de una quincena de metros de altura. Cuando llegaron así al borde occidental, los indígenas pusieron ruta al norte: comenzaron a demostrar un gran nerviosismo y a avanzar cada vez más lentamente y con mayor alarde de precauciones. Finalmente, pareció que habían llegado a su objetivo y pidieron a los dos blancos que se tumbaran de bruces en el suelo a fin de echar un cuidadoso vistazo antes de seguir más adelante. Miller así lo hizo y quedó francamente sorprendido al divisar una inmensa marisma triangular que bien podría medir una quincena de hectáreas. Se hallaba ésta situada entre la meseta que acababan de pasar y otra similar situada frente a ella, y ya al costado de las siguientes pendientes montañosas de las que provenía un pequeño arroyo. Pero poco tiempo tuvo para contemplar el paisaje, ya que, de improviso, los cañaverales comenzaron a agitarse...

Inmovilizado por el increíble espectáculo que se hallaba presenciando, no tuvo ni la más mínima fuerza para reaccionar en uno u otro sentido. Cuando su esposa llegó a su lado, y a su vez, vió también «aquello», quedó como presa de un ataque de nervios.

Lentamente, al fin Miller logró sacar fuerzas de flaqueza y pudo así levantar su cámara tomavistas hacia el animal cuyo largo cuello se elevaba ya entre los cañaverales de la marisma.

«Como obedeciendo a mis deseos —nos cuenta él— aquel colosal superviviente de la época de los dinosaurios deambuló a través del cenagal. En un cierto momento, su cola emergió de entre las hierbas; Pero se hallaba a una distancia tal de la cabeza que más me sentía inclinado a creer que perteneciese a otro animal y no a éste mismo. Durante un breve segundo pude ver su extremo córneo. Oí también el extraño silbido de la bestia: "raú-ú... raú-ú... raú-ú...".»

La cámara de Miller se hallaba ya en funcionamiento y éste tuvo la impresión de que el monstruo aquel debió percibir el sonido que ésta hacía al funcionar, ya que «súbitamente se detuvo, con sus pequeñas patas anteriores colgando inertes, mientras se alzaba sobre las traseras, y avanzó luego su enorme cuello de serpiente en nuestra dirección. Nos separaba una distancia de unos 400 metros, a pesar de lo cual no pude por menos de replegarme sobre mí mismo, como si su pico de tortuga

monstruosa fuera a cogerme en cualquier momento. Lancé luego un gran suspiro de satisfacción cuando el animal se retiró».

Y en tal momento, Miller, que no olvidaba que era, ante todo, un fotógrafo se dió cuenta con verdadero disgusto de que el monstruo era de color marrón amarillento muy claro, casi absolutamente igual al del cañaveral en que se escondía. Además, estaba «recubierto de unas escamas dispuestas como las piezas de una armadura y de forma irregular; precisamente como si se hubieran hecho exprofeso con miras al

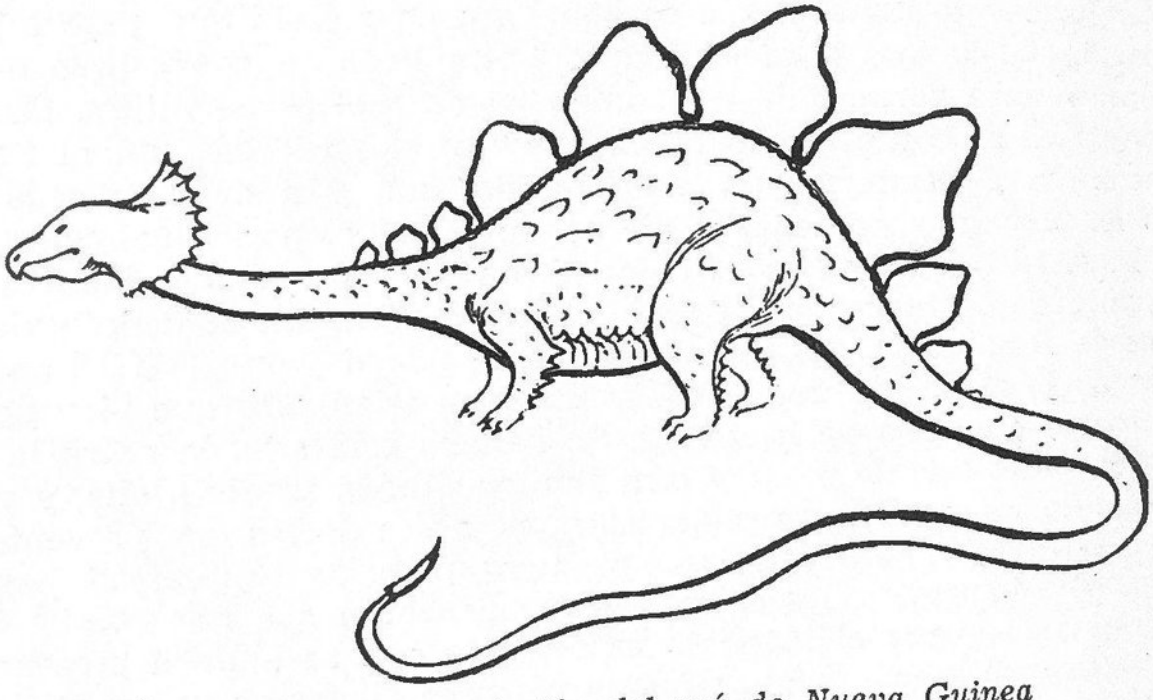


Fig. 47. — *Representación del raú de Nueva Guinea basada en la descripción del señor Charles Miller*

camuflaje». Y dado que él estaba tomando un film en colores, la cosa no podía ser más desagradable y desafortunada.

«Dos veces más aún se alzó la cabeza del *raú* lo que me permitió ver con toda perfección la gorguera o gola que la rodeaba, por debajo de su cabeza, así como la erizada cresta que bordeaba su espinazo. Luego, con un «clic», el film de mi cámara llegó a su fin, justamente cuando el *raú* desaparecía tras un grupo de eucaliptus enanos.»

¿DÓNDE ESTÁN LAS PIEZAS DE CONVICCIÓN DEL SEÑOR MILLER?

Un libro dedicado al descubrimiento de animales de nuestra fauna terrestre ignorados aún, no podía pasar en silencio, un episodio tan sensacional, entresacado de un relato de viajes con pretensiones de «documental». Pero, entre nosotros, ¿no tiene acaso esta escena toda la apariencia de haber sido sacada de una auténtica novela, como «El mundo perdido», de Conan Doyle, pongo por ejemplo? En todo caso, bien

valdrá para hacernos sentir un estremecimiento de horror, en tanto que nos hallamos cómodamente sentados, en nuestras casas, al amor de la lumbre.

A pesar de todo esto, he querido citar aquí esta escena, con tanta profusión de detalles, precisamente para poner un ejemplo *de los testimonios que no pueden ser tenidos en cuenta.*

Nadie deduzca de esto —quiero hacerlo constar— que para mí el señor Charles «Cannibal» Miller —como él mismo se hacía llamar— sea un mentiroso contumaz. No. Yo quiero solamente decir que el testimonio del señor Miller, con mi mayor sentimiento, no puede servir a mi propósito, por la simple razón de que no ofrece ninguna garantía de veracidad. Aceptarlo como bueno, me obligaría a mí mismo a dar crédito —por idénticas razones— a cuantas fábulas o rumores corren por el ancho mundo sin que nadie sepa ni cómo ni por quién fueron puestas en circulación. Y no me cansaré de insistir en que todos los testimonios que yo cito en mi libro ofrecen, siempre y en todo caso, un mínimo —al menos— de garantías.

Para empezar —y siendo uno un buen discípulo de Santo Tomás— querría yo tocar con mi propio dedo esa célebre espina caudal del «raú» ya citado. Además, y en resumen, parecía lógico pensar que el señor Charles Miller hubiera tenido el buen gusto de traerse de su viaje uno de esos misteriosos «colmillos» (los cuales, según él, los Kirrirri tienen en tanta abundancia) para someterlo a un paleontólogo eminente y ver de hallar así alguna luz en el problema. Pero, por mi parte al menos, jamás he oído hablar de que así lo hiciera, y conste que un hecho de tal importancia habría armado un buen revuelo en los medios científicos y en la Prensa. Y me extraña mucho más aún que en un libro tan abundantemente ilustrado como es el suyo, no haya intercalado ni una sola fotografía de tales trofeos de caza de las épocas remotas. Y no creo tampoco que sea tan difícil obtener una buena foto de un «instrumento» de la cocina indígena, por más colmillo de monstruo que sea.

Me gustaría también tener ocasión de ver la película a la que hace referencia el señor Miller: a pesar de todo debe ser un gran film, puesto que está hecho por quien, como él, fué «cameraman» en Los Ángeles.

El libro de nuestro intrépido viajero apareció en Londres en 1950; nos cuenta en él, varias veces, que el film que obtuvo en tales correrías, lo pasó —en diversas ocasiones— ante los magnates del cine británico. Pero no hace ni siquiera el menor comentario sobre la impresión que lógicamente debieron causar en ellos las secuencias del «dinosaurio». Yo he seguido siempre muy de cerca los problemas y las actividades cinematográficas y no recuerdo, por más que me esfuerzo, haber oído nunca hablar de un film documental sobre Nueva Guinea en el que aparezca, en carne y hueso, nada menos que un auténtico reptil antediluviano. Incluso si éste estuviera más o menos «camuflado» con

el cañaveral que le rodea, y aún a pesar de haber sido tomada a unos buenos 400 metros de distancia, creo que seguiría siendo interesante para cualquier hombre de ciencia el ver tal película donde quizá «algo podría distinguirse». Puede también que, a tal distancia, sólo lograría parecernos un lagarto atravesando una pradera, claro está que con el consiguiente aumento luego... Pero aún así, esto también tendría algún valor, aun cuando sólo fuera a título de comentario o de experiencia.

Así, pues, los hechos son los que mandan. Si la película fué un fracaso y en ella no salió nada, y si el señor Miller se olvidó de traer, como prueba, uno de aquellos misteriosos colmillos o defensas, ¿qué nos queda? Solamente su palabra, su testimonio verbal. Puesto que el de su encantadora esposa tampoco podrá ser tomado en consideración. ¿Por qué? Porque si la Ley establece que una esposa no puede nunca declarar ni a favor ni en contra de su cónyuge, la Ciencia deberá observar, a mi juicio, idéntica medida de la más elemental prudencia a todas luces.

UN «EXQUISITO CADÁVER» DE DINOSAURIO

Ciertamente que muchos de los testimonios citados en este libro no van acompañados de pieza alguna de convicción, pero podemos hacer las siguientes críticas a la deposición del señor Miller.

Primero.—Su informe es el único, que yo sepa, que nos ha llegado sobre la presencia en Nueva Guinea del «raú» o de cualquier otro animal a quien pudiera aplicarse su descripción: incluso es él el único que ha descubierto, hasta ahora, la existencia de la tribu de los Kirrirri en la que apoya el autor el descubrimiento, señalamiento y descripción de su mítico animal. Solamente una serie de testimonios concordantes podría dar visos de veracidad a su relato. Pero si comenzamos porque nadie ha visto al monstruo ni tan siquiera a la tribu que le sirve de testigo... Claro está, también, que quizá fuésemos menos exigentes con un zoólogo, por ejemplo, cuyo historial viniese a demostrarnos que sus testimonios eran dignos del mayor crédito por más extraños que pudieran parecer, y aunque no viniesen, esta vez, acompañados de pruebas ni de otras declaraciones concordantes. Pero éste no es el caso, todo hay que decirlo, del señor Miller.

Segundo.—Tampoco podemos decir, aunque queramos, que la personalidad de éste se halle sólidamente basada sobre una amplia cultura científica.

Mejor que continuar sus estudios de ingeniero, optó éste por hacerse profesional de las carreras de automóviles, de motos y de canoas con motor. Durante la guerra 1914-18 formó parte de la aviación militar, y la experiencia que así adquirió la utilizó luego para hacer acrobacias aéreas por cuenta de un circo. Y el hecho de que, en otra época, fuese

transportista de una pastelería tampoco contribuiría ciertamente a enriquecer sus conocimientos científicos.

Claro es que todo esto no sería bastante para revocar por sí solo un testimonio. Como hemos de ver, se han recogido en determinadas ocasiones declaraciones de gentes mucho menos formadas intelectualmente, y han quedado luego totalmente demostradas. Pero, como término medio, el testimonio de un profano es siempre digno de ser tenido en cuarentena, ya que solamente un técnico podrá darnos ciertos detalles que arrojen, sin confusiones, la luz precisa sobre los puntos esenciales. Y más aún, cuando se trata de animales que son o que se parecen a esos

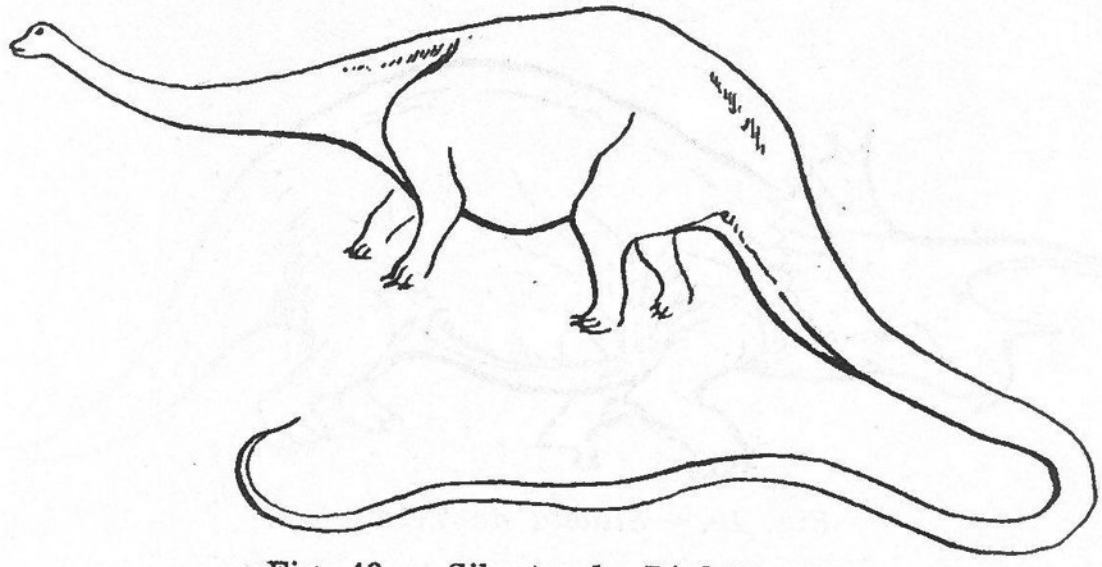


Fig. 48. — *Silueta de Diplodocus*

rarísimos ejemplares que sólo tales técnicos han visto frecuentemente o han estudiado en museos, libros, etcétera.

Tercero.—¡Ah! la descripción del señor Miller no revela ningún rasgo de ese género. Por el contrario, su «raú» no se parece en nada, aunque él lo diga, «a las reconstituciones de los dinosaurios que se ven en nuestros Museos». Lo que ofrece es una mezcla curiosa y heterogénea de caracteres correspondientes a tipos conocidos, pero que no guardan ni la menor relación ni el menor parentesco entre ellos. Así, posee el cuello alargado y la interminable cola de los enormes *Saurópodos* (brontosaurios y otros diplodocus), la cabeza sin cuernos y la gola ósea del *Triceratops*, y el cuerpo provisto de una cresta de placas triangulares a guisa del *Estegosaurio* (con la única variación de que tal cresta es doble en el referido animal). En cuanto al famoso «cuerno» situado en el extremo de la cola del «raú», no sabemos qué decir puesto que nunca jamás hemos encontrado, en nuestros estudios, un ser que tuviera tal defensa situada en aquel final de su cuerpo. Tan sólo en el caso del *Estegosaurio* hemos hallado una doble fila de cuernecillos en su apéndice caudal, pero que, en realidad, no son sino dos prolongaciones de la referida doble cresta dorsal.

Vemos, pues, que el mítico animal del señor Miller no es un dinosaurio: viene a ser algo así como un «exquisito cadáver» creado, pieza a pieza, por un equipo de paleontólogos atacados del más violento delirio. Esto nos hace recordar aquel inocente juego que consistía en que varias personas, por riguroso orden, dibujasen sobre un papel varias veces doblado, una parte del cuerpo de un ser cualquiera. Nuevo doblar y nuevo dibujo, pero sin saber cada uno qué era lo que habían dibujado los anteriores. Al final, se desdoblaba el papel referido y hallábamos así, con gran algazara, un ser monstruoso que tenía mezcla de tantos cuerpos o de tantos seres como personas habían intervenido en el entretenimiento.

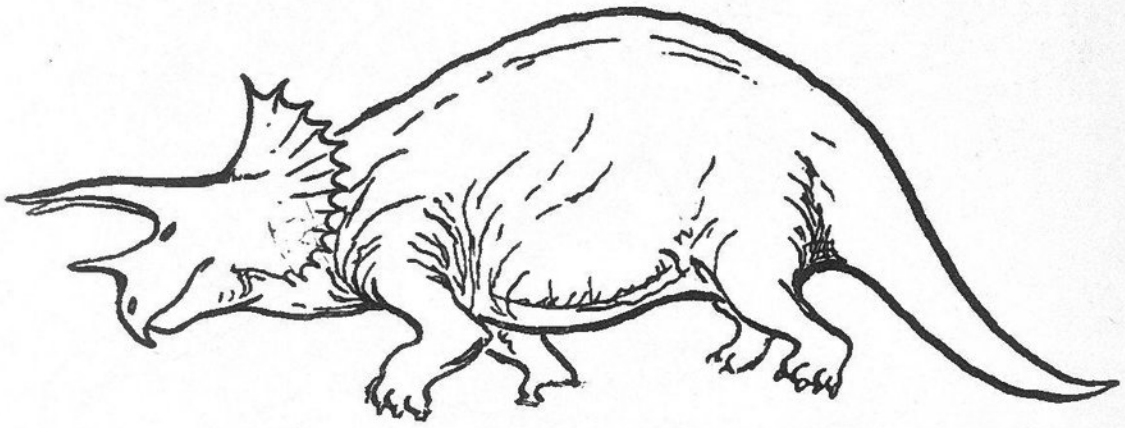


Fig. 49. — *Silueta de Triceratops*

Pues algo así, ni más ni menos, es lo que parece haber ocurrido en este caso.

Pero ciertamente, sería temerario afirmar categóricamente y «a priori», que un animal así no pueda existir: la zoología y la paleontología ¡nos han dado ya tantas sorpresas! En todo caso los dinosaurios a los que más pudiera acercarse el «raú» pertenecen a dos grupos distintos, muy divergentes: a los *Sauripelvianos,* por lo que se refiere a la longitud del cuello y de la cola: a los *Avipelvianos,* por lo que hace a los restantes caracteres. Por otro lado, los *Estegosaurios* no son conocidos más que en el Cretáceo de América del Norte y sería por tanto, enormemente sorprendente el hecho de que se hubiesen extendido hasta el extremo sudeste de Asia que no parece haber estado nunca unido, en nada, con el norte del continente americano. Hay muy pocas probabilidades también de que Nueva Guinea conociese una invasión de los grandes *Saurópodos* de cuello y cola desmesurados.

En resumen, mientras alguien no venga a demostrarnos lo contrario, el célebre «raú» se parece endiabladamente al recuerdo mal digerido de los extraños y ficticios seres que aparecen en películas tales como «El mundo perdido» o «King-Kong», realizadas por gentes de la cinematografía que nunca dominaron —ni tal hecho llegaría a buen seguro a preocuparles— la ciencia de la Zoogeografía.

Alguien podría objetarme, sin duda, que como quiera que Nueva Guinea es una isla tan poco y mal explorada, *todo* puede ser allí posible. Pero, a decir verdad, precisamente porque esa isla —tan grande como Francia e Italia juntas— está tan escasamente explorada, sobre todo en su parte montañosa central, es por lo que hay que admitir con muchas reservas cuantas noticias nos vengan de allá. En aquel paraíso de los cortadores de cabezas y de los antropófagos, es dificilísimo que las observaciones que pudiera hacer un explorador aislado resultasen debidamente confirmadas por otros testimonios. Y esta situación

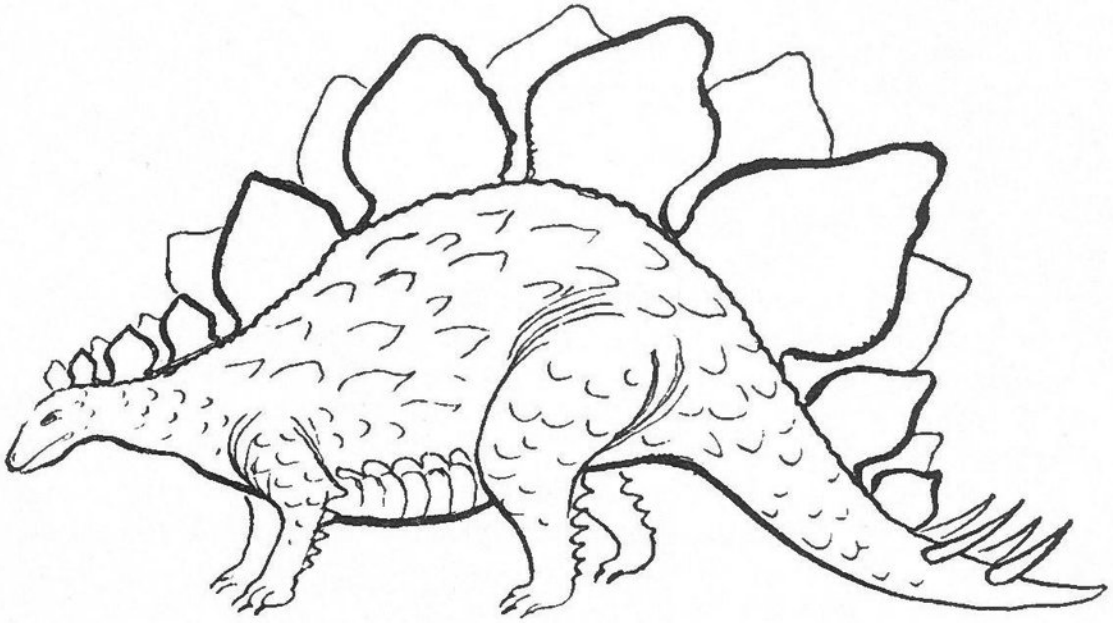


Fig. 50. — *Silueta de Estegosaurio*

persistirá en tanto que las exploraciones no se multipliquen por la misteriosa Tierra de los Papúes o en tanto que los colonos no establezcan relaciones pacíficas con los indígenas instalados en el mismísimo corazón de la más grande de todas las islas tropicales.

Así, apresurémonos a cruzar el estrecho de Torres y a desembarcar en Australia. Su desierto central, breñoso, y sus desiertos de arena del oeste están casi igualmente inexplorados: sus montañas del este y del sudeste, cubiertas de bosques de eucaliptus y de araucarias, rara vez son visitadas. En la Tierra de Arnem, completamente al norte del Continente, existen todavía tribus que no han tenido ningún contacto con los hombres blancos.

Pero esta quinta parte del mundo, que a primera vista no es si no una inmensa zona desértica abandonada al salvajismo primitivo, comprende —en la periferia— numerosos centros de colonización bien florecientes, de los cuales salen, a veces, expediciones de minería, cazadores o naturalistas; y éstos suelen traernos luego, a su regreso, historias alucinantes sobre misteriosos animales conocidos, según parece, tan sólo por los indígenas.

Y entre éstos algunos tienen también la extraña contextura que pudiera resultar del juego de los dobleces antes citado; pero cuando una pléyade de testigos afirmase que se había visto deambular por tal paraje un auténtico «monstruo-cocktail», y cuando en cada uno de los testimonios aislados hallásemos los mismos ingredientes y en las mismas dosis, no nos cabría entonces más solución que, extrañezas aparte, decir «amén».

CAPÍTULO VIII

LOS FABULOSOS «BUNYIPS» DE AUSTRALIA

Mucho antes de que el hombre blanco pusiera su pie sobre el continente austral y antes aún de que naciese la raza de actuales negros, el país estaba poblado, por una parte, por criaturas medio animales y medio humanas, héroes del viento, del relámpago, del trueno y de otros fenómenos naturales, y, por otra, por toda la fauna de animales totémicos de los cuales los hombres descienden, al decir de tales pueblos. Así, al menos los aborígenes se figuran los tiempos edénicos de su lejano ayer.

SERPIENTES POR EL CIELO Y SERPIENTES EN LAS AGUAS

De todos los monstruos legendarios, algunos —según los australianos de la región del «bush»— subsisten aún en nuestros propios días.

Para empezar, hay que citar toda una gama de colosales serpientes, tales como la *wollunqua,* la serpiente totémica de Australia central, y la serpiente arco-iris, a la que llaman también *mindi* en la zona inferior del Murray. Esta última tiene —según los rumores—una enorme cabezota y cuando silba proyecta hacia fuera una larga lengua en forma de tridente. Y cuando se va deslizando por las copas de los árboles, agarrándose a las ramas con su cola prensil, parece efectivamente el arco-iris. Pero tan bello espectáculo no es nada aconsejable ya que el solo hecho de ver al *mindi* equivale a una segura condena de muerte. Afortunadamente, este animal despide un fuerte y pestilente hedor que avisa así a los hombres de su peligrosa proximidad. Se atribuye también al *mindi* toda una serie de influencias maléficas, entre las que destaca la de sembrar epidemias de viruela por donde pasa.

La leyenda del *mindi* está basada, sin duda, sobre una imagen deformada de la pitón-diamante, confinada, en efecto, en la región costera. Mide ésta hasta 4,50 metros de largo; su cuerpo está cubierto de man-

chas de todos los colores del arco iris. Señalemos de paso que este mismo fenómeno meteorológico es extremadamente raro en un continente como el que nos ocupa, donde fuera de una zona marginal limitada al nordeste, no caen más de 50 centímetros de lluvia por año.

En suma, que ni la gran serpiente multicolor ni el arco iris propiamente dicho —que se extiende sobre el cielo de horizonte a horizonte como una gran serpiente— pueden ser conocidos directamente en el interior de Australia, en aquellas zonas recónditas donde habitan la mayor parte de las tribus aborígenes. Así se comprenderá que estas dos apariciones, imaginadas exclusivamente sobre la base de relatos verbales o deformadas por la tradición, hayan podido ser confundidas en una fantástica síntesis.

Mucho más misteriosa es la leyenda del *yero*, la enorme serpiente o anguila acuática que dicen habita en determinados lagos del nordeste. Su cabeza es grande, como la del *mindi*, pero está adornada con pelos rojos. Al parecer, sus fauces son enormemente grandes puesto que, al decir de los indígenas, de ellas nacen los rápidos y las cataratas de los ríos. Con todo esto, podemos ya comprender el terror que tales bichos inspiran a los pobres negros. «Sobre la meseta de Atherton, en Queensland —nos cuenta G. Whitley, experto ictiólogo del Australian Museum— no existe un solo indígena que sea capaz de pasar con su canoa por el centro del lago, a causa del extraordinario terror que sienten hacia los míticos animales que, según ellos, viven en sus profundidades.»

¿Es verdaderamente mítico el *yero*? En todo caso, me parece bastante temerario el afirmar que haya sido inventado por completo. Tal vez no sea sino la personificación de algún peligro natural, pero no zoológico —algún escollo o arrecife, por ejemplo—, puesto que en todo caso sabemos que los primitivos nunca han tenido la imaginación suficiente para escribir novelas por su cuenta. Es más lógico buscar alguna base a tales leyendas que achacar a tan ingenuos seres una imaginación que no concuerda, ni en poco ni en nada, con su mentalidad ni con sus facultades.

EL GAUARGE, IMAGEN DE UN DESAPARECIDO DINOSAURIO

Entre la multitud de rumores que circulan hay uno, especialmente, que ha llamado siempre mi atención: Es el que se refiere a un animal denominado *gauarge*. Este extraño animal, de costumbres semi-acuáticas, suele, al decir de estas gentes, arrastrar en un torbellino a los atrevidos que osan bañarse en las aguas que él domina. Le describen como una especie de ave de gran tamaño, pero ¡atención!, como un ave desprovista en absoluto de plumaje.

Si nos tomásemos el trabajo de desplumar —aunque sólo fuera con la imaginación— a uno de esos avestruces australianos, tendríamos la

estupefacción de ver aparecer ante nuestros ojos un raro animal extraordinariamente parecido a un dinosaurio de la era secundaria, el *Struthiomimus*, nombre éste que significa ni más ni menos, «que se parece al avestruz».

Mucha gente imagina que los dinosaurios eran, sin excepción, unos animales de tamaño impresionante. En realidad, los había de todos tama-

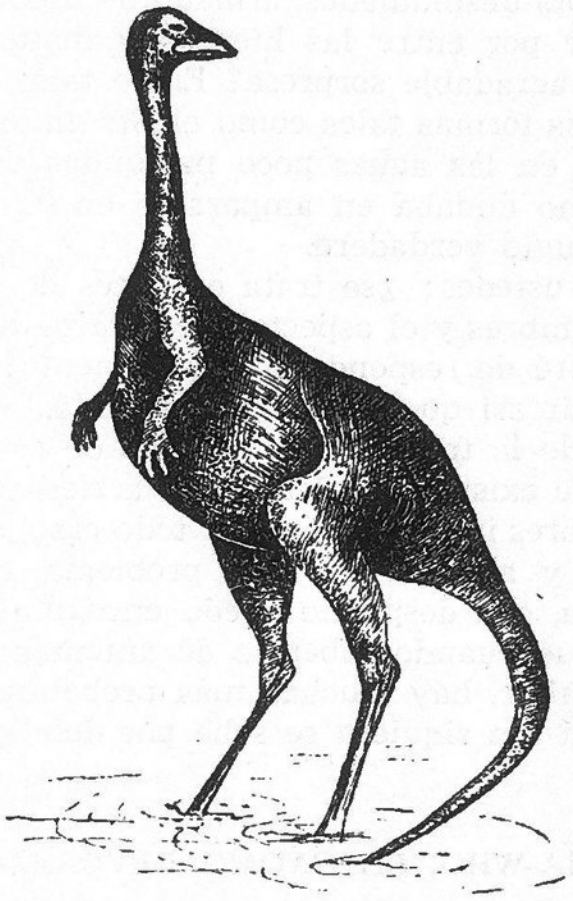


Fig. 51. — *Reconstitución de un* Struthiomimus, *el avestruz-lagarto*

ños, desde el de una gallina, aproximadamente, hasta el de los diplodocus, titanosaurios, brontosaurios, atlantosaurios y otros gigantosaurios que medían entre los 20 y los 40 metros de largo. Se distinguen, según la forma de su pelvis, dos órdenes diferentes de dinosaurios, muy distintos entre sí. La primera clase, los *Sauripelvianos*, con pelvis de lagarto, comprende, por una parte, a los gigantes del grupo, los *Saurópodos*, enormes herbívoros cuadrúpedos; por otra parte, a unos seres algo más pequeños, bípedos y carnívoros, los terribles *Terópodos*. El segundo orden, el de los *Avipelvianos* u *Ornitopelvianos* con pelvis de ave, agrupa también a diferentes tipos: los *Estegosaurios*, con su enorme cresta ósea; los *Anquilosaurios*, mejor acorazados todavía; los *Ceratosaurios*, que poseían una gola y uno o varios cuernos (el *Triceratops*, por ejemplo, tenía todo el aspecto de un rinoceronte), y finalmente, los *Ornitópodos*.

Éstos eran unos curiosos bípedos, en su mayor parte herbívoros, y cuya figura recordaba en gran manera la de las aves corredoras, con la salvedad de que poseían, a la vez, una cola similar a la de los grandes lagartos. El iguanodonte, de 4 a 5 metros de alto, era uno de los mayores de entre todos ellos; otras especies carnívoras como los *Podokesaurios* y *Compsognathus* eran, por contra, minúsculas. Hace falta imaginarse a uno de esos «pollos» desplumados, armado de dientes y acabado en una cola carnosa, correr por entre las hierbas y matorrales. ¿No es cierto que sería una poco agradable sorpresa? Entre tales enanos y los iguanodontes, existían otras formas tales como el *Struthiomimus,* el dinosaurio-avestruz, que vivía en las aguas poco profundas de los ríos, pero que, si llegaba el caso, no dudaba en ampararse en el líquido elemento haciendo de él su refugio verdadero.

Me preguntarán ustedes: ¿se trata entonces de un animal que tenía el tamaño, las costumbres y el aspecto del *gauarge* de los aborígenes australianos? Y yo habré de responder: ¡exactamente!

¿Podemos deducir así que éstos han conocido —bien sea directamente o bien a través de la tradición— a alguno de estos ornitópodos retrasados en su época de existencia? Sería muy arriesgado decir «sí» sobre la sola base de tan pobres indicios. Pero, en todo caso, creo que bien valdría la pena investigar y ahondar en este problema, en lugar de tratarlo, como muchos hacen, con desprecio y con encogimiento de hombros.

Y recordemos que cuando sabemos de antemano lo que buscamos y lo que queremos hallar, hay muchas más probabilidades de alcanzar el éxito que cuando ni tan siquiera se sabe por donde se anda.

YARA-MA-YHA-WHO, *EL GNOMO DEVORADOR DE NIÑOS*

Una vieja leyenda australiana, mucho más fácil de interpretar, es la de «Thaballa», el muchachito burlón y reidor que jamás muere y cuyas risas pueden aún escucharse en los más recónditos parajes del centro del país. Este pequeño problema fué resuelto hace ya mucho tiempo por los zoólogos, quienes identificaron a este divertido ser, sin duda alguna, con un martín-pescador gigante *(Dacelo gigas),* conocido también por el sobrenombre de «Juan-reidor». Su grito parece, a todas luces, una risa humana. Se cuenta que cuando su hermano de Indonesia, el *kukaburra* se ríe con ganas, nadie al oírle podrá evitar sentirse contagiado de tal risa y acabar, a su vez, riendo como un auténtico tonto. Pero, todo hay que decirlo, estamos bien seguros que esta risa debe jugar un desagradable papel sobre los más templados nervios cuando se la escucha en un solitario y sombrío rincón de la espesa selva.

Entre las leyendas de pesadilla, la más extraña sin duda es la de los *Yara-ma-yha-who.* Estos son, dicen los negros, unos pequeños hombrecillos sin dientes, con aspecto de ranas. Viven en las higueras y poseen

unas ventosas en sus manos. Cuentan los aborígenes que estos seres diminutos se dejan caer, desde las ramas de los árboles, sobre los niños, a los que se unen firmemente con el auxilio de tales ventosas. Y una vez pegados así literalmente a sus pequeñas víctimas, los referidos gnomos vacían a los tiernos infantes, por succión, de toda su substancia.

Me extraña francamente mucho que no haya habido hasta ahora ningún zoólogo capaz de identificar a estos pequeños seres. De toda su descripción —si se deja de lado la terrorífica condición de vampirismo— se deduce bien claramente que el problema es tan simple como aquel otro de: «Tiene dos patas, tiene plumas y cresta y canta kikirikí».

El *yara-ma-yha-who* ha de ser, sin el menor género de dudas, un tarsero (*Tarsius spectrum*), el más enigmático de todos los primates. Es un pequeño ser velludo, de rostro plano y redondo, ocupado éste en su casi totalidad por dos inmensos ojos. Es arborícola pero, sobre las ramas, suele ponerse muchas veces de pie, sujeto tan sólo con sus patas traseras. Esta posición suele adoptarla muy a menudo cuando siente algún peligro en sus proximidades. Su silueta, y algunos otros trazos de su organismo, recuerdan tan enormemente al hombre, que el anatomista británico Wood-Jones y su colega holandés A. W. Hubrecht han llegado hasta considerarle como el animal actual más cercanamente relacionado con la especie humana.

Esta teoría no es demasiado defendible ya que el tarsero presenta demasiados rasgos de alta especialización para estar tan íntimamente relacionado con nosotros. Ello no obstante, este ser —de unos 12 a 20 centímetros apenas— tiene realmente la apariencia de un extraño y diminuto hombrecillo, lo cual es causa bastante para que hayan, naturalmente, volado las fantasías.

Además de sus ojos exageradamente desarrollados, para conseguir así una mejor visión nocturna, se caracteriza por el alargamiento de los dedos de sus manos y de sus pies que acaban, todos ellos, en una especie de bolas provistas de ventosas. Y justamente fué el estiramiento excesivo de sus pies y, sobre todo, de los huesos del tarso lo que le valió el nombre, dado por Buffon, de *tarsier* (tarsero). Y esta configuración especial, esta característica estructura anatómica, le obliga a alzarse sobre los dedos de sus pies (es efectivamente el único primate que no tiene nada de plantígrado) y le da unas especiales condiciones para la locomoción por saltos o, si se prefiere, por rebotes.

El tarsero se autopropulsa en auténticos brincos, a manera de la rana, pero sus saltos son mucho más prodigiosos. Si bien su peso no es superior a los 140 gramos, llega a veces a franquear distancias de dos metros, elevándose del suelo más de 60 centímetros. Tampoco es cierto, como afirma el vulgo, que esté desdentado. Pero sí lo es que cuando abre su boca en forma de V, parece que ríe con una mueca diabólica.

¿No es todo esto una descripción que encaja plenamente con la del *yara-ma-yha-who*? Incluso la ferocidad que le achacan, aunque siempre

sea exagerada, no carece por ello de fundamento. El tarsero es, ciertamente, el único primate casi exclusivamente carnívoro. En realidad come también, de vez en cuando, alguna que otra fruta, pero su régimen

Fig. 52. — Tarsius spectrum —*tarsero*— *alzándose en dos patas en la postura que le es característica cuando quiere asustar o, también, cuando está él mismo asustado*

general consiste especialmente en manjares tales como insectos, lagartos, pájaros e incluso pequeños mamíferos. A casi todos nos parecerá este pequeño ser un animalito muy «salado» e incluso gracioso; pero no hay duda que, dentro de sus proporciones, es un auténtico ser rapaz sediento de sangre.

Añadamos esto a sus hábitos nocturnos y habremos así hallado el origen de la leyenda que a su respecto, circula por las zonas que él habita.

La única causa que ha podido motivar el que los zoólogos no hayan relacionado inmediatamente al tarsero con el *yara-ma-yha-who*, es que el primero de ellos es totalmente desconocido en Australia. No se le encuentra más que en el archipiélago malayo: en Sumatra, en Borneo, en Célebes y en algunas de las islas Filipinas.

Sin duda, el área de distribución del grupo de los társidos, de los cuales el tarsero es el único superviviente actual, era antiguamente muy vasta.

Al principio de la era Terciaria (Eoceno) se encontraban tales extraños homúnculos en toda la América del Norte e incluso en Europa. Pero fuera de las especies importadas por el hombre —el perro «dingo» y las ratas— y algunos murciélagos que lograron franquear las aguas por vía aérea, no existe en Australia en estado salvaje ningún mamífero con placenta.

El continente austral se pobló, manifiestamente hace 125 millones de años, a mitad del Cretáceo; en una época, por tanto, en la que los mamíferos marsupiales dominaban el mundo a través del cual se fueron extendiendo como una gran mancha de aceite. Se supone que, en aquellos lejanísimos tiempos., Australia se hallaba unida aún a otros continentes, lo que permitió que fuese habitada por especies terrestres. Al final de la era Secundaria o al principio de la Terciaria, Australia y Nueva Guinea, todavía juntas, quedaron aisladas del resto del mundo. Cuando los mamíferos placentarios invadieron, a su vez, el globo, eliminando sin piedad a sus competidores marsupiales, no pudieron ya extender su conquista más allá de las islas del archipiélago malayo, o más exactamente de lo que se llama «la línea de Wallace», frontera zoológica invisible que pasa entre Bali y Lombock y, más al norte, entre Borneo y Célebes. En resumen, que no pudieron llegar así hasta Nueva Guinea ni Australia, donde continuaron desenvolviéndose, con toda calma, los primeros hasta que —a su vez—, hizo su aparición el hombre en tales territorios. Dichos animales son, por tanto, auténticas reliquias de un imperio en decadencia. (1)

He aquí por qué no parece probable, o mejor dicho debe ser casi imposible, que pueda haber tarseros en Australia. Claro está que pudo ocurrir que algunos de estos pequeños mamíferos fuesen transportados de una isla a otra sobre algún tronco flotante de árbol, dando siempre por supuesto que no se tratase de islas excesivamente separadas por el mar. Ya es significativo, a este respecto, que el tarsero lograse franquear

(1) En América, los marsupiales no están representados, en nuestros días, más que por dos familias: Los didelfos, es decir los zirag̈ueyas u «opossums» y los cenolestídeos, tan raros y escasos éstos que no tienen, ni tan siquiera, su correspondiente nombre francés. Los primeros de ellos deben, sin duda, la supervivencia a su pequeñez, a su facultad de hibernación y, sobre todo, a su extraordinaria facultad de proliferación: la zarig̈ueya tiene dos camadas anuales, de unos nueve «pequeñuelos» cada una como término medio. Éstos pueden llegar incluso a ser 21, pero cuando pasan de 13 ya los restantes «mamoncillos» no logran nunca sobrevivir.

la línea Wallace, lo cual es un hecho cierto puesto que le hallamos al este de la frontera, en la isla Célebes. Mas un viaje tan azaroso y lleno de peligros no es, claro está, sino una simple posibilidad o hipótesis que, a mi juicio, tiene bastante de utopía. Que yo sepa, los tarseros no habrán sido capaces, por su sola cuenta, de fabricarse su propia Kon-Tiki...

Luego, si no pueden existir tarseros en Australia, la leyenda de los «Yara-ma-yha-who», que indudablemente fué inspirada en ellos, deberá tener alguna otra oculta significación. Quizá venga así a arrojar alguna pequeña luz sobre la primera población del continente austral, problema éste que tantos dolores de cabeza ha proporcionado a los antropólogos.

J. Matthew sugirió, hace tiempo, que el norte de Australia sufrió, en una época reciente, débiles infiltraciones por parte de algunos pueblos de raza malaya. Esta idea fué rechazada ya que es justamente en tal zona de la isla donde los australianos son más negros y con los cabellos más ensortijados. Y, claro está, una invasión de malayos de piel clara y de cabellera lisa, habría forzosamente dejado una huella en la raza, cuyos caracteres se habrían atenuado de esta suerte.

Por tanto, parece deducirse de todo este planteamiento que las leyendas relativas a los tarseros han debido irse transmitiendo oralmente hasta nuestros días desde la lejana época —al parecer— en que las tribus predravídicas llegadas de Célebes, de Borneo o de Sumatra, comenzaron a invadir Australia. Y esta migración se ha situado, en general, en la época del Pleistoceno medio, es decir, hace al menos unos 50.000 años.

La mayor parte de los autores admiten, sin embargo, que tal invasión del continente austral pudo realizarse por oleadas sucesivas. De donde bien pudiera deducirse —y la leyenda del «yara-ma-yha-who» nos ayuda a creerlo, que la última de estas invasiones parciales fué de naturaleza malaya o predravídica y precedió, en muy poco tiempo, al descubrimiento de Australia por los hombres blancos.

EL DEMONIO DE LOS BOSQUES FILIPINOS

Una cosa es, de todas formas indiscutible: el que el minúsculo tarsero, por más inofensivo que sea para el hombre, produce un auténtico terror en toda la región malaya. Por ello cabría preguntarnos si no será también el origen de la leyenda de los «demonios de los bosques» que corre de boca en boca por las Filipinas y por todas aquellas otras regiones en que habita también el tarsero. En algunas de dichas islas, cuentan los indígenas, en efecto, que en las regiones boscosas habitan unos pequeños hombre-monos misteriosos que tienen más de fantasma que de seres reales.

Quizá tales rumores pudieran referirse también en gran parte a los pigmeos aeta, que habitan los macizos montañosos del centro de algunas de aquellas islas. Mas en todo caso, los tarseros no deben ser completamente extraños al carácter «diabólico» atribuído a tales criaturas. Y si no, juzguen ustedes mismos por la siguiente anécdota:

Una sola vez —se cuenta— tuvo el hombre blanco ocasión de establecer contacto con un «demonio de los bosques» de las Filipinas y tal encuentro acabó de la forma más trágica posible. Todo esto ocurría a finales de siglo, mientras que las tropas americanas —tras la conquista de 1898— combatían contra los guerrilleros filipinos que no cejaban en su lucha. Ocurrió un día que uno de los soldados yanquis penetró en la jungla, desconectándose al poco rato del resto de su patrulla: vagó durante horas y horas, sin saber orientarse, hasta que al fin, rendido ya de cansancio, se tumbó sobre el suelo donde tardó poco en quedar dormido.

Su sueño se convirtió en seguida en pesadilla: frente a él se hallaba uno de los demonios de los bosques de los que él tanto y tanto había oído hablar. Bruscamente, aquella extraña criatura, desapareció como por arte de magia.

Esto, al menos, es lo que pudo deducirse de las entrecortadas frases que el soldado repetía luego, a manera de estribillo, cuando al fin fué hallado por sus compañeros de armas. El desgraciado muchacho había perdido la razón... Y una frase sobresalía de entre aquella especie de salmodia, repetida una y mil veces con angustioso acento: «¡Esos ojos, esos terribles ojos...!»

¿No es francamente sintomático todo ello? De todas las criaturas terrestres, la que tiene unos ojos más impresionantes es, sin discusión, el tarsero. En la sombra, o en la medio obscuridad, sus enormes globos oculares lanzan reflejos amarillentos...

Imaginamos sin dificultad el espectáculo que pudo ofrecerse al infortuniado soldado cuando despertó, en medio de una naturaleza hostil, llena de ruidos inquietantes y de gritos espeluznantes y aterradores. Sin duda, uno de esos pequeños gnomos gesticuladores, con la curiosidad propia de todos los primates, se había acercado para examinar al dormido combatiente. Hasta quizá, se instalara tal vez cómodamente sobre su pecho. Y en medio de la semiinconsciencia de un brusco despertar, agravado esto por la fiebre que tan fácilmente ataca a todos los blancos en la selva, el pobre americano debió creer, al ver aquello, que estaba delante de alguna monstruosa criatura venida directamente desde las profundidades del infierno. ¿Quién si no un auténtico diablillo podría esfumarse así de un solo salto?

Cuando se ve por primera vez un tarsero se siente uno invadido por una extraña curiosidad, mezclada con alguna dosis de recelo. Con sus grandes y alucinantes ojazos, con sus pequeñas orejitas y su boca que ríe de oreja a oreja, tiene un aspecto más bien de duende que de animal

corriente y moliente. Por ello quizá fué por lo que los primeros naturalistastas le dieron el sugestivo y adecuado sobrenombre de «espectro» y por lo que muchas gentes aún le siguen considerando como un auténtico fantasma.

LOS ANIMALES AUSTRALIANOS TIENEN, EN VERDAD, EXTRAÑAS APARIENCIAS

Algunos animales del folklore de Oceanía son, por cierto, de lo más extraño. Pero los rumores y las historias *verdaderamente fantásticas* no comenzaron a circular por tales latitudes hasta la llegada de los primeros europeos. Mas añadamos que la gran mayoría de tales historias han quedado luego debidamente confirmadas o explicadas, hecho éste que nos induce a mirar con mucho menos escepticismo las que, hasta nuestros días, no han conseguido ser interpretadas de manera científica y convincente.

Cuando los bravos marinos holandeses de la Compañía de las Indias Orientales comenzaron su tarea —allá por el siglo XVII— de explorar los mares australes en busca de islas ricas en especies, pusieron su pie en una nueva tierra que parecía, a primera vista, ser muy dilatada y a la que ellos bautizaron entonces con el patriótico nombre de Nueva Holanda.

Vivía en ella —según nos relataron— un ser, grande como un hombre pero con cabeza de corzo y provisto además, de una larga cola. Se tenía éste sobre sus patas posteriores, a la manera de un pájaro, pero también podía saltar como una auténtica rana. Plesaert daba ya, en 1640, una honorable descripción de este animal extraño, mas sin otro resultado que el de despertar fuertes chacotas sobre la desbocada imaginación de las gentes de mar.

Casi un siglo después el capitán James Cook se vió obligado a verificar reparaciones en su navío —el «Endeavour»— que había resultado con algunas vías de agua por efecto de los arrecifes de coral de la Gran Barrera. Puso, pues, proa hacia tierra, recalando en la bahía de la Trinidad. El día 9 de julio de 1770, dos de sus compañeros —uno de los cuales era el famoso naturalista mecenas Joseph Banks—, descendieron a tierra firme para conseguir alguna caza que asegurase el avituallamiento. Como lo contaba el propio Cook, «en el curso de una marcha de bastantes millas, vieron cuatro animales de la misma especie, dos de los cuales fueron ojeados por el lebrel de Banks; pero aquéllos esquivaron hábilmente al perro saltando por encima de las densas y altas hierbas que impedían al perro su carrera». Observaron que tales animales no corrían a cuatro patas, sino que saltaban sobre las dos de atrás, tal como lo hace el *Mus jaculus* o gerbo.

Algo más tarde Cook tendría noticias de que esta especie de gerbo gigante era conocido bajo el nombre de «kanguru». (1)

Ante los testimonios de una persona tan educada y tan formada como Cook, no queda sino inclinarse. Que es, justamente, lo que acabaron por hacer todos, si bien no con demasiada prisa. Veinte años más tarde, el «kanguru» recibía, de manos del Dr. George Shaw, su bautismo científico.

El detalle más característico del canguro —que, sin embargo, pasó inadvertido para Cook— era la bolsa que la hembra posee en su vientre y dentro de la cual lleva a sus pequeñuelos, representando, así, el papel de una auténtica incubadora.

A ciencia cierta, tal bolsa marsupial no era ninguna novedad para los zoólogos, puesto que se conocía ya, desde hacía mucho tiempo, la totalmente similar que poseen las zarigüeyas u opossums de América. (La única diferencia es que en el caso de las zarigüeyas —siempre en posición cuadrúpeda— tal bolsa se abre hacia atrás, mientras que en el canguro —habitualmente bípedo— se abre en la parte delantera del animal y hacia arriba). Pero en aquel entonces se estaba tan convencido de que una bolsa así era patrimonio exclusivo de la zarigüeya, que cuando Seba describió bajo el nombre de *philandrus oriental* o *coescoes* a un animal con bolsa que le habían enviado de Amboina (con lo cual venía a confirmarse lo que dijera Pison respecto al *cuscus*, animal parecido a la zarigüeya del Brasil y que se hallaba también, según éste, en dicha isla de la Sonda), Buffon dictaminó que debía tratarse de un error.

Pero muy pronto iba a demostrarse una cosa mucho más sorprendente aún: que todos los mamíferos australianos poseían una bolsa marsupial para abrigar en ella a sus pequeñuelos. Lo que, en otros lugares, constituye una rarísima excepción, pero que en este quinto continente viene a ser la regla.

Y aun con esto, el mundo de los zoólogos no había acabado de recibir sorpresas. El colmo fué el descubrimiento, en Nueva Gales del Sur, en 1797, de un animal llamado «topo acuático» por el colono que le vió por vez primera. En verdad, aquel raro animal se parecía más a una nutria: tenía por ende las patas palmeadas. Pero —cosa extraña por demás— no sólo tenía las patas palmeadas de un pato, lo que aún puede ser comprensible en un mamífero, sino que, para remate, lucía un bello pico.

(1) Este último vocablo no se refiere exactamente al animal en cuestión, realmente representa las respuestas embrolladas de los indígenas acerca de las preguntas de los viajeros británicos, relativas a su identidad.

Según unos significa «no sé»; según otros no es más que la repetición de las preguntas (*Can you bell me?* = ¿Puede usted contarme?). Todas las explicaciones respecto a este nombre son divertidas y revelan una gran fantasía.

Desde 1901, el doctor W. E. Rotk, conservador y jefe de los aborígenes de Queensland, ha ratificado que el célebre marsupial saltador es llamado siempre «ganguru» por los alrededores de Cookstown. El capitán Cook hizo figurar este nombre en el vocabulario de la tribu Koko-Yimidir.

Cuando llegó la primera piel de tan curioso animal a Londres y fué examinada por los miembros de la Sociedad Real de Zoología fué considerada por ellos, unánimemente, como falsa o trucada.

Estos restos provenían de Extremo Oriente —o del Más Extremo Oriente, si me permiten la frase— y por aquel entonces se conocía ya la gran habilidad de tales gentes —los chinos— para fabricar «monstruos por encargo». ¡Cuántas personas no habían venido ya de aquellas remotas zonas trayendo, por ejemplo, cuerpos momificados de sirenas que luego no eran sino la artificial mezcla del tronco y de la cabeza de un mono, las patas de un pájaro y la cola de un pez cualquiera! Y este nuevo «topo de agua» que tenía, al mismo tiempo, algo de mamífero y de pájaro, no podía ser sino una nueva «obra de arte» de tan curiosos artesanos.

Pero el Dr. George Shaw estudió con todo cuidado dicha piel sin poder hallar en ella huellas de goma ni tampoco puntos de sutura: consecuentemente, la declaró auténtica y publicó, en 1799, su primera descripción científica. Y de esta forma, el monstruoso animal recibió el nombre de *Platypus anatinus,* que quiere decir «el animal de pies planos y de pico de pato».

Seguidamente, el cuerpo de dicho animal fué sometido al examen del alemán Blumenbach, considerado en aquella época como la más alta autoridad en materia de sistemática, quien describió a su vez al extraño ser bajo el nombre de *Ornithorynchus paradoxus,* «el paradójico animal de pico de pájaro». Como el nombre genérico de *Platypus* había servido ya, en 1793, para designar a un pequeño coleóptero, se abandonó definitivamente en este caso y fué, por consiguiente, el nombre de *Ornithorynchus* el que prevaleció ya en el futuro.

LOS ABSURDOS MAMÍFEROS PONEDORES

El problema, claro está, no se había acabado por el solo hecho de haber bautizado al animal en cuestión: hacía falta, luego, hallar su sitio exacto en la clasificación zoológica.

Para empezar, y como quiera que estaba cubierto de pelos, Shaw no dudó en incluirle así, del primer envite, entre los mamíferos. ¿Pero en qué orden, dentro de este gran concepto? Consultado al respecto Blumenbach, optó éste por el de los desdentados, verdadero refugio de todos los mamíferos inclasificados.

Pero he aquí que, en 1802, dos nuevos ejemplares de ornitorrincos —conservados esta vez en alcohol— llegaron a Inglaterra. Uno de tales ejemplares era una ehmbra: pudieron notar así, con auténtico estupor, que el pretendido mamífero —o sea, «animal que tiene mamas»— ¡no las tenía en absoluto! Para hacerlo más difícil aún, comprobaron también que dichos animales no tenían el conducto genital y el ano separados,

como todos los mamíferos, sino más bien una cavidad excretora única, o cloaca, al estilo de los reptiles y los pájaros.

Los representantes de estas dos últimas clases tienen la piel recubierta respectivamente, de escamas y de plumas: no había, pues, ni la menor afinidad para emparentar con ellos al enigmático ornitorrinco, velludo éste en forma indiscutible. Por ello, el anatomista inglés Home, propuso crear un orden aparte para situar en él al raro ejemplar de pico de pato así como a otro animal con cloaca, descubierto mientras tanto en Australia: se trataba del *equidna,* una especie de puerco espín cuyo largo hocico tenía también todo el aire de un auténtico pico. La propuesta halló eco y así quedó hecho en firme. Un año más tarde, Etienne Geoffrey Saint-Hilaire, creó el nuevo orden de los monotremas, es decir, de los animales «con un sólo agujero». Pero, con todo y eso, él se abstuvo, muy prudentemente, de precisar a qué clase era preciso referir este orden.

Lamarck, más audaz, quiso resolver dicho problema, pidiendo para tales seres, la creación de una nueva clase, la de los *Prototherianos,* o «primeros mamíferos». Pero ¿era lícito situar entre los mamíferos, por muy primeros que fueran, a unos animales desprovistos en absoluto de mamas? ¿No podríamos, por idénticas razones o por idéntica falta de razones, emplazarlos entre los reptiles?

La controversia se agudizó más aún cuando los hombres blancos tuvieron noticias, por primera vez, de que tales animales ¡*ponían huevos*! Ante tal circunstancia, sir John Jamison escribía, el 17 de marzo de 1817, que aquello venía a demostrarnos que la plaza de tales seres debería hallarse entre los reptiles o las aves, pero que, decididamente, no se podía ya seguir hablando de incluirles entre los mamíferos.

Y en el año 1824 hubo aún otro golpe de efecto: el sabio alemán Meckel, examinando uno de estos animales con el más exquisito cuidado, le había encontrado ¡al fin! las glándulas mamarias. Si nadie las vió antes ello fué debido a que dichas glándulas se reducen a un mínimo cuando el animal no está en período de reproducción.

—¡Imposible! —le respondieron Étienne Geoffroy-Saint-Hilaire y su hijo Isidore, apoyados además por Blumenbach—. Si los monotremas ponen huevos —como efectivamente los ponen— ¡no pueden tener glándulas mamarias! ¡Pues estaría bueno! Las formaciones glandulares que usted toma por mamarias, estimado colega, ¡no son sino glándulas almizcleras!

—No, señores, no —les respondió Meckel—. ¡Son auténticas glándulas mamarias, lo repito una y mil veces! Los monotremas son auténticos mamíferos, por lo cual serán ciertamente vivíparos. La leyenda que dice que ponen huevos ¡tiene que ser una fantasía!

Y otros sabios, tales como Cuvier, Oken y de Blainville, se hicieron eco de esta opinión.

Otros, como Richard Owen y Everard Home, optaron con mucha pru-

dencia por una solución más «de paños calientes». Era posible tal vez que los monotremas tuvieran glándulas mamarias y era posible también que no las tuvieran. Y como tales animales parecían tener a la vez rasgos de mamíferos (vivíparos) y de reptiles (corrientemente ovíparos), estos seres deberían ser, pues, «ovo-vivíparos». En otras palabras, que las hembras formarían huevos, pero éstos, rompiéndose en el momento oportuno, dentro del cuerpo, permitirían así que los pequeñuelos saliesen ya vivos al mundo.

En 1829 el clan de los Saint-Hilaire triunfó: ¡un tal señor Robert B.

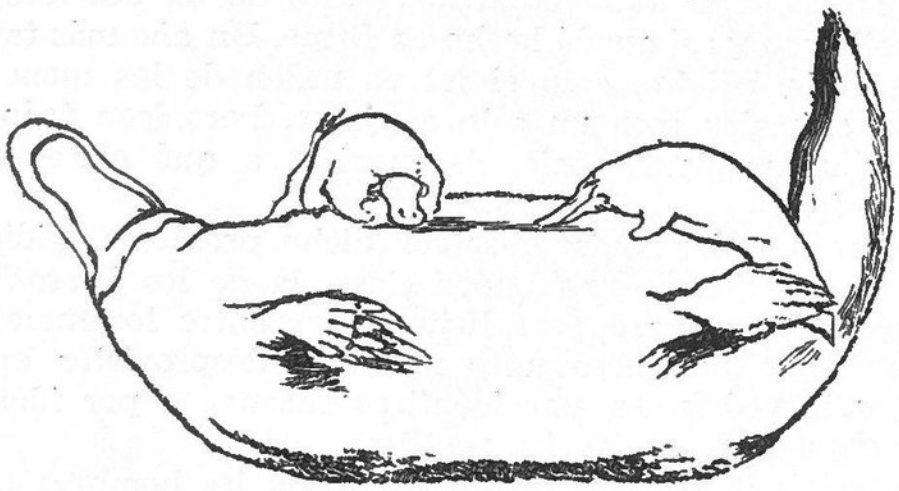


Fig. 53. — *Ornitorrinco dando de mamar a sus pequeñuelos (según Rode, 1946)*

Grant había descubierto en Australia cuatro huevos de ornitorrinco! Hizo, además, un cuidadosísimo dibujo de éstos y lo remitió a Europa.

El triunfo de los Saint-Hilaire fué de corta duración y acabó convirtiéndose en desastre cuando unos expertos, de capacidad indudable, diagnosticaron que tales huevos correspondían a la *Chelodina longicollis* o tortuga de cuello largo de Australia.

En 1832 la victoria del clan Meckel, Cuvier y compañía pareció completa, cuando un naturalista australiano, el teniente Maule, dejó establecido, sin lugar a dudas, que las glándulas ventrales del ornitorrinco producían efectivamente leche.

¡Bueno! había, en realidad, una pequeña sombra, un pequeño hecho sospechoso. Y es que el teniente Maule había encontrado igualmente algunos cascarones de huevo en la madriguera del ornitorrinco. Pero estos huevos podían ser —¡*tenían que ser*!— de algún otro animal distinto...

Unos treinta años más tarde, el 21 de septiembre de 1864, el doctor Nicholson, hizo llegar al Dr. Owen una carta, procedente de Wood's Point (provincia de Victoria) y en la que se relataba cómo un ornitorrinco —capturado por un obrero e instalado provisionalmente en un cajón de botellas de ginebra— había puesto dos huevos durante la primera noche de su cautividad.

Pero no pensemos por eso que tal revelación circunstanciada iba a abrir los ojos del célebre zoólogo británico. Había éste decretado, de una vez por todas, que los monotremas eran ovovivíparos. Así, pues, salió del paso diciendo que la postura de huevos relatada por el doctor Nicholson, no era sino el resultado de un «aborto motivado por el miedo».

Y fué preciso esperar otros veinte años para que la cuestión quedase definitivamente resuelta. Con esto, hacía ya casi un siglo que los sabios andaban preocupados con la forma de reproducción de los monotremas. Y, de improviso, *y en un mismo día del año* 1884, dos naturalistas anunciaron simultáneamente que habían logrado establecer la prueba del oviparismo —el uno del ornitorrinco y el otro del equidna—. Eran los naturalistas Dr. W. H. Caldwell, australiano, y el profesor alemán Wilhelm Haacke.

Así, pues, todo el mundo se había equivocado. Tanto los sabios del clan Saint-Hilaire como los del grupo Meckel y Cuvier y hasta, incluso, los que buscaron el camino intermedio al estilo Owen. El ornitorrinco y el equidna que no podían tener mamas puesto que ponían huevos, y que no podían poner huevos puesto que tenían mamas, *¡tenían mamas y ponían huevos, todo a la vez!*

De donde sacamos la curiosa conclusión siguiente: *Los seres imposibles son posibles y, además, incluso existen* (1).

¿Y cuántos otros animales no habrán sido igualmente repudiados por la Ciencia bajo el eterno pretexto de que eran «imposibles»?

Dentro de esta «imposibilidad» hay unos casos, como los monotremas, en que la negativa se funda en sus rasgos anatómicos *contradictorios;* en otros, porque se les juzga anacrónicos en nuestro mundo actual; y, para acabar, porque otras veces no se han logrado hallar, o poseer, ni sus despojos ni tan sólo sus esqueletos... Los *bunyip* son unos de estos...

EL BUNYIP, *FANTASMA OMNIPRESENTE*

¿Qué es un *bunyip*?

He aquí una pregunta bien difícil de contestar.

En nuestros días este nombre ha llegado a ser, para los colonos australianos, un sinónimo de fantasmón o de «coco», con todo lo que tal fantasmón lleva aparejado de terrorífico, de mítico y hasta de un poco ridículo, si se quiere.

Mas a pesar de esto, a los ojos de algunos blancos este nombre de-

(1) Luego se demostró también que los monotremas son mucho más complicados de lo que se pensaba ya en un principio. Son los únicos mamíferos en el mundo que poseen no sólo glándulas venenosas, sino también un aparato de inoculación en forma de espolón, y que está reservado exclusivamente al macho. Además, su temperatura corporal es muy inferior a la de los restantes mamíferos, ya que nunca sobrepasa de los 28º.

signa a un auténtico animal de carne y hueso cuyo aspecto y costumbres son perfectamente conocidos, para ellos al menos.

Este nombre, a mi juicio, es un nombre derivado, heredado si se quiere. Al principio, la palabra *bunyip* encuadraba —para los indígenas— a todos aquellos seres sobrenaturales o extraños que merodeaban por sus zonas. Nosotros diríamos sin duda «demonios» o «fantasmas» o «trasgos». Pero la religión y las costumbres de los indígenas australianos son tan diferentes de las de nuestros países que no podemos pedirles que obren de acuerdo con nuestras mentalidades. Yo me pregunto si la palabra *bunyip* no será una deformación de *bunjil* (o *pundjel*), vocablo éste con el que los aborígenes de Victoria designan al «ser supremo» llamado también *Mamingorak*, que equivale a «nuestro padre».

Podemos, pues, suponer que cuando los primeros colonos se hallaron ante el hecho de determinados estragos causados por animales o seres no identificados, preguntarían a los nativos, a buen seguro, quién podía ser responsable de tales destrozos. Y éstos responderían acordes que todo aquello era obra de un *bunyip* o que un *bunyip* se había cruzado en su camino. Y esto tendría por origen el que, para tan sencillas gentes, todo lo que era inexplicable o extraño había sido hecho por un *bunyip*, con lo cual se evitaban así calentarse los cascos. Esta actitud es bien corriente, como todo el mundo sabe, entre las gentes más ingenuas y menos formadas.

Mas, en todo caso, lo que está fuera de dudas es que un enorme número de fenómenos misteriosos o de hechos insólitos han sido siempre cargados en la cuenta de los fabulosos *bunyips*. Si un cazador se encuentra ante un ser raro y desconocido ¡ha visto un *bunyip*! ¿Huellas extrañas en el suelo? Un *bunyip* las ha marcado. ¿Se ha ahogado un niño? ¿Quién sino un *bunyip* podrá ser el culpable? *Bunyip* por aquí *y bunyip* por allá, y todo queda resuelto. Algo así, pues, como un ungüento amarillo capaz de resolver todos los misterios y también, de cargar con todas las culpas.

Pero lo más extraño del asunto es que, si pasamos revista a las principales manifestaciones atribuídas a este demonio omnipresente, veremos ya como, poco a poco, se nos va dibujando la imagen de un animal desconocido pero de aspecto coherente e incluso de aire ya prosaico. Y si no, juzguen ustedes mismos.

El primer y misterioso informe que G. Whitley —del Australian Museum— había clasificado dentro del expediente del *bunyip* que él mismo abriera, emanaba de un explorador francés que formó parte de la expedición del «Géographe». En junio de 1801, el mineralogista Charles Bailly y sus compañeros de la expedición de Nicolas Baudin se internaron en el corazón de las tierras, tras de haber bautizado la bahía de la costa occidental con el nombre del barco que hasta allá les condujera. Y de repente, les hallamos paralizados por el terror, bajo los efectos de un rugido terrible, mucho más impresionante que el feroz mugido de un

toro bravo, y que parecía proceder de la orilla del río de los Cisnes. Nuestros hombres, aterrorizados, no quisieron saber más y pusieron tierra de por medio a toda la velocidad posible. Pero, no obstante, nadie hubiera podido convencerles de que no había algún animal desconocido en las aguas de aquellos contornos.

Una confirmación de la existencia de tal monstruo nos la daría luego el explorador Hamilton Hume; pero, detalle curioso, el encuentro que éste nos relata tuvo lugar en una región diametralmente opuesta. Fué, efectivamente, en el lago Bathurst donde él pretende haber visto un animal que, según su descripción, era una especie de manatí o de hipopótamo.

Cinco sabios de la Sociedad Filosófica de Australia prometieron reembolsar el importe de todos sus gastos al explorador si éste conseguía hacerse con el cráneo, la piel o el esqueleto de dicho desconocido animal. Mas aun a pesar de tan tentadora propuesta, Hume no logró encontrar de nuevo al extraño bicho.

Con todo, él no había inventado tal historia, ya que numerosos rumores iban a llegarnos bien pronto desde diversos puntos de Australia, sobre todo de su parte sudoeste.

Así, y hablando del lago George, el teniente W. H. Breton contaba a su vez: «Se dice que algunos han visto, en sus aguas, una especie de foca o de demonio, como la llaman los aborígenes.».

A mitades del siglo XIX, la leyenda del *bunyip* había tomado ya carta de naturaleza. Hasta tal punto que el Gobernador Latrobe mismo llegó a interesarse vivamente por la incógnita que encerraba. En 1847, pudo hacerse con copias de los dibujos en los que los indígenas representaban dos especies de *bunyips* de la provincia de Victoria. Los envió seguidamente a Tasmania, pero parece que, ¡desgraciadamente!, se perdieron por el camino.

Todo el mundo pasó entonces a interesarse por tan enigmática criatura: como consecuencia, cuanto pasaba de raro o de extraño en Australia recaía, automáticamente, en el haber del *bunyip* que, a buen seguro, nada tenía que ver con tan dispares y numerosos sucesos.

En el año 1846 fueron encontrados —en las orillas del Murrumbidgee, afluente del Murray, que separa el territorio de Victoria del de Nueva Gales del Sur— unos fragmentos de cráneo que fueron inmediatamente enviados al naturalista W. S. Macleay, comunicándole que se le remitía un fragmento del cráneo del «auténtico» *bunyip*. Tras un profundo examen, Macleay dedujo que era el cráneo de un potro, si bien muy deformado. Mas cuando el profesor Richard Owen —auténtica autoridad en materia de anatomía comparada— tuvo ocasión en Londres de contemplar un dibujo de la pieza en cuestión, dictaminó, al primer vistazo, que se trataba del cráneo de un ternero.

Uno de los dos «expertos» tenía, pues, que equivocarse forzosamente; lo que demuestra, palpablemente, que el reconocimiento de aquella

pieza anatómica no debía ser una cuestión tan pueril ni tan sencilla como cada uno de ellos afirmaba por su parte. Luego —y sin querer arriesgar juicio alguno sobre tal problema— igualmente podemos decir que, tal vez, eran ambos los equivocados.

Mas en esto ya no habrá manera de llegar a ningún resultado positivo puesto que la pieza de discusión desapareció misteriosamente del propio Australian Museum; y esta huída. esta escapatoria, nada tiene de rara si pensamos que su «antiguo propietario» podía haber sido ¡nada menos que un fantasmagórico *bunyip*!

LA RESEÑA DEL BUNYIP *VA PRECISÁNDOSE*

El incidente relatado no impidió que los restantes *bunyip* siguiesen haciendo de las suyas y apareciendo regularmente por el sur y por el oeste del continente.

En 1848 surgió uno junto a la costa de Eumeralia, cerca de Port-Fairy, en los territorios de Victoria. Era, al decir de los testigos, un gran animal pardo cuya cabeza hacía recordar la del canguro. Tenía un largo cuello adornado con una hirsuta crin y su boca, para hacer juego, era no menos enorme. Interrogados al respecto, los indígenas acabaron declarando que el *bunyip* en cuestión tenía la extraña facultad de arrastrar hacia sí a sus víctimas, a través de las aguas.

¿Fué de un animal similar a éste de quien tanto se habló, en 1872, en las regiones del lago Burrumbeet, cerca de Ballarat? El monstruo de turno —sigue diciendo la *vox populi*— se aproximó un buen día a un pequeño navío que cruzaba tales aguas; sus ocupantes, auténticamente espantados ante la extraña visión, recularon todos a la vez hacia la borda opuesta, con lo cual el pobre barquito zozobró, como era lógico. Describían luego a tal animal como un enorme *retriever* (perro de aguas) dotado de una cabeza redonda y prácticamente desprovista de orejas.

El *wee-waa* fué visto también en varias ocasiones y en igual época; luego, un año más tarde, en una laguna próxima a Narrandera. Y al igual que el anterior, fué descrito también como un *retriever*; pero esta vez no tenía sino la mitad del tamaño de uno de tales perros y su cuerpo estaba cubierto de largos y relucientes pelos, negros como el azabache. Yo me permito opinar que, entonces, y si todo era tal como lo cuentan, la aparición no debía tener mucho de aterrorizadora sino más bien de simpática.

En 1873, otra vez, cerca de Dalby —en Queensland—, se pretendió haber visto surgir del agua a una criatura con cabeza de foca; poseía una aleta caudal doble, pero —detalle misterioso— disimétrica.

Y finalmente, en 1876, un animal velludo y de aspecto insólito se dejó ver en el Crystal Brook, en Australia del Sur. Su cabeza fué puesta a precio, mas nadie ganó el premio ofrecido.

Los rumores siguieron y siguieron sin cesar; las fábulas se multiplicaron y todos, ya, habían visto alguna vez a tan extraños seres. Era casi un descrédito no haber tenido algún encuentro con ellos.

Y de todas las descripciones se iba sacando alguna conclusión: la de que casi todos los testigos que describían al extraño bicho, se iban acercando, en sus explicaciones, a la foca o a la vaca marina.

Bueno será señalar también que algunas de tales narraciones no eran tan concisas y someras como las que más arriba se citan. Entre ellas, destacaban otras que eran verdaderas obras de arte de la inventiva.

Así, por ejemplo, el reverendo George Toplin describió al *moolgewanke* o *bunyip* del lago Alexandrina como un ser extraño, mitad hombre, mitad pescado; se adornaba con una cabellera parecida a una peluca. La voz de esta sirena macho no tenía nada de la suavidad de la de sus hermanas: hacía más bien pensar en el estampido lejano de un potente cañón. Sin duda para compensar tales «atractivos», su canto no entrañaba el grave peligro del de las sirenas; no os invitaba a acercaros a aquella especie de tritón para ser luego devorados por él; únicamente se le achacaba que —cosa curiosa— producía reumatismos...

Más pintoresca todavía es la descripción del *tunatpan* del sector de Port-Phillip, que se parece bastante a la del *bunyip* de Eumeralia.

Textualmente era como sigue:

«Era tan grande como un novillo, con la cabeza y el cuello de un emú, y la crin y la cola del caballo. Tenía también unas aletas natatorias iguales que las de las focas. Ponía huevos de tortuga en una madriguera de ornitorrinco y se comía a los negros cuando estaba ya harto de su régimen de cangrejos.»

¿Y qué pensar de la inquietante criatura observada por unos caballeros cuando vadeaban el río Molonglo, en 1888? Era, al decir de ellos, «de color blanquecino y, más o menos, del tamaño de un perro grande. Su cara se parecía a la de un niño».

Deducimos, sin embargo, que el pretendido aspecto de querubín no debió ser suficiente para inspirar confianza a tales caballeros, ya que éstos, sin más ni más, hicieron huir al engendro por el rústico procedimiento de perseguirle a pedradas.

Y con el *bunyip* de las marismas de Tuckerbil, en las inmediaciones de Leeton, que dió que hablar hasta el verano (austral) de 1929-30, entramos ya decididamente en el terreno de lo maravilloso. Se le describía como un animal provisto de una cabeza en cada una de las extremidades de su cuerpo, lo cual le permitía nadar tanto en un sentido como en el otro, sin tener para ello que «virar en redondo». Luego el hecho de que tan maravillosa criatura, con la que ni siquiera soñaron los exaltados poetas griegos ni los fabulistas árabes, escapase de sus perseguidores, vemos que no tiene demasiado de particular. Lo que sí es extraño que se hallasen algunos aguerridos cazadores que, aun sabiendo tan aterradoras características, tuviesen aún ánimos para intentar su captura. ¡Ah!,

todavía hay nemrods a quienes los laureles de Hércules y de Teseo logran quitar el sueño.

Algunos otros testimonios tenían, por contra, un auténtico acento de veracidad, presentando además indudables garantías de autenticidad, puesto que, como resultado de ellos, un equipo de técnicos del Zoo de Melburne, no dudó, en 1890, en emprender toda una serie de batidas sistemáticas a la búsqueda de los referidos *bunyip*, señalados entonces en la región de Euroa, en la provincia de Victoria.

Es igualmente significativo el hecho de que estos fantasmas acuáticos hayan sido divisados igualmente en los lagos de Tasmania, fuera ya del continente australiano propiamente dicho.

En el otoño del año 1852, uno de esos «grandes demonios» fué observado en el lago Tiberias. Medía entre 1,20 y 1,35 metros y tenía cabeza de bulldog; estaba cubierto de una pelambrera negra e hirsuta. Cuando fué descubierto se hallaba en aguas poco profundas, por lo cual pudieron verle sus torcidas patas, pero el ser en cuestión al notar la observación de que era objeto, se dirigió rápidamente hacia el centro del lago, buscando así el amparo de las mayores profundidades.

Y unos animales similares son, sin duda, los que se vieron también en el Great Lake. Se les ha atribuído siempre una longitud variable entre 0,90 y 1,20 metros, y una cabeza redondeada, parecida, por tanto, a la del referido bulldog. A menudo hacen saltar el agua hasta alturas de 2 ó 2,50 metros, punto éste sobre el cual concuerdan muchos testimonios. En 1863, otro testigo pudo contemplar a sus anchas a uno de estos extraños animales; según él, era una especie de pequeño perro pastor, provisto de aletas o alerones; se desplazaba por el agua a una velocidad no inferior a 50 kilómetros por hora.

La construcción de los embalses de Waddamana y los grandes cambios que originaron en todo el Great Lake las realizaciones hidroeléctricas consiguientes, no parecieron afectar mayormente a los famosos demonios acuáticos. En 1932 toda una serie de apariciones de los temidos *bunyips* originó allí el revuelo que fácilmente podemos suponer.

¿SE TRATARÁ, QUIZÁS, DE UNA FOCA VULGAR O DE UN MARSUPIAL ACUÁTICO?

«Dejemos aparte los relatos de las mentes calenturientas —concluye diciendo G. Whitley, tras haber pasado una minuciosa revista a los más consistentes rumores— no puede uno por menos de notar la uniformidad relativa de las descripciones de los *bunyips* que han llegado hasta nosotros en el curso de un período verdaderamente largo.»

De manera general, en efecto, el famoso demonio de las aguas ha sido representado, o descrito, como un animal grande y forrado de pelo, con el tamaño y la cabeza de un perro, pero con las orejas muy redu-

cidas, digamos sin pabellón. Se desplaza mediante aletas natatorias y habita en los ríos, marismas y lagos interiores.

Es pues imposible dejar de pensar, ante tales datos, en una foca o en una otaria.

Ciertamente que algunas clases de pinnípedos se hallan en las costas de Australia y de Tasmania: otarias *(rctocephalus y Zaluphus)*, focas *(Hydrurfga, Lobodor y Leptougchotes)*, el enorme elefante de mar *(mirounga)*. Pero ¿acaso tales animales marinos pueden aventurarse tierra adentro?

A priori, sí. Existe incluso una especie de foca a quien nunca la hallaremos en la mar; es la calecéfala que mora en los grandes lagos y mares interiores del Asia, el Caspio, el mar de Aral y los lagos Baikal y Oron.

Por otra parte, está comprobado que las focas y las otarias penetran, de vez en cuando —en Australia—, en la cuenca del Murray y de su afluente el Darling. El Dr. Charles Fenner cita el caso de una foca cazada en Conargo, cerca de Nueva Gales del Sur, ¡a 1.450 kilómetros de la desembocadura del río! Una otaria con crines fué capturada también en la confluencia de los ríos Kongaroo y Shoalhaven. Y en este último se logró matar incluso, en 1870, una foca leopardo; cuando se la descuartizó se halló un ornitorrinco adulto en su estómago, hecho éste que hizo exclamar a G. Whitley: «¡A buen seguro hemos hallado un *bunyip* dentro de otro *bunyip*!»

Parece quedar así demostrado que los pinnípedos pueden recorrer grandes distancias por el agua dulce y hasta que, incluso, pueden luego proseguir su camino por tierra firme, dando de tal suerte una especie de cortos paseos. Y es sintomático, a este respecto, que la mayor parte de los informes relativos a los «demonios acuáticos» provienen del sudoeste de Australia, es decir, de la parte en que se hallan las cuencas de los dos únicos ríos importantes del continente.

El espectáculo de focas o de otarias en el interior de las tierras debería ser, a buen seguro, tan poco corriente y tan raro por ende, que no hay que extrañarse si los australianos, ante tales hechos, comenzaron a calificar a los referidos animales con el consabido remoquete de *bunyips*.

También será interesante recordar aquí que, en una ocasión y cuando se estaba realizando una sistemática encuesta encaminada a esclarecer los rumores que, por entonces, corrían entre los aborígenes sobre la presencia de algunos preclaros *bunyips*, se obtuvo el poco misterioso resultado de que los seres en cuestión no eran sino bueyes asiáticos del género *Bibos* importados muy anteriormente por los colonos europeos y que luego, por diversas causas, volvieron a recobrar su libertad y su estado salvaje. La aparición de estos grandes animales —con sus largos cuernos— debió impresionar a los pobres negros que les desconocían hasta aquellos precisos momentos. Eran unos bichos que no se parecían en nada a ninguno de los componentes de la fauna local, de donde se de-

ducen ya dos hechos: que los aborígenes debieron quedar aterrorizados al conocer su existencia y, segundo, que los pacíficos animales ganaron —más o menos merecidamente— su inmediato calificativo de *bunyips*, como es claro.

Mas si bien los mugidos de estos animales podrían valer para explicarnos algunas de las raras «voces» de los *bunyips*, no serán válidos, desde luego, para aclarar los oídos por Bailly y los suyos, por la sola razón de que tales animales no habían sido aún importados en aquel entonces. Según G. Whitley, tales gritos espantosos y amedrantadores debían provenir de las focas o elefantes marinos. Incluso si éstos se hallaban bastante alejados, el rumor de sus chillidos pudo ser suficiente para producir un terror extraordinario al ser escuchados en las grandes soledades desérticas de la parte oeste. «En algunos parajes de la Australia occidental —nos cuenta a este respecto el propio Whitley— he llegado yo a conocer un silencio tan total, tan absoluto, que era francamente angustiante; el ruido de mis solitarios pasos resultaba, por contraste, tan fuerte como el rugido de algún animal salvaje.»

Los terroríficos gritos atribuídos a los *bunyips* en el sudoeste del continente deben proceder, más probablemente aún, de algún otro animal más menudo y, a la vez, más ruidoso; muy probablemente de un pájaro, y quizá, más concretamente, de un alcaraván *(Botaurus poiciloptilus)*. Justamente, este pájaro debe su nombre científico a su peculiar sonido; por idéntica causa se le dió en aquellas tierras el sobrenombre de «Murray bull» o sea de «toro del Murray».

Tras todo esto ¿podemos asegurar ya que la leyenda del clásico *bunyip* acuático tenga como base cierta la inmigración accidental de focas o de otarias por el interior del país? Con seguridad absoluta, no. Muchos otros testimonios proceden de lugares donde los pinnípedos no hubieran podido llegar en modo alguno. Y por tal razón es por la que muchos sabios australianos han emitido hipótesis más audaces aún, tratando de explicar, de una vez por todas, la leyenda.

«Se pensó —escribe G. Whitley— que el *bunyip* era un marsupial ya extinguido, algo parecido a la nutria en su aspecto; estos rumores fueron transmitidos por las leyendas indígenas y tergiversados luego por una confusión con los cocodrilos en el norte, y con las focas en el sur.»

Y, ¿por qué un «marsupial ya extinguido»? Los testimonios que siguen llegando sin cesar, desde hace siglo y medio ya, hacen alusión a un animal lleno de vida y no a un esqueleto deambulante. Sabemos también que, entre los marsupiales, se encuentran tipos equivalentes a la mayor parte de los que integran los mamíferos placentarios; hay tipos corredores, de llanura y de bosque, tipos saltadores, trepadores, arborícolas, planeadores y «zapadores». «Faltan, sin embargo —ha hecho notar Jean Piveteau— algunos tipos de adaptación; por ejemplo, el tipo quiróptero y el tipo francamente acuático.»

¿No podrá ser así el *bunyip* el auténtico representante de este tipo que nos falta?

En todo caso, la costumbre que tienen algunos zoólogos de querer atribuir a «especies ya desaparecidas» cuantas leyendas o rumores circulan sobre animales o seres no conocidos, nos parece, simplemente, una idea fija y preconcebida, no muy de acuerdo con la curiosidad y el espíritu científico.

El Dr. Anderson, director del *Australian Museum*, escribía por su parte: «Se podría decir que muchas de las leyendas que corren hacen referencia a la pasada existencia del *diprotodon* que, según parece, vivía en los ríos, las marismas y en los lagos interiores.»

Pero eso, como diría Rudyard Kipling, es ya otra historia.

UNOS CONEJOS GRANDES COMO RINOCERONTES

¿Quién no conoce *Harvey*, la deliciosa obrita de Mary Chase, en la que el héroe tiene, como mejor amigo, un conejo fantasma de tres metros de alto y al que él tan sólo puede ver? Podemos suponer, pues, que si la espiritual autora norteamericana escogió a tal monstruo para hacerle símbolo del poder de los sueños, es porque ella juzgaba que un bicho tal era lo más absurdo que podía darse. Pues a pesar de ello, hay

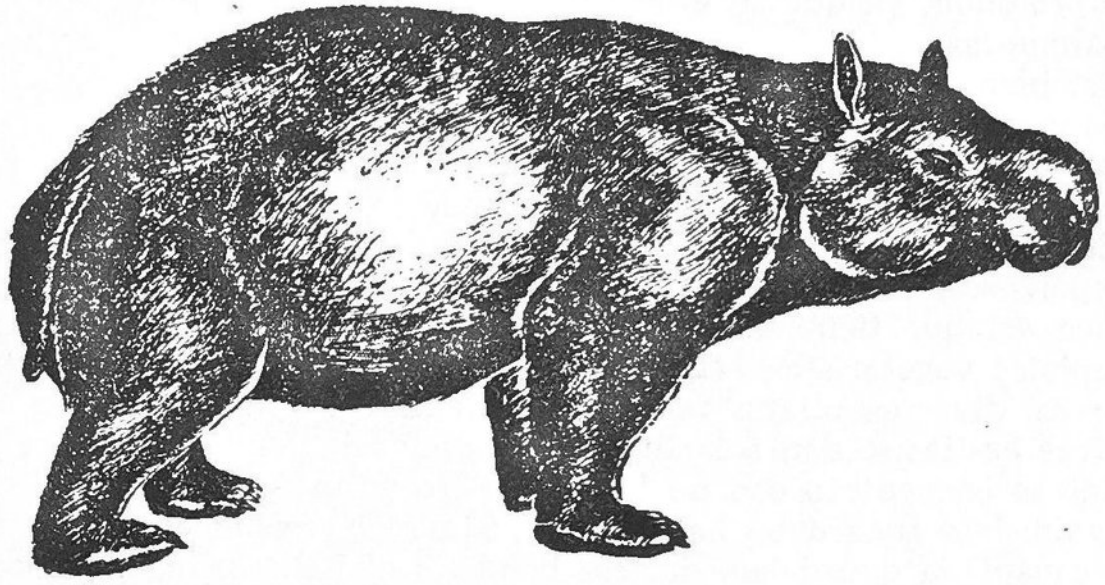


Fig. 54. — *Reconstrucción del* Diprotodon

gentes en Australia que pretenden haber visto —con sus propios ojos— unos *Harveys* parecidos.

Y estas gentes eran unos buscadores de oro que se aventuraron por entre los inmensos desiertos de arena de la meseta occidental o por los desiertos espinosos de la depresión central. En conjunto, la superficie de tan extensas y áridas regiones está casi totalmente inexplorada, aun cuando su extensión total sea varias veces superior a la de Francia.

El hecho es que tales buscadores de pepitas de oro, atacados siempre por las fiebres y por las duras condiciones de su trabajo y de las zonas a recorrer, han vuelto repetidas veces de sus incursiones trayéndonos el relato de unos gigantescos conejos que medían, holgadamente, sus buenos tres metros de largo.

Claro está que nunca faltó algún alma caritativa que insinuase que los buscadores de oro no sólo tenían que combatir contra el clima, la soledad y las fiebres, sino también contra cierta mala costumbre de echar un traguito de vez en cuando. Y así, unos hombres que pretendían haber visto elefantes de color rosa, ¿por qué no iban a poder ver también conejos de tres metros?

Pero la insistencia con que tales rumores seguían llegando hasta el mundo civilizado acabó por intrigar a ciertos hombres de ciencia, entre los cuales se hallaba el gran naturalista australiano Ambrose Pratt. Éste llegó a preguntarse, bien seriamente, si los conejos de Brobdingnag no podrían ser otros tantos *Diprotodon* rezagados, marsupiales titanes, grandes como rinocerontes, y que recorrían en la antigüedad la planicie de Nullarbor antes de que una extremada sequía convirtiese en desierto la mayor parte del continente. Los cráneos de tales gigantes del imperio marsupial que se han hallado posteriormente, llegaban a medir hasta un metro de largo. Incluso conocemos el aspecto exterior del *Diprotodon*, ya que se descubrió un ejemplar que estaba conservado «en salmuera» en el lago salado de Callabona.

Y si bien es cierto que el macizo cuerpo de este animal no nos trae a las mientes, para nada, el de un conejo, no ocurre otro tanto con su cabeza. Como entre los canguros, ésta recuerda grandemente el hocico de los lepóridos. Lo que más choca, cuando se mira su cara, son los dos grandes incisivos de su mandíbula superior, cubiertos por un típico labio leporino. De ahí proviene también su nombre de *Diprotodon*, que significa «el que tiene dos dientes delante», carácter típico de muchos marsupiales vegetarianos. (1)

De los diversos relatos recibidos se deduce que estas enormes e inofensivas bestias se dan a la fuga, a una velocidad endiablada, tan pronto como se encuentran con un hombre. Pero yo me permito suponer que tan rapidísima fuga debe hallar una justa reciprocidad en la no menos veloz espantada que deben dar los hombres al hallarse, en aquellas desérticas regiones, frente a tan extraños seres.

Pero, dejando de lado el que puedan tener o no aspecto de conejos, la cuestión sigue siendo ésta: ¿Pueden haberse perpetuado hasta nuestros días los antiguos *Diprotodon*?

(1) El orden de los marsupiales se subdivide en dos sub-órdenes que se distinguen, entre otras cosas, por el número de sus incisivos; por su parte, los «Poliprotodontes» que tienen de 3 a 5 pares en el maxilar superior y 3 ó 4 pares en el inferior; por otra, los «Diprotodontes», que no tienen más que un par, raramente 3, en el maxilar superior y siempre un solo par en el maxilar inferior. Los primeros son insectívoros, carnívoros u omnívoros y, fuera de Australia, tan sólo se encuentran unos pocos ejemplares en América; los segundos son frugívoros o herbívoros (excepcionalmente insectívoros u omnívoros) y están completamente confinados en la región australiana.

LOS ÚLTIMOS DIPROTODONTES

La desaparición de los *Diprotodontes* se atribuye, precisamente, a los desórdenes climatológicos que cambiaron, en forma tan radical, el aspecto total de Australia. Al parecer, las costumbres de estos grandes y plácidos herbívoros eran extraordinariamente parecidas a las del tapir: sin duda, debían ellos elegir, para su vivienda, los medios semiacuáticos, entre la lujuriosa vegetación que cubría por entero el continente en los períodos finales de la última época glaciar, o sea, entre hace 12 y 30 milenios. La sequía progresiva que, desde aquel remotísimo entonces, ha ido secando y asolando el país como una auténtica lepra, ha debido también acabar con ellos.

Es muy probable que los *Diprotodontes* tratarían de subsistir, de defenderse, recluyéndose en los contados oasis. Y cuando uno de estos acabase por secarse, toda una auténtica horda de colosos partiría errante, a la búsqueda de otro nuevo donde poder continuar su amenazada existencia. De entre todos ellos, unos morirían por el camino y otros, tal vez, lograsen alcanzar el éxito; pero es altamente probable el que, en tales éxodos, se produjesen auténticas muertes en masa por los efectos agotadores del sol y de la sed y que así muchos desiertos se viesen poblados de huesos calcinándose al sol.

En junio del año 1953, el profesor Ruben A. Stirton —de la Universidad de California— volvió a Adelaida con una nueva sensacional. En el nordeste árido de la Australia meridional, había él descubierto un auténtico cementerio de *Diprotodontes* que contenía nada menos que de 500 a 1.000 esqueletos magníficamente conservados.

Según las mayores posibilidades, todo un vasto rebaño de tales animales —agobiados por la sed y por el calor— se había aventurado en búsqueda del líquido elemento sobre la reseca costra que cubría un lago recién seco. La débil superficie cedió prontamente bajo el enorme peso de la tropa de colosos y éstos, así, quedaron aprisionados en la arcilla del lecho, donde irían muriendo poco a poco como en un auténtico suplicio. Y aquel mismo lecho pegajoso fué la tumba del rebaño y el que, además, se encargó de conservar sus esqueletos para la posteridad. Algunos de entre ellos tenían las patas recogidas bajo sus cuerpos, como si se hubieran tendido allí a esperar la muerte, tranquilos —al menos— entre aquella humedad que parecía resarcirlos — a primera vista— de la sed padecida.

Pero ¿hasta qué época justa podemos afirmar que ha subsistido el *Diprotodon*? Según las más prudentes estimaciones, éstos fueron todavía vistos e incluso cazados, por los primeros negros que poblaron aquellos territorios. Y esto debe ser así puesto que, en algunas tribus, se cuentan aún leyendas que se refieren a los seres en cuestión. El profesor John

Walter Gregory estaba firmemente convencido de que el fabuloso «kadi-kamara» de los aborígenes de la Australia Central, se basó en el conocimiento cierto del *Diprotodon* en carne y hueso y además «vivito y coleando».

Van Gennep considera que el origen de una tradición oral no puede remontarse a una época excesivamente alejada en el tiempo: dos o tres siglos todo lo más. Así, pues, los pareceres más audaces —según los cuales el *Diprotodon* viviría aún en aquellas zonas hace tan sólo dos o tres milenios—, resultan todavía pobres.

Con lo cual nadie podrá criticarnos si escuchamos, con oído expectante, los relatos de los buscadores de oro sobre sus famosos «conejos gigantes».

Yo creo sinceramente que es lícito pensar que la seguía, que ciertamente debió producir estragos importantísimos entre las filas del ejército *Diprotodon*, no tuvo, necesariamente, que exterminarlo hasta sus límites extremos. Si no, todos los herbívoros del continente —y, por consecuencia, todos los carnívoros, puestos que estos segundos se alimentan de los primeros— hubieran debido desaparecer también por idénticas razones. Australia no está tampoco desprovista total y absolutamente de agua, si bien no haya toda la que fuera de desear: encontramos, por aquí y por allá, algunos lagos, lagunas, marismas y arroyos, donde los *Diprotodontes* podrían abrevar de vez en cuando mitigando así su sed. Y lo que decimos de tal especie sigue siendo válido para las restantes. El *Diprotodon* pertenece al mismo tipo que el tapir, pero a la vez también al del rinoceronte. Y este último se contenta con un clima extremadamente seco, con una sabana enrojecida por el sol, pongo por ejemplo, que viene a ser más o menos el caso preciso del «bush» australiano.

Luego vemos que la cosa no va pareciendo ya tan absurda. ¿Verdad?

Mas, sin embargo, existe un hecho que hizo flaquear el ánimo de determinados zoólogos encarados con el problema de la identificación de los «conejos gigantes» con los referidos *Diprotodon*. Es así que en todos los relatos de los buscadores de oro se habla de la extraordinaria velocidad con que tales «conejos» se dan a la fuga, hasta el punto que los más ingenuos de entre tales buscadores llegaron a creer que los animales aquellos, una vez que comenzaban su huída se volatilizaban materialmente, se transformaban en polvo. Y quizá a tal velocidad, y no sólo a su aspecto, deban éstos su remoquete de «conejos». Y esto nos hace preguntarnos si el diagnóstico de Ambrose Pratt será correcto. ¿No parece difícil que un animal tan macizo y pesado como el *diprotodon* pueda correr como un relámpago? ¿No se tratará mejor de una forma gigantesca de canguro, capaz por tanto de desaparecer de nuestra vista de un solo y formidable salto? No olvidemos —antes de emitir opiniones— que los grandes canguros como el canguro rojo *(Macropus rufus)*, o el canguro gris *(Macropus giganteus)*, que vienen a tener la talla de un hombre, pueden franquear de un solo salto ¡distancias hasta de diez me-

tros! Otros ciertos informes nos han hablado también, en forma explícita, de «canguros dle una altura de cuatro metros».

El descubrimiento de los restos fósiles de tales gigantes, ha quedado entendido, acrecentando estos rumores y estableciendo su existencia. Toda vez que no ha sido excluído que los informes en cuestión, están fundados en el hallazgo de los animales más pesados, como los *Diprotodon*, no menos recientes.

Los cazadores australianos que persiguen a los búfalos asiáticos vueltos de nuevo a su estado salvaje, nos cuentan —según Iván T. Sanderson— que «esos enormes animales pueden, literalmente, escamotearse ante nuestros propios ojos, aunque ello ocurra en una región más llana que la palma de la mano». Una nube de polvo que se levanta y ¡hop!, ¡ya no hay búfalo! Las malezas protectoras, sin duda, se lo han tragado. Pues bien, lo que es cierto y real para esos búfalos puede y debe serlo también para el *Diprotodon*, de un tamaño absolutamente comparable.

Sea así o no, sea *Diprotodon* o no, es poco problemático que un animal de tamaño insólito viva aún en los desiertos de la Australia Central y que continúe todavía sin haber sido debidamente clasificado sin el menor equívoco. Pero incluso los naturalistas más audaces lo piensan mucho antes de aventurarse por tan hostiles regiones. Quizá ocurra esto porque se sigue aún pensando en el doctor Ludwig Leichhardt y en su trágico destino.

Este naturalista llegó a Australia en 1841: comenzó en seguida, con infatigable entusiasmo, sus correrías por el continente. Atravesó así desde Newcastle a Fraser Island con un total de unos 4.000 kilómetros. Pero esto no pareció bastarle y prosiguió así sus correrías con muchos otros viajes de exploración. Sus andanzas le habían llevado, poco a poco, a la convicción de que el *Diprotodon* no había desaparecido aún. Por consiguiente, organizó, en el año 1847, una expedición con el secreto propósito de capturar vivo uno de estos ejemplares.

Lleno de entusiasmo y de esperanzas, penetró en el mismísimo corazón árido del continente. Se supo luego que había llegado a Dogun, el día 3 de abril de 1848. A partir de tal momento, ni una sola noticia volvió a tenerse de él ni de sus compañeros. El silencio, denso y absoluto, cayó sobre la expedición. Nadie volvió a verlos, ni vivos ni muertos.

Y es que la pista de los animales desconocidos suele conducir, a veces, hasta los propios infiernos.

Capítulo IX

EL TIGRE MARSUPIAL DE QUEENSLAND

Australia es, verdaderamente, un mundo al revés. Mientras que se hallaban en él toda una serie de cosas que nadie buscaba, muchas personas se obstinaron, por contra, en encontrar otras que, desde luego, no existían.

Así como en las Américas se descubrió una fauna totalmente distinta de la del antiguo Mundo, era de lo más normal que en este Quinto Continente nos diésemos de cara con animales extraños, desconocidos e incluso extraordinarios. Y a tal respecto, el descubrimiento del imperio perdido de los marsupiales y del paradójico grupo de los monotremas sobrepasó las más optimistas esperanzas de los naturalistas.

Pero, cosa curiosa, los viajeros y los colonos se han empeñado siempre en buscar en tales parajes los animales habituales y archiconocidos, quizá para convencerse así ellos mismos del carácter «normal» de dichas tierras.

DEL HIPOPÓTAMO DE DAMPIER A LOS GORILAS DEL «BUSH»

Así, pues, cuando en agosto de 1699 el célebre filibustero inglés William Dampier descubrió en el oeste de Australia la bahía que él llamó del Tiburón, señaló al mismo tiempo la presencia en tal lugar de un hipopótamo que nunca había allí existido.

Pero el misterio queda aquí aclarado rápidamente: el hipopótamo en cuestión se hallaba dentro del estómago del tiburón de la bahía. Y ésta, efectivamente, fué bautizada de tal suerte ya que en ella cazó o pescó nuestro hombre un tiburón de once pies de largo.

«En su panza —nos cuenta Dampier— se encontraban la cabeza y los huesos de un *hippopotomus* (sic) cuyos belfos velludos se hallaban aún en buen

estado y no putrefactos. Su mandíbula estaba igualmente entera: retiramos de ella un buen número de dientes, dos de los cuales medían 8 pulgadas de largo y eran tan gruesos como un dedo de hombre, pequeños por un extremo y un poco recurvados; los otros no eran ni la mitad de largos.»

En realidad, debería tratarse de la cabeza de un sirenio, el dugongo, el manatí de los mares australes. La cabeza y la piel de ese gran herbívoro acuático —cuyo cuerpo acaba en cola de pez—, recuerdan vagamente, en efecto, al hipopótamo: y el macho posee dos incisivos superiores en forma de defensas biseladas que hacen pensar también en las del referido animal.

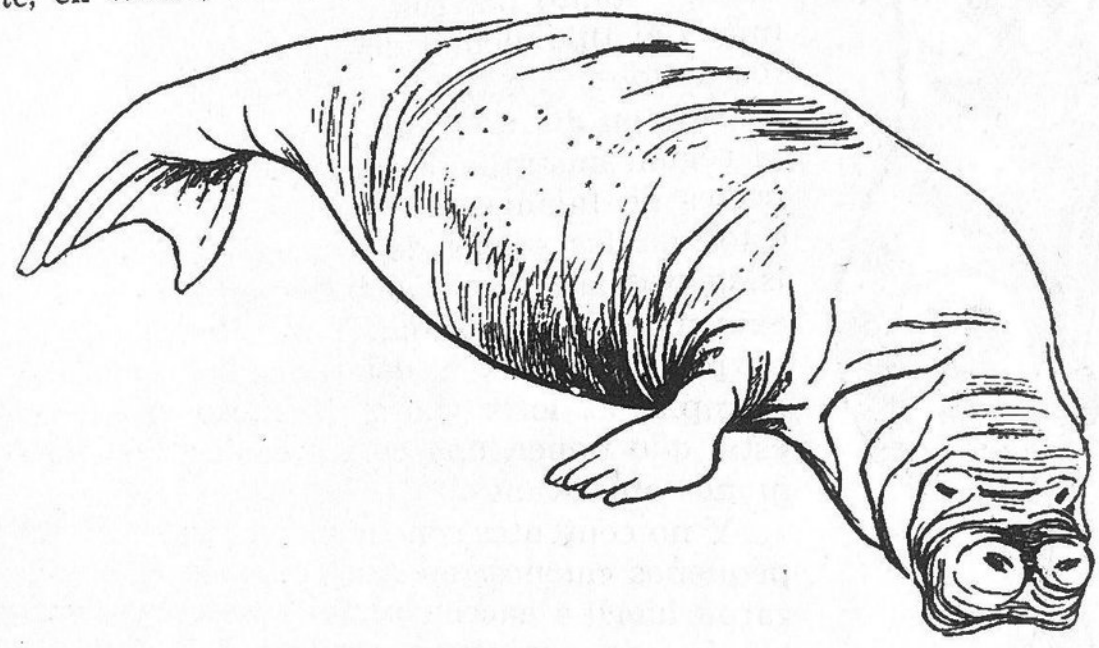


Fig. 55. — *Dugongo de Australia*

Fué, por tanto, un trabajo en vano el que muchos viajeros se tomaron luego, tratando de hallar, por tales parajes, un animal que desde luego ni existía ni existió. Hubiera sido bien raro, además, el que uno de tales hipopótamos auténticos se aventurase, nadando aguas adentro, hasta alta mar, para poder servir así de manjar al ya citado tiburón.

También es significativa la costumbre que tienen los colonos de buscar en aquellas lejanas tierras a todos los animales que componían la fauna a la que estaban acostumbrados: y al no hallarla, se toman el desquite concediendo a los desconocidos seres los nombres de otros animales corrientes —los que más se les parecen— con adición de los correspondientes nombres aborígenes o indígenas. Y así es como Australia se llenó de animales denominados ratas, ratones, conejos, topos, lobos, zorros, tejones y gatos; pero estos animales no tenían en común con los legítimos propietarios de tales nombres más que una remota semejanza en su aspecto físico.

Aclaremos que quienes bautizaban así, tan libremente, a la fauna local, eran los forzados, liberados de la primitiva colonia penitenciaria o

bien los campesinos incultos. Nadie podrá extrañarse, pues, de su falta de conocimientos técnicos ni de su sobra de imaginación. Mas, sin embargo —y sin quererlo— han conseguido poner a veces nombres auténticamente felices. Así, tales hombres llamaron «monkey» (monito) al «koala», que se presenta bajo la encantadora forma de osito de peluche al que un hada le hubiera soplado un hálito de vida. Y en rigor de verdad, el «koala» *(Phascolarctos cinereus)* responde mucho mejor —tanto por sus hábitos como por su anatomía— al tipo «lemúrido» o medio mono que al de los úrsidos.

Fig. 56. — «*Cuscus*» *de Nueva Guinea*

Hoy en día no se da ya el nombre de mono, en la región australiana, más que a determinadas especies de falangeros, los *cuscus (Cuscus):* habitan éstos en las selvas de Nueva Guinea, de ciertas islas vecinas, y en Australia misma, en la punta extrema de Queensland. Y más aún que el «koala» se parecen éstos a determinados lemúridos, por ejemplo, al loris (*Loris Nycticebus*), salvo, claro está, que tienen una cola prensil a manera de los monos americanos.

Y no contentos con señalar la presencia de tales pequeños «monos» en Australia, los colonos comenzaron luego a hacer circular rumores sobre la existencia ¡de auténticos gorilas! En realidad, tales antropoides gigantes del «bush» no eran sino otros tantos aborígenes muy velludos y en determinados casos, auténticos hombres blancos vueltos a un estado casi salvaje. Estos pioneros del naturismo pululaban ya —¡y cómo lo comprendemos!— en los tiempos en que los militares del Cuerpo de Nueva Gales del Sur hacían reinar el más absoluto terror en toda la colonia penitenciaria de Port-Jackson, y luego, más tarde, cuando los convictos pasaron a ser los esclavos legales de los «squatters» (primeros colonos de Australia que ocupaban los territorios a la manera pirata, sin más carta de propiedad que la ocupación física y real de aquellas parcelas que ellos mismos elegían), llegados como una gran marea desde Inglaterra.

EL COCODRILO DE ANGOURIE

Ocurrió también en Australia que alguien localizó cocodrilos en lugares en los que, desde luego, no los había ni por soñación. Sobre el Quinto Continente existen dos solas especies de cocodrilos, el cocodrilo

de doble cresta *(Crocodrilus porosus)*, monstruo gigante que puede llegar hasta los diez metros de largo, y el cocodrilo de Johnston *(C. johnstoni)*. El primero, que es el único cocodrilo que osa penetrar en la mar, se encuentra también en las Indias y en las islas Fidji: el segundo es australiano por naturaleza y exclusivamente. Pero ambos, tanto el uno como el otro, están confinados en la parte norte del continente. De ahí, pues, que la presencia de un cocodrilo en Nueva Gales del Sur sea una cosa absolutamente inimaginable.

Mas a pesar de ello, en noviembre de 1939, un maquinista de la línea férrea que va de la playa de Angourie al norte de la provincia, tuvo el asombro de comprobar que «un tronco caído de árbol» —cerca del cual se hallaba en aquel preciso instante la locomotora— comenzó a removerse y resultó ser así ¡un auténtico cocodrilo de cinco metros de largo!

El reptil abrió su enorme boca de forma amenazadora. Ante tal «invitación», el maquinista puso con toda rapidez su locomotora en marcha y se alejó, vía adelante, sin meterse en más honduras ni problemas.

Cuando nuestro hombre relató luego su aventura, otros muchos colonos de aquella región reconocieron, entonces, que ellos también habían visto tales animales en más de una ocasión. Luego, los más viejos del lugar recordaron que, hacía ya años, un cocodrilo de un circo, que estaba gravemente enfermo, fué trasladado a Yamba. Surgió así la pregunta: ¿Habría muerto en realidad tal cocodrilo según todos creían?

Por la noche se escuchaban en aquellos parajes unos siniestros gruñidos. ¡Aquella situación no podía continuar por más tiempo!

Consecuentemente se organizaron batidas; los políticos, para hacer honor a sus cargos de responsabilidad, se unieron a los policías para pasar toda aquella región por un estrecho tamiz en el que ni un vil gusano pudiera escapar inadvertido. Se llegó incluso a autorizar la dinamita para limpiar así aquellos recovecos del terreno donde ningún hombre podía entrar. De toda esta «limpia» fueron saliendo un gran número de serpientes e incluso un lagarto *goanna* de 1,50 metros de largo y que fué exhibido, como trofeo, durante bastante tiempo, en un hotel de la localidad.

Y finalmente, se pudieron desenterrar los restos del cocodrilo del circo, de aquel viejo cocodrilo que enfermó y que fué ocultado en tierra, lo que eliminó así, de golpe, la primera sospecha que había nacido en algunas mentes.

Bien pronto la caza de los misteriosos cocodrilos se convirtió en uno de los más atrayentes deportes y en una de las mejores atracciones locales: los turistas navideños eran invitados a tomar parte en ella. Pero hay que reconocer que los más afortunados de entre toda aquella tropa de cazadores no lograron sino descubrir una gran cantidad de *goannas* y cuatro parejas de enamorados a quienes maldita la gracia que debió hacer aquella irrupción armada.

Pero los negros, mientras tanto, seguían rumoreando que un demonio

se escondía dentro de determinado lago; la primitiva atmósfera o clima de curiosidad fué cambiándose hasta terminar en auténtico terror. Cuando caía la noche, la gente atrancaba bien sus puertas por lo que pudiera ocurrir.

Un día, se hallaron al fin unas extrañas huellas que hacían pensar en las de una enorme paloma. Se sacó un molde de dichas marcas y se envió rápidamente a Sidney, para que fueran así estudiadas por algún doctor herpetólogo del Australian Museum. Y éste tuvo que reconocer que, tanto por el tamaño como por la forma, aquellas huellas eran absolutamente similares a las que dejan los cocodrilos.

En las semanas siguientes el monstruo en cuestión pareció calmado y no dió así más que hablar de él; por consiguiente la tensión reinante fué decayendo paulatinamente, con lo cual la caza del enigmático ser pasó de moda.

Lo que no impide, en modo alguno, que tales huellas no fueran mera fantasía sino realidad palpable, de donde se deduce que algún reptil de gran tamaño recorrió en aquellas fechas la región.

Pero ¿era verdaderamente un cocodrilo? ¿Sería tal vez un enorme y desconocido lagarto? No olvidemos que en una época aún muy reciente, Australia estaba poblada por el varano gigante *(Varanus priscus)*, al lado del cual su hermano, el dragón de Komodo, hubiera parecido de tamaño más bien mediocre. En tanto que éste no sobrepasa nunca de los 3,65 metros, el varano gigante de Australia alcanzaba fácilmente los 7 u 8 metros. Un monstruo de esta especie pudiera muy bien ser tomado por un cocodrilo. Y su presencia en las proximidades de los bosques de Nueva Gales del Sur se podría explicar mucho más satisfactoriamente que la de un cocodrilo.

Así, pues, lo único que nos quedaría ya por demostrar es si tal animal fantástico, reliquia viviente del imperio reptil de la Era Secundaria, habrá podido sobrevivir hasta nuestros días.

¿EXISTEN TIGRES EN AUSTRALIA?

La historia más desconcertante y a la vez más divertida, es la que originó el descubrimiento en Australia de un animal característico de una fauna extranjera: es la historia del tigre marsupial. Y si la existencia de este animal está hoy en día fuera de dudas, aun cuando no haya sido oficialmente reconocida todavía, todo se basó sobre una serie de rumores mal interpretados.

En noviembre de 1642, el Capitán Abel Janszoon Tasman divisó, desde la cubierta de su navío —el *Heemskirk*— una tierra que él tomó por la punta extrema de Nueva Holanda. La bautizó seguidamente con el nombre de Van Diemensland (Tierra de Van Diemen), en honor del gobernador holandés que le había encargado descubrir una vía marítima meridional que permitiese alcanzar América por el este.

Fiel a su misión, y no teniendo mayor razón para explorar tierras desconocidas, Tasman no se tomó ni tan siquiera el trabajo de poner pie en aquella isla que, sin embargo, debería luego de inmortalizarle llevando el nombre de Tasmania. Lo que hizo fué delegar en su primer piloto, Francoy Jacobszoon, dándole como compañía un puñado de marineros.

Volvieron todos éstos a bordo con un gran bagaje de inquietantes observaciones, con las cuales ya tenía tema toda la marinería para sus sobremesas nocturnas durante la navegación. Aparte de los cortes realizados sobre altísimos árboles, y atribuídos por tanto a gigantes, ellos

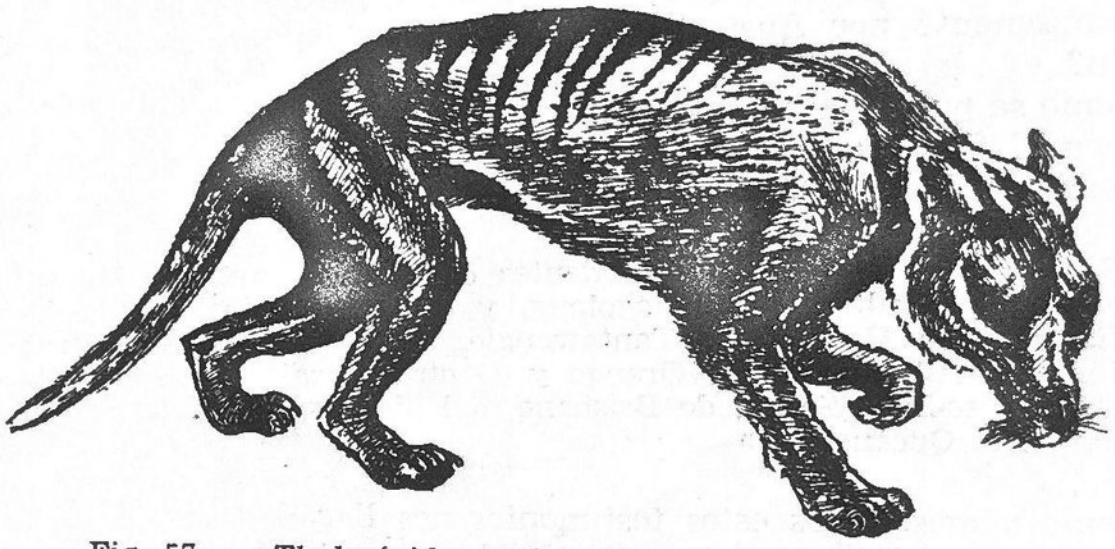


Fig. 57. — *«Thylacínido» o lobo marsupial de Tasmania*

vieron también en aquel territorio unas «huellas de pasos que recordaban indefectiblemente las marcas de las garras de los tigres».

Debía tratarse, sin duda, de las huellas de un *thylacínido (Thylacinus cynocephalus)*, el lobo marsupial de Tasmania que, por un cómico azar, tiene el pelaje rayado de un tigre, por el lomo, las ancas y la cola. Estos pseudo-cánidos tienen cinco dedos en las patas delanteras, lo cual permite diferenciar sus huellas de las de un perro o un gato. Pero en sus patas traseras, por contra, no tiene sino cuatro dedos, al igual que los otros citados, mas como posa toda la planta de tales patas sobre el suelo —contrariamente a los cánidos y a los felinos digitígrados— deja así unas huellas relativamente mucho más grandes. Y de aquí nace la confusión con el tigre, el «gato» más grande de la vecina región malaya.

Unos cincuenta años más tarde, otros viajeros holandeses confirmaron también la presencia de un tigre en la región australiana. Los administradores de la Compañía de Indias, en Batavia, tenían la costumbre de releer los diarios de a bordo de tales pioneros y redactar luego unos someros informes al respecto. Y así fué como en un despacho anónimo, fechado en 1705 y reproducido en la *Terra australis* de Major, se sitúan en Australia occidental «becadas, un tigre y un gran número de pájaros negros».

Si los pájaros en cuestión han de ser —indudablemente— cisnes ne-

gros o emús negros, desaparecidos ya hace mucho, la identidad del «tigre» es mucho más enigmática. ¿Se trataría también de un *thilacínido*? Cuesta trabajo creerlo, ya que tal animal se parece excesivamente a un perro para que tal confusión pueda producirse. Mas como los colonos persisten en llamar «tigre marsupial» a ese gran carnicero, la duda podría subsistir aún. Pero forzoso será concretar que si bien se hallan a veces restos fosilizados del lobo marsupial en Australia, su zona de residencia real se limita, desde hace largo tiempo, a Tasmania exclusivamente (1).

Entonces, ¿en qué ha podido basarse toda esa serie de rumores relativos a la existencia de tigres —¡y hasta de leones!— que ha circulado incesantemente por Australia desde el principio mismo de su colonización?

Como se puede juzgar por el resumen que de todo ello hizo R. W. Mac Kay en el *Sydney Herald* del 9 de diciembre de 1939, tales rumores no tienen nada de vagos; son, por contra, tan numerosos como generales.

«Se encuentran informes procedentes de Pipers Creek, de Mansfield, de Lockwood, de Chiltern, de Briagolong, y de otros lugares de la provincia de Victoria; de Harden, de Tantawonglo, de Goulburn, de Gloucester, de Wellington, de Jamberoo, de Orange y de otros parajes de Nueva Gales del Sur: de Three-Mile Scrub, de Brisbane, del distrito Saint-George y de Normanton en el Queensland.»

Como vemos, todos estos testimonios nos llegan desde la franja costera oriental del continente, allá donde se extienden las inextricables selvas montañosas de la Cordillera australiana y de su prolongación, los Alpes australianos.

Pero donde más concretamente parecía centrarse y localizarse el misterio era en la península de York, en el extremo norte de esta cadena montañosa.

EL TIGRE AUSTRALIANO HACE SU IRRUPCIÓN EN LA LITERATURA CIENTÍFICA

Fué en 1871 cuando se publicó por primera vez, en los *Proceedings of the Zoological Society* un informe concreto y preciso con respecto a la presencia en Queensland de una especie de felino desconocido. Tal información se presentó bajo la forma de una carta dirigida, el 2 de agosto de igual año, al célebre zoólogo inglés Sclater por el señor Brinsley G. Sheridan, juez municipal en Cardwell. He aquí el párrafo esencial de la misiva:

«Una tarde, mientras paseaba a lo largo de un sendero cercano a la bahía de Rockingham, el fox-terrier de mi hijo olfateó una pista por entre unos

(1) Es incluso posible que, en estos últimos años, haya desaparecido también en Tasmania. Las más recientes expediciones no han encontrado ya ni tan siquiera huellas.

matorrales no lejanos de la playa y se precipitó luego, ladrando con furor, hacia el oeste, en dirección a la costa. Mi hijo (de trece años) le siguió inmediatamente a todo correr y así fué cómo pudo descubrir, entre las altas hierbas, un raro animal que él describió luego así:

»"Estaba tumbado entre las hierbas y venía a tener el tamaño de un perro indígena (el *dingo*). Su cara era redonda como la de un gato. Tenía larga cola y su cuerpo estaba rayado de amarillo y negro a partir de los flancos, bajo el vientre. Mi perro se lanzó hacia él, mas el animal en cuestión le revolcó en breves segundos. Durante aquella corta lucha, disparé mi pistola contra su cabeza de la cual salió una buena cantidad de sangre. El animal, entonces, se refugió bajo un árbol torcido y mi perro siguió ladrándole sin cesar. El raro animal se volvió ya agresivo y abandonó su refugio amenazándonos a mi perro y a mí, con sus dientes. Me entró francamente miedo, volví sobre mis pasos lo más rápidamente posible, sin parar hasta hallarme nuevamente en casa."»

Tras este incidente, el juez Sheridan abrió una pequeña encuesta de la que dedujo que no era la primera vez que el tal animal era visto por los hombres en aquellos alrededores.

«Las huellas de una especie de tigre han sido halladas junto a la laguna de Dalrymple por algunas gentes que solían acampar allá abajo —nos cuenta luego— e incluso el señor Reginald Uhr, hoy juez municipal en Saint-Georges vió, cuando mandaba un destacamento de policía montada indígena en este distrito, al mismo animal que ha descrito mi hijo.»

La carta mencionada anteriormente causó una notable impresión en los miembros de la Sociedad Zoológica de Londres, a quienes el propio Sclater la leyera durante la sesión de 7 de noviembre de 1871. Pero, con todo, se necesitaban datos más abundantes y concretos para poder pronunciarse con respecto a la posible existencia del enigmático animal.

Tal espera no fué demasiado larga. Poco tiempo después, en una carta enviada el 4 de diciembre de 1871 desde Cardwell, otro corresponsal de dicha docta sociedad, el señor W. J. Scott, relataba también —o transcribía— toda una serie de rumores relativos a la existencia del misterioso «tigre». Un funcionario del catastro y los cinco hombres que le ayudaban en las misiones propias de tal cargo, que realizaban en aquel entonces por las orillas del Murray, al norte de Cardwell, fueron despertados una noche por un «potente rugido». Saltaron sobre sus fusiles e hicieron luego un prudente reconocimiento de las zonas inmediatas. El animal había ya desaparecido, mas no sin antes dejar algunas buenas huellas en las cercanías del campamento. Eran éstas, sin duda, las de un carnívoro de gran tamaño. Una imagen de tales marcas se acompañaba a la carta referida, y fué, posteriormente, publicada incluso en los *Proceedings*.

El señor Scott aprovechó la ocasión para recordar que, en 1864, un boyero pretendió haberse encontrado cara a cara con un tigre en aquella mismísima región. Mas como aquel hombre tenía una bien ganada fama de embustero, nadie quiso hacerle caso. Pero los hechos venían a demostrar ahora que, después de todo, tal vez el muchacho tuviera razón...

¡Todo eso son futesas!, gritaría luego el naturalista Gerald Krefft desde otra revista científica inglesa. El tal boyero no era sino un auténtico y consumado mentiroso y la huella enviada por el señor Scott es la de un simple perro, ¡y nada más! Acababa luego indignándose de que la Sociedad Zoológica de Londres gastase tontamente el dinero publicando dibujos de las huellas de un vulgar chucho.

Mientras todo esto ocurría, el asendereado señor Scott volvió a enviar, el 5 de junio de 1872, un nuevo testimonio —desde el valle de las Lagunas (Queensland)— sobre el fabuloso felino, pero éste era mucho más preciso que los anteriores. El señor Robert Johnstone, oficial de la Policía Indígena, que se encontraba con algunos de sus hombres por los bosques de la región costera, al oeste de Cardwell, había visto un gran animal agazapado sobre un árbol a unos 40 pies (12 metros) del suelo. Al sentir la proximidad de los intrusos, la fiera dió un magnífico salto a otro árbol separado del primero por una distancia de unos 10 pies (3 metros), descendiendo luego por éste con la cola levantada. Era del tamaño de un perro *pointer* (perro de muestra), de color leonado y con algunas manchas más oscuras. Tenía la cabeza muy redonda y en ella no se le veían orejas. Su cola era larga y gruesa.

Los zoólogos británicos, en vista de que la discusión iba revistiendo caracteres graves, optaron por adoptar la mayor prudencia, permaneciendo así a la expectativa simplemente.

SE ORGANIZA LA CAZA DE LOS TIGRES

En el año 1895 se dió, al fin, la alerta. Los pacíficos habitantes de Victoria estaban bastante aterrorizados por la presencia —señalada en Tantanoola, Australia del Sur— de un extraño «tigre» que emitía unos rugidos espantosos. Pero señalaremos también que el animal en cuestión donde más «ruido» armaba, ciertamente, era en la Prensa que dedicaba a aquel problema sus buenas columnas cada día.

Al fin, unos intrépidos cazadores organizaron unas batidas de caza y así la fiera acabó por caer bajo el fuego de sus fusiles. Su cadáver, debidamente preparado, fué expuesto a la admiración de las gentes. Mas bien pronto habría de ser identificado —¡oh sorpresa!— con el de un simple y pacífico becerro, con lo cual forzoso fué que hiciera un rapidísimo mutis por el foro, entre los abucheos del público en general. La opinión pública pasó seguidamente a acusar a los cazadores de falsarios y de truquistas inmorales. Y así fué como empezó a circular una nueva teoría: la de que los ladrones de ganado eran quienes mantenían aquellos rumores sobre el «tigre» para justificar así —sin riesgo para ellos— cuantas bajas se produjeran en los rebaños.

Lo que es bien cierto es que los «tigres», en pro o en contra, dieron mucho de qué hablar durante toda aquella época. Se señaló luego uno

en Moruya, otro en Gippsland, en la selva vecina a Colac, y un tercero en Riverina. Cuando otros cazadores lograron derribar otra de estas «enigmáticas fieras», resultó ser un pobre cerdo vuelto a la vida salvaje. Y en cuanto al tercero de los abatidos, era un chucho inofensivo que volviera a la libertad. En resumen, pues, que ya se veían «tigres» por todas partes. Casi podríamos decir, a nuestra manera, que en tales zonas «los dedos se volvían... tigres».

Quizás por esta psicosis, justamente, no se le dió tampoco demasiado crédito a los relatos del señor Sheridan (hijo).

Pero un observador hábil y desapasionado hubiera podido observar que cuanto más del norte de Queensland venían los rumores, más positivos y más precisos eran.

Así, en 1900, en Kairi, un tal señor J. Mac Geehan se dió de bruces un día con un «gato marsupial atigrado» que lloraba hasta dar lástima, en tanto que una jauría de perros arremetía contra él. Toda una serie de anillos perfectamente definidos, alternativamente marrón oscuro y blancos, y de unos 7 centímetros de ancho, adornaba su cuerpo. Su cabeza se parecía a la de un perro de Pomerania y la longitud total del animal no debía pasar de unos 60 centímetros. Se trataba al parecer de un cachorrito.

En otra ocasión, el animal fué también observado por un naturalista muy acreditado, el señor Georges Sharp, en la época en que éste se dedicaba a buscar, denodadamente, huevos de *Ptilonorhynchus,* por las inmediaciones del río Tully. Un anochecer, cuando ya se disponía a acostarse, oyó un ruido extraño en las cercanías con cuyo motivo salió de la tienda para ver de qué se trataba. Como aún no estaba demasiado oscuro, pudo percibir un animal «más grande y más oscuro que el tigre de Tasmania (el *Thylacínido*), y cuyas rayas del pelaje estaban netamente marcadas». Mas el animal desapareció mucho antes de que él pudiera coger el fusil.

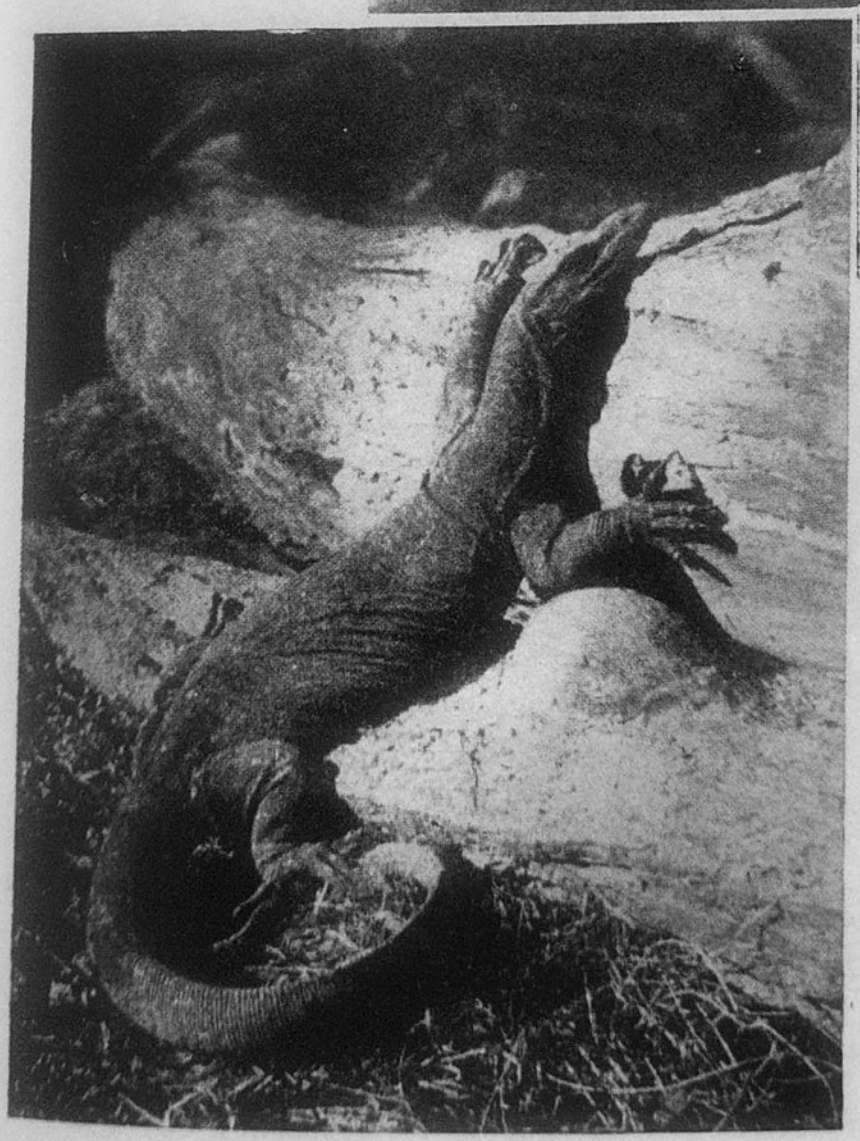
Pocos días después, uno de los congéneres del raro animal atacó a las cabras de un granjero de la planicie de Atherton quien, con un certero disparo logró matarlo. El señor Sharp, tan pronto como tuvo noticias del hecho, se personó en el lugar y pudo así examinar la piel del animal. Medía 1,50 de largo, contando desde la cabeza a la extremidad de la cola. Pero como no tenía medio alguno para tratar debidamente tal piel —con miras a su conservación—, ésta bien pronto se echó a perder por efecto del calor. En aquel intervalo, los cerdos salvajes habían devorado la cabeza y el cuerpo de la pieza.

En otra ocasión, uno de estos «tigres» fué capturado vivo por un cierto señor Endres, de Mundubbera (Queensland).

Y según éste, tenía el animal 45 centímetros de alzada y una longitud comparable a la de un gato grande. Su cabeza y su cuello estaban muy recogidos. Su piel era atigrada pero las rayas no le circundaban por entero el cuerpo. Y el referido señor Endres acababa diciendo que era «muy salvaje cuando le capturaron».

Martín-pescador gigante o «Koukabourra», responsable de la leyenda australiana del inmortal «Juan-reidor»

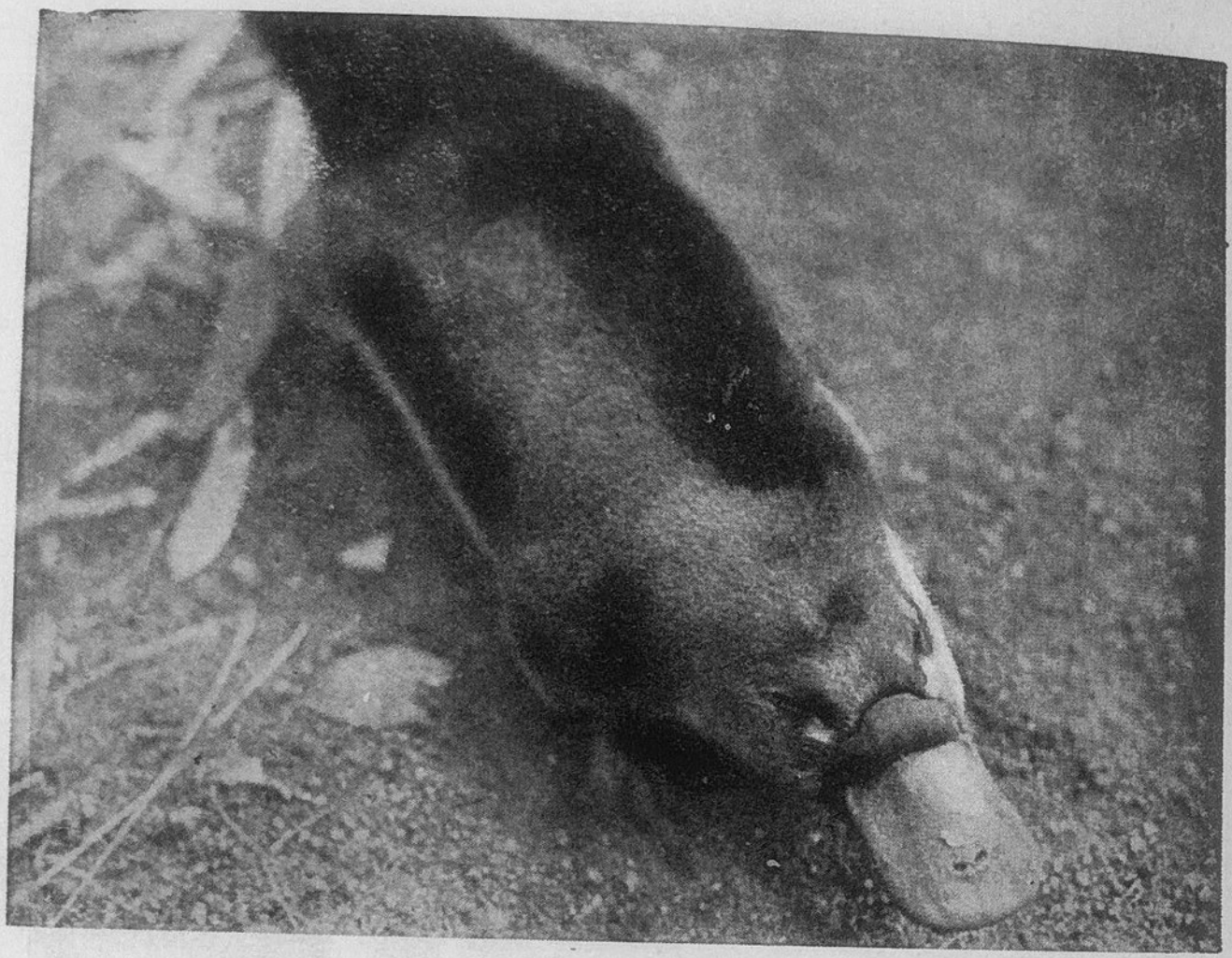
(C. Sciences et Avenir)



En una época reciente, este Goanna tenía —en Australia— un congénere de 10 metros de largo: el Varán gigante

(C. Sciences et Avenir

(C. Sciences et Avenir)



El ornitorrinco; el absurdo mamífero ponedor
(C. Siences et Avenir)

¿Unos erizos? No: son equídnidos, otros mamíferos ovíparos
(C. Sciences et Avenir)

OTROS TESTIMONIOS DRAMATICOS Y PRECISOS

Un nuevo encuentro con el animal, que merece ampliamente ser relatado, fué el habido por el escritor australiano Ion Idriess, que pasó toda su vida en el nordeste salvaje del continente y en particular en Coen. Y, como seguidamente vamos a notar, el autor habla del extraño animal como si se tratase de uno corriente para él:

«Aquí en la península de York, contamos con un gato-tigre tan grande, al menos, como un buen perro de tamaño mediano. Su cuerpo es delgado y reluciente, preciosamente rayado de negro y gris. Sus patas se hallan armadas de garras aceradas y de una extraordinaria fuerza de laceración. Las orejas son pequeñas y puntiagudas como las del tigre. Trabé yo conocimiento con este bello ser un día que, casualmente, pude oír una serie de gruñidos, procedentes de las altas hierbas que bordeaban una marisma. Rebuscando entre aquella maleza, divisé un canguro adulto recostado contra un árbol; la carne de una de sus patas había sido brutalmente arrancada, dejando el hueso al desnudo. Una masa gris negruzca saltó súbitamente a la garganta del animal y pareció, durante un breve instante, quedar en el aire, suspendida de su presa; luego el canguro cayó al suelo con todo el pecho rajado salvajemente, y con la garganta destrozada.

»En mi sorpresa ante aquella visión, debí hacer algún ruido moviendo las hierbas. Al oírlo, el gran gato interrumpió el banquete que ya había comenzado y quedó inmóvil, alerta y desconfiado, mirando fijamente hacia donde yo estaba. Luego, la piel de su hocico se fué arrugando paulatinamente, dejando al descubierto su poderosa dentadura; un gruñido fué subiendo lenta y amenazadoramente por su garganta. Parecía dispuesto a atacar súbitamente. Por ello, fuí retrocediendo lenta y prudentemente por entre las altas hierbas y luego, ya más distante, me apresuré a alejarme definitivamente.»

Pero esta última palabra no quería decir —como luego se verá— que Idriess no fuese a tener más encuentros con tales felinos.

«Otra vez, volví a encontrarme con una de estas fieras. Pero este segundo ejemplar estaba muerto —nos cuenta él con melancolía—; a su lado estaba, igualmente sin vida ya, mi perro, al que tanto cariño profesaba. Desde que era un pequeño cachorrillo le había adiestrado especialmente para la caza del jabalí; su fuerza y su coraje eran ya proverbiales entre todos los buscadores de oro de la región.»

Todo esto ocurría no lejos del río Alice.

Entre los testimonios más recientes deberemos citar, en fin, el de dos hombres que se trasladaban, a caballo, desde Munna Creek a la pequeña ciudad de Tiaro. En plena marcha fueron sorprendidos por una brusca espantada de sus cabalgaduras:

«Echamos pie a tierra —relatan así los señores P. B. Scougall y G. de Tournoeur en una carta dirigida al *Brisbane Courier*— y comprobamos con estupefacción que lo que había provocado el pánico en nuestros caballos era

un gran animal de la familia de los gatos, y que estaba plantado, como a cosa de veinte metros, sobre un ternero muerto.

»Lanzaba miradas de desafío y emitía un ruido que pudiéramos definir como una mezcla de maullido y de gruñido de gran felino. En tanto que yo puedo juzgar —pues estábamos ya entre dos luces y bajo una lluvia torrencial— aquel animal vendría a tener el tamaño de un mastín; parecía ser de color leonado, con el vientre blanco y el lomo cubierto de largas rayas similares a las de un tigre. Su cabeza era redonda, con orejas de lince muy chocantes por cierto. Cuando divisamos al animal, tenía la cola arrastrando por el suelo. Buscando una solución, comenzamos a arrojarle piedras, con lo cual sólo conseguimos, de momento, que se replegase más aún sobre sí mismo; agachó las orejas y comenzó a gruñir amenazadoramente de una forma que nos recordó el grito nocturno del leopardo de África. Golpeaba nerviosamente la hierba con su potente cola, como con rabia mal contenida, y, a todas luces, parecía presto a saltar sobre nosotros, lo cual no nos haría sentirnos nada seguros, por cierto.

»Pero cuando simulamos cargar sobre él, haciendo restallar nuestras fustas, hizo como si se alejase, dando grandes saltos, hacia un lado y hacia otro, pero —en realidad— sin separarse apenas de su primitiva posición.»

Y digamos, ya para terminar, que este gran gato atigrado es perfectamente conocido por todos los negros del Queensland, desde los tiempos más remotos.

LA EXISTENCIA DEL TIGRE MARSUPIAL SE ADMITE, POR FIN, OFICIOSAMENTE

Ante tal cúmulo de testimonios, todos convergentes, nada tiene de extraño que un zoólogo eminente como el señor E. Le G. Troughton, conservador de la sección de Mamalogía del *Australian Museum,* emitiese un parecer favorable en cuanto a la existencia de tan enigmático animal. Según él, «aun a despecho de determinadas divergencias en los informes, con respecto al tamaño del animal y a la disposición del rayado de su pelaje, parece haber pocas dudas sobre el hecho de que un gran gato marsupial y atigrado habite las inextricables selvas del Queensland septentrional».

Y en realidad, la presencia en Australia de un animal de apariencia felina no debe sorprendernos sobremanera. Que el «tigre» ó —digámoslo más modestamente— el «gato-tigre» en cuestión ha de ser forzosamente un marsupial es lo más probable, puesto que vive, como hemos visto, en el corazón del propio Imperio de los Marsupiales.

Y no debemos olvidar que se encuentran entre todos estos animales y —por un curioso fenómeno de convergencia— una serie de tipos que se parecen enormemente a cada uno de los que forman el gran conjunto de los mamíferos con placenta.

Además de los canguros, que reemplazan en Australia a los ciervos y a los antílopes, se encuentran en aquellas tierras musarañas *(Marmosas),* topos *(Notoryctes),* ratones *(Sminthopsis),* ratas (los diversos poto-

roas), conejos (*Perameles*), ardillas (*Petaurus*), lirones (*Ceraïrtes*), gerbos (*Antechinomys*) e incluso grandes roedores del tipo «ragondin» (el «wombat»); jinetas (los dasiurus), lobos (los Thylacínidos), pequeños osos (el Diablo de Tasmania o *Sarcophilus*) e incluso lemúridos (el koala y el cuscús). Allá, y hace poco tiempo aun, erraban aún varias clases de grandes ungulados con algo de tapir y de rinoceronte (*Diprotodon*), que hasta quizá no hayan todavía desaparecido por completo. Por otra parte, bueno será recordar —lo que bien nos interesa a nuestro propósito— que antiguamente existió en América todo un grupo de marsupiales que correspondían plenamente a los grandes carnívoros del África y de Asia: los «Borhyénidos». Entre ellos, incluso, existió un *tigre sable marsupial* (llamado también *tigre de dientes de sable*), el *Thylacosmilus*, especie de *Machatrodus* o de *Smilodon*. Finalmente, y esto es muy importante, se encontraban todavía en Australia, en una época muy reciente, una especie de león marsupial, el *Thylacoleo*. Nada, pues, de extraño sería la presencia en este continente de una forma de tamaño medio y perteneciente sin duda a este mismo grupo.

A decir verdad, el gran animal rayado al que se ha descrito juiciosamente como «un gato en fase de convertirse en tigre» es, de todos los animales ignorados a que hemos pasado revista en el presente libro, el que está ya más cerca de ser admitido oficialmente por la Ciencia. Aun cuando no se haya podido conseguir aún ni una piel ni un esqueleto, ni —por tanto— se hallen éstos así en ningún Museo del mundo, el «gato marsupial atigrado» del Queensland septentrional fué incluído en 1926 —sobre la sola fé de las observaciones hechas en la naturaleza («field observations»)— en una obra clásica sobre la fauna de Australasia, debida a la pluma de dos expertos de gran renombre mundial. Éstos, A. S. Le Souef y H. Burrell, presentan incluso un argumento extremadamente sutil en favor de la naturaleza marsupial del gato-tigre en cuestión:

> «Aunque nada indica de manera directa a qué orden pueda pertenecer este animal, nosotros creemos que es un marsupial puesto que no puede soportar la rivalidad del *dingo*. Consecuentemente, él habita en la única zona en que tales perros no son capaces de penetrar.»

Ya hemos subrayado anteriormente el carácter de «sin cuartel» que tienen las luchas entre marsupiales y placentados, pertenecientes a un mismo tipo.

Se ha observado, a este respecto, que el *dingo* —este mamífero descarriado de Australia— ha hecho desaparecer sin la menor piedad —y allá por donde él ha sentado sus reales— a todos los grandes marsupiales carniceros como él, y particularmente su odio se ha centrado contra los *Thylacínidos*. Entre los animales, como entre los hombres, suele reinar la cruel ley de «¡Quítate tú, para ponerme yo!»

Se ha notado, además, en América del Sur, que los marsupiales pue-

den subsistir perfectamente allí donde no existen placentados de su mismo tipo: ocupan, así, en suma, aquellas plazas vacías dejadas, a su vez, por los segundos. Como señaló el profesor Owen «para estar en equilibrio, una fauna debe hallarse provista —al igual que muchos órganos— de sus carnívoros, sus insectívoros, sus herbívoros, etc....» Es indispensable que todas las lagunas estén perfectamente rellenas.

Y dicho esto, he aquí cómo, con breves palabras, Le Souef y Burrell nos describen el «gato marsupial atigrado» de la península de York:

Fig. 58. — *Representación del tigre marsupial de Queensland, basada sobre el conjunto de testimonios al respecto*

«Pelo corto y más bien basto. Color generalmente leonado o gris con anchas rayas negras, sobre los flancos, que no llegan a unirse sobre el lomo. Cabeza parecida a la de un gato; el hocico más pronunciado. Orejas tiesas y puntiagudas. Cola con mucho pelo y con tendencia a acabar en forma de brocha o pincel grueso. Patas anchas, garras largas y aceradas. Longitud total: alrededor de 1,50 metros. Alzada por la cruz: 45 centímetros.

Para «visualizar» tales medidas, para hacernos una más perfecta y concreta idea, podemos decir que dichas dimensiones vienen a ser las de la pequeña pantera *Neofelis nebulosa*, o las de una onza *(Acinonyx jubatus)*, que fuese algo corta de patas.

Hasta nuestros días, la existencia de este marsupial de aspecto felino no parecía haber quedado demostrada o establecida más que en la parte norte de Queensland, en aquellos parajes del «país rudo y rocoso de las crestas de las montañas, habitualmente cubierto de espesos bosques y selvas y frecuentado por los *Dendrólagos* (canguros arborícolas) y por los *petrogales* («wallabis» de los roquedales).

Pero Le Souef y Burrell añaden:

«Nos han descrito también un animal carnicero hallado en el noroeste de Australia y lord Rothschild afirma —según los testimonios indígenas que él recogiera— que otro animal parecido o similar existe igualmente en Nueva Guinea.»

¿Por qué razón, entonces, tales animales —más concretamente el gato-tigre de Cabo York— no están mucho mejor conocidos por la

ciencia? Le Souef y Burrell, nos dan la razón, con una justeza extraordinaria:

«Este animal es raro, escaso; vive además en un país donde el hombre penetra sólo en contadísimas ocasiones y, cuando al fin se decide a ello, lo hace con tal alarde de ruido al ir desbrozando a machetazos su camino por entre la apretada selva, que todo animal prudente busca un tranquilo refugio, en tanto que pasan aquellos seres que van a entrometerse en su plácida soledad.»

Se ha subrayado a menudo en Física la imposibilidad que existe de observar un fenómeno sin alterarle en nada. Así cuando, en teoría al menos, se proyecta un débil rayo de duz sobre un corpúsculo cualquiera, a fin de iluminarlo y poder estudiar, por ejemplo, su posición y su velocidad, no logramos obtener sino datos falsos, sino cantidades variadas por la colisión producida por aquella misma luz que nos es indispensable. Esta impotencia a priori, para medir determinados elementos infinitamente pequeños, llevó al físico alemán Werner Heisenberg a formular, en 1925 su «Principio de incertidumbre», hoy tan famoso.

Sería muy de desear que, en matería de Zoología, se anunciase un principio parecido, basado sobre la dificultad que existe «a priori», para observar en la naturaleza a los animales de gran tamaño que son, por ende, nuestros rivales naturales. Efectivamente: cuando deseamos estudiarles, en plena vida y en su propio ambiente, nuestra irrupción en sus territorios tiene como inmediato resultado su brusca huída, sin darnos así tiempo ni a ver tan siquiera el polvo que tras de sí van dejando. Y este problema se complica más cuanto más escabroso se hace el terreno que ellos frecuentan: más difícil es así conseguir tal estudio en un medio acuático que en uno terrestre y más en este último que en uno aéreo: más arduo en las montañas que en las llanuras: mucho más complicado en las selvas que en las sabanas o en las pampas, y así sucesivamente.

Todo esto nos ayudará a comprender por qué estamos tan mal informados sobre la fauna de los mares y por qué, por contra, los pájaros casi no tienen secretos para nosotros, excepción hecha de aquellas especies que no vuelan en absoluto. Los obstáculos a nuestras investigaciones llegan a ser casi invencibles cuando se juntan dos factores desfavorables: por ejemplo, un medio acuático y una paisaje cegado, con relieve accidentado y una densa y alta vegetación. He aquí, pues, la razón por la cual los animales ignorados evocados en esta obra suelen vivir, generalmente, en las selvas montañosas o cenagosas.

Es, como ustedes habrán visto, una simple cuestión de lógica el que ellos defiendan así, lo mejor que puedan, sus propias vidas e incluso el incógnito de su misma existencia.

Capítulo X

EL «MOA», UN FÓSIL QUE QUIZÁ GOZA DE LA VIDA

Si ciertamente hay en el mundo un ser que merezca ser tratado de «curioso pajarraco», éste es, sin duda alguna, el «moa».

Su solo nombre es ya, incluso objeto de discusión: los colonos neozelandeses dicen que es de origen maorí, pero algunos maoríes, para compensar, lo tienen por una deformación de algún vocablo inglés.

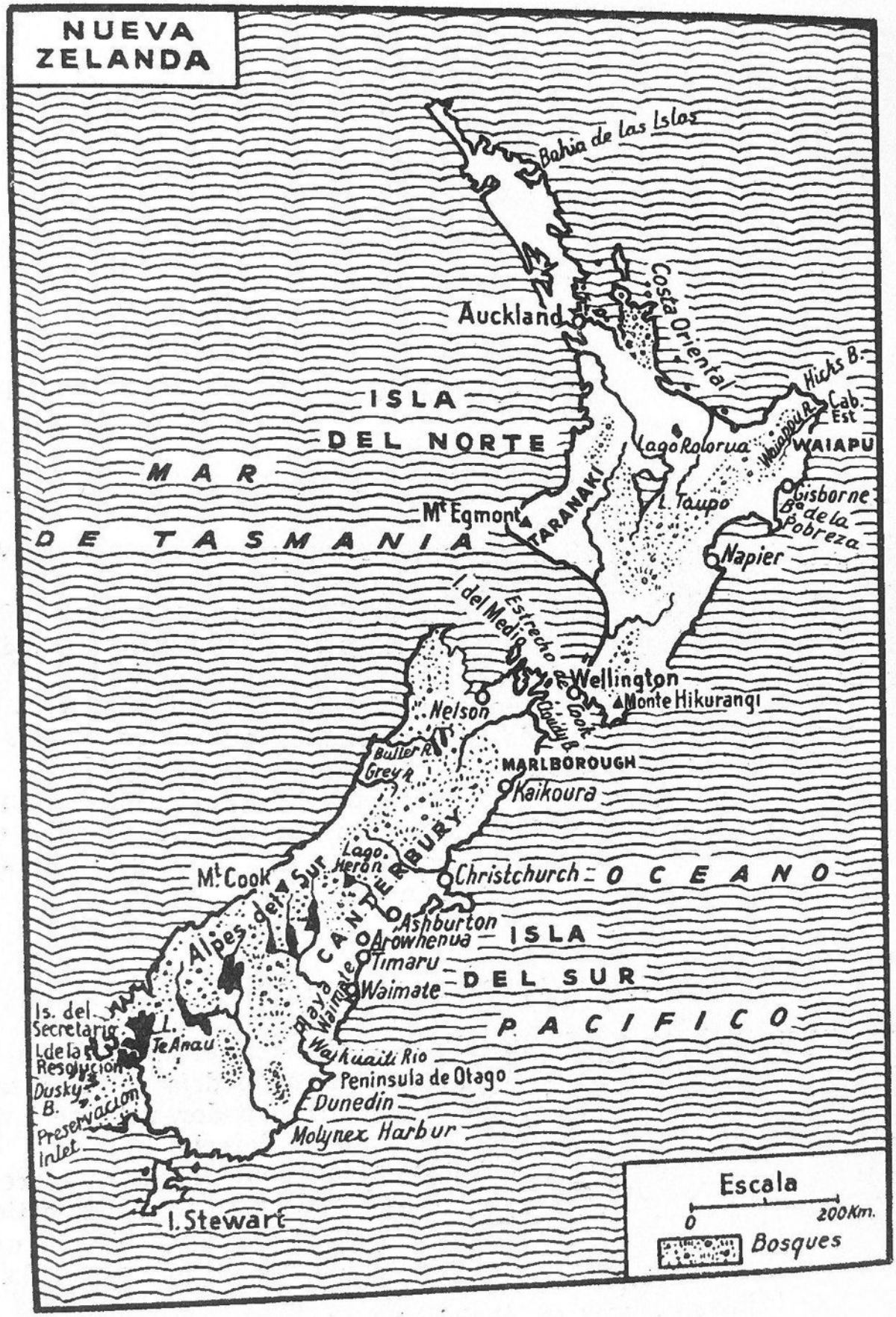
El «moa» es, según nuestras noticias, la mayor de todas las aves que han existido en todo tiempo —lo cual no impide que determinados sabios se sigan planteando interrogaciones, llenas de perplejidad— con respecto a su supervivencia en nuestra época. Y es curioso observar cómo los gigantes de la clase de las aves son los únicos cuya existencia actual es origen de discusiones. Ello no es sino una de esas ironías que, por ende, le permiten a uno seguir aún soñando.

LOS CURIOSOS PAJARRACOS

—«¡Soy un pájaro! ¡Ved mis alas!» —clamaba el murciélago del bueno de La Fontaine—. El «moa», por contra, no podría emplear tales argumentos ni tales pruebas, al estilo de aquel usurpador, para reclamar un título al que él, ello no obstante, tiene pleno derecho.

Y es que no solamente es incapaz de volar, como las aves corredoras tales como el avestruz, el ñandú, el emú o el casuario, del que tiene algo la silueta, sino que ni tan siquiera tiene —como estos otros— unas más o menos rudimentarias alas: ¡ni tan sólo el muñón más reducido, ni el más pequeño vestigio!

Tampoco hallamos trazas en él del cinturón escapular que, normalmente, une los miembros anteriores al tórax de todos los vertebrados... y es, igualmente, el más auténtico de todos los bípedos.


NUEVA ZELANDA
Bahia de las Islas
Auckland
Costa Oriental
Hicks B.
Cab. Est
ISLA
DEL NORTE
MAR
Lago Rotorua
Waiapu R.
WAIAPU
Mt Egmont
TARANAKI
L. Taupo
Gisborne
B. de la Pobreza
DE TASMANIA
Napier
I. del Medio
Estrecho de Cook
Wellington
Monte Hikurangi
Nelson
Buller R.
Grey R.
MARLBOROUGH
Kaikoura
Lago Heron
Mt Cook
Alpes del Sur
CANTERBURY
Christchurch
OCEANO
Ashburton
Arowhenua
ISLA
Timaru
DEL SUR
Waimate
Bay of Waimate
Is. del Secretario
L. de la Resolucion
Te Anau
Dusky B.
Preservation Inlet
Waikouaiti Rio
Peninsula de Otago
Dunedin
Molynex Harbur
PACIFICO
I. Stewart
Escala
0
200Km.
Bosques

Para completar su extraña traza, sus plumas son tan simples, tan elementales, que nos hacen pensar en unos sencillos y flexibles pelos. Pero... ¿un pájaro con pelaje? Decididamente... ¡qué cosas hay que ver!

Señalaremos —para ambientarnos debidamente— que en el archipiélago neozelandés no tiene nada de extraordinario el hecho de que un pájaro no vuele.

El «moa» no es, por tanto, sino «un curioso pajarraco» dentro de un mundo de «curiosos pajarracos» también. Se ha notado así en toda Nueva Zelanda, efectivamente, una gran tendencia en toda la fauna aérea a la pérdida del vuelo, lo cual está bien manifiestamente marcado en los grupos más diversos.

Hay en aquellas tierras rascones que no vuelan ni en lo más mínimo, como el «weka» o gallina maorí *(Ocydromus)* y el «takahe» *(Notornis)*, sobre el que hablaremos después más ampliamente. Antiguamente, existieron también allá grullas privadas de alas: las *Aptornis*. Entre los loros encontramos uno, el «kakapo» o loro-buho *(Stringops)*, que no solamente ha adquirido las costumbres nocturnas, lo cual ya no es cosa vulgar en un loro, sino que, además, se ha hecho socavador, cosa ésta la mar de extraña en un pájaro. ¿No es cierto? Sus alas están plenamente desarrolladas, pero ha perdido su quilla, su especial esternón, tan indispensable para el vuelo. Es, pues, un decidido partidario de la «vuelta al suelo». Y lo es tanto, que podemos hallarle en los agujeros, bajo las raíces de los árboles y en las cavidades de las rocas.

Nueva Zelanda es también la patria, en exclusiva, de dos familias de pájaros corredores desprovistos de alas y de cola y cuyo plumaje parece estar también hecho de puros pelos; éstos son los «kiwis» y los «moas», a los que los zoólogos designan como *Apterígidos* y *Dinornitídeos*.

Los primeros de ellos poseen aún unas rudimentarias y simplísimas alas ocultas bajo su plumaje: los segundos, contrariamente, carecen en absoluto de ellas.

Los «kiwis» no parecen estar representados en nuestros días más que por el género *Apteryx*, que comprende tres especies muy próximas unas de otras. El «kiwi» es un ave nocturna y selvática, del tamaño de una gallina y que ha llegado a ser el símbolo de Nueva Zelanda, así como la marca de fábrica de unos determinados barnices y ceras de la mayor fama hoy en día.

Y así, es ya perfectamente conocido —aun por los profanos— su curioso aspecto de bolita sedosa de la que sobresale una pequeña cabecilla prolongada por un largo, estrecho y afilado pico.

Lo que ya no suelen saber tantas personas es que, en este curioso pájaro, las fosas nasales se abren justamente en el extremo de dicho pico excavador, ni tampoco que nuestro «kiwi» es, quizá, el único pájaro que se guía y se orienta por el olfato ya que, al parecer, este sentido se halla tan desarrollado en él, digámoslo así, como en un auténtico perro de caza.

Y mientras que las avestruces africanas no tienen más que dos dedos en cada pata y tres los emúes —sus hermanos australianos— el *Apteryx* posee aún un vago rudimento de un cuarto dedo, situado éste en la parte trasera de la pata. Dicho cuarto elemento se halla todavía más desarrollado —aunque no hablando en sentido funcional— entre los miembros de la otra familia de las aves corredoras de Nueva Zelanda; es decir, entre los *Dinornitideos*.

Éstos, justamente, son los «moas» propiamente dichos. Se conocen no menos de treinta y siete especies diferentes, agrupadas en cinco géneros bien distintos. Y todo esto ocurre —es curioso recordarlo— mientras

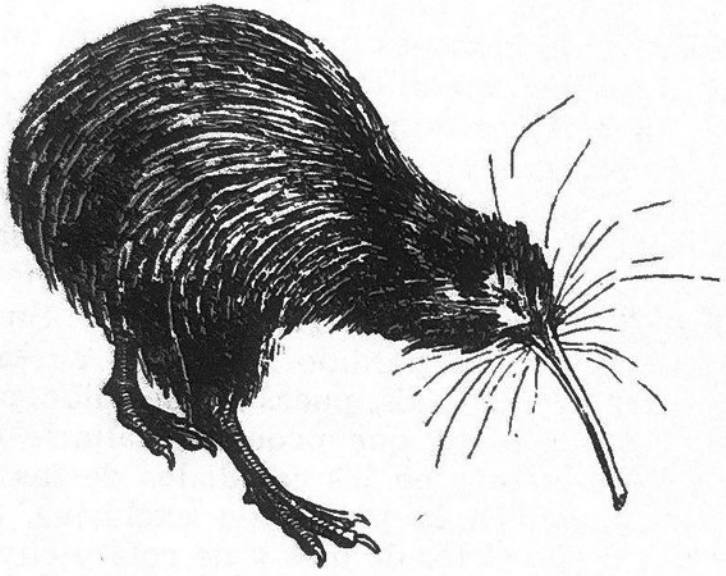


Fig. 59. — «*Kiwi*» o Apteryx *de Nueva Zelanda*

que tales animales son tenidos —de manera oficial al menos— por auténticos y absolutos fósiles.

Se suele hablar generalmente de los «kiwis» como de pájaros enanos y de los «moas» como aves gigantes. La verdad es que todo esto no tiene nada de claro. Los mayores de entre los «moas» —los *Dinornis robustus* entre otros— medirían hasta 3'50 metros de alto, o sea un metro más que las mayores avestruces. Pero otros «moas», sin embargo, no sobrepasan el tamaño de un pavo.

Se admite en general, por otra parte, que existía hasta hace muy poco —o incluso que aún pueda existir— un aptérix gigante (*Apterix maxima*) que tendría justamente también la referida altura. Mas no ha logrado quedar debidamente probado que el «moa» enano y el «kiwi» gigante, no sean en verdad más que un solo animal —o el uno o el otro— puesto que las observaciones al respecto pecaron siempre de vaguedad. ¿Dónde, pues, acaba el «moa» y empieza el «kiwi»? Si hemos de basarnos sólo en el aspecto exterior, no se les puede diferenciar más que por la mayor o menor longitud del pico lo cual no es en modo alguno, un determinante absoluto e irrefutable. Sería preciso, al menos, verificar con certeza —en cada caso— la exacta situación de sus fosas nasa-

les y esta operación es más imposible que difícil si no logramos tener previamente el pájaro entre nuestras manos.

En verdad, todas aquellas familias de pájaros raros y «velludos» debían parecerse enormemente entre sí, e incluso estar fuertemente emparentadas las unas con las otras.

NUEVA ZELANDA, AUTÉNTICO EXTREMO DEL MUNDO

En nuestro espíritu se presenta, insistentemente, esta pregunta:

¿Por qué en Nueva Zelanda más que en ninguna otra parte del mundo tienen los pájaros esta tendencia o esta propensión, a perder el uso de sus alas y hasta incluso sus alas mismas?

La explicación la encontramos en una de las observaciones capitales que Cook nos legara tras sus sistemáticas exploraciones del archipiélago neozelandés, allá por el 1773.

«Excepto los perros y las ratas, no hay cuadrúpedos en este país; o al menos, nosotros no hemos hallado ninguno.»

Y como quiera que tales perros y tales ratas fueron introducidos allá —queriendo o sin querer— por los maoríes, podríamos volver a enunciar tal frase de la siguiente forma:

«No hay ningún cuadrúpedo indígena o aborigen en tal país.»

Y al no haber cuadrúpedos, no habría carnívoros devoradores de aves. *Ergo...*

Vemos así que las aves hallarían allí un refugio ideal donde podrían posarse en tierra sin temor alguno a las garras ni a los colmillos. Un auténtico Jardín del Edén para los pájaros. Pasarían así a «aburguesarse» al no tener que emprender, a cada instante, la aventura aérea que librase, con la rapidez, la propia vida. Fuerza es pensar que con tal régimen hasta llegarían a echar grasas...

Y este «dolce farniente» de las aves acabaría por restarles facultades por falta de entrenamiento cotidiano; las volvería débiles, desarmadas y sin astucia, víctimas propiciatorias, por tanto, del primer nuevo peligro que surgiese. Este proceso es, además, clásico ya y nos ha demostrado así el porqué y la razón de que el mayor número de aves desaparecidas a través de los tiempos saliera de entre las formas típicamente insulares. Justamente a causa de la seguridad que tales islas ofrecen —en principio— a las aves, por esta ausencia de carnívoros, es por lo que los pájaros renuncian a su poder de vuelo.

Luego, aparece el hombre. Y con él llegan los perros, los gatos e incluso las ratas, y entre todos producen una verdadera conmoción de apocalipsis en el paradisíaco reino de las pacíficas e inocentes aves.

Como ejemplo típico de tal aburguesamiento, tenemos el caso irrefu-

table del dronte o dodo de la isla de Mauricio *(Didus ineptus)*, un gran pichón áptero que fué total y absolutamente exterminado por el hombre y por sus «satélites» en menos de un siglo.

Su nombre, incluso, se ha conservado en la lengua inglesa como un auténtico símbolo de la extinción. «As dead as the dodo», dicen ellos: lo que significa: «Tan muerto y acabado como el dodo».

De todas aquellas islas de alguna extensión, las que están más y mejor aisladas de las masas continentales son «E-ika-na mauwi» (el pez de Mauwi, o sea el primer hombre creado) y «Tavaï-pouna-mou» (la ballena que produce el jade verde). Los blancos designan a estas dos fundamentales islas —que constituyen esencialmente Nueva Zelanda— con nombres mucho más fáciles de retener, si bien mucho menos bonitos y poéticos: las llaman simplemente Isla del Norte e Isla del Sur.

Y éstas, alejadas en más de 1.000 kilómetros de la más próxima tierra —o sea Australia— vienen a estar, muy aproximadamente, en las antípodas de Francia.

A mitad de la Era secundaria, en el Jurásico, todo aquel grupo de islas estaba unido a la región de Malasia por una especie de largo puente o cordón umbilical que abrazaba la Nueva Caledonia, Nuevas Hébridas, las Islas Salomón y Nueva Guinea, comunicando incluso con Australia. Pero antes del siguiente período —el Cretáceo— se hundió tal nexo bajo las olas, no dejando emerger sino tal cual isla, por acá y por allá, como mero recuerdo de su pasada existencia, y aislando ya por siempre jamás a Nueva Zelanda del resto del mundo. Todo esto ocurría poco antes de la gran dominación de los marsupiales, que, a causa de tal hecho, no pudo pasar ya más allá del continente australiano.

Perdida literalmente en el último confín del mundo, Nueva Zelanda no pudo ser ganada más que por vía aérea desde aquel remoto entonces. Y por ello, los únicos mamíferos indígenas que allá se conocen son dos clases de murciélagos, llamados ambos «pekapeka» por los maoríes; una de ellas vive también en Australia *(Chalinolobus)*; la otra es específicamente neozelandesa *(Mystacina)*.

En el caso que nos ocupa no cabe pensar en una invasión —ni grande ni pequeña— por vía marítima, como ha ocurrido, por medio de troncos de árbol a la deriva, por ejemplo, en el caso de islas muy próximas las unas de las otras.

El único caso en que tal hecho se produjo en Nueva Zelanda, tratábase de unos mamíferos terrestres que sabían dónde iban y que, claro está, eran capaces de dirigir sus troncos flotantes. Fué, como ya se habrá comprendido, la invasión de los hombres. Y con ellos llegó su inseparable compañero, el perro «kararehe», hoy ya desaparecido. En cuanto a las ratas que al mismo tiempo arribaron, forzoso es decir que nadie las había invitado a tal expedición náutica. Estos roedores, los «kiores» *(Mus exulans)*, fueron los inevitables polizones de la aventura, si bien su aparición en escena no fué, creo yo, una simple jugada del azar.

Así, pues, si antes de tal invasión marítima existía en Nueva Zelan-

da algún cuadrúpedo terrestre, debería ser muy antiguo (geológicamente hablando) puesto que procedería forzosamente del Jurásico al menos. Y de hecho, este cuadrúpedo existe. Es el único superviviente actual de los rincocéfalos, un grupo de reptiles «de más rancio abolengo» aún que los famosos dinosaurios. Como recordarán, ya hemos hablado de él en otra ocasión; se trata de la hateria o «tuatera» de los maoríes (*Sphenodon punctatus*), el extraño lagarto de tres ojos que, en general, suele compartir su refugio con algún ave y más concretamente con el petrel (véase lámina de grabados, fuera de texto).

Y al igual que Australia es el actual refugio de los mamíferos con bolsa —recuerdos de una edad pretérita—, Nueva Zelanda viene albergando así al último representante de un imperio reptil que floreció hace ya unos 200 millones de años.

¿HA SIDO EXTERMINADO EL «MOA» POR EL HOMBRE O NO?

En aquel largo paréntesis de tiempo que transcurre entre el absoluto aislamiento de Nueva Zelanda y su posterior invasión por el hombre, hay que creer que toda su fauna aérea se desarrollase enormemente, sin peligro ni inquietud alguna, dando nacimiento incluso a las formas más extravagantes, tales como, por ejemplo, el «moa» gigante. Tras haber perdido ya su facultad de volar, las aves de las dos islas principales —ya citadas— evolucionaron de manera original. Esto, al menos, es lo que mantiene el doctor Ferdinand von Hochstetter, profesor de mineralogía y geología en el Instituto Politécnico de Viena, y uno de los hombres más auténticamente capacitados con respecto a la Historia Natural de Nueva Zelanda:

Lo mismo que las especies de Aptéryx de las dos islas difieren entre sí, también las especies de *Moas* de la isla del Norte parecen diferenciarse de las que hallamos en la isla del Sur.

El estrecho de Cook, que separa ahora dichas dos islas, debió constituir para tales aves —que no sabían ya ni volar, ni saltar, ni nadar— un obstáculo infranqueable que las impidió, por consiguiente, emigrar de una isla a la otra.

Nueva Zelanda sería un vastísimo continente cuando los *moas* aparecieron en él por vez primera. Las dos islas no debían ser entonces sino una. Pero luego, hace ya mucho, se produjo la separación, la ruptura que hoy las separa: y así, tales aves —procedentes todas de los mismos especímenes—, se fueron diferenciando, unas a un lado del estrecho y otras al otro, hasta acabar por consiguiente, ya sin el menor contacto, ofreciéndonos especies bien diferenciadas en las dos orillas del pequeño brazo de agua.

Según el profesor Owen, las aves de la Isla del Sur son de mayores proporciones, más robustas, más macizas, como vemos en los casos del *Dinornis robustus, elephantopus, crassus y Palapteryx ingens*, mientras que las de la Isla del Norte se caracterizan por sus formas más delgadas y esbeltas, como en los casos del *Dinornis giganteus* y *gracilis*.

Estas diversas especies habitaban las planicies y los valles, y tenían sus refugios en las selvas o en las cavernas. Su alimentación debía consistir, sin duda, en leguminosas y en raíces de helechos que tales aves desenterraban

con la ayuda de sus poderosos picos y uñas. Y para facilitar luego su buena digestión, tragaban pequeños guijarros.

Sabemos esto ya que frecuentemente se han descubierto entre los esqueletos de los «moas», unos buenos montoncitos de tales guijarros. ge-

Fig. 60. — *Reconstitución clásica del aspecto de un gran «moa»*

neralmente calcedonias, cornalinas y ágatas. Y se puede confirmar más aún esta teoría por cuanto sus «primos», la avestruz y el emú, tienen también la costumbre de engullir pequeñas piedras para ayudarse a digerir algunos alimentos, expulsándolas luego cuando el uso ha desgastado ya todas sus aristas.

«La forma del cráneo —prosigue el profesor von Hochstetter— nos ha inducido a pensar que tales aves eran unos estúpidos ejemplares, más bien tardos y alelados, desprovistos de la agilidad del avestruz.

Al parecer, tales animales pasaban el tiempo picoteando machaconamente el suelo y sus aspiraciones se veían suficientemente colmadas con el limitado espacio que les ofrecía Nueva Zelanda.»

En resumen, que el «moa» no parece merecer apenas su nombre científico de *Dinornis*, que quiere decir «pájaro terrible» y que le fué impuesto por el profesor Owen.

Se nos presenta, en suma, como el típico ejemplo de un ave «aburguesada» a causa de una vida pacífica en extremo. Tan aburguesada, repetimos, que la aparición de su primer enemigo ha de condenarla de antemano e irremisiblemente, a la extinción total.

Pero, ¿ha sido ya el «moa» totalmente exterminado por el hombre?

Sí, afirman algunos. Y éstos invocan en favor de su tesis los testimonios de los maoríes quienes enseñan, a quien quiere verlo, un árbol totara —junto al lago Rotorua— donde sus antepasados derribaron el último de los *moas*. El geólogo austríaco von Hochstetter nos hace la siguiente reflexión: «Sería difícil comprender —sin la existencia de tan grandes pájaros— cómo han podido subsistir en Nueva Zelanda unos 300.000 seres humanos, en este país que, incluso en su aspecto vegetal, tan sólo ofrece como alimento las raíces de los helechos.» Forzoso es, pues, deducir que todo ese número de aborígenes debió dar buena cuenta, en no mucho tiempo, del «stock» de carne de *moa* por muy rápidamente que tal animal se multiplicase. Y luego, tal vez luego, es cuando ya, a falta de otra cosa, comenzase el típico canibalismo de los maoríes.

Mas hoy sabemos, por otro lado, que la antropofagia no se ha practicado nunca por razones de hambre, sino que ha surgido de la creencia mágica de la incorporación «por vía digestiva» de las virtudes del difunto. El canibalismo de los maoríes debe ser, a mi juicio, tan antiguo como su pueblo mismo.

Hay otros que niegan la exterminación del *moa* por el hombre, y defienden sus opiniones con idéntico vigor. Pero esta negación puede tener en el espíritu de sus autores, dos sentidos diametralmente opuestos.

Según algunos, el *moa* no fué exterminado por el hombre por la estupenda razón de que su raza ya se había extinguido cuando nuestros antepasados pusieron el pie por vez primera en sus dominios.

La degeneración por gigantismo que se refleja netamente en los esqueletos hubiera podido ser el principio del fin de la tribu de los *moas*.

Otra causa natural bien pudiera ser, simplemente, las épocas de crecidas. Estos pájaros, poco aptos para la lucha e incapaces de volar y de nadar, perecerían bien fácilmente ante las aguas cuyo nivel seguiría inexorablemente ascendiendo. Y por ende, hemos de considerar que las violentas erupciones volcánicas —de las que indudablemente se han hallado trazas— jugarían también su carta en esta gran confabulación contra los pacíficos y apacibles «pajarracos».

Mas para otros, la frase «el *moa* no ha sido exterminado por el hombre» tiene un sentido distinto.

Entienden éstos que si bien tales señaladas causas, más el propio hom-

bre, han debido mermar enormemente las filas *moas*, esta exterminación no ha sido «total». Lo que significa que nuestro pájaro, o al menos determinados ejemplares de menor tamaño, deben hallarse aún refugiados en los inaccesibles recovecos de determinadas zonas de Nueva Zelanda.

Tan extraña disparidad de criterios se explica en parte por la vehemencia de las controversias que acompañaron al descubrimiento de la existencia del plumoso titán.

DESCUBRIMIENTO SIMULTÁNEO DEL «MOA» FÓSIL Y DEL «MOA» VIVO

La historia de nuestro conocimiento del *moa* es mucho más confusa aún que la propia historia del mismísimo *moa*.

Desde hace más de un siglo los hombres se esfuerzan en desvelar el misterio que rodea a este pájaro gigante, pero —¡oh ironías de la suerte!— fueron los mismos hombres quienes precisamente —por precipitaciones o por impericia, por charlatanería o incredulidad— más han hecho porque el misterio siga siendo impenetrable.

El hallazgo del *moa* ha sido anunciado en épocas aún muy recientes, definiendo al pobre como un animal contemporáneo del hombre actual, como un pájaro desaparecido hace muy poco tiempo y, para acabar, ¡como auténtico fósil! ¿Cómo es posible todo eso?

Cada una de estas opiniones vino a crear su «partido», con sus seguidores empecinados, ferozmente contrarios de los de la acera de enfrente. Y así ocurrió que cada uno buscaba sólo argumentos que robusteciesen su teoría, despreciando cualquier indicio —por valioso que fuese— si éste parecía venir a atacar sus propias convicciones.

Y a fin de darnos una idea, lo más justa posible, del problema del *moa*, esforcémonos ahora en examinar, fríamente, sin ideas preconcebidas ni inclinaciones hacia tal o cual lado, todos los diversos testimonios que sobre el caso en cuestión se han recogido.

El *moa* hizo su entrada oficial en el mundo científico en 1838, cuando un fragmento de un gigantesco hueso nos fué traído de Nueva Zelanda por un viajero apellidado Rule; tal reliquia fué adquirida seguidamente por el profesor Richard Owen. El hueso aquel parecía haber formado parte de un buey, a juzgar por sus dimensiones; mas cual no sería el asombro de nuestro docto científico cuando, tras un examen a fondo, se halló ante la evidencia de que se trataba ¡de un hueso de ave!

Ante tan extraño hecho, los amigos del profesor le pidieron redactase una comunicación, al respecto, para la «Zoological Society». Y así fué como el 12 de noviembre de 1838, Owen leyó a sus colegas un informe en el cual se revelaba «que ha existido —y quizá existe aún— en Nueva Zelanda, una rara especie de aves corredoras de un tamaño mayor aún que el del avestruz y mayor también que cualquiera de todas las especies hasta ahora conocidas».

Respecto a que tan extraña y descomunal ave existiese en los remo-

tos tiempos, nadie dudaba. Lo había dictaminado así el profesor Owen, auténtica autoridad en la materia, luego, punto en boca. Ahora bien; que existiera o, incluso, que hubiese llegado a ser conocida por el hombre, era ya otro cantar diferente y muchas personas se reservaban su opinión a tal respecto.

¿No era raro, por ejemplo, que el capitán Cook no hubiese oído ya hablar de tan raro bicho durante su estancia en la isla, en 1773, aun a pesar de que éste interrogase bien profundamente al jefe Tawaihura sobre la fauna local? Y no sólo se trataba de Cook; muchos otros viajeros habían recorrido luego la isla sin que en ninguno de sus relatos hubiese la menor mención de tan enorme ave.

Estas objeciones llevaban, realmente, aires de ganar la lucha y así continuaron en cabeza por algún tiempo. Mas luego, en el mismísimo 1838 aún, se publicó una obra en dos tomos en la que el autor, un comerciante israelita llamado J. S. Polack —que había pasado más de dos años (entre 1834 y 1837) en la costa oriental de la isla del Norte— afirmaba que una especie de emú, o un gran ave del género *Struthio* (avestruz) existió en aquellos parajes antiguamente.

«No tengo ni la menor duda sobre ello —seguía diciendo—, ya que he visto personalmente un buen número de osamentas de un gran tamaño cuando residía yo en las proximidades del Cabo Este; tales esqueletos habían sido encontrados, me dijeron, al pie de una montaña situada en el interior de las tierras; la Ikorangi (Hikurangi). Añaden los indígenas que, hace mucho tiempo, corrían leyendas que hablaban de la existencia de estas grandes aves, mas la escasez de alimentos animales y la facilidad con que estos grandes pájaros se dejaban cazar, fueron las causas ciertas de su rápida exterminación.»

He aquí unas razones que satisfacieron ampliamente a los partidarios de la teoría de la reciente desaparición del avestruz gigante y que explicaban, en todo caso, por qué Cook no había oído ya hablar de la existencia de tal monstruo. Pero el relato de J. S. Polack iba más allá. Y al hablar de la isla del Sur, seguia diciendo:

«Sé con certeza que los ornitólogos del mañana quedarán realmente estupefactos ante el descubrimiento —por las gargantas montañosas más ocultas y por las inexpugnables regiones salvajes de la Isla Victoria (=Isla del Sur)— de numerosas aves que se cuentan hoy en día como desaparecidas. Tengo la seguridad —a base de un gran número de testimonios procedentes de los indígenas— de que una especie de avestruz sigue existiendo aún en tan incógnito país, y justamente en aquellos recónditos parajes en que raramente ha puesto el hombre su pie. Entre los indígenas más ancianos circulan también leyendas según las cuales los *atua* (1), cubiertos de pelo y con estructura de ave, atacaban a los indígenas que osaban entrar en sus dominios, los aplastaban bajo su enorme peso, y luego, una vez muertos ya, los devoraban tranquilamente. Tales tradiciones van pasando así a los jóvenes indígenas quienes las aceptan y hacen suyas con toda la fe, si bien las escuchan con aire maravillado.»

(1) Los maories dan el nombre de «atua» a todo ser sobrenatural, tanto a su divinidad suprema como al más insignificante de sus diablejos.

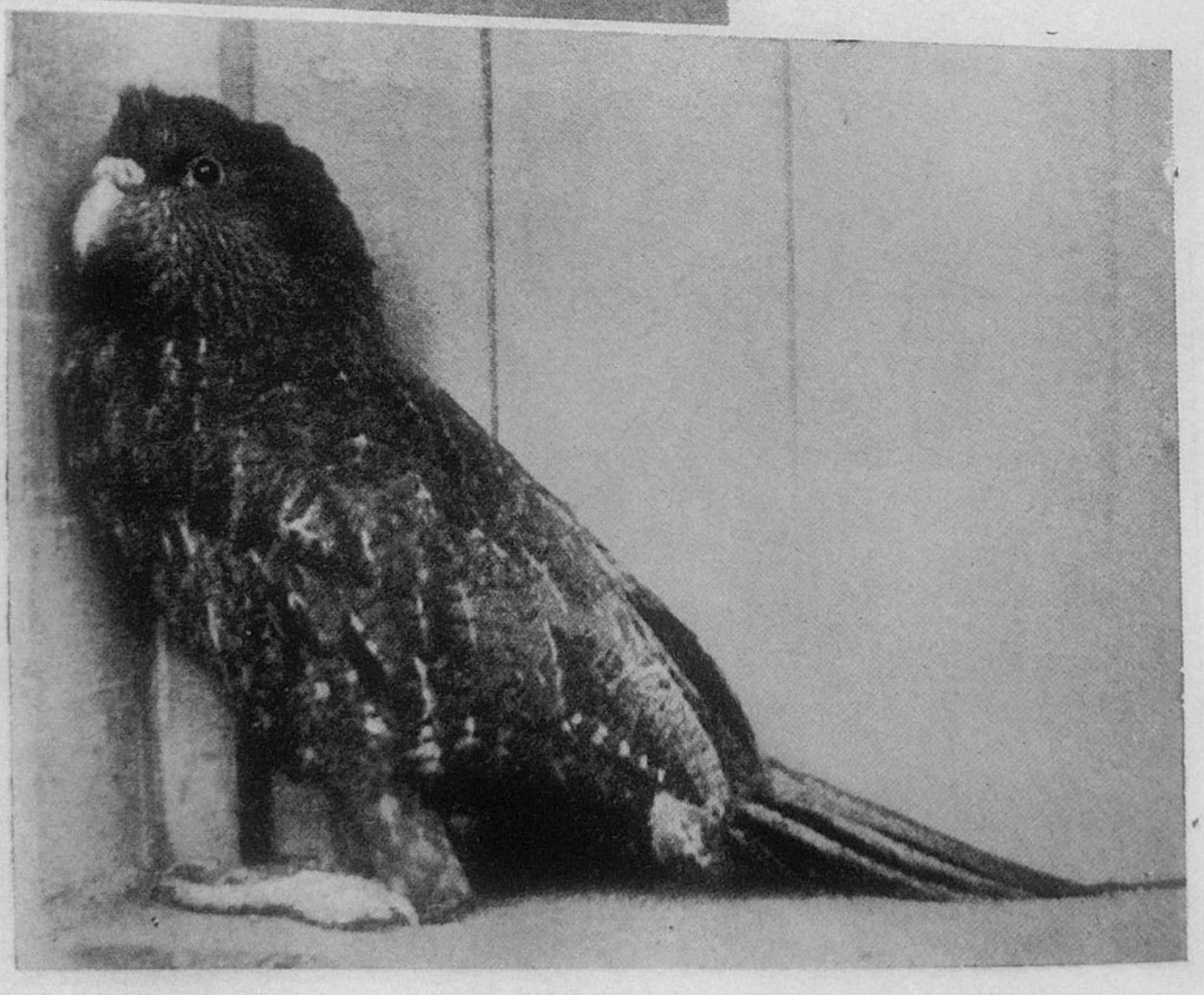
Los Koalas, auténticos osos de peluche con vida, son en realidad los Lemúridos de bolsillo de Australia

(C. Popper-Atlas Foto)

Y esos conejos grandes como bisontes, localizados en los desiertos australianos, ¿no serán quizás unos canguros desmesurados?

(C. Sciences et Avenir)

El Kiwi o Aptéryx de Nueva Guinea, un primo en miniatura del Moa
(C. Popper-Atlas Foto)



En Nueva Zelanda incluso los mismos loros no vuelan: el Kakapo es de costumbres nocturnas ¡y excavador!
(C. Popper-Atlas Foto)

El señor Colenso, un impresor neozelandés, naturalista también en sus ratos libres, se permitió objetar luego que el referido Polack no sabía ni tan siquiera escribir correctamente, y reclamaba sus propios derechos alegando que él, y nadie más que él, había sido el primero en hablar sobre el *moa*. Mas dejando a un lado rivalidades y discusiones, lo cierto es que el libro referido es el primero que incluyó noticias sobre tal pájaro gigante. Y así, cuando Owen habló sobre el misterioso animal, fue obligado a mencionar, en una discreta nota, que las «osamentas fósiles» descritas por Polack eran las de un ave y que, desde luego, las tradiciones por él relatadas eran absolutamente correctas.

Observemos ya de paso que el señor Polack no habló jamás de osamentas «fósiles» y que, por contra, él mismo había admitido que los gigantescos huesos que le mostraran eran los de un ave. Y señalemos también que el libro del mercader judío había aparecido antes de que Owen pronunciase su genial diagnóstico sobre la naturaleza del fémur obtenido por el señor Rule, con lo cual, claro está, el referido veredicto pierde así una enorme parte de su valor. Nada nos prueba, en efecto, que el eminente zoólogo no hubiese tenido un conocimiento previo de tal obra, «antes» así de exponer sus brillantes conclusiones.

EL ESPANTOSO «MOA» DE LA COSTA ORIENTAL

Dicho esto, parece ser así, en principio, que fuese el señor Colenso el primero en haber mencionado el nombre *moa* en la literatura.

En diciembre de 1837, un misionero protestante, el reverendo William Williams, acababa de terminar la publicación del primer Nuevo Testamento en lengua maorí. Y agotado por tan descomunal tarea, decidió tomarse unas vacaciones en compañía de su amigo el impresor Colenso. Dicho y hecho, nuestros dos hombres partieron el 1.° de enero de 1839 de la Bahía de las Islas donde habitualmente residían.

En 1842, el señor Colenso nos hablaría en los siguientes términos —desde el *Tasmanian Journal*— del incidente más memorable de aquella vacación:

«En el curso del verano (austral) de 1838, visité en compañía del reverendo W. Williams diversas tribus de las que pueblan el distrito de la costa oriental. Cuando nos hallábamos en Waiapu —localidad ésta con gran población, y situada a unas veinte millas al sudoeste del Cabo Este— oí hablar a los indígenas de un animal monstruoso. Mientras que unos decían que era un ave, otros aseguraban que se trataba de «una persona». En lo único que todos se hallaban acordes es en que se llamaba *moa;* coincidían los más en que si bien tenía todo el aspecto de un inmenso gallo doméstico, su cara, por contra, recordaba la de un hombre; que habitaba en una caverna situada en el flanco de una montaña (la Whakapunake); que vivía allá con aires de gran señor y que estaba cuidado y defendido por dos enormes *tauteras (Sphenodon)* que, al estilo de Argos, velaban sin descanso en tanto que el *moa* se entregaba al sueño; y todos estaban conformes, por fin, en que si alguien se arriesgaba

a introducirse en la guarida de tamaña fiera, no tardaba ni dos segundos en caer muerto a sus pies.»

Colenso aprovechóse, pues, de tal leyenda así recogida, para pretender haber sido el primer hombre blanco que fué informado acerca de la existencia, en Nueva Zelanda, de un extraño pájaro gigante. Pero, en realidad, el hecho cierto parece ser que, en aquellos momentos, él no creyó ni una sola palabra de cuantas componían tan «imaginativo relato». De otra forma, lo hubiera discutido y comentado, sin duda alguna, con su compañero de vacación, el reverendo W. Williams. Mas luego habíamos de ver que cuando un año más tarde, en enero de 1839, regresó dicho misionero a la costa oriental, en compañía de otro colega, el reverendo Richard Taylor, manifestó éste que jamás había concedido ni el menor crédito a la historia de las aves gigantes. Hasta incluso, si le apuraban, que no había oído nunca relatar leyendas al respecto ya que, de otra forma, las habría considerado o, al menos, discutido.

En todo caso, veamos lo que se desprende del relato del reverendo Taylor:

«Me hallaba en la casa de un indígena, en Waiapu, en compañía del reverendo Williams, cuando observé un gran fragmento de hueso sujeto o pegado en el techo de la habitación. Conseguí desprenderlo de su sitio y lo examiné con atención, sospechando pudiera tratarse de restos humanos; mas cuando ví su peculiar estructura, lo mostré a mi compañero [...] y le pregunté abiertamente si no creía él, como yo, que se trataba de un hueso de ave.

Esta sola idea le hizo prorrumpir en carcajadas, trás lo cual me respondió: «¿Y qué clase de pájaro iba a tener unos huesos de tal tamaño?»

Los indígenas, por su parte, afirmaron muy serios que aquel hueso había formado parte integrante de un *tarepo* un enorme pájaro que habitaba en las cumbres del Hikurangi y con cuyos huesos ellos construían luego sus mayores anzuelos y arpones [...]

Les pregunté yo entonces si aún era posible hallar tales aves, respondiéndome a esto que aún vivía un ejemplar, al menos, de un descomunal tamaño, en una gruta, donde le servía de escolta y de guardaespaldas un gran lagarto. El animal en cuestión tenía además la costumbre de estar siempre apoyado ¡sobre una sola pata!

El reverendo Taylor no quiso quedarse con la duda. Por consiguiente logró cambiar, chalaneando, el misterioso hueso por un buen puñado de tabaco. Luego, envió tales restos a Inglaterra, acabando éstos por llegar así, por mediación de Sir Everard Home, hasta el propio profesor Owen. Mas en todo este intervalo, Owen había recibido ya también el fémur conseguido por el señor Rule en la propia costa oriental y, consecuentemente, publicado su primera comunicación ya citada.

De todo esto puede sacarse ya la deducción siguiente: que al igual que Colenso no tenía plenos derechos a proclamarse «el primero que habló del *moa*», tampoco el reverendo Taylor lo tenía para escribir más tarde en su libro *New Zealand and its inhabitants*, publicado en 1855: «Yo fuí el primero en descubrir sus restos, en el año 1839, en Tauranga (Turanga) y luego en Waiapu.»

Cuando el misionero Taylor volvió a la Bahía de las Islas en el mes de febrero, se encontró allí con otra persona que también había oído hablar del *moa*, y que acababa de llegar en aquel entonces de Taranaki, o sea de la costa occidental: era el naturalista alemán Dr. E. Dieffenbach, de la New Zealand Company. Resultó que cuando el sabio germano trató, un buen día, de escalar el monte Egmont, un jefe indígena le disuadió de su idea, alegando que aquella montaña estaba «celosamente guardada por un *moa* (o *movie*).»

Y como quiera que Colenso era en aquella época vecino de Dieffenbach en la Bahía de las Islas, parece muy verosímil que el relato del alemán llegase a oídos del impresor del Nuevo Testamento en lengua maorí, haciéndole recordar que él mismo había oído cosas parecidas un año antes e igualmente relativas a un «pájaro-demonio con rostro humano».

Cuando tuvo ocasión, al igual que Dieffenbach, de examinar los huesos recogidos por el reverendo Taylor (y más concretamente el de un dedo de una pata), comprendió por vez primera que las leyendas indígenas no estaban, como pudiera pensarse, desprovistas de fundamento.

RIVALIDADES DE COLECCIONISTA Y QUERELLAS POR LA PRIORIDAD

Colenso se decidió así a aprender más sobre el misterioso pájaro. Dos años más tarde volvió a dirigirse nuevamente hacia la costa oriental guiado por tal propósito. Abandonó la Bahía de las Islas el 13 de noviembre de 1841, a bordo de un barquito que debía conducirle hasta la Bahía de la Pobreza. Pero mucho antes de llegar a tal punto de destino, puso pie en tierra en Wharekahike —en la Bahía de Hicks, entre los cabos Runaway y Este—, prosiguiendo por tierra su viaje hacia el sur, en dirección a Rangitukia, gran punto de aglomeración de la tribu de los ngatiporu, y situado en la orilla izquierda del río Waiappu. Fué allí justamente donde él se hizo con sus primeros huesos de *moa:* cinco fémures, una tibia y un hueso indeterminado.

Prosiguiendo su viaje hacia el sur hasta la Bahía de la Pobreza, halló allí a su viejo amigo el reverendo William Williams quien, en tal intervalo, había llegado a ser ya arcediano, instalándose, desde un año atrás, en Turanga (Gisborne). Éste, a su vez, había recogido también de entre los indígenas un cierto número de huesos de *moa*, con la intención de remitirlos luego al profesor Buckland, en Oxford.

Colenso añadió a esta colección algunas de las piezas por él halladas; mas como luego veremos, bien pronto trató, por su parte, de enviar todos sus hallazgos a las más altas autoridades en la materia.

Y tras dejar a su amigo el arcediano, nuestro hombre continuó explorando toda la costa oriental; día tras día fué preguntando a cuantos indígenas hallaba, sobre la existencia de huesos de *moa*. Llegó así un buen

día cerca de la punta calcárea de Whakapunake donde, según los rumores oídos cuatro años antes, se hallaba la gruta en la que el *moa* viviente tenía su guarida, y desde la que, por tanto, sembraba el terror en toda la comarca. Pero los indígenas del lugar le hicieron cambiar bien pronto de rumbo, con el pretexto de que el *moa* vivía en aquella época más allá, en los montes Whaï-iti.

En otra ocasión, los mismos indígenas mostraron a Colenso una huella de pie fuertemente marcada —o impresa, casi— en un sector arcilloso cercano a la Bahía de Hicks. Era, según contaban, la señal de un pie de *rongokako*, uno de sus más ilustres antecesores. La huella siguiente —en la que acabaría, pues, el paso que allí se comenzaba— estaba situada en la Bahía de la Pobreza, ¡tan sólo a unos 80 kilómetros de la primera!... Al parecer, aquellos primitivos conocían ya la famosa historia de las botas de siete leguas...

Colenso no soñó, ni por un solo instante, que aquella fábula tuviera la menor relación con el animal cuyos huesos él buscaba, mas poco después hubo de comprender que tales marcas habían sido justamente dejadas por el fabuloso *moa*, si bien el paso habría de ser necesariamente «algo» más pequeño de lo que los primitivos aborígenes pretendían.

Volvió al fin nuestro paleontólogo *amateur* a la Bahía de las Islas, en abril de 1842, dedicándose con nueva fiebre a completar su colección de huesos de *moa* que había ya decidido enviar luego a su amigo Sir W. J. Hooker para que éste la sometiese a la consideración del profesor Owen. Y, a la vez, comenzó a redactar un informe sobre sus propias experiencias con respecto al *moa* y, una vez terminado, lo pasó al *Tasmanian Journal of Science*, en agosto de 1842. La referida revista publicó por fin tal artículo, pero ya en el año 1843.

Colenso se propuso entonces, al precio que fuese, haber sido el primer hombre que hiciera conocer al mundo civilizado la existencia de esta gran avè gigante.

Consecuentemente pretendió *mordicus* no haber visto jamás la primera memoria de Owen —aparecida en 1839—, ni haber oído hablar de ella, ni tan siquiera haber conocido a nadie que pudiera haberla leído. Lo cual no dejaba de ser raro, puesto que tras la aparición del docto informe del sabio inglés, todos los periódicos neozelandeses se hicieron eco de tal asunto que venía así a aportar una nueva y misteriosa maravilla para el folklore de las islas. Por si ello era poco, se habían editado a la vez algunas centenas de «separatas», en las que se transcribía íntegramente el referido informe de Owen. Y éstas se distribuyeron justamente entre los colonos de Nueva Zelanda y entre los misioneros, puesto que estos últimos, sobre ser tenidos como los «intelectuales» de las islas, eran además los más interesantes colaboradores, dado su continuo y estrecho contacto con el elemento aborigen.

En suma, que por aquel entonces se produjo allá una verdadera epidemia de «prioridad». Cada uno había sido «el primero» en oír hablar del ave; «el primero» en ver sus huellas, «el primero» en encontrar sus

huesos. Y para conseguir tales «éxitos» no dudaban en trastocar las fechas, en tergiversar los hechos y en ver todo, en resumen, con cristales del color más apropiado a sus deseos. Luego, es claro que tales testimonios llegasen a valer cero, desde el punto de vista científico al menos.

Y así, nada tiene de extraño que un frío y acerado escepticismo se alzase en todo el mundo cuando llegó la primera noticia sobre un *moa* viviente.

Sin duda, alguien que no consiguió ser «el primero» ni en difundir noticias, ni en hallar huellas, ni en encontrar restos, quería sacarse ahora la espina gracias a la prioridad de esta nueva fábula: «la supervivencia actual del mítico *moa*».

En todo caso, el gusanillo de la desconfianza había ya llegado hasta el corazón de la manzana.

¿EN QUÉ ÉPOCA HABRÁ VIVIDO EL MOA?

Allá por el año 1842, el arcediano Williams había mandado ya un gran número de huesos «moas» al Dr. Buckland, convenientemente embalados todos para evitar desperfectos. El médico en cuestión ofreció sus tesoros al Colegio Real de Cirujanos, y justamente gracias a tales restos pudo el Dr. Owen llegar a reconstruir las impresionantes patas del *Dinornis giganteus;* tal animal debería medir, según sus cálculos deductivos, más de 3 metros de alto. Quedó también demostrado, al mismo tiempo, la existencia de no menos de 4 especies, de tamaños y corpulencias bien distintas. Todas estas conclusiones obtenidas por Owen fueron objeto de una segunda nota o comunicación sobre el *moa,* que fué publicada en enero de 1843 en los *Proceedings of the Zoological Society.*

Algo más tarde, se hallaron por vez primera en la Isla del Sur —en la desembocadura del Waikouaïti, y al N. de la península de Otago— otros huesos de *moa.* Tal prioridad correspondió esta vez, y realmente, al señor Percy Earl y al doctor Mackellar.

Pero la mejor cosecha fué, indudablemente, la que logró, entre 1847 y 1850 y en ambas islas, Walter Mantell, hijo del famoso geólogo y paleontólogo británico Gideon Algernon Mantell. Comprendía ésta no menos de mil huesos separados e incluso fragmentos de piezas óseas descomunales que tenían incluso 25 centímetros de grosor. Toda esta vasta colección fué adquirida por el British Museum y pasó a completar así el ya amplísimo material de trabajo del profesor Owen. Con tan abundantes pruebas pudo éste, finalmente, redactar su ya clásica monografía *On Dinornis.*

Entre todos aquellos huesos recogidos por Walter Mantell se encontraba el esqueleto de un *moa* que apenas si llegaba a medir 1,50 metros de alto, pero tan pesado y tan macizo que Owen no dudó en bautizarle *Dinornis elephantopus,* «el terrible pájaro con patas de elefante». La tribu de los «moas» contaba ya así no sólo con ejemplares altos como

jirafas, o reducidos en sus dimensiones como un vulgar pato, sino también, desde aquel momento, con verdaderos paquidermos.

La pregunta surgió en seguida: ¿En qué época justa habían vivido todos aquellos ejemplares?

Dejando a un lado todas las tradiciones indígenas, se podían sacar ya datos más consistentes del solo estudio de tales osamentas y de los terrenos en que aquellas fabulosas aves habían dejado marcadas las huellas de sus pisadas. Evidentemente —y en esto no había duda— algunos de tales huesos eran auténticos fósiles y podía fijarse para ellos una procedencia de la Era Terciaria (Mioceno) o sea, en números redondos de hacía ya entre 15 y 35 millones de años. Pero la mayor parte de los huesos eran «subfósiles» o, dicho de otra manera, huesos tan «frescos» aún que no habían tenido tiempo de «petrificarse», o, más exactamente, de impregnarse de sales minerales.

«El estado prácticamente no descompuesto de los huesos —escribía Ferdinand von Hochstetter a propósito de los restos de *dinornis*—, su presencia entre las arenas y en las grutas calcáreas asociados a los restos de otros animales aún existentes en Nueva Zelanda, viene a probarnos, sin sombra de duda, que las aves en cuestión pertenecen a una época geológica reciente, por lo cual su antigüedad, o su edad, puede tanto contarse por millares como, quizá, sólo por centenas de años.»

Y como quiera que los maoríes no habían poblado la Nueva Zelanda sino dos o tres siglos antes de que Tasman divisase el archipiélago por vez primera, en 1642, el estado relativo de frescura de los huesos referidos no nos sacaba de dudas sobre si el hombre había llegado o no a ver aún algún *moa* en estado vivo. Se sabe, además, que en determinadas condiciones y circunstancias, los huesos pueden permanecer en estado subfósil durante miles de años. Con lo cual la solución del enigma se nos aleja considerablemente. Para responder a esta incógnita sólo se tenían, pues, las tradiciones locales.

TOA Y MOA

Forzoso es reconocer que las leyendas recogidas por Polack y sobre todo por Colenso no abogan, ni en lo más mínimo, por un conocimiento directo del pájaro vivo. El carácter demoníaco, agresivo y feroz que los indígenas achacan al *moa*, todo a lo largo de la costa oriental, no parece concordar en absoluto con el temperamento lógico de todas estas aves corredoras y que, según juzgamos, debía ser más indolente y linfático aún que el de los propios avestruces. La descripción según la cual el *moa* era una especie de gigantesco gallo con rostro humano, nos parece, pura y simplemente, una fábula.

Y el hecho concreto de atribuir las huellas de sus pasos a unos héroes legendarios, promovidos incluso a la categoría de semidioses, parece

confirmar la teoría de que los maoríes no han llegado a hallarse nunca jamás cara a cara con un *moa* en carne y hueso.

Todo ello llevó a un escritor neozelandés, llamado H. Hill, a mantener, en 1914, que «ni uno solo de los maoríes conocidos por los misioneros o por los primeros colonos había oído nunca hablar de los «moas» ni mucho menos oído decir que alguno de tales seres hubiera sido visto por sus ascendientes». Según dicho autor, todo lo que los indígenas cuentan sobre los míticos «moas» no son sino meras fantasías nacidas al calor del hallazgo de unos desmesurados huesos, o bien puras y fantásticas tergiversaciones de lo que ellos han oído decir a los blancos con respecto, también, a tales hallazgos. Llega éste a preguntarse, incluso, si el propio nombre de *moa* no será de origen británico. Y, efectivamente, el día 16 de julio de 1912, un viejo jefe maorí, de ochenta y ocho años de edad, le confió en Pakipaki cuanto sigue:

«*Moa* no es el nombre que mis antepasados daban al ave que vivía en estas regiones. Su nombre era el *te kura* o pájaro rojo; y solamente comenzaron a llamarle *moa* al ver que los *pakehas* (los blancos) así le designaban.»

El señor Hill consultó entonces a este respecto con un especialista en el folklore maorí, el coronel C. B. Porter, de Gisborne, quien le relató, a su vez, una versión bien divertida del origen del vocablo *moa*. Según un instruído mestizo con quien él se había encontrado, resultaba que los misioneros y otros viajeros, en general, tras los primeros hallazgos de tales gigantescos huesos, se habían dedicado a asaetear literalmente a los pobres indígenas pidiéndoles siempre «más y más huesos»:

—*More bones! More bones!* —pedían los británicos en su lengua. Y así, guiándose sólo por su sentido y por lo que oían, acabaron los indígenas por interpretar que lo que aquellos blancos querían eran «huesos de *moa*» (*moa bones*), acabando de esta guisa por dar el nombre de *moa* al incógnito animal cuyos huesos estaban tan solicitados.

Pero el coronel Porter, tras relatar esta curiosa y divertida teoría, se apresuró él mismo a echarla por tierra, aduciendo, como prueba, la existencia de un antiquísimo proverbio maorí que dice *Ngaro a moa* (más perdido que un *moa*), equivalente así al *as dead as the dodo* de los anglosajones.

Precisemos, pues, con Berthold Seemann, que el nombre de *moa*, bajo su forma peculiar de Fidji, *toa*, sirve para designar a la gallina doméstica, en tanto que el término polinesio que se emplea para los pájaros voladores es el de *manu* o *manu-manu*. Que los maoríes eligiesen el nombre de *moa* viene a probar, según dicho etnólogo, que ellos sabían a ciencia cierta que tal ave no volaba, de donde se desprende por su propio peso que para saber tal cosa forzosamente habría de haberlo visto vivo.

William Colenso aportó también, por su parte, numerosos argumentos en defensa de la tesis de la contemporaneidad del hombre y del *moa*. Demostró para empezar, que el término *moa* forma parte de numerosos

nombres geográficos y de personas; por ejemplo: *Pukumoa* (vientre o entrañas del *moa*), *Taramoa* (espolón del *moa*), *Moawhanganui* (el *moa* largos años esperado), *Tawakehimoa* (Tawake capaz de afrontar un *moa*). También es cierto que moa designa, a veces, a una hierba costera de aspecto hirsuto *(Spinifex hirsutus)*, mas parece que ello sea precisamente por analogía con el aspecto del falso pelo que constituiría el plumaje de tal pájaro gigante.

Se llama también *raumoa* (pluma de *moa*) no sólo a las hojas del *Spinifex*, sino igualmente a una variedad local de *Phormium*, que les abastece de fibras textiles. Mas a pesar de ello, es evidente hasta no poder más, que todos los nombres compuestos citados más arriba no pueden nunca, ni en ningún caso, referirse a una planta.

Siguiendo con las opiniones de Colenso, los maoríes dan el nombre de *maimoa* a los pájaros artificiales que utilizan como reclamos en las faenas de caza. Quizá sus antepasados utilizaran algunos despojos de *moa* para cubrirse con ellos y poderse así acercar a tan grandes aves, logrando de esta forma cazarlas a traición o, al menos, con ardides.

Si recordamos además que las avestruces tienen la costumbre de abrir su largo pico al viento (¿quizá para refrescarse?), llegaremos a comprender fácilmente otro de los curiosos rumores indígenas que afirma que los «moas» se alimentaban de viento...

Colenso indicaba también que los maoríes habían dado el nombre de *moamoa* o de *hamoamoa* a unos pequeños guijarros esféricos y relucientes, que se encontraban a veces, acá y allá agrupados en montoncitos. Luego habría de quedar aclarado que tales bolitas procedían ciertamente de los estómagos de los «moas». Esto parece demostrar que los indígenas lo sabían ya a ciencia cierta, y por experiencia directa, cuando bautizaron de esta suerte a las referidas canicas.

Colenso acabó, pues, declarando que los neozelandeses llegaron realmente a conocer los «moas», si bien tal conocimiento datase de una época prehistórica (largo tiempo, pues, antes del comienzo de su genealogía como tribu, ya que ésta sólo se remontaba a unas 25 generaciones, o sea, unos cinco siglos).

El señor Hill, por su parte, llegó a una conclusión diametralmente opuesta. Según su criterio, el *moa* debió desaparecer en el Pleistoceno, e incluso —afinando más— en el Pleistoceno inferior con todas las probabilidades, lo cual nos da así una lejanía de 300.000 a un millón de años.

Estas conclusiones no solamente van en contra de los datos paleontológicos obtenidos, sino que demuestran, a la vez, un sorprendente desconocimiento de determinados aspectos del problema.

CAZA Y DEGUSTACIÓN DE MOAS

Para comenzar, es conveniente señalar que todos los primeros informes relativos al *moa* —y sobre los que se basó justamente el citado

señor Hill— procedían de la Isla del Norte y más exactamente del sector de su costa oriental. Podemos, pues, aventurar ya, que el hecho de que los indígenas de dicha costa no hayan conocido directamente al *moa* parece así, casi, bien probable. Pero ¿tendremos que reconocer entonces que tales indígenas, gentes sencillas y primitivas, han deducido ellos solos, a la vista de aquellos huesos sueltos, que todos éstos habían pertenecido a un ave gigante de tales y tales características? ¿No es cierto pensar que tal tarea deductiva, propia y exclusiva de los más doctos y entrenados paleontólogos, era un trabajo absolutamente fuera de las facultades y de la preparación de tales pueblos primitivos?

Se me podrá objetar que tal definición no fué sino muy fortuita y basada en el hecho cierto —que los maoríes habían de conocer a la fuerza— de que la fauna de su isla sólo se componía de aves. Incluso, también, que su hipótesis primera se viese confirmada algo más tarde por el hallazgo de algunos gigantescos huevos.

Efectivamente, está ya demostrado el hecho de que los maoríes, en alguna época, conocieron tan descomunales huevos a los que llegaron, incluso, a achacarles virtudes mágicas.

Para corroborarnos tales asertos, tenemos el hecho de que en 1865 un naturalista de Londres, el señor J. S. Stevens recibió, procedente de Nueva Zelanda, un huevo de *Dinornis* en un estado casi perfecto. Según los periódicos de Wellington, aquel huevo —que medía 26 centímetros de alto por 20 de ancho— había sido descubierto dentro de una antigua tumba, en Kaikourai, provincia de Marlborough. El esqueleto que ocupaba el sepulcro, y que se hallaba sentado, como en cuclillas, tenía el referido huevo gigante entre sus manos.

Mas, si los indígenas hubieran podido tal vez adivinar el origen de todos aquellos huesos dispersos, relacionándolos con un ave, ¿cómo y por qué habrían podido también intuir el extraño aspecto de su plumaje? Digo esto ya que, como se recordará, Polack hablaba de unas leyendas maoríes relativas a los «*atua* cubiertos de pelo y de forma de pájaro». De entre todos los pájaros de Nueva Zelanda tan sólo el *kiwi* posee unas plumas con aspecto de sedosos pelos. Hubiera sido pues, un extraordinario golpe de suerte el que los indígenas hubieran relacionado, por puro azar, a un *kiwi* desmesurado con los huesos y los huevos hallados en su territorio.

En suma; todo parece hacernos creer que si los maoríes de la costa oriental de la Isla del Norte no han llegado a conocer directamente al *moa*, ni por ellos mismos ni a través de sus antepasados, sin embargo sus leyendas se han basado íntegramente en una exacta, real y cierta descripción del ave gigante. Otros hombres, pues, conocieron verdaderamente al *moa*. Y tales descripciones, tales relatos de testigos oculares, ¿no llegarían luego hasta aquel rincón a través de los viajeros procedentes de otros lugares de las islas?

Y entre todo este bosque de suposiciones nos llega ahora un hecho cierto: Cuando en 1844 el Gobernador FitzRoy hizo una amistosa visita

a los maoríes, en Wellington, en el extremo sur de la Isla del Norte, hubo éste de reconocer que tales aborígenes tenían unos extensos conocimientos sobre los enigmáticos pájaros gigantes. Hablaban de ellos con la familiaridad con que se cita a tal o cual pieza de caza, aun cuando sea de una caza recientemente extinguida. Uno de los maoríes, Haumatangi, un vejete de 85 años que se vanagloriaba de haber conocido, cuando tenía él tan sólo 14, al propio capitán Cook, allá por 1773, pretendía también haber avistado un *moa*, con sus propios ojos, dos años antes de aquella fecha memorable, o sea por el año 1771.

Otro aborigen no menos venerable, llamado éste Kawana Papai, aseguró haber participado personalmente, medio siglo antes, en una partida de caza de «moas» en las llanuras de Waimate, o sea en la Isla del Sur.

Dió incluso detalles bien precisos sobre aquella aventura cinegética. Se organizaban batidas para localizar a tan monumental ave, se la cercaba y se acababa luego con ella a puro lanzazo. La cosa no era tan pacífica como pueda parecer así contada, ya que el descomunal pajarraco se defendía heroicamente —al igual que el avestruz— propinando espantosas patadas a cuantos caían a su alcance. Pero como el ave tenía entonces que apoyar su peso sobre una sola de sus patas para poder golpear libremente con la otra, los maoríes aprovechaban esta circunstancia utilizando un ingenioso truco. La fuerza se dividía en dos bandos; el primero de ellos atacaba abiertamente al bicho, ocupándose tan sólo de enfurecerle y de esquivar sus violentas patadas. Mientras tanto, el otro se iba deslizando sigilosamente por detrás del animal; llegados ya a la posición conveniente, utilizaban unos largos bastones *ad hoc* para enganchar la pata que servía de sostén al ave y así, con violentos y rápidos tirones lograban al fin hacerla caer al suelo.

Se supo también por tal cazador que, para aquel menester preciso, los indígenas empleaban unas lanzas especiales que tenían la propiedad de desgajarse una vez ya dentro del cuerpo de la presa. Y una vez derribada ésta, era inmediatamente descuartizada con la ayuda de unos fuertes cuchillos de obsidiana.

Tras la fructífera caza, tenían lugar, naturalmente, unos pantagruélicos banquetes. Este último hecho viene a ser confirmado por el hallazgo, tanto en la Isla del Norte como en la del Sur y en las cercanías de los campamentos indígenas, de montículos formados íntegramente por huesos calcinados de «moas». Se trataría pues, de los restos de tales festines, liquidados luego por el fuego por obvias razones de higiene. Estos hallazgos y deducciones subsiguientes se debieron a dos naturalistas, llamados Walter Mantell y Cormack.

En resumen: para los maoríes de la parte sur de la Isla del Norte y para los de la Isla del Sur, los «moas» —que parece llegaban a pesar hasta un cuarto de tonelada— representaban una auténtica ganga sólo comparables a esos pavos de Navidad que llegan hasta nuestra mesa, ya debidamente preparados, y sin más trabajo por nuestra parte que el de decir «muchas gracias».

Y como hemos visto, para aquellos que llegaron a «tratar» al *moa*, no tenía éste el carácter terrorífico, demoníaco o infernal que le achacan las leyendas.

Lo cual podrá deberse sin duda alguna, a una distorsión de los hechos, a una tergiversación de los relatos en los que, claro está, la fantasía popular había ido, poco a poco, rellenando a su gusto las lagunas y los claros.

LOS PÁJAROS GIGANTES SOBREVIVIERON MÁS TIEMPO EN LA ISLA DEL SUR

En la Isla del Sur se han recogido no solamente restos más frescos o recientes de «moas» e incluso piezas anatómicas momificadas que conservaban aún la piel y algunas plumas parduzcas con la punta blanca, sino que además las propias tradiciones indígenas se hallan en este territorio mucho más extendidas y. a la vez, tienen todas ellas mayor precisión que las precedentes. Hochstetter se hizo eco de algunas de las leyendas más difundidas:

«Ngahne, uno de los que, según la tradición, descubrieron Nueva Zelanda, describió tal país como la guarida de unas colosales aves. De hecho, incluso existen poemas maoríes en los cuales un padre explica a su hijo cómo hay que hacer para combatir a los *moas*, para cazarlos y darles muerte. Según éste, como quiera que dichas aves eran incapaces de nadar, todo consistía en hostigarlas debidamente, haciéndolas dirigirse hacia la orilla del mar, de un lago o de algún río ancho. Una vez allí, acosarlas más y más hasta lograr cerrar su escapatoria con el líquido elemento. Una vez logrado esto, no había ya sino derribarlas y rematarlas. Otro método —si bien éste mucho más fantástico— propugnaba simplemente arrojar pequeñas piedras —bien calentadas previamente— al paso del ave. Ésta ingería, según su costumbre, tales pedruscos, no tardando luego casi nada en morir con las entrañas achicharradas.»

Yo, sinceramente, siento mucho diferir de la opinión transmitida por Hochstetter respecto a lo fantástico del método relatado. Conociendo la tradicional glotonería y el aturdimiento con que los avestruces, pongo por caso, se tragan cuantos pequeños objetos brillantes encuentran en su ruta, lo cual suele a menudo producirles fatales hemorragias (la mayor parte de los avestruces de los Zoos suelen acabar así), podremos ya comprender perfectamente cómo es, pues, posible cazar a tan estúpidas aves sembrando previamente su camino de piedrecitas calentadas al rojo vivo.

Mas en todo caso, y sea real o imaginario el método, lo que sí queda demostrado es que quien tal relató conocía perfectamente al dedillo las costumbres de los «moas».

Hochstetter pudo también enterarse de todos los beneficios que de los dichos «moas» obtenían los indígenas:

«La carne y los huevos les servían de alimentos; las plumas las utilizaban para adornar sus cabellos; los cráneos eran usados como recipientes donde echar los polvos que utilizaban en sus tatuajes; los huesos eran transformados en anzuelos; y, finalmente, colocaban también los descomunales huevos en las sepulturas, en manos del difunto, para que así sirviese a éste de alimento durante su largo viaje al Más Allá.»

El retrato o la descripción que los maoríes hacen del *moa* es, por lo menos, francamente curioso. Tenía —dicen éstos— un plumaje esplendoroso y, sobre su cabeza, una alta cresta. En conjunto se parecía —afirman— a uno de esos gallos cochinchinos de nuestros corrales, a una de esas gruesas gallináceas de patas emplumadas.

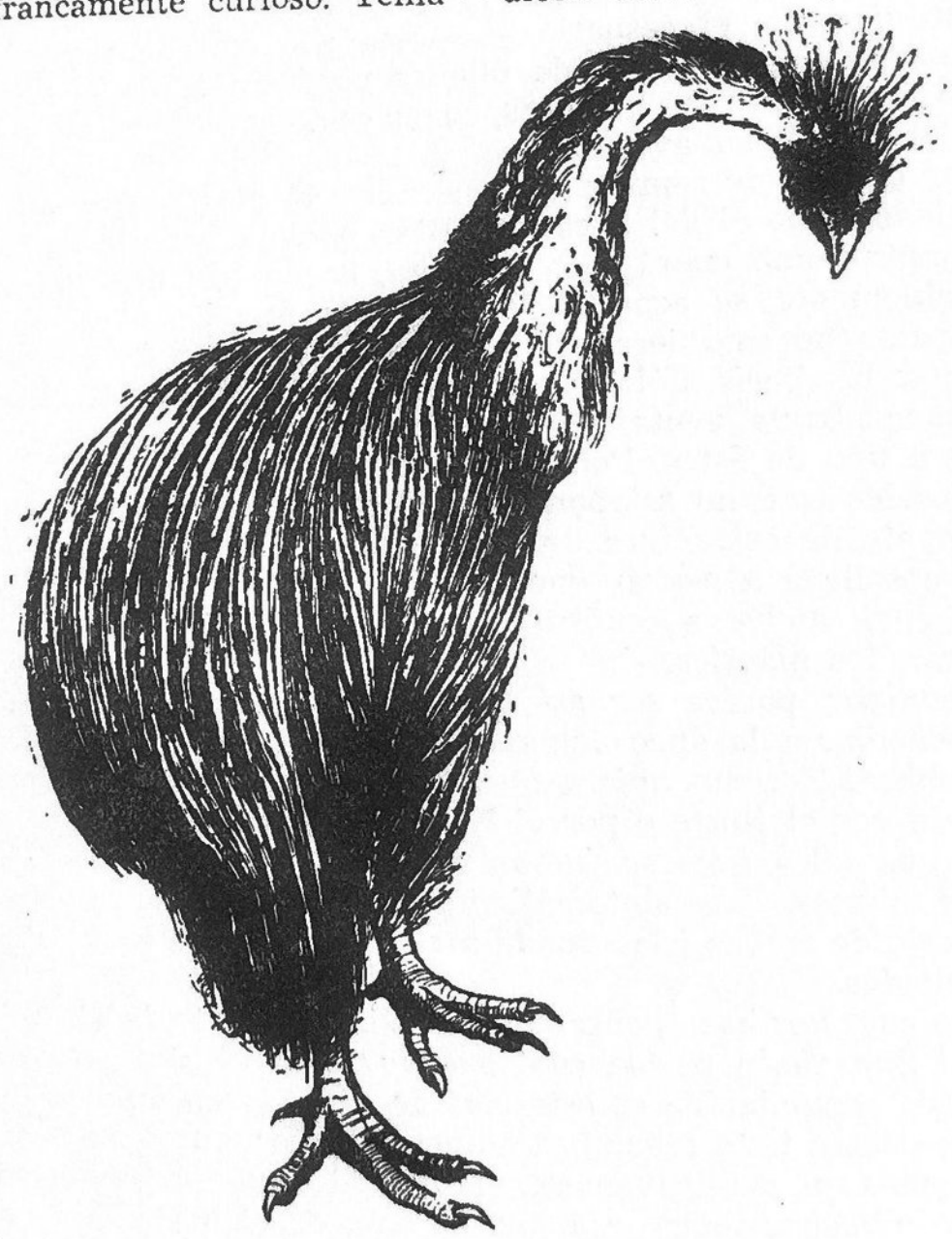


Fig. 61.—*El más probable aspecto del «moa», según las descripciones que de él han hecho los indígenas que lo conocieron*

De tan fantástica descripción hizo luego uso alguien para afirmar

que los maoríes no habían visto jamás a los *moa*. Pero en rigor de verdad, parece ser que es «nuestra» descripción del *moa* la que está más cerca de todas de caer en plena fantasía. Efectivamente, la hemos logrado, en muy gran parte, sobre la base del aspecto de uno de esos pájaros corredores que pueblan las cercanas regiones, a saber, el emú de Australia, de patas peladas y con plumaje de color gris parduzco, oscuro y discreto. Pero ¿hay algo que nos pruebe que los *moa*, o al menos algunos de entre ellos, no tuviesen un plumaje vistoso y alegre, como lo tiene, por ejemplo, el casuario, esa otra ave corredora de Australia? ¿Tan sólo el descubrimiento de plumas parduzcas? Bien pudieran pertenecer las halladas a las hembras, cuyos colores son siempre más apagados, en el reino de las aves.

¿Y por qué ha de representarse siempre al *moa* con un cuello totalmente pelado como el del avestruz? Bien pudiera haberlo tenido cubierto de plumas, como en el caso del emú, hecho éste que haría cambiar muy notablemente su aspecto. Y nada nos permite asegurar tampoco que sus patas no estuvieran igualmente recubiertas de plumaje, como ocurre entre los *kiwis*. Sólo un gran pájaro corredor de las llanuras podría obtener alguna ventaja de tal desnudez, pero ya sabemos que el *moa* no era uno de éstos. Por lo menos, parece innegable que los grandes y colosales *moa* no estaban esencialmente hechos para las carreras.

Finalmente, la estructura del cráneo de determinadas variedades de *Dinornis* nos lleva a pensar que tenían sobre su cabeza una especie de cresta, lo cual vuelve a confirmar el curioso retrato que de tal animal nos hicieran los maoríes.

En resumen: parece ser así que innumerables *moa* vivían aún en Nueva Zelanda en la época en que ésta fué invadida por vez primera por el hombre. Y como quiera que tales conquistas debieron comenzar lógicamente por el Norte o por el Noroeste de ambas islas, vemos así la razón de que tales aves se fueran replegando paulatinamente hacia el sur de las mismas. Y es sintomático a este respecto, que fué justamente en el sudeste de ambas islas donde mayor número de esqueletos de *moa* fueron hallados.

Todo lo cual nos hace pensar que la Isla del Norte fué invadida antes que la del Sur, razón por la cual los *moa* duraron o sobrevivieron más tiempo en la segunda. Ya se está casi de acuerdo en afirmar que la casi total desaparición tuvo lugar hace unos 500 años, antes, pues, de que los hombres poblasen definitivamente la isla, lo que nos explica entonces el que los indígenas interrogados por Cook, en el norte y el oeste de la misma, no tuviesen ya noticias sobre la existencia de tan extrañas aves. Luego, quizá algunos grupos aislados serían cazados todavía, hasta bien cerca del año 1800, en el extremo sur de la isla, como nos lo testimonian algunos restos de tan opíparos banquetes. Mas notemos que los testimonios directamente llegados hasta el Gobernador FitzRoy se basaban, en gran parte, en leyendas tradicionales o en rumores propagados por los maoríes que habitaban al otro lado del Estrecho de Cook. En todo caso,

en la Isla del Sur se tiene la prueba de que estas aves gigantes han perdurado hasta una época bien reciente y que, sin lugar a dudas, existían aún cuando los blancos descubrieron lo que ellos bautizarían luego con el nombre de Nueva Zelanda.

Lo que nos queda, pues, por establecer, es la fecha concreta en la cual se apagó la vida «del último de los *moas*».

TRAS LA PISTA DEL ÚLTIMO DE LOS MOAS

El traficante judío Colenso creía en la supervivencia de los *moas* en la Isla del Sur en los comienzos del siglo XIX. A mitades de ese mismo siglo, el reverendo Taylor exclamaba a tal respecto: «¡No es cierto en absoluto que se hayan extinguido ya, al presente!» Y en su segunda nota, publicada en 1843, el profesor Owen se hacía eco de los rumores recogidos por el arcediano Williams, según los cuales existían aún *moas* vivos en la Isla del Centro, la más extensa de las minúsculas islas del Estrecho de Cook.

Finalmente, en su obra capital sobre Nueva Zelanda, publicada en 1843, Ferdinand von Hochstetter, que conocía admirablemente el país, escribió con un punto de lirismo: «No es absolutamente imposible que en las inaccesibles soledades y en los más recónditos parajes puedan vivir aún los más avezados elementos de tal familia gigante, sus últimos mohicanos.»

Un cierto número de testimonios llega en apoyo de tal hipótesis. Marineros y cazadores americanos de focas pretenden haber visto, en los principios del siglo XIX, algunas monstruosas aves de una altura de 4 a 5 metros (deduzcamos de tales cifras el tanto por ciento de exageración), que recorrían, a lo largo y a lo ancho, las orillas de la Bahía Cloudy, en la Isla del Centro, así como también en las inhospitalarias costas de la Isla del Sur.

Según una comunicación del reverendo Taylor, publicada en abril de 1850 en el *New Zealand Magazine*, un cazador de focas llamado Meurant encontró huesos de *moas*, recubiertos aún de carne, en las inmediaciones de Puerto Molyneux, en la Isla del Sur. Tal hallazgo tuvo lugar en el año 1823.

Más tarde, el 12 de enero de 1861, el *Nelson Examiner* publicaba en los siguientes términos el descubrimiento de unas enormes huellas de pisadas en las montañas que dominan la Bahía Blind.

«En junio pasado, y mientras los señores Brunner y Maling de la oficina del catastro, visitaban los terrenos situados entre Riwaka y Takara, descubrieron, una mañana, las huellas de pasos de algo que parecía ser un pájaro realmente gigante; la pista acababa perdiéndose por entre las malezas y las rocas. Tales marcas medían 35 centímetros de largo, con una envergadura de 27 centímetros contada entre las dos extremidades de los dedos laterales. Otras huellas parecidas fueron halladas pocos días después, y como quiera

que en tal región abundan las grutas calcáreas todo hace pensar que algún *moa* debe hallarse aún con vida por aquellos parajes.»

Hochstetter, personalmente, no concedía gran crédito a todas esas historias. Según él, el mayor representante aún vivo del grupo de las aves corredoras neozelandesas era sin duda un *apteryx* gigante *(Apteryx maxima)*.

¿Un *apteryx* gigante?

En realidad, no sabemos más sobre tal ave —incluída sin embargo en la fauna neozelandesa actual— que lo poquísimo que conocemos o que nos figuramos sobre el pretendido *moa* aún con vida.

EL ROA-ROA: ¿MOA *ENANO* O KIWI *GIGANTE?*

De entre los *kiwis* hemos llegado a conocer perfectamente bien tres especies, aun a pesar de sus inveteradas costumbres nocturnas. Estas son, la *Apteryx mantelli*, que está confinada en la Isla del Norte; la *Apteryx. australis*, cuya zona de residencia se limita a la del Sur, y la *Apteryx oweni*, que se encuentra en ambas islas. Allí donde dos de dichas especies coexisten, los indígenas las diferencian y distinguen simplemente por el tamaño, denominando *kiwi-nui* a la mayor y *kiwi-iti* a la más pequeña.

Ninguno de tales *kiwis* sobrepasa del tamaño de una gallina, pero todo nos hace pensar que debe existir aún otra variedad, bastante más grande, y a la que los indígenas maoríes llaman *roa-roa*. He aquí un relato de Hochstetter a este respecto:

«El señor John Rockfort, ingeniero provincial del Catastro, destinado en Nelson (Islas del Sur) regresaba de una expedición por la costa occidental de la provincia, justo cuando yo me hallaba en la citada plaza. Y este ingeniero describió en la siguiente forma tal especie —en el *Nelson Examiner* del 24 de agosto de 1859— que no debe ser rara en el territorio Paparoa, entre los ríos Grey y Buller: "Un *kiwi* viene a tener más o menos el tamaño de un bien cebado pavo y posee tan fuertes espolones en sus patas que cuando, por ejemplo, es atacado por un perro sabe usarlos, logrando salir vencedor de muchos de estos combates." Mi amigo Julius Haast me ha escrito una carta, fechada en julio de 1860 y remitida desde unas 10 millas más arriba de la desembocadura del Buller (allá por las alturas de los montes Buller, que ya desde una altitud de 600 ó 900 metros se hallan en esta época invernal cubiertos de nieve), diciéndome que las huellas de pasos de un gran *kiwi* —de un tamaño probablemente igual al de un gran pavo— son muy frecuentes sobre la nieve y que, durante las noches, él mismo ha oído repetidas veces el grito singular de tal ave. Mas no habiéndose llevado su perro de caza en tal viaje, no ha logrado capturar ningún espécimen.»

Esta noticia, difundida igualmente por el *Nelson Examiner*, vio la luz inmediatamente después de la obra de Charles Darwin, *El origen de las especies por vía de la selección natural*. Y como quiera que por

tal causa se había puesto «muy de moda» la Zoología, todo el mundo se apasionó en seguida con el problema de aquellas enigmáticas huellas tan profusamente marcadas sobre la nieve.

¿Se habría conservado intacto en Nueva Zelanda, en el seguro refugio de sus montañas, algún miembro de la poderosa tribu de los *moas?* Esto, incluso Darwin llegó a considerarlo como «posible».

Que yo sepa, jamás se ha logrado encontrar ningún esqueleto de este nuevo y misterioso pájaro. Todo lo más que poseemos de él son algunos fragmentos de piel, recubiertos aún de plumas y que se hallaban convertidos en adornos de la gran capa de ceremonias de un jefe maorí.

Así, pues, es lícito preguntarse qué es lo que autorizó a algunos a deducir que habría de ser un representante del género *Apteryx.* Los «kiwis» no poseen espolones; es decir, carecen de este cuarto dedo desarrollado. ¿No será mejor pensar, tal vez, que pueda tratarse de un pequeño «moa» del género *Anomalopteryx,* por ejemplo, cuyo tamaño se acerca muy sensiblemente al del pavo ¿O es tan sólo para poder afirmar categóricamente que no existen ya «moas» por lo que se ha preferido relacionarle con los *Apterix*? Después de todo, ¿tiene más aires de verosimilitud acaso esto de hablar de repente de un «kiwi» gigante que nadie ha visto?

El «kiwi» ha recibido este nombre a causa de su agudo grito de «k-wiii» que recuerda mucho un silbido. Es bien significativo que los indígenas bauticen con el nombre de «roa-roa», bien diferente por cierto, al gran ave que ahora nos ocupa, en tanto que siguen llamando «kiwi-nui» al «apterix», de tamaño grande.

La supervivencia hasta casi nuestros días de un pequeño «moa» ha sido confirmada también por el testimonio de Sir George Grey, transmitido por Sir Walter Lawry Buller, en su clásica «Historia de las aves de Nueva Zelanda».

«Me dice sir George Grey que en 1868, y mientras se hallaba en Preservation Inlet (cerca del extremo austral de la Isla del Sur), unos indígenas le contaron, con toda clase de detalles, cómo habían dado caza y muerte a un pequeño *moa* que formaba parte de un reducido grupo de seis o siete especímenes.»

Sería poco correcto, por nuestra parte, poner en duda el testimonio de un hombre que fué gobernador de diversas colonias y dominios del Imperio Británico, e incluso primer ministro de Nueva Zelanda.

Y de hecho, nada nos afirma ni nos demuestra que los «moas», incluso los de tamaño superior, no hayan podido sobrevivir hasta nuestros propios días. Sabemos por los maoríes que estas aves son altamente discretas y muy aficionadas a ocultarse y a estar solas. Se ha supuesto siempre —por analogía con otras aves corredoras— que los miembros del gran grupo *Dinornis* habrían de preferir las planicies herbosas. Mas la verdad es que tal grupo está muy ampliamente diferenciado; entre los «moas» los había grandes y pequeños, esbeltos y rechonchos. Y es bien

posible que estas distintas formas se hallasen fuertemente relacionadas con las zonas de residencia, obteniéndose así esbeltos «moas» de llanura, pequeños «moas» de los bosques, y pesados «moas» de las marismas, comparables a los *Æspyornis* de Madagascar. En fin, nada nos prueba tampoco que otros «moas» no encontrasen mucho más saludable y segura la vida nocturna, exactamente al igual que el «kiwi». Y estos «moas» selváticos y nocturnos habrían tenido un enorme número de posibilidades de escapar bien tranquilamente de nuestras investigaciones.

Justamente para verificar esta hipótesis, en 1950 una expedición integrada por sabios americanos y neozelandeses emprendió la aventura de explorar las selvas casi impenetrables de la región de los fiordos del sudoeste de la Isla del Sur.

Los informes procedentes de tal expedición nos dan a entender que se han hallado algunos indicios que nos permiten suponer que determinados «moas» han vivido hasta mucho más recientemente de lo que se cree en general.

Ninguna declaración oficial se ha hecho aún en tal sentido, pero es muy posible que esta reserva haya sido dictada precisamente por el carácter desconfiado —¿podemos decir incluso timorato?— de nuestra zoología contemporánea. O quizá, tales exploradores no han querido decir más para no exponer de esta suerte tal «filón» y poder luego ellos solos seguir recogiendo auténticos éxitos en posteriores expediciones. Puesto que no hay que olvidar que en esta carrera por la prioridad, hay aún un título vacante; el de «primero» en capturar un «moa» vivo.

HALLAZGO DE UN MOHO *FÓSIL Y DE UN* TAKAHE *VIVO*

Vamos a ver ahora, en una forma clara, terminante y divertida, cómo es bien posible que Nueva Zelanda oculte aún «en su manga» más de un animal bien vivo, y completamente desconocido. Y esto nos va a ser demostrado seguidamente, mediante la divertida historia —llena de golpes teatrales— de un curioso pajarraco llamado por los indígenas el *Takahe*. Es una historia memorable, hasta en sus menores incidentes, mas, sin embargo, la relataré en forma resumida. Aquellos lectores que deseen conocerla en toda su amplitud pueden hallarla en uno de los capítulos de esa gran obra llamada «Dragon in amber», de la que es autor Willie Ley.

Desde que la caza de los *moas* quedó abierta en la Isla del Norte, los maoríes comenzaron a mencionar, a todo aquel que quería oirlo, la existencia de otra ave que, antiguamente, les servía de exquisita vianda, pero que, al presente, había llegado ya casi a desaparecer por completo. Llamaban ellos al ave en cuestión *moho*. Y si bien tal animal del tamaño de una oca, no volaba, lo mismo que los *moas* o los *kiwi*, poseía, eso sí, sus correspondientes alas y sus plumas tenían toda la apariencia de tales.

Como quiera que jamás se hallaran ni los menores restos de tal ave, y abundaban, en cambio, cada vez más los de *moas*, se acabó por creer firmemente que su existencia era una pura fábula, clasificándola así entre los míticos «åtua» maoríes.

Mas, sin embargo, en 1847, Walter Mantell —a quien ya conocemos por su fructífera cosecha de huesos de *moas*— consiguió cerca de Waingongoro, en la Isla del Norte, un cráneo y algunos huesos en estado subfósil que parecían haber pertenecido a un enorme rascón o polla de agua. En cualquier caso, el ave aquella poseía ciertamente una quilla o esternón, y no podía pertenecer así al grupo de los *moas* o de los *kiwis*.

Walter Mantell envió tales piezas anatómicas a Londres, a su padre —famoso geólogo y paleontólogo, como ya dijimos— indicándole que pa-

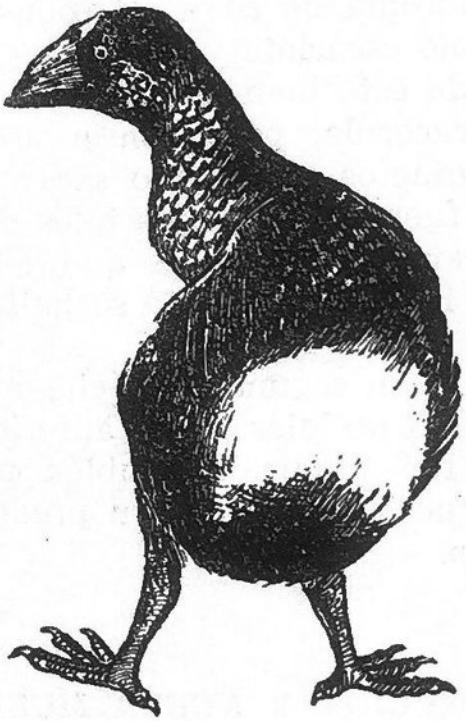


Fig. 62. — *El «takahe» de la Isla del Sur (Nueva Zelanda)*

recían proceder del pájaro al que los maoríes de la Isla del Norte llamaban *moho* y que era conocido, en cambio, en la Isla del Sur bajo el nombre de *takahe*. Consultado el profesor Owen a este respecto, confirmó éste la veracidad de las informaciones procedentes de los indígenas y bautizó luego a la gran ave desaparecida con el nombre científico de *Notornis mantelli*.

Si los colonos no hubiesen tenido la costumbre de hacerse acompañar siempre en todos sus paseos y salidas por sus correspondientes perros, todo se hubiera desarrolládo de muy distinta manera, ya que los hombres tienen, indudablemente, mucho menos olfato que sus fieles compañeros.

En el año 1849 unos cazadores de focas habían montado su campamento en la Isla de la Resolución, uno de los principales islotes formados en la extremidad S. O. de la Isla del Sur por la división de la costa por

un enorme número de fiordos. Un buen día, sus perros les hicieron seguir una clara pista marcada sobre la nieve y constituída por unas netas huellas de algún gran ave. Un rato después lograron al fin divisar al volátil que se hallaba en aquel momento chillando como un condenado y debatiéndose con todas sus fuerzas entre las fauces de un perrazo moloso.

Era un ave provista de un plumaje maravillosamente coloreado de azul oscuro y de violeta por sobre la cabeza y el cuello, de verde aceituna y de verde más vivo por encima del cuerpo y por las alas, de azul metálico en las plumas timoneras, así como en las otras grandes plumas de las alas y de la cola. Finalmente, lucía un bello color azul violáceo por su pechuga y sus costados y un limpio blanco bajo la cola. Para completar esta auténtica sinfonía de color, el robusto pico y las fuertes patas eran de un color rojo escarlata.

Los cazadores —quede esto bien entendido— hicieron pasar a nuestro pobre animal por la cacerola, pero conservaron cuidadosamente toda su piel y su plumaje intactos, esperando sacar de ellos algún beneficio. Por un azar milagroso, fueron comprados tales despojos por Walter Mantell, quien pudo notificar así a Londres que sin lugar alguno a dudas, la desaparecida ave de la Isla del Norte se hallaba aún viva y coleando en la del Sur.

En 1850 fué capturado un segundo espécimen por un maorí de la Isla del Secretario, situada ésta no lejos de la anteriormente citada.

Esta segunda pieza fué adquirida también por Mantell, con lo cual dicha emplumada piel fué a unirse con su predecesora, nada menos que en el «British Museum».

MUERTE, RESURRECCIÓN Y NUEVA MUERTE DEL TAKAHE

Tras este doble golpe de suerte, pasaron casi treinta años sin que fuese posible conseguir un nuevo ejemplar que llegase a enriquecer así la colección zoológica.

Cuando Hochstetter desembarcó en Nueva Zelanda, en 1858, hizo todos los esfuerzos imaginables para hacerse con un nuevo ejemplar, a pesar de lo cual hubo de regresar a Europa con las manos vacías, hecho éste que le indujo a escribir en su obra capital —y con todo despecho— lo siguiente:

> «No se ha vuelto a hallar ni la menor traza de los *Notornis mantelli* desde que se capturó un espécimen en Dusky Bay (Isla del Sur) en 1850.»

Los que siguieron luego sus huellas no tuvieron mayores éxitos, aun a pesar de que existía un maorí que afirmaba rotundamente que tales aves no eran nada raras en las orillas del lago Te Anau. Durante los años 1861-62, un cierto doctor Héctor, encontró huellas de *takahe* cerca de

Thompson Sound y de la parte media del lago Te Anau; en el 1866, un botánico llamado Gibson, logró divisar incluso una de tales aves por entre las altas hierbas de una marisma cercana a Motupipi; y en ese mismo año, nuestros viejos amgos los cazadores de los pequeños *moas* de Sir George Grey aseguraron a éste que los *takahes* eran bastante abundantes. Pero, en resumen, no llegaban nuevas y fehacientes pruebas. Por lo cual, y exasperados por la espera, los sabios europeos decretaron que el género *Notornis* se hallaba extinto. Por una cuestión de casualidad, de mala suerte, ¡se había ido a matar, precisamente a los últimos ejemplares de la especie de los *takahes*!

Y sin una nueva y casual intervención de los astutos perros, los *Notornis* hubieran ya siempre visto su nombre, en nuestros tratados de zoología, seguido de una pequeña cruz fúnebre. Pero felizmente para nosotros, los bravos perrazos seguían velando, sin dejarse influenciar, ni en lo más mínimo, por ideas preconcebidas ni por tales «decretos». Y uno de ellos, que acompañaba a un pacífico cazador de conejos por la provincia de Otago (siempre por los alrededores de los fiordos de la Isla del Sur), se presentó súbitamente ante su amo con un *takahe* aún palpitante entre sus fauces. Esto ocurría en diciembre de 1879. El cazador remató la pieza y luego, vuelto ya a su campamento, la dejó colgada de uno de los palos de su tienda de campaña en espera de que llegase la hora de prepararla para los fines culinarios a que iba a ser destinada. Pero, felizmente, al día siguiente pasó por allí el «station manager» Connor, quien reconoció, al primer golpe de vista, al animal en cuestión. Tras obtener el oportuno permiso del cazador, preparó convenientemente la piel y el esqueleto de aquella «rara ave» y los envió a Londres. Con la consiguiente expectación fueron vendidos allí tales trofeos, en subasta, siendo adquirido por tal método por el delegado del Museo de Dresde..., con la consternación subsiguiente de los administradores del «British Museum», quienes habían autorizado a su representante «a pujar hasta 100 libras». Por tan sólo 5 libras más el alemán logró triunfar, llevándose tan importantes piezas a su patria.

Y en Dresde se hizo, pues, el primer estudio minucioso de un esqueleto completo de *takahe*, pudiéndose establecer así que éste diferia sensiblemente del esqueleto del *moho* descubierto en Waingongoro. Por ello, fué creada la nueva especie *Notornis hochstteri*, que venía a designar, por tanto, a la tan discutida ave, aún existente, de la Isla del Sur.

En virtud de tal bautismo científico, el desafortunado Hochstetter vió recaer sobre sí mismo un poco de la gloria relativa al ave que él buscara siempre con tanto ahinco.

Después, y durante un nuevo período de unos veinte años, el inaprehensible *takahe* continuó jugando al escondite con sus perseguidores. Todo lo más que de él logró hallarse fué un esqueleto incompleto, en 1884, y, en 1892, dos esqueletos enteros. Tales hallazgos tuvieron siempre lugar en las inmediaciones del lago Te Anau. Se sabía, pues, dónde habría que buscarle; mas con todo y eso ni tan siquiera las batidas mejor pre-

paradas lograron alcanzar el éxito. Bueno será decir, en descargo de los exploradores, que tal región, sobre estar casi virtualmente llena de marismas, está absolutamente recubierta de un alto y enmarañado tapiz vegetal en el cual tales aves pueden esconderse bien cómodamente, y que resulta, por otro lado, francamente peligroso para los hombres que se arriesguen a cruzarlo.

Y nuevamente fué un perro quien ganó los laureles de otra captura de un nuevo ejemplar en carne y hueso. El propietario del can, señor Ross, conservó aquel nuevo ejemplar todo entero —incluso las vísceras— mas acabó por vender tal pieza, *única en el mundo*, por la impresionante suma de 250 libras al Gobierno neozelandés, quien a su vez, lo donó al Museo de Dunedin.

Pasó luego un cuarto de siglo sin que el *takahe* dejase ver ni la punta de su pico, con lo cual el mundo científico volvió a dictaminar que el ejemplar conseguido por M. Ross, era —justamente— el último espécimen de la raza.

Bien es verdad que nos siguieron llegando luego rumores relativos a nuevas huellas halladas sobre la nieve, e incluso informes de fuente maorí en las que se aseguraba que las aves en cuestión seguían viviendo, plácidamente, en las montañas, pero que ahora sólo muy rara vez osaban descender a las orillas del lago.

Pero ya hemos visto que la mayor parte de los zoológos suelen encogerse de hombros ante tales informes e incluso tomar a chacota muchas de estas informaciones procedentes de los indígenas.

Este libro, como estamos viendo, está cuajado —desde su comienzo al fin— de animales solamente conocidos, en principio, por sus huellas o a través de las leyendas indígenas. Y no vale, o no suele valer, el hecho de que muchos casos como el presente hayan venido a demostrarnos que tras todo indicio puede haber muy bien un hecho cierto. No. El escepticismo continúa y continuará sin que aprovechemos posiblemente esta clara lección. Como pasó, repito, en el caso concreto de nuestro *takahe*. Cada vez que la lista ave lograba esconderse de los cazadores —y sobre todo de sus perros— durante una decena de años, se la daba ya por raza extinta, se la borraba del censo de los vivos y se la echaba, a escobazo limpio, fuera de las filas de nuestra fauna actual.

EL TAKAHE *ESTÁ BIEN VIVO*

En 1947 hacía justamente un siglo que Walter Mantell probara la existencia (pasada, en todo caso), del *Notornis*. Desde entonces, sólo se lograron capturar cuatro ejemplares de tal ave, aún a pesar de las sistemáticas búsquedas emprendidas al objeto. La última de estas cuatro se remontaba ya a una antigüedad de cincuenta años. ¡Todas las esperanzas parecían perdidas!

Entonces, cuando todo estaba así, el Dr. Geoffrey Orbell, un médico de Invercargill, y hombre de optimismo inveterado, resolvió estudiar él mismo tal problema sin dejarse influir por nada ni por nadie.

En compañía de algunos amigos se adentró en las espesas selvas y bosques que cubren la orilla occidental del lago Te Anau ascendiendo luego por la montaña hasta una altura de 900 metros, en cuya zona tuvo la sorpresa de descubrir un pequeño lago del cual, si bien tenía alguna remota noticia, no figuraba en carta geográfica alguna.

Este hecho le dió nuevos ánimos: si aun era posible, en tal país, que todo un lago permaneciese en el más completo anónimo, ¿no sería infinitamente más factible que un ave, una discreta ave que aún ni siquiera volaba, pudiese vivir tranquilamente escondida por tan desconocidos lugares?

La expedición, aun a pesar de tan halagüeños principios, fracasó. Los exploradores, eso sí, pudieron oír repetidas veces los gritos de unos pájaros desconocidos y hallaron, incluso, huellas de pisadas que muy bien podrían corresponder al escurridizo animal. Pero el *takahe* continuó en absoluto escondido tras su telón.

El doctor Orbell, ya lo hemos dicho antes, tenía un tesón y una fe a prueba de fracasos. Sin desanimarse en lo más mínimo, regresó a aquellos lugares en noviembre de 1948, cargado esta vez con todo el equipo fotográfico y cinematográfico preciso. ¡Era de un optimismo indestructible!

La fortuna, sabido es, sonríe a los audaces. Y quien busca, halla. Sólo el que sabe esperar logra el triunfo. Pues bien, podríamos citar aquí todas las máximas de este tenor, y referidas todas a nuestro animoso médico. De un solo golpe, dos *takahes* cayeron entre sus manos. Los señaló debidamente, anudando unas vueltas de hilo en una de sus patas. luego, como si fueran auténticas «vedettes» del cine, las fotografió desde todos los ángulos, en todas sus posturas. Y, con los tomavistas, impresionó algunos metros de película, siguiendo sus movimientos.

Hecho esto, les devolvió de nuevo su libertad.

EL CAHOW, *UN AUTÉNTICO LÁZARO DEL MUNDO DE LAS AVES*

Un año después, una nueva expedición del Dr. Orbell llegó a dejar sentadas algunas de las costumbres de la enigmática ave: resulta así que es vegetariana exclusivamente; que construye sus nidos en el mismísimo suelo y que no suele tener más que una sola cría —de color totalmente negro— por año.

Una docena de adultos lograron ser vistos. La población total de las dos «colonias» situadas en dos valles contiguos, se estimó en unos cincuenta o cien especímenes.

Y hay que confesar de nuevo que si no hubiese sido por los perros, capaces de olfatear a las aves incluso sin verlas, nada se hubiese podido conseguir puesto que éstas se hallan casi total y continuamente ocultas por la alta y tupida vegetación. A los perros les debemos, pues, nuestro conocimiento exacto sobre la actual existencia del *takahe*.

¿No es éste un buen motivo para una seria meditación?

Toda la historia relatada sirve también para darnos nuevos ánimos y nuevas esperanzas sobre la posible y probable supervivencia del *moa*. Pero ya sé que los impenitentes escépticos me objetarán en seguida: «El

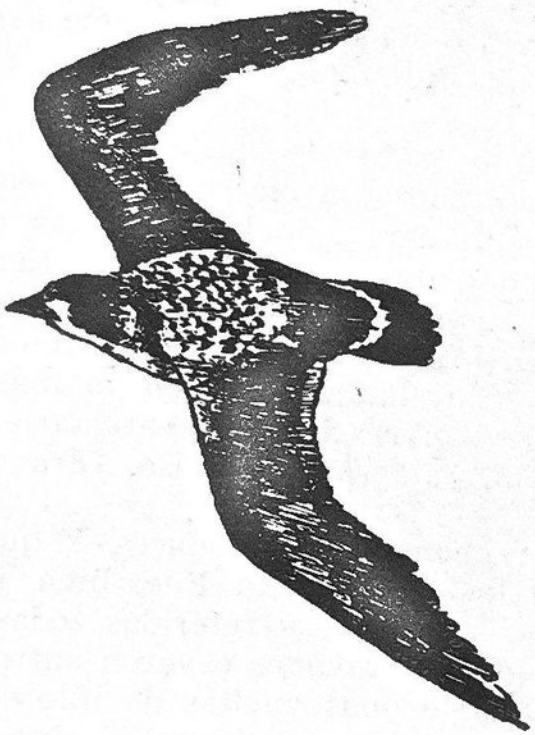


Fig. 63. — *El «cahow» o petrel de las Bermudas*

takahe sólo fué dejado de ver durante cincuenta años, pero el *moa* no ha sido visto desde hace ya un siglo o dos. ¡Es una bonita diferencia!»

Pues bien, para acallar a estos Santo Tomás de la Zoología recordemos, siquiera sea brevemente, la aún bien cercana resurrección del *cahow*.

Hasta hace pocos años se creía unánimemente que este petrel de las Bermudas *(Pterodroma cahow)* había desaparecido definitivamente entre los años 1609 y 1621, como resultado de las despiadadas matanzas llevadas a cabo por los colonos, siempre ávidos de su carne y de sus huevos. Las crónicas de la época nos cuentan que algunos pioneros, enviados a la Isla de Cooper, en la extremidad occidental de las Bermudas, se atracaron en tal forma de *cahow* que acabaron muriendo de indigestión.

En cuanto a la población *cahow*, tampoco sobrevivió mucho tiempo a tales excesos, puesto que fué aniquilada así por la culpa de los colonos,

por un lado, y por el hambre que reinó posteriormente en las Bermudas, por otro. Y es comprensible, hasta cierto punto, que reinando el hambre en tales islas, fuesen las aves quienes «pagasen el pato».

Y a pesar de todo lo dicho, en 1951, un grupo de naturalistas americanos, dirigidos por el Dr. Robert Cusham Murphy, conservador de la sección de Aves del «American Museum of Natural History», hallaron, con gran estupefacción, unos nidos de *cahow* aparentemente recientes y habitados, allá por los acantilados de las pequeñas islas diseminadas a lo largo de Castle Harbor.

Cinco pájaros vivos fueron capturados o mejor aún «pescados», con ayuda de unos largos bambúes acabados en otros tantos lazos corredizos. Bien entendido que una vez estudiados y marcados fueron puestos de nuevo en libertad. Diecisiete nidos fueron luego descubiertos en las oquedades de los acantilados, lo que demuestra que la población *cahow* no estaba integrada tan sólo por algún pájaro extraviado.

El petrel de las Bermudas fué designado como «desaparecido» hace ya más de tres siglos. Y se trata, todo hay que decirlo, de un pájaro volador cuya existencia es por tanto, mucho menos discreta que la de un pájaro áptero, por grande que éste sea. Y hoy, ¡aquí le tenemos resucitado!

La resurrección del *moa*, ¿no podrá tal vez seguir muy cerca a la del *cahow*?

Capítulo XI

«WAITOREKE», EL ABSURDO MAMÍFERO NEOZELANDÉS

«Si la nariz de Cleopatra hubiese sido más corta, habría cambiado la faz del mundo», decía Pascal.

Esto nos parece, ciertamente, algo exagerado, ya que las revoluciones y las guerras, provocadas o no por las más bellas seductoras, nunca lograron afectar sino muy superficialmente, el aspecto de nuestro planeta. Pero lo que no tiene más que un sentido figurado en el caso de Cleopatra, debe ser, sin embargo, tomado al pie de la letra cauando se trata de las mamas del *waitoreke*. Éstas pueden transformar el mapa del mundo pasado, haciendo surgir tierras y hundirse otros continentes como por arte de encantamiento.

¿A quién podrán pertenecer, pues, se preguntarán ustedes, unas glándulas mamarias tan revolucionarias?

EL WAITOREKE *PRECISA LA DESECACIÓN DEL PACÍFICO SUR*

Y luego quizá se sientan ustedes decepcionados al saber que se trata, simplemente, de un pequeño animal discreto, de aspecto vulgar y que no tiene ni el menor aspecto de ir a armar tales revoluciones.

Pero esta modesta bestezuela es un mamífero y es en Nueva Zelanda donde su existencia nos ha sido señalada, es decir, en el único país del mundo —fuera de algunas islas de pequeña extensión— que no contiene mamíferos autóctonos. ¡Que no *puede* contener mamíferos autóctonos, puesto que Nueva Zelanda no estuvo unida con Australia más que en el Jurásico, en épocas pues en que los reptiles tiranizaban aún el mundo, y se separó de ella *antes* de la gran invasión de los marsupiales, que tuvo lugar hacia la mitad del período siguiente!

Mas, ¿sobre qué nos basamos para afirmar tal cosa? En una gran parte, en el estudio de las antiguas fajas geológicas, pero en otra —forzoso es decirlo— en toda una serie de argumentos de orden biogeográfico. Precisamente porque nunca se ha hallado en Nueva Zelanda ni la menor huella de especies autóctonas de mamíferos es por lo que la ruptura de Nueva Zelanda con Australia se situó justamente antes del primer período de expansión de tales vertebrados velludos. Pero si se encontrase allí ahora un ejemplar de tales animales con mamas —que hubiese escapado hasta el presente a todas las investigaciones y batidas— todas las teorías de los paleogeógrafos habrían de ser revisadas en gran parte, puesto que no quedaría otro remedio sino desplazar en el tiempo —con diferencias de decenas de millones de años— las fechas cruciales tenidas hasta ahora por exactas.

Para que el *waitoreke* pudiese haber llegado, sano y salvo, hasta Nueva Zelanda, sería preciso, como Dios lo hizo con Moisés en el Mar Rojo, ir secando delante de él las aguas del Pacífico Sur e ir luego permitiendo que las olas volvieran a enlazarse tras el paso de tales animales, y antes, justamente antes, de que aprovechasen tal «canal seco» los marsupiales.

Vemos, pues, la gran importancia que tiene el establecer, sin lugar a equívocos la condición de «mamífero» del *waitoreke;* de esta cuestión puede depender incluso nuestra visión del globo en los principios del Cretácico.

¿Es, pues, ciertamente, un mamífero este animal?

La primera respuesta posible sería un rotundo sí, por cuanto está recubierto de pelo. Pero, ¡atención!; en este rincón del mundo hay, también, aves, como los *moas* y los *kiwis,* que tienen todo el aspecto de lucir análogos pelajes. No podemos, así, sacar de tal hecho ninguna conclusión definitiva.

Alguien podría pensar —algo ingenuamente— que ante esta incógnita que tantas cosas puede hacer variar, un enorme contingente de zoólogos deberá estar literalmente tamizando toda Nueva Zelanda en busca de la respuesta al misterio. Pues contrariamente a tan lógico parecer, hemos de confesar que la mayor parte de los especialistas en la materia ni tan siquiera han oído el nombre de este animal; y los otros, los que lo saben, prefieren ignorar el problema —solución ésta la más cómoda— negando simplemente su existencia y no queriendo ni aún discutir sobre el asunto.

Pero, lo quieran o no, el *waitoreke* cuenta con excelentes referencias.

Fué por el año 1850 cuando Walter Mantell, nuestro viejo conocido, oyó hablar por primera vez de este enigmático animal, cuyo nombre fonético él interpretó como *kaureke.*

Como quiera que era, como ya sabemos, hijo de un eminente y sabio paleontólogo, poseía Mantell una sólida formación científica. Por otro lado, el hecho de que estaba llamado a jugar un importante papel en la política neozelandesa parece garantizarnos que nuestro hombre no iba a dedicarse a tontas y a locas, a propalar rumores falsos o carentes

de fundamento. Hemos de ver además que sus testimonios quedarían luego confirmados por otros europeos

Y he aquí que un día cuando el futuro ministro de Estado acampara en Arowhena, no lejos de la actual población costera de Timaru (Isla del Sur), fué informado por unos maoríes de que podían encontrarse *kaurekes* a unos quince kilómetros del campamento, tierra adentro.

El *kaureke* era, decían, un animal muy raro. A causa de sus hábitos nocturnos era francamente difícil de hallar. Pero su piel era tan clara, casi blanca, que los indígenas decían se le podía divisar, a veces, en aquellos parajes donde él iba a beber.

Mantell prometió una buena recompensa a aquel que consiguiese entregarle uno de tales animales. Ante el olor del premio, los maoríes se zambulleron en el interior del país, pero volvieron, desgraciadamente para todos, con las manos vacías. Esto parece probarnos, sin embargo, que los indígenas obraban de buena fe. Sería absurdo que emprendieran una expedición sabiendo de antemano que no podrían hacerse con el premio, ya que sus relatos eran fábulas y nada más. No. Fuera cierta o no la existencia del animal, ellos —al menos— creían firmemente en ella. Y esto mismo es lo que Mantell comunicó a su padre. Podía ocurrir, quizá, que aquella especie se hubiese ya extinguido, pero en tal caso habría acabado en unas fechas aún bien recientes.

Algunos años más tarde nuestro animal volvería a dar nuevas pruebas de su existencia, dando más que hablar de él, pero esta vez de una forma más precisa.

EL WAITOREKE, BUNYIP *EN SALSA NEO-ZELANDESA*

En su libro sobre Nueva Zelanda —aparecido en edición original en 1863 —Ferdinand von Hochstetter es formal y terminante en lo que respecta a la existencia del *waitoreke*.

«Podemos deducir, sin la menor duda, de ciertos términos de la lengua maorí y de algunas recientes observaciones —escribía—, que Nueva Zelanda esconde aún en su seno, siquiera sea esporádicamente, algunos extraños mamíferos que han logrado escapar, hasta el presente, de la mirada investigadora y atenta de la Ciencia.»

Y tras de pasar revista a los nombres de los diversos mamíferos conocidos por los maoríes («peka peka» el murciélago, «kiore» la pequeña rata indígena, y «kararehe», el perro indígena), todos los cuales lograron llegar hasta Nueva Zelanda después ya del aislamiento de ésta, hace notar especialmente:

«Al lado de estos nombres hallamos el de *waitoreke*, que no se sabe aún ciertamente a qué animal designa, puesto que unas veces tenemos la impresión que es aplicado a una especie de nutria y otras a algún animal parecido a la foca. Según los informes del Dr. Julius Haast, la existencia de

este animal ha quedado recientemente establecida en forma incontestable; mora al parecer, en los ríos y en los lagos situados en las cadenas montañosas de la Isla del Sur; tiene el tamaño de un gran daman y está cubierto de un reluciente pelaje color castaño. Posiblemente deba ser clasificado entre las nutrias.»

Todos estos informes los obtuvo directamente von Hochstetter de su amigo Haats, quien se los comunicó en una carta fechada el 6 de junio de 1861, y redactada en los siguientes términos:

«A una altitud de unos 1.000 metros sobre el nivel del mar, había visto yo, a menudo, sus huellas (las del *waitoreke*) muy cerca del curso superior del río Ashburton (provincia de Canterbury, Isla del Sur), en una región en que el hombre, en general, no ha puesto aún su planta. Se parecen mucho a las huellas de nuestra nutria de Europa, salvo que son un poco más pequeñas. El animal causante de tales marcas ha sido visto por dos señores que poseen un criadero de carneros junto al lago Heron, no lejos de Ashburton, a una altitud de 650 metros.

»Describen al animal como de un color castaño oscuro y de un tamaño aproximado al de un conejo grande. Al sentir el animal el fuerte trallazo con que quisieron cazarle, lanzó un fuerte y agudo chillido y desapareció prestamente en el agua, por entre las hierbas acuáticas.»

No puede por menos de chocarnos el poco parecido que existe entonces entre el *kaureke* (animal blancuzco que fué visto cuando iba a beber) y el *waitoreke* (animal de color castaño oscuro que habita justamente en el agua), aún a pesar de lo cual se los quiere hacer pasar por un mismo y único sujeto. ¿No se tratará más ciertamente de dos animales diferentes? ¿O no será, en todo caso, el primero una simple deformación del segundo en las leyendas orales?

Lo que sí es cierto es que estamos bastante mejor informados sobre el segundo de ellos y, además, a través de testigos de raza blanca que lograron observarle, por lo cual parece más lógico concentrar todos los esfuerzos sobre éste que sobre el otro. Ya que, después de la referida época, nunca se ha vuelto a ver, al menos que yo sepa, al imposible mamífero...

En lo que a mí respecta, la descripción —incluso vaga— del *waitoreke* me hace pensar en tres seres distintos.

Para empezar pienso en el *bunyip* australiano, en ese demonio acuático descrito tan pronto como una foca, tan pronto como una nutria.

Pero comprendo que esto de querer explicar un ser enigmático en función de otro más enigmático aún, es una empresa algo descabellada.

¿SE TRATARÁ DE UNA NUTRIA MARINA, HABITUADA AL AGUA DULCE?

El *waitoreke*, en segundo lugar, nos trae a la memoria, como lo sugería Hochstetter, las nutrias. Pero, ¿cómo sería posible entonces, que

un mamífero placentario de tal clase hubiese llegado hasta Nueva Zelanda, cuando la propia Australia, etapa precedente en la ocupación de Oceanía, no llegó a ser alcanzada más que por los marsupiales

Tan sólo una explicación parece plausible: si *waitoreke* es una auténtica nutria, debería haber llegado hasta tales costas por vía marítima. Esto, desde luego, no es imposible «a priori». Existe, en efecto, una nutria de hábitos totalmente oceánicos: la llamada nutria de mar (*Enhydra lutris*). Ésta, incluso, duerme en plena mar haciendo la plancha y es también así, tumbada sobre su lomo, como acostumbra a desplazarse por las aguas.

Ni tan siquiera en la época de la reproducción se ve obligada a ganar la tierra firme, como las focas: verifican la cópula en el agua y paren

Fig. 64. — *La nutria de mar sirve de vehículo, o de barco, para sus cachorros, gracias a su peculiar estilo de navegar haciendo la plancha sobre el lomo*

igualmente entre las olas. En tanto que sus pequeñuelos son aún incapaces de nadar por sus propios medios, la madre los transporta tumbados sobre su propio vientre.

Esta especie, de gran tamaño, es cada vez menos numerosa, como resultado de la caza intensiva de que ha sido objeto, llevada a cabo por los despreocupados traficantes de pieles. Su zona de residencia está hoy en día limitada a los alrededores de las islas del Pacífico Norte (Aleutianas, etc.).

O por lo menos, esto es lo que generalmente se afirma. Pero, no obstante, en 1938 pudo observarse un conjunto o rebaño de unos 400 especímenes, que descendía a lo largo de las costas de California.

Stany, el campeón de los «globe-trotters» —¡puesto que ha dado ya diecinueve veces la vuelta al mundo!— asegura incluso haberlas visto en gran número junto a las costas meridionales de Chile, observación ésta de un considerable interés, ya que supone así, efectivamente, una migración de una amplitud verdaderamente prodigiosa.

Y si ello fué posible al Este del Pacífico, igualmente posible podría haberlo sido en el Oeste de tal océano, de donde se deduciría que bien podría haber llegado la nutria hasta las costas de Nueva Zelanda. Claro está que por aquel lado del océano el viaje sería francamente más peli-

groso y agotador, puesto que no sería posible ir, como en el otro caso, costeando continuamente. El itinerario pasaría así por todos los archipiélagos que enlazan las Kuriles con las Nuevas Hébridas, tocando, entre otros puntos, en el Japón, las Filipinas y Nueva Guinea. Mas con todo y con eso quedaría aún una formidable distancia por salvar, sin que en ella pudiese nuestra hipotética nutria hallar ni una sola tierra donde reponer fuerzas. Cierto es que tal viaje pudo no haber sido voluntario, sino forzoso; en otras palabras, pudo darse el caso de que algún espécimen fuese arrastrado por la rama de la corriente ecuatorial que, procedente de las Nuevas Hébridas, bordea la costa oriental de Australia y, tras un giro, va a calentar las aguas de las orillas occidentales de Nueva Zelanda.

Es fácil de concebir que, una vez avecindada ya en las aguas neozelandesas, la nutria marina renunciase a sus hábitos emigratorios; máxime cuando habría de ser imposible para ella llegar hasta nuevas tierras en un viaje contracorriente. Esto pudo incitarla a adoptar una vida más tranquila, más «hogareña» como si dijésemos; sus únicas exploraciones serían las de remontar los ríos que desembocan en aquellos contornos, con lo cual, ¡hela aquí vuelta de nuevo al agua dulce de la que salieran sus antecesores!

Todo esto, quede bien sentado, no es sino un conjunto de hipótesis, pero, ¿a qué no se atrevería uno con tal de hallar una explicación razonable para el misterio del *waitoreke*?

¿PODRÍA TRATARSE DE UN ANIMAL CON CLOACA?

Cabe también preguntarnos si este animal imposible no será tal vez una especie de ornitorrinco. Este raro animal australiano de pico de pato viene a parecerse, también, de una manera muy chocante, a las nutrias. ¿Y no será así francamente difícil el poder resistir la tentación de emparentar inmediatamente a estos dos misteriosos seres? La presencia de tal animal en Nueva Zelanda estaría de acuerdo, en forma muy satisfactoria, con lo que nosotros sabemos del árbol genealógico de los mamíferos e incluso con la geografía de edades pretéritas.

El grupo de los mamíferos suele dividirse, generalmente, en tres subclases, basándose en la estructura de los órganos genitales de la hembra. Tenemos así los *Ornitodelfos*, en los que el útero es semejante al de las aves y los reptiles, abriéndose en una cloaca única el conducto reproductor y el final del tubo digestivo. Vienen luego los *Didelfos*, en los cuales el útero es doble, y finalmente los *Monodelfos*, en los cuales este es simple.

La primera de estas subclases no abarca más que el orden de los *Monotremas*, o sea el ornitorrinco y el equidna, ambos ponedores de huevos; la segunda, un solo orden también, el de los *Marsupiales*, o sea

los mamíferos con bolsa; y la tercera engloba ya a todos los otros órdenes de mamíferos, que son los que tienen placenta, llamados así los *Placentarios.*

Sin querer lograr al precio que sea —como hacen algunos autores— demostrar una relación sucesiva entre dichos tres grupos, es preciso considerar, sin embargo, que la simplificación del útero marca ya un cierto progreso. La *ornitodelfia,* la *didelfia* y la *monodelfia* son tres etapas de la evolución de los mamíferos, mas sin que ello quiera decir que la conservación de un útero de estructura primitiva ponga de manifiesto una posición ancestral. Mejor será considerar a los monotremas, a los marsupales y a los placentarios como tres ensayos originales, tres realizaciones sucesivas y más o menos logradas del tipo de vertebrado de temperatura constante y capaz de alimentar a sus pequeñuelos.

Fig. 65. — *Ornitorrinco nadando (según Rode, 1946)*

«Frecuentemente se ha considerado a los marsupiales como los antecesores de los placentarios —escribe el señor Jean Piveteau, profesor de Paleontología en la Sorbona—. Un estudio anatómico, llevado a cabo con absoluta independencia de toda idea preconcebida, nos muestra que esto no es cierto. Dichas dos grandes subdivisiones de los mamíferos se han ido desarrollando independientemente la una de la otra, si bien ofreciendo un estrecho paralelismo en sus adaptaciones respectivas.»

En lo que se refiere a los monotremas, ovíparos y disidentes por más de una causa, sería fácil atribuirles un origen completamente diferente del de los otros mamíferos.

En sus cráneos y en sus esqueletos hallamos trazos y rasgos propios de los reptiles, hasta el punto que bien pudiera pensarse que salieron realmente del gran imperio reptil, en tanto que los otros mamíferos mejor podrían proceder, realmente, de los anfibios. Cabe la pregunta de si no será debido a un simple fenómeno de convergencia el que los monotremas, dotados de glándulas de veneno como los reptiles, hayan llegado a hacerse con su actual pelaje, con unas glándulas mamarias muy rudimentarias en suma, y con un sistema de regulación térmica muy particular, puesto que fija y mantiene su temperatura en 28 grados como máximo. A primera vista, se les tomaría por unos reptiles muy especializados, en tanto que los mamíferos propiamente dichos, más primitivos

que ellos en bastantes aspectos, no pueden ser ciertamente considerados como tales.

El estudio del cerebro, del corazón y del diafragma de los monotremas nos demuestra sin lugar a equívoco que son auténticos mamíferos, pero unos mamíferos que se separaron bien pronto de la rama general, especializándose luego hasta el máximo en una vida muy peculiar.

Fuese como fuese, la expansión y el máximo esplendor de los tres grupos de mamíferos se produjo, ciertamente, en períodos bien distintos, lo cual es, por otra parte, completamente fatal y natural en estos casos de tipos «vecinos» y por consiguiente rivales.

Ha sido también demostrado que la expansión, como de una gran mancha de aceite, del grupo marsupial estuvo precedida por la de los placentarios. Pero de lo que no sabemos casi nada es de los antecesores de los monotremas. Todo lo más que se puede afirmar es que en el Jurásico se produjo el gran desarrollo de los mamíferos de aspecto de reptil (¿o será quizá de los reptiles con algunos rasgos de mamíferos?); parece probable que los primeros monotremas jugaran también su primera carta en dicha misma época.

En la edad de los reptiles pudieron muy bien ellos irse extendiendo poco a poco por el mundo sin llamar demasiado la atención, hasta llegar a Nueva Zelanda incluso, que en tales momentos se encontraba aún unida a Australia y al vasto continente asiático de la Angara. En tan remotos tiempos, la hegemonía de los reptiles hubiera acabado de raíz con cualquier intento de expansión de los mamíferos propiamente dichos.

Así, pues, si existe en el archipiélago neozelandés un mamífero autóctono, que haya permanecido allí desde el aislamiento de tales tierras, hay muchísimas posibilidades de que se trate de un monotrema. Y como quiera que se le achaca un aspecto de nutria —que viene a ser más o menos el que tiene también el ornitorrinco—, vemos, pues, que la hipótesis que parece más certera es la de que el enigmático animal sea, al menos, un ser muy cercanamente emparentado con el ya referido.

La distribución geográfica de estos tres grupos de mamíferos seguiría estando, en tal caso, en perfecto acuerdo con las subversiones geológicas del pasado. La expansión de los monotremas, en su más amplio sentido, se habría producido en el Jurásico. A mediados del Cretácico, la marea creciente de los marsupiales habría venido a barrerles del globo, no pudiendo subsistir sino algunas escasas especies en las regiones australianas. Incluso una especie, los *waitoreke*, pudo tal vez haber escapado a toda competencia gracias a la segregación de Nueva Zelanda. Finalmente, las invasiones de los placentarios, desde últimos del Cretácico hasta principios del Eoceno, habrían venido, a su vez, a trastocar seriamente el imperio de los marsupiales, excepción hecha de Australia y Nueva Guinea, por razón de su providencial aislamiento del continente asiático, gracias al entonces reciente hundimiento de la lengua de tierra que hacía, hasta aquel momento, de puente.

Pero si a pesar de las más ingeniosas hipótesis, el *waitoreke* no es

INDICE DE LAS ILUSTRACIONES DEL TEXTO

Número		Pág.
1.	Ingenua representación del «Tatzelwurm», según un manual bávaro de caza, editado en el año 1836	35
2.	Silueta de un helodermo	36
3.	«Hyomoschus aquaticus» (según Frechkop, 1947)	43
4.	Hipopótamo enano comparado con otro hipopótamo de la especie de tamaño grande...	44
5.	Takín del Himalaya	47
6.	«Mi-lou» o ciervo del Padre David	49
7.	El más cercano pariente del Panda gigante, el pequeño Panda brillante...	52
8.	La gacela de Waller o gerenuk, de cuello desmesurado	55
9.	Dibujo original del pelaje de la cebra de Grévy (c), comparado con el de la cebra de Burchell (a) y con el de la cebra de las montañas (b), (según Frechkop, 1947)	57
10.	El águila devoradora de monos, de las Islas Filipinas	59
11.	El rinoceronte blanco (a la izquierda) se distingue del rinoceronte negro (a la derecha) por la forma truncada de su belfo superior	61
12.	Este grabado rupestre de «Oued el Djerat» (Sahara Central) nos revela que en el tercer milenio antes de Jesucristo los egipcios conocían ya un animal muy parecido o muy cercano al Okapi	66
13.	Cabeza de «Hylochœrus» o jabalí de los bosques	67
14.	«Lipotes vexillifer», el delfín de agua dulce del lago Toung-Ting	78
15.	Pavón del Congo (según Frechkop, 1947)	81
16.	La Língula, un braquiópodo con más de 400 millones de años de historia	97
17.	Los Crinoides se remontan también a una lejanía de 300 millones de años	97
18.	La «Tuatera» de Nueva Zelanda es más antigua que los grandes dinosaurios	98
19.	El «bebé» Hoatzin posee aún garras en sus alas	100
20.	Reconstitución del Arqueoptérix	101
21.	Tipo de negrito (Aëta de las Islas Filipinas)	118
22.	Tipo de Veda de Ceilán	122
23.	«Uanderu» o mono con cola de león	124
24.	Gibón en marcha bípeda	130
25.	Oso bezudo o «Prochilus lippu»	133

ni una nutria marina, ni un retrasado monotrema, forzoso sería admitir que tal animal hubo de ser forzosamente importado por los maoríes en los tiempos históricos, cuando esta raza tomó posesión del archipiélago.

Lo que no podríamos comprender, en tal caso, es la razón. Entendemos, sí, que los maoríes llevasen con ellos sus perros que tan útiles habrían de serles; entendemos igualmente que las ratas, sin pedir previo permiso, se hubiesen presentado allí como auténticos polizones; pero ¿puede nadie comprender que unos hombres se molesten en transportar, a lo largo de muchas millas, a determinados animales para, una vez llegados a su destino, ponerles en libertad y no volver a acordarse de ellos?

Vemos, en resumen, que si el *waitoreke* no es un mito es, y de esto no hay duda, un enojosísimo rompecabezas.

BIBLIOGRAFÍA

Capítulo Primero

EL MUNDO PERDIDO SIGUE OMNIPRESENTE

*** *Neues Taschenbuch für Natur Forst und Jagdfreunde auf des Jahr 1836* (Weimar, 1835).

Burton (Dr. Maurice), *Le monde secret des animaux* (Elsevier, París, 1953).

Delmont (Joseph), *Vingt ans autour du monde* (Plon, París, 1932).

Doyle (Sir Arthur Conan), *The Lost world* (Hodder and Stoughton, Londres, 1912).

Fawcett (Coronel P. H.), *Exploration Fawcett* (Hutchinson, Londres, 1935).

Ley (Willy), *Un animal inconnu dans les Alpes* (La Nature, 1.º junio 1938, p. 366, París, 1938).

Scully (Frank), *Behind the flying saucers* (Henry Holt and Co., New York, 1950).

Sprague de Camp (L.) y Ley (W.), *Lands beyond* (Rinehart & Co., New-York, 1952).

Capítulo II

LA ESPERANZA DE DESCUBRIR AÚN ANIMALES DESCONOCIDOS

Generalidades

Cuvier (Georges), *Discours sur la théorie de la Terre, servant d'introduction aux recherches sur les ossements fossiles* (París, 1821).

Burton (Dr. Maurice), *Some mammals discovered during the last century* (Illustrated London News, 217, págs. 28-31, Londres, 1950).

FRECHKOP (Dr. Serge), *Animaux protégés au Congo belge* (Inst. des Parcs Nat. du Congo Belge, Bruxelles, 1947).
KOLLER (H.), *Daten zur Geschichte der Zoologie* (Athenäum Verlag, Bonn, 1949).
KRUMBIEGE (Dr. J.), *Von Neuen und Unentdeckten Tierarten* (Kosmos-Bäudeken, Francfihshe Verlagshandlung, Stuttgart, 1950).
LEY (Willie), *The Lungfish, the Dodo and the Unicorn* (Nueva edición. The Viking Press, New-York, 1948).
— *Dragons in amber* (ibid., 1951).
POOLE (A. J.), *The number of forms of recent mammals* (Journal of Mammalogy, 17, Baltimore, 1936).
SIMPSON (George Gaylord), *The principles of classification and a classification of mammals* (Bulletin of the American Museum of Natural History, 25, New-York, 1945).

Aguila devoradora de monos

GRANT (W. C. Ogilvie), *On a new species of bird from the island of Samar* (Boletín Brit. Ornithol. Club, VI, págs. 16-18, Londres, 1896).

Antílopes (Dibatag y Nyala)

LYDERKER (R.), *The Game-Animals of Africa* (nueva ed. R. Ward Ltd., Londres, 1926).
THOMAS (O.), *On some antelopes collected in Somaliland by Mr. T. W. H. Clarke* (Proceedings of the Zoological Society, págs. 206-214. Londres, 1891).

Ardillas voladoras

DE WINTON (W. E.), *On a new genus and species of the family Anomaluridae* (Proc. Zool. Soc., Londres, págs. 450-454, 1898).
MATSCHIE (P.), *Eine neue mit Idiurus Matschie, verwandte Gattung der Nagethiere* (Sitz. Ber. Ges. Naturf. Berlín, págs. 23-30, 1898).

Caballo de Przewalski

POLIAKOFF (M.), (Descripción) (Izvestia, Impr. Soc. Geogr. Rus., páginas 6-20, 1881).

Cebra de Grévy

OUSTALET (E.), *Une nouvelle espèce de zébre: le Zebre de Grévy (Equus Grevyi)*, (La Nature, XIX (2), pág. 12, París, 1882).

Ciervo del Padre David y Ciervo de Schomburgk

MILNE-EDWARDS (Alphonse), *Note sur l'Elaphurus davidianus, espèce nouvelle de la famille des Cerfs* (Resumen de las reuniones de la Academia de Ciencias, LXII, págs. 1090-1092, París, 1866).
GILES (F. H.), *The riddle of Cervus schomburgki* (Journal Siam Soc., Nat. Hist. supl., págs. 1-34, 1937).

Cœnolestes

THOMAS (O.), *On Cœnolestes, a still existing survivor of the Epanorni-thidae of Ameghino and the representative of a new family of recents Marsupials* (Proc. zool. Soc. Londres, págs. 870-878, 1895).

Chimpancé enano

COOLIDGE (H. L.), *Pan paniscus, pigmy chimpanzee from South of the Congo river* (Amer. Journal of Physic. anthrop., vol XVIII, núm. 1, págs. 1-57, 1933).
RODE (P.), *Étude d'un chimpanzé pygmée adolescent* (Mammalia, París, V, núm. 2, págs. 49-68 1941).
SCHOUTEDEN (H.), *Le Chimpanzé de la rive gauche du Congo* (Bull. cercle zool. cong., VII, págs. 114-119, 1930).
SCHWARZ (E.), *Le Chimpanzé de la rive gauche du Congo* (Bull. cercle zool. cong., V, pág. 70, 1928).
— *Das Vorkommen des Schimpansen auf dem linken Kongoufer* (Rev. zool. bot. afr. XVI, 4, págs. 423-425, 1929).
URBAIN (A.) y RODE (P.), *Un chimpanzé pygmée (Pan satyrus paniscus Schwarz) au Parc zoologique du Bois de Vicennes* (Mammalia, París, IV, núm. 1, págs. 12-14, 1940).

Delfín de agua dulce

HOY (C. M.), *The «White-flag» Dolphin of the Tung Ting Lake, Lipotes vexillifer* (China Journal Sc. Arts, Shangai, 1, págs. 154-157, 1923).
MILLER (G. S.), *A new river-dolphin from China* (Washington D. C. Smithsonian Misc. Coll, 68, núm. 9, págs. 1-12, 1918).

Dragón de Komodo

BUREN (D.), *Dragon Lizards of Komodo* (New-York, Londres, 1928).
OUWENS (P. A.), *On a large Varanus species from de Island of Komodo* (Bull. Jardin Bot. Buitenzorg (2), 6, págs. 1-3, 1912).

Elefante enano

BLANCOU (L.), *L'Éléphant nain* (Mammalia, 14, París, 1950).
BOURDELLE (E.) y PETTER (F.), *Notes relatives à un éléphant nain du Gabon* (Mammalia, 14, París, 1950).
DOLLMAN (G.), *Pygmy Elephants* (Natural History Magazine, Londes, IV, núm. 31, págs. 266-271, 1934).
FORAN (W. R.), *Is there a Pygmy Elephant?* (Field, 196, pág. 866, Londres, 1950).
FRECHKOP (Dr. S.), *Exploration du Parc National Albert. Mission S. Frechkop (1937-38)*, (Mammifères, págs. 110-114, Inst. Parcs Nat. Congo belge, Bruxelles, 1943).
GARNER (R. L.), *Pygmy elephants of Africa* (New-York Zool. Soc. Bull., núm. 49, págs. 830-833, 1912).
JOLEAUD (L.), *Les Éléphants nains* (Bull. Soc. Acclimat. France, LXVII, núm. 4, págs. 54-56).
MATSCHIE (P.), *Säugetiere in Deutsch Ostafrika*, ed. par K. Möbius, Bd. III, Wirbeltiere, 1896).
NOACK (T.), *Eine Zwergform der afrikanischen Elefanten* (Zool. Anz. Leipzig, 29, 1906).
POHLE (H.), *Notizen über afrikanische Elefanten* (Zeitschr. für Säugetierk., Bd. I, págs. 38-64, Berlín, 1926).
SCHOUTEDEN (H.), *L'Éléphant nain du lac Léopold II* (Rev. zool. Afric., 3, págs. 391-397, 1914).
VEZIA (R.), *Autour des élephants nains* (Notes africaines, Dakar, núm. 16, págs. 2-4, 1942).

Gacelas de Grant y de Waller (Gerenuk)

BROOKE (Sir V.), *On a supposed new species of Gazelle from Eastern Afrika* (Proc. Zool. Soc., pág. 601, Londres, 1872).
— *On a species of Gazelle from Western Africa* (ibid., pág. 939, 1878).

Gelada

RUPPELL (E.), *Neues Wirbelthiere zu der Fauna von Abessinien gehoerig* (pág. 5, Francfort, 1835).

Gorila de la montaña y gorila enano

*** *Le Gorile* (Bull. Soc. Zoolog. Cong. Léopoldville, 4, 1, 1941).
MATSCHIE (P.), *Ueber einen Gorilla aus Deutsch Ostafrika* (Sitz. Ber. Ges. Naturf. Berlín, págs. 253-259, 1903).
ELLIOT (D. G.), *A Review of the Primates* (New-York, N. Y. Mon. Amer. Mus. Nat. Hist., 3 vol., 1913).

Hipopótamo enano

BEAUX (O. DE), *Lebende liberianische Zwergflusspferde in Carl Hagenbeks Tierpark in Stellingen* (Zool Anz. Leipzig, 40, págs. 227-233, 1912).
BUTTIKOFER (J.), *Reisebilder aus Liberia* (2 vol. E. J. Brill, Leiden, 1890).
CHAPMAN (H. C.), *Notes on Choeropsis liberiensis (Morton)* (P. Acad. Philad., págs. 185-187, 1893).
DAPPER (Dr. O.), *Naukeurige beschryvinge der Afrikaensche gewesten van Egypten, Barbaryen, Libyen, Biledulgerid, Negroslant, Guinea, Ethiopien, Abyssinie* (Jacob van Meurs, Amsterdam, 1668).
— *Description de l'Afrique* (Trad. del prec., Wolgang, Waesberge, Boom et van Someren, Amsterdam, 1686).
HORNADAY (W. T.), *Our pygmy hippopotami* (New-York Zool. Soc. Bull., 16, núm. 52, págs. 877-879, 1912).
LEIDY (J.), *On the osteology of the head of Hippopotamus and a description of the osteological characters of a new genus of Hippopotamidae* (Journal Acd. Nat. Sci. Philadelphia, vol. 2, pág. 3, 1852).
LYDEKKER (R.), *The pygmy Hippopotamus of West Africa* (Country Life, 24, págs. 473-475, Londres, 1908).
MACALISTER (A.), *On the visceral anatomy and myology of a young female which died in the Dublin Zoological Society* (Proc. Roy. Irish Acad. (2), I, págs. 494-500, 1873).
MARX (E.), *Das mwergflusspferd von Liberia* (Ber. Senckenb. Ges. Frankfurt a. M. 44, págs. 1-5, 1913).
MORTON (S. G.), *Additional observations on a new living species of Hippopotamus of Western Africa (H. liberiensis)* (Journal Acd. Nat. Sci. Philadelphie, 1849).
RITCHIE (J.), *Distribution of the Pigmy Hippopotamus* (Nature, Londres, 126, págs. 214-205, 1930).
SCHOMBUGK (H.), *On the trail of the pygmy hippo; an account on the Hagenbeck expedition to Liberia* (New-York Zool. Soc. Bull., 16, número 52, págs. 808-884, 1912).
— *Distribution and habits of the pigmy Hippopotamus* (New-York Rep. Zool. Soc., 17, págs. 113-120, 1913).

Hyomoschus aquaticus

OGILBY, *On a new species of Musk Deer from Sierra Leona* (Proc. Zool. Soc. London, pág. 35, Londres, 1840).
GRAY (J. E.), (Description) (Annals Mag. Nat. Hist. (1), 16, pág. 350, Londres, 1845).

Jabalí gigante de los bosques

MOHR (E.), *Das Riesen-Waldschwein Hylochoerus meinertzhageni Thomas* (Zool. Anz. Bd. 14, págs. 177-191, Leipzig, 1942).
THOMAS (O.), *On Hylochoerus, the Forest-Pig of Central Africa* (Proc. Zool. Soc. Londres II (1905), págs. 193-199, 1904).

Kou-prey

COOLIDGE Jr. (H. J.), *The Indo-chinese forest Ox or Kou-prey* (Memoirs of the Mus. of Campar Zoology at Harvard College, vol. LIV, núm. 6, 1940).
SAUVEL (T.), *Le Kou-prey ou boeuf gris du Cambodge* (La Terre et la Vie, París, 96, núm. 3, págs. 89-109, 1949).
— *Distribution géographique du Kou-prey (Bibos sauveli Urbain)* (Mammalia, París, 13, págs. 144-148, 1949).
URBAIN (Prof. A.), *Le Kou-prey ou boeuf gris cambodgien* (Bull. Soc. zool. de France, t. LXII, núm. 5, págs. 305-307, 1937).
— *Le Kou-Prey ou boeuf sauvage cambodgien* (Mammalia, París, t. I, núm. 6, décembre 1937).
— *Note complémentarie sur le boeuf sauvage du Cambodge (Bos [Bibos] sauveli Urbain)* (Bull. Mus. Nat. Hist. Nat. París, t. XI, núm. 6, páginas 519-520, décembre 1939).

Liebre del Popocatepetl

MERRIAM (C. M.), *Romerolagus nelsoni, a new genus and species of Rabbit from Mount Popocatepetl, Mexico* (Proc. Soc. Washington, X, páginas 169-174, 1896).

Lobo de los Andes

KRUMBIEGEL (I.), *Der Andenwolf, ein neuentdecktes Grosstier* (Umschau. 49, núm. 19, págs. 590-591, 1949).

Megaloglossus (Murciélago)

PAGENSTECHER, *Megaloglossus woermanni, eine neue Form makroglosser Fledermäuse* (J. B. Hamburgo, II, págs. 31-46, 1885).

Okapi

BOULE (M.), *Un fossile qui ressuscite* (La Nature, París, 1901).
COLBERT (E. H.), *The relationships of the Okapi* (Journal of Mamm., I, págs. 47-63, Baltimore, 1948).
FRECHKOP (S.), *De l'Okapi et des affinités des Giraffidés avec les Antilopes* (Bull. Mus. royal d'Hist. nat. de Belgique, XXII, núm. 1, février 1946).
JOHNSTON (Sir H.), *The Uganda Protectorate* (vol. I, XII, págs. 352-470, págs. 352-470, 1902, Londres).
— *L'Okapi* (in Charles J. Cornish, *Les Animaux vivants du Monde*, vol. I, págs. 267-270, Flammarion, París, 1902).
JOLEAUD (L.), *Remarques sur les Giraffidés fossiles d'Afrique* (Mammalia, I, núm. 3, págs. 85-96, mars 1937, París).
LANKESTER (E. R.), *On Okapi johnstoni* (Proc. Zool. Soc. Londres, II, páginas 279-281 y 472-474, 1901).
SCLATER (P. L.), *On an apparently new species of zebra from the Semliki Forest* (Proc. Zool. Soc. Londres, II, págs. 50-53, 1901).
STANLEY (H. M.), *In Darkest Africa* (S. Low, Marston, Searle et Rivington, Londres, 1890).

Onza real

COOPER (A. L.), *Notes on Acinonyx rex (Cooer's cheetah)* (South Afric. J. Sci. Johannesburg, 34 págs. 343-345, 1927).
DOLLMAN (G.), *The King Cheetah (Acinonyx rex* (Nat. Hist. Mag. Londres, 2, págs. 1-6, 1929).
HICHENS (C. W.), *African mystery beasts* (Discovery, págs. 369-373, Londres, 1937).
POCOCK (R. I.), *Description of a new species of Cheetah (Acinonyx rex)* (Proc. Zool. Soc. Londres, págs. 254-252, 1927).

Panda gigante

CARTER (T. D.), *The Giant panda* (Bull. New-York, Zool. Soc. 40, páginas 6-14, 1937).

CHAWORTH-MUSTERS (J. L.), *The discoverer of the Giant panda: P. Armand David, 1826-1900* (Zoo Life, Londres, I, págs. 70-71, 1946).
DAVID (Abate A.), *Journal de mon troisième voyage d'exploration dans l'Empire chinois* (Hachette, París, 1875).
GREGORY (W. K.), *On the phylogenetic relationship of the Giant Panda (Ailuropada) to other Arctoid Carnivora* (Amer. Mus. No. núm. 878, págs. 1-29).
HARKNESS (Ruth), *The baby giant Panda* (Carrick and Evans Inc., New-York, 1938).
— *The lady and the panda, an adventure* (id. 1938).
MILNE-EDWARDS (A.), *Sur quelques Mammifères du Thibet oriental* (Comptes rendus Acad. Sc. París, LXX, pág. 342, 1870).
— *Recherches pour servir à l'Histoire naturelle des Mammifères* (G. Masson, T. I, págs. 321-338 y 394, París, 1868-1874).
LANKESTER (E. R.), *On the affinities of Aeluropus melanoleucus A. Milne-Edwards* (Trans. Linn. Soc. Londres, Zool. (2), VIII, págs. 163-172, 1901).
POCOK (R. I.), *Some external characters of the Giant Panda (Ailuropoda melanoleuca)* (Proc. Zool. Soc. Londres, págs. 975-991, 1929).
— *The Panda and the Giant Panda* (Zoo Life, London, I, págs. 67-70, 1946).
ROOSEVELT (Kermit), *The search for the Giant Panda* (Nat. Hist. New-York, 30, 1930).
SAGE (D.), *Hunting the Giant Panda* (China J. Shanghai, 22, págs. 35-40, 1935).
— *In quest of the Giant Panda* (Nat. Hist. New-York, 35, págs. 309-310, 1935).
SOWERBY (A. de C.), *The Pandas or Cat-Bears* (China J. Shanghai, 17, págs. 296-299, 1932).
— *The Pandas or Cat-Bears and the true Bears* (id. 19, págs. 189-207, 1933).
— *Hunting the Giant Panda* (id. 21, págs. 20-32, 1934).
— *The lure of the Giant Panda* (id. 28, págs. 251-254, 1938).
SWINTON (W. E.), *The Giant Panda* (Ill. London News, 208, p. 662, 1946).
WEIGOLD (H.), *Weitere Bemerkungen Dr. Weigolds zu den gesammelten Säugetieren in* MOOL. *Ergebn. Walter Stötzners Expd. Szetschwan*, etcétera (Teil 3, Abh. Ber. Mus. Dresden, 16, núm. 2, págs. 71-76, 1924).

Pangolin velludo (pseudo-)

HUBREAHT (A. A. W.), *A new Mammal from Sumatra* (Nature, XLIV, pág. 468, Londres, 1891).
JACOBSON (E.), *Arctonyx collaris hoeveni Hubrecht* (De Tropische Natuur, Jrg. XXI, 3, mars, 1932).

Paracana

HODGE (W. H.), *Le Paracana* (in M. Burton, *Le monde secret des animaux*, págs. 663-664, Elsevier, París, 1953).
GOELDI (E. A.), *On the rodent Dinomys branickii* (Proc. Zool. Soc. Londres, II, págs. 158-165, 1904).

Pauxi unicorne

BOND (J.) y SCHAUENSEE (R. M. de), *Descriptions of a new Birds from Bolivia: Part II A new species of the genus Paux (P. unicornis)* (Notul. Nat. Philad., núm. 40, págs. 1-2, 1939).

Pavo del Congo

CHAPIN (J. P.), *A new Peacock-like Bird from the Belgian Congo* (Rev. Zool. et Bot. afr., XXIX, pág. 2, 1936).
— *The Birds of the Belgian Congo* (Bull. Amer. Mus. Nat. Hist. New-York, vol. LXXV, 1939).

Rata con cresta

MILNE-EDWARDS (A.), *Mémoire sur le type d'une nouvelle famille de l'ordre des rongeurs* (Nouv. Arch. Muséum, III, págs. 81-118, París, 1867).

Rinoceronte blanco de Cotton

LAKE (Alexander), *Killers in Africa* (Doubleday and Co., New-York, 1953). («Sur l'étymologie du nom de rhino blanc».)
LANG (H.), *The white rhinoceros of the Belgian Congo* (Bull. New-York Zool. Soc. vol. XXIII, núm. 4, 1920).
LYDEKKER (R.), (Descripción), (Field, p. 319, Londres, 22, febrero 1901).
— *The Gama-Animals of Africa* (Nuev. edi. R. Ward Ltd. Londres, 1926).

Rhinopiteco de Roxellane

MILNE-EDWARDS (A.), *Sur quelques Mammifères du Thibet oriental* (Comp. rend. Acad. Sc. LXX, p. 341, París, 1870).

— *Recherches pour servir á l'Histoire naturelle des Mammifères* (op. cit. T. I. págs. 233-243).

Takin

HODGSON (B. H.), *On the Takin of the Eastern Himalaya: Budorcas taxicolor mihi* (J. Asiatic. Soc. Bengal. 19, págs. 65-75, 1859).

Tapir indio

BREHM (A. E.), *L'Homme et les Animaux* (Les Mammifères, vol. II, págs. 727-730, J. B. Baillière, París, 1878).
MARSDEN (W.), *History of Sumatra* (3.ª edición, Londres, 1811).

Topo marsupial

STIRLING (E. F.), *A new Australian Mammal* (Nature, XXXVIII, páginas 588-589, Londres, 1888).
— *Description of a New Genus and Species of Marsupialia* («Notoryctes typhlops»), (Trans. Roy. Soc. S. Austr. págs. 154-187, 1891).
TEGETMEIER (W. B.), *The mole-like Marsupial* («Notoryctes typhlops»), (Field, LXXVIII, pág. 475, Londres, 1891-.
TROUESSART (E.), *Nouveau type de Marsupiaux fouisseurs originaire du Désert australien* (la Nature, págs., 290-294, París, 1891).
ZIETZ, *Ueber ein Neues Säugethier aus Australien* (Zool. Anz., páginas 647-648, Leipzig, 1888-.

CAPÍTULO III

LOS EVADIDOS DEL PASADO

ARAMBOURG (prof. C.), *Découverte d'un nouveau Cœlacanthe vivant* (Naturalia, París, núm. 2, págs. 45-47, noviembre 1953).
DECUGIS (A.), *Le Vieillissement du monde vivant* (págs. 26-33, Plon-Masson, París, 1941).
FURON (R.), *La Paléontologie* (págs. 246-261), Payot, París, 1951).
HEIM (R.), *Destruction et Protection de la Nature* (págs. 27-44, Armand Colin, París 1952).
SMITH (J. L. B.), *A surviving fish of the order Actinistia* (Trans. Roy. Soc. S. Afr. 27, págs., 47-59, 1939).
— *A living fossil* («Latimeria chalumnae J. L. B. Smith»), (Cape Nat. I, págs. 187-194, 1939).

— *A living Coelacanthid from South Africa* (Trans. Roy. Soc. S. Afr., 28, I, págs., 1-106, 1939).
— *The living Coelacanthid fish from South Africa,* (Nature, Londres, 143, págs. 748-750, 1939).
SWINTON (Dr. W. E.), *Les Archives de la Géologie et les Fossiles vivants* (in M. Burton, «Le Monde secret des Animaux», págs. 55-70, Elsevier, París, 1953).
TERMIER (H.) y TERMIER (G.), *Histoire générale de la Biosphère* (Masson, París).
TROUESSART (Prof. E. L.), *La distribution géographique des animaux* (Doin et C.°, París, 1922).

CAPÍTULO IV

NITTAEWO, EL PUEBLO DESAPARECIDO DE CEILÁN

Nittaewo

BONTIUS, *De medicina Indorum,* (París, 1646).
CTESIAS, *Indica opera* (in Photius, «Myrobiblion»).
HILL (W. C. O.), *Nittaewo, an unsolved problem of Ceylan* (Loris, Colombo, 4, págs., 251-262, 1945).
IBN BATOUTAH AL MAGHRABI, *Voyage d'Ibn Batoutah* (Texto árabe acomp. traduc., vol IV, Imprimerie Impèriale, París, 1853-1858).
MEGASTHENES, *Indica fragmenta* (in E. A. Schwanbeck, «Megasthenis Indica» texto griego, Bonnae, 1846).
MENDIS (W.), *Where the pygmies of Ceylan lived* (Loris, Colombo, página 262, diciembre, 1945).
NEVILL (H.), *Taprobanian* (págs. 66-69, Bombay, 1887).
LEWIS (F.), *In rom Spolia Zeylanica* (X, págs. 119-165, Colombo, 1915).
PLINIO EL VIEJO, *Histoire naturelle des animaux* (Delance et Lesueur, París, 1802).
SPITTEL (R. L.), *Far of things* (págs. 61-74, Colombo, 1933).
— *Leanama, land of the Nittaewo* (Loris, Colombo, I, págs., 37-46, 1936).
TULPIUS (N.), *Observationes medicae* (Liv. III, cap. LVI, Lugduni Batav., 1641).
TYSON (Dr. E.), *Orang-outang, sive Homo sylvestris, or the Anatomy of a pygmie compared with that of a monkey, an ape and a man.* (Royal Soc. Londres, 1699).

Hombres con cola

BARTELS (M.), *Die geschwäntzen Menschen* (Arch. Anthrop. XV, 45-132, 1884).

— *Uber Menschenschwänze* (ibid. XIII, págs. 1-41, 1881).
DELVAILLE (J. H.), *Les hommes à queue* (Hist. Nat. 1.ª serie, pág. 243, Germer-Baillière, París, 1862).
CLIFFORD (sir Hugh), *In Court of Kampong* (Londres, 1897).
ENJOY (P. d'), *L'appendice caudal dans les tribus Moï* (l'Anthropologie, VII, págs. 531-535, París, 1896).
FINOT (L.), *A propos des Moï à queue* (Bull. Amis du Vieux Hué, Hanoï, Haïpong, núm. 4, págs. 217-221, 1928).
GEMELLI-CARRERI (G. F.), *Voyage de Gemelli Carreri autour du monde* (T. V. pág. 68, París, 1719).
FRANK (Dr. L.), *Memoire sur le commerce des nègres* (París, 1802).
LE BRET, *Notice sur l'existence d'une race d'hommes à queue* (Arch. gener. de Med., febrero, 1855).
MAÎTRE (Henri), *Les jungles Moï, exploration et histoire des hinterlands Moï du Cambodge, de la Cochinchine, de l'Annam et du Bas-Laos* (E. Larose, París, 1912).
MARC PAULE, *La description géographique des provinces et villes plus fameuses de l'Inde Orientale* (E. Groulleau, París, 1556).
SKEAT (W. W.) y BLAGDEN (C. D.), *Pagan races of the Malay Peninsula* (Vol. II, págs. 281-283, Londres, 1906).
STRUYS (Jean), *Voyage en Tartarie, Perse, Inde* (T. I. págs. 88 y 100, Rouen. 1791).
TURNER (S.), *Ambassade au Thibet et au Boutan* (2. vol. F. Buisson, París, año IX = 1800).
VIRCHOW (R.), *De la queue chez l'homme* (Centralbl. f. Chirurg. pág. 539, 1885).
— *L'Appendice caudal chez l'Homme* (Gac. Hebd. pág. 29, 1885).
ZABOROWSKI (S.), *Les Hommes à queue* (Bull. Soc. Anthrop. París, serie 4, VIII, págs. 28-32, 1897).

CAPÍTULO V

ORANG PENDEK, EL INCONGRUENTE HOMBRE-MONO DE SUMATRA

Badak Tanggiling

BARBOUR (Th.) y ALLEN (G. M.), *The lesser one-horned Rhinoceros* (Journ. of Mammal, Baltimore, vol XIII, págs. 144-149, 1932).
BEAUFORT (L. D. de), *On the occurrence of Rhinoceros sondaicus Desm. in Sumatra* (Tydschr. Ned. Dierk. Ver. Leiden, (3), II, 1928).
FRECHKOP (S.), *Sur un Fœtus de Rhinocéros de la Sonde*, (Inst. roy. des Sc. Nat. de Bélgique, Bruxelles, T. XXVII, núm. 2, 1951). (Lista de los

especímenes de «Rh. sond.», que figura en las colecciones de dicho Instituto.)

GRAY (J. E.), *Observations on the preserved specimens and skeletons of the Rhinocerotidæ in the Collection of the British Museum and Royal College of Surgeons, including the description of three new species.* (Ann. and Mag. Nat. History, Londres, págs. 1.003-1.032, 1867).

LEY (Willie), *The lungfish, the dodo and the unicorn* (págs. 130-131, nuev. ed. Viking Press, New-York, 1948).

NEUVILLE (H.), *Remarques et comparaisons relatives aux phanères des Rhinocéros* (Nuev. Arch. Museum Nat. Hist. Nat. París, serie 6, vol. II, págs. 179-208, 1927).

RAFFLES (sir S.), *In Dr. Chenu: «Encyclopédie d'histoire naturelle (Mammifères)"* (Marescq et C.°, París, 1855).

ROBINSON y KLOSS, *List of the Mammals of Sumatra* (Journ. Fed. Malay States Museum, VIII, pág. 137, 1929, y XIII, pág. 207, 1927).

VAGELER (Dr. P.), *Ein neues Rhinozeros* (Die Umschau, XXXI, pág. 289, 1927).

Orang pendek

CHENU (Dr.), *Encyclopédie d'histoire naturelle (Mamifères).* (Op. cit.)

DE WALS (H.), *La Chasse à Java* (Payot, París, 1938).

DAMMERMAN (Dr. K. W.), *De orang pandak van Sumatra.* (De Tropische Natuur, XIII, 12 págs. 177-182, 1924).

— *The orang pendek or Ape Man of Sumatra* (Proc. Fourth Pacific Sci. Congress, vol. III, Biological Papers, Batavia-Bantoeng, 193!).

— *De Nieuw-ontdekte orang pendek* (De Tropische Natuur, XXI, 8, págs. 123-131 1932).

FRECHKOP (S.), *Le pied de l'homme* (Mem. del Museo Real de Hist. Nat. de Bélgica, XIII, 19, Bruxelles, 1937).

JACOBSON (Dr. E.), *Rimboeleven in Sumatra* (De Tropische Natuur, VI, p. 69, 1917).

— *Nog eens de "Orang pandak"* (Ibid. VII, pág. 173, 1918).

LÖNNBERG (E.), *Ett avslöjat swindelförsök meddenjelan de länken* (Fauna och Flora, Uppsala, págs. 249-254, 1932).

MAIER (R.), *De orang pandak og Orang pendek* (Trop. Nat. XXII, página 154, 1923).

MÜLLER (S.) y SCHLEGEL, *Verhandelingen van de Natuurgeschiedenis der Nederlandsche Overzeesche Bezittingen.* (Pág. 12, 1839-1844).

MARCO POLO, *Travels in the thirteenth century, being a description, by that early traveller, of remarkable places and things, in the eastern parts of the world.* (Trad. del italiano y notas de William Marsden, Londres, 1818).

STAUDINGER (P.), *Einige Angaben über den Orang pendek oder Orang letjo* (Sitz. Ber. Ges. Naturf. Fr. Berlin, 1932).

VAN HERWAARDEN, *Een ontmoeting met een aapmensch* (Tropische Nat. XII, págs. 103-106, 1924).
WESTENEK (L. C.), *Orang Pandals (Boschmenschen) of Soematra* (ibid. VII, pág. 108, 1918).

CAPÍTULO VI

EL ABOMINABLE HOMBRE-DE-LAS-NIEVES

Hombre-de-las-Nieves

BEAUMAN (Comandante de vuelo, E. B.), en *The Times* (17 de julio 1937).
DOLLMAN (G.), en *The Times* (19 de julio de 1937).
DOWNING (R.), *The Snoœman, The Strangest Story Yet* («Daily Mail»), 7 enero de 1954).
ELWES (H. J.), *On the possible existence of a large Ape, unknown to sciense, in Sikkim* (Proc. Zool. Soc. Londres, 294, 1915).
HOWARD-BURY (C. K.), *Mount Everest, the reconnaissance* (E. Arnold, London, 1922).
IZZARD (R.), *The Abominable Snowman Adventure* (London, Hodder and Stoughton, 1955).
KAULBACK (R.), en «The Times» (12 y 13 julio 1937).
LANE (F. W.), *Nature Parade* (Jarrolds, Londres, 1949).
MARQUES-RIVIERE (J.), *L'Inde secrète et sa magie* (Les Oeuvres françaises, París, 1937).
SCHAEFER (E.), *Grandes chasses sur le toit du monde* (Amiot Dumont, París, 1951).
SHIPTON (E.), *Face à l'Everest* (Amiot-Dumont, París, 1953).
SMYTHE (F. S.), *A la conquête de l'Himalaya, expédition du Kangschenjunga 1930* (Payot, París, 1932).
— Fotos huellas (Ill. London News, 13 noviembre 1937).
STONOR (C.), *The Sherpa and the Snowman* (London. Hollis and Carter, 1955).
TILMAN (H. W.), *Mount Everest 1938* (Cambridge University Press, Londres, 1938).
— *When Men and Mountains meet* (ibid., 1946).
TOMBAZI (A. W.), *Account of a Photographic Reconnaissance of the Kauchenjunga Massif* (Bombay, 1925).
TSCHERNEZKY (W.), *Nature of the "Abominable Snowman"* («Manchester Guardian», 20 febrero 1954).
WADDELL (Major L. A.), *Among the Himalayas* (Londres, 1899).
WOOD (W. W.), *Snowman or Monkey?* (Country Life, Londres, 103, página 1234, 1948).

Orang gadang

DAMMERMAN (Dr. K. W.), *De Nieuw-ontdekte orang pendek* (op. cit.).
PIJL (L. v. d.), *De Orang pendek als sneuwman* (De Tropische Natuur, XXVII, pág. 55, 1938).

Primates gigantes

BROOM (R.), *Finding the missing link* (Watts y Co., Londres, 1950).
BROOM (R.) y ROBINSON (J. T.), *Man contemporaneous with the Swartkrans ape-man* (Amer. Journ. Phys. Anthropol; Filadelfia, 8, páginas 151-155, 1950).
— *Ape or man?* (Nature, Londres, 166, págs. 843-844, 1950).
HOOIJER (D. A.), *Some notes on the Gigantopithecus question* (Amer. Journ. Phys. Anthropol. Filadelfia, 7, págs. 513-518, 1949).
— *The geological age of Pithecanthropus, Meganthropus and Gigantopithecus* (ibid. 9, págs. 265-282, 1951).
KOENIGSWALD (R. von), *On a fossil molar from a Chinese chemist shop (Gigantopithecus blacki)* (Proc. Kon. Acad. Wetensch. Amsterdam, 38, pág. 874).
TEILHARD DE CHARDIN (P.), *Sur une mandibule de Meganthropus* (C. R. Séanc. Soc. Géol. France, París, 15, págs. 309-310, 1947).
URBAIN (A.) y DEKEYSER (P. L.), *Le Gorille* (Naturalia, París, núm. 3. diciembre 1953).
WEIDENREICH (F.), *Apes, giants and man* (University of Chicago Press, 1946).
WEINERT (H.), *Menschenaffen oder Affenmenschen, das unlösbare Problem der neuen Africa-Funde* (Orion, Munich, 4, págs. 169-174, 1949).
— *Ueber die neuen Vor- und Frühmenschenfunde aus Afrika, Java, China und Frankreich* (Zeitschr. für Morphol. und Anthrop. XLII, 1946).
— *Zur Frage des Gigantenproblems der Summoprimaten* (Anat. Anz. 98, págs. 279-287, Leipzig, 1951).

CAPÍTULO VII

EL DINOSAURIO SURREALISTA DE NUEVA GUINEA

MILLER (C.), *Cannibal Caravan* (Museum Press Ltd. Londres, 1950).

CAPÍTULO VIII

LOS FABULOSOS «BUNYIPS» DE AUSTRALIA

ANDERSON (Dr. D.), *The Sea-Serpent and its kind* (Austral Mus. Magaz. Sydney, V, núm. 6, pág. 204, 1934).

BURRELL (H.), *The Platypus, its discovery, Zoological position, Form and Characteristics, Habits, Life, History, etc.* (Angus and Robertson Ltd., Sydney, 1927).
COOK (J.), *Account of a Voyage around the World in 1769-1771* (Londres, 1773).
FENNER (Dr. C.), *Bunyips and Billabongs* (Angus and Robertson, Sydney, 1933).
GLAUBERT (L.), *The development of our knowledge of the Marsupials of Western Australia* (J. Roy. Soc. W. Austral. 34, págs. 115-134, 1950).
JENNISON (G.), *Noah's Cargo* (A. y C. Black, Londres, 1929).
LEICHHARDT (Dr. L.), *Journal of an Overland Expedition in Australia from Moreton Bay to Port Essington* (T. W. Boone, Londres, 1874).
MATTHEW (J.), *Two representative tribes of Queensland* (pág. 30, 1910).
SANDERSON (I. T.), *Nature's nightmares* (This Week, 10 abril 1949).
TROUGHTON (E. Le G.), *Australian furred animals: their past, present and future* (Austr. Zool. Sydney, 7, págs. 173-193, 1932).
— *Furred animals of Australia* (Scribner, New-York, 1947).
TROUGHTON (E. Le G.), e IREDALE (T.), *A check-list of the mammals recorded from Australia* (The Australian Museum, Sydney, Memoria VI).
WHITLEY (G.), *Mystery animals of Australia* (Austr. Mus. Mag. Sydney, 7, págs. 132-139, 1940).

CAPÍTULO IX

EL TIGRE MARSUPIAL DE QUEENSLAND

KREFFT (G.), *Fabulous Australian animals* (Ann. Mag. Nat. Hist. Londres, 4.° ser. vol. II, págs. 315-316, 1873).
LE SOUEF (A. S. y BURRELL (H.), *The wild animals of Australasia, embracing the Mammals of New-Guinea and the nearer Pacific Islands* (Harrap, Londres, págs. 329-332, 1926).
MAC GEEHAN (J.), Testimonio (North Queensland Naturalist. VI, pág. 3, 1938).
PIVETEAU (Prof. J.), *L'Histoire biogéographique des marsupiaux et le problème de l'Antarctide* (Mammalia, París, t. V, núm. 2, junio 1941).
SCOTT (W. J.), *Letter from, addressed to the Secretary, respecting the supposed "Native Tiger" of Queensland* (Proc. Zool. Soc., pág. 335, Londres, 1872).
— *Second letter from, on the existence of a "Native Tiger" in Queensland* (ibid., pág. 796, 1872).
SHERIDAN (B. G.), *On the referred existence in North Queensland of a non descript animal, etc.* (Proc. Zool. Soc., pág. 629, Londres, 7 noviembre 1871).
WHITLEY (G.), *Mystery animals of Australia* (op. cit.).

Capítulo X

EL *MOA*, UN FÓSIL QUE QUIZA GOZA DE LA VIDA

Moa

Buick (T. L.), *The Mystery of the Moa, New Zeland's Avian Giant* (T. Avery, New Plymouth N. Z., 1931).
Buller (Sir W. I.), *A History of the Birds of New-Zealand* (vol. II, página 88, Londres, 1888).
Colenso (W.), *On the Moa* (Trans. N. Z. Instit., vol. XII, pág. 63, 1879).
Dieffenbach (Dr. E.), *On the Geology of New Zealand* (Tasmanian Journal of Nat. Sci., vol. II, pág. 451).
— *Travels in New Zealand* (vol. I, págs. 140 y 417).
Duff (R. S.), *Moas and Man* (Antiquity, 23, págs. 172-179, 1949, y 24, páginas 72-83, 1950).
Grey (Sir G.), *Polynesian Mythology, and ancient traditional history of the New-Zealand race, as furnished by their priests and chiefs* (John Murray, Londres, 1855).
Hill (H.), *The Moa: legendary, historical and geological, why and when the Moa disappeared* (Wellington Trans. and Proc. N. Zeal. Inst. 46, págs. 330-351, 1914).
Hochstetter (F. von), *New Zealand, its physical geography, geology and natural history* (J. G. Cotta, Stuttgart, 1867).
Iredale (T.), *Moas* (Proc. Roy. Zool. Soc., pág. 69. N. S. W. 1949-1950, 1951).
Lydekker (R.), *The History of the Moas, or Extinct Flightless Birds of New Zealand* (Nat. Sci. I., págs. 588-595, Londres, 1892).
Murphy (R. C.), *A New Zealand Expedition of the American Museum of Nat. Hist.* (Science, Lancaster Pa. 109, núm. 2809, págs. 463-464, 1949).
Parker (W.), *Classification and phylogeny of Dinornithidae* (Trans. Zool. Soc. Londres, vol. XIII, 1895).

Takahe

Hochstetter (F. von), *New Zealand* (op. cit.).
Ley (W.), *Dragons in amber* (Cap. «A Bird known as Takahe», págs. 155-167, Viking Press, New-York, 1951).
Orbell (Dr. G. B.), *Notornis Valley* (Ill. London News, 1949).

Capítulo XI

WAITOREKE, EL ABSURDO MAMÍFERO NEOZELANDÉS

Bolin (R. L.), *Reappearance of the southern sea-otter along the California coast* (Journ. of Mamm., págs. 301-303, Baltimore, 1938).
Hochstetter (F. von), *New Zealand* (op. cit., pág. 160).

INDICE DE LAS ILUSTRACIONES DEL TEXTO

Número		Pág.
1.	Ingenua representación del «Tatzelwurm», según un manual bávaro de caza, editado en el año 1836	35
2.	Silueta de un helodermo	36
3.	«Hyomoschus aquaticus» (según Frechkop, 1947)	43
4.	Hipopótamo enano comparado con otro hipopótamo de la especie de tamaño grande	44
5.	Takín del Himalaya	47
6.	«Mi-lou» o ciervo del Padre David	49
7.	El más cercano pariente del Panda gigante, el pequeño Panda brillante	52
8.	La gacela de Waller o gerenuk, de cuello desmesurado	55
9.	Dibujo original del pelaje de la cebra de Grévy (c), comparado con el de la cebra de Burchell (a) y con el de la cebra de las montañas (b), (según Frechkop, 1947)	57
10.	El águila devoradora de monos, de las Islas Filipinas	59
11.	El rinoceronte blanco (a la izquierda) se distingue del rinoceronte negro (a la derecha) por la forma truncada de su belfo superior	61
12.	Este grabado rupestre de «Oued el Djerat» (Sahara Central) nos revela que en el tercer milenio antes de Jesucristo los egipcios conocían ya un animal muy parecido o muy cercano al Okapi	66
13.	Cabeza de «Hylochœrus» o jabalí de los bosques	67
14.	«Lipotes vexillifer», el delfín de agua dulce del lago Toung-Ting	78
15.	Pavón del Congo (según Frechkop, 1947)	81
16.	La Língula, un braquiópodo con más de 400 millones de años de historia	97
17.	Los Crinoides se remontan también a una lejanía de 300 millones de años	97
18.	La «Tuatera» de Nueva Zelanda es más antigua que los grandes dinosaurios	98
19.	El «bebé» Hoatzin posee aún garras en sus alas	100
20.	Reconstitución del Arqueoptérix	101
21.	Tipo de negrito (Aëta de las Islas Filipinas)	118
22.	Tipo de Veda de Ceilán	122
23.	«Uanderu» o mono con cola de león	124
24.	Gibón en marcha bípeda	130
25.	Oso bezudo o «Prochilus lippu»	133

Núm. Pág.

26. Hombre dotado de cola, resultado de un fenómeno excepcional de atavismo ... ...

Núm.		Pág.
44.	ORANGUTÁN EN POSICIÓN ERGUIDA, MAS SIN EMBARGO CUADRÚPEDA, EN PLENA MARCHA	213
45.	PRIMER MOLAR SUPERIOR DEL «GIGANTOPITHECUS» (A LA DERECHA), COMPARADO CON LA MUELA CORRESPONDIENTE DE UN HOMBRE (A LA IZQUIERDA)	216
46.	FRAGMENTO DE MANDÍBULA DEL MEGANTHROPUS (A LA IZQUIERDA) COMPARADO CON EL CORRESPONDIENTE FRAGMENTO DE UNA MANDÍBULA HUMANA (A LA DERECHA)	218
47.	REPRESENTACIÓN DEL RAÚ DE NUEVA GUINEA, BASADA EN LA DESCRIPCIÓN DEL SR. CHARLES MILLER	244
48.	SILUETA DE DIPLODOCUS	247
49.	SILUETA DE TRICERATOPS	248
50.	SILUETA DE ESTEGOSAURIO	249
51.	RECONSTITUCIÓN DE UN «STRUTHIOMIMUS», EL AVESTRUZ-LAGARTO.	253
52.	«TARSIUS SPECTRUM» —TARSERO— ALZÁNDOSE EN DOS PATAS EN LA POSTURA QUE LE ES CARACTERÍSTICA CUANDO QUIERE ASUSTAR O, TAMBIÉN, CUANDO ESTÁ ÉL MISMO ASUSTADO	256
53.	ORNITORRINCO DANDO DE MAMAR A SUS PEQUEÑUELOS (SEGÚN RODE, 1946)	264
54.	RECONSTRUCCIÓN DEL «DIPROTODON»	273
55.	DUGONGO DE AUSTRALIA	279
56.	«CUSCUS» DE NUEVA GUINEA	280
57.	«THYLACÍNIDO» O LOBO MARSUPIAL DE TASMANIA	283
58.	REPRESENTACIÓN DEL TIGRE MARSUPIAL DE QUEENSLAND, BASADA SOBRE EL CONJUNTO DE TESTIMONIOS AL RESPECTO	291
59.	«KIWI» O APTÉRIX DE NUEVA ZELANDA	296
60.	RECONSTITUCIÓN CLÁSICA DEL ASPECTO DE UN GRAN «MOA»	300
61.	EL MÁS PROBABLE ASPECTO DEL «MOA» SEGÚN LAS DESCRIPCIONES QUE DE ÉL HAN HECHO LOS INDÍGENAS QUE LO CONOCIERON	315
62.	EL «TAKAHE» DE LA ISLA DEL SUR (NUEVA ZELANDA)	321
63.	EL «CAHOW» O PETREL DE LAS BERMUDAS	326
64.	LA NUTRIA DE MAR SIRVE DE VEHÍCULO, O DE BARCO, PARA SUS CACHORROS, GRACIAS A SU PECULIAR ESTILO DE NAVEGAR HACIENDO LA PLANCHA SOBRE EL LOMO	332
65.	ORNITORRINCO NADANDO (SEGÚN RODE, 1946)	334

ÍNDICE DE MAPAS

INDO-MALASIA ... 112

AUSTRALIA ... 240

NUEVA ZELANDA ... 294

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES FUERA DE TEXTO

Núm.		Pág.
1.	El más enorme de los osos, el oso Kodiak, que no fué descubierto hasta el año 1898 (Cl. Sciences et Avenir)	32
2.	El rinoceronte blanco de Cotton, gigante de su grupo, ignorado hasta el 1900 (C. Zoo de Amberes)	32
3.	El hipopótamo enano, descrito en 1849 y cuya existencia fué discutida hasta 1912 (C. Marcel Fraass.)	33
4.	En el siglo pasado, el Okapi era considerado aún como un animal de fábula o de mito (C. Congopresse)	48
5.	El mayor de los grandes puercos, el jabalí gigante de las selvas, poco conocido aún en 1904 (C. Goldner)	48
6.	La cebra del Presidente Grévy, descubierta en 1882... ¡en el mismísimo Jardín de Plantas! (C. Lucien Rollet)	49
7.	El caballo de Przewalski, último caballo salvaje, localizado en Mongolia en el año 1881 (C. Ylla-Rapho)...	49
8.	En el año 1903, el gorila de las montañas salió al fin de la leyenda (C. Black Star-Rapho)	64
9.	El mayor de los Babuinos, el Gelada, ha sido el último en dejarse descubrir. (C. Rapho)	64
10.	Un primo americano de los Pandas: el Kinkajou (C. Suschitzky-Rapho)...	65
11.	El más inesperado de los parientes de los Pandas: el ratón lavador (C. Sciences et Avenir)	65
12.	Emparentado con los ratones, el Panda gigante no merecía su antiguo nombre de Oso del Padre David (C. Suschitzky-Rapho)	80
13.	El chimpancé enano, descubierto por vez primera ¡en un Museo! en 1928 (C. Zoo de Amberes)	80
14.	El «nyala» de las montañas, desconocido hasta 1908 (C. Popper-Atlas Foto)	81
15.	La existencia del pavo del Congo sólo fué conocida durante 20 años, por dos plumas halladas; luego, en el año 1936, fué descubierto disecado ¡en un Museo! Y al fin, más tarde, este animal pudo ser capturado (C. Congopresse)	81
16.	El mayor de los lagartos, el dragón de Komodo, fué tenido por una fábula hasta el año 1912 (C. Suschitzky-Rapho) ...	96

Núm. — Pág.

17. El lobo de los Andes parece estar emparentado con el lobo de las pampas (C. «Die Umschau») 97
18. Descrito en el año 1949, sobre la sola base de una piel que de él se poseía, he aquí una reconstitución del lobo de los Andes al lado de un dibujo de su «pariente» (C. «Die Umschau» 97
19. ¿Es quizá un marciano o una visión terrorífica de un mundo futuro?... No. Una araña saltadora, procedente de un viejísimo grupo cuyos orígenes se remontan a unos 300 millones de años (C. Sciences et Avenir) 128
20. ¿Un platillo volante? ¿Un super-tanque atómico? Tampoco. El Límulo, llegado hasta nuestros días, sin cambios ni alteraciones, desde las épocas de los dinosaurios gigantes (C. Popper-Atlas Foto)... 128
21. El Ceratudus de Forster o Barramunda, es un pez provisto de pulmones, originario del período Triásico y pescado en 1869 en un río australiano (C. Siences et Avenir) 129
22. La «Latimeria», Coelacanthe dado por desaparecido desde 70 millones de años atrás y que, ello no obstante, fué pescado en 1938 en las costas de África del Sur (C. Sciences et Avenir 129
23. Un «fósil viviente» que lleva muy bien sus años: la tortuga gigante de las Islas Galápagos, casi inmutable desde hace 190 millones de años (C. Ylla-Rapho) 144
24. Los cocodrilos tampoco han variado apenas desde los comienzos de la Era Secundaria (C. Lucien Rollet) 145
25. La Tuatera de Nueva Zelanda —que se remonta a los finales de la Era Primaria— suele compartir a menudo su madriguera con el petrel (C. Breckon-Elseviev) 145
26. El Tarsero —«Tarsier spectrum»— último superviviente de un grupo que floreció al principio de la Era Terciaria, fotografiado en pleno salto (C. Ernest Walker, Smithson. Ins. Washington *D. C.*)... 160
27. El Opossum, cuya piel es tan codiciada por nuestras elegantes damas, existía ya 70 millones de años antes que ellas (C. Popper-Atlas Foto) 160
28. Huella fósil del Arqueoptérix, pájaro-reptil del Jurásico, provisto de garras en las alas y de dientes (C. Sciences et Avenir) 161
29. El Hoatzin del Amazonas, cuyas crías tienen aún sus alas armadas de garras (C. Popper-Atlas Foto) 161
30. En el siglo XVIII se tomaba aún al Tapir indio de lomo blanco por un simple rinoceronte (C. Lucien Rollet) 176

Núm.		Pág.
31.	El «Badak Tanggiling» abatido por M. Hazewinkel, ¿será quizá un rinoceronte desconocido? (C. Die Umschau)	176
32.	El Gibón, el único mono naturalmente bípedo (C. Suschitzky-Rapho)	177
33.	¿Será un orangután gigante el «Abominable Hombre-de-las-Nieves? El propio orangután parece quedar perplejo ante tal pregunta (C. Popper-Atlas Foto)	192
34.	Pista del Hombre-de-las-Nieves. Nótese como las huellas van separándose alternativamente del eje central hacia la izquierda y hacia la derecha. — *Arriba:* Detalle de una de las huellas comparada con la dimensión de un piolet o pico de montañero (Eric Shipton, 1951) (C. The Times)	193
35.	Vista del interior del «scalp» de Pangbotchi (C. Keystone). Vista lateral del mismo (Id). Otro segundo «scalp», visto de frente, entre las manos del jefe de los Lamas del poblado de Khumjuwg (Id.)	208
36.	Reconstitución del gigante de Swartkrans, realizada bajo la dirección de expertos antropólogos. (Según Neave Parker) (C. «Illustrated London News»)	209
37.	Reconstitución del Hombre-de-las-Nieves efectuada por un excelente dibujante, basándose en los relatos de los diferentes testigos. (Según «Radar»)	209
38.	Martín-pescador gigante o «Koukabourra», responsable de la leyenda australiana del inmortal «Juan-reidor». (C. Sciences et Avenir)	288
39.	En una época reciente, este Goanna tenía —en Australia— un congénere de 10 metros de largo: el Varán gigante (C. Sciencies et Avenir)...	288
40.	El ornitorrinco; el absurdo mamífero ponedor (C. Sciences et Avenir)	289
41.	¿Unos erizos? No: son equídnidos, otros mamíferos ovíparos. (C. Sciences et Avenir)...	289
42.	Los Koalas, auténticos osos de peluche con vida, son en realidad los Lemúridos de bolsillo de Australia (C. Popper-Atlas Foto)	304
43.	Y esos conejos grandes como bisontes, localizados en los desiertos australianos, ¿no serán quizá unos canguros desmesurados? (C. Sciences et Avenir)	304
44.	El Kiwi o Aptérix de Nueva Guinea, un primo en miniatura del Moa (C. Popper-Atlas Foto)...	305
45.	En Nueva Zelanda incluso los mismos loros no vuelan: el Kakapo es de costumbres nocturnas ¡y excavador! (C. Popper-Atlas Foto)	305

INDICE

Pag.

ADVERTENCIA PREVIA DEL EDITOR 7
INTRODUCCIÓN... 9

LA AVENTURA ZOOLÓGICA NO HA MUERTO

CAPÍTULO I. — EL MUNDO PERDIDO SIGUE OMNIPRESENTE ... 19
LA SERPIENTE DE MAR Y SUS COLEGAS HAN DEJADO YA DE SER «LAS PRIMERAS FIGURAS» 20
POR QUÉ NO SE CREE YA EN ANIMALES FANTÁSTICOS... 22
NUESTRO PLANETA ADMITE AÚN GRAN NÚMERO DE INCÓGNITAS 24
LOS BLANCOS DESIERTOS DE LOS POLOS 25
ÁFRICA NO HA ENTREGADO AÚN TODOS SUS MISTERIOS 27
LA LUZ NO VIENE NECESARIAMENTE DE ORIENTE 28
LOS MUNDOS PERDIDOS DEL CONTINENTE VERDE 29
LA «TIERRA IGNOTA» DE LOS ZOÓLOGOS 33
EL GUSANO CON PATAS DE LOS ALPES 35
LA LECCIÓN DEL TATZELWURM... 37

CAPÍTULO II. — LA ESPERANZA DE DESCUBRIR AÚN ANIMALES DESCONOCIDOS 40
LA IMPRUDENTE AFIRMACIÓN DEL BARÓN CUVIER Y EL TAPIR INOPORTUNO 41
EL MONO GIGANTE CON HOCICO DE PERRO Y EL HYOMOSCHUS RELIQUIA. 42
EL HIPOPÓTAMO ENANO, ENTERRADO POR LOS INCRÉDULOS 43
LOS TAKINES Y EL CIERVO INVISIBLE DE SCHOMBURGK 46
SALVAMENTO «IN EXTREMIS» DEL MI-LOU 48
EL MONO CON NARIZ DE PARISINA Y EL OSO BLANCO Y NEGRO DEL PADRE DAVID 51
¡Y LA SERIE CONTINÚA!... 54
LA PÍCARA CEBRA DEL PRESIDENTE GRÉVY Y EL CABALLO DEL CORONEL PRZEWALSKI 56
UN LOTE DE CARÁCTER SENSACIONAL 58
TRES DISCRETOS GIGANTES: EL OSO KODIAK, EL RINOCERONTE BLANCO Y EL GORILA DE LAS MONTAÑAS 60

Pág.

El increíble Okapi... 63
El jabalí gigante de los bosques 67
La resurrección del hipopótamo enano 68
El tercer elefante... 71
El elefante enano de los pantanos 73
El elefante pigmeo no es una mera invención de los traficantes de marfil... 75
El dragón de Komodo y el «Bandera blanca» del lago Toung-Ting... 76
Los grandes monos tienen también sus propios pigmeos... 79
Historia de las plumas enigmáticas 80
El animal sin nombre, el leopardo-hiena y el chacal volador... 83
La romántica aventura de la dama y el panda gigante 85
El espinoso caso del buey gris de Camboya 87
Nuestra última adquisición: una piel de lobo de los Andes ... 89

Capítulo III.—LOS EVADIDOS DEL PASADO 94
¿Qué es un fósil viviente? 95
Algunas reliquias inestimables 96
Los seres aparentemente estacionarios 99
Impotencia de la Paleontología... 102
Ayer: las faunas se suceden 104
Hoy: las faunas se superponen y se exterminan 107
Vigencia del proceso de descubrimiento de animales ignorados. 108
Nuestro itinerario... 110

LAS BESTIAS DE ROSTRO HUMANO DE INDO-MALASIA

Capítulo IV.—NITTAEWO, EL PUEBLO DESAPARECIDO DE CEILÁN 113
A la paradójica caza de nuestros antecesores 113
Los hombres-bestias de Plinio el Viejo 115
De los pigmeos de Ctesias a los negritos del Monte 116
Los hombres con cabeza de perro... 120
Los Vedas, prototipos verdaderos de los pigmeos Ctesias 121
Los monos civilizados de Ibn Batoutah 123
Retrato de los Nittaewos 125
Los Nittaewos no son negritos 128
¿Serían acaso monos los Nittaewos? 129
¿Serán osos tal vez, los Nittaewos? 131
Los hombres con cola de Indochina 134
El signo de la animalidad 136

ÍNDICE

Pag.

Los demonios de antebrazos tajantes... 138
Los tiranos se suceden y, a menudo, se parecen 141
Los gnomos melenudos, ¿son los pitecántropos enanos? 143
Los hombres-monos bigotudos de Perak 145

Capítulo V. — ORANG PENDEK, EL INCONGRUENTE HOMBRE-MONO DE SUMATRA 148
Badak tanggiling, nuestro extraño rinoceronte 149
La identidad del rinoceronte con escamas 151
Un rompecabezas para zoólogos 153
Invención y descubrimiento del hombre-mono 156
Hay orangs y orangs; siempre ha habido clases 159
Retrato del «hombrecillo chapurreador» 162
¿Podría tratarse, quizá, de un viejo gibón pelado y sarnoso? 164
Los testimonios se suceden 167
Una colección de intrigantes huellas 169
El inaprehensible sepada 171
Un encuentro con el hombre-mono 173
Nuevas huellas de pasos en las tierras de labor 177
¿Será el oso malayo el origen de todas estas leyendas? 178
Huellas de sangre... y algunos pelos misteriosos 182
¡Un orang pendek ha sido cazado! 183
Un engaño humillante 184

Capítulo VI. — EL ABOMINABLE HOMBRE-DE-LAS-NIEVES ... 186
Retrato del ogro 187
La lúgubre asamblea de los gigantes peludos 190
El gigante de los pies retrovertidos 192
Primera hipótesis: puede tratarse de un pequeño mono 198
Segunda hipótesis: podría tratarse de un oso 204
Una casi certeza: se trata de un bípedo 207
Tal vez pueda tratarse de un mono gigante 211
King-Kong no es un mito 214
Los gigantes de China, de Java y de África... 217
Los gigantes del Génesis: hijos de los dioses y de las mujeres. 220
El Hombre-de-las-Nieves ¿será acaso un gigantopiteco desplazado en el tiempo? 221
Solo, sobre la pista del Hombre-de-las-Nieves 223
Una pareja de yetis observada durante dos horas... 224
Por qué los Hombres-de-las-Nieves tienen nuca de oficiales prusianos 226
Las consecuencias de un remoto bipedismo 228
La cabeza del yeti es puesta a precio 230

Pag.

Siempre hay clases de «desconocidos» 232
El «scalp» del templo de Pangbotchi 233
Bautismo científico del Hombre-de-las-Nieves 235

LOS FÓSILES VIVIENTES DE OCEANÍA

Capítulo VII.—EL DINOSAURIO SURREALISTA DE NUEVA GUINEA ... ...

ÍNDICE

Pág.

Nueva Zelanda, auténtico extremo del mundo 297
¿Ha sido exterminado el «moa» por el hombre o no? 299
Descubrimiento simultáneo del «moa» fósil y del «moa» vivo... 302
El espantoso «moa» de la costa oriental 304
Rivalidades de coleccionista y querellas por la prioridad ... 306
¿En qué época habrá vivido el «moa»? 308
Toa y moa 309
Caza y degustación de moas 311
Los pájaros gigantes sobrevivieron más tiempo en la Isla del Sur 314
Tras la pista del último de los moas 317
El roa-roa: ¿moa enano o kiwi gigante? 318
Hallazgo de un moho fósil y de un takahe vivo 320
Muerte, resurrección y nueva muerte del takahe 322
El takahe está bien vivo 324
El cahow, un auténtico Lázaro del mundo de las aves 325

Capítulo XI. — «WAITOREKE», EL ABSURDO MAMÍFERO NEOZELANDÉS 328
El waitoreke precisa la desecación del Pacífico Sur 328
El waitoreke, bunyip en salsa neozelandesa 330
¿Se tratará de una nutria marina habituada al agua dulce?... 331
¿Podría tratarse de un animal con cloaca? 333

BIBLIOGRAFÍA... 337

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES EN EL TEXTO 355

ÍNDICE DE MAPAS 357

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES FUERA DE TEXTO 359